PARTE TERCERA

[336] TÍTULO DEL SALMO CIENTO UNO

Oración de un pobre, estando lleno de ansiedad
y en la presencia del Señor derramaba su súplica[1].
[*Oratio pauperis, cum anxius fuerit,*
et coram Domino effuderit precem suam]**.**

Aunque consideraron algunos[2] que el presente salmo se debe aplicar al Señor Salvador, parece conveniente, sin embargo, introducir en este relato –como en el mismo título se contiene– la persona, más bien, de un pobre afligido y sollozante, habida cuenta de que muchas son las cosas que no pueden ajustarse adecuadamente a aquella santa e inmaculada concepción. La primera es que en ningún lugar se lee que Cristo el Señor hubiese estado **ansioso**. En efecto, está *ansioso* el que, encontrándose en una disyuntiva extremadamente crítica, no sabe decidirse por qué parte debe seguir. La segunda es que, en el texto del salmo, se dice lo siguiente: *He olvidado comer mi pan*. Y también: *Porque comía la ceniza como pan, y mi bebida con el llanto la mezclaba. En presencia de tu ira y de tu indignación, porque alzándome me estrellaste*. Además de otras cosas, que requerirían gran esfuerzo por nuestra parte, caso de que nos empeñáramos en acomodar el salmo a la persona del Señor Salvador. Pero, puesto que a alguien que se siente gravemente herido y azotado por crueles desgracias le era necesario **suplicar** de manera continua, viene introducida convenientemente en el salmo la persona de un **pobre lleno de ansiedad**, cuya voz por ningún pudor es reprimida, ni aprieto alguno, propio de una pobreza extrema, puede hacer que se acalle. En efecto, cuando dice: **En la presencia del Señor**, quiere que se entienda que se trata de una *oración* tal que, desde los rincones del alma –como abundancia de áureo metal– se derrama ante los pies del rey. En efecto –como alguien ha dicho–, difícilmente hallarás que algo vacío y propio de un pensamiento ajeno no venga a suponer un estorbo para alguien que está inmerso en la oración y haga que se distraiga o que se debilite la disposición de espíritu con que se dirige a Dios. Y, por ello, la lucha esforzada y sumamente saludable consiste en mantenerse siempre firmes en la oración iniciada y, con la ayuda de Dios, resistir con fuerza las insinuaciones del enemigo, de manera que, bien afianzada la atención, con voluntad firme tienda ésta siempre al Señor y pueda hacer suyas, con toda propiedad, las palabras del Apóstol: *Luché en buen combate, he llegado hasta el final en la carrera, he mantenido la fe* (2Tim 4,7). Tales son los *pobres* de Cristo, que no sólo interceden en

[1]Hebr., תְּפִלָּה לְעָנִי כִי־יַעֲטֹף וְלִפְנֵי יְהוָה יִשְׁפֹּךְ שִׂיחוֹ [*la oración de un pobre porque estaba ansioso, y en la presencia del Señor derrama su llanto*]. Nótese que el término hebreo עָנִי [*'ānî*], que hemos traducido por *pobre*, denota no una pobreza ligera, sino al pobre oprimido por la miseria. Los LXX lee: προσευχὴ τῷ πτωχῷ ὅταν ἀκηδιάσῃ καὶ ἐναντίον κυρίου ἐκχέῃ τὴν δέησιν αὐτοῦ [*Oración del pobre, cuando tuviere angustia y ante el Señor derramare su súplica*].

[2]Entre ellos, el mismo S. Agustín. Éste, después de muchas preguntas y argumentaciones sobre sí convenía o no a Cristo la identificación con este pobre, al final, concluye: *En fin, mi opinión es que Él este pobre* (S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, pág. 633). S. Jerónimo dice que el título del salmo se refiere no al pobre de este mundo, sino a aquél de quien está escrito: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (S. JERÓNIMO, *Obras Completas* I, BAC, Madrid 1999, pág. 391).

favor de los suyos, sino en favor también de las desgracias de todo el mundo. Pasan necesidad en este mundo, pero son ricos para Dios; vacíos de vicios, pero llenos de virtudes; despreciables para los hombres, pero gratos para Cristo[3]. En efecto, este pobre –que se atormenta, primero, con lastimosa aflicción– resplandece en los versos siguientes con gloria tan grande de profecía que claramente puede saberse con qué[4] premio será coronado allí, cuando ya aquí tan gran esperanza lo reconforta. Y nótese que, aunque en los títulos –por lo general– vienen indicados los nombres de las personas, aquí se introduce, con el encargo de hablar, a un *pobre* innominado, a fin de que los pobres de Cristo conozcan, ciertamente, que, aun cuando tal encargo sea dado a uno solo, a todos ellos les viene dado por igual. Por lo cual, se ha de grabar en la memoria que éste es el cuarto salmo señalado con el nombre de **oración**, bien que sea –a la vez– el quinto de los llamados *penitenciales*. Se han de distinguir claramente dos clases de oraciones. La primera es la oración de Cristo al Padre. Es evidente que Cristo no pide por sus propios pecados, ya que en modo alguno los tuvo, sino que ruega que la naturaleza humana, que Él se dignó asumir, sea liberada de las adversidades de este mundo, como en los salmos dieciséis y ochenta y nueve consta que ya se hizo. Pero una cosa es –como es el caso del salmo ochenta y nueve– que se introduzca la persona digna de reverencia de Moisés, en figura del sacerdocio, el cual ruega tanto por sus propios pecados como por los pecados de todos, y otra bien distinta que, en este salmo, sea presentada la persona de un *pobre*, que clama *ansioso*, en humilde actitud de penitencia. Y por esta razón, toda penitencia es oración, aunque no toda oración es penitencia, porque también oró Aquél que nada hizo que [**337**] le pudiese ser imputado como pecado. Así, estos salmos, en cuyo encabezamiento aparece la palabra *oración*, son explicados junto con sus características propias.

División del salmo

En el comienzo del salmo, este *pobre* –indigente de bienes terrenales, pero copiosamente rico en las virtudes supernas– ruega al Señor, de variadas maneras, que su clamor merezca llegar hasta Él, porque, oprimido por el yugo de la aflicción, dice que sus huesos están fritos como en una sartén. Sigue una afligida y dolorosa narración, que es manifestación de las necesidades y expresión de circunstancias muy dignas de aprobación. Y, para que, después de tantas y tan severas desgracias, no apareciera como si estuviese enojado, a causa de su castigo, en la tercera parte, con sentimientos extremadamente dulces, prosigue las alabanzas del Señor, con cuya venida –dice– se ha de edificar la Iglesia. Y, aunque todas las cosas hayan de ser cambiadas, sin embargo, él permanecerá para siempre. Con alegría desbordante, se presenta asimismo la conclusión, que es –al mismo tiempo– una promesa, es decir: que la descendencia de los santos ha de ser llevada allí donde el Señor habita en la gloria sempiterna. Así, aquella ley –según suele ser habitual en los penitentes– quedó plenamente cumplida. En efecto, tuvo su comienzo con lágrimas y su final con alegría.

[3]TL., in textu: *Christo* [*ms. A.*, Deo].

[4]TL., in textu: *quo* [*mss. A.,F.,B.*, quod].

Exposición del salmo

Verso 1.– **Señor, escucha mi oración, y mi clamor llegue a ti** [*Domine, exaudi orationem meam, et clamor meus ad te perveniat*[5]]. Viendo el profeta que, antes de la venida del Señor, los errores de los hombres iban creciendo sin cesar, asumió convenientemente la persona de un *pobre*, el cual, con penitente humildad, llorase las calamidades del mundo, de manera que acudiera –clemente y con presteza– en socorro de quien, como en apretado haz, tantas cosas malas lo oprimían. Dice, pues: **Señor, escucha mi oración**, es decir, aquella oración que el piadoso alegador derramaba por la liberación de todo el mundo. En efecto, es propio de los santos dolerse tanto de las desgracias ajenas como de las suyas propias, como dice el Apóstol: *¿Alguien enferma, y yo no enfermo? ¿Alguien sufre escándalo y yo no me abraso?* (2Cor 11,29). Sigue: **Y mi clamor llegue a ti**. Sabía este pobre, conocedor de la Ley divina, que cierta nube se pone, con frecuencia, por delante de las preces de los pecadores. De esta nube habla el profeta Jeremías: *Pusiste delante una nube, para que nuestra oración no pasara* (Lam 3,44). También el profeta Habacuc dice lo mismo: *Hasta cuándo, Señor, clamaré y no escucharás; gritaré a ti, recibiendo injuria, y no atenderás* (Hab 1,2). Por lo cual, acordándose de estas cosas, lleno de ansiedad, deseaba que su clamor, a toda prisa, llegara a Dios, de manera que no tardara –por interponerse los delitos– en recibir del Señor el remedio necesario quien se hallaba oprimido bajo el peso de muchos males. En efecto, pues, primero, dijo *oración*, ahora añade: **Clamor**, con objeto de que adviertas que habían ido en aumento los deseos suplicantes de aquél, cuya oración sientes que ha estallado en un extraordinario *clamor.* Pero que entienda el devotísimo cristiano que este modo de oración se ha de observar atentamente, en modo de meditar aquello mismo que ora; de contemplar mentalmente a Aquél a quien suplica; de rechazar todo pensamiento superfluo y de no admitir nada extraño, a fin de que –como alguien dice– no parezca que se meten en las fuentes purísimas jabalíes imprevistos. De aquí también exhaló su perfume aquel róseo himno de la hora sexta de san Ambrosio, de acuerdo con el Apóstol (1Cor 14,15), pues dice: *Oraré con la mente al Señor, oraré al mismo tiempo con el espíritu, para que no cante a Dios sólo la voz y, llevado a otra parte, esté nuestro sentido fluctuando distraído, sobrepasado por vacíos casos*[6]. Es entonces cuando la oración de los cantores es grata al Señor: si la mente pura lleva a la práctica lo mismo que la voz expresa con el canto.

Verso 2.– **No apartes tu rostro de mí en cualquier día en que estoy atribulado** [*Ne avertas faciem tuam a me, in quacumque die tribulor*]. Recordaba este pobre felicísimo que el Señor, rechazó las ofrendas de los pecadores pertinaces, cuando, por medio del profeta Isaías, dice así: *No quiero la sangre de los terneros, de los corderos y de los machos cabríos. Cuando habéis venido a mi presencia, ¿quién ha pedido estas cosas de vuestras manos?* (Is 1,11-12). Temeroso éste de tales cosas y reflexionando sobre ello, pide que no desprecie el sacrificio que él ofrecía –el sacrificio de su propia penitencia–, según había hecho anteriormente con las inmolaciones de los malvados. Dice también el salmo cincuenta: *Un corazón quebrantado y humillado Dios no lo desprecia* (Sal 50,18). Suplica así que su presencia no se haga extraña ante los ojos del Señor. Éste

[5]TL., *perveniat*; Vlg., *adveniat.*

[6]AMBROSIUS, Hymnus VI: *Orabo mente Dominum / Orabo simul spiritu / Ne vox sola Deo canat / Sensusque noster alibi / Ductus, aberret fluctuans / Vanis praeventus casibus* (PL 16, 1411).

es, en efecto, el modo de determinar cuándo una súplica es hecha rectamente: cuando, al mirarnos, aparta el Señor su mirada de nuestros pecados y nos absuelve, compasivo, si no los tiene en cuenta, como ya se dijo en el salmo cincuenta: *Aparta tu rostro de mis pecados* (Sal 50,10). Por lo cual, no inadecuadamente, tomamos prestados del salmo de penitencia los ejemplos de este penitente, siendo así que el sentimiento es par y la causa semejante. Añade: **En cualquier día en que estoy atribulado**. La expresión: **En cualquier día** no significa continuidad, sino que indica la existencia de momentos puntuales en los que se sentía mayormente urgido por las heridas de los pecados, momentos en que, con más fuerza, el detestable enemigo lo oprimía, de manera que el piadoso Liberador viniera presto a socorrer al que –por decirlo de algún modo– se sentía como sometido al poder de una fiera cruel.

Verso 3.– **Inclina a mí tu oreja; en cualquier día en que te invocare, enseguida escúchame** [*Inclina ad me aurem tuam; in quacunque die invocavero te, velociter exaudi me*]. De diversos modos –aunque una sola es la petición– suplica al Señor que se digne escuchar la oración del pobre. A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *epimone*, en latín, *repetitio*, cuantas veces se expresa repetidamente una misma idea, pero empleando palabras distintas, algo que en este salmo se ha venido haciendo, desde el principio, ya a lo largo de estos tres versos. Dice: **Inclina la oreja**, es decir, ofrece el oído, de donde también la **oreja** es llamada *oído*. **Inclina**, porque no había méritos que hubiesen podido elevarse hasta Él. Pero observa que habla de la *oreja del Señor*, en lugar de la *clemencia* con la que el Señor escucha, en su bondad, las preces de los que le suplican. En efecto, aunque a todos los oiga, aunque a todos vea, se dice que sólo escucha a aquéllos a los que se digna sostener. Sigue: **En cualquier día en que te invocare, enseguida escúchame**. Cuanto más se había postrado en humildad este penitente, inclinando el espíritu, tanto más se elevaba en la súplica. En efecto, habiendo dicho antes: *Inclina tu oreja a mí*, pide ahora –ya más confiadamente– que, cuanto antes, merezca ser escuchado. Y es que solicita prontitud en la respuesta aquél que está seguro de obtener lo que ha pedido.

Verso 4.– **Porque desfallecieron como humo mis días, y mis huesos como en una sartén se han freído** [*Quia defecerunt sicut fumus dies mei, et ossa mea sicut in frixorio confrixa sunt*[7]]. Añade la causa de su súplica, para dar a conocer que aquel deseo tan poderoso de orar estaba motivado por males muy importantes y para que la irresistible causa alegada, debido a desgracias tan grandes, obtuviera así más fácilmente la benevolencia del piadoso Juez. Vemos que el **humo** procede, ciertamente, de la llama, pero que se disipa tenuemente en cielo abierto y no permanece su sustancia, aun cuando se sepa que un fuego material ha sido su origen. Con razón, pues, los **días** de los pecadores son comparados con volutas de humo, días que desperdiciaron los hombres, pues fueron engañados, mediante acciones oscuras y repugnantes. Esto hace referencia, sobre todo, a la soberbia del mundo, que cuanto más se eleva con tanta más amplitud se difumina. En efecto, este [**338**] pobre, que condenaba la arrogancia y soberbia diabólica, estaba vehementemente inclinado[8] a la saludable humildad de Cristo. Sigue: **Y mis huesos como en una sartén han sido fritos**. Así como la fama favorable, que las obras meritorias propician, hace que los **huesos** –es decir, la fortaleza del espíritu– engorden, pues su noticia produce alegría, como dice Salomón: *La buena fama hace que los huesos engorden* (Prov 15,30), así también –y por el contrario– el recuerdo de

[7]TL., *et ossa mea sicut in frixorio confrixa sunt*; Vlg., *et ossa mea sicut cremium aruerunt.*

[8]TL., in textu: *intentus erat* [*mss. A.,F.,* inhaeserat].

los pecados hace que la virtud se contraiga –como si la hubiesen frito en una sartén– , pues se siente profundamente afectada por el temor de las habladurías de los hombres y por las acusaciones de su propia conciencia. O puede ser también que, en este verso, el pecador se sienta como si estuviera **frito**, porque tiene miedo de las llamaradas del fuego futuro. En efecto, el que teme que va a arder, se está ya como *friendo* por el terror de tal incendio. Se suele preguntar qué significa el hecho de que los que hacen penitencia afirmen de sí mismos que sufren pacientemente cosas tan grandes que la naturaleza humana no puede soportar. Lo primero es que, mediante la figura retórica conocida con el nombre de *exaggeratio*, de la que aquí se hace uso, la magnitud del delito bien puede ser entendida, en razón del sujeto a quien le es ofrecida tan gran muestra de perdón. Lo segundo es que no son arrastrados a nuevos vicios aquéllos que, por el recuerdo de los pecados del pasado, se saben deudores de muchas y grandes cosas.

Verso 5.– **Golpeado he sido como el heno, y se ha secado mi corazón, porque he olvidado comer mi pan** [*Percussus sum sicut fenum, et aruit cor meum, quia oblitus sum manducare*[9] *panem meum*]. Una vez procurada la benignidad del Juez, mediante actos de extrema humildad, llega este pobre al luctuoso relato de sus propias desgracias, con objeto de que, al no ocultar sus sufrimientos en presencia del piadoso médico, pudiera llegarle prontamente el remedio. Pero con acierto el género humano viene comparado con el **heno** pasajero, esto es, los hombres que gozan de una alegría sólo temporal y sienten fácilmente el golpe de la injuria. Así, en la medida en que nos mantenemos dentro de la Ley y en conformidad con los mandatos del Señor, damos muestra de lozanía, como el heno en su verdor; pero, muy pronto, al ser separados de sus mandamientos por la hoz del diablo, en un instante, nos secamos y, a causa de la esterilidad del pecado, se seca también nuestro corazón. En efecto, el alma no puede recibir el alimento de los beneficios del Señor, al haberse alejado de Él, a causa de los pecados cometidos. Por el contrario, siempre están alegres, siempre animosos, aquéllos que nunca se apartan de los preceptos divinos. Sigue: **Porque he olvidado comer mi pan**. Dice cuál es la causa de que *su corazón, golpeado, se haya secado*, y es ésta: **Porque** había **olvidado comer** su **pan**, alimento de donde sabía poder saciarse espiritualmente. Acerca de este **pan** dice el Señor: *Yo soy el pan de vida, que he bajado del cielo* (Jn 6,51). Pues, ¿cómo podía quejarse de la falta del pan material aquél que gozaba, afligiéndose, mediante ayunos corporales? Aquí[10] se da a conocer, en efecto, la naturaleza de los que pecan, porque, en tanto que se apetece el pecado, no es tenida en cuenta la contemplación del Señor.

Verso 6.– **A la voz de mi gemido se pegaron mis huesos a mi carne** [*A voce gemitus mei adhaeserunt ossa mea*[11] *carni meae*]. Ha de investigarse con cuidado qué se quiere decir con la expresión: **A la voz de mi gemido**. En efecto, tiene *voz de gemido* aquél que pierde a un hijo, o el que es objeto de una posesión, o aquél que ha sido privado de los gratos placeres de este mundo. Pero ésta no es la *voz* propia de los hombres bienaventurados, pues aquéllos *gimen* por cosas que son del gusto de este mundo, en cuanto que desean bienes perecederos y de ningún modo ponen los medios necesarios, para poder gozar de las promesas del Señor. Con aquel *gemido*, por el contrario, se afligía este hombre santísimo, que se burlaba, más bien, de los amadores del mundo. Y éste es el motivo por el que ha añadido el adjetivo posesivo **míos**: para poner así de manifiesto que él

[9]TL., *manducare*; Vlg., *comedere*.

[10]TL., in textu: *Hic* [*ed.*, Hinc].

[11]TL., *adhaeserunt ossa mea*; Vlg., *adhaesit os meum*.

quedaba excluido de los deseos mundanos. Sigue: **Se pegaron mis huesos a mi carne**. Esta expresión, si quieres entenderla en sentido literal, difícilmente puede aplicarse a los que se sienten afligidos, porque el hecho de que su *carne se les pegue a* sus *huesos* sucede también a los que están bien gordos y rollizos. Y así, parecería no incorrecto entender aquí la palabra **carne** en el sentido de *piel*, pues también la piel es carne, para poder mostrar así una delgadez de tal modo pronunciada que bien pueda decirse que la piel *se ha pegado a los huesos*. De este modo[12], también el profeta Jeremías dice: *Pegada está su piel a sus espaldas; se secaron, se hicieron como madera* (Lam 4,8). Pero, para penetrar mejor en el sentido espiritual del texto, llama aquí sus **huesos** a la firmeza de la fe, fe por la que nos mantenemos y por la que somos fuertes. Con razón, dice que, a causa de la mediocridad de los hermanos, esta firmeza –al no estar aún afianzada fuertemente en la confianza del Señor– **estaba pegada a la carne**. Y tal es la razón por la que se *pegaba* a estos hermanos: porque, en su solicitud por todos ellos, se mostraba continuamente *ansioso*, a fin de que no quedaran excluidos del reino de Dios.

Verso 7.– **Me hice semejante al pelícano de la soledad; me hice como lechuza en la casa** [*Similis factus sum pelicano solitudinis*[13]*; factus sum sicut nycticorax in domicilio*]. Mediante estos nombres de aves se nos da a conocer –según creo– diferentes clases de penitentes. En efecto, el **pelícano** es un ave de Egipto, del tamaño parecido a la cigüeña, que está siempre afectada por una delgadez natural, porque –como dicen los fisiólogos– al tener el intestino extendido por las vértebras, todo alimento que ingiere lo deja pasar sin ninguna decocción. Esto sucede para engordar lo menos posible con la propia grasa, porque le basta muy poco jugo alimenticio para mantenerse en pie. Esta ave no vuela en bandadas, como las demás, sino que se consuela con un deleite solitario. Se dice que cierta especie de *pelícanos* vive en las lagunas y que otra habita –como queda dicho– en lugares desiertos y escondidos. Por esta razón, pues, mediante tal género de aves se significan de manera muy adecuada los *eremitas*, hombres que, apartados de la sociedad de los demás, se mortifican por amor a Dios en retirada aflicción. Sigue diciendo: **Me hice como lechuza en la casa**. Se introduce otra clase de penitente[14]. El vocablo griego *nycticorax* vendría a significar, en latín, *noctis corvus* [cuervo nocturno], nombre que unos tradujeron por *búho*, y otros por **lechuza**. Dan noticias algunos de la existencia de una especie más semejante al *cuervo*, en tamaño y color, que particularmente puede encontrarse en algunas regiones. Se oculta este animal de la luz del día y no sale hasta caer la noche, A diferencia, por tanto, de las demás aves, empieza a estar en vela y a buscar su alimento, cuando el resto de los demás animales se ha entregado al sueño. Así también, esta clase de penitente busca de noche, con diligencia solícita, el alimento del alma. Entregándose ora a la salmodia, ora repartiendo limosnas, ora visitando ocultamente las cárceles. Aquél a quien la oscuridad de las noches no puede impedirle ver quiere tener por testigo sólo a Dios. Y nota que lo mismo que el *pelícano* designa al eremita y al hombre solitario, la *lechuza* representa a la persona que, aun viviendo en su casa, se halla apartada de la vista de la gente.

Verso 8.– **Velé, y me hice como pájaro único en el edificio** [*Vigilavi, et factus sum sicut passer unicus in aedificio*[15]]. Llega a la tercera clase de penitentes, que describe, mediante la

[12]TL., in textu: *Sic* [*ed.*, Sed].

[13]TL., in textu: *solitudinis* [*ed.*, in solitudine].

[14]TL., in textu: *poenitentis* [*ed.*, poenitentes].

[15]TL., *passer unicus in aedificio*; Vlg., *passer solitarius in tecto.*

comparación del **pájaro**, para dar a entender con ello que aquél que lloraba los crímenes del mundo es como el que corre de una parte a otra, a través de todos los modos de satisfacciones. El *pajaro* es un ave de pequeño tamaño, dotada, sin embargo, de una extraordinaria sagacidad, que le permite tanto eludir las trampas del cazador como evitar que su buche vacío lo arrastre al engaño, empujado por el ansia de comer. Dada su fragilidad natural, bien para no caer en las garras del depredador, bien para evitar que las asechanzas de las serpientes hagan presa en sus crías, es –entre las aves– la única que toma la precaución de ir a posarse en lo más alto de los tejados de las casas, en modo de no verse envuelta en circunstancias sospechosas, ella que se sabe expuesta a multitud de peligros. Con razón, pues, viene comparada esta ave con aquél que, temeroso de las insidias del diablo, acercándose de manera particular al recinto de la Iglesia, persevera vigilante en sus tejados, sintiéndose allí del todo seguro. **Único**, en referencia a la caridad, que de muchos [**339**] hace uno solo. **En el edificio**, por la altura de la fe y la fortaleza del espíritu. Se ha de considerar también cómo este hombre suplicante comienza por las aves de mayor tamaño – el *pelícano* y la *lechuza*– hasta bajar a la más pequeña de todas, o sea, el *pájaro*. La razón está en que va descendiendo, poco a poco, en los grados de penitencia: primero, lo más grande; después, lo mediano; por último, aquello que, por la costumbre misma, se considera tolerable. Por medio de la figura retórica de la *parabole*, son comparadas estas aves con hombres diferentes en cuanto al género, pero semejantes en lo que se refiere a la cualidad de sus costumbres. Este modo de comparación recibe, en latín, el nombre de *ex maiore ad minus* [de mayor a menor], pues mucho mayor es el hombre que el pájaro.

Verso 9.– **Todo el día me reprobaban mis enemigos; y los que me alababan juraban contra mí**[16] [*Tota die exprobraverunt me*[17] *inimici mei; et qui laudabant me adversum me iurabant*]. Es propio de la maldad diabólica –respecto de los siervos de Dios, dificilísimos de subyugar con tiránica arrogancia– intentar engañarlos, más bien, haciendo uso de artificiosos manejos, de manera que aquéllos a los que los terrores manifiestos no les hacen ceder, se plieguen, por el contrario, al escuchar ridículas reprobaciones. Esta figura retórica recibe el nombre de *ironia* –es decir– burla. Se trata de un recurso literario que muestra algo distinto de lo que se propone. Por tal razón los pecadores se burlaban con aspereza de este hombre, que se afligía y que –por así decirlo– se esforzaba inútilmente. Y, para que creciera la magnitud del oprobio, dice que **juraban** en la misma reprobación. En efecto, es costumbre de los malvados decir: ¡Ojalá no tenga yo una vida como la que soporta éste, que más bien parece asemejarse no ya a los hombres vivos, sino a los cadáveres!. En otro tiempo, ciertamente, cuando disfrutaba de la vida mundana, sí que lo **habían alabado**. Pero, con juramento, lo despreciaron, después, considerándolo semejante a los muertos.

Verso 10.– **Porque comía ceniza como pan, y mezclaba mi bebida con el llanto** [*Quia cinerem tanquam panem manducabat, et potum meum cum fletu temperabam*[18]]. Explica la causa de que sus enemigos y conocidos lo maldijeran en su presencia, como también es sabido que sufrió Job, cuya vida –por su suciedad, difícil de soportar– era despreciable para vecinos y amigos. Este verso, sin embargo, debe ser estudiado con un cuidado mayor, a fin de que no consideremos, contra la costumbre humana, que las cenizas de los maderos es comida de los penitentes. Sabemos que la **ceniza** son los restos de los carbones quemados, que, con razón, decimos que son comparadas con

[16]Hebr., בִּי נִשְׁבָּעוּ [*conspiraban contra mí*]. Los LXX: κατ᾽ ἐμοῦ ὤμνυον [*juraban contra mí*].

[17]TL., *exprobraverunt me*; Vlg. *exprobrabant mihi* .

[18]TL., *temperabam*; Vlg., *miscebam*.

los pecados, de manera que, incluso la tenuidad misma de los delitos, sea consumida por los dolores de las aflicciones. En efecto, por pequeño que sea el resto, que permanece como consecuencia del pecado, ello no conduce a la vida. Por tal razón, en el salmo cincuenta, el profeta clama: *Lávame del todo*[19] *de mi injusticia y de mi delito purifícame* (Sal 50,4). Con razón, pues, el santísimo penitente se daba prisa por comer las mismas *cenizas* de los pecados, a fin de que no quedase residuo alguno, que le impidiera merecer el reino de los cielos. Sigue: **Y mezclaba mi bebida con el llanto**. Aunque parezca que esto puede suceder alguna vez, considero, sin embargo, que deba entenderse también en sentido espiritual. La palabra **bebida** significa aquí aquella saciedad de las almas que –como en el salmo setenta y cuatro– dice: *El cáliz en la mano del Señor está lleno de mezcla de vino puro; e hizo caer de éste en éste* (Sal 74,8). Es, por tanto, la misma *bebida* que felizmente mezclamos con los llantos; el mismo cáliz al que nuestras lágrimas hacen más dulce. En efecto, es entonces cuando aquel cáliz celeste entra en las interioridades del alma: cuando la riega con piadosos llantos. Ésta era la copa que parecía indigna para los que se burlaban; éste, el alimento que los voluptuosos consideraban horrible. Pero esto es lo que el buen cristiano debe amar con más empeño: cómo poder llegar a aquellos banquetes de Rey celestial. Y observa que, en todo este verso, está presente la figura retórica llamada *tapinosis*, que –como ya se sabe– se caracteriza por lo siguiente: hacer que, mediante el ejercicio de la humildad, una cosa grande llegue a rebajarse hasta la más insulsa pequeñez. Esta figura literaria se encuentra, con frecuencia, en las sagradas Escrituras, como dice el Apóstol: *Eligió Dios las cosas débiles este mundo, para confundir a las fuertes* (1Cor 1,27).

Verso 11.– **Ante el rostro de tu ira e indignación, porque, elevándome, me estrellaste** [*A facie irae et indignationis tuae, quia elevans elisisti*[20] *me*]. Esta pausa debe ser unida a lo dicho anteriormente, de manera que aquella penitencia de magnitud tan grande tenga como origen la ira y la indignación del Señor. Dice, en efecto: **Ante el rostro de tu ira e indignación**. La **ira** y la **indignación** no tienen un **rostro** físico, sino que se muestran siempre imaginativamente a todos los que tienen miedo. De donde eficazmente ha quedado expresado aquí el estado anímico de aquél que se sentía afectado por un gran temor, en cuanto que se sabía bajo la amenaza de los pecadores. En palabras de Jeremías: *Los devoró el león saliendo de la selva, y los asoló el lobo al atardecer* (Jer 5,6). También el apóstol Pedro advierte: *Vigilad* –dice– *y orad, porque vuestro enemigo, el diablo, como*[21] *león rugiente, anda rodando, buscando a quién devorar* (1Pe 5,8). Con razón, pues, tuvo miedo de su rostro airado aquél que conoció que el Señor, por medio de sus profetas, había dicho tales cosas de antemano, refiriéndose a los pecadores. En efecto, la *ira* está relacionada con la venganza; la *indignación*, con un impulso mesurado del ánimo. Cierto es que nos indignamos incluso con los propios hijos; pero sentimos ira, cuando nos vemos arrastrados por un impulso mucho más fuerte contra aquéllos que, en razón de justicia, son merecedores de castigo. Añade: **Porque, elevándome, me estrellaste**. Aunque parezca haberse introducido la persona de un único pobre, sin embargo –como varias veces hemos dicho– el experto narrador desliza también en el relato las cosas buenas y malas propias del género humano. En efecto, muy frecuentemente, el Señor, por medio de sus dones, **eleva** a los pecadores, otorgándoles riquezas, concediéndoles la

[19]TL., in textu: *Usquequaque* [ed., *Amplius*].

[20]TL., in textu: *elisisti* [mss. A., B., *allisisti*]; Vlg., *allisisti.*

[21]TL., in textu: *ut* [ed., *tanquam*].

vida, dándoles con largueza la gloria[22] del mundo, y haciéndoles vivir en la esplendidez de toda clase de bienes. Pero, al elevarse hasta la soberbia los hinchados corazones de los mortales, se retira el Señor –como moderador eminente– de la abundancia otorgada, para que juiciosamente tomen ellos conciencia de que no eran propiedad suya aquellos bienes, que de manera subitánea les fueron arrebatados. Pero no hay duda de que ésta es una feliz pérdida, como en otro salmo está escrito: *Bueno para mí ha sido el haberme tú humillado, para que aprendiera yo tus justificaciones* (Sal 118,71). En efecto, de ahí nace la compunción, de ahí se obtiene la medicina de las almas. Esto es lo que cuenta este penitente, no descontento, sino, por el contrario, enmendado.

Verso 12.– **Mis días como sombra declinaron, y yo como heno me sequé** [*Dies mei sicut umbra declinaverunt, et ego sicut fenum arui*]. Después de la desobediencia de Adán, a la perfección dijo el hombre que sus **días como sombra habían declinado**, porque los había abandonado el verdadero Sol –Cristo el Señor–, sin el cual toda vida es sombría. Y lo mismo que la **sombra** no tiene sustancia, así también nuestros **días** perecen, a causa de un modo de vida sin provecho. **Declinaron**, pues, sus *días*, porque él se apartó del Señor. En efecto, empieza uno a disminuir en la medida en que se va apartando de aquella plenitud. Sigue: **Y yo como heno me sequé**. Fue del todo natural que aquél, cuyos días habían declinado, como **heno** se tuviese que **secar**. En efecto, una vez retirado el don vital, que nos vivifica y nos hace vigorosos y floridos, somos arrastrados sin remedio a la sequedad del pecado, a no ser que, merced al rocío de la misericordia divina, comencemos otra vez a echar nuevos brotes para la vida de gracia. Completa ha quedado la luctuosa narración de tan grandes aflicciones. Veamos ahora qué quiera mostrarnos la tercera parte.

Verso 13.– **Pero tú, Señor, permaneces en eterno; y tu memorial por el siglo del siglo** [*Tu autem, Domine, in aeternum permanes; et memoriale tuum in saeculum saeculi*[23]]. Después de tan digna satisfacción y una vez llorados debidamente los males en general, aquel penitente, ya casi elevando la cabeza y respirando con cierta libertad –reconfortado y renovado– entra en la tercera parte y, en la medida en que –condenándose a sí mismo– se había humillado [**340**], en esa misma medida prorrumpe ahora –exultante y confiado– en las alabanzas del Señor. Muy oportunamente, por ello, da comienzo a sus alabanzas, a partir de la venida del Señor, gracias a la cual tenía la seguridad de que el mundo sería salvado. Continúa diciendo: **Y tu memorial por el siglo del siglo**. Ha llamado **memorial** a la promesa de salvación que, en virtud de la encarnación del Señor, habrá de venir, hecho éste que ni siglos ni olvido alguno pueden cambiar, sino que, oculto en lo recóndito de la memoria, permanece siempre inamovible por los siglos infinitos.

Verso 14.– **Levantándote tú, te apiadarás de Sion, porque ha llegado el tiempo de apiadarse de ella** [*Tu exsurgens misereberis Sion, quia venit tempus miserendi eius*[24]]. Nos recuerda este santísimo pobre cuán grande es el poder de la oración del hombre sencillo y fiel. Y lo es de tal manera que aquél que, antes, ni siquiera se consideraba digno de la mirada de los hombres o que, para no alegrarse de la libertad del mismo día, comía ceniza, como si fuera pan, y mezclaba su bebida con el llanto, ahora –si está permitido decirlo así– es como el que empuja al mismo Señor a cumplir las promesas, de manera que, por la piedad de su venida, mire al mundo que

[22]TL., in textu: *gloriam* [ed., *gloriosa*].

[23]TL., *in saeculum saeculi*; Vlg., *in generationem et generationem*.

[24]TL., *quia venit tempus miserendi eius*; Vlg., *quia tempus miserendi eius, quia venit tempus*.

padece. Dice: **Levantándote tú**, como se dice al que está dormido y tarda mucho en venir, trayendo socorro. Y, para que se entienda que el Señor todo lo hace, según es su voluntad, añade: **Porque ha llegado el tiempo de apiadarse de ella**. No en cuanto a recordarle el tiempo, sino en razón de que, mediante la más oportuna decisión, Él disponga los tiempos. Éste fue el **tiempo** del que el Apóstol dice: *Pero cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley* (Gál 4,4). Y en otro lugar: *He aquí que ahora es el tiempo propicio, he aquí que ahora es el día de la salvación* (2Cor 6,2). Este argumento recibe, en latín, el nombre de *a tempore* [a su tiempo, oportunamente]. Esto suele considerarse –entre los oradores– como algo de gran eficacia. En efecto, ¿qué hay que impida hacer una cosa, cuando el tiempo adecuado invita a hacerla?. Por su parte, **Sion** es un monte que se levanta en Jerusalén y que –como muchas veces ya hemos dicho– representa a la Iglesia, de la cual verdaderamente se ha apiadado, cuando la congregó de entre las gentes y la cimentó con institución sacratísima.

Verso 15.– **Porque tus siervos tuvieron predilectos, las piedras de ella, y tendrán misericordia de su tierra**[25] [*Quoniam beneplacitos habuerunt servi tui lapides eius*[26]*, et terrae eius miserebuntur*]. Este verso se ha de examinar con cuidado, a fin de poder conocer quiénes son los **siervos**, quiénes las **piedras**, quiénes la **tierra**, personas y cosas, que mediante la alegoría, quiere dar a entender. En efecto, llama *siervos* del Señor a los apóstoles y profetas, que con espíritu devoto cumplieron su servicio hasta el final. Estas *piedras* –o sea, los cristianos[27], que llegaron a hacerse vigorosos, merced al poder divino– **tuvieron predilectos**, al considerar que su predicación era provechosa en medio de ellos. Y también **tuvieron misericordia de la tierra**, es decir, de los pecadores, que –de entre las gentes– serían congregados en *Sion*. Los pecadores eran, ciertamente, semejantes a la *tierra*, porque tenían gusto por las cosas terrenales. Y observa de qué manera tan apropiada[28] las palabras se ajustan a las cosas. A las *piedras* las llama *predilectos*, porque con una solidez semejante a la de las piedras, con la ayuda del Señor, estaban ellos seguros. Añade: **Y tendrán misericordia de su tierra**, porque, por la misericordia de Cristo, habían de quedar limpios los que se habían ensuciado, a causa de la mancha terrenal.

Verso 16.– **Y temerán las gentes tu nombre, Señor; y todos los reyes de la tierra tu gloria** [*Et timebunt gentes nomen tuum, Domine; et omnes reges terrae gloriam tuam*]. Tienen que ver estas cosas con las impías supersticiones de este mundo, en cuanto que no era temido el Señor verdadero, cuando el mundo religioso servía a los ídolos. Pero, después de haber brillado su venida de salvación, por el temor, se convirtieron las gentes. Sobre ellas dice más arriba: *Y tendrán misericordia de su tierra*. También los **reyes** creyeron en su **gloria**, es decir, los que, refrenando sus cuerpos por el cumplimiento de los preceptos divinos, pudieron ser –con la ayuda del Señor– sus propios emperadores. Y éstos son aquéllos sobre los cuales antes había dicho: *Porque tus siervos*

---

[25]Hebr., כִּי־רָצוּ עֲבָדֶיךָ אֶת־אַבְנֶיהָ וְאֶת־עֲפָרָהּ יְחֹנֵנוּ [*Porque tus siervos aman sus piedras, y del polvo de ella tienen compasión*]. Los LXX: ὅτι εὐδόκησαν οἱ δοῦλοί σου τοὺς λίθους αὐτῆς καὶ τὸν χοῦν αὐτῆς οἰκτιρήσουσιν [*Porque se han deleitado tus siervos en sus piedras y de su polvo tendrán piedad*]. En sentido figurado, habla este verso de Jerusalén, arruinada y convertida en un montón confuso de piedras. Ello no obstante, los siervos del Señor, dolidos por tan triste suerte, suspiran sin cesar por volver a ver siquiera sus ruinas, se duelen de su polvo, y desean contribuir, en todo lo posible, a la reedificación la ciudad y restitución de su antigua gloria. La explicación de S. Agustín es otra (S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, págs. 751-754), y Casiodoro, en parte, no coincide con él.

[26]TL., *beneplacitos habuerunt servi tui*; Vlg., *placuerunt servis tuis*.

[27]TL., *id est Christianos, qui*; prop., *id est Christiani, qui*.

[28]TL., in textu: *proprie* [*ed.*, propria].

tuvieron predilectos, las piedras de ella. En efecto, conocen ya verdaderamente la gloria del Señor todos aquéllos que se mantienen en la firmeza de la fe que abrazaron.

Verso 17.– **Porque el Señor edificó a Sion**[29]**, y será visto en su propia majestad** [*Quia aedificavit Dominus Sion*[30]*, et videbitur in maiestate sua*]. Depende también este verso de lo dicho anteriormente, pues tal es la razón por la que todas las naciones temerán al Señor y los reyes se espantarán a la vista de su gloria: porque Sion –es decir, la madre Iglesia– ha sido edificada, ha sido construida con piedras vivas. En ella avanzará el culto del Señor, sin ninguna interrupción, hasta la consumación del mundo. Pero este **Señor** que **edificó Sion** –el mismo que fue visto en la realidad del cuerpo asumido– **será visto en su propia majestad**, cuando separe las cabras de las ovejas, enviando a los impíos a la *gehenna* y dando a los justos la felicidad eterna [Mt 25,32.46].

Verso 18.– **Se volvió para mirar la oración de los pobres, y no despreció sus súplicas** [*Respexit in orationem pauperum, et non sprevit preces eorum*]. Llama **pobres** a los fieles de Cristo, los cuales –como ya se ha dicho varias veces–, siendo necesitados para el mundo, son ricos únicamente para Él. Éstos, pues, llenos del Espíritu Santo –como este pobre, que habla ahora– derramaban ante Dios sus oraciones, para urgirle a que viniera ya, a que no retrasara por largo tiempo cumplir los deseos de los santos. Dice, en efecto, que **fue mirada la oración de los pobres**, porque Aquél, a cuyos ojos nada hay oculto, se fija en todas las cosas corporales. En efecto, su volverse para mirar es **no despreciar**.

Verso 19.– **Sean escritas estas cosas a la otra generación; y el pueblo, que será creado, alabará al Señor** [*Scribantur haec in generatione altera, et populus qui creabitur laudabit Dominum*]. Aquel pobre, machacado por el recuerdo de los pecados, agotado también por las vigilias y la ansiedad, realzado ya –por así decirlo– con el honor propio del profeta, manda que, por el testimonio de la palabra escrita, aprenda la edad futura lo que él había proclamado en esta edad presente, a fin de que nada quedase inseguro a los ojos de los que miraren, al conocer lo que había sido predicho con anterioridad de tantos siglos. En efecto, la **otra generación** significa, ciertamente, el pueblo cristiano, que viene después de aquel pueblo primero. De hecho, fíjate en lo que continúa diciendo: **Y el pueblo, que será creado, alabará al Señor**. Dice que **será creado**, en tiempo futuro, o sea, que será regenerado por la gracia del bautismo. Este pueblo, sin duda, **alabará al Señor**, que por su salvación ha venido, por el cual sufrió la muerte, por cuya esperanza, al tercer día, resucitó de entre los muertos. Este pueblo *alabará al Señor* con un cántico nuevo, como en otro salmo quedó dicho: *Cantad al Señor un cántico nuevo* (Sal 97,1).

Verso 20.– **Porque miró desde su excelso santo**[31]**. El Señor desde el cielo miró a la tierra** [*Quoniam prospexit de excelso sancto suo. Dominus de caelo in terram prospexit*[32]]. Esto es lo que anteriormente decía que había de quedar por escrito. En efecto, a fin de que conozcas la fuerza de su verdad, aquello que había de tener lugar en los siglos venideros, dijo que ya se había realizado.

---

[29]Hebr., כִּי־בָנָה יְהוָה צִיּוֹן [*Porque el Señor reconstruirá a Sion*]. Los LXX: ὅτι οἰκοδομήσει κύριος τὴν Σιωὴ [*Porque el Señor edificará a Sion*]. También S. Agustín lee en futuro.

[30]TL., *in maiestate sua*; Vlg., *in gloria sua.*

[31]Hebr., מִמְּרוֹם קָדְשׁוֹ [*desde su altura santa*]. Los LXX: ἐξ ὕψους ἁγίου αὐτοῦ [*desde su altura santa*].

[32]TL., *prospexit*; Vlg., *aspexit.*

Miró es, ciertamente, un tiempo pasado. Pero veamos desde dónde *miró*. **Desde su excelso santo**, es decir, **desde el cielo**. Ciertamente nos *miró*, cuando asumió la fragilidad de nuestra condición humana, porque por su medio fuimos hechos libres, inmortales, y elevados a la esperanza más alta, si con espíritu humilde somos merecedores de convertirnos a Él. Y, para que esta misma idea adquiera un sentido aún más claro, sigue diciendo: **Desde el cielo miró a la tierra**, pues también en otro lugar está escrito: *El Señor, su sede en el cielo* (Sal 10,5). Desde allí, por tanto, *miró a la tierra*, esto es, se fijó en la fragilidad de nuestra condición humana, que estaba presa, sometida a los vicios del mundo. Y observa que, en las dos partes del verso, ha hecho uso del mismo verbo –*miró*–, para expresar, mediante la igualdad de palabras, una misma unidad de sentido.

Verso 21.– **Para escuchar el gemido de los presos, para desatar a los hijos de los que sufrieron la muerte**[33] [*Ut audiret gemitum vinculatorum*[34]*, ut solvat filios interemptorum*]. Da cuenta de por qué [**341**] el *Señor miró desde el cielo a la tierra*, pues dice: **Para escuchar el gemido de los presos**. Con la palabra **presos** no significa aquí a los que están atados por ligaduras humanas, sino a los hombres santos que, sujetos por los vínculos de la ley, abandonan los errores de una nociva libertad. De ellos dice Salomón: *Escucha, hijo, y recibe un parecer, y no deseches mi consejo, y mete tu pie en sus cepos, y somete tu cuello a su argolla* (Sir 6,24-25). Y, un poco más abajo, continúa diciendo: *Y te servirán sus cepos como protección de fortaleza, y sus argollas como estola de gloria* (Sir 6,30). Éstos son, pues, los *presos*, a los que el Señor se dignó escuchar, cuando gemían y clamaban a Él, en modo de desatar, por el don de su misericordia, al mundo aprisionado por sus propios pecados y, por el poder divino, a los **hijos de los muertos**, que fueron destruidos por el engaño del diablo, liberarlos de los errores paternos. Proclama que esto acontece diariamente en la Iglesia, por medio de los dones habituales de la gracia divina.

Verso 22.– **Para que sea proclamado en Sion el nombre del Señor, y su alabanza en Jerusalén** [*Ut annuntietur*[35] *in Sion nomen Domini, et laus*[36] *eius in Ierusalem*]. Ha descrito con admirable concisión lo que aún estaba por venir. En efecto, **fue proclamado en Sion el nombre de** Cristo **el Señor**, cuando allí, como primer lugar, los apóstoles anunciaron en diversas lenguas las maravillas de Dios [Hch 2,4]. Sucedió que, desde aquí, desde la ciudad concreta de **Jerusalén** –como desde una fuente purísima– los piadosos preceptos del Señor se derramaron, a modo de un torrente, por toda la Iglesia en general. Y por ello fue escuchado el gemido de los cautivos: para que el Señor de la salvación viniera y afianzara su Iglesia en la santísima religión.

Verso 23.– **Para reunir en uno solo a los pueblos y a los reinos, para que sirvan al Señor** [*In conveniendo populos in unum et regna*[37]*, ut serviant Domino*]. Sigue explicando todavía por qué fue escuchado el gemido de los presos: Para que, **reuniendo al pueblo en uno solo**, resonaran las alabanzas del Señor. En efecto, al decir: **En uno solo**, está mostrando la virtud de la unidad católica; pues, aunque este pueblo sea congregado desde las diversas partes del mundo, sus miembros *se*

[33]Hebr., לִפְתֹּחַ בְּנֵי תְמוּתָה [*A los hijos de muerte*]. Los LXX dicen: τοῦ λῦσαι τοὺς υἱοὺς τῶν τεθανατωμένων [*para soltar a los hijos de los condenados a muerte*]. S. Agustín –que no lee *interemptorum*, sino *mortificatorum*– traduce por *los hijos de los condenados a muerte*, es decir, los hijos de los mártires.

[34]TL., in textu: *vinculatorum* [mss. A., B., *compeditorum*].

[35]TL., *annuntietur*; Vlg., *annuntient.*

[36]TL., *laus*; Vlg., *laudem.*

[37]TL., in textu: *regna* [mss., A., B., *reges*]; Vlg., *reges.*

reúnen en uno solo, en cuanto que mantienen unidos en una misma regla de fe. Así atestigua el profeta Ezequiel: *Esto dice el Señor Dios: 'He aquí que yo recojo a toda la casa de Israel de en medio de las gentes en las que entraron, y los congregaré de entre todos los que están en su derredor, y los conduciré a su tierra, y haré de ellos una sola nación'* (Ez 37,21-22). También el Apóstol dice: *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está por encima de todos, y por medio de todas las cosas, y en todos nosotros* (Ef 4,5-6). Por lo cual, en verdad, ha de decirse que *se reúnen en único pueblo* aquéllos que, con auténtico espíritu religioso, corren presurosos a creer en la Trinidad indivisible, es decir, a creer en un solo Dios. Sigue también el feliz cambio: Que **los reinos** de cielos y tierras **sirvan al Señor**. Tanto más libres serán estos reinos cuanto, mediante una fiel servitud, estuvieren encadenados a su Hacedor.

Verso 24.– **Y le responde en el camino de su virtud** [*Et respondit*[38] *ei in via virtutis suae*]. ¡Qué bien ha sido expresado, con estas dos palabras, en qué consiste la religión cristiana!: en **el camino de la virtud**. Camino por el que, sin duda, avanzamos en medio de dolores, transitamos acompañados de tribulaciones, pero soportándolo todo, con la mayor esperanza, en nombre de Cristo. Por tanto, la devota asamblea de los santos responde a esta **virtud**, que Cristo el Señor predicó. En efecto, al llamar Él a conducirse con una vida virtuosa, natural es que le **responda** aquél que da muestra de ser obediente a sus mandatos. Por lo cual, no se le *responde* con la lengua, sino con la vida; no con la voz, sino con la fe; no con el clamor, sino con el corazón. Resulta claro que todas estas cosas se refieren a la Iglesia católica.

Verso 25.– **Revélame la poquedad de mis días** [*Paucitatem dierum meorum enuntia*[39] *mihi*]. Entre las alabanzas del Señor, referidas con múltiple variedad, desea ahora este pobre conocer el tiempo que le queda de vida, en modo de merecer entrar en aquella felicidad que el Señor prometió a los santos. No es su deseo, ciertamente, conocer el fin de su luz, por estar apegado a esta vida, sino a fin de que –sin dejar de persever en las mismas alabanzas– pueda llegar prontamente a aquel descanso del reino celestial. Habla, por tanto, de la **poquedad de los días**, pues bien sabía que, alguna vez, habían de terminar. En efecto, comparado con la eternidad, todo el tiempo de duración de este mundo aparece corto sobremanera, porque sean cuales fueren los siglos de su existencia, nunca podemos decir que es mucho.

Verso 26.– **No me llames de nuevo en la mitad de mis días, por el siglo del siglo son tus años** [*Ne revoces me in dimidio dierum meorum, in saeculum saeculi*[40] *anni tui*]. Ha quedado explicado el sentido de la súplica anterior, que es el siguiente: aquel pobre, que rogó **no ser llamado de nuevo a**[41] **la mitad de** sus **días**, no suplicaba por la duración de su vida, sino que rogaba no ser vuelto a llamar a una edad ya pasada. En efecto, *es vuelto a llamar en*[42] *la mitad de* sus *días* aquél que regresa a los antiguos pecados. Significa, pues, la *juventud*, tiempo en el que la voluntad se

[38]TL., *Et respondit*; Vlg., *Respondit.*

[39]TL., *enuntia*; Vlg., *nuntia.*

[40]TL., *in saeculum saeculi*; Vlg., *in generationem et generationem.*

[41]Obsérvese el cambio de preposiciones: *in* con ablativo [*in dimidio*] por *ad* con acusativo [*ad dimidium*]. No da el autor explicación alguna. Se trata, sin embargo, de una enálage muy usada de proposiciones. Véase también unas pocas líneas más abajo.

[42]Aquí, según lo anterior, se esperaría la preposición *ad* y no *in*. Pero no es así.¿Una inadvertencia de los editores?. Véase a continuación.

inclina, por lo general, hacia cosas resbaladizas y, por la fogosidad propia de la edad, se complace mayormente en los pecados. Pero es consciente el orante de que, con gran beneficio para él, todo esto ya lo ha dejado atrás, y no quiere renunciar a lo que reconoce haber adquirido por puro favor divino. Sigue: **Por el siglo del siglo son tus años**. Con razón, había pedido no ser llamado de nuevo *a la mitad* de sus días, aquél que, con ansia grande, daba muestras de tener gran prisa por llegar a la eternidad del cielo. Allí, ciertamente gozarán los santos –junto con el Señor– de una alegría perpetua, cuando –como dice el Apóstol– *Dios sea todo en todos* (1Cor 15,28). Por su parte, las palabras **tus años** son aplicadas al Señor en sentido tropológico, porque los **años** son propios de aquéllos para quienes también cambian los tiempos. Ahora bien, esta eternidad del Señor ha sido expuesta en los tres versos siguientes. Nosotros los hemos colocados juntos, con objeto de que, tanto la eternidad del Señor como su obra en el tiempo, sean descritas en una única exposición.

Verso 27.– **En el comienzo tú fundaste la tierra, Señor; y obra de tus manos son los cielos** [*Initio terram tu fundasti, Domine*[43]*; et opera manuum tuarum sunt caeli*].

Verso 28.– **Ellos perecerán; tú, en cambio, permaneces; y todas las cosas como un vestido envejecerán** [*Ipsi peribunt, tu autem permanes; et omnia sicut vestimentum veterascent*].

Verso 29.– **Y como un cobertor las cambiarás, y quedarán cambiadas; pero tú eres el mismo, y tus años no cesarán** [*Et sicut opertorium mutabis ea*[44]*, et mutabuntur; tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient*]. Al decir: **En el comienzo tú fundaste la tierra, Señor**, manifiesta que ninguna mente cuerda puede negar que el Creador existe, sin tener comienzo alguno, antes que todas sus criaturas. Y fíjate bien en que aquí, con concisión admirable, han sido echados por tierra ciertos postulados filosóficos, el primero de los cuales es que no existe un creador del mundo; el segundo, que el mundo durará por siempre, sin conocer final alguno. Pero, al decir: **En el comienzo tú fundaste la tierra, Señor; y obra de tus manos son los cielos**, aquella primera e impía creencia es plenamente refutada. Y, al afirmar que **ellos perecerán**, asegura que los *cielos* tienen un final, a fin de que nadie, dejándose llevar del error de los gentiles, confíe en las estrellas, cuando oiga que éstas son inmutables. Considero, sin embargo, que se ha de analizar con más detenimiento lo siguiente: Si *todo cuanto existe ha sido hecho por medio de la Palabra* [Jn 1,3], ¿por qué dice aquí que *los cielos han sido fundados por obra de las manos*?. Pero aquí la palabra **manos** debemos entenderla en el sentido del *poder del mandato*. En efecto, en otro lugar dice: *Porque él dijo y las cosas fueron hechas; él mandó y fueron creadas* (Sal 148,5). Resulta así que las Escrituras no entran en contradicción consigo mismas, cuando a las palabras –según el contexto– se les da el significado más apropiado. Sigue: **Tú, en cambio, permaneces**, para proclamar que, así como muestra la eternidad del Señor, al crear todo cuanto existe, así también, después de que los cielos sean cambiados, Él permanece en la gloria de su Majestad. En efecto –según creo yo–, al decir: **Todas las cosas**, no está refiriéndose [**342**] a los ángeles ni a las criaturas espirituales, que sí han de permanecer en su dignidad, sino a aquellas otras que están sujetas a cambio. Esta figura retórica recibe el nombre de *synecdoche*, es decir, el todo por la parte. Se trata de un recurso literario de uso muy frecuente en las sagradas Escrituras. Pero, con la expresión: **Como un vestido envejecerán** parece hacer referencia a la fragilidad de la carne. Esta palabra –vestido– la encontramos también en el Evangelio en un contexto de comparación: *¿Acaso no es más el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido?* (Mt 5,26). **Envejece** realmente aquello que –a la manera del **vestido**–

[43]TL., *Initio terram tu fundasti, Domine*; *Initio tu, Domine, terram fundasti*.

[44]TL., *ea*; Vlg., *eos*.

es consumido por la muerte. Añade: **Y como un cobertor las cambiarás, y serán cambiadas**. La palabra **cobertor**, quizá, deba entenderse por *cielos*, los cuales –a la manera de un velo– cubren la superficie de la tierra. También los cielos –como todas las demás cosas– son cambiados. Y, para expresar que los hechos del Señor han de permanecer ya por la eternidad, afirma: **Las cambiarás, y quedarán cambiadas**, porque ya nunca volverán a esta condición corruptible. En efecto, si de nuevo quedaran sometidas a corrupción, no podría decirse que han sido cambiadas, como el profeta Daniel atestigua: *Pues la sabiduría y el poder y el intelecto son suyos, y él cambia los tiempos y los siglos* (Dan 2,20-21). Añade: **Pero tú mismo eres Él mismo, y tus años no cesarán**. **El mismo** –adjetivo– está puesto aquí frente a las cosas dichas anteriormente, porque, mientras que ellas son susceptibles de cambio, el Señor permanece siempre inmutable. Por el contrario, **Él mismo** –pronombre– indica su omnipotencia, porque realmente es Él mismo, en cuanto que siempre obra cosas dignas de Él. El verbo **eres** indica, con suma concisión, su naturaleza, porque Él es el único que existe por sí mismo, el único que, para existir, no tiene necesidad de ayuda alguna[45]. Así, mediante estos tres versos, han quedado descritas, con brevedad admirable, la mutabilidad de las criaturas y la eternidad de Dios.

Verso 30.– **Los hijos de tus siervos habitarán allí, y su semilla será enderezada por el siglo del siglo** [*Filii servorum tuorum inhabitabunt ibi, et*[46] *semen eorum in saeculum saeculi dirigetur*]. Una vez completada la oración, con sabiduría y utilidad extraordinarias, aquel pobre santísimo, exultante por la remisión de sus pecados y por la esperanza de la resurrección futura, llega a la conclusión del salmo, en la que, resumiéndolo todo con brevedad suma, se alegra de que, junto con los santos, ha de habitar allí donde está la esperanza gloriosa de los fieles y el reposo eterno de los justos. La expresión: **Los hijos de tus siervos**, hace referencia a los discípulos de los profetas y de los apóstoles, es decir, hijos que, por la santa predicación, engendraron a través del útero de la fe. A éstos les dice el Apóstol: *¡Hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto* (Gál 4,19). Y, escribiendo a Timoteo, al comienzo de su carta, dice también lo siguiente: *A mi hijo queridísimo* (2Tim 1,2), a quien, ciertamente, engendró en la fe, que no en el cuerpo. **Habitarán allí**, expresión que significa el lugar de felicidad, que el Señor posee, lugar del que Él mismo dice: *Padre, quiero que donde yo estoy, estén conmigo también ellos* (Jn 17,24), es decir, en aquel reino perpetuo, donde el gozo es eterno y la paz del espíritu nunca tendrá fin. Pero debes saber que así como los *hijos de los siervos* están allí con el Señor, no dudes ni por un momento que así también los siervos –o sea, los apóstoles y sus predicadores– están asimismo allí con Él. Pues, si a los discípulos se les condece el lugar de la felicidad, ¿acaso se les va a negar a quienes han sido sus maestros? Pero, algunas veces, suelen las divinas Escrituras decir cosas de menor entidad, en modo de incluir allí otras, de importancia, sin duda, mayor, como en un salmo anterior ya se dijo: *Si veías a un ladrón, echabas a correr con él; y con los adúlteros ponías tu parte* (Sal 48,18). En efecto, se habla en este verso de delitos menores, para que, al mismo tiempo, se entiendan también aquellos otros que, ciertamente, son más graves. Sigue: **Y su semilla será enderezada por el siglo del siglo**. **Su semilla** significa las obras de los fieles, que son sembradas en este mundo, de manera que en aquella eternidad se manifieste su fruto como merecedor de alabanza. Y entiende bien la razón por la que se ha empleado aquí la expresión: **Será enderezada**, es decir: porque las cosas que fueren

[45]S. Agustín se extiende aquí ampliamente –y ya lo hacía en el versículo anterior– en la explicación de la naturaleza de Dios, según Éx 3,14, aunque no toma en consideración lo que creemos que allí es lo esencial, es decir, la revelación del nombre de Dios: יְהוָה [*y^{e}wāh*], *el Señor*.

[46]TL., *inhabitabunt ibi, et;* Vl., *inhabitabunt, et*.

recibidas allí, son establecidas en la rectitud eterna, donde nada puede ser deforme, nada puede estar torcido, sino que sus santos –junto con el Señor Salvador– gozarán de una voluntad recta y estable.

Conclusión del salmo

¡Cuán felizmente lloró este pobre ansioso, hasta llegar, atormentándose, a los gozos eternos!. Al principio, fue semejante a un pelícano; más tarde, será comparado con el ave fénix; poco ha, fue una lechuza; instantes después, un águila; antes, un pájaro; de ahí pasó a ser una esclarecida paloma. Experimentan tales cambios aquéllos que, con corazón puro, se someten al Señor. Por mucho que reciban el nombre de reinos, vienen a resultar pequeños; por muy alabadas que sean las púrpuras, de suciedad llenaron, con frecuencia, a aquéllos que las vistieron. He aquí que el mundo es vencido con la sencillez de los pañales; con el llanto, es derrotado el diablo; y Aquél, para quien no hay ejércitos con la suficiente capacidad de oponerle resistencia, se ve doblegado por la oración de un solo pobre. Éstos son los sabios, los elocuentes, los maestros verdaderamente gloriosos en el arte de hablar, los que reciben –victoriosos– una heredad tal que en modo alguno la oposición del enemigo puede lograr que sean arrojados de ella. Tal hacienda reciben, en fin, que sin esfuerzo alguno conservarán por siempre y que, ni siquiera a causa de la muerte, deberán abandonar algún día. ¡Oh feliz condición de los penitentes, que de los reos haces justos; de los tristes, hombres siempre alegres; de los mortales, eternos!. Aquí viven, durante un tiempo, en contacto con los malos; allí serán felices por siempre, partícipes de los coros de los ángeles. Sepamos, por ello, que éste es el quinto de los que hacen penitencia, el cual no defendiéndose, defendió; no deshaciéndose, deshizo; sin limpiarse, limpió. Si hasta su misma pobreza mereciéremos llegar, conseguiríamos, sin duda, la victoria sobre todos los reinos del mundo.

SALMO CIENTO DOS

Salmo para el mismo David.
[*Psalmus ipsi David*].

Después de que aquellas tan humildes súplicas y tras haber expresado los gemidos de penitencia tan grande, el presente salmo está totalmente lleno de la alabanza[1] del Señor, de manera que, por piadosa disposición, a las lágrimas precedentes les sigan las alegrías de los elogios. Y –como muchas veces hemos dicho– las palabras del título: **Para el mismo el mismo David**, no debemos referirlas, en modo alguno, a ningún hecho realizado por aquel rey terrenal, porque es la alabanza superna la que, de manera evidente, queda expresada en el salmo. En efecto, es luminoso y del todo semejante a la claridad de su título, en modo de que podamos entender, sin dificultad alguna, el contenido de las palabras de este salmo.

División del salmo

A lo largo de toda su narración, habla el profeta. En la primera parte, dirige la palabra a su propia alma, para que bendiga al Señor y nunca se olvide de sus beneficios. Recuerda, en la

[1]TL., in textu: *laude* [*mss., A., B., F.*, laudatione].

segunda, los dones que concedió a Moisés y a los demás fieles suyos, de manera que se conozca que, por los siglos, el Señor no dejó de derramar su munificencia. En tercer lugar, vuelve su palabra a los ángeles, habla a las potencias del cielo e invita a las restantes criaturas, dotadas de razón, a que alaben constantemente al Señor.

[**343**] *Exposición del salmo*

Verso 1.– **Bendice, alma mía, al Señor; y todas mis entrañas, a su nombre santo** [*Benedic, anima mea, Dominum, et omnia interiora mea*[2]*, nomen sanctum eius*]. Sabiendo el profeta que la mente de los hombres está sujeta a diversas ilusiones y que no está siempre fija en la verdadera contemplación, el santo varón habla a su propia alma, para que, por haber sido liberada de muy distintas desgracias, se acuerde del Autor de todos los beneficios y nunca considere que ha de atribuir a sí misma o a cualquier otro aquello que es don del único Dios. Dice: **Bendice, alma mía**. Hablar con la propia alma es, en efecto, un modo sumamente grato y honorable de hablar, de suerte que todos entiendan que, a cada instante, se debe apetecer el saludable consejo que el profeta dio a su propia persona. Sigue: **Y todas mis entrañas, a su nombre santo**. **Las entrañas** del alma son el pensamiento, expresado en su diversidad, y el poder de la mente. Quiso que ésta –la mente– fuera a una con el alma, de manera que –aunadas las fuerzas– la alabanza del Señor resonara con fiel armonía. En efecto, muchas veces el alma desea realizar una determinada cosa; pero, por mor de fantásticas imaginaciones, acaba por ser engañada. Ahora bien, en cuanto a la alabanza del Señor, nada quiso el santo varón que se distrajera de Él, sino que se cantaran, con una sola armonía, todas aquellas cosas que, de manera reprensible, pudiesen discordar entre sí.

Verso 2.– **Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides todas sus retribuciones** [*Benedic, anima mea, Dominum, et noli oblivisci omnes retributiones eius*]. Sirviéndose de las mismas palabras, repite convenientemente la primera parte del verso anterior, a fin de suscitar, mediante la insistencia en la misma idea, un deseo de extraordinaria importancia, en modo de que no parezca que el alma, con perjudicial negligencia para sí misma, se toma demasiado tiempo, para iniciar una obra tal, aconsejándole –antes que nada– que jamás se olvide de que todo lo ha recibido de Señor. En efecto, nunca deja de alabar aquél que **no** puede **olvidar** los beneficios recibidos. Fíjate, después, la palabra, que emplea: **Retribuciones**. Ciertamente, porque una cosa es lo que los hombres deben, a causa de sus pecados, y otra distinta aquello que es **retribuido**[3] a los que han sido absueltos. Esto es, en efecto, lo que a nadie le está permitido *olvidar*: que quien estaba sujeto a castigo, se hiciera, después, digno de honor. Ahora bien, cuáles sean estas *retribuciones* divinas, que –si el hombre las medita– alaba con todo su espíritu los beneficios del Señor, a continuación las refiere.

Verso 3.– **El que se hace propicio a todas tus iniquidades**[4]**; el que cura todas tus**

[2]TL., *et omnia interiora mea*; Vlg., *et omnia, quae intra me sunt.*

[3]TL., in textu: *retributum* [*mss. A.,B.,* retribui].

[4]Hebr., הַסֹּלֵחַ לְכָל־עֲוֹנֵכִי [*Él es quien perdona todas las iniquidades*]. Con referencia al *-kî* final de la palabra hebrea עֲוֹנֵכִי [*'aōnekî, iniquidades*], que bien podría entenderse por un sufijo singular de primera persona,dice Ravasi, a quien traduzco del italiano: *Mientras tanto, el recurso al pronombre arameizante o arcaizante de segunda persona femenino singular* -kî*, que es asonante con la* -î *de primera persona singular hace el texto musicalmente muy intenso y alusivo: Dios y el hombre se encuentran, la potencia y la miseria se abrazan por un encuentro salvífico* (RAVASI, *o.c.*, vol. 3, pág. 65). Los LXX traducen: τὸν εὐιλατεύοντα πάσαις ταῖς ἀνομίαις σου [*El que perdona todas tus iniquidades*].

enfermedades [*Qui propitius fit*[5] *omnibus iniquitatibus tuis; qui sanat omnes languores tuos*[6]].

Verso 4.– **El que redime tu vida de la muerte; el que sacia con bienes tu deseo** [*Qui redimit de interitu vitam tuam; qui satiat*[7] *in bonis desiderium tuum*].

Verso 5.– **El que te corona con compasión y con misericordia; como al águila será renovada tu juventud** [*Qui coronat te in miseratione et misericordia*[8]*; renovabitur sicut aquilae iuventus tua*[9]]. En estos tres versos se exponen, distribuidas en cinco partes, las *retribuciones* del tiempo futuro, que el Señor, con piadosa compasión[10], concede generosamente a los santos. En retórica, esta figura recibe el nombre de *synatroismos*, en latín, *congregatio* [recapitulación], cuando, en un solo grupo, se ponen juntos o los más crueles delitos o los más dulces beneficios. En primer lugar, el Señor **se hace propicio a todos** sus **pecados**, cuando –perdonadas las culpas– se digna recibir en paz a los pecadores. En segundo lugar, **cura todas** las **enfermedades** de los fieles, cuando, en el día de la resurrección, les sean dadas la seguridad y la inmortalidad eternas, o sea, *cuando esto corruptible se revista de incorrupción, y esto mortal se revista de inmortalidad* (1Cor 15,54). En tercer lugar, **redime** nuestra **vida de la muerte**, cuando nos aleja de la fatalidad de la eterna muerte, es decir: para que no tengamos que escuchar aquella sentencia terrible: *Id al fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles* (Mt 25,41). En cuarto lugar, **sacia con bienes** el **deseo** de los bienaventurados, cuando les dice: *Venid, benditos de mi Padre* (Mt 25,34). En quinto lugar, **corona con** su **compasión y** su **misericordia**, cuando otorga[11] a los que ya son bienaventurados los premios merecidos, como dice el Apóstol: *Por lo demás, me aguarda la corona de la justicia, que aquel día me entregará el Señor, Juez justo* (2Tim 4,8). Esto significan, quizá, aquellos cinco panes con los que el Señor sació el largo ayuno del pueblo [Mt 14,17 ss.], pues sabemos que cosas como éstas –y otras semejantes a ellas– han precedido a un gran misterio. Pero hemos de averiguar por qué viene introducido aquí el símil del **águila**. Se dice que, cuando esta ave llega ya a una edad avanzada, el labio superior, a consecuencia de una inflexión córnea, se le vuelve de tal modo puntiagudo que ya no le es útil para arrancar la comida con la facilidad con que solía hacerlo antes. Al darse cuenta el animal de que, por esto, su vida puede correr peligro, se dice que empieza a restregar su pico en una piedra, hasta que todo impedimento queda eliminado. Hecha tal cosa, al tomar de nuevo la cantidad de alimentos acostumbrada, su cuerpo vuelve a recuperar el vigor que antes tenía[12]. Así también regresa el alma a su primitiva salud, si no deja de restregar sus pecados en la piedra, que es Cristo el Señor. Vuelve, en efecto, a los alimentos saludables, cuando, con la ayuda del Señor, escupe de su boca todo aquello que supone impedimento para la vida eterna.

Verso 6.– **El Señor que hace misericordias, y juicio para todos los que sufren injuria**

[5]TL., *Qui propitius fit*; Vlg., *Qui propitiatur.*

[6]TL., *languores tuos*; Vlg., *infirmitates tuas.*

[7]TL., *satiat*; Vlg., *replet.*

[8]TL., *in miseratione et misericordia*; Vlg., *in misericordia et miserationibus.*

[9]Obsérvese la diferencia en la sucesión de las ideas: TL., *Qui redimit de interitu vitam tuam; qui satiat in bonis desiderium tuum. Qui coronat te in miseratione et misericordia; renovabitur sicut aquilae iuventus tua*; Vlg., *Qui redimit de interitu vitam tuam; qui coronat te in misericordia et miserationibus. Qui replet in bonis desiderium tuum; renovabitur sicut aquilae iuventus tua*. S. Agustín sigue el texto de la Vlg.

[10]TL., in textu: *miseratione* [*mss. A., B., F.,* misericordia].

[11]TL., in textu: *restituit* [*ed.*, restituet].

[12]Esta explicación sobre el águila es tomada, tal cual, de S. Agustín, que incluye, además, otro símil parecido acerca de las fases de la luna (S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, pág. 688).

[*Faciens misericordias Dominus, et iudicium omnibus iniuriam patientibus*]. Después de haber hablado de las *retribuciones* del Señor, que, llegado aquel tiempo futuro, verdaderamente puede conceder a los que se han convertido, con brevedad dice ahora que **el Señor hace misericordias** a los que esperan y toma venganza en favor de todos los que **sufren injuria**, de modo que nadie pueda dudar a propósito de estas cosas que se acaban de decir, entendiendo que es el mismo Señor el que ha sido dado a conocer por medio de tal explicación. En efecto, este verso está escrito, conforme al modo propio de la definición, es decir, cuando alguien es significado a través de aquello que de manera singular realiza. Así, al que te pregunta quién es el Señor, le responderás: *El que hace misericordias, y juicio para todos los que sufren injuria*. Por lo cual, el Señor Dios ha sido descrito más que suficientemente, en cuanto que tales palabras a ningún otro se le pueden aplicar de manera conveniente. Ahora bien, *hace misericordias* a aquéllos que, a su vez, hayan hecho misericordia, como Él mismo dice en el Evangelio: *Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (Mt 5,7). Sigue: **Y juicio para todos los que sufren injuria**. Viene prometido esto a los que son dignificados con la virtud de la paciencia. Sobre ellos está escrito: *Mía es la venganza; yo retribuiré* (Rom 12,19; Heb 10,30). En efecto, los que pretenden tomarse la justicia por su mano y saciar su furor, persiguiendo al enemigo, no dejan la *venganza* a Dios, porque creen poder ocuparse ellos mismos de aquello que, más bien, habrían de esperar[13] del Juez. Has dado a tu alma, santísimo profeta, un saludable consejo, por el que también el mundo pueda sentirse consolado. En efecto, lo mismo que has dicho para ti, lo dices también para nosotros; y con lo mismo que tú te beneficiaste, nos salvas –¡qué duda cabe!– también a nosotros.

Verso 7.– **Dio a conocer sus caminos a Moisés; sus voluntades, a los hijos de Israel** [*Notas fecit vias suas Moysi; filiis Israel voluntates suas*]. Había dado a conocer, más arriba, las *retribuciones* de que el pueblo bienaventurado sería merecedor en el tiempo venidero. Pero ahora, con el fin de que nadie pudiese poner en duda la retribución futura –llegado ya a la segunda parte y sirviéndose del ejemplo de una sola persona–, muestra cuántas cosas, también en este tiempo presente, se dignó conceder a sus siervos. Observa, sin embargo, la distinción establecida entre **Moisés** e **Israel**. En efecto, **dio a conocer sus caminos a Moisés**, cuando le manifestó la justicia de su poder[14], para que redactara la ley, enseñara las costumbres y anduviera por los caminos[15] del Señor con los pasos de una perfecta fe. Sigue: **Sus voluntades, a los hijos de Israel**. Aquí ha dicho: **Voluntades**, y no *caminos*, porque no todo Israel –una vez recibida la palabra del Señor– caminó, según sus mandamientos. Conocemos, en efecto, cuáles fueron los tumultos llevados a cabo por el pueblo, hasta el punto de merecer escuchar la voz del Juez, que decía: *Este pueblo* [**344**] *es de dura cerviz* (Éx 32,9). Así, pues, éste es el motivo por el que dice que les dio a conocer sus *voluntades*, y no sus caminos: porque gran parte de ellos tuvo la arrogancia de apartarse del camino del Señor. Pero entiende que tal es la razón por la que se ha acudido aquí al ejemplo de Moisés[16]: para que sepas que el Señor obra esto cada día, y que puede seguir obrándolo hasta el final de los tiempos.

Verso 8.– **Misericordioso y compasivo es el Señor; paciente y muy misericordioso**

[13]TL., in textu: *postulare* [*ed.*, praestolari].

[14]TL., in textu: *potestatis* [*ed.*, pietatis].

[15]TL., in textu: *in vias* [*ed.*, in via].

[16]TL., *Moysi*; prop., *Moysis.*

[*Misericors et miserator Dominus, patiens et multum misericors*[17]]. **Misericordioso** es Aquél que, por su propia naturaleza, es clemente en grado sumo. **Compasivo**, cuando da con largueza los dones de su misericordia. En efecto, según de qué circunstancias se trate, alguien puede ser *misericordioso* y *compasivo*. Pero *misericordioso* y *compasivo*, por naturaleza propia, nadie podría encontrarse, sino sólo el Señor. Ahora bien, por la siguiente razón, se dice –primero– que es *misericordioso*: para que conozcas que el Señor no es *compasivo* sólo durante un tiempo, sino que es compasivo siempre. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *paronomasia*, en latín *denominatio,* esto es, designación que atrae la atención del oyente, debido al parecido sonido de las palabras. Continúa diciendo: **Paciente**, virtud que necesariamente sigue al que es *misericordioso*, en cuanto que no se es misericordioso, si no se es también *paciente*. Así dice el Apóstol: *¿Desprecias acaso las riquezas de su bondad y de su longanimidad, ignorando*[18] *que la benignidad de Dios te conduce a la conversión?* (Rom 2,4). Pero dice el Señor acerca de sí mismo: *Estas cosas hiciste, y callé. Has considerado la iniquidad: que yo seré semejante a ti* (Sal 49,21). Sigue: **Y muy misericordioso**. Es, en verdad, *muy misericordioso* Aquél que, a pesar de escuchar voces en extremo blasfemas, *hace salir su sol sobre buenos y malos, y deja llover sobre justos e impíos*[19] (Mt 5,45). Aquél que, con gran piedad, concede abundantemente el espíritu de la vida. Aquél que espera a los que yerran, con el fin de que les dé tiempo para condenar los delitos cometidos[20].

Verso 9.– **No estará airado hasta el final, ni estará indignado en eterno** [*Non in finem*[21] *irascetur, neque in aeternum indignabitur*[22]]. Ciertamente, no estará airado ni indignado con los que se arrepienten humildemente, con los que aman volver a Él, con los que –junto con su autor– desprecian los halagos del mundo. Por el contrario, **estará airado hasta el final** con aquéllos a los que habrá de decirles: *Id al fuego eterno* (Mt 25,41). Gran desgracia es perecer ante el Señor, que es piadoso, tardando en dar satisfacción a Aquél de quien reconoces haberte retirado, sobre todo, cuando sientes que la tuya no es una súplica vacía, si es que has sabido presentarla con espíritu intachable. Esto puede entenderse también del pueblo judío, del que consta que se ha de convertir al final de los tiempos. Sobre ello dice el Apóstol: *Una ceguera parcial sobrevino a Israel, para que entrara la totalidad de los gentiles, y así todo Israel será salvo* (Rom 11,25.26).

Verso 10.– **No nos trató, según nuestros pecados; ni nos retribuyó, según nuestras iniquidades** [*Non secundum peccata nostra fecit nobis, atque*[23] *secundum iniquitates nostras retribuit nobis*].Se trata de una sentencia general, porque no hay nadie que no obtenga de balde su gracia, en cuanto que la ley todo lo encierra bajo el pecado, como atestigua el Apóstol: *Dios todo lo encerró en la incredulidad, para ser compasivo con todos* (Rom 11,32). Él da el espíritu indistintamente a justos e injustos, concede la salud, remedia las indigencias y es bueno con todos. Añade: **Ni nos retribuyó, según nuestras iniquidades**. Ciertamente, porque de tal modo es piadoso con los que le suplican que tanto más se digna conceder su perdón cuanto más empeño pone cada

[17]TL., *Misericors et miserator Dominus, patiens et multum misericors*; Vlg., *Miserator et misericors Dominus; longaminis et multum misericors*.

[18]TL., in textu: *Ignoras* [*mss. G.,F.,* ignorans].

[19]TL., in texto: *impios* [*ed.,* iniustos].

[20]TL., in texto: *sua perperam commisa* [*mss. A.,B.,F.,* sua perpetrata commisa].

[21]TL., *in finem*; Vlg., *in perpetuum.*

[22]TL., *indignabitur*; Vlg., *comminabitur.*

[23]TL., *atque*; Vlg., *neque.*

cual en condenarse a sí mismo, ofrecida la satisfacción.

Verso 11.– **Porque según la altitud del cielo con relación a la tierra, confirmó el Señor su misericordia sobre aquéllos que le temen** [*Quia*[24] *secundum altitudinem caeli a terra, confirmavit*[25] *Dominus misericordiam suam super timentes eum*]. Examinemos cuidadosamente el sentido de esta comparación. Dice que la **misericordia**, con la que el Señor retribuye a sus fieles, en tanto es mayor que los méritos de éstos cuanto la **altura del cielo** puede elevarse **con relación a la tierra**. Mediante esta comparación, se puede significar también lo siguiente: que así como el cielo cubre la tierra y, a su debido tiempo, da al hombre los beneficios convenientes –ora dejando caer la lluvia, ora enviando el tiempo sereno, ora moderando el mismo aire con vientos propicios– así también la misericordia del Señor ofrece a nuestra fragilidad cosas distintas: sostiene, para corregir; azota, para instruir; pone a prueba, para ayudar; y, por las diversas obras benefactoras, una sola es su voluntad: socorrer a los que pecan. Pero, para que pueda apreciarse la fuerza de esta sentencia, tomada en su conjunto, brevemente se ha de decir: si, por voluntad divina, el cielo no cubriera la totalidad de la tierra, cabe considerarse que el Señor no protege a los que más puramente le sirven[26].

Verso 12.– **Cuanto dista el Oriente del Ocaso, alejó de nosotros nuestras iniquidades** [*Quantum distat oriens ab occasu, elongavit*[27] *a nobis iniquitates nostras*]. Sirviéndose de otra bella comparación, pone de manifiesto el beneficio divino. El **Oriente** es el comienzo de nuestra vida feliz. El **Ocaso**, el estado espiritual, propio de nuestro erróneo modo de vivir. En efecto, estábamos en el *Ocaso*, cuando nos encontrábamos presos por las ataduras del pecado; pero estamos en el *Occidente*, cuando, por medio del agua de la regeneración, nos visita el Sol verdadero y nos hace abandonar las tinieblas de nuestros pecados. Así, pues, cuando nuestros pecados son perdonados, tanto están lejos de nosotros nuestras iniquidades cuanto la claridad del día puede distar de la noche tenebrosa. O bien puede entenderse por *Oriente* el reino de Dios y, por *Occidente*, la gehenna, que tan lejos está de la morada de los bienaventurados cuanto dice Abrahán, en cuyo seno el pobre aquel estaba al seguro: *Entre nosotros y vosotros está consolidado un gran abismo* (Lc 16,23).

Verso 13.– **Como el padre se compadece de los hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen** [*Sicut miseretur pater filiis, ita*[28] *misertus est Dominus timentibus se*]. He aquí que no se habla ya, mediante extrañas y lejanas comparaciones, sino que las palabras están unidas a las entrañas mismas de la piedad. En efecto, se **compadece** lo mismo que un padre, pero se compadece de aquéllos para los que Él es Padre; reprende a los hijos lo mismo que un padre, pero a los hijos que merecieren ser herederos de su reino. Sigue diciendo: **Así se ha compadecido el Señor de los que le temen**. Al decir: **Así**, nos está indicando la ternura de la corrección paterna. En efecto, el padre carnal, que quiere educar a su hijo en la práctica de las obras buenas, con frecuencia, lo reprende y, a menudo, lo castiga con azotes, como dice Salomón: *Si amas a tu hijo, frecuéntale*

[24]TL., *Quia*; Vlg., *Quoniam.*

[25]TL., *confirmavit*; Vlg., *corroboravit.*

[26]TL.: *Si fas est ut caelum nom cooperiat terras, potest fieri ut Dominus non protegat sibi purissime servientes.* Este último pensamiento no aparece en el texto de S. Agustín

[27]TL., in textu: *oriens* [*mss. A.,B.,* ortus]; *oriens ab occasu, elongavit*; Vlg., *Ortus ab Occidente, longe fecit.*

[28]TL., *Sicut miseretur pater filiis, ita misertus*; Vlg., *Quomodo miseretur pater filiorum, misertus*.

los azotes[29]*, cuando todavía está tierno*, etc. (Sir 30,1). En efecto, éstos son los padres que aman verdaderamente a sus hijos: aquellos que los tienen sujetos, empleando la piedad. Así también nuestro Señor azota a todo hijo, que recibe; y conduce al deseo de obrar bien a aquéllos que le temen.

Verso 14.– **Porque él conoce nuestra imagen**[30]**. Acuérdate, Señor, de que somos polvo** [*Quia ipse scit*[31] *figmentum nostrum. Memento, Domine, quod*[32] *pulvis sumus*]. Esta pausa se ha de unir a lo dicho anteriormente. Da la explicación de por qué se apiada como un padre, es decir: porque nos desposeímos a nosotros mismos de aquella dignidad natural y, arrojados de la hechura del Creador, hacemos ver que somos una **imagen**. Con razón, pues, pide que viniera en su socorro, el que no tenía confianza en sus propias fuerzas. Sigue: **Acuérdate, Señor, de que somos polvo**. Dice, en efecto: **Acuérdate, Señor**, no de que nos creaste[33] del barro; no de que, por tu generosidad, nos hiciste inmortales[34]; no de que te dignaste modelarnos a imagen y semejanza tuya –pues todas estas cosas podían excitar aún más la mala voluntad del pecador–, sino acuérdate de que ahora, a causa de la aridez del pecado, hemos sido reducidos al polvo. Ten misericordia de los que infelizmente se echaron por tierra a sí mismos, ven en ayuda de los que se negaron a permanecer en aquella gracia tuya. En efecto, Tú solo eres clemente con los pecadores, pues los que delinquen se golpearon gravemente a sí mismos.

[**345**] Verso 15.– **El hombre, como el heno son sus días; y como la flor del campo así florece** [*Homo sicut fenum dies eius, et sicut flos agri ita floriet*[35]]. Son formas de definiciones, que se expresan a través de determinadas semejanzas de cosas, como el siguiente ejemplo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). Así han sido compuestos tanto este verso como el siguiente. Si preguntas qué es el hombre, ¿qué respuesta obtendrás?: **Como el heno son sus días**, porque brota alegre sobremanera, pero con extraordinaria rapidez se seca. Es **heno** aquello que, con la lluvia, rápidamente alza la cabeza al cielo, pero somete el cuello con el calor. Y para que no consideres, tal vez, que en esta comparación se sigue aún conteniendo algo de solidez, añade: **Y como la flor del campo así florece**. La **flor del campo** pasa con mucha más celeridad que el verdor del heno. Pero, aunque se la vea revestida de gran hermosura, mientras está aún creciendo, su belleza es de muy corta duración, en cuanto que muy pronto empieza a marchitarse. En efecto, así también la fragilidad humana crece muy hermosa, así los honores y las riquezas del mundo son gratísimas, pero no son llevadas a un final mucho más largo. Por consiguiente, con toda verdad, viene comparada la humanidad con estas cosas transitorias, pues, una vez comienzan a flaquearle las fuerzas, con prontitud se precipita –cada vez en mayor declive– hacia el ocaso de la muerte.

[29]TL., in textu: *frequenta ei flagella* [*ed.,* frequenter eum fagella].

[30]Hebr., יִצְרֵנוּ [*nuestra forma*]. LXX: τὸ πλάσμα ἡμῶν [*nuestra forja*].

[31]TL., *scit*; Vlg., *cognovit*.

[32]TL., *Memento, Domine, quod*; Vlg., *Recordatus est quoniam.*

[33]TL., in textu: *creasti* [*ed.*, formasti].

[34]Dones preternaturales.

[35]TL., in textu: *floriet* [*mss. A., B., F.*, florebit]; *et sicut flos agri ita floriet*; Vlg., *tamquam flos agri sic efflorebit.*

Verso 16.– **Porque el espíritu pasará en él**[36]**, y no será; y ya nunca más conocerá su lugar** [*Quia spiritus pertransibit in eo, et non erit*[37]*; et non cognoscet amplius locum suum*]. Conforme a esta similitud quedó expresada la comparación del verso anterior. Describe, en efecto, qué es el hombre: **Espíritu que pasa** por el mundo, ciertamente, por el mundo presente, en el que no puede permanecer, durante un tiempo prolongado en exceso. Escuchen los soberbios y los que se gozan, dejándose llevar por la felicidad mundana; escuchen que el espíritu abandona nuestros pequeños cuerpos, como suelen pasar los ríos por los lugares que inundan. En efecto, aquellas superficies anegadas por los torrentes, ¡qué vacías se quedan, cuando las aguas retroceden! Así, pues, no se debe presumir del viento pasajero, sino que se debe realizar aquí, antes al contrario, todo aquello que es provechoso para el futuro. Y, para que nadie crea –pues así lo han creído no pocos dementes– que las almas habrán de volver de nuevo a este mundo, según asegura la doctrina llamada *metempsicosis*, añade: **Ya nunca conocerá su lugar**, es decir, ya no puede volver a este mundo, lugar donde nuevamente podría recomenzar su vida. La fragilidad humana ha sido del todo vencida por su propia debilidad. Has escuchado, hombre, quién eres; escucha quién serás, caso de que, de algún modo, despreciares temer al Señor. Esta figura literaria se la conoce con el nombre de *parison*, en latín, *aequatio sententiae* [igualación de la frase], cuantas veces unimos conjuntamente cosas buenas o malas a miembros de la frase no semejantes entre sí.

Verso 17.– **Pero la misericordia del Señor es desde el siglo, y hasta el siglo del siglo sobre los que lo temen; y su justicia sobre los hijos de los hijos** [*Misericordia autem Domini a saeculo est, et usque in saeculum saeculi super timentes eum; et iustitia eius super filios filiorum*[38]]. Con verdad acaba de ser descrita la condición humana, según las ilícitas opiniones de los insolentes. Da a conocer ahora la esperanza, que debe ser para los fieles motivo de consuelo, pues, aun cuando –por propia naturaleza– no dejemos de ser frágiles y caducos, **por la misericordia del Señor** nos hacemos del todo perpetuos, en modo de comprender, por un lado, cuán grande es nuestra fragilidad y escuchar, por el otro, cuál puede ser nuestro logro, por medio de la gracia del Señor. Pero fíjate en que ha dicho: **Desde el siglo**, es decir, cuando comenzó a ser ordenado el mundo y, por obra de su Creador, empezaron a existir las diferentes criaturas. De donde –como muchos Padres dijeron y también me parece a mí– adecuadamente se entiende aquí que también Adán volvió a ser llamado a la gracia de Dios[39], puesto que él fue el primero en el tiempo, como también Abel, Noé, Abrahán y los demás Padres, que, estando en el tiempo, sin embargo, no fueron *desde el siglo.* En efecto, la expresión que sigue: **Y hasta el siglo del siglo** indica, de manera absoluta, la eternidad de Dios,

---

[36]Hebr., בּוֹ [*en él*]. LXX: ἐν αὐτῷ [*en él*]. Latín, *in illo* o *in eo*. La cuestión está en averiguar con quién hay que relacionar este pronombre, pues unos lo refieren a la flor, que se seca rápidamente al rozarla el viento, y otros lo entienden como referido al hombre. En hebreo, צִיץ [*sîs*, *flor*] es de género masculino, como también el latín *flos*; pero, en griego, ἄνθος [*flor*] es de género neutro. El análisis morfológico no resuelve, pues, el asunto. Desde el punto de vista sintáctico, sería preferible elegir como referencia la más cercana *flor*, y entender la palabral *espíritu* como *viento*, continuando así la alegoría, que mira al mismo hombre. Esta suele ser la interpretación más corriente. Pero, a tenor del contexto, tampoco habría inconveniente en admitir que se trata aquí del hombre, término ciertamente más alejado en la frase, pero que nos da a entender que el espíritu, que vivifica y anima su cuerpo, pasa por él con la misma rapidez con que se desvanece la lozanía y frescura de la flor del campo.

[37]TL., *in eo, et non erit*; Vlg. *in illo, et non subsistet*.

[38]TL., *a saeculo est, et usque in saeculum saeculi super timentes eum; et iustitia eius super filios filiorum*; Vlg., *ab aeterno, et usque in aeternum super timentes eum; et iustitia illius in filios filiorum*.

[39]TL., in textu: *a Domini fuisse gratia* [*ms. G.*, *ed.*, ad Domini fuisse gratiam]. Se prefiere la segunda. En efecto, al entenderse Adán en el sentido estricto monogenista, este pensamiento es perfectamente admisible. S. Agustín nada dice al respecto.

porque sabido es que Él es misericordioso antes del siglo, en el siglo y después de este siglo. Considera también lo que sigue: **Sobre los que lo temen**, de manera que aquéllos, que con criminal atrevimiento desprecian obedecerle, no crean que esto ha de acontecer también en ellos. Sigue: **Y su justicia sobre los hijos de los hijos**. Como varias veces hemos dicho, por **hijos** debemos entender las acciones de cada uno. Por **hijos de los hijos**, la justísima retribución de nuestras buenas obras. Ciertamente, pues así como –en cierto modo– nosotros generamos nuestra obra, así nuestras obras generan para nosotros las retribuciones que son propias de las cosas. Cada justo recibirá esta retribución, cuando sea establecido en la felicidad eterna. En efecto, muchos fieles no tuvieron hijos, ya a causa de la esterilidad, ya por el deseo de virginidad. Si quisieras entender esto en sentido literal –cosa que le es contraria–, muchos santos se sentirían defraudados por esta promesa. De hecho, también en los versos siguientes se pone de manifiesto que esto está dicho en sentido espiritual.

Verso 18.– **A los que custodian su testamento, y a los que retienen en la memoria sus mandatos, para cumplirlos** [*Custodientibus*[40] *testamentum eius, et memoria retinentibus mandata eius, ut faciant ea*[41]]. Éstos son los *hijos* de los que anteriormente ha hablado: los que guardan los preceptos del Señor, los que se acuerdan de sus mandatos, mediante sus propias obras, no por el deseo del canto. En efecto, aun cuando alguien fuese capaz de recitar el Salterio palabra por palabra, no tendría al Señor en su memoria, si no llevase a la práctica las cosas que le están mandadas. Pues tal es la razón por la que se dicen estas cosas: para que se cumplan, no para que se canten sólo con la voz. De donde el muy docto Padre Agustín, disertando sobre este salmo[42], confesó que él no retenía en la memoria el Salterio, ni se acordaba de todos los dichos de la ley, en modo de suscitar, ciertamente, no sólo el deseo de escuchar, sino principalmente el deseo de llevar todas las cosas a la práctica. En efecto, la memoria es aquella facultad por la que el espíritu repite las cosas que se han escuchado, que se han visto, y conoce las que han sido realizadas.

Verso 19.– **El Señor en el cielo ha dispuesto su sede, y su reino se enseñoreará de todas las cosas** [*Dominus in caelo paravit sedem suam, et regnum eius omnium*[43] *dominabitur*]. Llega al anuncio temible del juicio futuro, a fin de que las almas de los pecadores no se vuelvan arrogantes, al no temer el futuro castigo de sus malas acciones. Dice, en efecto: **Ha dispuesto su sede**. Se refiere esto al hecho de la ascensión del Señor Jesús a los cielos y exaltación a la derecha del Padre, desde donde ha de venir, para juzgar a vivos y muertos. Y, para que no te sientas inquieto a causa de no sé qué impotencia del Señor, dice que *ha dispuesto su sede*, Él, que ha de juzgar al mundo. Añade: **Y su reino se enseñoreará de todas las cosas**. Para que los paganos no consideren que sus demonios, en modo alguno, habrán de reinar, afirma que el que *dispuso su sede* –es decir, Cristo el Señor– **se enseñoreará de todas las cosas**.

Verso 20.– **Bendecid al Señor, todos los ángeles suyos; poderosos en la virtud, que cumplís su palabra, para escuchar la voz de sus decretos** [*Benedicite Dominum*[44]*, omnes angeli*

[40]TL., *custodientibus*; Vlg., *His qui servant.*

[41]TL., *et memoria retinentibus mandta eius, ut faciant ea*; Vlg., *et memores sunt mandatorum ipsius, ad faciendum ea*.

[42]S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, págs. 707-708.

[43]TL., *omnium*; Vlg., *omnibus.*

[44]TL., *Dominum*; Vlg., *Domino.*

eius; potentes virtute, qui facitis verbum eius[45]*, ad audiendam vocem sermonum eius*]. Habiendo hablado el profeta anteriormente acerca de los hombres, llega a la tercera parte, en la que dirige la palabra a las criaturas celestes, a fin de que celebren las alabanzas del Señor. Y, puesto que –entre los mismos ángeles– la distinción es grande, dice que sólo son dignos heraldos del Señor aquéllos que obedecen sus mandatos, dando a conocer así que ni hombres ni seres espirituales pueden acceder al servicio de tan grande Majestad, sino sólo aquéllos que secundan sus voluntades. Así, pues, concita a **todos los ángeles suyos**. Dice: **Suyos**. Se refiere ciertamente a aquéllos que nunca quisieron apartarse de su Señorío. Sigue ahora algo expresado con mayor claridad: **Poderosos en la virtud, que cumplís su palabra**. En efecto, **son poderosos en la virtud** [**346**] los que obedecen sus mandatos. Por eso el *diablo* no es poderoso en la virtud, sino en la maldad; no en el honor, sino en la soberbia. *Poderosos* han de ser llamados, en verdad, los que luchan por entregarse al servicio de la palabra. Y, con el fin de que nada quedase impreciso, insiste de manera más completa: **Para escuchar la voz de sus decretos**, es decir, para que sean humildes y no soberbios. En efecto, son dignos de **bendecir** los que conocen y adoran a su Creador.

Verso 21.– **Bendecid al Señor, todas sus virtudes, ministros suyos, que cumplís su voluntad** [*Benedicite Dominum, omnes virtutes eius, ministri eius, qui facitis voluntatem eius*]. Con reiterada invitación, juzgó oportuno deber consolidar cosa tan importante, tan absolutamente sublime, de manera que la debilidad humana conociera cuán salubérrimo es obedecer al Señor, pues la fortaleza de los cielos milita en favor de su Voluntad. Y observa cómo se destacan las cualidades propias de las palabras. Más arriba dijo: *Los que cumplen su palabra*. Y, para que no vayas a entender que se trata de la palabra que los hombres pronunciamos con la boca, añade: **Ministros suyos, que cumplís su voluntad**. En efecto, para los ángeles la palabra del Señor es su misma Voluntad, pues aquella sublime y espiritual sustancia de los bienaventurados ángeles, cuando contempla al Señor, conoce allí la verdad de su misma Voluntad. Y no necesitan hablar aquéllos a quienes la Divinidad se les manifiesta propicia, pues Dios no les habla, mediante la vibración del aire, sino que –por su inspiración– hace que las voluntades de ellos sean conformes a su Voluntad. Así serán también –como creemos– los hombres bienaventurados, una vez hayan conseguido los premios del reino eterno.

Verso 22.– **Bendecid al Señor, todas sus obras, en todo lugar de su señorío; bendice, alma mía, al Señor** [*Benedicite Dominum*[46]*, omnia opera eius, in omni loco dominationis eius; benedic, anima mea, Dominum*[47]]. Se repite ahora, por tercera vez, el imperativo **bendecid**. Esta figura retórica es llamada *epembasis*. Un elegante recurso literario es repetir varias veces una misma palabra, con el fin de levantar los ánimos, ya sea en la alabanza, ya en la reprobación. Pues anteriormente había dicho que deben bendecir los que cumplen los mandatos del Señor, exhorta ahora a **todas las obras** del Señor a que alaben a su Hacedor, a fin de abrazar, de este modo, las realidades tanto terrenales como celestiales. En efecto, siendo todo *obra* suya, todas las cosas creadas deben bendecir a su Creador. Sigue diciendo: **En todo lugar de su señorío**. Así como se ordena que ninguna criatura se sienta exonerada de alabar al Señor, así tampoco ningún lugar quede excluido de tal oficio. Ciertamente, al decir: *En todo lugar de su señorío*, nada queda exceptuado,

[45]TL., *qui facitis verbum eius*; Vlg., *facientes verbum illius*.

[46]TL., *Dominum*; Vlg., *Domino.*

[47]TL., *Dominum*; Vlg., *Domino.*

porque a todas partes alcanza el **señorío** del Señor. Significando, tal vez, la Iglesia católica, que, por el favor de Dios, había de ser creída en el mundo entero. Ella, en efecto, **en todo lugar bendice al Señor**, en todas partes lo alaba y celebra la gran acción de gracias con himnos de júbilo. Añade: **Bendice, alma mía, al Señor**. Concluye el salmo con las mismas palabras con las que le dio un comienzo hermosísimo. Pero, puesto que, en las Escrituras divinas, todas las cosas se acrecen con la riqueza de los misterios –como ya ha quedó dicho en el salmo ocho–, esta similitud se refiere –según es mi opinión– a aquéllos que, con espíritu puro, han entrado por los atrios de la fe y concluyen su vida, ayudándoles el Señor, con un final glorioso. Digna exhortación, por la que se consuele el alma fiel, exhortación que, contra toda circunstancia, sea tomada como escudo inexpugnable. En efecto, si en todo momento lo *bendecimos*, siempre somos guardados por Él.

Conclusión del salmo

Hemos conocido con cuánta largueza es concedida la bendición del Señor a aquéllos que le temen. Démonos prisa en cumplir sus mandatos, para merecer llegar a la consecución de los premios. Tenemos al Señor, piadoso por naturaleza y sumamente generoso por los dones de su misericordia. ¿Quién duda pedir a Aquél, que se ofende, si no se le pide?. Todos a una, bendigamos, pues, al Señor; celebremos sus obras con himnos de alabanza. En efecto, ¿cuál es el sacrilegio?. Éste es el sacrilegio: que, dado que ha sido ordenado que toda criatura bendiga al Señor, el hombre –sabedor de haber sido creado a su imagen y semejanza– deje de alabarlo. Hemos escuchado a qué virtudes se aplica la bendición del Señor: ciertamente, a los castos, a los humildes, a los que rebosan caridad y a los que cumplen los restantes mandamientos del Señor. Así, pues, aborrézcase, por ello, todo lo que signifique depravación; rechácese toda la maldad del mundo; pónganse remedios a los halagos; échese fuera al diablo, en compañía de sus seguidores. Por lo cual, escuchado tan supremo beneficio y colmados de esperanza tan grande, bendigamos con nuestras obras santas al Señor, cantemos a nuestro Creador con hechos religiosos. La elección del Juez no nos dejará de lado, si conoce que aquí hemos llevado a la práctica todo aquello que nos ordenó.

SALMO CIENTO TRES

Salmo para el mismo David.
[*Psalmus ipsi David*].

Con frecuencia, hemos dicho que la palabra **salmo** significa aquellas acciones de los mortales que, por su bondad, hacen referencia a la comprensión de las realidades divinas. Conforme a esta semejanza, fue fabricado[1]el mismo instrumento, que en sentido propio es llamado *salmo.* Dicho instrumento músico lleva, en su parte superior, una especie de membrana, gracias a la cual la suavidad del canto viene armoniosamente combinada con la dulzura del sonido. El nombre de **David** es presentado sólo como la persona del que habla. Por lo demás, todo lo que en el salmo se narra se ha de referir al Señor Salvador, que *en el principio hizo el cielo y la tierra* [Gén 1,1]. En efecto, este salmo ha sido elaborado, de principio a fin, en orden a tan gran fin, esto es: que entiendas que en él se dicen ciertas cosas que en el libro del Génesis no se dijeron. Por lo cual, todo

[1]TL., in textu: *aptatum* [*ms. F.,* aptum].

cuanto, a lo largo de esta exposición, se prestare a ello, lo explicaremos, ateniéndonos a su sentido literal. En cambio, cuantas cosas se encuentren referidas a nuestra fe las expondremos –como también hicieron nuestros mayores– conforme a su sentido espiritual. De ahí que debamos estar alertas y preparados en la escucha, pues también el mismo muy elocuente varón, Padre Agustín, afirma que este salmo se ha de examinar cuidadosamente y que sobre el mismo se ha de razonar con laboriosidad muy grande[2].

División del salmo

Queriendo mostrar el profeta que las propiedades específicas de las cosas significan los misterios divinos, en la primera parte del salmo, a través de la creación del cielo y de la tierra, nos revela determinados principios[3], de manera que podamos conocer realmente que todas las cosas pueden convenir unas con otras, como creadas por un solo Autor, en cuanto que, puestas en relación recíproca, sacan a la luz determinadas semejanzas existentes entre ellas. En la segunda parte, enumera las obras del Señor, encubiertas por diferentes figuras. En tercer lugar, profesa que en aquel siglo eterno [**347**] habrá él de cantar por siempre las alabanzas del Señor, alabanzas que había cantado –ya en esta vida–, sea siquiera, durante breve tiempo.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Bendice, alma mía, al Señor. Señor, Dios mío, has sido magnificado poderosamente. De confesión y de hermosura te has vestido** [*Benedic, anima mea, Dominum. Domine Deus meus, magnificatus es vehementer. Confessionem et decorem induisti*]. Se invita el profeta a sí mismo a bendecir al Señor. Y, puesto que sabía que, en la fe católica, sobresale en gran manera la gracia de la unidad, expresa –como referida sólo a sí mismo– aquella exhortación, que a todos debía llegar. Ahora bien, **bendecir** a Dios es proclamar sus maravillas, de suerte que, cuando se dice algo grande acerca de Él, preste cada cual servicio a la verdad. Por consiguiente, esta sentencia –que es la misma con la que se concluye este salmo tan extenso– concierne a la redacción del entero texto. Estaba hablando –como se ha dicho– a su propia **alma**, pero, experimentando un cambio imprevisto, exclama: **Señor, Dios mío**. Esta figura retórica responde al nombre de *proanaphonesis*, cuando –interrumpiendo, sin previo aviso, lo que venimos diciendo– dirigimos de repente la palabra al Señor. En efecto, resueltamente proclama que el Señor universal es su Dios, para confirmar así –confesando ser siervo suyo– que él no tiene parte alguna con el diablo, de tal modo que nada busque en él aquel prevaricador, de quien asegura estar alejado. Sigue: **Has sido magnificado**. Conveniente es que analicemos diligentemente el valor exacto de estas palabras. En efecto, ¿cuándo el Señor no es grande, en modo de necesitar ser engrandecido por las alabanzas de los hombres?. O ¿qué se puede añadir a quien es la plenitud admirable e incomprehensible de todos los poderes?. Sin embargo, el *Señor es magnificado* entre los hombres, cuando brilla para ellos grande y excelso, de manera que lo sientan como Creador, como Dador espléndido de todos los bienes, como Redentor y como Juez al final de los tiempos. De aquí que rectamente se diga que **es magnificado** el Señor, el cual todos los días se hace admirable por la adhesión incondicional de los creyentes. De la misma manera, se dice también que el Señor es santificado, que es glorificado, que es bendecido, y otras cosas semejantes a éstas. Añade el adverbio: **Poderosamente**. En verdad es

[2]S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, pág. 711.

[3]TL., in textu: *dogmata* [*ms. G.,* dogmatica].

así, cuando es alabado por boca de los que se han convertido y llegan a la asamblea de los santos aquéllos que, en otro tiempo, se ensuciaron con crímenes execrables. Así, pues, en modo muy adecuado se ha dicho *poderosamente*, porque se trata de un acto realizado con todas las fuerzas del corazón. Pero de dónde *sea magnificado poderosamente*, a continuación, lo explica. **De confesión y de hermosura te has vestido**. El hecho de **vestirse** implica que alguien tome para sí algo que antes no tenía. Mas, ¿cuándo no tuvo Dios hermosura, Él que a sus criaturas les concede sin cesar todo cuanto es hermoso?. Pero aquí se alude evidentemente a la encarnación de Cristo el Señor, hecho acontecido en el tiempo, por medio de la cual el Dador generoso de su propia piedad halla la **confesión** de los mortales. En efecto, los hombres se habían retirado del culto de la verdadera Divinidad, cuando estaban al servicio de los ídolos y de las religiones sin sentido. Pero, al venir Aquél –que, sin embargo, nunca estuvo separado de la Divinidad–, **la confesión y la hermosura** de la Majestad superna se dieron a conocer, y dice que el Señor **está vestido** de aquellas cosas, con las que consta que está adornada la Iglesia católica.

Verso 2.– **Manto de luz como vestido, el que extiende el cielo como una piel** [*Amictus lumine sicut vestimento*[4]*, extendens caelum sicut pellem*]. Con el recurso a bellísimas alusiones, estos veintidós versos siguientes –hasta llegar a la próxima pausa– vienen explicados por medio de la figura retórica de la *parábola*, que consiste en comparar entre sí cosas, que son diferentes por su género. En efecto, la **luz** significa la Iglesia, de la que está escrito: *¿Quién es ésta que sube blanqueada?* (Ct 3,6). *Blanqueada*, es decir, iluminada, que adecuadamente se entiende **como el vestido** del Señor Salvador, sin mancha ni arruga. Ella es, en efecto, la cándida blanqueada, de cuyos miembros dice el Apóstol: *Pues una vez fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor* (Ef 5,3). También fue figura de la Iglesia aquella *túnica* que, durante la pasión, no llegó a ser dividida [Jn 19,24]. Ésta es aquélla de la que dice: *Manto de luz como vestido*. Sigue: **El que extiende el cielo como una piel**. Bien dice que el Señor **extiende los cielos**, donde admite a meretrices y publicanos. En efecto, siendo los cielos heredad *de los perseguidos a causa de la justicia* [Mt 5,10], por la generosidad de la gracia, también de los pecadores han sido hechos heredad. Y no sin sentido la **piel** viene comparada con el cielo, porque así como la *piel* cubre todos nuestros miembros, así también la redondez de los cielos, trazada en derredor, cubre a todas las criaturas. Fueron algunos de la opinión que también es llamado *cielo* con referencia al hombre justo, que –por la gracia– se extiende lo mismo que una piel tensada puede dar de sí más de lo regular.

Verso 3.– **El que cubre en las aguas sus más altos lugares, el que pone la nube como su ascensión, el que camina sobre las alas de los vientos** [*Qui tegit in aquis*[5] *superiora eius, qui ponit*[6] *nubem ascensum suum, qui ambulat*[7] *super pennas ventorum*]. Aunque se entienda que expone aquí el orden de la creación –en cuanto que, como se lee en el libro del Génesis, también existen *las aguas que están por encima de los cielos* [Gén 1,7], y en otro lugar se dice: *Y las aguas, que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor* (Sal 148,4)–, sin embargo, nos parecería hallar también aquí cierto indicio del santo bautismo, de modo que por *cielo* –como frecuentemente se ha dicho– podamos entender a todo aquél que es justo, cuyos más **altos lugares**, o sea, la enmienda del alma fiel, están bañados con las aguas de la salvación. En efecto, el mismo Hacedor

[4]TL., in textu: *lumine sicut vestimento* [*ms. G et ed.,* lumen sicut vestimentum].

[5]TL., *tegit in aquis*; Vlg., *tegis aquis*.

[6]TL., *ponit*; Vlg., *ponis*.

[7]TL., *ambulat*; Vlg., *ambulas*.

de tal modo ha establecido todas estas cosas que incluso los ministerios eclesiásticos manifiesten las palabras divinas y den nuevamente testimonio, con relato del todo veraz, de la creación de todo cuanto existe. Sigue: **El que pone la nube como su subida**. También esto halla, ciertamente, su adecuado sentido literal, en aquel episodio en que el Señor, después de su resurrección, a la vista de sus discípulos, asciende a los cielos. Así está escrito, en efecto, en los Hechos de los Apóstoles: *Habiendo dicho esto, una nube lo tomó de sus ojos* (Hch 1,9). Sin embargo, también a esto podemos darle una explicación adecuada, si entendemos que la **nube** denota aquí a aquél que anuncia la palabra del Señor, por cuyo medio Cristo **asciende** en sus miembros, al limpiar de la perversidad de este mundo el alma de los pecadores. Añade: **El que camina sobre las alas de los vientos**. Los **vientos**, cuando el aire se mueve y se agita, vuelan como llevados por ciertas alas. Pero el Señor **camina sobre** sus **alas**, en tanto que realiza su voluntad con rapidez mucho mayor que la que los mismos vientos puedan alcanzar en su carrera. O podemos entender, más bien, los *vientos* en el sentido de las *almas de los justos*, pues, instruidos por ambos Testamentos, son llevados –como por dos alas– a los gozos supernos. Rectamente se dice que el Señor *camina* sobre aquéllos, en los que pone de manifiesto la misericordia de sus obras. Y fíjate bien en que –en este verso y en otros que siguen– el profeta muestra su preferencia, más bien, de dar a conocer al Señor, a través de aquello que realiza. Ésta es la segunda forma de definición, a la que los griegos conocen con el nombre de *ennomatice*, y los latinos, con el de *notio* [conocimiento]. En efecto, puesto que el Señor –por propia naturaleza– no puede ser definido, sin embargo, puede conocerse perfectamente a través de aquello que, de manera singular, realiza.

Verso 4.– **El que hace a los espíritus ángeles suyos[8]; y al fuego abrasador, sus ministros** [*Qui facit angelos suos spiritus, et ministros suos*[9] *ignem urentem*]. Este verso se ha de aplicar al alma, porque aquí, de manera particular, se habla [**348**] de los *ángeles*, algo que, en el libro del Génesis, claramente no se considera. En efecto, también, en este caso, las palabras deben ser examinadas con todo cuidado. **Espíritu** es el nombre general de la sustancia incorpórea y poderosa, que obra visible o invisiblemente, porque recibe sobre ella el soplo divino. En efecto, el nombre de **ángeles** no significa la naturaleza, sino la obediencia. De hecho, en la lengua griega, es llamado *ángel* aquél que los latinos llaman *nuntius* [mensajero]. En efecto, cuando son enviados, se hacen *ángeles*, aunque –por naturaleza– sean *espíritus*. Añade: **Suyos**, para significar así a cuantos, con espíritu recto, obedecen la voluntad del Señor. No obstante, el orden de las palabras debería ser el siguiente: *El que hace a sus espíritus ángeles*[10]. Sigue: **Y al fuego abrasador, sus ministros**. **Ministro** de Dios es todo aquel que cumple la voluntad divina y está siempre encendido por el fervor de la caridad. Tal hombre se hace, en efecto, **fuego**, cuando, mediante la palabra de la predicación, manifiesta poder abrasar y aniquilar la maldad del pecado. En efecto, así dice el Señor: *He venido a traer fuego a la tierra* (Lc 12,49), fuego, ciertamente, de vida; fuego de salvación, que en tanto que consume los pecados, da alimento a las almas.

Verso 5.– **El que cimentó la tierra sobre su firmeza, no será inclinada por el siglo del**

[8]Hebr., עֹשֶׂה מַלְאָכָיו רוּחוֹת מְשָׁרְתָיו אֵשׁ לֹהֵט [*el que hace mensajeros a los vientos, sus ministros al fuego flameante*]. Pero los LXX traducen: ὁ ποιῶν τοὺς ἀγγέλους αὐτοῦ πνεύματα καὶ τοὺς λειτουργοὺς αὐτοῦ πῦρ φλέγον [*el que hace a sus ángeles espíritus; y a sus servidores, fuego inflamado*]. De donde la Vlg.

[9]TL., *angelos suos spiritus, et ministros suos* : Vlg., *angelos tuos spiritus, et ministros tuos* .

[10]*Qui spiritus suos facit angelos*.

siglo [*Qui fundavit terram super stabilitatem eius*[11]*, non inclinabitur in saeculum saeculi*]. A este verso no parece que pueda dársele un sentido literal. En efecto, si esta tierra –como leemos– ha de ser cambiada, ¿en qué modo puede decirse que *no será inclinada por el siglo del siglo*?. Pero aquí, en lugar de entender que la tierra es afianzada, entendamos, más bien, que la Iglesia es consolidada. Y a la Iglesia se la llama **tierra**, porque está formada por la congregación de hombres terrenos, como en otro lugar dice: *Del Señor es la tierra y su plenitud* (Sal 23,1). Así, pues, rectamente puede decirse que esta **firmeza** es Cristo, cimiento inamovible y piedra inviolable. De ello dice el Apóstol: *Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, que es Cristo Jesús* (1Cor 3,11). Permaneciendo siempre sobre Él, en modo alguno, **somos inclinados**. En efecto, las cosas que se ponen encima no pueden vacilar, si está bien asentada la base que las sostiene. Así, la verdad de esta sentencia constará para nosotros con razón absoluta. En efecto, el Espíritu Santo dice, a veces, cosas muy difíciles de entender en sentido literal, a fin de que, con mayor empeño por nuestra parte, nos esforcemos por buscar el sentido espiritual. Por tanto, la expresión: **No será inclinada por el siglo del siglo** se habría de repetir en cada una de las pausas de los tres versos anteriores. Esta figura retórica recibe el nombre de *hyperbaton*, porque el orden de las palabras se explica de forma más extensa.

Verso 6.– **El abismo como manto de su vestido, sobre los montes estarán las aguas** [*Abyssus sicut pallium amictus eius, super montes stabunt aquae*]. Aunque pueda parecer que habla aquí del diluvio, sobrevenido a la tierra, tampoco este verso puede entenderse en sentido histórico. En efecto, el diluvio tuvo lugar en tiempos pasados. Sin embargo, teniendo en cuenta el tiempo futuro del verbo –**estarán**– el profeta anuncia algo que va a suceder. De ahí la necesidad de que busquemos, más bien, una explicación espiritual, ya que los tiempos verbales no pueden ajustarse al sentido propiamente literal. En efecto, llamamos **abismo** a la aglomeración en extremo abundante de aguas, que por, lo general, puede denotar un sentido positivo o negativo. Con razón, el abismo es comparado con la gente supersticiosa y con los perseguidores, porque así como el **manto** cubre las cosas que están debajo, así también éstos cubrieron el mundo con ignominiosísima superstición, de manera que, para su perdición, no sólo los hombres mediocres, sino también los más santos y eminentes, estuvieran cubiertos por los tormentos corporales. Pero aquí el *abismo* viene entendido en sentido negativo, no obstante pueda leerse igualmente en el sentido contrario, como por ejemplo: *Los juicios de Señor son como abismo profundo* (Sal 35,7). También este modo de expresión se debe considerar entre las características propias de las Escrituras divinas. Finalmente, continúa diciendo: **Sobre los montes estarán las aguas**. Ciertamente, *estuvieron sobre* aquéllos que, por la firmeza de la fe, dieron en llamarse **montes**, cuando los atormentaron con diferentes castigos y heridas mortales. Así, pues, por estas **aguas** y **abismos** debemos referirlos a los hombres impíos, que corren presurosos a sepultar la santidad, lo mismo que el agolpamiento de las olas puede cubrir las cosas que están debajo. Pero, para que puedas entender mejor que esto se refiere a los hombres soberbios y criminales, mira el verso siguiente. Algunos quieren reclamar también aquí el sentido literal, argumentando que el *abismo* rodea el borde entero de la tierra. Dicen, en efecto: así como el manto cubre el exterior de nuestro cuerpo, así también el orbe de la tierra está circundado por las aguas de océano.

Verso 7.– **A una increpación tuya huirán; a la voz de tu trueno, se espantarán** [*Ab increpatione tua fugient, a voce tonitrui tui formidabunt*]. ¿Quiénes **huirán**, sino los *abismos* o las

[11]TL., in textu: *eius* [*mss. A., B.,* suam]. TL., *eius*; Vlg., *suam.*

aguas, que parecían elevarse por encima de los *montes* de Cristo?. En efecto, aunque con desgracias diversas hubieran atormentado a sus santos, al ser **increpados**, no obstante, por la voz de los apóstoles–una vez abandonada la superstición– los impíos fueron *puestos en fuga*. Y ésta es la mayor clase de victoria, es decir: que sintieron contra sus propios deseos. Sigue diciendo: **A la voz de tu trueno, se espantarán**. La predicación de los santos viene descrita aquí, mediante este preciosísimo recurso alegórico. Dice, en efecto: **A la voz de tu trueno**, a fin de que no consideres que fue la palabra humana, sino el resonar del poder del cielo. Ciertamente, **se espantaron** los hombres, por todas partes, ante los **truenos** de las predicaciones, cuando les fue anunciado el terror del juicio, cuando escucharon que el diablo había de perecer, junto con sus seguidores. Y, a pesar de que en este mundo habían obrado como libertinos, con espíritu recto, ellos mismos condenaban sus delitos.

Verso 8.– **Suben los montes y bajan los campos al lugar que fundaste para ellos** [*Ascendunt montes, et descendunt campi in locum quem fundasti eis*]. Sigue aún con las alusiones alegóricas, porque, durante todo el tiempo que le pareció oportuno, permitió el Señor que los hombres soberbios e impíos crecieran como los **montes**; pero, cuando fue su voluntad, hizo que se hundieran de nuevo en la humildad de los valles. Así también a los perseguidores les fue dado un tiempo para levantarse en alto y un tiempo también para que –inclinados– se sometieran al pueblo cristiano, enseñándonos con ello que todas las cosas suceden por mandato de Aquél, a cuya voluntad nada puede oponerse, como el mismo Señor dijo a Pilato, según se lee en el Evangelio: *No tendrías ningún poder sobre mí, si no te hubiera sido dado de lo alto* (Jn 19,11). Y fíjate bien en que aquí los *montes* tienen un sentido negativo, a diferencia del verso anterior, donde con esta misma palabra se significaban a los hombres de probada fidelidad. Esto es algo que –como ya se ha dicho– ocurre frecuentemente en las Escrituras divinas. Sigue: **Al lugar que fundaste para ellos**. Ciertamente, aquéllos, hechos ya como **campos**, *descienden* al lugar de la Iglesia, bien asentada, y permanecerán en sus *lugares* interiores. En efecto, también a los mismos pecadores se les ha impuesto un término, y no se les consiente sobrepasar el margen que les es permitido, para que den rienda suelta a su libertinaje. Pues así está escrito: *Llegaron a su colmo los pecados de los amorreos* (Gén 15,16), de manera que sepas que todo está sometido a la voluntad del Señor. En efecto, también las cosas que siguen continúan desarrollando este mismo pensamiento.

Verso 9.– **Les pusiste un término, que no transgredirán y no volverán a cubrir la tierra** [*Terminum posuisti eis, quem non transgredientur, neque convertentur*[12] *operire terram*]. Si quieres entender esto en sentido literal, se habla aquí de las aguas caudalosas que –una vez pasado el diluvio– no pueden adueñarse de nuevo de la superficie de la tierra, como en el libro del Génesis está escrito: *Estableceré mi pacto con vosotros, y* [**349**] *nunca más será aniquilada toda carne por las aguas del diluvio* (Gén 9,11). Pero, si buscas su sentido espiritual, esto puede aplicarse también, de manera adecuada, al modo de vida de los paganos. Éstos, habiendo cejado en su maldad y saliéndoles Dios al encuentro, nunca más volverán a su condición de libertinos, en modo de cubrir el género humano con la inundación de sus supersticiones. Su **término** fue, ciertamente, la venida de Cristo el Señor, con cuya creciente religión, todos los ídolos[13] se derrumbaron, junto con los que los fabricaban. Veamos asimismo a causa de qué reproche son referidas todas estas cosas: con el fin de que los hombres –seres dotados de razón– tomen conciencia de que nunca deben despreciar

[12]TL., in textu: *convertentur* [*ms. G.,* revertentur].

[13]TL., in textu: *idola* [*mss.,* idolatria].

los preceptos del Señor, al conocer que incluso los mismos elementos naturales obedecen sus mandatos.

Verso 10.– **El que hace salir fuentes**[14] **en los hondos valles, por en medio de los montes pasarán atravesando las aguas** [*Qui emittit*[15] *fontes in convallibus, inter medium montium pertransibunt aquae*]. Al describir la naturaleza de las tierras, mediante bellísimas alusiones, se revela la causa que nos es más oculta. En efecto, cierto es que los **hondos valles** rebosan de abundantes aguas y existe gran cantidad de fuentes, que riegan los extensos campos de siembra. Sin embargo, esto debemos entenderlo en el sentido, más bien, de que, en la humildad de los hombres –representados aquí por la hondura de los *valles*– están hirviendo siempre las aguas divinas. Ahora bien, en sentido espiritual, por **montes** debemos entender aquí a los hombres herejes y soberbios, por en medio de los cuales bajan corriendo las Escrituras divinas con abundancia permanente, ya que, en este mundo, el hecho de escucharlas es común para buenos y malos. Y bien ha dicho: **Pasarán atravesando**, porque tales hombres son considerados infecundos, para obrar bien alguno. En efecto, si por *montes* hubiese querido dar a entender aquí –como algunos dicen– la excelsitud de los buenos predicadores, habría dicho que las aguas fluían de esos mismos montes, y no que podían pasar por en medio de aquéllos ya bien establecidos[16].

Verso 11.– **Beberán estas cosas**[17] **todas las bestias de las selvas, esperarán en su sed los onagros** [*Potabunt ea omnes bestiae silvarum*[18]*, exspectabunt onagri sitim*[19] *suam*]. Por **bestias de las selvas** debemos entender aquí las *gentes*, que –una vez desechadas sus ferocísimas costumbres– salieron de aquel culto idolátrico, como si de sombrías selvas se tratara, para beber las aguas que, en el Evangelio, prometió el Señor a la samaritana, cuando le dijo: *El que bebiere del agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que salta a la vida eterna* (Jn 4,13-14). Sigue: **Esperarán en su sed los onagros**. Habiéndose dicho antes que *todas las bestias habían bebido* de las aguas fluyentes, dice ahora que sólo **los onagros esperan en su sed**. Es decir, se refiere a los judíos que despreciaron beber en las corrientes de la piedad divina. En efecto, el *onagro* es un asno salvaje, cuyo corazón –según se dice– es más graso que el de los demás animales. Esta clase de bestias cuanto más se insiste en domarla tanto más violenta se vuelve, mostrando así la fiereza de su naturaleza salvaje. Con razón, es comparada a tal bestia la obstinación de los judíos, que se endurecieron por su altanería de espíritu y encallecida fatuidad, y no corrieron a saciarse del agua

---

[14]Hebr., הַמְשַׁלֵּחַ מַעְיָנִים [el *que hace brotar fuentes*]. LXX: ὁ ἐξαποστέλλων πηγὰς [*el que manda fuentes*].

[15]TL., *emittit*; Vlg., *emittis*.

[16]Precisamente, S. Agustín sostiene que los *montes son los excelsos predicadores de la palabra, los esclarecidos ángeles de Dios, aunque todavía se hallen en carne mortal. Éstos son sublimes no por su propia voluntad, sino por la gracia de Dios, pues –en cuanto a ellos mismos se refiere– son valles que dejan humildemente brotar las fuentes.* En cuanto a la expresión: *Pasarán atravesando*, S. Agustín dice: *En medio de los apóstoles correrán los anuncios de la palabra de la verdad..., pues ninguna discrepancia emanaba de aquellos montes, sino la paz y la unidad de la caridad* (S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, págs. 751-754).

[17]Hebr., יַשְׁקוּ כָּל־חַיְתוֹ שָׂדָי [*dan de beber a todas las bestias del campo*]. El sujeto del verbo es las *fuentes* del versículo anterior y a estas fuentes se referirán los verbos siguientes hasta llegar al versículo 13. Los LXX tradujeron correctamente el hebreo: ποτιοῦσιν πάντα τὰ θηρία τοῦ ἀγροῦ [*beberán todas la fieras del campo*], y también la Vlg. y S. Agustín: *Potabunt omnes bestiae agri.* Sin embargo, el texto de Casiodoro introduce innecesariamente un pronombre demostrativo neutro plural *–ea–*, que de todos modos tiene que ser explicado. Aquí se explica de la siguiente maneraí: *Beberán estas cosas*, es decir: todas las cosas dichas anteriormente.

[18]TL., *Potabunt ea omnes bestiae silvarum*; Vlg., *Potabunt omnes bestiae agri.*

[19]TL., in textu: *sitim* [*mss., A.,B.,F.,* in sitim]. Se prefiere la segunda.

que da la vida. En efecto, el futuro **esperarán** está significando lo que, con frecuencia, se ha dicho: que, al final de los tiempos –cuando vengan Elías y Henoc– la multitud de los judíos llegará a abrazar la fe. Desgraciados los que, durante tan largo tiempo, tienen sed; desgraciados los que, en modo alguno, desean saciarse. Un castigo es la vida para los que se atormentan con espera tan grande[20].

Verso 12.– **Sobre ellas**[21] **habitarán los voladores del cielo, de en medio de las piedras darán su voz** [*Super ea volucres caeli habitabunt, de medio petrarum dabunt vocem suam*[22]]. Sobre **ellas** –es decir, sobre las cosas a las que antes se refirió el *que hace salir fuentes en los valles hondos*– **habitarán los voladores**. Gustan, ciertamente, estas cosas los valles y todo lo que riegan las aguas[23]. Pero no carece de importancia la adición: **Del cielo**, pues si sólo hubiese querido dar a entender las *aves*, habría bastado con decir *los que vuelan*. Quiere sin embargo, que se entienda aquí, más bien, las almas santas de los sacerdotes, que se conducen con un modo de vida celestial. Éstos habitan sobre los pueblos, mediante las santas predicaciones del Señor. Añade: **De en medio de las piedras darán su voz**. Éstos que han sido llamados *voladores del cielo*, no desde la tierra, no desde los árboles, sino *de en medio de las piedras darán su voz*, porque –a ejemplo de los apóstoles y profetas– también ellos anuncian la palabra. Así, todos y cada uno de los fieles rectamente son llamados **piedras**, pues el mismo Cristo recibe también este nombre[24]. En efecto, el mismo Señor dijo al apóstol Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt 16,18). Por lo cual, predican desde la firmeza de las piedras todos los que confirman sus palabras con las tradiciones de los apóstoles y profetas.

Verso 13.– **El que riega los montes desde sus más altos lugares, del fruto de tus obras se saciará la tierra** [*Rigans montes de superioribus suis, de fructu operum tuorum satiabitur terra*]. Más arriba, dijo que los altos montes fueron superados y que los hondos valles recibieron el riego de las fuentes. Anuncia ahora que también los mismos **montes** son bañados[25] por las aguas supernas, de manera que nada parezca excluido del favor del Señor. En efecto, Pablo –en un primer momento, perseguidor grande y cruel de la Iglesia–, una vez regado por el agua espiritual, ¡cuán fecundos frutos dio a comer a los cristianos!. Diariamente realiza esto el Señor, hasta el punto de hacer que, una vez convertidos, los doctores de los paganos pasen a ser maestros de los fieles. Ahora bien, tales doctores **son regados desde los altos lugares**, cuando –tras haberse convertido– reconocen su error anterior. Sigue: **Del fruto de tus obras se saciará la tierra**. Siendo la tierra la que produce el fruto, ¿cómo podría saciarse de frutos esta tierra sobre la cual se puede andar?. Pero la **tierra se sacia de frutos**, cuando los pecadores, reformada su vida para bien, reciben de la generosidad divina todo lo que les es beneficioso y saludable. Así, pues, *la tierra se sacia*, cuando, liberado alguien de su

[20]También aquí Casiodoro se separa de S. Agustín. Este ultimo afirma que llama *onagros a ciertas bestias grandes... Todos ciertamente son bestias, pero se los llamó onagros, para resaltar su grandeza* (S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, págs. 759-761). Nada dice el santo acerca de la altivez de los judíos, que despreciaron beber en las corrientes de la misericordia divina.

[21]En hebr., preposición más sufijo masculino plural: עֲלֵיהֶם [*sobre ellos*]. ¿Sobre quiénes?. Los LXX leen: ἐπ᾽ αὐτα, preposición más acusativo neutro plural [*sobre estas cosas*]. De ahí la Vlg. Pero véase nuestra nota correspondiente a versículo 11.

[22]TL., *vocem suam*; Vlg., *voces*.

[23]TL., in textu: *aquas irriguas* [*mss., A.,B.,F.,* aquis irrigatis].

[24]Cristo, piedra angular.

[25]TL., in textu: *cumplutos* [*mss., A.,B.,F.,* completos].

obstinación, ha aprendido a alabar al Señor.

Verso 14.– **El que produce hierba para los jumentos, y hierba para servicio de los hombres, para sacar de la tierra el pan** [*Producens fenum iumentis, et herbam servituti hominum, ut educat*[26] *panem de terra*]. Engrandece lo dicho anteriormente, diciendo que aquella tierra –saciada ya con la lluvia celestial– **produzca hierba para los jumentos**, esto es, que dé limosnas a los que por todas partes van pidiendo. Sobre éstos está escrito: *A todo el que te pide, dale* (Lc 6,30). En efecto, son llamados **jumentos**, porque, al no sentir vergüenza por la apremiante necesidad de llenar su estómago, estallan sin pudor con gritos propios de los que pasan necesidad, comportándose, de este modo, como si fueran *jumentos*, que, cuando tienen hambre, no pueden menos que desahogarse, dando rebuznos[27]. **Hierba para servicio de los hombres**, es decir, de modo que éstos reciban las cosas que les son necesarias. Al respecto está escrito: *Sude la limosna en tu mano, hasta que conozcas al justo a quien se la das*[28]. En efecto, se habla aquí de los **hombres**. Éstos, llenos de plena cordura, disimulan su indigencia con la fuerza del sufrimiento. Y así, mediante tales alusiones, se expresan dos clases de personas necesitadas. Sigue: **Para sacar de la tierra el pan**. **Se saca de la tierra el pan**, cuando se cumplen los mandatos del Señor, de manera que de estas cosas materiales y visibles salga el alimento de donde se apaciente el alma con el alimento celestial. Y es que realmente nuestro **pan** es Cristo. Pan, que es sacado de la tierra, cuando lo compartimos con los necesitados, en consideración de su nombre. O también puede decirse esto con relación a los predicadores, que misericordiosamente colmaron las carencias de los hombres faltos de instrucción.

Verso 15.– **Y alegre el vino el corazón del hombre, para que con óleo se regocije el rostro**[29]**, y fortalezca el pan el corazón del hombre** [*Et vinum laetificet cor hominis,ut exhilaret faciem in oleo, et panis cor hominis confirmet*]. Antes había dicho: *Para sacar de la tierra el pan*. Pero, para que no entiendas [**350**] que se trata del **pan** corriente con el que restablecemos nuestro cuerpo, añade estas tres frases, que se han de comprender en sentido espiritual. En efecto, las Escrituras dan testimonio de que el vocablo **corazón** se emplea, muy a menudo, en lugar de la inteligencia racional. Por lo cual, **el vino alegra el corazón del hombre**, cuando –una vez consagrado– se convierte en la sangre de Cristo el Señor. De este vino permitido está que nos embriaguemos, como está escrito: *Y tu copa que embriaga, ¡qué excelente es!* (Sal 22,7). En efecto, es verdaderamente el mismo vino puro, que alegra el espíritu, no el que conduce al pecado y a los vicios. Ebriedad sobria, saciedad feliz, que, con razón, llena de alegría, porque nada se encuentra en ello, merecedor de reproche. También **se regocija el rostro con óleo**, cuando es llevado a su perfección por virtud del crisma regio. Pero se trata de aquel **rostro** sobre el que está escrito: *Acercaos a él y sed iluminados; y vuestros rostros no se enrojecerán* (Sal 33,5) Sigue: **Y fortalezca el pan el corazón del hombre**. De nuevo, se emplea la palabra *pan* con el significado de *sabiduria*,

[26]TL., in textu: *educat* [*mss., A.,B.,F.,* educas].

[27]No aparece en el texto de S. Agustín esta idea tan cruda acerca de los jumentos, entendiéndolos como indigentes en fase extrema, pues, entre otras muchas cosas, dice el santo que *los predicadores de la palabra son jumentos y siervos* (S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, pág. 771).

[28]*Desudet eleemosyna in manu tua, donec invenias iustum cui eam des*. No se trata de una cita bíblica, pero se encuentra así en la *Didaché*, en Agustín, en Gregorio Magno y en Bernardo de Claraval.

[29]Hebr., לְהַצְהִיל פָּנִים מִשָּׁמֶן [*para que haga relucir los rostros por el aceite*]. LXX: τοῦ ἱλαρῦναι πρόσωπον ἐν ἐλαίῳ [*para animar el rostro en aceite*]. Bien se sabe que los antiguos –sobre todo en Oriente– empleaban el aceite de mayor pureza para la elaboración de ungüentos. En cuanto a la pareja vino y aceite, recuérdese aquella antigua sentencia: *Duo sunt liquores corporibus humanis gratissimi, intus vini, foris olei* (PLINIO, *Historia natural*, 14,15).

según se dijo anteriormente. Pues, si quisieras dar aquí a este *pan* un sentido material, ¿acaso el pan, junto con el corazón del hombre, no da fuerzas también a los demás miembros del cuerpo? Así, pues, fíjate bien en las cualidades propias de las palabras, de suerte que conozcas que estas cosas se han escrito con relación a realidades celestes. Refiriéndose al *vino*, dice que *alegra el corazón del hombre*. Ahora bien, si por este *vino* quieres entender el vino común y corriente, tal vino no alegra sólo el corazón, sino que, por un tiempo, alegra el cuerpo entero, eso sí, incitando con frecuencia a buscar peleas y propiciando algún que otro excesivo atrevimiento. Pero la palabra *corazón* está usada aquí en lugar de *intelecto*, que es el medio por el cual sabemos y discernimos qué es bueno y qué es malo. Del mismo modo, si por este *óleo* entendemos el que habitualmente usa la gente, ¿cómo puede *regocijar el rostro*, siendo así que es el gozo del espíritu el que siempre se refleja en el rostro?. ¿Cómo podría el *pan* fortalecer sólo el corazón, dado que el pan es alimento de todo el cuerpo?. Por ello, todas estas cosas, que contribuyen a la perfección de los cristianos, han de ser referidas, más bien, a las facultades del alma.

Verso 16.– **Se saciarán los árboles de las selvas, y los cedros del Líbano que tú has plantado** [*Saturabuntur ligna silvarum*[30]*, et cedri Libani quas plantasti*[31]]. **Los árboles de las selvas** significan la ingente muchedumbre de pueblos, que –procedentes de naciones cubiertas de matorrales y sin cultivo– llegaron a la Iglesia católica. Tal expresión denota, ciertamente, a los hombres de mediana importancia. En cambio, **los cedros del Líbano** indican a los nobles y poderosos, que sobresalen –como los cedros– en medio del género humano. Pero, con objeto también de diferenciar a éstos de los herejes y paganos, que se elevaron en este mundo con máximo poder, añade: **Que tú has plantado**, es decir, los árboles que, por predestinación tuya, están establecidos en el agradabilísimo paraíso de la religión, como se dice en el Evangelio: *Toda planta que no plantó mi Padre celestial será arrancada de raíz* (Mt 15,13). Mas tampoco debe descuidarse la interpretación de un determinado nombre, cuando ésta puede darnos a conocer algo de cierta relevancia expresiva. La palabra **Líbano** –ya se ha dicho– se traduce por *blancura*. Pero cierta potestad de este mundo parece ser la alegría festiva, con la que hombres ricos, poderosos, excelsos y altos, como los cedros que nacen en el monte Líbano, pudieron llegar –a pesar de todo y por el favor del Señor– a la verdadera religión.

Verso 17.– **Allí los pájaros pondrán sus nidos, la casa de la fúlica es su guía** [*Illic passeres nidificabunt, fulicae*[32] *domus dux est eorum*]. El **pájaro** es un ave pequeña y cautelosa en extremo. Significa ésta la pequeñez de los *monjes*, que en los cedros del Líbano –o sea, en las fincas de algunos cristianos pudientes, entre las ramas de sus árboles y al abrigo de su fortaleza– edifican sus monasterios, a modo de nidos, y cantan –como hacen los pájaros– con canto incesante las alabanzas del Señor. Vida celestial en la tierra, imitación de los ángeles fieles es vivir en la carne espiritualmente y no amar los vicios del mundo; despreciar la vida presente y buscar siempre los gozos de la bienaventuranza futura; hacerse, en fin, templo de Aquél, cuya imagen asumió la naturaleza humana. Verdaderamente delicioso es el paraíso en el que tantos frutos de virtudes florecen. Tal es, en efecto, su propósito: vencer a sus enemigos, no luchando, sino prevalecer, padeciendo. Para ellos, todo el triunfo está en la pasión del propio cuerpo. Y es, entonces, cuando eficazmente derrotan a sus adversarios: cuando, con laudable humildad, son ellos mismos los que

[30]TL., *ligna silvarum*; Vlg., *ligna campi.*

[31]TL., *plantasti*; Vlg., *plantavit.*

[32]TL., *fulicae*; Vlg., *herodii.*

sucumben[33]. Son, en verdad, soldados de Cristo aquéllos que ninguna confianza ponen en las fuerzas humanas, sino que confían poder vencer todas las adversidades sólo con la fuerza del Señor. Éstos, como no tienen pendencias con los demás, luchan siempre consigo mismos; e, inflamados por la caridad celestial, se esfuerzan por compartir con otros los bienes que para sí mismos desean. Pero grande es la gloria para el árbol donde este nido se construye. Escuche, pues, que fue plantado por el Señor aquél que abraza tal estilo de vida[34]. Sigue: **La casa de la fúlica es su guía**. La **fúlica**[35] es un ave mansa, de color negro, más pequeña que el *ánade*, aunque semejante en la constitución del cuerpo, y que tiene su hábitat natural en medio de las lagunas. Bien se adapta esta ave a los bautizados que perseveran[36] en la gracia de la fuente sacratísima. Y así, sus moradas –o sea, la perseverancia en el bautismo– es guía de los pájaros, que nidifican en los cedros, porque, ciertamente, la sagrada fuente es guía de todos los cristianos, en cuanto que los conduce al reino de los cielos.

Verso 18.– **Los montes excelsos, para los ciervos; la peña, refugio de los erizos**[37] [*Montes excelsi cervis, petra*[38] *refugium herinaciis*. El **ciervo** es –como hemos dicho– un voraz depredador de serpientes venenosas, un animal que penetra por lugares espinosos y que está dotado de una agilidad portentosa. Gusta vivir en las cumbres más altas. Con razón, son comparados con él los fieles que devoran al diablo, cuando truecan sus perversidades en alabanza y gloria del Señor y, como si de espinas se tratara, por su manera de conducirse bien en la vida, pasan por encima de los vicios de este mundo. Habitan en las altas cumbres, esto es, en los apóstoles y profetas, los cuales, a causa de sus santas predicaciones, merecieron ser considerados como las cimas solidísimas de este mundo. El **erizo** es un animal extremadamente medroso, al que la naturaleza providente dotó de una armadura perpetua, hecha de muy afiladas y abigarradas púas, que –vueltas unas sobre otras– protegen su piel. No le es suficiente, empero, esta protección natural y por ello, para no ser sorprendido por ninguna trampa, pone siempre su escondrijo entre las peñas. Esto se acomoda convenientemente a aquél que, erizado por sus propios pecados y temeroso del juicio futuro, sabe que tiene su **refugio** segurísimo en la **peña**, que es Cristo. Con razón, pues, estos animales nos muestran a aquellos hombres, que nunca se separan de la fortaleza del Señor.Y observa que los *pájaros* apetecen los altos cedros; las *fúlicas* se defienden, poniendo su morada en las aguas; los *erizos* se hacen fuertes con la protección de las peñas. De este modo, por medio de diversas aves y animales, nos viene mostrada la diversidad de modos de vida de los cristianos.

Verso 19.– **Hizo la luna para los tiempos; el sol conoció su ocaso** [*Fecit lunam in*

[33]TL., in textu: *succumbunt* [*mss., A.,B.,F.,* florent].

[34]Tampoco este alto elogio de la vida monástica aparece en S. Agustín.

[35]Hebr., חֲסִידָה [*jasîdāh*], término que suele traducirse por *cigüeña*. Los LXX traducen por στρουθία [*garza*]. Pero estas dos clases de aves no corresponden a la descripción de Casiodoro. Se trata, más bien, de aquella especie de ave, llamada vulgarmente *focha común*, que habita en ríos, lagunas, y charcas. Son fácilmente distinguibles por su plumaje negro y su escudete frontal y pico blancos, en ambos sexos. Su área de distribución abarca Eurasia, el norte de África y Oceanía. Mide entre 32 y 42 cms. de largo y pesa de 585 a 1100 grs.

[36]TL., *baptizandos..., qui perseverant*; prop., *baptizatos..., qui perseverant*, o bien, *baptizandos..., qui perseverent*, con sentido de oración final.

[37]Hebr., לַשְׁפַּנִּים [*para los conejos*]. Los LXX leyeron: τοῖς χοιρογρυλλίοις [*para los conejos*]. ¿Por qué, entonces, dice: *para los erizos*? Posiblemente, la razón esté en que S. Agustín habla de erizos y de liebres: *Petra refugium ericiis et leporibus*, como ejemplo de animales más pequeños y débiles (S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, págs. 783-784). Casiodoro hará referencia sólo a los erizos, olvidándose de los conejos.

[38]TL., in textu: *petra* [*ms., G.et ed.,* petrae].

tempora[39]*; sol cognovit occasum suum*]. Pasa ahora de las realidades terrenales a las del cielo; pero también éstas vienen explicadas, mediante determinadas alusiones alegóricas. La **luna** –como muchas veces hemos dicho– significa a la Iglesia, que, viviendo en las coordenadas del tiempo, mengua y crece, como sucede con la luna. Mengua, con todo, de tal manera que se restablece siempre, recuperando su integridad [**351**]. Ahora bien, rectamente entendemos por **sol**, en este caso, al Señor Salvador, de quien está escrito: *Nos apartamos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no brilló para nosotros, ni para nosotros nació el sol* (Sab 5,6), algo que, ciertamente, no podía decirse con referencia a este sol común, pues está escrito: *El que hace nacer su sol sobre buenos y malos* (Mt 5,45). Este sol **conoció su ocaso** –es decir, la gloria de su pasión–, cuando dijo a sus discípulos: *Llega la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores* (Mc 14,41). Por tanto, después de aquellas categorías de cristianos –significadas anteriormente, por medio de la explicación de los diferentes sentidos de las cosas–, para acrecentamiento de determinadas circunstancias, concernientes a la Iglesia y al mismo Señor, sigue añadiendo nuevos elementos.

Verso 20.– **Pusiste las tinieblas y se hizo la noche; en ella transitarán todas las bestias de las selvas** [*Posuisti tenebras, et facta est nox; in ipsa pertransibunt omnes bestias silvarum*[40]].

Verso 21.– **Los cachorros de los leones rugiendo para saquear y buscar de Dios el alimento para sí** [*Catuli leonum rugientes ut rapiant, et quaerant a Deo escam sibi*]. Hemos unido aquí estos dos versos, en razón de la necesaria conexión de las ideas en ellos expresadas. En efecto, **puso las tinieblas**, cuando el mundo quedó sumido en la oscuridad en el día de la muerte del Señor, siendo la hora sexta [Mt 27,45; Mc 15,33; Lc 23,44]. Entonces, verdaderamente **se hizo la noche** para discípulos y creyentes, cuando Pedro –turbado por un delirio angustioso y negando al Señor por tercera vez [Mt 26,74; Mc 14,71; Lc 22,60]– perdió del todo la claridad de la fe. Se *hizo la noche* también para aquéllos que, mirando sólo con los ojos de la carne, creían que en aquella cruz moría Cristo, igual que mueren los demás. Y así, en aquella *noche*, las **bestias de las selvas** –es decir, los demonios– y los **cachorros de los leones**, que, con corrupta intención, los diablos engendraron, salieron en busca de devorar a algunos, para encontrar así el alimento de su maldad, permitiéndolo, sin embargo, el Señor. Y es que nada puede acontecer, según la voluntad de nadie, si no es el Señor el que –en su secreto juicio– permite que suceda, ya sea para aprobación, ya sea para castigo. En efecto, son llamados *cachorros* por estar endurecidos[41] en el sentido del olfato. Y no debe causar extrañeza el hecho de que más arriba dijéramos que por *bestias de las selvas* se debía de entender la multitud de las naciones, mientras que aquí parece significar, más bien, al diablo y a sus acólitos, pues[42] es cosa bien conocida que, en las sagradas Escrituras, es de uso muy frecuente aplicar una misma palabra a personas distintas entre sí, como también dijimos acerca del monte y del león.

Verso 22.– **Salió el sol, y se recogieron; y en sus cubiles se echarán** [*Ortus est sol, et congregati sunt; et in cubilibus suis se collobabunt*[43]]. Así como, en la pasión del Señor, las tinieblas habían bajado a la tierra, así también los demonios –permitiéndolo el Señor– salieron en

[39]TL., in textu: *tempora* [*ms., G.et ed.,* tempore].

[40]TL., *silvarum*; Vlg., *silvae.*

[41]*Catuli* > *calleo*.

[42]TL., in textu: *quando* [*ed.,* quoniam].

[43]TL., *se collocabunt*; Vlg., *collocabuntur*.

bandadas en busca de su comida, pues podían encontrar algunos corazones vacilantes. Pero, cuando **salió el sol** –o sea, cuando fue proclamada la santa Resurrección–,incapaces éstos de resistir a su Majestad, se escondieron temerosos **en sus cubiles** –es decir, en los corazones de los pertinaces– de manera que, al no lograr hacerse con todos, apoderarse al menos de aquéllos que se sentían defraudados. En efecto, al *sol* se le llama así, porque él solo[44] brilla de tal manera que por él se hace el día.

Verso 23.– **Saldrá el hombre a su trabajo, y a sus labores hasta el caer de la tarde** [*Exiet*[45] *homo ad opus suum, et ad operationem suam usque ad vesperam*[46]]. Puesto que más arriba ha hablado de la salida del sol, consecuentemente añade ahora que cada hombre sale en esta vida, para realizar sus obras. Ésta es, en efecto, práctica común de los mortales: entregarnos –una vez llegado el día y mientras vivimos en este mundo– al ejercicio de nuestros diferentes quehaceres. Y así, uno se dedica a cultivar el campo; otro se ejercita en las cosas de la guerra; éste aprende; aquél enseña; algunos reinan; muchos sirven. Y toda obra, que emprende la frágil naturaleza mortal, sabido es que, **al caer la tarde** –es decir, al final del tiempo–, queda concluida.

Verso 24.– **¡Cuán magníficas son tus obras, Señor! Todas las hiciste con sabiduría; llena está la tierra de tu creación**[47] [*Quam magnificata sunt opera tua, Domine! Omnia in sapientia fecisti; repleta est terra creatura tua*[48]]. Después de la enumeración figurada de las cosas y de la narración de los misterios de nuestra fe, llega el profeta a la segunda parte, en la que, tras portentos tan magníficos, prorrumpe convenientemente en las alabanzas paternas. Al decir: **¡Cuán!**, profesa que mejor es admirarse por las obras del Señor que intentar explicarlas. Y, con razón, éste fue el comienzo de su alabanza[49]: que los elogios de sus obras ninguna criatura los puede completar convenientemente. Se trata, ciertamente, de algo que no sólo es imposible para los hombres, sino que es inmenso incluso para los mismos ángeles. De hecho, la expresión: **¡Cuán magnificas** son **las obras** del Señor! es explicada por lo que, a continuación, se dice. Sigue diciendo, en efecto: **Todas las hiciste con sabiduría**. Esta **sabiduría** es el Hijo, como dice el Apóstol: *Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios* (1Cor 1,24), *por medio del cual fueron hechas todas las cosas y sin él nada ha sido hecho* (Jn 1,3). Y, para mostrar la cooperación de su poder[50], habla al Padre, aun obrando el Hijo: Tú las **hiciste**. Esto mismo dice también el Apóstol, refiriéndose al Espíritu Santo: *Todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno según él quiere* (1Cor 12,11). De aquí se nos permite concluir[51] que la cooperación de la santa Trinidad puede ser conocida, con toda evidencia, sobre la base de estos anteriores ejemplos. Sigue: **Llena está la tierra de tu creación**. Ciertamente, la tierra no está llena de cosas, por todas partes, en nivel de igualdad, sino que, aun cuando el desierto –por el extremado calor del sol o a causa, por el contrario, del

---

[44] *Solus* > *sol*.

[45] TL., in textu: *exiet* [*mss., A.,B.,F.,* exit]; Vlg., *exibit.*

[46] TL., *ad vesperam*; Vlg., *ad vesperum*.

[47] Hebr., מָלְאָה הָאָרֶץ קִנְיָנֶךָ [*llena está la tierra de tu posesión*]. Los LXX: ἐπληρώθη ἡ γῆ τῆς κτήσεώς σου [*de tu criatura*].

[48] TL., *creatura tua*; Vlg., *possesione tua.*

[49] El salmo comenzó diciendo: *Domine Deus meus, magnificatus es vehementer.* Y dice ahora: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine!*

[50] TL., in textu: *virtutis* [*ed.,* virtutemque].

[51] TL., in textu: *colligi* [*ed.,* intelligi].

intenso frío– aparezca como vacío de animales, sin embargo, en cuanto criatura del Señor, *la tierra está llena* de toda clase cosas. O, quizá, deba entenderse esto en el sentido, más bien, de que la tierra entera se ha llenado de la *creación* de la religión católica, que el Salvador instituyó, cuando la Iglesia universal se consagró al servicio del Señor. De ello dice el Apóstol: *Por tanto, el que está en Cristo es una nueva creación: pasó lo viejo, y he aquí que todo ha sido hecho nuevo* (2Cor 5,17). Y en otro lugar: *Despojándoos vosotros del hombre viejo con sus obras, revestíos del hombre nuevo, que fue creado, según Dios, en justicia* (Ef 4,22.24). Todo el orbe, en efecto, ha sido colmado de esta *creación*. De aquí que, en otro salmo, también esté escrito: *Y dominará de mar a mar y desde el río hasta los confines de la tierra* (Sal 71,8).

Verso 25.– **Este mar grande y espacioso de manos; allí los reptiles, de los cuales no hay número, animales pequeños y grandes** [*Hoc mare magnum et spatiosum manibus; illic reptilia quorum non est numerus, animalia pusilla et magna*[52]]. También en esta parte y hasta llegar a la división, la figura retórica usada es la *parábola*, expresada por medio de varias y hermosas comparaciones. Pero, aunque pareciera que, al comienzo de este verso, se habla del mar navegable, sin embargo, por la palabra **mar** debe entenderse aquí convenientemente la vida de este mundo, donde sabido es que las insidias diabólicas *serpentean sin número*, y que, a causa de la maldad de los demonios, es agitada –como por ciertas olas– la inestable[53] voluntad de las almas. En efecto, ellos mismos –los demonios– se hacen semejantes al *mar*, cuando empujan al naufragio, porque no hay duda de que es víctima de olas terribilísimas aquél que es engullido por el torbellino de los pecados. La palabra *mar* viene del verbo latino *meare* [ir de un lado a otro], porque siempre está yendo y viniendo[54]. Con todo, estos espíritus –innumerables para nosotros– son abarcados por Dios, que cuenta *la arena del mar y las gotas del agua de lluvia* [Sir 1,2]. Y, para que se tuviesen por totalmente incomprehensibles, los definió según la cantidad, no conforme a la cualidad. De ellos dice, finalmente: **Animales pequeños y grandes**, porque –entre los demonios– existen los más grandes en maldad y también los que son menores.

Verso 26.– **Allí transitarán las naves; este dragón que creaste, para que se rieran de él**[55] [*Illic naves pertransibunt; draco iste quem formasti ad illudendum ei*]. **Allí**, es decir, en el mundo, al que antes llamó *mar*. Ahora bien, mediante la palabra **naves** adecuadamente son significadas las *iglesias*, que sortean las peligrosas olas del mundo, asidas al madero glorioso de la cruz, llevando [**352**] sobre ellas los pueblos, que creyeron en el signo de la fe. En estas *naves* habita Cristo, quien, a ruegos de los creyentes, ordena a la imponente tempestad que se calle, y ésta obedece y guarda silencio [Mt 8,25-26; Mc 4,39; Lc 8,24]. Sigue: **Este dragón que creaste, para se rieran de él**. En modo del todo evidente, el vocablo **dragón** significa aquí al *diablo*, que erdaderamente es llamado *dragón*, a causa del veneno que, con pestífera persuasión, inoculó en Eva, la primera mujer. Este dragón fue creado como un ser bueno, tal como se lee en el libro del Génesis: *Hizo Dios todas las cosas muy buenas* (Gén 1,31). Sin embargo, después haber pecado por su propia voluntad, fue formado por Dios de manera tal que los ángeles **se rieran de él**, cuando por su execrable maldad fue despojado de su dignidad originaria. En efecto, así dice el Señor en el libro de Job: *No hay algo*

[52]TL., *animalia pusilla et magna*; Vlg., *animalia pusilla cum magnis.*

[53]TL., in textu: *inestabilis* [*ed.,* inaestimabili].

[54]TL., in textu: *eat ac redeat* [*mss. A.,B.,F.,* accedat et recedat].

[55]Hebr., לִוְיָתָן זֶה־יָצַרְתָּ לְשַׂחֶק־בּוֹ [*este Leviatán que tú formaste, para jugar en él*], para jugar en el mar. Los LXX traducen: δράκων οὗτος ὃν ἔπλασας ἐμπαίζειν αὐτῷ [*este dragón que tú formaste, para jugar con él*].

semejante a él hecho sobre la tierra (Job 41,24). **Para que** mis ángeles **se rieran de él**. En efecto, los ángeles de Dios *se ríen de él*, bien por medio de justísimas increpaciones, en cuanto que aquél, cuya misión era obsequiar al Señor, se ve ahora enredado en las más repugnantes perversidades; o *se ríen de él*, más bien, cuando, por mandato superno, las almas son arrebatadas de su pernicioso poder. También los hombres fieles *se ríen de él*, cuando rechazan, con repugnante horror, las incitaciones de sus vicios. Escuchas la palabra *dragón*, pero no temas su atrocidad. En efecto, de tal modo fue formado que, por beneplácito de Dios, incluso los mismos hombres pueden reírse de él. Invoca al que pone sobre él su pie, y comienzas a no temer al que devora, porque está escrito: *Caminarás sobre el áspid y el basilisco, y pisarás al león y al dragón* (Sal 90,13).

Verso 27.– **Todas las cosas esperan de ti, para que les des la comida en tiempo oportuno** [*Omnia a te exspectant, ut des illis escam in tempore opportuno*[56]]. Este verso significa lo mismo que, en otro lugar, también se dice: *En tu voluntad, Señor, están puestas todas las cosas, y no hay quien pueda resistir a tu voluntad* (Est 13,9). Al decir: **Todas las cosas**, manifiesta que todas ellas viven por mandato de Dios, por quien fueron también creadas. De hecho, incluso el dragón espiritual, cuyo sustento es engañar a los hombres, nada puede hacer por su propio poder, si no se lo permite el Señor. En efecto, a aquél que –por sus malas obras– Dios lo aparta de sí, lo hace comida del diablo. Por consiguiente, si no queremos ser dados como alimento del enemigo, no seamos hombres terrenales, porque ésta fue –en el principio– la maldición de la que el diablo fue objeto, como está escrito: *Sobre tu pecho y tu vientre caminarás, y comerás tierra todos los días de tu vida* (Gén 3,14). Ciertamente, si somos hechos hombres celestiales, gracias a la misericordia del Señor, somos librados de convertirnos –sea cual fuere el modo– en comida del diablo. Añade también: **En tiempo oportuno**, de manera que el Señor no sólo dé de comer a sus criaturas, sino que generosamente la dé también a su tiempo. En efecto, el diablo quería tentar a Job, pero no pudo hacerlo, sin que el poder del Señor se lo permitiera [Job1,11; 2,6]. Y es que aquel varón santísimo también sabía que, con el consentimiento de Dios, él podía ser tentado y, por eso, ante tantas desgracias respondía: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Como agradó al Señor, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor* (Job 1,21). Éste es, en efecto, el juicio verdadero y firme: que –como ya se ha dicho– en la voluntad del Señor sean puestas todas las cosas.

Verso 28.– **Dándoles tú, recogerán; abriendo tú tu mano, serán colmados de toda abundancia** [*Dante te illis, colligent; aperiente te manum tuam, universa replebuntur ubertate*[57]]. Continúa explicitando todavía el pensamiento anterior, según el cual, cuando nos veamos sacudidos por la iniquidad del diablo, no creamos que éste se arroga tal hecho, conforme a su propio poder. Acudamos, antes bien, a Aquél, sin cuyo consentimiento nada puede hacer e inmediatamente el diablo se alejará vencido. Dice, en efecto: **Dándoles tú, recogerán**, para que comprendas que, si no se les diera, no podrían recoger. Sigue también algo que incluso puedes referir a circunstancias felices: **Abriendo tú tu mano, serán colmados de toda abundancia**. Ciertamente, pues allí donde se encuentra la causa de todo cuanto existe es de donde proviene la riqueza y se otorga la abundancia que no conoce fin. La palabra **mano** significa el poder, por medio del cual llena abundantemente todas las cosas y, de manera admirable, las gobierna.

Verso 29.– **Pero retirando tú tu rostro, serán turbados; les quitarás su espíritu y**

[56]TL., *in tempore opportuno*; Vlg., *in tempore*.

[57]TL., *universa replebuntur ubertate*; Vlg., *omnia implebuntur bonitate*.

desfallecerán, y serán devueltos a su polvo [*Avertente autem te faciem tuam, turbabuntur; auferes spiritum eorum et deficient, et in pulverem suum revertentur*]. Habla ahora de aquéllos que, negándose a reconocer que era Dios el dador de los bienes, atribuían a sus propias fuerzas todo lo que poseían. Contra ellos dice el Apóstol: *Pues, ¿qué tienes que no lo hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?* (1Cor 4,7). Y, en otro lugar, sobre esto también se lee: *Mas yo dije en mi abundancia: no seré movido en eterno* (Sal 29,6). Por consiguiente, si de estos tales el Señor llegare a **retirar su rostro**, privados ya de tan gran protección, sin duda, **serán turbados**. Y, una vez que **les fuere quitado** aquel espíritu de soberbia, que, por la abundancia de tantas cosas, habían concebido, enseguida **desfallecen**, y vuelven de nuevo a una salubérrima conversión[58] aquéllos que reconocen que, por su arrogancia, habían errado. Así, pues, busquen éstos el remedio oportuno; pongan al descubierto sus heridas, para ser curados, y digan: *Escúchame prontamente, Señor: mi espíritu ha desfallecido. No apartes tu rostro de mí* (Sal 142,7). A éstos les da el Señor la eficaz medicina. En efecto, liberados ya del espíritu de iniquidad del que, en su error, estaban inflamados, necesario es que *vuelvan a su propio polvo*, es decir, a la humilde confesión, en la que reconocen la indigencia de su fragilidad y comienzan a gustar de una felicidad mayor, una vez alejados de su anterior arrogancia. Pero se ha de observar aquí con qué concisión o con qué propiedad distintiva es distribuida[59] la asistencia del Señor por la que es regido el mundo. En efecto, cuando nos mira, sucede todo tipo de cosas provechosas; pero, cuando se aparta de nosotros, privada de tan saludable protección, la indigencia humana sucumbe.

Verso 30.– **Envía tu espíritu, y serán creados; y renovarás el rostro de la tierra** [*Emitte spiritum tuum, et creabuntur; et renovabis faciem terrae*]. He aquí que llega la medicina esperada. Fueron recreados, ciertamente, los que con humildad reconocieron que eran polvo. Esto sucede, en verdad, a los que –restablecidos por la gracia divina– escaparon de los peligros de la muerte. En efecto, tantas veces el Señor nos crea cuantas se digna renovarnos, trasladándonos de la vetustez del pecado al hombre nuevo, como en el salmo cincuenta se lee: *Crea en mí, oh Dio, un corazón puro* (Sal 50,12). Observa también que, allí donde desfallecimos, habla de *nuestro polvo*; pero allí donde somos recreados, habla del *Espíritu del Señor*, a fin de que nadie pueda atribuir a sus propios méritos lo que ha recibido, por beneficio del Creador. Escuchen los sacrílegos que el Espíritu Santo es Creador, pues dice: **Envía tu espíritu, y serán creados**. Escucha tú también otro lugar, donde el Espíritu Santo es llamado Creador. Dice Job: *El espíritu divino que me hizo* (Job 33,4). En efecto, al llamarlo *divino*, con toda claridad lo muestra como Dios y Espíritu creador.

Verso 31[60].– **Sea la gloria del Señor por el siglo del siglo; se alegrará el Señor en sus obras** [*Sit gloria Domini in saeculum saeculi*[61]*; laetabitur Dominus in operibus suis*]. Como hace un buen maestro, sigue enseñándonos todavía, a fin de que –dejándonos llevar por la soberbia– no lleguemos a errar, deseando que seamos aquello que nunca jamás puede desfallecer. Dice, pues: **Sea la gloria del Señor**. *La gloria del Señor*, no la gloria de cualquier otro. **Por el siglo del siglo**, es decir, por la eternidad, porque su alabanza no tiene fin, en cuanto que, en este mundo, su alabanza es ininterrumpida [**353**], cabe los fieles de los fieles del Señor, y, después de que este mundo pase, los bienaventurados la cantarán eternamente. **Se alegrará**, ciertamente, porque la

[58]TL., in textu: *ad conversionem* [*ed.,* confessionem].

[59]TL., in textu: *discripta sit* [*mss., A.,B.F.,* omnia descripta sunt].

[60]En el texto latino la numeración de este verso viene repetida.

[61]TL., *in saeculum saeculi*; Vlg., *in saeculum.*

promesa pertenece al tiempo futuro, no al presente. Y observa que, dondequiera que conmemora las obras, ha dicho: **En sus obras**, no *en tus obras*, de manera que cuantas veces no sigamos –una vez advertidos– el malsano error de Pelagio, cuyo nefando veneno claramente de aquí conocemos, otras tantas nos sea facilitado el antídoto, a fin de que no sigan avanzando peligros futuros.

Verso 32.– **El que mira la tierra y la hace temblar; el que toca los montes, y echarán humo** [*Qui respicit terram, et facit eam tremere; qui tangit montes, et fumabunt*[62]]. Habla ya de aquellos que –iluminados por la gracia del Señor– llegan a estremecerse, a causa de sus pecados pasados, reconociendo haber errado de manera grave. Ahora bien, más firme es aquel *temblor* de los humildes que la insana arrogancia de los soberbios. En efecto, Pedro mereció llegar al perdón, precisamente cuando **tembló**[63] por el gran pecado cometido. Y otro profeta dice también: *¿Sobre quién descansa mi Espíritu, sino sobre el humilde, el pacífico y el que tiembla ante mis palabras?* (Is 36,2). Lo mismo recuerda el Apóstol: *Con temor y temblor trabajad por vuestra salvación* (Flp 2,12). Ves, por tanto, cuán agradable, cuán firme[64] sea este *temor*, que es causa también de perdón y de salvación. Pero observa en quiénes tienen lugar estas cosas: en aquéllos, ciertamente, a los que Él se dignase *mirar*. Sigue: **El que toca los montes, y echarán humo**. Por **montes** debemos entender aquí a los pecadores, hinchados por una gran arrogancia, los cuales, habiendo recibido los golpes de la indignación del Señor y faltos por la pérdida de las cosas mundanas, corren entonces a las lágrimas saludables y despiden de sí como ciertas volutas de humo, propias de la tristeza, a modo de incienso de suavidad, que suben[65] a las alturas, impetrando la misericordia de Cristo el Señor. En efecto, el **humo** tiene aquí un sentido positivo, porque es el que nos hace llegar a la gracia del perdón.

Verso 33.– **Cantaré al Señor en mi vida; salmodiaré a Dios mientras que yo sea** [*Cantabo Domino in vita mea; psallam Deo quandiu ero*[66]]. Recorridas ya las dos primeras partes, que han sido redactadas, mediante el recurso a muy variadas alusiones, llega ahora a la tercera en la que afirma que ha de cantar eternamente las alabanzas del Señor. En efecto, cuando dice: **Cantaré al Señor en mi vida**, está refiriéndose al tiempo que transcurre en este mundo. Ciertamente, pues es así como se hace esta vida verdaderamente digna de ser vivida: si se cantan las alabanzas del Señor con incesante alegría. Pero, para que no creas que estas alabanzas pueden terminar con la muerte, añade: **Salmodiaré a Dios mientras que yo sea**, es decir, en la vida futura, donde el **ser** es perpetuo y la salmodia no tiene fin. Muy bien ha dicho: **Mientras que yo sea**. En efecto, cuando –siendo ya inmortal– desea *salmodiar mientras es*, está manifestando que, ciertamente, desea cantar por siempre las alabanzas del Señor. Con tal indicación ha sido mostrado cuál será la misión de los qué felizmente merecieren ser llevados a aquella patria futura. Alabarán continuamente al Señor, porque siempre lo estarán contemplando, pues aquella hermosura inefable suscita la alabanza sin fin de quien ama.

Verso 34.– **Que le sea dulce mi alabanza; mas yo me deleitaré en el Señor** [*Suavis sit*

[62]TL., in textu: *fumabunt* [*ed.,* fumigabunt]; Vlg., *fumigant.*

[63]Sin embargo, en los evangelios sinópticos, Pedro *prorrumpió en llanto*.

[64]TL., in textu: *stabilis* [*ed.,* spiritualis].

[65]TL., *qui ad superna conscendunt*; prop., *qui ad superna conscendentes.*

[66]TL., *quandiu ero*; Vlg., *quandiu sum*.

ei laudatio mea[67]*; ego vero delectabor in Domino*]. Son, ciertamente, dos cosas, pero las dos se corresponden mutuamente en pareja sociedad. De hecho, nuestra **alabanza** se hace **dulce** para el Señor, si nosotros **nos deleitamos** en Él. Y tanto más dulce se hace Él para nosotros cuanto[68] más queridos nos hacemos nosotros para Él. En efecto, en Él encuentra cada uno quién puede ser ante aquella Majestad. El que ama, es amado; el que desprecia, es despreciado; el que desea, es esperado. Sea, pues, dulcísima para nosotros la Divinidad, de manera que también toda nuestra vida le sea agradable a Ella. En efecto, en favor de nosotros mismos, se nos manda *amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas nuestras fuerzas* [Dt 6,5], para que, de su parte, merezcamos de este modo, por don suyo, recibir su amor.

Verso 35.– **Perezcan de la tierra los pecadores; y los injustos, en modo de que no sean. Bendice, alma mía, al Señor** [*Deficiant peccatores de terra; et iniusti*[69]*, ita ut non sint. Benedic, anima mea, Domino*]. **Perecen de la tierra los pecadores**, cuando, alejados de los placeres terrenales, son suscitados por la gracia de Dios a deseos mejores. Y así *perecen* también los malvados, cuando –de una vez por todas– abandonan su propia maldad. Más que una maldición, ésta es, ciertamente, una oración, porque todo hombre justo –en el deseo de que crezca la Iglesia de Dios– pide, sin duda alguna, que se conviertan los pecadores, conociendo particularmente que la tan deseada venida del Señor sigue manteniéndose en suspenso, hasta tanto se complete el número de los predestinados. Sigue: **Bendice, alma mía, al Señor**. Digno fue el comienzo del salmo, digno es también final: **Bendecir** siempre a Aquél que nunca deja de socorrer a quienes le guardan fidelidad. Al igual que aquella anterior, esta igualdad de sentencia se ha de referir también –si no ando equivocado– a cuantos, con la ayuda del Señor, unieron los piadosos comienzos de su vida con un final glorioso.

Conclusión del salmo

Hemos escuchado, buen Rey, cuántos misterios sobre el arcano de la verdad nos has derramado. Nos has enseñado cómo tender al cielo, pero también que sobre los cielos están establecidas las aguas, la luna hecha para señalar los tiempos[70]; que, para gran misterio, el sol conoció su ocaso. Aquellos estudiosos, que se engañan inútilmente con cálculos infructuosos sobre el curso de las estrellas, aprendan –más bien– que ésta es la verdadera naturaleza de las cosas. Y los que corren en pos de necias averiguaciones, escuchen al maestro del cielo, al que es verdaderamente sabio, al narrador de su propia creación. Escúchenlo los que, prefiriendo ser discípulos de falsas opiniones, dejaron pasar el tiempo de conocer la verdad.

[67]TL., *Suavis sit ei laudatio mea*; Vlg., *Iucundum sit ei eloquium meum*.

[68]TL., in textu: *tanto* [*mss., A.,B.,F.,* tantum].

[69]TL., *iniusti*; Vlg., *iniqui.*

[70]TL., in textu: *in tempora* [*ed.,* in tempore].

SALMO CIENTO CUATRO

Aleluya[1]
[*Alleluia*]

Con esta bella palabra se abre el presente salmo. Y, aun cuando muchos escritores fueran originariamente hebreos, no la encuentras empleada en ningún otro salmo anterior. Pero debemos saber que **aleluya** es una voz de género neutro. Esto viene explicado con toda claridad por el santo Jerónimo en la exposición que él hace de este mismo salmo, apoyándose en algo que –según creemos– encontró en las fuentes hebreas. Y así, en cualquier lugar en que se hallara esta voz, nos atendremos a la regla fijada por el doctísimo varón, pues uno e íntegro debe permanecer aquello que ninguna otra lengua ha tenido el atrevimiento de cambiar. *Aleluya*, pues, significa –en la lengua– hebrea *alabad al Señor*, es decir: *allelu*, alabad, y *ia*, que significa Dios invisible, que es uno de los diez nombres de Dios, según Jerónimo nos transmite en su epístola a Marcela, en la que dice: *El primer nombre de Dios es El, que significa* fuerte. *Vienen, después, Elohîm y Eloe, ambos con el significado de* Dios. *De ahí que frecuentemente se encuentren en pareja, como por ejemplo*: *'Dios mío*, *Dios mío*[2]*, mírame, ¿por qué me has abandonado?'* (Sal 21,2)*; y también:* '*Dios, Dios mío*[3]*, ante ti estoy en vela desde el amanecer'* (Sal 62,2)*, y otros lugares semejantes a éstos. El cuarto es Sabaoth, o sea, de los ejércitos*. *El quinto*, *Elyion, que nosotros llamamos el Altísimo*. *El sexto,* '*El que es*'[4]*, como* [**354**] *se lee en el libro del Éxodo*: '*El que es me envía'* (Éx 3,14). *El séptimo,* '*Adonai*'*, por el que generalmente nosotros nombramos a Dios*. *El octavo es* '*Ia*', *nombre que se aplica sólo a Dios y se pronuncia en la última sílaba de la palabra aleluya*[5]. *El noveno es el tetragrámaton*[6], que significa *inefable*. *El décimo,* '*Sadday*'*, es decir, robusto, que se basta a sí mismo para hacerlo todo, y los demás*[7]. Del todo nuevo es el título, y muy significativo también por la concisión de su contenido. Exclamación muy grata a las Iglesias y del todo adecuada a las santas festividades. Con ella se embellece el lenguaje de los cantos, es la alegre respuesta de la asamblea del Señor y –como bien insaciable– se renueva con melodías que de continuo van cambiando. Y, por ello, con anhelo se han de desear[8] las dulces palabras de aquellos salmos, a los que tan grato pregonero les precede. En efecto, de aquí –donde incluso el título es ya alabanza– se nos da a entender por anticipado qué puede venir después. Se ha de notar, además, que, por medio de todos estos veinte salmos que tienen como título la palabra *aleluya* –esto es, el presente salmo 104, el 105, 106, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 134,135,

[1]Este *Aleluya* no aparece aquí en el texto hebreo, sino al final del salmo anterior.

[2]Hebr., אֵלִי אֵלִי [*'elî 'elî*].

[3]Hebr., אֱלֹהִים אֵלִי [*'elohîm* 'elî]

[4]TL., *esereheie.* Es la transcripción latina del hebreo, אֶהְיֶה אֲשֶׁר [*'ašer 'ehᵉêh*]

[5]Hebr., הַלְלוּ יָהּ [*halᵉlû yāh*].

[6]Es el nombre que no se dice, יְהוָה [*yᵉwāh*], que solemos pronunciar *Jahweh*.

[7]HIER., *Ep. XXV. Ad Marcellam. De decem nominibus Dei* (PL 22, 428-429).

[8]TL., in textu: *exspectanda* [*ed.,* expetenda].

145,146, 147, 148, 149 y 150– serán narradas[9] las maravillas del Señor y en ellos se ha de gozar[10] con alegría desbordante. El número de estos salmos, quizá, designe –a partes iguales[11]– la gloria del Nuevo y del Antiguo Testamento, de manera que el poder del Creador deba ser alabado siempre y en todo lugar. En verdad, no hemos encontrado una razón más evidente, para explicar por qué sólo en el encabezamiento de estos salmos aparece la exclamación *Aleluya*.

División del salmo

Sabedor el profeta de que, con frecuencia, el pueblo hebreo había ofendido al Señor, porque había puesto su esperanza en las cosas y bienes temporales, en la primera parte del salmo, exhorta a los fieles a que siempre busquen espiritualmente al Señor. En la segunda, mediante los ejemplos de los patriarcas, fortalece sus corazones, mostrándoles que el Señor nunca abandonó a los que se sometieron a sus mandatos. En la tercera parte, enumera cuántas y cuáles cosas el poder divino concedió a sus padres, describiendo los peligros y honores de José, y recordando la entrada de los hebreos en Egipto. Refiere, en la cuarta, cómo el pueblo israelita, por orden del Señor, fue vengado de sus enemigos, de manos de Moisés y de Aarón, mediante las diferentes plagas, que fueron enviadas al país de Egipto. En la quinta, describe cuán grandes beneficios recibieron los hebreos, a lo largo de la travesía del desierto, de manera que hallasen su alegría no en los bienes temporales, sino que, seducidos –antes bien– por los grandes dones recibidos, guardaran fielmente las justificaciones y la ley del Señor.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Confesad al Señor e invocad su nombre; anunciad entre las gentes sus obras** [*Confitemini Domino, et invocate nomen eius; annuntiate inter gentes opera eius*]. Consta este verso de tres partes. En la primera, dice: **Confesad al Señor**, es decir, alabadlo y dad gracias por los dones recibidos de la Divinidad, porque precisamente esto es alabar al Señor: honrarlo con los labios y cumplir sus preceptos con las obras. Ciertamente, la **confesión** debe entenderse aquí en el sentido de no dejar de celebrar las alabanzas del Señor, pues también las cosas que siguen expresan tal deseo y acción. Exhorta, en segundo lugar, a **invocar al Señor**, de manera que –tras el oficio de alabanza, celebrado con santidad– podamos ser escuchados favorablemente. En efecto, se ha de poner por delante alguna clase de obra buena, a fin de que, obtenido su favor, el Juez se digne escucharnos. Dice en la tercera parte: **Anunciad entre las gentes sus obras**, cosa que bien puede aplicarse tanto a los gloriosos evangelistas como a los santísimos apóstoles y –en nuestros días– también a los sacerdotes, que anuncian las maravillas del Señor en medio de todas las gentes.

Verso 2.– **Cantadle y salmodiad para él; contad todas sus maravillas** [*Cantate ei et psallite ei, narrate omnia mirabilia eius*]. Desarrolla lo dicho más arriba: *Confesad al Señor*. En efecto, el verbo **cantad** hace referencia al ofrecimiento de himnos; **salmodiad**, a la realización de obras piadosas. Y dice que es entonces cuando **se han de contar todas sus maravillas**, es decir: una vez hayan sido presentadas estas dos acciones. En efecto, el adjetivo **todas** significa las cosas

[9]TL., *describantur*; prop., *describuntur.*

[10]TL., in textu: *gaudetur* [*mss. A.,B.,F.,* gaudendum].

[11]Son veinte. Diez, por tanto, para cada uno de los dos Testamentos.

que dirá a continuación. Y es que, ciertamente, no está en las fuerzas del hombre **contar todas las cosas**, que obra el poder divino. Por ello, en el salmo ciento cinco, se va a decir: *¿Quién contará los poderes del Señor, hará que sean escuchadas todas sus alabanzas?* (Sal 105,2). A esta figura retórica se la conoce con el nombre de *synecdoche*, en latín, *a parte totum*, cosa que encontrarás con frecuencia en las Escrituras divinas, pues de otro modo no se podría entender aquello escrito en el Evangelio: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14), como si –al mismo tiempo– no hubiera asumido también el alma, que particularmente se dignó liberar[12].

Verso 3.– **Alabaos en su nombre santo; alégrese el corazón de los que buscan al Señor** [*Laudamini in nomine sancto eius; laetetur cor quarentium Dominum*]. A fin de que, cuando alguien realiza algo bueno, no pretendiera, quizá, aplicarlo a su propio poder, el prudente maestro exhorta a los débiles, diciéndoles que nadie se ha de gloriar en sí mismo, sino que se ha de gloriar en el Señor, de manera que eviten la falsa jactancia, sabiendo que es Dios quien concede todas estas cosas, como en otro salmo se lee: *En el Señor será alabada mi alma* (Sal 33,2). No prohíbe, por tanto, que seamos alabados –ya que tal hecho no puede ser negado, en razón de las buenas obras–, sino que manda que **seamos alabados** en el Señor, que es el que concede todo aquello que hacemos bien. Y, para que hallaran consuelo en tal hecho, añade: **Alégrese el corazón de los que buscan al Señor**. **Alégrese**. Alegrése por ello, ciertamente, si es que se predica en el Señor, pero no si la alabanza tiene como fin el propio poder. Lo primero y más glorioso para nosotros debe ser que sea exaltado el nombre de Aquél que nos da con largueza los dones futuros. Por lo cual, fue algo de extraordinaria impudicia el hecho de que algunos hablaran contra esto. Frente a ellos son alegados no sólo abundantes testimonios, sino casi la entera ley.

Verso 4.– **Buscad al Señor y fortaleceos; buscad siempre su rostro** [*Quaerite Dominum, et confirmamini; quaerite faciem eius semper*]. A cuantos eligieron **buscar**lo los exhorta a que se fortalezcan para los premios futuros. Pero este deseo, esta búsqueda no ha de acabar aquí, dentro de un espacio temporal, pues dice: **Siempre**, máxime cuando se lee: *El que pide, recibe; el que busca, encuentra; al que llama, se le abre* (Lc 2,10). En efecto, la expresión: **Buscad su rostro** significa aquella presencia que sólo el hombre humilde y piadoso está en condiciones de buscar. Ciertamente, pues no puede desear la presencia de Juez, sino aquél que confía en su clemencia. Y, cuando desea su presencia, se mantiene siempre expectante, a causa de sus malas acciones. En efecto, el Apóstol **buscó el rostro** del Juez, cuando dijo: *He combatido un buen combate, he corrido hasta el final, he conservado la fe; por lo demás, está dispuesta para mí la corona de la justicia, que en aquel día me dará el Señor, Juez justo* (2Tim 4,7-8). Con razón *buscó el rostro* del Juez aquél que tenía la certeza de que había de ser coronado por la piedad del Señor.

Verso 5.– **Acordaos de las maravillas que hizo; de sus prodigios, y de los juicios de su boca** [*Mementote mirabilium eius quae fecit; prodigia eius, et iudicia oris eius*]. Llega a la segunda parte, en la que refiere los nombres y beneficios de los patriarcas, de modo que el pueblo fiel pueda entender que ninguno ha servido al Señor con inútil entrega de sí mismo. De este modo, las **maravillas** se refieren a la división de las aguas del mar Rojo [Éx 14,21] [**355**]; los **prodigios**, a las plagas, que envió contra Egipto [Éx 7,15-11,10]; los **juicios de su boca**, al hecho de llevar a cumplimiento todo lo que había prometido a Moisés, su siervo. Y así, en un solo verso, queda

[12]Se contiene aquí un nuevo aviso contra el apolinarismo.

enunciado –por anticipado y brevemente– todo cuanto, con bastante más amplitud, se va a decir a continuación. Todos estos hechos, sin embargo, es preferible que se entiendan, con relación a Cristo el Señor. Esta argumentación recibe, en latín, el nombre de *a persona.*

Verso 6.– **De la descendencia de Abrahán, siervos suyos; de los hijos de Jacob, sus elegidos** [*Semen Abraham servi eius; filii Iacob electi eius*]. Sobreentiéndase lo que más arriba se dijo, esto es: *Acordaos*. Pero con más cuidado se ha de considerar el hecho de que, con marcada distinción, a la **descendencia de Abrahán** la llama **siervos suyos**, recordando que los **hijos de Jacob** son los **elegidos** del Señor. En efecto, los judíos contumaces –que son precisamente los que quiere que sean entendidos aquí– fueron la descendencia carnal de Abrahán y, con razón, los llama **siervos**, porque, al cometer la maldad, no quisieron ser hijos. El mismo Señor, refiriéndose a ellos, les dice: *Si vosotros fuerais hijos de Abrahán, haríais las obras de Abrahán* (Jn 8,39). Por su parte, con la expresión: **hijos de Jacob**, está dando a entender a los fieles cristianos, los herederos del Señor.

Verso 7.– **Él es el Señor, Dios nuestro; sus juicios en toda la tierra** [*Ipse Dominus Deus noster; in universa terra iudicia eius*]. Se recuerda la descendencia de Abrahán y de Jacob, de suerte que crean que nuestro Salvador no es Dios de un solo pueblo, sino Señor de toda la tierra. En efecto, así como la Iglesia está extendida por todas partes, así también **sus juicios** se han propagado, ciertamente, por el orbe entero. De este modo, al decir: **Él es el Señor**, recuerda que debe ser entendido Aquel mismo, cuya crucifixión los pueblos de los judíos decretaron. Pero quienes no atienden a esta voz profesan, de manera particular, que son ajenos a los patriarcas.

Verso 8.– **Se acordó de su testamento por el siglo, de la palabra que mandó por mil generaciones** [*Memor fuit in saeculum testamenti sui, verbi quod mandavit in mille generationes*]. **Se acordó**, porque cumplió las promesas. **Por el siglo**, es decir, por la eternidad, porque todo lo que prometió el Señor habrá de permanecer con perenne firmeza. La expresión: **De su testamento** significa los anuncios de los profetas, que hablaron anticipadamente de la encarnación del **Verbo**. Continúa diciendo: **De la palabra que mandó**. **Mandar** es decir algo, por medio de otro, cosa que sucedió, ciertamente, cuando fue dada a los profetas la misión de profetizar sobre las cosas futuras. **Por mil generaciones**. Se emplea aquí lo finito por lo infinito, algo que, sin embargo, termina con el final de este tiempo, donde una generación humana sucede a la que es anterior en edad.

Verso 9.– **Lo que dispuso a Abrahán, y de su juramento a Isaac** [*Quod disposuit ad Abraham, et iuramenti sui ad Isaac*].

Verso 10.– **Y lo estableció a Jacob como precepto, y a Israel como testamento eterno** [*Et statuit illud Iacob in praeceptum, et Israel in testamentum aternum*]. Se refiere todo esto a lo dicho más arriba, es decir: *Se acordó de su testamento*. Ciertamente, aquellas cosas, que en el Antiguo Testamento fueron prometidas o juradas a los patriarcas Abrahán y a Isaac, las **estableció** –o sea, las confirmó– a Jacob y a Israel, ciertamente, en el Nuevo Testamento, que es **testamento eterno**. En efecto, por lo general, los nombres de *Jacob* e *Israel* significan –como ya se ha dicho varias veces– los tiempos cristianos. Ahora bien, el Nuevo Testamento es llamado propiamente *eterno*, porque, detrás de él, nunca vendrá ningún otro en el que se halle el cumplimiento perfecto de todas las promesas.

Verso 11.– **Diciendo: Te daré la tierra de Canaán, el cordel de vuestra heredad** [*Dicens: Tibi dabo terram Chanaam, funiculum haereditatis vestrae*]. La palabra **Canaán** se traduce por *humilde*[13]. Significa, por tanto, que los cristianos van a recibir –conforme es su condición– la tierra de los humildes. Esto es lo que antes llamó *testamento eterno*. Ciertamente, esta **tierra** de la humildad y del acatamiento la reciben los fieles, de manera tal que es tenida como bien eterno. Por su parte, la expresión: **El cordel de la heredad** significa las tortuosas angustias de este mundo. Es el **cordel** que, mediante su pasión, desató el Señor por la salvación de todos. En efecto, la comunión de su carne es nuestra heredad, en la que recibimos el patrimonio eterno de la vida celestial, si es que nos hacemos merecedores de creer estas cosas con toda firmeza e integridad. La anterior comparación es tomada de la costumbre de marcar las lindes de los campos y de las fincas, sirviéndose de un cordel tensado.

Verso 12.– **Siendo en número pequeño, poquísimos también los pobladores en ella** [*Cum essent numero brevi, paucissimi et incolae in ea*].

Verso 13.– **Y atravesaron de gente en gente, y de un reino a otro pueblo** [*Et pertransierunt de gente in gentem, et de regno ad populum alterum*]. Llega a la tercera parte , en la que, consecuentemente, enumera cuán grandes cosas concedió a los patriarcas el poder divino. Después, mira que sigue.

Verso 14.– **No permitió que el hombre les hiciera daño, y en favor de ellos castigó a reyes** [*Non permisit*[14] *hominem nocere eis, et corripuit por eis reges*].

Verso 15.– **No toquéis a mis ungidos, y no malignéis contra mis profetas** [*Nolite tangere christos meos, et in prophetis meis nolite malignari*]. Se evoca aquí el tiempo aquel en que el rey de Egipto recibió aviso divino, de manera que no osara dañar a Abrahán [Gén 12,17 ss.]. Algo semejante consta que sucedió en el caso de Isaac [Gén 26,9 ss.]. Se muestra así, con toda evidencia, la protección divina, en modo de hacer ver que la salvación de éstos no depende de las fuerzas humanas, sino que es otorgada por favor del cielo. **No toquéis a mis ungidos**. Se ha de averiguar también el hecho de que, más arriba, a los patriarcas mencionados ha dado en llamarlos **ungidos**, habida cuenta de que aún no era cosa corriente el rito de la unción, sino algo que empezará a practicarse, a partir de Saúl [1Sam 10,1]. Pero, puesto que, en espíritu, eran ya de Cristo y adheridos a su fe –como dice el Señor respecto de Abrahán: *Deseó con ansia ver mi día; lo vio y se alegró* (Jn 8,56)–, justamente, pues, fueron llamados con este sagrado nombre aquéllos que ya amaban la fe cristiana. En el mismo sentido se deben entender también ls palabras del Señor, que dice: **Y no malignéis contra mis profetas**.

Verso 16.– **Y llamó el hambre sobre la tierra, y agotó todo sustento de pan** [*Et vocavit famem super terram, et omne firmamentum panis contrivit*]. Recuerda este verso aquellos tiempos del Faraón, en que un **hambre** terrible se abrió paso en Egipto, por espacio de siete años [Gén 41,56]. Y, aunque el *hambre* no sea una realidad material, sino que es sólo la ausencia de la abundancia, como la noche es la ausencia del sol, sin embargo, **es llamada** como se llama a

[13] ¿De dónde esta interpretación? S. Jerónimo, en su libro sobre los nombres hebreos, ya muchas veces citado, dice así: *Chanaan, reversus est, sive quasi respondentes, aut quasi moventes* (HIER., *Liber de nominibus hebraicis* [PL 23, 837]). Sin embargo, la raíz hebrea כנע [*kn'*], en su forma nifal, significa *humillarse, doblegarse, arrepentirse...*, de donde el vocablo כְּנַעַן [Canaán], que –con S. Jerónimo– da nombre al oficio de mercader, haya podido ser entendido aquí por *humilde.*

[14] TL., *Non permisit*; Vlg., *Non reliquit.*

cualquier persona, que realmente hubiese podido oír. Pero en las sagradas Escrituras es habitual este tipo de locuciones, como el siguiente ejemplo tomado del Apóstol: *El que llama las cosas que no son, como las que son* (Rom 4,17). Sigue: **Y agotó todo sustento de pan**, esto es, redujo a la nada la reserva de trigo, porque sabido es que el **pan** es el sustento del hombre, como en el salmo anterior se dijo: *Y fortalezca el pan el corazón del hombre* (Sal 103,15).

Verso 17.– **Envió delante de ellos a un varón; como siervo fue vendido José** [*Misit ante eos virum; in servum venundatus Ioseph*]. **Delante de ellos**, es decir, delante de los patriarcas mencionados anteriormente[15], **envió a José**, al que con razón se le llama **varón**, porque tuvo que padecer muchas cosas, que supo soportar virilmente. Se ha de considerar también el hecho de que diga que el Señor *envió* a aquél que fue vendido por la maldad de sus hermanos. En efecto, Dios sabe usar bien los males ajenos. Y así como los pecadores de manera execrable pervierten sus preceptos, del mismo modo los actos de los hombres más infames se truecan –si así Él lo dispone– en acontecimientos de buen augurio. De hecho, *José*, que **fue vendido** para la servitud, llegó a la gloria, y tuvo más tarde compasión de sus hermanos, que cruelmente habían decidido su perdición. Así, pues, todas aquellas cosas, que le fueron adversas, sucedieron felizmente, de suerte tal que la perversa venta de José llegó a ser el *envío* del Señor, como él mismo dijo a sus hermanos: *Pues, por vuestra salvación me envió Dios a Egipto* (Gén 45,5). Y nuevamente les repite: *Vosotros ciertamente pensasteis el mal acerca de mí, pero el Señor lo convirtió en algo bueno* (Gén 50,20). Pero qué males hubo de soportar, a continuación los dice. Con todo, el orden de las palabras debe ser el siguiente: *Envió delante de ellos al varón José, que fue vendido como siervo*[16] [**356**]. En efecto, debemos sobreentender aquí el pronombre relativo *que*, a fin de que obtengamos el sentido completo de la frase.

Verso 18.– **Humillaron sus pies con grilletes; su alma atravesó el hierro**[17] [*Humiliaverunt in compedibus pedes eius, ferrum pertransivit anima*[18] *eius*]. Cierto es que Putifar –eunuco del Faraón– mandó a José a la cárcel [Gén 39,20]. Sin embargo, del hecho de que le pusieran **grilletes** en los pies no tenemos noticia alguna. Pero bien pudo ser que quien estuvo encerrado en la prisión estuviera también sujeto con cadenas de hierro, máxime si la acusación que pesaba sobre José constituía un delito de gravedad tan grande [Gén 39,16-19]. Y no disiente lo referido allí del favor de que gozó de parte del jefe de los guardias de la cárcel [Gén 39,21-19]. En efecto, pudo ser también que estas cosas sucedieran antes y que aquéllas vinieran después. Por tal razón, entiende las divinas Escrituras –en modo merecedor de aprobación– aquél que creyere que, en cada uno y todos los lugares, se halla la verdad. En efecto, también en el salmo ciento tres se dice: *El que hace a los espíritus ángeles suyos* (Sal 103,4), algo que, ciertamente, no leemos en el libro del Génesis. Pero el Espíritu Santo deja pasar algunas cosas en una narración anterior, para que las siguientes hallen favor, cuando –salvada la verdad de la cuestión de que se trate– dan a conocer alguna novedad. Hace, pues, referencia a los pies humillados en los grilletes, para significar la aflicción del cuerpo. Añade: **Su alma atravesó el hierro**, para manifestar que ni

[15]No se entiende del todo bien esto que dice, en cuanto que los patriarcas mencionados son anteriores a José. *Ellos* son, por tanto, los hijos de Israel que habrían de bajar a Egipto, acuciados por el hambre.

[16]*Misit ante eos virum Ioseph, qui in servum venundatus est.*

[17]Hebr., בַּרְזֶל בָּאָה נַפְשׁוֹ [*en hierro entró su alma*]. Los LXX traducen: σίδηρον διῆλθεν ἡ ψυχὴ αὐτοῦ [*por hierro pasó su alma*].

[18]TL., in textu: *anima* [*ms. F.,* animam]; Vlg., *animam.*

siquiera el alma quedó exenta. En efecto, el alma –aun cuando, al padecer juntamente con el cuerpo, esté sujeta a sufrimiento– tiene también, sin embargo, sus penas particulares, cuando se atormenta con graves meditaciones. *Su alma atravesó el hierro*, cuando se revolvía en medio de estas angustias, de manera que, entre las cosas malas que padeció, no prevalecieran también en él los crímenes de la falsedad. Pero el **hierro** significa aquí la tribulación provocada por aquel momento crítico, que embarga al alma agitada, cuando, en la angustia ante lo que sabe que se le viene encima, padece ya –en el presente– las consecuencias de algo que no puede dejar de temer. En este sentido se entienden las palabras de Simeón a María: *Y una espada atravesará tu alma* (Lc 2,35), significando con ello la gloriosa tristeza de la madre en los días de la pasión del Señor.

Verso 19.– **Hasta que llegara su palabra. La palabra del Señor lo inflamó** [*Donec veniret verbum eius. Eloquium Domini inflammavit eum*]. Este verso está unido a lo anterior. Dice, en efecto, que, por largo tiempo, la meditación de José fue sobremanera dura, hasta que **llegara** el momento en el que el rey Faraón buscara su palabra, para la interpretación de un sueño [Gén 41,14]. Ciertamente, encontró entonces la gloria y abandonó con alegría los antros de la cárcel. Pero la expresión: **Su palabra** indica la propia voz del que habla. Por lo demás, no fue suyo lo que le fue concedido por inspiración divina. Sigue, pues, diciendo: **La palabra del Señor lo inflamó**. **Lo inflamó**. Lo incitó, ciertamente, a hablar con ardor, en modo de expresar –en presencia del príncipe y con verdad segura– los acontecimientos futuros. En efecto, recibió interiormente la iluminación de la llama del cielo, en modo de ver anticipadamente cosas tales que superaran los conocimientos de los sabios y doctores de aquel reino [Gén 41,8.14].

Verso 20.– **Envió el rey y lo soltó; el príncipe de los pueblos y lo dejó ir** [*Misit rex et solvit eum; princeps populorum et dimisit eum*]. **Envió**. Significa este verbo a los ministros que secundan los mandatos regios. Llama **rey** al Faraón, en cuyo reino había sido encarcelado. **Lo soltó**, es decir, lo dejó libre del delito, que lo retenía preso. Sigue: **El príncipe de los pueblos, y lo dejó libre**. **Príncipe** es el mismo Faraón, al que ante llamó *rey*; pero, con objeto de aportar belleza a la frase, quiso dar variedad a las palabras. **Lo dejó ir**, es decir, lo hizo salir de los claustros de la cárcel [Gén 41,14], a fin de que aquél, que había liberado al dueño de la tierra de las angustias de sus pensamientos, no tuviera ya que sufrir, en modo alguno, la pena de la prisión. Pero, para que se viera que no sólo le fue concedida la libertad, dice también con qué honores fue enriquecido.

Verso 21.– **Y lo estableció como señor de su casa, y príncipe de toda su posesión** [*Et constituit*[19] *eum dominum domus suae, et principem omnis possessionis suae*].

Verso 22.– **Para instruir a sus principales como a él mismo, y enseñar prudencia a sus ancianos** [*Ut erudiret principes suos sicut seipsum*[20]*, et seniores suos prudentiam doceret*]. En estos dos versos expresa claramente qué grandes poderes diera el Faraón a José. **Lo estableció como señor de su casa, y príncipe de toda su posesión**, cuando lo hizo subir a una carroza y la voz repetitiva del heraldo lo anunciaba como segundo señor, después del rey [Gén 41,40-42]. Esta potestad es mantenida hoy día por los prefectos, que juzgan también –de manera vicaria– sobre asuntos sagrados y ostentan el máximo poder en todas las provincias. En estas cosas le dio el Faraón una autoridad como la suya. Pero, en el siguiente verso, reconoce que está por encima de

[19]TL., *Et constituit*; Vlg., *Constituit.*

[20]TL., *seipsum*; Vlg., *semetipsum.*

él –del Faraón– aquello que José tiene en sus manos la posibilidad de dar. Dice, en efecto: **Para instruir a sus principales como a él mismo**. Esto debemos tomarlo, conforme al modo pagano de entender propio del Faraón, que creía que los principales de su pueblo podían obtener esta sabiduría, en modo que también ellos adquiriesen la capacidad de interpretar los sueños y el saber de éstos pudiera alzarse hasta conocimientos tan grandes que, consultados sobre asuntos dudosos, le diesen respuestas del todo seguras. En efecto, si el Faraón hubiera dejado en manos del santo varón a estos principales suyos, para instruirlos en la fe –de donde se desprende que aquello fue del agrado del Señor– habría sido instituido para ellos –como cosa de nueva creación– el orden sinagogal. Pero, al no leerse tales cosas, hemos de creer que el Faraón, en modo alguno, deseaba el hecho religioso, sino que buscaba solamente la fama de la adivinación, según es costumbre de los gentiles, a los cuales –ávidos como están de las cosas futuras[21]– no les apetece considerar de dónde procede la misma revelación.

Verso 23.– **Y entró Israel en Egipto, y Jacob habitó en la tierra de Canaán** [*Et introivit*[22] *Israel in Aegyptum, et Iacob habitavit*[23] *in terra Chanaan*]. Sigue adecuadamente el orden de los acontecimientos, en cuanto que, después de las cosas ya dichas, por mandato del Faraón [Gén 45,17-18], la parentela de José –siendo él mismo el que diera la orden [Gén 45,19]– fue traída a la tierra de Egipto, episodio éste que el agradable texto del Génesis describe con detalle (Gén 46). Ahora bien, el que es llamado **Israel** es el mismo que el que es llamado **Jacob**. Pero, con objeto de no repetir las mismas palabras, usando nombres diferentes, dio variedad a los hechos de su relato. En efecto, *Israel*, una vez que salió de Egipto, **habitó en la tierra de Canaán**. Pero **Canaán** fue hijo de Cam, nieto de Noé, del que leemos que proceden los egipcios [Gén 10,6].

Verso 24.– **Y creció sobremanera su pueblo, y lo fortaleció por encima de sus enemigos** [*Et auxit populum suum nimis, et confirmavit*[24] *eum super inimicos suos*]. **Creció sobremanera su pueblo**, porque fue rarísima allí la mujer que no tuvo hijos. Pero **lo fortaleció por encima de sus enemigos**, cuando, mientras ellos crecían, el pueblo egipcio fue azotado poderosamente por aquellas plagas sobradamente conocidas. En efecto, a modo de enunciado, se expresa aquí resumidamente los hechos acontecidos. Pero refiere, a continuación, uno por uno, cómo éstos sucedieron.

Verso 25.– **Mudó el corazón de ellos, para que odiaran a su pueblo, e hiciesen engaño contra sus siervos** [*Convertit cor eorum ut odirent populum eius, et dolum facerent in servos eius*]. Llega a la cuarta parte, en la que trae al recuerdo el hecho de que los egipcios envidiaron con gran crueldad a los hebreos y los sometieron a durísimos trabajos [Éx 1,9-11]. En efecto, concediendo al pueblo israelita cosas venturosas, el Señor **mudó el corazón** de los egipcios al odio y al engaño, no porque Él es el autor del mal, sino porque, al conceder sus beneficios a otros, incitó las mentes retorcidas. Inevitable es, en efecto, que los hombres, llenos de maldad, hiervan de ira, al ver la prosperidad ajena, conscientes de no poder merecer ellos bienes semejantes. Esto sucedió en el caso de los sacrificios de Caín y Abel, cuando el Señor rechazó el sacrificio del

[21]TL., in textu: *futurorum* [*ms. G.,* ad futura].

[22]TL., *introivit*; Vlg., *intravit.*

[23]TL., *habitavit*; Vlg., *accola fuit.*

[24]TL., *suum nimis, et confirmavit*; Vlg., *suum vehementer, et firmavit* .

primero y aceptó, de buena, gana la ofrenda del segundo [Gén 4,4-5]. Sigue: **Para que odiaran a su pueblo e hiciesen engaño contra sus siervos**. Era lógico que, a consecuencia del odio que se vino alimentando, el pueblo –rebosante de furor– decidiera acudir a ardides injuriosos. Ejemplo de ello fue, cuando les ordenaron fabricar ladrillos y, para que el esfuerzo fuera doble, les fue negada la paja [Éx 5,7], y todas las demás cosas que, en aquella crudelísima servitud, el pueblo hebreo –fiel al Señor– tuvo que soportar.

[**357**] Verso 26.– **Envió a Moisés, su siervo; y a Aarón al que eligió, al mismo** [*Misit Moysen servum suum, et Aaron quem elegit ipsum*]. Es cosa sabida que éstos –**Moisés** y **Aarón**– fueron designados por el Señor como testigos ante el Faraón, a fin de que permitiera que el pueblo de su agrado saliera sin sufrir daño [Éx 7,3]. ¡Oh inestimable piedad del Omnipotente!. Aquél, a cuyo mandato ninguna criatura puede oponerse, solicitaba del hombre de frágil existencia la realización de tal empresa, para enseñarnos a nosotros –que somos débiles– con qué moderación debemos vivir, al conocer la enorme clemencia con la que el santo Creador llevó a cabo sus propósitos. **Al que eligió, al mismo**. Consideremos también que este modo de hablar es propio de las divinas Escrituras. En efecto, era suficiente con decir: *Al que eligió*; pero añade: *Al mismo*, para que también esto quedara más claramente expresado. Esta forma de locución se encuentra, muy a menudo, en las Escrituras santas. Tal es el siguiente ejemplo: *En el que habitaste, en él* (Sal 73,2[25]).

Verso 27.– **Puso en ellos**[26] **las palabras de sus signos, y de los prodigios en la tierra de Canaán** [*Posuit in eis verba signorum suorum, et prodigiorum in terra Chanaan*]. **Puso** significa que *hizo habitar* en ellos –o sea, en Moisés y Aarón– **las palabras de los signos y prodigios**, que el Señor habría de realizar y que ellos anticipadamente anunciaban. Los **signos** son como ciertas huellas de cosas futuras o pasadas. Los **prodigios** tienen que ver con acontecimientos admirables, los cuales, conforme al orden natural de las cosas, no existieron con anterioridad. En efecto, la palabra latina *prodigium* viene de *porro dicere* [decir en el porvenir]. Pero estos *signos* y *prodigios* se realizaron en medio de los egipcios, para que –como la autoridad de muchos Padres afirma– fuese para el pueblo cristiano señal de algo que vendría después, cosa que, en sus respectivos lugares, convenientemente recordamos.

Verso 28.– **Envió las tinieblas y los llenó de oscuridad, porque exacerbaron**[27] **sus**

[25]Sin embargo, el TL de este salmo dice sólo: *in quo habitasti*. Es en la Vlg., donde aparece la expresión a la que se hace referencia aquí: *in quo habitasti in eo*.

[26]Hebr., שָׂמוּ־בָם [*pusieron en ellos*], entendiendo con ello que Moisés y Aarón realizaron, hicieron manifiestas en medio de ellos –los egipcios– aquellas palabras y señales. Los LXX leen el verbo en singular: ἔθετο ἐν αὐτοῖς [*puso en ellos*], dando a entender que el sujeto del verbo es el Señor, que puso en Moisés y Aarón sus palabras y signos.

[27]Hebr., וְלֹא־מָרוּ [*y no fueron rebeldes*]. ¿Quiénes no fueron rebeldes: Moisés y Aarón, las tinieblas? Éstos, ciertamente, no. Algunos opinan que se trata de los egipcios, los cuales, a la vista de las palabras y señales de Moisés, dieron crédito a sus palabras. Pero no encaja esto con el contexto, en cuanto que viene, a continuación, el relato de las plagas, que obliga a entender que los egipcios fueron castigados con ellas, precisamente porque no obedecieron, porque fueron rebeldes a las palabras de Moisés y Aarón. Queda entonces por explicar el *no* del texto hebreo y, para ello, hay que recurrir a la conjetura, bien sea eliminando el *no* que estorba, como hacen algunos, bien leyendo וְלֹא־שָׁמְרוּ [*no guardaron*] en lugar de וְלֹא־מָרוּ [*y no fueron rebeldes*]. Así razona H.-J KRAUS (*o.c.,* vol. 2, pág. 454. Los LXX resuelven el problema, traduciendo: καὶ παρεπίκραναν [*y exasperaron*], de donde la Vlg. Pero véase la explicación de S. Agustín (S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, pág. 835).

palabras [*Misit tenebras et obscuravit eos, quia exacerbaverunt sermones eius*[28]]. Leemos en el libro del Éxodo que, entre las demás plagas, los egipcios sufrieron la plaga de las tinieblas del cielo [Éx 10,21 ss.]. Pero entendamos que fueron oscurecidos, más bien, los corazones de los que despreciaban los preceptos del Señor. **Exacerbaron**. Significa este verbo o bien que los egipcios recibieron con acritud las palabras del Señor o que, ciertamente, las despreciaron con injuriosas abominaciones. En efecto, en la enumeración de las plagas ocupa ésta, de manera conveniente, el primer lugar[29], pues no habrían podido llegar a las demás, si –una vez oscurecidos los sentidos– no se hubiesen precipitado a la más profunda oscuridad, cosa que también hoy suelen hacer los pecadores.

Verso 29.– **Convirtió sus aguas en sangre, y mató sus peces** [*Convertit aquas eorum in sanguinem, et occidit pisces eorum*]. Dice que es la segunda plaga la que, en el relato bíblico, aparece como la primera [Éx 7,14-25]. Pero las mismas plagas anunciaban los signos del desastre futuro. En efecto, **convirtió sus aguas en sangre**, porque los egipcios habían de perecer en medio de las aguas del mar Rojo. **Mató sus peces**, para que pareciera que ya no quedaba a los hombres esperanza alguna de vivir, puesto que se vio morir entre las aguas aquello –los peces– que recibía alimento de su medio de vida natural.

Verso 30.– **Envió ranas a su tierra, y en los aposentos de los mismos reyes** [*Misit in terram eorum ranas, et in cubilibus regum ipsorum*[30]]. Ésta es la tercera plaga [Éx 7,26-29]. Les dio la compañía de las **ranas**, porque también ellos habrían de recibir un lugar acuoso. De este signo ni siquiera sus reyes –o sea, sus hombres principales– fueron dispensados, porque habían de perecer, tragados por el abismo profundo. Pero –entre todas las demás– esta plaga parecería contener un mensaje aún más admirable, es decir: que ni siquiera **los aposentos de los mismos reyes** –lugares de los que el trabajo diligente de muchos podía mantener alejados tales hechos prodigiosos– pudieran considerarse a salvo de tal azote, y ello con el fin de poner de manifiesto que ni con riquezas ni auxilios de ninguna clase se puede oponer resistencia a los mandatos divinos.

Verso 31.– **Dijo, y vino la mosca de perro, y el cínife en todos sus confines** [*Dixit, et venit cynomyia et ciniphes in omnibus finibus eorum*]. Sigue la cuarta plaga. **Dijo, y vino**. Estas dos acciones han sido unidas, para indicar un significado de gran importancia, es decir: que el mandato divino no puede tolerar ningún obstáculo, que retrase la ejecución de lo ordenado. En efecto, aunque, con toda claridad, pronuncies palabras que están unidas entre sí, sin embargo, debido a que están compuestas de sílabas, tardan un poco en salir afuera. Pero el mandato del Señor no dilata el tiempo, porque el deseo mismo es ya el efecto. La palabra griega *cynomyia* significa la **mosca de perro**, que es la más punzante de todas las moscas y la más violenta por su

[28]TL., *et obscuravit eos, quia exacerbaverunt sermones eius*; Vl., *et obscuravit, et non exacerbavit sermones suos*.

[29]En efecto, el presente salmo abre con la *plaga de las tinieblas* la lista de los castigos que sufrió el país de Egipto, si bien, en el texto bíblico, a esta plaga le corresponde el noveno lugar, después de la plaga de las langostas y antes de la muerte de los primogénitos. Por tanto, cuando el salmo hable de la tercera, de la cuarta, etc., nosotros debemos entender siempre la anterior, aunque el salmista reduce las diez plagas a siete, en razón del significado simbólico de este último número.

[30]TL., *Misit in terram eorum ranas, et in cubilibus regum ipsorum*; Vlg., *Dedit terra eorum ranas in penetralibus regum ipsorum*.

terquedad. De ahí que haya tomado un nombre derivado de un animal dañino y feroz. El **cínifes** es una clase de mosquitos sobremanera molesto, debido a sus pullas fijas, que –en latín– el vulgo acostumbra llamar *zinzalae*. Conozcan los hombres –que se inflan con fatuas grandezas– que ni siquiera aquel cruel y endurecido Faraón, que se jactaba, lleno de soberbia por reino tan poderoso, pudo ser igual a las moscas. Dice, finalmente: **En todos sus confines**, para que ningún lugar de Egipto considerase estar a salvo de aquel tremebundo desastre.

Verso 32.– **Puso sus lluvias como granizo, fuego abrasador en su tierra** [*Posuit pluvias eorum in grandinem*[31]*, ignem comburentem in terra*[32] *ipsorum*].

Verso 33.– **Y destrozó sus viñas y sus higueras, y resquebrajó todo árbol de sus términos** [*Et percussit vineas eorum et ficulneas eorum, et contrivit omne lignum finium eorum*]. Pasa a narrar el quinto castigo. También esta locución es semejante a una sentencia anterior de este mismo salmo, donde dice: *Puso en ellos las palabras de sus signos* [v. 27]. **Puso** significa *estableció* y *decretó*. En efecto, sigue enumerando todavía las plagas de los egipcios, de manera que la **lluvia**, cuya misión es fecundar la tierra, se convirtiera en la devastación terrible, que ocasiona el **granizo**, cuyo golpe no es menos destructivo que allí donde cayera una abundante cantidad de piedras. Este *granizo* es como el incendio líquido de los campos, cuyo nocivo contacto deja secos sus frutos, al recibir todos y cada uno de ellos los impactos de tan gran oleada de pedriscos. Pero la expresión: **Fuego abrasador** significa los rayos, que suelen encrudecerse, una vez estallada la tormenta. Sigue: **Y destrozó sus viñas y sus higueras**. Mediante este verbo –**destrozó**– hace referencia a los fenómenos anteriores –es decir, al *granizo* y a los *rayos*–, que la fuerza del cielo lanza sobre la tierra como flechas enemigas. Y, para que no creas que sólo las **higueras** o las **viñas** sufrieron destrozos, añade: **Y resquebrajó todo árbol de sus términos**, a fin de que no dudes que todo terreno de siembra quedó arrasado, pues incluso los árboles más robustos fueron abatidos. En efecto, las cosas mayores incluyen la comprensión de las menores.

Verso 34.– **Dijo, y vino la langosta y el bruco, del cual no había número** [*Dixit, et venit locusta et bruchus, cuius non erat numerus*].

Verso 35.– **Y devoró todo heno de su tierra y todo fruto de la tierra de ellos** [*Et comedit omne fenum terrae eorum et omnem fructum terrae ipsorum*[33]]. Comienza la sexta plaga. Y también lo que aquí se dice es semejante a que ya se ha dicho anteriormente, o sea: *Dijo, y vino la mosca de perro, y el cínife*. Pero la **langosta** es la madre del **bruco**, al que engendra con funesta feracidad. Ésta desciende –junto con su prole– en busca de su presa, como si de un ejército, llamado a rebato, se tratara. Y, para que no creas que tal ejército es hecho bajar para nada, dice que **todo el fruto de** aquella **tierra** fue consumido.

Verso 36.– **E hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, las primicias de todo su trabajo**[34] [*Et percussit omne primogenitum in terra Aegypti*[35]*, primitias omnis laboris eorum*].

---

[31]TL., *eorum in grandinem*; Vlg., *eorum grandinem.*

[32]TL., in textu: *in terra* [*ms. E. et ed.,* terram].

[33]TL., *terrae eorum et omnem fructum terrae ipsorum*; Vlg., *in terra eorum et comedit omnem fructum terrae eorum.*

[34]Hebr., רֵאשִׁית לְכָל-אוֹנָם [*principio de toda su fuerza*]. Los LXX traducen por παντὸς πόνου αὐτῶν [*primicia de todo su esfuerzo*].

[35]TL., *in terra Aegypti*; Vlg., *in terra eorum.*

Llega a la séptima plaga –la última, según la numeración de este salmo–, en la que, vencido ya el pueblo egipcio, cesó la multitud de sus maldades. En efecto, ¿cómo podían seguir aguantando los que habían perdido toda clase de cosas buenas e, incluso en su propio sustento material, sentían la desolación?. En manera tan grave va agotándose, poco a poco, aquél que había considerado tener fuerzas, para oponerse a los mandatos divinos. Ningún problema parece plantear aquí el hecho de que [**358**] este salmo evoque sólo siete plagas contra Egipto, habida cuenta que, en el relato del libro de Éxodo, aparecen diez[36]. Pero, con frecuencia, hemos dicho que, en las Escrituras divinas, debe entenderse el todo por la parte, como se lee en el Evangelio: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14), como si no hubiera asumido, al mismo tiempo, también el alma, a la que, de manera particular, se dignó liberar. Así, mencionada la carne, debe entenderse, al mismo tiempo, también el alma. Por otra parte, sabido es que el número siete, por el poder del Espíritu Santo, es el número perfecto. Con razón, pues, encerró las diez plagas en una narración compuesta sólo de siete, para que entiendas, como acabado de manera perfecta, aquello de lo que –tal como se puede comprobar– se ha dicho nada más que una parte. Fue conveniente, además, que la descripción de los hechos discurriera, mediante un relato distinto, es decir, refiriendo, por una parte, las penas infligidas a los egipcios, y proclamando, por la otra, igual número de beneficios en favor de los hebreos. De este modo, el relato no sólo es diverso, sino que adquiere también una estimable belleza. O, como prefiere el Padre Agustín: *La alabanza queda libre de la ley del que narra*[37]. En efecto, el que compone la historia necesariamente tiene que exponer todos los hechos de un modo detallado; pero, para el que alaba, suficiente le es haber tocado sólo algunas cosas de entre otras muchas que podía tocar. Refiere, pues, brevemente las cosas principales, en cuanto que no está enseñando aquí a alguien que las ignora, sino recordándolas a quienes, ciertamente, ya las conocen. Y, puesto que en la siguiente parte, va a hablar de los siete beneficios que el Señor concedió al pueblo hebreo, ha enviado por delante las siete plagas, que afligieron a los egipcios enemigos, de manera que –como me permito opinar– el mismo número sea tenido, en este salmo, como confirmación de hechos tanto buenos como malos.

Verso 37.– **Y los sacó con plata y oro, y no había enfermo en sus tribus** [*Et eduxit eos in argento et auro*[38]*, et non erat in tribubus eorum infirmus*]. Enumeradas las plagas que envió contra Egipto, llega a la quinta parte, en la que habla de otros tantos beneficios que fueron otorgados a los hebreos. Dice, en efecto: **Y los sacó en plata y oro, y no había enfermo en sus tribus**. Fue éste, ciertamente, el primer beneficio recibido, con objeto de que el pueblo –debilitado, después de tan larga servitud– no partiera necesitado y vacío. Leemos que, al salir de Egipto, el pueblo israelita recibió, por mandato del Señor [Éx 12,35-36], **plata y oro**, de suerte que no se considerara este hecho como un robo perpetrado de forma precipitada, sino en concepto de la paga correspondiente a un largo tiempo de trabajo. Y, puesto que no puede ponerse en duda que todo lo que ordena el Señor es justo, sin culpa alguna se hizo aquello que, por mandato suyo, fue realizado. Sigue, por tanto, el segundo beneficio, esto es: que, como consecuencia de aquella inevitable emigración, nadie se sintiese aquejado por enfermedad corporal alguna, sino que todos pudieran llevar a cabo con presteza[39] cuanto les había ordenado el Señor.

[36]Ciertamente no se mencionan las plagas de los tábanos (Éx 8,16 ss.), la del ganado (Éx 9,1-8) y la de las úlceras (Éx 9,8-12).

[37]S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, pág. 771.

[38]TL., *in argento et auro*; Vlg., *cum argento et auro*.

[39]TL., in textu: *navanter* [*mss., A.,B.,F.,* ovanter].

Verso 38.– **Se alegró Egipto de su partida, porque su temor cayó sobre ellos** [*Laetata est Aegyptus in profectione eorum, quia cecidit*[40] *timor eorum super eos*]. Con cuidado debemos estudiar el presente verso. En efecto, hay constancia de que Egipto no se alegró con la marcha del pueblo hebreo y tanto es así que consideró necesario salir a perseguirlo [Éx 14,5 ss.]. Sin embargo, tras conocer que los que habían decidido salir en persecución de los hebreos murieron ahogados [Éx 14,27], los que se habían quedado en Egipto *se alegraron* muchísimo, por haberse librado de correr una suerte parecida. Da a conocer la causa de esta alegría, cuando dice: **Porque su temor cayó sobre ellos**. En efecto, la causa fue el **temor**, al ver cómo incluso los elementos naturales luchaban en favor de la gente hebrea. Y observa que, por medio de la figura retórica de la *metonymia*, en latín, *transnominatio*, dice que **se alegró Egipto**, no que se alegraron los *egipcios*. En efecto, por el continente se ha mostrado el contenido.

Verso 39.– **Desplegó una nube como su protección, y el fuego para que los alumbrara por la noche** [*Expandit nubem in protectionem eorum, et ignem ut luceret eis per noctem*]. Ambos favores les vienen concedidos contra las inclemencias del tiempo. Se les da la **nube**,para protegerlos del calor del sol; el **fuego**, para vencer la oscuridad de las tinieblas. Éste es el tercer beneficio otorgado al pueblo de Israel [Éx 13,21-22].

Verso 40.– **Pidieron carne, y vino la codorniz; y los sació con pan del cielo** [*Petierunt carnes, et venit coturnix*[41]*, et pane caeli saturavit eos*]. Observa cómo son satisfechos con creces los deseos de los que piden. El pueblo hebreo **pide carne** y se le da **codornices**. Sabido es que la carne de las aves tienen, ciertamente, un sabor más agradable que la de los animales cuadrúpedos. Y además, pidió sólo una cosa, y le vinieron dos [Éx 16,12]. En efecto, sigue diciendo: **Y con pan del cielo los sació**. Todas estas cosas son de sobra conocidas por el libro del Éxodo, allí donde se lee que –a modo de densísima lluvia– caían del cielo[42] las codornices y vino también el maná, a fin de que el pueblo judío comiera hasta poder hartarse. Pero, para dar a entender que estas cosas acontecen en figura, no dice *maná*, sino **pan del cielo**, de suerte que, en aquel beneficio, pudiera ya presentirse la venida del Señor Salvador. Él es, en efecto, el *pan vivo que bajó del cielo* (Jn 6,51). ¿Qué es este *maná*, del que se habla tanto aquí como en el salmo setenta y siete[43]?. Dejando a un lado la cuestión de este nombre, qué respuesta buscaba la pregunta sobre el *maná*, la expresó diciendo: **Los sació con pan del cielo**. En efecto, así es llamado el Señor del cielo y así se da a conocer[44] también, con toda claridad, qué es el *maná*.

Verso 41.– **Hendió la piedra, y fluyeron las aguas; en lo seco salieron los ríos** [*Disrupit*[45] *petram, et fluxerunt aquae; abierunt in sicco flumina*]. **Hendió la piedra, y fluyeron las aguas**. El hecho de que la *piedra hiciese fluir corrientes de aguas* prefiguraba también a Cristo el Señor. En efecto, la **piedra** espiritual es Cristo el Señor, de donde fluyen las **aguas** que dan la vida, de donde el deseo del alma –una vez saciado– ya no puede sufrir más la sed. La expresión: **En lo seco salieron los ríos** significa a los pecadores, procedentes de la gentilidad.

[40]TL., *cecidit*; Vlg., *incubuit.*

[41]TL., *Petierunt carnes, et venit coturnix*; Vlg., *Petierunt, et venit coturnix*.

[42]TL., in textu: *depluebant* [*ed.,* defluebant].

[43]Sal 77,27: *Et pluit illis manna manducare; panem caeli dedit eis.*

[44]TL., in textu: *agnoscitur* [*ed.,* ostenditur].

[45]TL., *disrupuit*; Vlg., *dirupuit.*

Con razón, son llamados **secos** que, porque serán secados por delitos abrasadores[46]. Al reverdecer éstos, gracias a la lluvia del Señor, brotaron como con brotes de hombre nuevo. De ellos dice el Señor: *Pues el hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido* (Lc 19,10).

Verso 42.– **Porque se acordó de su palabra santa, la que habló a Abrahán, su siervo** [*Quia memor fuit verbi sancti sui, quod locutus est ad*[47] *Abraham puerum suum*].

Verso 43.– **Y sacó a su pueblo en exultación, y a sus elegidos en alegría** [*Et eduxit populum suum in exsultatione, et electos suos in laetitia*]. Refiere, en estos dos versos, la causa de los milagros anteriormente mencionados. Afirma, en efecto, que estos milagros se realizaron, porque habían sido prometidos a **Abrahán**. Y fíjate en que dice: **Sacó a sus elegidos en alegría**, pues aquellos otros, que murmuraron, fueron heridos por el furor del Señor.

Verso 44.– **Y les dio las regiones de las gentes; y poseyeron los trabajos de los pueblos** [*Et dedit eis regiones gentium; et labores populorum possederunt*].

Verso 45.– **Para que custodiasen sus justificaciones, y buscaran su ley** [*Ut custodiant iustificationes eius, et legem eius requirant*]. Llega al séptimo beneficio. En efecto, fue el primero la salida con plata y oro. El segundo, que no hubiese enfermo entre ellos. El tercero, el despliegue de la nube, que resguardara, durante el día, de los rigores del sol y el fuego, que alumbrara por las noches. El cuarto, las bandadas de codornices. El quinto, el pan que bajaba del cielo, para darles hartura. El sexto, las aguas abundantes, que fluían en lugares secos. Fue el último el total cumplimiento de las promesas, es decir: darles en posesión los territorios de las gentes y mostrarse generoso, con abundantísima piedad, con respecto a los trabajos de los enemigos. En efecto, la expresión: **Las regiones de las gentes** se refiere a la posesión de la tierra; pero, aquella otra: **Los trabajos de los pueblos** parece tener que ver con las riquezas acumuladas, durante largo tiempo. Y, para que los corazones de los mortales no quedasen apegados a estas cosas materiales, les ofreció los bienes espirituales, esto es: **Que buscasen** [**359**] **y guardasen** sus mandamientos, a fin de que no pusieran la esperanza sólo en aquellas cosas que, si bien alivian temporalmente, no conducen, sin embargo, al reino de los cielos, como dice el Apóstol: *Porque si esperamos en Cristo sólo en esta vida, somos los más desgraciados de todos los hombres* (1Cor 15,19). Mas son **sus justificaciones** que amemos a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos; que honremos al padre; que queramos a los hijos y todas las demás *justicias* que, en los diversos órdenes de cosas, están mandadas. Exhorta a guardarlas[48], porque la enseñanza de estas cosas es clara y rotunda. Pero fue **ley** la obligación de descansar en el día de sábado; sacrificar en la Pascua un cordero de un año; que los sacerdotes accedieran al altar con las vestiduras sacrificales, y las demás cosas que así ordenó el Señor. Sin embargo, todas estas cosas y las que les son semejantes no han de buscarse en sentido material, sino espiritual. Por tal razón, añade: **Para que buscaran**, porque los preceptos de la *ley* son sombra y espejo de los bienes futuros.

Aleluya.
[*Alleluia*].

No tengas por algo sin importancia el hecho de que, en algunos salmos, la palabra **aleluya**

[46]TL., in textu: *urentibus* [*ed.,* arentibus].

[47]TL., *locutus est ad*; Vlg., *habuit ad.*

[48]TL., in textu: *custodire* [*ed.,* custodiri].

aparezca al comienzo y al final, mientras que, en otros, se lea sólo en el título. En efecto, éstos que concuerdan en poner tal palabra al principio y al final –según es mi parecer– se han de referir a aquel modo de entender que dijimos que está presente en los salmos que, al comienzo y al final, son señalados de manera semejante, tales como los dos inmediatamente anteriores, ciento dos y ciento tres[49]. O puede deberse también al hecho de que siempre queda grabado más expresamente aquello que se dice repitiéndolo dos veces. Por ejemplo: *No así los impíos, no así*; *sea, sea*; *en verdad, en verdad os digo*; *Abba, Padre*, pues *Abba* y *Padre* quiere decir una misma cosa. Puede ser que exista también otra razón por nosotros desconocida. No obstante, sobre este asunto nada hemos podido recabar de nuestros maestros. Y por lo que a nosotros se refiere, ninguna otra explicación más adecuada se nos ha dado considerar.

Conclusión del salmo

He aquí que se han cantado los dos *aleluyas*. Colmado de alabanza celestial, ha venido descendiendo su curso un salmo, que narrara verazmente las cosas pretéritas y despertase saludablemente en nosotros el deseo de las que están todavía por venir. Los egipcios sufrieron merecidísimos castigos; los judíos recibieron los favores del cielo. Espere ahora cada uno de nosotros la retribución de aquéllos, cuyo ejemplo es imitado. Pero contemplemos, con la luz del corazón, el grito con que concluye el salmo: *¡Aleluya!*, para que, con toda voluntad de espíritu, caminemos rectamente, conforme a las *justificaciones* del Señor y vivamos, según su *ley*. En efecto, aunque recibamos bienes temporales –como Abrahán, Isaac, Jacob y todos los demás fieles, que florecieron con riquezas abundantes–, debemos estar atentos, más bien, a aquellas otras cosas, por las que podamos ser conducidos al reino de los cielos. Y es que, en verdad, estas cosas, según las cuales, el mundo parece hacerse más deseable, no tienen cabida en la eternidad. Pero debemos recordar que este salmo es el segundo de aquéllos que –al mismo tiempo que relatan los milagros con que fueron agraciados los hebreos– proclaman los misterios futuros del pueblo cristiano. Se sirve para ello de la *alegoria*[50], esto es, de figura retórica que una cosa dice y otra significa.

[49]Obsérvese que estos dos salmos –ciento dos y ciento tres– comienzan y terminan con las mismas palabras: *Bendice, alma mía*. Pues lo mismo –dice Casiodoro – sucede con aquellos otros que, al comienzo y al final, presenta la exclamación : *¡Aleluya!.* Pero véanse las consideraciones de S. Agustín al respecto (S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, págs. 845-846). S. Jerónimo, al comienzo de su comentario al Sal 105, dice solamente: *Siempre que, en un mismo salmo, encontremos dos* aleluyas*, atengámonos a la norma siguiente: un* aleluya *pertenece al final del salmo anterior y el otro al comienzo del que sigue* (S. JERÓNIMO, *Obras Completas* I, BAC, Madrid 1999, pág.415).

[50]TL., in textu: *allegoriam* [*ms. G., et ed.,* allegoricam].

SALMO CIENTO CINCO

Aleluya.
[*Alleluia*].

He aquí que vuelven de nuevo a nosotros las alegrías del *Aleluya.* He aquí que se ordena que, con el júbilo del entero salmo, se cante al Señor. Pero observemos que, después de las cosas dichas anteriormente, no se ve que hayan cambiado ni el título ni la causa. En efecto, el título sigue siendo, *Aleluya*. La causa, la confesión, que –de manera admirable– es rica sobremanera para las alabanzas del Señor. En efecto, ¿las bocas de cuántos se han desatado a partir de aquí?. De aquí Moisés, junto con los hombres [Éx 15,1 ss.], y su hermana María, junto con las mujeres [Éx 15,20-21], celebraron con divina alabanza el paso del mar Rojo. De aquí, Débora profetizó con exultación de fiesta [Jue 5,1-25]. También muchos profetas derramaron cánticos diversos en acción de gracias por milagro tan grande. No sin razón, porque todas estas maravillas dan testimonio de los misterios de toda la redención humana. En efecto, somos arrancados del poder de Egipto, cuando –por favor divino– somos liberados de las obras del diablo. Atravesamos el mar Rojo, cuando recibimos el sacramento del bautismo. Somos apacentados en el desierto, cuando –por don de la gracia divina– somos saciados con la abundancia de las cosas de este mundo. Somos llevados a la tierra de promisión, cuando –por beneplácito de la piedad superna– entramos en aquella patria feliz, de manera que–justa y frecuentemente– sea pregonada tal causa, que es realzada por la prefiguración de maravillas tan grandes.

División del salmo

Abandonada ya la perfidia de sus padres, es introducido en actitud de alabanza el pueblo hebreo, el cual es conducido a la piedad del Señor –pues Él es piadoso–, a fin de que entendamos que, al haberse convertido, también ellos cantan justamente el cántico del *Aleluya*, en acción de gracias por su propia redención. En la primera parte, por tanto, ruega el profeta ser asociado al pueblo elegido, que había de ser congregado de entre las gentes, en virtud de la venida del Señor. En la segunda, enumera los pecados cometidos por sus padres en Egipto, al no haber contemplado con rectitud de corazón las maravillas del Señor, pero dando confirmación, no obstante, de que el Señor los libró de sus enemigos. Refiere, en la tercera, que éstos volvieron al deseo de pecar, pero dice que las súplicas de Moisés aplacaron al Señor. En la cuarta, afirma que se volvieron a repetir sus iniquidades y que el Señor habría acabado con ellos, si los ruegos de su siervo Finees no lo hubiesen aplacado. Trae a la memoria, en la quinta, aquel episodio en el que irritaron a Moisés, junto al agua de la contradicción, y dieron cruel muerte, después, a sus propios hijos, sacrificándolos a los ídolos[1]. De aquí que el Señor –encolerizado aún más– los entregase a la servitud de los gentiles. Sin embargo, apiadándose más tarde, los devolvió –gloriosos– a la vista de los enemigos. Ruega, en la sexta –pues conocía lo que estaba por venir– que la Iglesia católica sea congregada de entre todas las naciones y que celebre, con exultación eterna, las alabanzas del Señor. Recorramos ahora las diferentes partes del salmo, en conformidad con las sendas, que la

[1]Con relación a esto último, veáse el verso 35 del presente salmo.

presente división ha dejado abiertas.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Confesad al Señor, porque es bueno, porque por el siglo es su misericordia** [*Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia eius*]. Así como el salmo anterior [**360**] puso de manifiesto, en su primer verso, que aquella *confesión* se había de referir a las alabanzas del Señor, del mismo modo indica aquí que esta *confesión* se ha de aplicar a la medicina del arrepentimiento. Pero no hay duda de que también esto se refiere a las alabanzas del Señor, porque mayor gloria de piedad es perdonar al que se arrepiente que dar sostenimiento al que vive, sin causar incomodidad. Así, pues, la comunidad hebrea –arrepentida y enderezada por impulso divino– se dirige al pueblo restante, para que, condenada la maldad del antiguo extravío, vuelva a la clemencia divina. Y, a fin de que nadie sienta terror por el gran número[2] de sus culpas, añade: **Porque es bueno**. Ciertamente, pues, ¿quién dudará en acudir a Aquél de quien oye que puede venir rápidamente en su socorro?. En efecto, con razón, dice que **es bueno** el que alimenta al que delinque, el que espera al que anda extraviado, el que *hace salir su sol sobre buenos y malos, y deja caer la lluvia sobre justos e injustos*[3] (Mt 5,45). Esto mismo proclama también la voz de Aquél, que es la Verdad: *Nadie es bueno, sino el único Dios* (Mc 10,18). Añade: **Porque por el siglo es su misericordia**. Escuchado el buen Señor y a fin de que la negligencia humana no se sustrajera de la súplica diligente y solícita, dice cuál es el remedio: que, por el favor del Señor, se dé prisa en acudir a una inmediata confesión. La expresión: **Por el siglo** significa aquí el decurso de esta vida, que es donde todos los que delinquen están necesitados de compasión, donde es voluntad divina que se conviertan nuestros corazones y pidan misericordia. En efecto, condenación es confesar el pecado, allí donde ya ha llegado el juicio.

Verso 2.– **¿Quién contará los poderes del Señor, hará que sean escuchadas todas sus alabanzas?** [*Quis loquetur potentias domini, auditas faciet omnes laudes eius?*]. Este pueblo del que hemos hablado, lleno del reconocimiento de las obras divinas, niega que la inteligencia del hombre pueda asir todo cuanto sobre aquella plenísima[4] Majestad debe narrar. El pronombre interrogativo **quién** significa aquí *nadie*. En efecto, ¿quién tiene suficiente ingenio para pensar o lengua para expresar que tan gran inmensidad pueda ser narrada por la boca de uno solo?. Con razón, se ha de decir: No yo, aunque cien lenguas tuviera y bocas también cien, aunque de hierro fuese mi voz. Añade: **¿Hará que sean escuchadas todas sus alabanzas?**. También aquí se ha de sobreentender el nombre interrogativo *quién*, para que así el sentido de la frase nos aparezca completo. Pero, con elegante cambio de forma, dice: *¿Quién hará que sean escuchadas todas sus alabanzas?*. En efecto, se pueden escuchar aquellas cosas que pueden también decirse. Esta clase de locuciones ha de incluirse igualmente entre las expresiones propias de las sagradas Letras.

Verso 3.– **Dichosos los que custodian el juicio, y hacen la justicia en todo tiempo** [*Beati qui custodiunt iudicium et faciunt iustitiam in omni tempore*]. Tras haber afirmado que las alabanzas del Señor no pueden ser abarcadas, a fin de que el género humano halle consuelo, dice –a modo de sentencia– que, si bien no está en sus capacidades realizar tal cosa, se esfuerce, por

[2]TL., in textu: *numerositatibus* [*ed.,* numerositate].

[3]TL., in textu: *iniustos* [*ms. G. et ed.,* impios].

[4]TL., in textu: *plenissime* [*ms. A.,B.,F.,* plenissima].

lo menos, en *custodiar el juicio y hacer la justicia*. En efecto, **custodia el juicio** el que juzga rectamente en medio de los demás. **Hace la justicia** el que obra con equidad. O llama **dichosos**, tal vez, a aquéllos que *custodian el juicio* en la fe, pero muestran la *justicia* con las obras. Pero fíjate en lo que añade: **En todo tiempo**, como dice el Evangelio: *El que perseverare hasta el final, se salvará* (Mt 24,13). Con razón, pues, son llamados *dichosos* aquéllos que, con puro corazón, guardan los preceptos del Señor. Ésta es la tercera forma de definición, que los griegos llaman *peotes* y los latinos, *qualitativa*, según la cual, diciendo qué es cual, muestra qué es.

Verso 4.– **Acuérdate de nosotros**[5]**, Señor, en beneplácito de tu pueblo; visítanos con tu salvador** [*Memento nostri, Domine, in beneplacito populi tui; visita nos in salutari tuo*]. Oran los fieles, para que sean contados entre los que, por la fidelidad de sus obras, fueron del agrado del Señor. Sabemos, en efecto, que el pueblo israelita fue –en parte– contumaz y que –en parte– se mantuvo fiel a los mandatos del Señor. De ahí que estos últimos supliquen humildemente formar parte de la asamblea de aquéllos a los que la gracia divina puede concederles la felicidad eterna. Y, para que su fe sea reconocida como totalmente perfecta, piden **ser visitados** por el Señor Salvador, por cuya venida tenían la certeza de que serían salvados. En efecto, éste es el **salvador** del que el bienaventurado Simeón dice: *Ahora, Señor, según tu palabra, despide*[6] *a tu siervo en paz, porque mis ojos han visto tu salvación, que has preparado en presencia de todos los pueblos, luz para revelación de las gentes y gloria de tu pueblo, Israel* (Lc 2,29-31).

Verso 5.– **Para que yo vea en la bondad de tus elegidos, para que me alegre en la alegría de tu gente, de manera que seas alabado junto con tu heredad** [*Ad videndum in bonitate electorum tuorum, ad laetandum in laetitia gentis tuae, ut lauderis cum haereditate tua*]. Esto es lo que pretendían obtener de la visita del Señor Salvador: ver su **bondad**, bondad que, en virtud de su venida, habría de mostrar para con sus **elegidos**, de suerte que se gozaran, junto con el pueblo cristiano, los que se **habían de alegrar**[7], a causa de su encarnación. En efecto, ella –la heredad– es la **gente** del Señor, que es reunida de la diversidad de los gentiles, para formar un solo rebaño con un solo pastor [Jn 10,16]. Sigue ahora el fruto dulcísimo de estas cosas: que el Señor **sea alabado junto con** su **heredad**. Ambas cosas, en efecto, deben ir unidas, porque no hay duda de que, en la alabanza del Señor, también es alabado su fiel servidor[8], como dice el salmo anterior: *Alabaos en su santo nombre* [Sal 104,3]. Por lo cual, este servidor fiel con tanto más deseo corría por llegar a la presencia del Señor cuanto con más caridad se mezclaba con el pueblo cristiano, de forma que es contrario a la voluntad divina considerar que no fue contemplado en espíritu Aquél, que con tan gran complacencia fue deseado, como Él mismo dice en el Evangelio: *Abrahán deseó ver mi día; lo vio y se alegró* (Jn 8,56).

Verso 6.– **Hemos pecado junto con nuestros padres; hemos procedido injustamente; hemos obrado la iniquidad** [*Peccavimus cum patribus nostris; iniuste egimus, iniquitatem fecimus*]. Llega a la segunda parte, donde el pueblo antes dicho se prosterna en humilde acto de

[5]En hebreo, los pronombres están expresados en singular: *acuérdate de mí, visítame, para que yo vea, para que yo me alegre*, hasta llegar a *hemos pecado*.

[6]TL., in textu: *dimittis* [*ed.,* dimitte].

[7]TL., in textu: *erat laetaturus* [*ed.,* erant laetaturi].

[8]TL., in textu: *famulus* [*ed.,* populus]. Este *servidor fiel* es aquella parte del pueblo judío que mantuvo la fidelidad a los mandatos del Señor.

penitencia, para hacer manifiesta, de manera expresa, aquella confesión, al comienzo del salmo anunciada. Dice, pues, que **pecaron junto con los padres**, porque en sus lomos y origen fueron formados. En efecto, comoquiera que estuviese ya muy lejos el tiempo aquel en que sus padres –estando en Egipto– acogieron sólo materialmente los milagros realizados, sin corresponder al Señor con satisfacción alguna, y comoquiera que el actual momento es posterior, con mucho, a aquel otro tiempo en que es cantada la sucesión de cosas del presente salmo, no cabe duda de que éstos se lamentan por aquellos pecados, cuyo peso soportan, a consecuencia de la maldad de sus padres. No acepta esto la herejía pelagiana, en cuanto que considera que el pecado original no pudo llegar en modo algo a la descendencia de Adán. En verdad, *pecan junto con sus mayores* los que no se liberan, por la gracia del Señor, de los pecados que aquellos padres cometieron. El Padre Agustín, con muy diligente examen de los libros, ha dejado esto plenamente demostrado (*Lib. I contra Iulianum*[9]). Pero ahora, cuando –por la inspiración del Señor– el corazón arrepentido volvió en sí, con razón deseaba ser lavado de los pecados paternos aquél que había comenzado a liberarse de los lazos que lo mantenían atado a ellos. Y, para mostrar la firmeza de la más sincera confesión, confirma estas cosas con una triple repetición. Dice: **Hemos pecado**; **hemos procedido injustamente**; **hemos obrado la iniquidad**. En efecto, con tanta más prontitud queda cada cual absuelto cuanto con más ardor se condena a sí mismo. Esta figura retórica es conocida en griego con el nombre de *schesis onomaton*, es decir, una sucesión de nombres unidos, mediante diversas palabras, significándose un mismo pensamiento. Existe también – según hemos recibido– otra explicación respecto de este lugar, que es la siguiente: *Peca junto con sus mayores* el que no [**361**] se aleja de los pecados semejantes a los de ellos, sino que hace las mismas cosas que hicieron sus mayores, de tal modo que la culpa del reato de origen no puede ser alejada de los descendientes, si no es por medio de la gracia del Señor[10].

Verso 7.– **Nuestros padres en Egipto no entendieron tus maravillas, y no se acordaron de la multitud de tu misericordia, y fueron motivo de irritación los que subían al mar Rojo** [*Patres nostri in Aeqgypto non intellexerunt mirabilia tua, et non*[11] *fuerunt memores multitudinis misericordiae tuae, et irritaverunt ascendentes in Rubrum mare*[12]]. Dos son los beneficios dados, que recuerda aquí: el *entendimiento* y la *memoria*. Afirma que ninguna de estas dos facultades estuvieran presentes en los malvados. Con adecuadísimas palabras afirma: **No entendieron**. En efecto, veían que se les daba, pero cuál fuera la causa de ello, eso no lo conocían. Los egipcios fueron heridos con diez plagas, para que el pueblo fiel se pusiera al servicio del futuro Decálogo de los hebreos. El Faraón dejó que partieran de Egipto, para que abandonaran al diablo, junto con sus servidores. Pero ellos, viendo los hechos acontecidos sólo materialmente, en ningún modo buscaron los dones de la gracia espiritual. **No se acordaron de la multitud de la misericordia** del Señor, cuando, al ver el ejército del Faraón, antes de que se dividieran las aguas del mar Rojo, creían haber perdido el socorro de la huida, y dijeron contra Moisés que seguir sometidos al duro yugo de la servitud habría sido mejor que el pueblo entero pereciese en el desierto [Éx 14,12]. Tras estas cosas, fue del todo natural que **irritaran** al Señor **los que subían al mar Rojo**, al no

[9]AUG., *Contra Iulianum. Liber I, caput V* (PL 44, 653 ss.).

[10]No aclara el autor la fuente de esta doctrina que dice haber recibido. La cuestión estaría en distinguir aquí si el *reatus originalis*, que –según dice– no puede ser alejado de los que vienen detrás de sus mayores, es el mismo que el *peccatum originale* contraído por la culpa de Adán. Lo segundo es doctrina de la Iglesia católica. Lo primero deberá ser discutido con más tiempo y datos.

[11]TL., *et non*; Vlg., *non.*

[12]TL., *ascendentes in Rubrum mare*; Vlg., *ascendentes in mare, mare Rubrum.*

dar crédito a la realización de todo cuanto su omnipotencia prometía. Fue así que ni entendieron el poder del Señor ni, con espíritu fiel, retuvieron sus beneficios. Y perfectamente dice: **Y fueron motivo de irritación**, como si a Aquél que –por su misma naturaleza– es quieto y apacible lo volvieran hostil e iracundo contra ellos. **Los que subían al mar Rojo**, expresión que debe entenderse, conforme al lugar geográfico, en cuanto que el país de Egipto se presenta a la vista en una posición más baja que las demás regiones, de tal modo que los que salen de él parecen como si se dirigieran a lugares más altos.

Verso 8.– **Y los liberó a causa de su nombre, para dar a conocer su poder** [*Et liberavit*[13] *eos propter nomen suum, ut notam faceret potentiam suam*]. Al decir: **A causa de su nombre**, considero que se refiere al Señor Salvador, a cuyo **nombre** se presta bien el hecho de salvar a los que están en peligro. En efecto, cuando Dios libera a los pecadores no lo hace en razón de los méritos de éstos, sino para manifestar el poder de su nombre, de manera que su piedad aparezca aún más evidente, si concede beneficios abundantes a quienes en modo alguno los merecen. En efecto, cuando dice: **Para dar a conocer su poder**, no está refiriéndose, ciertamente, a los que ven con los ojos de la carne, sino a los que ven con entendimiento espiritual. Pues, si todos hubiesen conocido su poder, nunca habría pecado el pueblo, endurecido por la incredulidad.

Verso 9.– **E increpó al mar Rojo, y se secó; y los condujo por en medio de las aguas abundantes, como por un desierto** [*Et increpavit*[14] *mare Rubrum, et exsiccatum est; et deduxit eos in aquis multis*[15] *sicut in deserto*]. Ha llamado **increpación** al mandato oculto de la Divinidad, porque en ningún lugar del libro del Éxodo leemos que el *mar fue increpado* por la voz del Señor. En efecto, Él realiza, por medio de mociones ocultas, todas las cosas que tiene previstas y a las que no están dotadas del sentido del oído les habla como si escucharan. Efectivamente, tan grande es el poder de su mandato que hace que obedezcan incluso aquellas cosas que no saben qué es oír. La expresión: **Y secó** no debemos entenderla en el sentido de que el mar se secó en su totalidad, sino sólo en cuanto que les abrió camino. En efecto, mayor milagro fue que las aguas de las olas se mantuviesen en alto –a modo de dos murallas, una frente a otra– y las corrientes de agua dejasen de fluir, permaneciendo quietas con la firmeza propia de los montes. Sigue: **Y los condujo por en medio de las aguas abundantes como por un desierto**. Y de este modo, los hebreos fueron conducidos por en medio del abismo, como por lugares desiertos, que se secan, a causa de la extremada escasez de agua, mostrando que aquella vía de corrientes de agua llegó a secarse hasta el punto de convertirse en un camino polvoriento.

Verso 10.– **Y los libró de la mano de los que los odiaban, y los rescató de la mano de los enemigos** [*Et liberavit*[16] *eos de manu odientium, et redemit eos de manu inimicorum*]. Aunque hubiese sido ya un gran beneficio el hecho de **liberarlos** de un poder ajeno, acrecentó, no obstante, la magnitud del favor divino, diciendo: **De la mano de los que los odiaban**. No podían perdonar, ciertamente, a los que con fiereza atacaban. Sentían un odio grande contra aquéllos, a causa de los cuales habían tenido que soportar tan grandes plagas y ser privados de sus bienes. Sin embargo, también puede entenderse esto con referencia a la turba conjurada de los demonios, que odia al

[13]TL., *liberavit*; Vlg., *salvavit.*

[14]TL., *increpavit*; Vlg., *increpuit.*

[15]TL., *in aquis multis*; Vlg., *in abyssis.*

[16]TL., *liberavit*; Vlg., *salvavit.*

género humano y lo persigue, mediante el fómite de los pecados. Sigue: **Y los rescató de la mano de los enemigos**. Caso de que quisieras entender esta frase en sentido literal, no parece que se le podría encontrar una explicación de acuerdo con los hechos históricos. En efecto, por dejar libres a los hebreos, los egipcios no recibieron a cambio rescate alguno. Al contrario, debido a su contumacia, el Señor duplicó contra ellos la dureza de las plagas. Pero creamos que, por el espíritu profético, esto se refiere a los tiempos cristianos, tiempos en que el Señor Salvador rescata a los pecadores, sujetos al imperio del diablo, a cambio del derramamiento de su preciosa sangre.

Verso 11.– **Y cubrió el agua a los que los atribulaban: ni uno de ellos permaneció** [*Et operuit aqua tribulantes eos: unus ex eis non permansit*]. Esto sí puede entenderse literalmente, sin necesidad de discusión alguna, pues el relato que ofrece el libro del Éxodo es bien conocido. No obstante, la expresión: **Ni uno de ellos permaneció** no se refiere a la totalidad del pueblo egipcio, sino sólo a la turba de los perseguidores, que fue aniquilada allí, sin que quedara vivo ni siquiera uno [Éx 14,28]. En efecto, del pueblo egipcio habían permanecido los que se alegraron de su marcha, como en el salmo anterior se dijo: *Se alegró Egipto de su partida* (Sal 104,38). Pero ellos no estuvieron, ciertamente, en circunstancias semejantes.

Verso 12.– **Y creyeron en sus palabras, y cantaron sus alabanzas** [*Et crediderunt in verbis suis, et cantaverunt laudes eius*]. Después de tal milagro, al decir: **Creyeron**, muestra la dureza de corazón, porque no quisieron creer antes de acontecer el hecho, sino después de realizado el milagro. En efecto, aunque sea bueno asentir, una vez vistas las cosas, mejor es haber creído en las que han sido prometidas, como el Resucitado dice a Tomás, según se lee en el Evangelio: *Porque has visto has creído. Dichosos los que no vieron y creyeron* (Jn 20,29). Pero lo que sigue: **Y cantaron sus alabanzas** hace referencia al himno del libro de Éxodo, que comienza así: *Cantemos al Señor, pues fue honrado gloriosamente* (Éx 15,1), y todo lo demás que, una vez realizado el milagro, con gran júbilo cantó el pueblo hebreo, como quedó dicho en la explicación del título del presente salmo.

Verso 13.– **Se dieron prisa**[17]**, y se olvidaron de sus obras; no aguardaron su consejo** [*Cito fecerunt, et obliti sunt operum eius; non sustinerunt consilium eius*]. Llega a la tercera parte. **Se dieron prisa**. Como queriendo decir que cambiaron con gran celeridad, de tal forma que quienes, a la vista de los milagros recibidos, cantaban las alabanzas del Señor, un instante después murmuraban contra Él del modo más vergonzoso. Continúa: **No aguardaron su consejo**. No lo aguardaron, ciertamente, cuando dieron rienda suelta a la desesperación, antes de que llegasen los favores que les estaban preparados. En efecto, el Señor, que los había liberado con tales y tan grandes milagros, no había consentido que padecieran escasez alguna de bienes alimenticios. Pero se anticiparon al proyecto divino los que no quisieron esperar lo que estaba dispuesto, según es costumbre de la fragilidad humana, la cual, cuando con gran impaciencia piensa en proveerse a sí misma, se anticipa incautamente a la disposición divina.

Verso 14.– **Y desearon ardientemente ardientes deseos en el desierto, y tentaron a Dios en la sequedad** [*Et concupierunt concupiscentias in deserto, et tentaverunt Deum in*

[17]Hebr., מִהֲרוּ שָׁכְחוּ [*pronto se olvidaron*]. Se trata de un hebraísmo que los LXX traducen por ἐτάχυναν ἐπελάθοντο [*se apresuraron en olvidar*]. De ahí la Vlg.

siccitate[18]]. Éste era el consejo que, en ningún modo, aguardaron: reclamar con desconfianza comida en el desierto y exigir, en medio de murmuraciones, que allí se les diese agua [**362**]. Esta figura retórica recibe el nombre de *cacozelon*, en latín, *mala affectatio*, es decir, un deseo inmoderado, cuantas veces el ingenio carece de juicio y la excesiva rapidez es inducida a error con la esperanza de un bien. **Y desearon ardientemente ardientes deseos**. Es éste un modo de expresión frecuentísimo en las divinas Escrituras. Véanse algunos ejemplos: *con deseo he deseado comer con vosotros la pascua* (Lc 22,15); *el que maldijere al padre o a la madre, con muerte morirá* (Éx 21,17); *castigando me castigó el Señor* (Sal 117,18), y otros lugares semejantes[19]. La repetición de las mismas palabras es manifestación, en efecto, de la superabundancia del deseo.

Verso 15.– **Y les concedió sus peticiones; y envió la saciedad a sus almas**[20] [*Et dedit eis petitiones*[21] *ipsorum; et misit saturitatem in animas eorum*]. Los que pidieron cosas temporales, con razón, recibieron dones materiales. En efecto, de dos modos decimos que el alma es saciada. El primero es cuando, debido a la debilidad de carne, se restablece con alimentos corporales. El segundo, cuando se siente llena de alegría espiritual. Pero dice aquí que **sus almas** se hartaron de carne y agua, para que la misma voluntad, que, debido a la desesperación había pecado, quedase vencida por realidades que la elevan.

Verso 16.– **E irritaron a Moisés en los campamentos, y a Aarón, el santo del Señor** [*Et irritaverunt Moysen in castris, et Aaron*[22] *sanctum Domini*]. A la saciedad del vientre le siguió la sedición que, por lo general, saca fuera las causas de donde provienen los peligros más nocivos. Decimos que **es irritado** aquél que es provocado a la ira, bien por actos ajenos merecedores de reproche de reprobación, bien por palabras de extremada mordacidad. Se refiere aquí a aquel episodio en que Datán y Abirón se enorgullecían, alzándose contra Moisés y Aarón [Núm 16,1-3; 26,9]. Y de ahí les vino el castigo, porque, para su propia muerte, **irritaron** a los dos santos varones, pues habían hablado movidos por la envidia, hecho éste que disgustó al Señor. También esto aparece convenientemente entre las alabanzas divinas, porque pone de manifiesto que el Señor tomó venganza en favor de sus siervos.

Verso 17.– **Se abrió la tierra y se tragó a Datán, y se cerró sobre la comunidad de Abirón** [*Aperta est terra et deglutivit Dathan, et operuit super congregationem Abiron*]. Como el libro de los Números atestigua (Núm 16,31-32), resulta claro que estas cosas cayeron sobre aquéllos que, con los dientes envenenados de envidia, ambicionaban la gracia superior dada a Aarón y a Moisés, en modo de arrogarse, sin merecimiento alguno, el honor que la misericordia

---

[18]TL., *in siccitate*; Vlg., *in inaquoso.*

[19]Se trata de un hebraísmo muy frecuente. Ya se ha dicho que este tipo de expresiones puede muy bien ser traducido al español con la ayuda de algún adverbio o alguna locución adverbial, tales como *ciertamente, sin duda*... Por ejemplo, expresiones españolas muy frecuentes, tales como *comer comeremos*, *reír reiremos*... significan que *ciertamente comeremos*, *ciertamente reiremos...,* pero siempre sobreabundando en la acción de que se trate. Véase Sal 39,1.

[20]Hebr., וַיְשַׁלַּח רָזוֹן בְּנַפְשָׁם [*y envió flaqueza a sus almas*]. La palabra hebrea רָזוֹן [*rāzōn*] es de significado dudoso. F. ZORELL conjetura que se debe leer זָרָא o [*zārā*] o זָרוֹן [*zārōn*], es decir, *asco*, *náusea*. Y el sentido sería el siguiente: *Quitó el Señor su virtud y negó su bendición a aquella comida; y así, en lugar de nutrirse, enflaquecían* (F. SCIO, *o.c.*, pág. 180, nota 15). Los LXX traducen por καὶ ἐξαπέστειλεν πλησμονὴν εἰς τὰς ψυχὰς αὐτῶν [*y envió saciedad a sus almas*], de donde la Vlg.

[21]TL., in textu: *petitiones* [*mss. A.,B.,* petitionem]; Vlg., *petitionem*.

[22]TL., *et Aaron*; Vlg. *Aaron.*

del Señor había concedido a los dos antes mencionados. Un mismo final les sobrevino a ambos, lo mismo que una sola fue la causa de la rebelión. Dice: **Fueron tragados por la tierra**, a fin de que –pues quisieron gustar el sabor de las cosas terrenas– el mismo carácter de la pena fuese testigo de sus hechos criminales.

Verso 18.– **Y ardió el fuego en la sinagoga de ellos, y la llama abrasó a los pecadores** [*Et exarsit ignis in synagoga eorum, et flamma combussit peccatores*]. Esto sucedió a los doscientos cincuenta compañeros de Datán y Abirón, que infelizmente secundaron sus deseos, es decir, que estuvieron orgullosos de poseer incensarios, como el libro de los Números relata (Núm 16,35). Ahora bien, la palabra **sinagoga** no significa aquí el templo, sino el grupo de personas que fue consumida por el **fuego** divino, hasta tal punto que a los que habían pecado, por causa de la presunción del incienso, la llama del cielo los dejase reducidos a cenizas. En efecto, por tal motivo ha añadido aquí el complemento nominal **de ellos**: para que adviertas que dicho grupo había sido separado del pueblo de Dios. Por su parte, la **llama** es llamada así por el flagelo[23] de sus cabellos.

Verso 19.– **E hicieron un becerro en Horeb, y adoraron la escultura**[24] [*Et fecerunt vitulum in Horeb*[25]*, et adoraverunt sculptile*]. También esto viene explicado en el conocidísimo relato histórico, cuando, de manera inaudita, al no soportar más los judíos la tardanza de Moisés, en Horeb –un monte del desierto–, se fabricaron un dios de metal. Mas, ¡cuánto menos que bestias eran aquéllos que no se paraban a considerar que ni siquiera a un animal vivo se le puede adorar, sin que sus ritos provoquen risotadas!. La palabra **Horeb** se traduce por *calavera*[26], allí donde, mucho tiempo después, en el patíbulo de la cruz murió el Señor, según la carne, a fin de poner de manifiesto que en aquel lejano tiempo, la maldad de los hombres –cuya descendencia había de crucificar a Cristo el Señor, en el lugar llamado *Calvario*– en un mismo e idéntico nombre y en aquel desierto Horeb ya había ultrajado el culto del Señor. Pienso que también se ha de prestar atención a las palabras **y adoraron la escultura**, porque leemos en el Éxodo que el becerro de fundición, una vez recibidas las joyas, fue formado a modo de signo monstruoso[27]. Pero hemos de quedarnos con las dos cosas dichas aquí, esto es: que en el desierto adoraron el becerro y que, después, dieron culto a los simulacros en la tierra prometida. Ambos hechos van a ser explicados a continuación.

Verso 20.– **Y cambiaron su gloria por una semejanza de becerro que come heno** [*Et mutaverunt gloriam suam in similitudinem vituli manducantis*[28] *fenum*]. Su **gloria** fue adorar a la

[23]La relación se establece entre *flamma* y *flagellum*. Las llamas, al agitarse, parecen como cabellos que se asemejan a las correas de los flagelos, cuando también se agitan.

[24]Hebr., וַיִּשְׁתַּחֲווּ לְמַסֵּכָה [*y se encorvaron ante una imagen de fundición*]. Los LXX : καὶ προσεκύνησαν τῷ γλυπτῷ [*y se postraron ante la estatua*].

[25]TL., in textu: *Horeb* [*mss.,* Coreb]. Vlg., *Choreb.*

[26]Pero *Horeb* no parece significar *calavera*. Dice S. Jerónimo: Oreb*, ardor sive siccitas, aut corvus, vel solitudo* (HIER., *Liber de nominibus hebraicis* [PL 23, 833]). Pero dice también S. Jerónimo: Choreb, *mons Dei in regione Madiam, iuxta monte Sina super Arabiam in deserto, cui iungitur mons et desertum Saracenorum, quod vocatur Pharan. Mihi autem videtur, quod duplici nomine idem mons, nunc Sinai, nunc Choreb vocetur* (HIER., *Liber de situ est nominibus locurum hebraicorum* [PL 23, 935])*.*

[27]Se hace referencia aquí a aquella respuesta de Aarón a Moisés, diciéndole: *Yo les contesté. 'El que tenga oro despréndase'. Ellos se lo quitaron y me lo dieron; yo lo eché al fuego y salió este becerro* (Éx 22,34).

[28]TL., *manducantis*; Vlg., *comedentis.*

Divinidad. Pero, habiéndola perdido por trueque tan infeliz, se hicieron merecedores de llegar a lo siguiente: a tener como dios la imagen de un **becerro, que come heno**, por haber abandonado al Creador del cielo y de la tierra. ¡Oh delito abominable, el hecho de dejarse engañar de este modo quienes fueron agraciados con tan gran cúmulo de milagros!. ¿Cuál fue la impiedad: asemejar a Dios un animal mudo, hecho que habría sido sacrílego incluso si la comparación hubiesen sido los hombres?. Pero es la impaciencia de los hombres –presurosos sobremanera– la causante de todo esto, la impaciencia que siempre conduce al pecado y precipita a la destrucción. En efecto, si con seriedad examinas la causa de alguna cosa, ningún crimen hay que no nazca de la madre impaciencia. Pero contra esto está aquel remedio, aquel seguro e infalible socorro: *Esperando esperé en el Señor, y me miró* (Sal 39,2).

Verso 21.– **Se olvidaron de Dios, que los salvó, que hizo obras grandes en Egipto, maravillas en la tierra de Cam, cosas terribles en el mar Rojo** [*Obliti sunt Deum, qui salvavit eos, qui fecit magnalia in Aegypto, mirabilia in terra Cham*[29]*, terribilia in mari Rubro*]. Crece sobre los judíos la gran desgracia del olvido, esto es: que, en quienes no pudieron guardar en la memoria el recuerdo de su propia liberación, tal beneficio hubiese permanecido –al menos– guardado en el espíritu. Y, con el fin de que no se considerara como algo insignificante lo que quedaba excluido del espíritu, dice: **Obras grandes**, obras que, si, por la perversión de su espíritu, no podían conservarlas en calidad de beneficios recibidos, en razón de la magnitud de los hechos, sí las debieron retener en la memoria. Añade asimismo: **Maravillas**. Obras maravillosas, que –aun estando ellos sujetos a cambio– de ningún modo y bajo excusa alguna, habrían debido alejar de su espíritu. Llegó al colmo, finalmente, cuando añade: **Cosas terribles**. Sucesos terribles, que suelen arraigarse con más fuerza en el espíritu de los hombres y cuyo recuerdo –en tanto que el terror vuelve una y otra vez– no se borra de la memoria. Pero, qué grado de estupidez, qué grado de demencia se acusa aquí: que, entre portentos tan grandes, se rechazasen precisamente aquéllos que había realizado tan gran Autor. Y observa cuántas cosas ha venido acumulando en la sucesión de cada una de las anteriores sentencias. Esta figura retórica se llama *auxesis*, es decir, aumento que va elevándose progresivamente a cosas más altas. Esto vale tanto para las alabanzas como para los vituperios.

Verso 22.– **Y habló de destruirlos, si Moisés, su elegido, no se hubiese puesto en pie en la brecha ante él, en modo de alejar su ira, para que no los destruyera** [*Et dixit ut disperderet eos, si non Moyses electus eius stetisset in confractione in conspectu eius, ut averteret iram eius, ne disperderet eos*]. El libro del Éxodo relata todas estas cosas en el episodio aquel en que el Señor habló a Moisés, para que lo dejase consumir con su ira al pueblo que tan gravemente había pecado [Éx 32,10]. Pero en aquella **brecha**, es decir, en aquella voluntad de perdición, Moisés se puso en pie ante al Señor, diciendo: *Si les perdonas el pecado, perdona; pero si no, bórrame de tu libro* (Éx 32,31). ¡Oh santo varón y muy digno de toda alabanza! Cuando, desde el monte Sinaí, bajó a donde estaban los campamentos y vio al pueblo, regocijándose con abominables gesticulaciones ante el simulacro, lleno de ira contra ellos, rompió las tablas [Éx 32,19] y ordenó que fueran muertos a espada algunos pocos [Éx 32,27-28]. Pero, cuando la amenaza del desastre tomaba ya un carácter general, ruega que se acabe, más bien, con su vida, para evitar así la muerte del pueblo entero [**363**]. Ambas cosas piadosas, ambas gloriosas: que dignamente hablara con la divina clemencia aquél que siempre deseó dar cumplimiento a todo cuanto el Señor había establecido. Se muestra también, al

[29]TL., in textu; *Cham* [*ms. G. et ed.*, Chanaam].

mismo tiempo, aquella virtud por la que –gracias a los ruegos de los santos– evitamos las penas de una muerte merecida. No porque alguien pueda cambiar las disposiciones del Señor, sino que las cosas suceden tal como Él las tiene previstas.

Verso 23.– **Y por nada tuvieron la tierra deseable; no creyeron en su palabra** [*Et pro nihilo habuerunt terram desiderabilem; non crediderunt in verbo eius*[30]]. Llega a la cuarta parte, en la que dice que los judíos no retuvieron en el espíritu las futuras promesas ni tampoco los milagros realizados. Por tal razón les parecían que eran nada: porque entendían siempre en sentido material las cosas que veían y escuchaban. En efecto, el deseo corporal –una vez satisfecho– rápidamente es desdeñado. Pero, para los que entendiesen bien, observa cuán grande sería la **tierra** hasta el punto de llamarla **deseable**. Mas ellos **en nada la tuvieron**, porque nada espiritual experimentaron en ella. Sigue: **No creyeron en su palabra**. Se refiere al Hijo, en quien la plebe impía no creía. O esto puede entenderse también adecuadamente en sentido literal. Murmuraron, en efecto, porque en modo alguno quisieron creer en sus promesas. En efecto, su maldad hace que muchas cosas se entiendan con referencia a ellos mismos, pero el delito se encuentra por todas partes .

Verso 24.– **Y murmuraron en sus tabernáculos; no escucharon la voz del Señor** [*Et murmuraverunt in tabernaculis suis; non exaudierunt vocem Domini*]. En tanto que **murmuraban**, **no escucharon la voz del Señor**. En efecto, por lo general, esto suele sucederles a quienes, por estar ocupados, oyendo unas voces, no pueden escuchar las demás. Y date cuenta de que, en el uso común de esta palabra, la *escucha* se aplica sólo a los que suplican, no a los que están situados en alto. De donde, puesto que aquí dice que el Señor no fue escuchado, ésta se ha de consignar razonablemente entre las locuciones propias de la Escritura divina. Añade: **En sus tabernáculos**, para hacer notar que esto no sucede a los que trabajan, sino a los que están ociosos. En efecto, más crece la maldad del delito, cuando murmuran los que están ociosos.

Verso 25.– **Y elevó su mano sobre ellos, para dejarlos postrados en el desierto** [*Et elevavit manum suam super eos, ut prosterneret eos in deserto*].

Verso 26.– **Y para arrojar su descendencia entre las naciones, y dispersarlos entre las regiones** [*Et ut deiiceret semen eorum in nationibus, et dispergeret eos in regionibus*]. Se pone aquí, por delante, la justicia del Señor, a fin de que se perciba con mayor gloria la piedad que le sigue. Dice, pues, que el poder del Señor se levantó, para castigar a los que se elevaron y **dejar postrados en el desierto** a los que no quisieron escuchar sus preceptos. Añade, después: **Y para arrojar su descendencia entre las naciones**, esto es, a los que quedaron de aquéllos que, en otro tiempo, vivieron gloriosos en medio de todas las gentes. Finalmente: **Para dispersar entre las regiones** a los abatidos y despreciados, de tal modo que, en adelante, ningún motivo de orgullo tuvieran respecto de su propia comunidad.

Verso 27.– **Y se consagraron a Baal Peor, y comieron los sacrificios de los muertos** [*Et consecrati sunt*[31] *Beelphegor, et manducaverunt sacrificia mortuorum*].

Verso 28.– **Y lo irritaron en sus deseos, y se multiplicó en ellos la ruina** [*Et irritaverunt eum in studiis suis*[32]*, et multiplicata est in eis ruina*]. Se añaden, en estos dos versos, un exceso aún

[30]TL., *non crediderunt in verbo eius*; Vlg., *non crediderunt verbo eius.*

[31]TL., *Et consecrati sunt;* Vlg., *Et initiati sunt.*

[32]TL., *in studiis suis*; Vlg., *in adinventionibus*.

mayor y una ira más vehemente, en modo de hacer ver que no habían sacrificado sólo durante un tiempo, sino también que incluso ellos mismos **se habían consagrado a Baal Peor**, el ídolo de las gentes. En efecto, hasta tal punto se habían pasado así a los cultos y ritos de los demonios, que ya no eran siervos del Señor, sino de los demonios. Pero muy bien ha dicho: **Sacrificios de los muertos**, porque sabido es que ese culto es el que se ofrece a hombres difuntos, que los gentiles consideraban que eran dioses inmortales. Pero observa con atención lo que sigue, pues dice que **la ruina se había multiplicado** sobre aquéllos que, por la intercesión de su santo, Él había decidido perdonar. En efecto, aquello que, a causa del gran número de pecados, era de obligado cumplimiento dice que **se multiplicó**. Se multiplicó, ciertamente, a fin de que fuese aún más grande la clemencia en favor de los que, con mayor abundancia, habían ensanchado la ofensa.

Verso 29.– **Se puso en pie Pinjás y oró**[33]**, y cesó el quebrantamiento** [*Stetit*[34] *Phinees et exoravit, et cessavit quassatio*].

Verso 30.– **Y le fue imputado como justicia, en generación y generación hasta el siglo** [*Et reputatum est illi*[35] *ad iustitiam, in generationem et generationem usque in saeculum*[36]]. **Se puso en pie**. El mismo verbo indica ya la firmeza de espíritu: atreverse a asumir, en aquella perturbación general, la confianza propia del suplicante. En efecto, aun cuando se lee (Núm 25,7-8) que con una lanza atravesó a un judío que, contra la prohibición del Señor, se había mezclado con una mujer madianita, sin embargo, puesto que hizo esto movido por el celo divino, el hecho en sí fue más una oración que una acción. Y es que todo aquél que se ocupa en hacer obras buenas, está orando. No fue su homicidio causa de horror, porque vengó la mancha del adulterio. De hecho, después de derramar la sangre, quedó inocente de tal modo que mereció incluso ser laudado por la voz de su mismo Juez [Núm 25,11-13].

Verso 31.– **Y lo irritaron junto a las aguas de la contradicción**[37]**, y fue castigado Moisés por causa de ellos, porque exacerbaron su espíritu. Y hubo división en los labios** [*Et irritaverunt eum ad aquas contradictionis, et vexatus est Moyses propter eos, quia exacerbaverunt spiritum eius. Et distinxit in labiis suis*]. Llega a la quinta parte, donde viene narrada aquella ofensa por la que –tras la manifestación de tan grandes milagros– pedían agua con impías murmuraciones, agua exigida de tal modo que más bien parecía **contradicción** que no súplica. En efecto, como se lee en el libro de los Números, allí Moisés, lleno de furor por la insolencia tan enorme del pueblo judío, lanzó un grito, diciendo con desconfianza: *Escuchadme, rebeldes e incrédulos: ¿acaso de esta piedra podríamos sacar agua para vosotros?* (Núm 20,10). Diciendo estas palabras, también pecó aquél que, habiendo contemplado anteriormente tantos milagros, no creyó que el Señor podría seguir haciendo las cosas que ya hizo. Al hablar así, **hubo división en sus labios** y se alejó Moisés de su firmeza anterior, porque expresó con ambigüedad lo que debía haber asegurado con fe certísima. Decimos que este género de locución es propio de la Escritura divina, porque no lo encontramos ni en la literatura secular ni el uso común. Pero aquí Moisés, conservada su santidad, sólo mereció recibir el siguiente castigo: la prohibición de entrar en la tierra de promisión, al no

[33]Hebr., וַיִּפַּלֵּל [*e hizo juicio*]. Los LXX leyeron: καὶ ἐξιλάσατο [*y fue propicio*].

[34]TL., *in textu: Stetit* [*mss. A.,B.,* Et stetit].

[35]TL., *illi*; Vlg., *ei.*

[36]TL., *in saeculum*; Vlg., *in sempiternum.*

[37]Nuestras biblias suelen dejar la expresión hebrea: מֵי מְרִיבָה [*aguas de Meribá*]. Los griegos traducen por ὕδωρ ἀντιλογίας [*agua de la querella, de la réplica, de la contienda*, etc.].

haberse atrevido a seguir asegurando obras grandes de manos del Señor [Num 20,12]. En efecto, tras su muerte, éstas son las palabras que el Señor dijo a Josué: *Robustécete, pues, y sé muy fuerte, para que guardes y pongas en práctica toda la ley que te ordenó Moisés, mi siervo* (Jos 1,7). Ciertamente, al decir: *Mi siervo*, hace ver que en Él había permanecido la gracia de su piedad.

Verso 32.– **No aniquilaron a las gentes que el Señor les había dicho** [*Non disperdiderunt gentes quas dixerat*[38] *Dominus illis*].

Verso 33.– **Y se mezclaron entre las gentes, y aprendieron sus obras; y sirvieron a sus ídolos, y se convirtió para ellos en escándalo** [*Et commixti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum; et servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum*]. Como si hubiese sido poco[39] lo que los hebreos habían pecado en el desierto, sucedió que –tras entrar en la tierra de promisión– echaron en olvido los mandamientos del Señor y, haciendo caso omiso de lo que estaba prohibido [Dt 7,3-4], se unieron con aquellas gentes, cuyo exterminio se les había ordenado, a causa de su culto idolátrico, añadiendo el mal a sus propios crímenes, en modo de ensuciarse también ellos con las supersticiones de aquellos pueblos. Y la tierra prometida **se hizo para ellos escándalo**[40], la tierra que, por la generosidad del Señor, les había sido dada como premio grandioso. Misérrimos entre los hombres, pues convirtieron en pecado el don de Dios, de manera que aquello que se les había concedido como gracia, se hizo causa de perdición para los que se apartaban de Él. De este modo, también a nosotros se nos recomienda hacer un uso recto de los beneficios, que la divina generosidad nos concede, a fin de que no hallemos nuestra perdición allí donde sabemos que hemos sido elevados. **Escándalo** es un nombre griego que significa *izquierdo*, porque, con perversa imitación, condujo el espíritu de aquéllos hacia la parte izquierda[41].

[**364**] Verso 34.– **E inmolaron a los demonios a sus hijos y a sus hijas** [*Et immolaverunt filios suos, et filias suas daemoniis*].

Verso 35.– **Y derramaron sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas** [*Et effuderunt sanguinem innocentem, sanguinem filiorum suorum et filiarum*[42]]. Aunque en las Escrituras divinas no se lea que los hebreos, que entraron en la tierra de promisión, derramaron sangre humana, sacrificando a los demonios, sin embargo, no cabe duda de que –a partir de la generación siguiente– esto habría podido suceder, en cuanto que también la presente Escritura[43] prueba ser indicadora de la verdad. Y observa cómo, con veraz información, se va acumulando la iniquidad. En efecto, primero, dice: **Derramaron sangre inocente**. Y, para no dar lugar a creer que se trataba de la sangre de extraños, añade: **La sangre de sus hijos y de sus hijas**. Hijos e hijas, cuya vida, según el sentir humano, es totalmente deseable. Se quiere significar con esto que ni siquiera respetaron a aquéllos, por cuyo bien unos padres piadosos no se negarían incluso a perder ellos mismos su propia la vida.

Verso 36.– **A los que entregaron en sacrificio a los ídolos de Canaán** [*Quos*[44]

[38]TL., in textu: *dixerat* [*mss. A.,B.,* dixit]; Vlg., *dixit.*

[39]TL., in textu: *parum* [*ed.,* parvum].

[40]TL., in textu: *scandalum* [*ed.,* in scandalum].

[41]Referencia al juicio final.

[42]TL., *filiarum*; Vlg., *filiarum suarum.*

[43]Es decir, el presente salmo, que es también Escritura.

[44]TL., *Quos*; Vlg., *Quas.*

sacrificaverunt sculptilibus Chanaan].

Verso 37.– **Y muerta fue la tierra en las sangres, y contaminada en sus obras; y fornicaron en sus observaciones** [*Et interfecta est terra in sanguinibus, et contaminata est in operibus eorum; et fornicati sunt in observationibus suis*[45]]. En estos dos versos, sigue haciendo uso todavía de la figura retórica llamada *auxesis* [aumento]. A esta forma de expresarse los griegos la denominan *climax*; los latinos, *gradatio*, porque, por medio de ciertos grados –tanto en la alabanza como en el vituperio– nuestro sentido va gradualmente ascendiendo. Cierto es que, no hace mucho, nos hemos referido a esta figura literaria, pero no causa pesar repetir, con frecuencia, aquello que la autoridad misma también reitera. Y pues había dicho que **la sangre de los hijos y de las hijas fue derramada**, creció aún la maldad, aumentó todavía el crimen, al traer a la memoria aquellos recuerdos de amor, sacrificados a los ídolos. Así, pues, por la expresión: **Muerta fue la tierra** debemos entender a los hombres crueles que, con tan abominables sacrificios, se destrozaron, más bien, a sí mismos. En efecto, al entregar a la muerte a sus propios hijos con crimen de tan gran impiedad, se tenía la sensación de que quienes morían eran, más bien, los padres. Y así, por medio de la expresión, en sentido figurado: *Muerta fue la tierra*, han quedado significados los hombres terrenales, destruidos por sus malas acciones. Ha explicado, pues, en qué sentido dijo que *fue muerta la tierra*, es decir, la tierra muere, cuando los hombres carnales y necios son hundidos, a consecuencia de sus impías acciones. En efecto, parecen **haber fornicado** en el Señor aquéllos que se mancharon con impías supersticiones adulterinas.

Verso 38.– **Y se airó en el espíritu el Señor contra su pueblo, y abominó de su heredad** [*Et iratus est animo Dominus in populo suo*[46]*, et abominatus est haereditatem suam*].

Verso 39.– **Y los entregó en manos de las gentes, y fueron sus amos aquéllos que los odiaron** [*Et tradidit eos in manus gentium, et dominati sunt eorum qui oderunt eos*].

Verso 40.– **Y los atribularon sus enemigos, y fueron humillados bajo sus manos** [*Et tribulaverunt eos inicimi eorum, et humiliati sunt sub manibus eorum*]. **Y se airó en el espíritu el Señor**. También aquí se emplean las palabras en sentido figurado, porque el Señor no se puede perturbar en su espíritu, sino que –conforme al modo humano de hablar– al poder excitado de su venganza se le llama aquí **ira**. Pero, ¿qué hizo, *estando airado*?. Se apartó de ellos, hecho éste que es el mal de todos los males. Y así, cuando lo que contiene llega a su colmo, de ello se sigue la inevitable e inmediata ruina de todo el contenido. Fueron entregados, pues, al oprobio de la servitud los que se habían gloriado en el culto de los ídolos. Sigue: **Y fueron sus amos**. Y, aunque todo dominio bajo los gentiles resultara –ya de por sí– absolutamente insoportable, aún así, añade: **Aquéllos que los odiaron**, de manera que fuese todavía más penoso estar al servicio del que es el enemigo. En efecto, con ningún obsequio puede ser aplacado tal señor, porque está siempre airado aquél en el que el odio es constante. Mira qué sigue después: **Y los atribularon sus enemigos, y fueron humillados bajo sus manos**. Tal fue el resultado del cambio de un estado a otro: los que no quisieron servir al Señor, que los amaba, se vieron sometidos –en justo castigo– a los enemigos, que los odiaban.

Verso 41.– **Muchas veces los liberó. Pero ellos lo irritaron en su designio, y fueron humillados en sus iniquidades** [*Saepe liberavit eos. Ipsi autem exacerbaverunt eum in consilio*

[45]TL., *in observationibus suis*; Vlg., *in adinventionibus suis.*

[46]TL., *animo Dominus in populo suo*; Vlg., *furore Dominus in populum suum.*

suo; et humiliati sunt in iniquitatibus suis].

Verso 42.– **Y los miró, estando ellos atribulados, al escuchar su oración** [*Et respexit eos cum tribularentur, cum exaudiret orationem eorum*[47]]. De dos maneras se expresa aquí la misericordia divina[48]. Envió por delante sus dones, pero la iniquidad humana no cesó. Aplicó el castigo, pero una vez más se dignó conceder clemencia a los afligidos, a fin de que comprendamos nosotros que Él manda por delante los bienes y, de nuevo, viene en ayuda de los afligidos. Esto es lo que, si diligentemente indagas, encuentras en estos versos.

Verso 43.– **Y se acordó de su testamento, y se arrepintió según la multitud de su misericordia** [*Et memor fuit testamenti sui, et poenituit eum secundum multitudinem misericordiae suae*]. Expresa la causa por la que el pueblo israelita, a pesar de haber pecado con mucha frecuencia, fue escuchado y, por la compasión del Señor, no llegó a la perdición merecida. Fue, ciertamente, a causa del **Testamento** nuevo, que es eterno, donde brilló la venida del Señor. Testamento que no será cambiado por sucesión alguna y que fue prometido a Abrahán, pues de su descendencia habría de nacer el Señor. Esto estaba oculto en los profetas, pero fue revelado en el tiempo del Evangelio. Por su parte, la expresión: **Se arrepintió** responde también al modo de entender humano, según el cual, aquél que se arrepiente acostumbra a cambiar lo que tenía previsto hacer. Pero, en el Señor, todas las cosas discurren de manera ordenada, según formas precisas, y nada nuevo acontece en contra de su presciencia, pues todo lo que se ha de hacer, Él lo conoce. En efecto, necesario fue que quien hizo suya la naturaleza humana, para darnos vida eterna, nos hablara conforme a nuestro modo de entender. Pero fíjate en que dice que tal *arrepentimiento* del Señor tiene lugar, cuando conoce que también nosotros nos arrepentimos. En efecto, tal se hace Él para nosotros, cuales nosotros somos para Él. Añade: **Según la multitud de su misericordia**. Es la misericordia que sobrepasa todos los pecados, la misericordia por la que se dignó venir a nuestra carne. Con razón, pues, habla de **multitud de la misericordia**, en cuanto que, por ella, el mundo fue liberado.

Verso 44.– **Y los dio en misericordias a la vista de todos los que los habían hecho cautivos** [*Et dedit eos in misericordias, in conspectu omnium qui eos ceperant*]. Dice que **fueron dados en misericordias**, porque recibieron los diversos dones de los carismas. Por la misericordia del Señor, en efecto, de aquel mismo pueblo unos florecieron como profetas; otros, como apóstoles; unos, como mártires; otros, como confesores, para que después –a la vista de los milagros– las gentes veneraran a aquéllos de los que antes se habían adueñado, como si de despreciables cosas de su propiedad se tratara. O, más bien, puede esto referirse al diablo o a sus ministros, de suerte que, en presencia de ellos, se sintieran libres los que anteriormente habían sido esclavos de su perversidad. De donde dice el Apóstol: *Según el Príncipe del poder del aire, que obra en los hijos*[49] *de la infidelidad* (Ef 2,2). Y en otro lugar: *Para liberarse de los lazos del diablo, cautivo*[50] *por él, según su voluntad* (2Tim 2,26).

Verso 45.– **Haznos salvos, Señor Dios nuestro, y reúnenos de entre las naciones** [*Salvos fac nos, Domine Deus noster, et congrega nos de nationibus*].

Verso 46.– **Para que confesemos tu nombre santo, y nos gloriemos en tu alabanza** [*Ut*

[47]TL., *Et respexit..., cum exaudiret*; Vlg., *Et vidit..., et audiret*.

[48]TL., in textu: *Divinitatis* [*ed.,* Domini].

[49]TL., in textu: *in filiis* [*ed.,* in filios].

[50]TL., in textu: *captivati* [*mss. A.,B.,F.,* capti].

confiteamur nomini sancto tuo, et gloriemur in laude tua]. En la sexta parte, después de haberse colmado de la riqueza de las alabanzas del Señor, aquel pueblo –al que, desde el comienzo de este salmo, dimos la palabra– ruega al Padre que conceda la plenitud a su Iglesia, *reuniéndola de entre la multitud de las naciones*. Y añade también: **Y nos gloriemos en tu alabanza**, no en la jactancia humana, sino en Ti, donde está verdaderamente la gloria segura y la alegría sin fin. Y observa que aquí dice que es el Padre quien salva. También se lee que salva el Hijo: *El Hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido* (Lc 19,19). Y se proclama igualmente que salva el Espíritu Santo, como se lee en la carta a Tito: *Nos ha salvado por medio del baño de la regeneración y de la renovación* [**365**] *del Espíritu Santo* (Tit 3,5). Así, la igualdad y unidad indivisibles de la Trinidad vienen puestas de manifiesto, mediante palabras y poderes semejantes.

Verso 47.– **Bendito el Señor, Dios de Israel, desde el siglo hasta el siglo; y todo el pueblo dirá: Hágase, hágase**[51] [*Benedictus Dominus Deus Israel a saeculo usque in saeculum. Et dicet omnis populus: Fiat, fiat*]. Ésta es la alabanza que, en el verso anterior, el pueblo congregado deseó[52] que resonara. Esto es lo que ahora canta la santa Iglesia, que de tan gran bien se consuela en este tiempo presente. Pero dice que esto ha de hacerse **desde el siglo hasta el siglo** perpetuo, de manera que una alabanza constante nunca sea motivo de hartura. Pero, siendo el pueblo devoto judío el que canta los himnos antes dichos, ¿quién es éste otro que dice: **Hágase, hágase**?. Es, ciertamente –tal es mi parecer–, el pueblo de la circuncisión que, en el tiempo en que se cantaba este salmo, no estaba en la fe, pero que, por el don de la profecía, fue introducido como el pueblo futuro, que con vocación de universalidad, dijera: *Hágase, hágase*. Así, también hoy, en las asambleas eclesiales, a las oraciones de los sacerdotes se responde: *Amén*, es decir, *hágase*. De este modo, ya en aquellos tiempos, estaban de algún modo indicados aquéllos que ahora hacen lo mismo. En efecto, es más conveniente comprender estas palabras en este sentido que prestar atención –como a algunos les place– a determinadas apreciaciones que se encuentran en los libros.

Conclusión del salmo

Se ha cantado el *Aleluya* festivo. Todo ha respondido a su título. En efecto, aunque diversas son las palabras, sin embargo, a una sola gracia han acudido como voces de instrumento armonioso. Supliquemos, por lo cual, con sumo deseo, que nos conceda formar parte de su pueblo querido, Él que acostumbró hacer de lo deforme, lo recto; de lo amargo, lo dulce; de lo temporal, lo eterno, de manera que nosotros, gloriándonos en Cristo el Señor, juntamente merezcamos decir: *Bendito el Señor, Dios de Israel, desde el siglo hasta el siglo*. Pero debemos recordar que este salmo –aunque en uno de sus versos diga: *Hemos pecado con nuestros padres; hemos procedido injustamente; hemos obrado la iniquidad*–, no debe incluirse, sin embargo, entre los salmos de penitencia. En primer lugar, porque éste se abre con el grito festivo del *Aleluya*. Después, porque es el pueblo hebreo el que habla, a diferencia de los salmos penitenciales, donde los que hablan son personas individuales. En tercer lugar, porque se detiene más en la historia que en la lamentación de los delitos. En muchos salmos encuentras, además, que se hace breve mención de la satisfacción del pecado, no pareciendo, sin embargo, que las cosas se ajusten aquí a la misma causa.

[51]Hebr., אָמֵן הַלְלוּיָהּ [*Amén, Alleluya*]. LXX: γένοιτο γένοιτο [*sea, sea*].

[52]TL., in textu: *congregatus optavit populus* [*ms. G., et ed.,* congregatos optavit populos].

SALMO CIENTO SEIS

Aleluya.
[*Alleluia*].

Puesto que este salmo y los dos anteriores están intitulados de igual manera, consideramos que nos conviene también a nosotros referir, en una sola exposición, las relaciones existentes entre ellos, de manera que el beneficio de tan gran misterio pueda ser entendido más fácilmente. En el primero de estos tres salmos, mediante el *Aleluya*, es alabado el pueblo judío, hecho éste sobre el que no hay discusión alguna. Por el segundo *Aleluya*, se recuerda a aquéllos que, en medio de su misma gente, erraron con tropiezos sin número, pero que, por la compasión divina, volvieron a la gracia del Señor. Pero, con el presente tercer *Aleluya*, se exhorta al pueblo cristiano, para que, a causa de los beneficios recibidos, cante las alabanzas del Señor. De este modo[53], se puede entender en seguida lo que, en cada uno de ellos, deba buscarse. De aquí que ahora el profeta –como ha quedado dicho– exhorte al pueblo cristiano, que ha sido salvado por la redención del Señor, de suerte que, confesando las cosas pasadas, cante el nuevo *Aleluya*. Ésta es una voz dulce, una palabra de fiesta. Escuchemos con veneración, por lo cual, las grandes obras –dignas de suscitar el mayor asombro– obras éstas que, por el esplendor de título tan grande, son anunciadas ya de antemano.

División del salmo

Después de las confesiones[54] del pueblo hebreo, de las que los salmos anteriores ya han hablado, el profeta se dirige al pueblo cristiano, que andaba errante, a lo largo y ancho del orbe entero, debido a la vaciedad y al error de las supersticiones. En la primera parte, exhortándolo a cantar las alabanzas del Señor, porque, una vez redimido por la sangre gloriosa, tomó en sus manos las Iglesias, él que, a causa del insensato error, se había venido arrastrando por los altares y bosques sagrados de los demonios. Dice, en la segunda parte, que han de dar gracias al Señor, el cual a las almas de los gentiles –ayunas del alimento de la verdad– las sació con la riqueza de su religión y, con su insuperable poder, hizo pedazos las cadenas de sus pecados. Manda, en la tercera, que se den gracias al Padre, porque, con la venida de Cristo el Señor y en virtud de la Majestad de su fuerza todopoderosa, destrozó las puertas de bronce y los férreos cerrojos del diablo. En la cuarta, exhorta a que sea ofrecido al Señor un sacrificio de alabanza de manos de los sacerdotes, los cuales, en medio de las gigantescas olas de este mundo, presiden –como si de naves se tratara– el gobierno de las Iglesias, describiendo cómo el poder divino se digna venir también en ayuda de sus tentaciones. Dice de nuevo, en la quinta parte, que los sacerdotes y ancianos han de alabar al Señor, que hizo que este mundo, al que la aridez del pecado había dejado escuálido, se transformara –por favor celestial– en el más agradable de los placeres, hecho éste del que –al ser contemplado– los rectos de corazón se gozarán con exultación desbordante. A esta clase de versos los maestros seculares les dan el nombre de *intercalares*. Se trata de versos que van repitiéndose, una y otra vez, a fin de que, al decir

[53]TL., in textu: *Sic* [*ed.,* Hic].

[54]TL., *confessionem*; prop., *confessiones.*

siempre lo mismo, la exhortación resulte necesariamente[55] agradable.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Confesad al Señor, porque es bueno, porque hasta el siglo su misericordia** [*Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia eius*]. Previendo el profeta que el pueblo cristiano, merced a la venida del Señor, habría de recibir la gracia, a fin de que, dada la certeza de tan gran beneficio, ninguna negligencia la retrasase, lo exhorta a que *confiese* sus pecados y *proclame* las alabanzas del Señor, pues –como ya hemos dicho varias veces– el verbo **confesar** se presta, para expresar igualmente tanto una cosa como la otra. En efecto, saludablemente *alaba* al Señor aquél que antes lo aplaca, *confesando* sus pecados. Sigue también: **Porque es bueno**, de manera que, tras la satisfacción, los pecadores –sostenidos por la más firme confianza– eleven sus súplicas al piadoso Señor. Por su parte, la expresión: **Hasta el siglo** significa aquí *eternamente*, pues ningún tiempo existe en el que no se encuentre su misericordia. En efecto, aquí fue costumbre suya perdonar y allí se dignará dar a sus fieles los premios eternos. Sucede así que siempre **es bueno** para con los que le suplican y que siempre se muestra misericordioso, pues incluso, cuando juzga, es bueno, porque buena es su justicia.

Verso 2.– **Digan ahora los que han sido redimidos por el Señor** [**366**]**, los que redimió de la mano del enemigo** [*Dicant nunc qui*[56] *redempti sunt a Domino, quos redemit de manu inimici*]. **Digan**. Digan, ciertamente, el *Aleluya*, que proclama el título, y se consuelen con alegres exultaciones los que merecieron llegar a la gracia del Señor. Pero se significan aquí, de manera particular, los pueblos venidos de la gentilidad y que, redimidos por la sangre del Señor, por su misericordia, han sido arrebatados del poder del diablo. En efecto, tanto se endureció la rudeza del enemigo y tan insensata fue su mano que, de no haber sido por la sagrada sangre derramada, en ningún tiempo habría podido ser ablandado. Pero lo referente a los pueblos antes mencionados halla su explicación en todo lo que a continuación se dice.

Verso 3.– **Los congregó de entre las regiones, de la salida del sol y del ocaso, del aquilón y del mar** [*De*[57] *regionibus congregavit eos: a solis ortu et occasu, ab aquilone et mari*]. Mediante la figura retórica de la *periphrasis*, en latín, *per circuitum* [circunlocución], expresa cuál fuera la potestad de la diestra diabólica, difundida por el orbe entero, en modo de dar a conocer el beneficio de la santa encarnación, que con el poder de su Majestad amarró a tan funesto autor y arrebató al vencido los vasos de la muerte. Dice, en primer lugar: **De entre las regiones**. Y, para que no creas que serán reunidos de entre unas pocas provincias, añade: **De la salida del sol y del ocaso, del aquilón y del mar**. Habiendo indicado sólo tres puntos cardinales del mundo, en lugar del cuarto –esto es, en lugar del Sur– ha puesto el **mar**, queriendo dar a entender con ello el *Océano*, que rodea el entero borde del mundo. Semejante es también aquella descripción, que se encuentra en el libro del Génesis, donde el Señor promete a la descendencia de Abrahán el orbe entero, diciendo: *Levanta los ojos y mira, desde el lugar en que ahora estás, al aquilón y al austro, al oriente y al mar, que es el ocaso* (Gén 13,14). El **Ocaso** es llamado así, como si –en latín– se dijera: *horarum casus* [la caída de las horas]. De este modo, el *mar* –que, en la descripción del Génesis, aparece como el

[55]TL., *necessaria*; prop., *necessarie.*

[56]TL., *Dicant nunc qui*; Vlg., *Dicant qui.*

[57]TL., *De*; Vlg.; *et de.*

austro– en el presente salmo vemos que ha sido nombrado en el lugar del occidente, pues este vocablo –el mar– puede usarse adecuadamente, para designar cualquier parte del mundo, en cuanto que con el círculo de su recorrido abarca la tierra en su totalidad. De aquí que se pueda entender con toda claridad que esta reunión general no se refiere sólo a los judíos, sino a la Iglesia católica, que sabemos que está formada por gentes del mundo entero.

Verso 4.– **Anduvieron errantes en la soledad, en tierra seca; no encontraron el camino de ciudad de alojamiento** [*Erraverunt in solitudine in siccitate*[58]*, viam civitatis habitationis non invinerunt*].

Verso 5.– **Hambrientos y sedientos, su alma desfalleció en ellos** [*Esurientes et sitientes, anima eorum in ipsis defecit*]. Aunque las diversas naciones gozaran de pueblos numerosos, vivían, no obstante, **en la soledad**, al carecer de verdaderos maestros y no tener Iglesia alguna, porque la supersticiosa gentilidad, al perseverar todavía en los sacrificios idolátricos, **no había encontrado ciudad donde alojarse**. La expresión: **Hambrientos y sedientos** significa aquí a los hombres de este mundo, llenos de curiosidad, que buscaban las sendas de la verdad en creencias diversas. Pero, dado que no habían creído en su Autor, no podían ser hallados en la verdadera sabiduría. Sigue: **Su alma desfalleció en ellos**. **En ellos**. Ciertamente, el ardor de su ánimo sucumbió, fatigado por los esfuerzos de la búsqueda, pues deseaban encontrar al Señor, siguiendo un camino que no conducía hasta Él.

Verso 6.– **Y clamaron al Señor, estando atribulados; y de sus necesidades los liberó** [*Et clamaverunt ad Dominum cum tribularentur, et de necessitatibus eorum liberavit*[59] *eos*].

Verso 7.– **Y los condujo por el camino recto, para ir a la ciudad de morada**[60] [*Et eduxit*[61] *eos in viam rectam, ut irent in civitatem habitationis*]. Así como en los dos versos anteriores ha descrito cómo caminaban errantes, así también, mediante estos otros dos, relata cómo vuelven a los dones del Señor. **Clamaron**. Significa este verbo que buscaron al Señor con grandes ansias. Tal estímulo, sin embargo, les vino del Señor, en modo de que pidieran con ansia aquello que, en verdad, les era provechoso. Y, para significar el poder de su nombre, añade: **Estando atribulados**. Es éste –el de la tribulación– un tiempo en que el **clamor** se eleva con todas las fuerzas del corazón, pues se siente el temor del peligro inminente y la arrogancia humana sale en retirada. Pero observa cuál es el resultado de tal clamor: **Ser liberados de las necesidades** y *conocer las sendas de la verdad*, de manera que los que, tiempo atrás, vagaban en el error intransitable, una vez aceptado el camino de la santísima religión, llegaran felizmente a los atrios de la Iglesia bienaventurada.

Verso 8.– **Que sus misericordias confiesen al Señor; y sus maravillas, para los hijos de los hombres** [*Confiteantur Domino misericordiae eius, et mirabilia eius filiis hominum*]. Llega a la segunda parte, en la que exhorta ya a los fieles, que recibieron sus abundantes beneficios, a que no dejen de dar gracias al Señor. Pero verdadera y saludablemente se ha dicho que deben **confesar sus misericordias al Señor**, porque todo lo que en nosotros es laudable, se debe a la clemencia de Aquél que perdona los pecados, concede la esperanza y lleva a los dones de su bondad. En efecto,

---

[58]TL., *in siccitate*; Vlg., *in inaquoso.*

[59]TL., *liberavit*; Vlg., *eripuit.*

[60]Hebr., לָלֶכֶת אֶל־עִיר מוֹשָׁב [*para ir a una ciudad en que habitar*]. Los LXX: τοῦ πορευθῆναι εἰς πόλιν κατοικητηρίου [*para ir a una ciudad de residencia*].

[61]TL., *eduxit*; Vlg., *deduxit.*

esta palabra dicha en plural –**misericordias**– significa que, ciertamente, da a muchos en abundancia, pero les da cosas diversas, como dice el Apóstol: *Pero cada uno recibe de Dios el propio don: uno ciertamente de una manera; pero otro ciertamente de otra* (1Cor 7,7). Por ello, siempre es conveniente **confesar** al piadoso Señor, que nos libra de los peligros y nos ilumina con el esplendor de su piedad. Pero dice que los milagros obrados, durante el tiempo de su Encarnación, deben ser anunciados a la posteridad, por medio de los evangelistas y de los apóstoles, como consta que así se hizo. Mas recuerda que este verso se repite –sin cambio alguno– al comienzo de cada una de las cuatro partes siguientes, hasta llegar el final[62], de manera que así como dice que la Iglesia es congregada desde las cuatro partes del mundo, así también, desde otros tantos puntos cardinales del orbe, ofrezcan las almas devotas las alabanzas de su misericordia.

Verso 9.– **Porque sació al alma vacía, y al alma hambrienta la sació de bienes** [*Quia satiavit animam inanem, et animam esurientem satiavit bonis*]. Está **el alma vacía**, cuando, ocupada en las perversidades del mundo, mediante ninguna muestra de adhesión se da prisa por volver a su Creador. Pero dice que está **el alma hambrienta**, cuando, una vez visitada por la gracia divina, desea llegar a la medicina del Señor[63]. Esto sucedió en las gentes que, primero, tenían ocupada su voluntad en los vanos deseos de los ídolos. En efecto, estaban vacíos y sin sustancia, en cuanto que, al vivir en el engaño, estaban privadas de los buenos frutos. Después, las almas **hambrientas fueron saciadas**, cuando –amonestadas por la compasión divina– trasladaron sus votos al deseo de penitencia.

Verso 10.– **Sentados estaban en tinieblas y en sombra de muerte; ligados con vínculos, en mendicidad y hierro**[64] [*Sedentes in tenebris et umbra mortis; vinculis ligatos*[65]*, in mendicitate et ferro*]. En este verso viene descrita la vida de los pueblos, que existieron antes de la venida del Señor. **Sentados estaban en tinieblas**, porque[66],vacíos de la luz de la fe, se habían vuelto oscuros, a causa de la ceguera de la maldad. Al decir: **Sentados**, pone de manifiesto que dichos pueblos permanecieron, largo tiempo, en un mismo lugar. La **sombra de muerte** es la pecaminosa vida de este mundo, imagen terribilísima de aquella muerte futura. Ciertamente, estaban **ligados con vínculos** aquéllos que, a consecuencia del dominio del diablo, se hallaban presos por las cadenas del pecado. La palabra **mendicidad** hace referencia aquí a la total carencia del bien, pues muchísimo más grave que la indigencia, que aflige el cuerpo, es aquella otra con la que es afligida el alma. El **hierro** significa la dureza de los males. En efecto, comúnmente decimos que es *férreo* aquello que queremos mostrar como algo de gran dureza.

Verso 11.– **Porque exacerbaron las palabras del Señor, e irritaron el designio del Altísimo** [*Quia exacerbaverunt eloquia Domini, et consilium Altissimi irritaverunt*].

[**367**] Verso 12.– **Y fue humillado en los trabajos su corazón; y fueron debilitados**[67]**, y**

[62]Véanse el presente versículo 8 y los siguientes15, 21 y 24.

[63]TL., in textu: *ad Domini* [*mss. A.,B.,F.,* a Domino].

[64]Hebr., אֲסִירֵי עֳנִי וּבַרְזֶל [*cautivos de prisión y hierro*]. Los LXX: πεπεδημένους ἐν πτωχείᾳ καὶ σιδήρῳ [*a los encadenados con pobreza y hierro*].

[65]TL., *vinculis ligatos*; Vlg., *vinctos.*

[66]TL., in textu: *quoniam* [*mss. A.,B.,F.,* quando].

[67]Hebr., כָּשְׁלוּ [*cayeron*], o se resbalaron, lo que representa al que, resbalando, cae sin poder valerse, porque no hay nadie que le alargue la mano. Los LXX: ἠσθένησαν [*se han debilitado*].

no hubo quien ayudara [*Et humiliatum est in laboribus cor eorum; et infirmati sunt, nec fuit qui adiuvaret*]. Se ha de observar la presencia, en estos dos versos, de la figura retórica llamada *parison*, es decir, igualación de una sentencia. En efecto, en el primer verso expone en qué modo pecaron; en el segundo, cuáles fueron las consecuencias de ello. Esta figura literaria, diligente lector, la hallarás frecuentemente en este salmo. De ellos dice, en efecto, que *estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte*, porque, hablando contra el Señor, se negaban a vivir, conforme a sus reglas. Era inevitable, pues, que sufrieran las consecuencias de la ira de Aquél, a quien consideraban digno de desprecio. Observa, después, cómo sigue: **E irritaron el designio del Altísimo**. Ciertamente, lo **irritaron**, de tal suerte que aquéllos que, en la prosperidad, hicieron alarde de su soberbia, en las tribulaciones y angustias, volvieran a tomar el camino de la humildad. Justo consejo, saludable medicina: curar la enfermedad, mediante la aplicación de un remedio contrario. Sigue: **Y fueron debilitados**, es decir, desposeídos de la arrogancia de este mundo, para que, destruidos ya los impulsos de una resistencia obstinada, pudieran acceder más fácilmente al refugio de la penitencia. Añade: **No hubo quien ayudara**, sobreentendiéndose aquí el pronombre *otro.* En efecto, nadie presta ayuda al que está en peligro, sino aquél a quien el Dios omnipotente le ordena que vaya en su socorro.

Verso 13.– **Y clamaron al Señor, estando atribulados; y de sus necesidades los liberó** [*Et clamaverunt ad Dominum cum tribularentur, et de necessitatibus eorum liberavit eos*].

Verso 14.– **Y los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte, y destrozó sus vínculos** [*Et eduxit eos de tenebris et umbra mortis, et vincula eorum disrupuit*]. He aquí el motivo por el cual fueron humillados, por el cual fueron debilitados: a fin de que **clamaran al Señor**, confesando sus delitos. En efecto, como insensatos animales, que no emitían siquiera un sonido, estaban callados, viéndose encumbrados en la arrogancia. Llegó el arrepentimiento y volvieron entonces a hablar provechosamente. Y observa de qué diferentes modos vienen expuestas las misericordias del Señor. En primer lugar, dice: **Los libró de sus necesidades**[68], es decir: liberó a aquéllos que estaban sometidos a la servitud del diablo. En segundo lugar, **sacó de las tinieblas** de sus supersticiones a las almas manchadas por la suciedad del pecado. No dice, finalmente, que desató **sus vínculos**, sino que los **destrozó**. Con la venida de Cristo, el poder del diablo quedó destrozado de tal manera que nunca más podrá recuperar aquel dominio, que una vez tuvo.

Verso 15.– **Que sus misericordias confiesen al Señor; y sus maravillas, para los hijos de los hombres** [*Confiteantur Domino misericordiae eius, et mirabilia eius filiis hominum*]. Llega a la tercera parte, en la que repite el mismo verso con que comienza la segunda. Éstos son lo llamados versos intercalares, algo así como puestos en medio del sendero[69], o sea, colocados a lo largo del desarrollo del canto. En efecto, a los que han sido liberados[70] los exhorta a la acción de gracias, porque la fuerza divina ha destruido las puertas del pecado y los claustros de todos los males.

Verso 16.– **Porque hizo pedazos las puertas de bronce y quebró los cerrojos de hierro** [*Quia contrivit portas aereas, et vectes ferreos confregit*]. Ésta es la causa por la que dice que se ha de confesar al Señor: porque, por nuestra liberación, **hizo pedazos las puertas de bronce y los**

[68]TL., in textu: *de necessitate* [*ed.,* de necessitatibus].

[69]La relación se establece entre *intercalares* e *inter calles*, es decir, en medio de los senderos.

[70]TL., in textu: *liberatos* [*mss. A.,B.,F.,* liberatori].

cerrojos de hierro, de manera que –siendo Él mismo el que nos muestra el camino– podamos recorrer con seguridad esta vida presente. Las **puertas de bronce** son las pecaminosas costumbres de los hombres, que de tal modo nos recluyen en los atrios del pecado que ya no permiten la salida. Por **cerrojos de hierro** nos parece muy probable que debamos entender los espíritus inmundos, los cuales, para impedir la salida de los recluidos, vigilan[71] aquellas puertas de los pecadores. En efecto, estas dos clases de metales parecen representar la gran dureza de los pecados. Pero todas estas cosas –imposibles para las fuerzas del hombre– las **hizo pedazos** el poder divino, cuando con la luz compasiva de su venida miró a los que estaban en peligro.

Verso 17.– **Los tomó del camino de su iniquidad, pues por sus injusticias fueron humillados** [*Suscepit eos de via iniquitatis eorum, propter iniustitias enim suas humiliati sunt*]. Aunque el Señor todo lo llena con la presencia de su Majestad, se aleja, sin embargo, de los pecadores, de modo que éstos no se acerquen a Él, sino cuando, por su compasión, vinieren arrepentidos a su presencia. Pero cuánto daño cause este desamparo, a continuación lo manifiesta. Dice, en efecto: **Por sus injusticias fueron humillados**. Humillados no con aquella *humillación* que da la vida. En efecto, una es la humillación, que levanta; otra es la humillación, que envilece. Ciertamente, es humillado para la perdición aquél que no es merecedor de acercarse a tal medicina.

Verso 18.– **Toda comida abominó su alma, y se acercaron hasta las puertas de la muerte** [*Omnem escam abominata est anima eorum, et appropiaverunt*[72] *usque ad portas mortis*]. Por lo que al sentido literal se refiere, se describe aquí un hecho del todo natural, es decir: la endeblez corporal, que experimentan aquéllos que, debido a la repugnancia que les causa toda clase de alimentos, van resbalando poco a poco hacia los umbrales de la muerte. Pero aquí por **comida** debemos entender, más bien, el *alimento espiritual*, esto es, la ley y los preceptos saludables del Señor. Es la comida por la que vive el alma fiel y con cuya celestial abundancia se restablece; la comida de la que, con hambre mortal, está ayuno el espíritu de los impíos, en cuanto que, al enfermar, sufre el alma la penuria de las cosas buenas. Grave enfermedad y desgracia execrable es no tener apetito de la ley divina. En efecto, ¿de dónde puede vivir, si no comienza a amar su propia vida?. Resulta de aquí que *se acercaron* a aquellos claustros mortíferos, en los que no llegaron a entrar, porque habían de ser liberados por la conmiseración del Señor.

Verso 19.– **Y clamaron al Señor, estando atribulados; y de sus necesidades los liberó** [*Et clamaverunt ad Dominum cum tribularentur, et de necessitatibus eorum liberavit eos*]. Este verso ha sido repetido, porque, a circunstancia parecida, convino una resolución idéntica.

Verso 20.– **Envió su palabra y los curó, y los rescató de sus destrucciones**[73] [*Misit verbum suum et sanavit eos, et eripuit de interitionibus eorum*]. Conocemos aquí qué clase de debilidad ocasiona sentir repugnancia de las delicias espirituales, enfermedad que la sola presencia del Médico celestial habría bastado, para atajar su peligro. En efecto, vino el Señor Salvador, que nos restablece y nos cura, de suerte que los ayunos del alimento espiritual no lleguen a absorber por completo los corazones de los pecadores. En efecto, la expresión: **Envió su palabra** hace referencia al amor del Padre, no a la desigualdad de poder, pues también el Espíritu Santo es enviado por el

[71]TL., in textu: *obsecrare* [*mss. A.,B.,F.,* observare].

[72]TL., *appropiaveunt* [*mss. A.,B.,F.,* appropinquaverunt].

[73]El texto de S. Agustín omite *de interitionibus eorum.*

Hijo, como está escrito en el Evangelio: *Os conviene que yo me vaya; pues, si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros; mas, si me voy, lo enviaré a vosotros* (Jn 16,7). Y también el Hijo es enviado por el Espíritu Santo, como Isaías dice acerca de Cristo: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres* (Is 61,1). También el de mayor dignidad es enviado por el menor, como en el caso de Tobías, que envió al ángel [Tob 9,1]. Ahora bien, ni menor es el Hijo, cuando es enviado por el Padre, ni menor el Espíritu Santo, cuando lo es por el Hijo, en cuanto que es destinado desde Él mismo. Esta clase de expresiones hace referencia, ciertamente, a la unidad de poder, no a su desigualdad, pues en las Escrituras divinas se afirma con frecuencia que –en la Trinidad– existe igualdad de poder y de naturaleza, asunto éste que –entre otros– nuestro Padre Agustín ha tratado convenientemente en el libro de las *Confesiones* (*Et ser.* 181, *de Temp.*).

Verso 21.– **Que sus misericordias confiesen al Señor; y sus maravillas, a los hijos de los hombres** [*Confiteantur Domino misericordiae eius, et mirabilia eius filiis hominum*]. La cuarta parte viene introducida por los versos ya repetidos, con relación a los cuales lo dicho anteriormente será ya suficiente. Sin embargo, en esta parte se exhorta a los sacerdotes a que ofrezcan sacrificios al Señor y no dejen de predicar a los pueblos sus maravillas.

Verso 22.– **Y sacrifiquen sacrificio de alabanza, y anuncien sus obras con alegría** [*Et sacrificent sacrificium laudis, et pronuntient*[74] *opera eius in exultatione*]. Ofrece un sacrificio al Señor aquél que, con alegría, presenta una ofrenda de alabanza, porque mucho más excelente es ofrecerle las alegrías de la salmodia, acompañadas de obras buenas, que inmolar ofrendas de animales. En efecto, cuáles son los sacrificios, que se han de ofrecer, a continuación lo dice [**368**]: Que no callen los sacerdotes los beneficios del Señor, de manera que también ellos ofrenden lo debido y se anuncie a los fieles la enseñanza[75] conveniente. Pero cómo debe hacerse este anuncio, con muy adecuadas palabras lo expresa: **Con alegría**, no con tristeza o desconfianza, sino alegre y muy bien dispuesto, de suerte que puedan captar los oyentes la firme esperanza del que anuncia. En efecto, nuestra predisposición a creer es más ágil, cuando vemos que los maestros viven con espíritu firme y alegre convencimiento aquello que predican.

Verso 23.– **Los que bajan al mar en naves, bregando en las muchas aguas** [*Qui descendunt mare in navibus, facientes operationem in aquis multis*]. Cuando dice: **Bajan al mar**, está refiriéndose a los lugares inferiores de este mundo, atestiguando de este modo que a ellos se puede **bajar**. Dice: **En naves**. Como ya hemos dicho algunas veces, las **naves** significan las Iglesias, las cuales, con el madero de la cruz, surcan por en medio de las tempestades de este mundo. En efecto, se **desciende al mar** y por él se navega, si se está establecido en naves segurísimas, cuyo piloto es Cristo; los remeros, los apóstoles y la feliz asamblea de los santos pontífices. **Bregando en las muchas aguas**. Sigue todavía en la misma comparación. En efecto, son los sacerdotes que se fatigan, trabajando entre aguas abundantes, es decir, predicando en medio de los pueblos. No hay duda, en efecto, de que, mediante las palabras **muchas aguas**, se significan los *pueblos*, pues, en el libro del Apocalipsis, al preguntar Juan qué son las **aguas**, se le responde: *Son los pueblos* (Apc 17,15). Y ¿qué entendimiento puede ser más verdadero que aquél que la autoridad de tan gran verdad confirma?.

[74]TL., *pronuntient*; Vlg., *annuntient*.

[75]TL., in textu: *doctrina* [*mss. A.,B.,F.,* medicina].

Verso 24.– **Ellos mismos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en lo profundo** [*Ipsi viderunt opera Domini, et mirabilia eius in profundo*]. **Ellos mismos**, es decir, los mismos predicadores, que con entendimiento espiritual conocieron sus obras, en modo de comprender que el mar Rojo significaba el bautismo; que aquella inocua permanencia de Jonás, durante tres días, en el vientre de aquel monstruo significaba el sepulcro del Señor, y otras cosas semejantes que, en las sagradas Escrituras, eran dichas a modo de prefiguraciones. Y viene a resultar así que ven **sus maravillas en lo profundo** aquéllos que consideran sus obras con conocimiento espiritual.

Verso 25.– **Dijo, y se levantó el espíritu de la tempestad, y se exaltaron sus olas** [*Dixit, et stetit spiritus procellae, et exaltati sunt fluctus eius*].

Verso 26.– **Suben hasta los cielos, y bajan hasta los abismos; su alma se consumía en los males** [*Ascendunt usque ad caelos, et descendunt usque ad abyssos; anima eorum in malis tabescebat*]. Con el fin de que no se llenaran de malsano orgullo aquéllos sobre los que un poco antes había dicho que podían contemplar *en lo profundo* la obra del Señor, a continuación expone cuáles son sus turbulencias y perturbaciones. **Dijo, y se levantó el espíritu de la tempestad**. Se significa aquí el momento en que el Señor, con piadosa compasión, calma las tempestades de nuestras tribulaciones, para que no nos cubran los males crecientes, sino que de nuevo seamos liberados, si tarda Él en llegar con su ayuda[76]. Tal retraso supone para nosotros la mayor causa de peligro. En efecto, **se exaltan** las **olas** en las mentes de los hombres, cuando consideramos atribuible a nuestros propios méritos ser liberados de aquello de lo que sólo la gracia divina nos puede liberar. Pero la descripción de estas **olas** es sobremanera cuidada. En efecto, **suben hasta los cielos**, cuando las arrogancias del mundo hacen que se levanten. **Bajan hasta los abismos**, cuando llegan a la desesperación y al miedo. Y fíjate en lo que sigue: **Su alma se consumía en los males**. **Se consumía**, ciertamente, porque, impelida por el miedo, había bajado a los abismos profundos. También aquí está empleado este verbo en sentido positivo, como ocurría en el salmo treinta y ocho, donde se dice: *Hiciste que su alma se consumiese como una araña* (Sal 38,13). Pero tal es el motivo por el que aquí se añaden las palabras **en los males**, para que se pudiese entender perfectamente en qué sentido dicho verbo se ha empleado.

Verso 27.– **Fueron turbados y zarandeados como el que está ebrio, y toda su sabiduría fue devorada** [*Turbati sunt, et commoti sunt*[77] *sicut ebrius, et omnis sapientia eorum devorata est*]. Se está refiriendo todavía a aquéllos de los que más arriba dijo que *su alma se consumía en los males*. La expresión: **Fueron turbados** hace referencia al sentido. **Fueron movidos**, por su parte, se refiere a los arrebatos de ira, que sin tardanza alguna se deben arrojar de sí. Por lo siguiente dice que **la sabiduría** de estos tales **fue devorada**, porque la sabiduría no puede encontrarse, sino en los ánimos quietos y sosegados. Bien dice: **Su sabiduría**, esto es, la sabiduría de los que antes eran vistos como maestros. Consta, sin embargo, que *es devorada* aquella sabiduría que, perturbadas las mentes, no puede darse a conocer. Mediante estos ejemplos, por tanto, se exhorta a los sacerdotes a que supliquen al Señor, de manera que su corazón se consolide en la humildad y no sea agitado por las tentaciones diabólicas.

Verso 28.– **Y clamaron al Señor, estando atribulados; y de sus necesidades los liberó**

[76]TL., *ne malis crescentibus obruamur, sed iterum nisi ipso protegente liberemur*. Aquí nuevamemte dos negaciones afirman.

[77]TL., *commoti sunt*; Vlg., *moti sunt.*

[*Et clamaverunt ad Dominum cum tribularentur, et de necessitatibus eorum liberavit eos*].

Verso 29.– **Y estableció su tempestad en las auras, y se acallaron sus olas** [*Et statuit procellam eius in auram, et siluerunt fluctus eius*]. Aquéllos que estaban como ebrios y cuya sabiduría había sido engullida, con saludable **clamor** volvieron a los consejos, que restablecen la vida. Una vez vueltos **al Señor**, comenzaron ya a gustar la sobriedad. Se dice ahora cuál fue el resultado de aquel grito de socorro: **Y de sus necesidades los liberó**. Pero en qué modo fueron suprimidas estas necesidades, en sentido alegórico, a continuación se expresa. Dice, en efecto: **Y estableció su tempestad en las auras, y se acallaron sus olas**. Aquella tempestad violentísima, que la fragilidad humana no podía soportar, desapareció enviada a las auras y, al momento, aquel estridor de ferocísimos males, por mandato del Señor, enmudeció al instante.

Verso 30.– **Y se alegraron, porque se calmaron, y los condujo al puerto de la voluntad de ellos**[78]**, y los liberó de sus necesidades** [*Et laetati sunt quia siluerunt, et deduxit eos in portum voluntatis eorum, et de necessitatibus eorum liberavit eos*[79]]. Habla ahora de aquello que, después de los peligros, suele acontecer en los que quedan agotados por el esfuerzo, esto es: que **se alegraron** de haber sido librados de la ingente catástrofe, al ver que van acercándose al puerto seguro. El **puerto** es llamado así, porque allí se *portan* las naves. Y, con el fin de sosegar el ánimo del que estaba ardientemente agitado, se añade: **Y los liberó de sus necesidades**, expresión que, aún estando repetida, no deja de ser, por ello, extremadamente grata.

Verso 31.– **Que sus misericordias confiesen al Señor; y sus maravillas, a los hijos de los hombres** [*Confiteantur Domino misericordiae eius, et mirabilia eius filiis hominum*]. Llega a la quinta parte, donde exhorta a la Iglesia a dar gracias al Señor, porque –piadoso y compasivo– concedió diversidad de bienes al género humano. Pero observa que, por cuarta vez, ha repetido el mismo verso, a fin de reproducir aquella división del mundo, en cuatro partes, de la que más arriba dijo: *Desde la salida del sol y del ocaso; desde el aquilón y el mar*, haciéndola concordar con estas cuatro partes anteriores del salmo, de manera que la confesión fiel –la misma en todas partes– sea cantada sin cesar –una y otra vez– también en todas partes. Era congruente, en efecto, que la única santa predicación incluyera también una sola religión, un solo pueblo, una sola Iglesia.

Verso 32.– **Y que lo exalten en la asamblea de la plebe, y que lo alaben en la cátedra de los ancianos** [*Et exaltent eum in ecclesia plebis, et in cathedra seniorum*[80] *laudent eum*]. Dice que el Señor, que es excelso por encima de todas las potestades de los cielos y de la tierra, **sea exaltado**. No porque a Él pueda añadírsele algo, sino para que nosotros mismos nos veamos acrecidos en su exaltación. En efecto, cuando pensamos en Él y lo alabamos, el Altísimo aparece inmenso e incomprehensible. Ahora bien, por la palabra **plebe** no hemos de entender aquí algo así como cierta clase despreciable de hombres, sino aquel pueblo, noble y poderoso por la verdadera religión, que, por medio de actos religiosos, constantemente *exalta* al Señor. En efecto, al decir: **Y que lo alaben en la cátedra de los ancianos**, ordena a todos los doctores, que están sentados en la **cátedra de los ancianos** –o sea, que merecieron ser sucesores de los antiguos pontífices– que hagan resonar las alabanzas del Señor. [**369**]. Sobre el hecho de ser dada la *cátedra* a los doctores ya se habló

[78]Hebr., אֶל־מְחוֹז חֶפְצָם [*al puerto de su deseo*], al puerto al que ansiaban llegar. Los LXX: ἐπὶ λιμένα θελήματος αὐτῶν [*al puerto de su deseo*].

[79]TL. omite: *et de necessitatibus eorum liberavit eos.*

[80]TL., in textu: *seniorum* [*ms. G. et ed.,* senum].

suficientemente en el salmo primero.

Verso 33.– **Porque puso ríos para el desierto, y corrientes de aguas para la sed** [*Quia posuit*[81] *flumina in desertum, et exitus aquarum in sitim*]. Explica por qué motivo la multitud de los fieles debe confesar al Señor: porque, una vez reprobada la malicia de los judíos, la muchedumbre toda viene al pueblo cristiano. Ciertamente, al negarse los judíos creer, aquellos **ríos** –o sea, los profetas o los apóstoles– pasaron **al desierto** de las gentes. En efecto, no habiendo querido, en modo alguno, el contumaz pueblo hebreo recibir espiritualmente la voz de Dios, la palabra divina –a modo de manantial de riego, que cambiara su curso– fue trasladada a la universalidad de las gentes y llegaron a ser fecundos sobremanera aquéllos que antes habían estado resecos, a causa de la aridez del pecado. Pero admirablemente dice: **Corrientes de aguas para la sed**, es decir, corrientes de aguas para las gentes, que con ansia desearan saciarse del agua celestial, no para aquellas otras que –como los judíos– con desprecio fatal la escupieran de su boca.

Verso 34.– **La tierra rica, en tierra salobre, a causa de la maldad de los que habitaban en ella** [*Terram fructiferam in salsilaginem a malitia inhabitantium in ea*]. Pues, con referencia a los cristianos, había hablado antes de la llamada de las gentes, habla ahora del rechazo de los judíos, rechazo que les proviene de su soberbia. En efecto, era **tierra rica**, cuando florecía, merced a la religión, que les vino de arriba; pero se volvió **tierra salobre**, una vez despreció los mandatos del Señor. En efecto, el agua salada se sabe que no es buena para los frutos. Por ello, dondequiera que fue dueño, frustró la gracia de la fecundidad. Pero cuál fue el motivo de que les sucediera esto, a continuación lo dice: **A causa de la maldad**. Ciertamente, a causa de la maldad de los que habitaban aquella tierra fecunda –o sea, el tabernáculo del Señor– con corazones llenos de engaño[82].

Verso 35.– **Puso el desierto como estaques de aguas, y tierra sin agua como corrientes de aguas** [*Posuit desertum in stagna aquarum, et terram sine aqua in exitus aquarum*].

Verso 36.– **Y estableció allí a los hambrientos; y constituyeron ciudad de morada** [*Et collocavit illic esurientes; et constituerunt civitatis habitationis*]. Este verso hace referencia al pueblo cristiano, para cuya sequedad le fue dada el agua saludable del santo bautismo. Considero, en efecto, que los **estanques** significan aquí las fuentes de las Iglesias. El agua que de ellas se recibe se mantiene, como en un lago sereno, hasta llegar el momento de que sea colmada la dignidad de una nueva regeneración[83]. Ciertamente, la palabra latina *stagna* [estanques] viene del verbo *stare* [estar quieto]. En efecto, la **tierra sin agua** significa los corazones incrédulos de los gentiles que, bañados con las aguas del bautismo, florecieron en virtud de la santa predicación. Pero en este beneficio **son establecidos** los que con gran avidez abrazaron los gloriosos bienes del Señor. Por su parte, la **ciudad de morada** es la Iglesia católica, en la que se establecen –vigorosos– aquéllos que obedecen los mandatos divinos.

Verso 37.– **Y sembraron los campos, y plantaron viñas; y dieron fruto de nacimiento**[84]

[81]TL., *Quia posuit*; Vlg., *Posuit.*

[82]TL., in textu: *subdolosis* [*ed.,* subdolis].

[83]Quiere decir que el agua de la fuente bautismal permanece quieta hasta el momento en que sea removida, para recibir dentro de ella a un nuevo bautizando o bien derramarla sobre su cabeza.

[84]Hebr., פְּרִי תְבוּאָה [*frutos de renta*], esto es, abundante, copioso. Los LXX: καρπὸν γενήματος [*fruto de renuevo*]. S. Agustín dice aquí *fructum frumenti.*

[*Et seminaverunt agros, et plantaverunt vineas; et fecerunt fructum nativitatis*].

Verso 38.– **Y los bendijo, y se multiplicaron grandemente, y sus jumentos no disminuyeron** [*Et benedixit eos, et multiplicati sunt nimis, et iumenta eorum non sunt minorata*]. **Siembran campos** y **plantan viñas** aquéllos que, arrancados los abrojos de los pecados, purifican sus corazones con la enseñanza celestial, para hallar así los frutos, que agradan al Señor. Feliz labor, admirable nacimiento, afanarse de este modo, a fin de que el Redentor de las gentes pueda ser conocido propiciamente. En efecto, la palabra latina *ager* [campo] viene del verbo *ago* [hacer[85]], porque allí se realizan cosas muy diversas, en orden a obtener el sustento. Añade: **Y dieron fruto de nacimiento; y los bendijo, y se multiplicaron grandemente**. La palabra latina *fructus* [fruto] viene del verbo *fruor* [gozar, disfrutar]. Por ello, los hombres, que producen frutos espirituales, gozan completamente de la bendición del Señor; pero aquellos otros, que resultan infecundos, vienen arrancados, como sucedió con aquella higuera del Evangelio, que sí estaba bien vestida de hojas exuberantes, pero era estéril en frutos [Lc 13,6-9; Mt 21,18-19]. **Se multiplicaron**, cuando los fieles benditos produjeron obras santas[86] y, por la gracia de Dios, llegaron a ser más gloriosos, a causa de la fecundidad de sus méritos. Sigue: **Y sus jumentos no disminuyeron**. Por **jumentos** debemos entender aquí a los hombres sencillos. Son poderosos, ciertamente, por la probidad de su fe; pero no gloriosos por elocuencia alguna. Son mejores por la vida que por la lengua. Vigorosos en extremo no en las palabras, sino en el corazón, cual leemos que fue Pablo: sencillo, pero dominador de los demonios. Así, pues, no fueron hechos menores estos tales que llegaron a obtener la gracia del Señor. Queda atestiguado así que, en la santa Iglesia, conviven estas dos clases de hombres.

Verso 39.– **Fueron hechos pocos, y fueron vejados por la tribulación de los males y el dolor** [*Pauci facti sunt, et vexati sunt a tribulatione malorum et dolore*].

Verso 40.– **Y fue vertida la contienda sobre sus príncipes[87]; y sus vanidades los sedujeron, y los sedujo en un lugar impracticable, y no en el camino** [*Et effusa est contentio*[88] *super principes eorum; et seduxerunt eos vana eorum, et seduxit eos in invio, et non in via*[89]]. Describe en estos dos versos a aquéllos que, engañados por la maldad de los herejes, abandonan la Iglesia del Señor. De ellos dice el apóstol Juan: *Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros; pues, si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros* (1Jn 2,19). Éstos, pues, son **pocos**, aunque ellos crean ser muchos. En efecto, comparados con la Iglesia universal su número viene a ser realmente pequeño. Éstos **fueron vejados por la tribulación de los males y el dolor**. **Vejados**, ciertamente, cuando las insidias diabólicas los golpearon. Inevitable es, en efecto, que sobrevenga la **tribulación** y el **dolor** a aquéllos que abandonaron al Autor de la salvación. Sigue: **Y fue vertida la contienda sobre sus príncipes**. Con pocas palabras son descritos y censurados los sacerdotes de los herejes, a causa de los cuales, con razón, se dice que **fue vertida**

[85]Entre otros muchísimos significados.

[86]TL., in textu: *operas* [*mss. A.,B.,* opulentias].

[87]Hebr., שֹׁפֵךְ בּוּז עַל־נְדִיבִים [*que derrama desprecio sobre los príncipes*]. Los LXX traducen: ἐξεχύθη ἐξουδένωσις ἐπ᾽ ἄρχοντας [*fue arrojado desprecio sobre los príncipes*]. Vlg., *Effusa est contemptio.* S. Agustín: *Effusus est contemptus.* Pero en algunos códices latinos se leía *contentio* [contienda], que, después, se corrigió en *contemptio* [desprecio], porque, de otro modo, no habría acuerdo con las respectivas voces hebrea y griega –בּוּז [*būz*] y ἐξουδένωσις– ambas con el significado de *desprecio.*

[88]TL., *contentio*; Vlg., *contemptio.*

[89]TL., *super principes eorum; et seduxerunt eos vana eorum, et seduxit eos in invio, et non in via*; Vlg., *super principes; errare fecit eos in invio, et non in via.*

la contienda, porque ellos contienden no con doctrina saludable, sino únicamente con mortífera locuacidad. Tales son los que aceptan las Escrituras divinas, según determinados lugares y –en su mayor parte– las rechazan[90]. Porque éstos **fueron seducidos a causa de su vanidad**, se deslizan **por los lugares impracticables** del error, como es propio de los que se apartan del camino de la salvación y se detienen en senderos tortuosos. Escuchen, pues, por dónde caminan y sepan a dónde pueden llegar.

Verso 41.– **Y ayudó al pobre a causa de su pobreza, y puso a las familias como las ovejas** [*Et adiuvit pauperem de inopia, et posuit sicut oves familias*].

Verso 42.– **Verán los rectos, y se alegrarán; y toda iniquidad tapará su boca** [*Videbunt recti, et laetabuntur; et omnis iniquitas oppilabit os suum*]. Puesto que anteriormente ha hablado de los herejes arrogantes, se vuelve ahora a los católicos humildes, dejando ayunos a los príncipes de aquéllos y restableciendo, con el socorro celestial, a los **pobres** de éstos. En efecto, este *pobre* es el único entre[91] todos los que, abandonados los halagos del mundo, llama continuamente a la puerta de la misericordia celestial, para merecer ser admitido en aquella familia que –**como ovejas**– es adornada[92] por el honor de la simplicidad. Al verlo, sin duda, se alegrarán los santos, porque contemplan al hombre fiel, que ha sido adquirido, para formar parte de sus asambleas. Hecho esto, la iniquidad del diablo enmudece, porque a los elegidos del Señor nada habrá que se les pueda oponer.

Verso 44.– **¿Quién es sabio y guardará estas cosas, y entenderá las misericordias del Señor?** [*Quis sapiens et custodiet haec, et intelliget misericordias Domini?*] Un precioso final es el que cierra este salmo admirable. **¿Quién es sabio?** Como si dijera: El que es verdaderamente sabio guarda estas cosas, que han sido dichas, prefiriendo ser un pobre de Cristo mejor que un príncipe de los herejes; eligiendo llamar a la puerta del Rey celeste, mejor que enseñar palabras que hacen daño. En efecto, el que pudiere elegir así y juzgar así, recibirá entonces las **misericordias del Señor**, que tiempo ninguno puede ponerle fin.

Conclusión del salmo

Aunque todas las cosas, que se contienen en este salmo, han sido narradas con muy dulce entonación, acarició, sin embargo, mi espíritu [**370**] con particular deleite aquel lugar, donde se dice que, con estrecha unión, la Iglesia de Dios ha de ser reunida desde todas las partes del mundo. Dice, en efecto: *Los congregó de entre las regiones, de la salida del sol y del ocaso, del aquilón y del mar*. Pero vale la pena analizar un poco más detenidamente este verso, pues es óptimo indicador de la ciencia astronómica. En efecto, al hablar de los cuatro puntos cardinales del mundo, dibujó el orbe de la tierra según una figura cuadrangular. Pero has de saber que la división de este salmo se debe al muy docto Padre Agustín. Dice haberlo explicado para el pueblo de tal modo que ya no considera que se ha de exponer así. Imitadores nosotros de esto –en la medida en que no es concedido– creemos que todos los salmos deben ser repartidos, según las divisiones dadas, estimando aportar con nuestras explicaciones mínimos auxilios, cosa que aconsejó la autoridad de

[90]Marción defendía tal cosa.

[91]TL., in textu: *ex* [*ms. G. et ed.,* in].

[92]TL., *decorantur*; prop., *decoratur.*

tan gran Padre[93].

SALMO CIENTO SIETE

Cántico. Salmo de David.
[*Canticum psalmus David*].

Se ha de buscar en este salmo la novedad, que en él se contiene, pues consta que está compuesto de partes de los salmos cincuenta y seis y cincuenta y nueve. Pero, aun siendo las palabras idénticas a las que ya leíamos en los dos salmos citados, ellas nos orientan, sin embargo, a una comprensión distinta. El hecho mismo de haber sido cambiado el título, que indica siempre –como es sabido– el contenido del salmo, es señal convincente de que también las mismas partes, arriba mencionadas, se comprenden de manera diferente. En efecto, con frecuencia, hemos dicho que la palabra **cántico** se refiere a la contemplación de las realidades divinas y que el vocablo **salmo** nos remite a las obras actuales, que se realizan, sin embargo, conforme a los mandatos divinos, cosa que, en su primer verso, este mismo salmo atestigua: *Cantaré y salmodiaré al Señor*. Por su parte, el nombre **de David** significa al Rey, Cristo, que es el que va a hablar, a lo largo de todo el salmo. Por lo cual, debemos examinar con sumo cuidado cada una las cosas, que en este salmo se dicen, porque los salmos, en los que el Señor se digna hablar en persona –debido a su penetración, digna de toda reverencia– son de una gran hondura, de modo que la dignidad de tan gran misterio quede protegida por un velo más tupido.

División del salmo

Como ya se ha dicho, a lo largo de todo el salmo, habla Cristo el Señor. Habla, en la primera parte –en cuanto que es hombre–, dando gracias de alabanza a la gloria del Padre, porque, habiendo completado el misterio admirable de la pasión, ha resucitado para la gloria sempiterna. En la segunda, humilla siempre su humanidad, en la que, sin embargo, muestra también el poder de su propia Majestad, de manera que conozcas que las dos naturalezas están verdaderamente unidas en la única persona de Cristo y no–como la impiedad de algunos piensa– que Cristo esté dividido en dos hijos, sino que uno y el mismo es el Hijo de Dios, ora hable, según la carne –asumida en nuestro favor–, ora hable, según el poder y la gloria del Verbo. Haz tú distinción, por consiguiente, entre las naturalezas divina y humana, y superarás todas las cosas sin tropiezo alguno, según reza aquella breve máxima de los Padres: *Da los sufrimientos a la carne; da los milagros a la Divinidad*.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado está mi corazón; cantaré y salmodiaré en mi gloria** [*Paratum cor meus, Deus, paratum cor meum; cantabo et psalmum dicam in gloria mea*[1]]. Aquella santidad de la gloriosa encarnación –en tanto que refiere su pureza– muestra en qué modo se dicen las alabanzas al Señor. **Preparado** estaba siempre para tales cosas

[93]S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, págs. 875-876.

[1]TL., *et psalmum dicam Domino*; Vlg.,*et psallam in gloria mea.*

Aquél en quien –en cuanto a las alabanzas del Padre– no existía la diferencia que existe en los pecadores. En efecto, la misma repetición de las palabras muestra la esperanza firme de la promesa, porque consta que aquello que es refrendado, mediante una profesión repetida, es algo que se dice con absoluta firmeza. Pero bien hablamos nosotros, en cuanto a lo que verdaderamente de sí mismo promete, si confiamos en que –por favor suyo– son absueltos nuestros pecados. Sigue: **Cantaré y salmodiaré al Señor**. Con razón, decía tales cosas acerca de sí mismo Aquél, cuyo hablar y actuar eran conformes a las reglas divinas. En efecto, en el salterio aquel ninguna cuerda era echada en falta ni –debido a cualquier desafinado sonido– desentonaba tampoco su voz, sino que, unidas al cántico espiritual en festiva exultación, se hallaban también las obras. Y era verdaderamente aquél un salterio de dulces sonidos, porque su tañido estaba en total armonía con la santidad de los cánticos.

Verso 2.– **Levántate, gloria mía; levántate, salterio y cítara; me levantaré al alba**[2] [*Exsurge, gloria mea; exsurge, psalterium et cithara: exsurgam diluculo*]. Después de haber dicho Cristo el Señor –según la carne– que iba a cantar y a salmodiar para el Padre, dice ahora: **Levántate, gloria mía**, gloria ésta que, por medio del salterio y de la cítara, halla su expresión. El **salterio** hace referencia a la integridad de las costumbres, mientras que la **cítara** se refiere, más bien, a la aflicción del cuerpo y al dolor. Añade: **Me levantaré al alba**. Sigue el orden preciosísimo de los hechos. En efecto, después de la indicación de la pasión, esta expresión necesariamente debe comprenderse con referencia a la resurrección, porque en tal momento del día – como el Evangelio testimonia– resucitó el Señor de entre los muertos. Pero si quieres entender este hecho con relación a sus miembros, se acomoda también, de manera conveniente, a un fiel cualquiera, porque siempre **se levanta al alba** aquél que, mediante las obras piadosas, está presente en la Iglesia, para alabar al Señor. En efecto, aunque esté en vela, durante la noche profunda, no puede soportar las tinieblas el que es iluminado con el esplendor tan grande de alabanza.

Verso 3.– **Te confesaré en los pueblos, Señor; salmodiaré para ti entre las gentes** [*Confitebor tibi in populis, Domine; psalmum dicam tibi inter gentes*[3]]. Se significa con estas palabras la Iglesia universal, porque –como ya se ha dicho varias veces– fueron muchos los que, en un primer momento, creyeron de entre el pueblo judío [Hch 2,41.47]. Pero, después, fue admitida la gran muchedumbre de fieles, procedente de la gentilidad. Y observa cómo las causas particulares vienen diferenciadas con palabras adecuadas. Dice que **confiesa en el pueblo** judío, en medio del cual habló con su propia voz. Pero dice que **salmodia entre las gentes**. Dirigiéndose a ellas los apóstoles, por medio de sus santas predicaciones, dieron cumplimiento a sus mandatos. En efecto, mediante el verbo **salmodiar**, se da a conocer lo que Él realizó, por medio de sus ministros.

Verso 4.– **Porque hasta los cielos ha sido magnificada tu misericordia, y hasta las nubes tu verdad** [*Quoniam magnificata est usque ad caelos misericordia tua, et usque ad nubes veritas tua*]. También estas palabras son dirigidas al Padre. En efecto, **hasta los cielos ha sido magnificada** su **misericordia**, porque las potestades celestes disfrutan de sus beneficios. Pues, aunque la suma dignidad sea considerada propia de los ángeles buenos y de las distintas potestades celestes, sin embargo, por su favor, son ellos –los cielos– bienaventurados. Pero engrandecida ha sido **hasta las**

[2]Hebr., אָעִירָה שָׁחַר [*yo despertaré a la aurora*], en el sentido de hacer que la aurora se dé prisa en salir. Los LXX: ἐξεγερθήσομαι ὄρθρου [*me despertaré al amanecer*].

[3]TL., *inter gentes*; Vlg., *in gentibus.*

nubes su **verdad**, porque los anunciadores de la palabra –como nubes portadoras de abundante agua– se derramaron sobre los pueblos infieles.

Verso 5.– **Exalta sobre los cielos, oh Dios, y sobre toda la tierra tu gloria** [*Exaltare super caelos, Deus; et super omnem terram gloria tua*]. Desarrolla lo dicho más arriba [**371**]. Pues anteriormente dijo que la misericordia del Señor *había sido exaltada hasta los cielos*, añade ahora: **Exalta sobre los cielos, oh Dios**. Como es manifiesto que su misericordia contiene las criaturas celestiales, con razón, debe **ser exaltado sobre los cielos**. Y, puesto que dijo, después: *Hasta las nubes su verdad*, razonablemente añade: **Y sobre toda la tierra tu gloria**. En efecto, quedan expuestas así, con toda claridad, aquellas cosas, que se corresponden entre sí con referencia recíproca.

Verso 6.– **Para que sean liberados tus dilectos; sálvame con tu diestra, y escúchame** [*Ut liberentur dilecti tui; salvum me fac dextera tua, et exaudi me*]. Llega a la segunda parte que –según dijimos– es idéntica a la última del salmo cincuenta y nueve[4]. De ahí que, con razón, se coloque la división en el punto donde ha sido unida la parte del otro salmo. Y, para que entiendas claramente que la pasión del Señor ha tenido lugar para provecho del pueblo fiel, suplica **ser salvado**, a fin de que quede liberada la multitud de los creyentes. No hay duda de que esto aconteció en el momento de la resurrección, cuando, por virtud de tal manifestación, los apóstoles o bien todos los creyentes comprendieron la Divinidad del Señor Salvador.

Verso 7.– **Dios ha hablado en su santo: me alegraré, y dividiré a Siquem, y mediré el valle profundo de los tabernáculos** [*Deus locutus est in sancto suo: Laetabor*[5]*, et dividam Sichinam, et convallem tabernaculorum metibor*[6]]. En este verso y en los dos que siguen, los hechos –mezclados con palabras griegas y latinas– dan lugar a la figura retórica conocida con el nombre de *sardismos* y que –como en el salmo cincuenta y nueve ya tuvimos ocasión de explicar– se forma, gracias a la combinación de palabras, procedentes de lenguas distintas. Vayamos ahora a la explicación de las palabras. Cuando dice: **Dios ha hablado en su santo**, se está refiriendo claramente a sí mismo. Y entiende bien de qué fuerza expresiva están dotadas dichas palabras: **En su santo**. En efecto, no ha dicho *por medio de su santo* –como si se refiriera a los profetas, a los apóstoles o a cualesquiera otros, que fueron del agrado del Señor–, sino que aquí dice: *En su santo*, de manera que el mismo Verbo –hecho carne– habla junto al Padre con idéntica voluntad. Sigue: **Me alegraré, y dividiré a Siquem**. Hemos de examinar cuidadosamente el significado de todos estos nombres, porque ponen al descubierto los arcanos de cosas ocultas para nosotros. **Siquem** se traduce por *hombros*[7]. Pero los hombros significan las obras, por las que solemos realizar una determinada cosa, bien empleando las manos, que se esfuerzan en la brega, o bien las manos, que se dedican a gobernar. El sentido de esto es el siguiente: **Se alegrará** después de su resurrección, porque repartió el trabajo –es decir, su gracia– entre los apóstoles y los fieles, que siguieron anunciando la gloria de su pasión y resurrección. Añade: **Y mediré el valle profundo de los tabernáculos**. La expresión: **Valle profundo** significa *humildad*. **De los tabernáculos**, es decir, de las iglesias, de las cuales consta, de manera especial, su santísima virtud. Así, pues, el Señor

[4]A partir del verso 7, hasta el final.

[5]TL., *laetabor*; Vlg., *exsultabo.*

[6]TL., *metibor*; Vlg., *dimetiar.*

[7]HIER., *Liber de nominibus hebraicis,* (PL 23,829).

midió la humildad, cuando distribuyó –según quiso– entre cada uno de los fieles los dones de los carismas, como dice el Apóstol: *Pero a cada uno de nosotros ha sido dada la gracia, según la medida del don de Cristo* (Ef 4,7).

Verso 8.– **Mío es Galaad, y mío es Manasés; Efraín, la fuerza de mi cabeza; Judá es mi rey** [*Meus est Galaad, et meus est Manasses, et Ephrem fortitudo*[8] *capitis mei; Iuda rex meus*]. En la lengua latina se llama **Galaad** a la *transmigración*[9], que verdaderamente es propia del Señor, cuando las gentes, por la fuerte punzada de su llamada, vuelven felizmente a Él. **Manasés** se traduce por *olvido*[10]. Con esta palabra se significa al pueblo judío, el cual, olvidándose de los beneficios del Señor, con sacrílega soberbia crucificó a Cristo el Señor. Más tarde, sin embargo, merced a su compasión, volvió de nuevo a su religión y culto. De este modo, con la mención de estos nombres se testimonia que uno y otro pueblo son pueblos suyos. Sigue: **Efraín, la fuerza de mi cabeza; Judá es mi rey**. Dice esto acerca de su pasión. La traducción de **Efraín** es *fructificación*[11]. Significa, en efecto, la corona de espinas, que fue colocada sobre la cabeza del Señor, durante el transcurso de su pasión. Esta corona fue fértil por encima de todos los frutos, en modo de ganar el mundo entero con acto tan grande de humildad. Pero, con razón, dice que **Judá es** su **rey**, porque de su linaje desciende, según la procreación de la carne.

Verso 9.– **Moab, olla de mi esperanza; contra Idumea extenderé mi calzado; los filisteos me están sometidos**[12] [*Moab olla*[13] *spei meae; in Idumaeam extendam calceamentum meum; mihi allophyli subditi sunt*[14]]. **Moab** –como a Jerónimo gusta– significa *fuera del padre*[15] [ex patre], aquello que está sin padre. De ahí que, por esta palabra, se quiera entender el *diablo*, el cual, a causa de sus perversas acciones, no tiene a Dios como Padre, sino como justo Juez. Así, pues, viene éste comparado con la **olla**, que cuece las carnes, que va recibiendo, y que, con vapor hirviente, las lleva hasta alcanzar la debida blandura. Así castiga el diablo, con incesante consunción[16], a los que se entregan a él y –no queriendo que pasen a la humildad de la confesión– los va conduciendo con seguimiento incesante. De este modo y conforme al humano modo de hablar, dice el Señor que, a causa de la persecución del diablo, tiene Él **esperanza**, porque muchos de los que aquél se apresura a afligir, una vez convertidos, se esfuerzan por volver a los beneficios del Señor. Sigue: **Contra Idumea extenderé mi calzado**. **Idumea** se traduce por *terrena* y *sanguínea*[17]. Es la tierra que el Señor dice que va a poseer, por medio de la predicación del Evangelio. En efecto, en el salmo cincuenta y ocho dijimos que con la palabra **calzado** se significa el Evangelio, con el que el Señor –extendiéndolo, hasta hacerlo llegar a los hombres terrenales– llenó de su ley al mundo entero, por medio de la predicación universal. Sigue diciendo: **Los filisteos me están sometidos**. Por **filisteos**

---

[8]TL., *Ephrem fortitudo*; Vlg., *Ephraim susceptio*].

[9]HIER., *Liber de nominibus hebraicis,* (PL 23,832). Sin embargo, allí se dice: *Galaad, acervus testis.*

[10]HIER., *Liber de nominibus hebraicis,* (PL 23,826).

[11]HIER., *Liber de nominibus hebraicis,* (PL 23,822).

[12]Hebr., עֲלֵי־פְלֶשֶׁת אִתְרוֹעָע [*sobre Filistea elevo mi grito de victoria*]. Los LXX: ἐμοὶ ἀλλόφυλοι ὑπετάγησαν [*a mí los extranjeros se sometieron*].

[13]TL., *olla*; Vlg., *lebes.*

[14]TL., *mihi allophyli subditi sunt;* Vlg., *mihi alienigenae amici facti sunt*.

[15]HIER., *Liber de nominibus hebraicis,* (PL 23,834). *Moab, de patre*

[16]TL., in textu: *consumptione* [*ed.,* consummatione].

[17]Véase nota correspondiente al Sal 59,8.

entendemos los *extranjeros*. Pero significan aquí al pueblo cristiano, el cual fue reunido de entre las más diversas gentes, en virtud de la misericordia del Señor. En efecto, mediante la palabra **súbditos** atestigua que son los futuros fieles.

Verso 10.– **¿Quién me conducirá a la ciudad fortificada? ¿Quién me conducirá hasta Idumea?** [*Quis deducet me in civitatem munitam? aut quis*[18] *deducet me usque in Idumaeam?*]. **¿Quién me conducirá?** En razón de[19] su condición humana, una legítima pregunta va puesta por delante, buscando obtener la conveniente respuesta. Niega, en efecto, que con el auxilio de los hombres pueda ser conducido hasta donde desea llegar, para liberar a sus fieles. En efecto, la misma naturaleza humana dice humildemente lo siguiente: *Dios mío, Dios mío, mírame: ¿por qué me has abandonado?* (Sal 21,2). Y también: *El que me envió es mayor que yo* (Jn 14,28). Finalmente: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz* (Mt 26,39). En efecto, conforme a la naturaleza humana asumida, todo lo recibe humildemente, de manera que el hombre Dios llegase a su perfección última [Heb 5,7-9]. **A la ciudad fortificada**, ciudad que ninguna fuerza humana pudo abrir, sino Aquél que quebrantó sus puertas, expresión ésta que significa, quizá, el *infierno*. De ahí que, en el salmo anterior, se dijera: *Porque hizo pedazos las puertas de bronce y quebró los cerrojos de hierro* (Sal 106,16). Ciudad, que está abierta, para recibir; pero que permanece cerrada, para no dejar partir. Ciudad, que perdió la ley de su fortificación, cuando el Redentor de las gentes entró en ella. En efecto, el salmo veintitrés atestigua que la palabra *puertas* puede ser empleada en sentido positivo o negativo. Dice: *Abrid, príncipes*[20]*, vuestras puertas, y elevaos, puertas eternales* (Sal 23,8). En cuanto a **Idumea**, ya acabamos de decir que significa las cosas terrenales. Tras su resurrección, a ella vino el Señor, cuando –abierta por la gloria inapreciable– el rey todopoderoso se dio a conocer a todas las gentes. En efecto, también ésta pide llegar a ser como aquélla de la que anteriormente ha hablado.

Verso 11.– **¿Acaso no eres tú**[21]**, oh Dios, que nos has rechazado, y no sales, oh Dios, con nuestros poderes**[22]**?** [*Nonne tu, Deus, qui repulisti nos, et non egredieris, Deus, in virtutibus nostris?*]. Se completa aquella confesión, que el verso anterior había dejado en suspenso, porque las cosas, que tuvieron lugar en la resurrección, sólo por la Divinidad pudieron ser realizadas. En efecto, ¿quién quebrantaría el claustro de la muerte?; ¿quién abriría las puertas de la ciudad fortificada, sino solo Cristo el Señor [**372**], el cual, contra todo orden natural, resucitó de entre los muertos al tercer día, mostrando la gloria de su Majestad? Y fíjate bien en que todas las cosas anteriores vienen expresadas en número singular, pero que aquí –empleando el plural– dice que Él *es rechazado*, a fin de que se entienda que la Cabeza dice tales cosas en unión con sus miembros. **Nos has rechazado**, expresión que significa: *Nos hiciste esperar*, porque también Él mismo, mientras permanecía en esta vida, aguardó su propia glorificación, y la gloria de todos los fieles queda en suspenso –aún hoy– hasta llegar a los premios de la resurrección. Sigue: **Y no sales, oh Dios, con nuestros poderes?**. Significan estas palabras el tiempo aquel, en que fue apresado y entregado por la turba judía; el tiempo en que, habiendo ordenando el gobernador que lo azotaran,

[18]TL., *aut quis*; Vlg., *quis.*

[19]TL., in textu: *A parte* [*mss. A.,B.,F., et ed.,* aperte].

[20]TL., in textu: *principes vestras* [*ed.,* principis vestri].

[21]Hebr., הלֹא־אֱלֹהִים [*¿No eres tú, oh Dios?*]. Los LXX: οὐχὶ σύ ὁ θεός [*¿No eres tú, oh Dios?*].

[22]Hebr., בְּצִבְאֹתֵינוּ [*con nuestros ejércitos*]. Los LXX: ἐν ταῖς δυνάμεσιν ἡμῶν [*con nuestros fuerzas*].

hubo de soportar los salivazos de los enloquecidos judíos. En efecto, si la Divinidad hubiese querido repeler entonces tales agravios, toda oposición se habría venido abajo, hecha pedazos. Pero hizo esperar la manifestación del milagro de su poder, a fin de que se cumpliera todo cuanto estaba previsto, en orden a su fructífera pasión. Esto resulta útil también para los fieles, cuando –en señal de prueba– se sienten afligidos por diversas calamidades.

Verso 12.– **Danos auxilio a causa de la tribulación, y vana es la salvación del hombre** [*Da nobis auxilium de tribulatione, et vana*[23] *salus hominis*]. La humanidad del Señor clama aquí junto con sus miembros, para que, a causa de las tribulaciones de este mundo, le sea concedida la seguridad de la resurrección, de tal suerte que se aquiete, algún día y finalmente, la tempestad de este tiempo. En efecto, no pide **auxilio**, en razón de los placeres, sino de la **tribulación**, pues bien sabe que, a través de ella, llegan a los hombres –por la clemencia divina– los remedios necesarios. Y, para que ni siquiera una pizca de esperanza quedase depositada en los poderes del mundo, añade: **Y vana es la salvación del hombre**, porque verdaderamente débil y perecedera es esta previsión.

Verso 13.– **En Dios pondremos la fuerza, y él reducirá a la nada a los que nos atribulan** [*In Deo faciemus virtutem, et ipse ad nihilum deducet tribulantes nos*[24]]. Ésta es la voz del Señor Salvador y de todos los fieles, pues, por los poderes divinos, sale eficazmente al encuentro de los enemigos tanto espirituales como carnales. Escuchen también este salmo los que sostienen que la carne y la Divinidad del Señor son de una sola naturaleza. Con razón, el celestial orador Ambrosio, en su libro *Sobre la Encarnación del Señor* (cap. 6) arremete contra ellos, diciendo: *¿Qué infiernos vomitaron tan gran sacrilegio? Son ya más soportables los arrianos, cuya fortaleza de maldad*[25] *va creciendo, gracias a éstos, al defender con el mayor empeño que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son de la misma sustancia. Pues éstos se atrevieron a decir que la divinidad y la carne del Señor son de una misma sustancia*[26], y las demás cosas que en este texto admirable se contienen. Entiendan, por lo cual, que mucho más sacrílegos que aquéllos son estos otros, a los que la Iglesia universal considera ajenos a ella. No inmerecidamente, pues, al recibir el Verbo encarnado el nombre de Cristo y siendo una realidad el Verbo y otra la carne, el hecho de decir –como ellos dicen– que en Cristo hay una sola naturaleza supone una perversión tal que mayor que ella –si no me equivoco– no puede encontrarse otra en todas las herejías. En efecto, aun cuando todas ellas sean, en modo particular, motivo de afrenta para la Majestad, ésta fue la única –¡oh dolor!– que tuvo la osadía de esforzarse por hallar también de dónde arrancar de raíz el nombre mismo de nuestra fe. Ha de saberse que éste es el sexto salmo que –como dijimos anteriormente– trata sobre las dos naturalezas de Cristo.

[23]TL., *et vana*; Vlg., *quia vana.*

[24]TL., *deducet tribulantes nos*; Vlg., *deducet inimicos nostros.*

[25]TL., *quorum per istos perfidiae ipsius robur*; Ambrosio, *quorum per istos perfidiae robur.*

[26]*Quae tantum sacrilegium inferna vomuerunt? Iam tolerabiliores Ariani, quorum per istos perfidiae ipsius robur adolescit; ut maiore contentione asserant Patrem, et Filium, et Spiritum sanctum unius non esse substantiae, quia isti divinitatem Domini et carnem substantiae unius dicere tentaverunt* (AMBROSIUS, *De incarnationis dominicae sacramento* [PL 16, 331A]). Doctrina sostenida por los monofisitas. El monofisismo es la doctrina que niega que, en Jesucristo, haya dos naturalezas. Se identifica, generalmente, como *eutiquianismo,* nombre dado a la doctrina de Eutiques, que no admitía sino una sola naturaleza en Jesucristo.

Conclusión del salmo

¡Qué bien unidas están entre sí las cosas que, para obrar la salvación del género humano, bajan de una misma fuente! En efecto, ¿quién no se admira de lo dicho en los dos anteriores y diversos salmos, cosa que aquí ha sido conducida a tan gran conformidad?. Así, en el libro de las Crónicas (1Crón 16), reunidas diversas partes de salmos –esto es, de los salmos ciento cuatro, noventa y cinco y ciento cinco[27]–, también el mismo David, lleno del Espíritu Santo, cantó delante del Arca de la Alianza, con grandes exultaciones, las alabanzas del Señor, para que fuera como un suave incienso de diversos aromas aquello que felizmente subiese a la presencia del Señor. Sin dificultad se une, ciertamente, aquellas cosas que, en modo alguno, pugnan entre sí. Creamos, por lo cual, que también este salmo ha sido formado a partir de otros, a fin de que el alma hambrienta se restablezca, alimentándose con diversidad de sabores. De donde considero que también hoy está permitido combinar elementos tomados de partes de los salmos, para darlo a los cantores. Soy del parecer, en efecto, que también tiene que ver con esto aquello que realizó el Señor, esto es: formar de dos pueblos una única Iglesia.

SALMO CIENTO OCHO

Para el final. Salmo de David.
[*In finem, psalmus David*].

El título de este salmo es ya bien conocido por exposiciones precedentes. Y, por tal razón, ha de ser referido al Rey eterno: porque todas sus palabras tienden a Cristo el Señor. En efecto, Él mismo es quien, en este salmo, va a hablar de la iniquidad de Judas o del pueblo judío, prediciendo también los misterios de su pasión.

División del salmo

Como se ha dicho, a lo largo de todo el relato habla Cristo el Señor. En la primera parte, increpa a los judíos, que decidieron devolver a su Creador cosas malas en pago de los bienes recibidos. En la segunda, se narra la iniquidad tanto del traidor Judas como del pueblo judío y aquellas otras cosas premonitorias de cuanto les habría de sobrevenir[1], como consecuencia de tanta execración. En la tercera, ruega –en cuanto que es hombre–que, liberado del peligro de la pasión, pueda alcanzar prontamente la gloria de la resurrección.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Oh Dios, no acalles mi alabanza[2], porque la boca del pecador y la boca del**

[27]Sal 105,1-15; 95,1-13; 105,47-48.

[1]TL., in textu: *erant ventura* [*ed.,* erunt ventura].

[2]Hebr., אֱלֹהֵי תְהִלָּתִי אַל־תֶּחֱרַשׁ [*Dios de mi alabanza, no calles*]. Los LXX: ὁ θεός τὴν αἴνεσίν μου μὴ παρασιωπήσῃς [*Oh Dios, mi alabanza no pases en silencio*].

mentiroso está abierta sobre mí. Han hablado contra mí con lengua engañosa[3] [*Deus, laudem meam ne tacueris, quia os peccatoris et os dolosi super me apertum est. Locuti sunt adversum me lingua dolosa*]. El Señor y Salvador nuestro –en razón de la condición de siervo asumida y según la humildad de la carne, por la que había de soportar los graves improperios de los judíos– pide al Padre que no haga callar[4] la alabanza de su resurrección. En efecto, esto es lo quiere decir la expresión: **No acalles mi alabanza**, o lo que es lo mismo; no hagas callar[5]. Se trata de una hermosa contradicción, es decir: que, dado que los enemigos decían mentiras, se cantaran contra ellos al mundo entero los testimonios de la verdad. En efecto, desea que, por medio de la gloria de su resurrección, sean ellos confundidos, a fin de que reconozcan el delito de su propia perversidad y acudan más prontamente a los remedios de la confesión, no sea que, por su actitud pertinaz, perezcan para siempre. Esta figura retórica recibe el nombre de *syncrisis*, en latín, *collatio* [cotejo]. Dicha figura tiene lugar, cuando –dado un punto de comparación– llegamos a demostrar que nuestra causa es más justa que la del adversario. Pero esta alabanza era cierta, porque brotaba de la Verdad. Por el contrario, aquellas palabras, que salían de una boca mentirosa y perversa, sabido es que eran del todo falsas. En efecto, ¿cómo puede decirse que es verdadero aquello que se enseña como contrario a la misma Verdad?. Ciertamente, la expresión: **Está abierta la boca** significa las afrentas, que sufrió de parte de los judíos. Pero aparece aquí el número singular, porque –como se ha dicho ya varias veces– está permitido que, con referencia al pueblo, se emplee tanto el singular como el plural. En efecto, aunque –ateniéndonos al nombre– se oiga uno solo, se comprende, sin embargo [**373**], que se trata de muchos. Sigue: **Han hablado contra mí con lengua engañosa**. En efecto, **hablaron con lengua engañosa**, cuando atentaban contra la sencillez del Señor, acudiendo a palabras capciosas, como las siguientes: *¿Es lícito pagar tributo al César?* (Mt 12,14). Y también: *Maestro, sabemos que eres veraz* (Mc 12,14). En efecto, todas estas cosas las decían con engañosos pensamientos.

Verso 2.– **Y con palabras de odio me rodearon, y en balde lucharon contra mí** [*Et sermonibus odii circumdederunt me, et expugnaverunt me gratis*]. Mediante la expresión: **Con palabras de odio me rodearon**, está haciendo referencia al tiempo aquel en que, con malvada conspiración, dijeron a Pilato: *¡Crucifícalo, crucifícalo!* (Lc 22,21). En efecto, las **palabras de odio**, que pedían la muerte del que no tenía pecado, no fueron, ciertamente, palabras propias de la verdad. Por su parte, la expresión: **Me rodearon** tiene como significado la multitud enloquecida, que de todos lados gritaba palabras llenas de maldad. **En balde lucharon contra mí**. Sucedió esto, cuando, en presencia del gobernador y presentando acusaciones falsas, exigían la sangre del que era inocente. **En balde**, porque ningún beneficio pudo aportarles, sino el hecho de dar lugar –antes al contrario– a una muerte detestable. En efecto, así como los justos aman al Señor gratuitamente, amándolo sólo por Él mismo, sin buscar beneficio temporal alguno, así también los impíos maldicen *en balde*, porque no pueden encontrar motivo de un odio justo, como en el salmo sesenta y ocho quedó dicho: *Se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza los que me odiaron en balde* (Sal 68,5).

Verso 3.– **En vez de amarme, decían mal de mí; pero yo oraba** [*Pro eo ut me diligerent,*

[3]Hebr., דִּבְּרוּ אִתִּי לְשׁוֹן שָׁקֶר [*han hablado conmigo con lengua mentirosa*]. Los LXX: ἐλάλησαν κατ᾽ ἐμοῦ γλώσσῃ δολίᾳ [*han hablado contra mí con lengua falaz*].

[4]TL., in textu: *silere* [*ed.,* sileri].

[5]L., in textu: *tacere* [*ed.,* taceri].

detrahebant mihi; ego autem orabam].

Verso 4[6].– **Pusieron contra mí males por bienes, y odio en lugar de mi amor** [*Posuerunt*[7] *adversum me mala pro bonis, et odium pro dilectione mea*]. En estos dos versos, se ha de hacer una oportuna distinción sobre los asuntos propuestos, a fin de que aquellas cosas, dichas ocultamente, se den a conocer con toda claridad. Así, pues, a tres modos se reduce toda clase de pecado. El primer grado, en la escala de los delitos, es no devolver bien por bien. El segundo, devolver mal por mal. El tercer extremo de los pecados es devolver males por bienes. En sentido inverso, con igual número de grados se realizan las cosas, que son dignas de alabanza. Primero, corresponder al bien con el bien. Segundo, no devolver mal por mal. Tercero y como grado perfecto de virtud, retribuir el mal con el bien. Y fíjate bien en que, así como los judíos determinaron llevar a cabo aquella última y más perversa parte en los grados del pecado –es decir, lanzarse al odio impío, cuando habrían debido amar– así el Señor devolvió, con perfecta piedad, aquel bien sumo, es decir: orar desde la cruz por aquéllos que, con sacrílega voluntad, habían decretado su muerte.

Verso 5.– **Establece sobre él al pecador, y esté el diablo a su derecha**[8] [*Constitue super eum peccatorem, et diabolus stet a dextris eius*]. Llega a la segunda parte, en la que, primero, va a decir muchas cosas sobre Judas, hombre capaz de toda clase de males. Después, empleando el número plural, mezcla también a los impíos judíos, los cuales –al imitar su pecado– llegaron a ser como ciertos hijos suyos. Por tal razón, con seguridad absoluta del acontecer futuro, predice que sobre Judas el traidor **se ha de establecer** el diablo, el cual, con razón, es llamado **el pecador**, porque el delito consumado en la traición tuvo su origen en él [Jn 13,2.27]. Y, para que no dudes, tal vez, que habla sobre la persona de Judas, añade: **Y esté el diablo a su derecha**. Ciertamente, porque por ningún acto de confesión se hizo merecedor de salvación, sino que, a consecuencia de la desesperación de su maldad, murió ahorcado [Mt 27,5]. Y no pudo tener libre la derecha aquél que conocía todos los delitos propios de la parte izquierda. En efecto, se significa así que cada cual obra, según es el que tiene a su derecha, como en el siguiente ejemplo –en sentido negativo– se dice: *Su derecha, derecha de iniquidad* (Sal 143,11). Y este otro, pero en sentido positivo: *Miraba yo al Señor delante siempre de mí, porque está a mi derecha* (Sal 15,8). Por ello, en estas indicaciones se significa el modo de ser de toda nuestra vida.

Verso 6.– **Al ser juzgado, salga condenado; y su oración sea para pecado** [*Cum iudicatur exeat condemnatus, et oratio eius fiat in peccatum*]. Se dice esto acerca del juicio futuro, cuando, mediante justísima sentencia, sean condenados los pecadores, como en el Evangelio está escrito: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles* (Mt 25,41). Y fíjate en que dice: **Salga**. Salga, ciertamente, de la asamblea de los justos, de donde todo el que sale se agrega a la sociedad de los impíos. Pero **su oración** –es decir, la forma de orar, que había recibido, junto con los demás apóstoles, para llevarla a la práctica– se convirtió para él en un gravísimo pecado, pues en tal oración se contiene: *Y perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt 6.12). Pero, el que había entregado al autor de toda clase de bienes, ¿qué podía perdonar a los deudores?. Con razón, pues, aquella santa *oración* se

[6]En el texto latino la numeración de este verso aparece repetida.

[7]TL., *Posuerunt*; Vlg., *Et posuerunt.*

[8]Hebr., הַפְקֵד עָלָיו רָשָׁע וְשָׂטָן יַעֲמֹד עַל־יְמִינוֹ [*Pon a un impío sobre él, y que satán esté a su diestra*]. Los LXX: κατάστησον ἐπ᾽ αὐτὸν ἁμαρτωλόν καὶ διάβολος στήτω ἐκ δεξιῶν αὐτοῦ [*Establece sobre él un pecador y el diablo esté a su derecha*].

convirtió en pecado para aquél que pecó con tan despreciable ejemplo.

Verso 7.– **Háganse pocos sus días, y reciba otro su episcopado**[9] [*Fiant dies eius pauci, et episcopatum eius accipiat alter*]. Dice así que los **días** de Judas deben **ser pocos**, como si su larga vida pareciera quedar acortada, a causa de pecado tan cruel, conforme también en otro lugar se dice: *Los hombres de las sangres y dolosos no dividirán en dos sus días* (Sal 54,26). Ahora bien, razonablemente, parece que esto sucede, cuando los más jóvenes son comparados con los mayores. En efecto, al vivir algunos cien años, la edad de los que ni siquiera vivieron cincuenta se considera reducida a la mitad. Así también los días de apostolado de Judas **se hicieron pocos días**, porque otros después de él, por deseada voluntad del Señor, permanecieron como apóstoles. Y, con el fin de que, una vez muerto Judas, aquel número sacratísimo de los apóstoles no se rompiese, predijo ya entonces que otro ocuparía su lugar, de modo que el número de doce fuera restituido a la deseada integridad. Ahora bien, el **episcopado** es el grado más alto en la Iglesia. Es llamado *obispo* aquél que tiene el cargo de inspeccionar desde arriba, porque, como pastor cauteloso y asistido por la gracia, desde su alta sede vigila la grey del Señor. Dice el profeta Ezequiel: *Vigilante te he puesto de la casa*[10] *de Israel* (Ez 3,17). Y observa que, en el texto del Antiguo Testamento, dicho nombre ha sido puesto en el primer lugar[11]. También el Apóstol remarca, con toda claridad, el valor de esta palabra, allí donde dice: *El que desea el episcopado, buena labor desea*, etc. (1Tim 3,1). Este nombre, pues, no está relacionado tanto con el honor, cuanto con la labor. En efecto, el que tiene como ministerio la vigilancia de otros, debe estar mirando con atención constante, no vaya a hacerse realidad en él la advertencia del Apóstol: *No sea que habiendo predicado a los demás, sea yo el desechado* (1Cor 9,27). Y conviene que recordemos aquello que, con absoluta claridad, se pone de manifiesto en los Hechos de los Apóstoles, es decir, que este verso está escrito sobre Judas. Dice, en efecto, Pedro: *Varones hermanos, es preciso que se cumpla la Escritura que el Espíritu Santo predijo por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús* (Hch 1,16). Y sigue diciendo, un poco después: *Pues está escrito en el libro de los Salmos: 'Hágase su morada desierta, y no haya quien habite*[12] *en ella; y que otro reciba su episcopado'* (Hch 1,20), a fin de que nadie dude de que, de todas las maneras, esto deba de entenderse acerca de esa misma persona. Así, tanto por las palabras del Evangelio como por el testimonio del apóstol Pedro, sabemos que este salmo es profecía de la pasión del Señor. Pero, en este verso, ha de descubrirse la figura retórica llamada *hypexaeresis*, a la que los latinos dan el nombre de *exceptio* [exclusión], porque Judas fue excluido del honor del episcopado, es decir, del grupo de los apóstoles.

Verso 8.– **Háganse huérfanos sus hijos; y viuda, su mujer** [*Fiant filii eius orphani, et uxor eius vidua*]. Aunque no se lea, en parte alguna, que Judas hubiese tenido mujer o hijos, sin embargo, según esta profecía, nos es dado a entender [**374**] que fue marido y padre. En efecto, al morir él, tales cosas sucedieron, sin duda, a las personas que le eran afectas, es decir, **que su mujer quedara viuda** y **huérfanos, sus hijos**, al faltarles el padre. Pero, si quisieras dar a estos hechos un sentido espiritual, por *hijos* podemos entender aquí a aquéllos que lo siguieron en el acto de traición. Por

[9]Hebr., פְּקֻדָּתוֹ [*su cargo, oficio, prefectura...*]. Se trata de un término general, que significa una dignidad, que exige inspección. Los LXX traducen por τὴν ἐπισκοπὴν αὐτοῦ [*su cargo, su oficio de inspección*], pero de aquí es fácil pasar al episcopado en sentido eclesiástico, como hace S. Agustín y, con más profusión, Casiodoro.

[10]TL., in textu: *domus* [*ed.,* domui].

[11]En efecto, dice así el texto hebreo: צֹפֶה נְתַתִּיךָ לְבֵית יִשְׂרָאֵל [*vigilante te he puesto para la casa de Israel*].

[12]TL., in textu: *habitet* [*ed.,* inhabitet].

mujer, la voluntad que –cual esposa– está siempre unida a nosotros, voluntad de la que parimos los hijos, cuando engendramos nuestras obras, como si de cierto vientre se tratara.

Verso 9.– **Removidos, sean alejados sus hijos**[13] **y mendiguen; sean arrojados de sus moradas**[14] [*Commoti amoveantur*[15] *filii eius, et mendicent; eiiciantur de habitationibus suis*]. Lo que acaba de decirse a ambas cosas se podría referir, es decir: o bien a los hijos carnales, o bien a nuestras obras. **Removidos** significa *expulsados de manera violenta*, a fin que deploren con más fuerza lo que sufren, siendo obligados. **Y mendiguen**. Se denuncia con esto la falta de cosas buenas, de manera que a todos quede patente que ningún provecho razonable obtuvieron los que siguieron tales cosas. Pero **son arrojados de sus moradas**, cuando se vuelven ajenos a la asamblea del pueblo del Señor, donde antes parecían habitar no con el espíritu, sino sólo con el cuerpo.

Verso 10.– **Arramble el acreedor con toda su hacienda**[16]**, y saqueen los ajenos todos sus trabajos** [*Scrutetur fenerator omnem substantiam eius, et diripiant alieni omnes labores*[17] *eius*]. Este verso ha de ser explicado, siguiendo las comparaciones que en él aparecen, a fin de que desaparezca de nosotros cualquier sombra de confusión. Cuando un deudor se declara ya incapaz de saldar sus deudas, su **acreedor**, una vez obtenido el permiso del juez, entra en la casa del deudor y **arrambla con** todo lo haya en ella, cualquiera que esto sea, resarciéndose así del dinero prestado. Del mismo modo, también el diablo –al hacer que se acumulara en los hombres un gran número de pecados, y que éstos, con obstinado consentimiento, persistieran en ellos– adquiere el poder de *arramblar con la hacienda del deudor*, satisfaciéndose así –a voluntad propia– de la laceración humana. Esto es lo que se desea ahora que le suceda a Judas: que, entregado al poder del diablo, sea despojado de todos sus bienes. Los **ajenos**, por su parte, son los espíritus inmundos, que –a modo de arrendadores– son enviados por el diablo con la misión de dañar. Y con razón son llamado *ajenos* los que son extraños al reino del Señor. Éstos, una vez obtenida la licencia, **saquean los trabajos** de los que transgreden los mandatos del Señor, privándolos de todos sus bienes.

Verso 11.– **No haya ayuda para él, y no haya quien se apiade de sus pupilos** [*Non sit illi adiutor, nec sit qui misereatur pupillis eius*]. Aunque, ciertamente, también los hombres buenos son perturbados por la tentación del diablo –mas, no por ello, dejan de tener al Señor como **ayuda**, que los libre del peligro inminente–, dice que los malvados sean privados de tal socorro, de manera que la maldad permanezca, sin remedio, en aquél a quien le ha sido retirada tan saludable medicina. **Sus pupilos**. Son llamados así –como si, en latín, se dijera *pusilli*, o sea, muy pequeños– aquéllos que, debido a sus pocos años, son aún muy débiles, para gobernar. De ahí también que hablemos de la *pupila de los ojos*, porque se trata de una pequeñísima parte de nuestro cuerpo.

---

[13]Hebr., וְנוֹעַ יָנִועוּ בָנָיו [*Y vaguen errantes sus hijos*]. Los LXX: σαλευόμενοι μεταναστήτωσαν οἱ υἱοὶ αὐτοῦ [*De un lado a otro vaguen sus hijos*]. S. Agustín lee aquí, con S. Jerónimo y Vlg., *Nutantes transferantur*. El texto de Casiodoro es del todo original.

[14]Hebr., וְדָרְשׁוּ מֵחָרְבוֹתֵיהֶם [*y busquen lejos de sus hogares desolados*], se sobreentiende *el sustento*. El sentido sería: busquen el alimento necesario, obligados por el hambre a salir de sus hogares desolados. Los LXX traducen: ἐκβληθήτωσαν ἐκ τῶν οἰκοπέδων αὐτῶν [*y sean expulsados de sus moradas*].

[15]TL., *Commoti amoveantur*; Vlg., *Nutantes transferantur*.

[16]Hebr., יְנַקֵּשׁ נוֹשֶׁה לְכָל־אֲשֶׁר־לוֹ [*enrede el logrero con todo lo que tiene*]. Es decir, haga todo lo posible el que le prestó dinero o cualquier otra cosa, para quedarse con todo lo que tiene, aunque sea con usura y engaño. Los LXX: ἐξερευνησάτω δανειστὴς πάντα ὅσα ὑπάρχει αὐτῷ [*Averigüe el prestamista todo cuanto tenga*].

[17]TL., *alieni omnes labores eius* ; Vlg., *alieni labores eius*.

Verso 12.– **Sean sus nacidos para la muerte; en una sola generación quede borrado su nombre** [*Fiant nati eius in interitum; in generatione una deleatur nomen eius*]. Llama **nacidos** a los que acaba de llamar *pupilos*. Y, puesto que algunos suelen prolongar, por largo tiempo, la generación de los pecados, les corta también a ellos la esperanza misma de la posteridad, para que con ningún bien[18] los espíritus perversos hallen consuelo alguno. O, tal vez, por las palabras **una sola generación**, se deba entender, más bien, aquella generación, en la que nacemos en pecado. Y por eso pide que no lleguen a la segunda generación –o sea, que no lleguen a la regeneración los que, con todo, ya han sido rechazados en la predestinación–, de manera que desaparezcan en la hez primera de sus pecados y no eludan el lazo de la muerte, en virtud de la gracia del segundo nacimiento. Pero estas cosas y otras semejantes se dicen de aquéllos que han de ser condenados en el juicio del Señor.

Verso 13.– **Vuelva a la memoria la iniquidad de sus padres en la presencia del Señor; y el pecado de su madre no sea borrado** [*In memoriam redeat iniquitas patrum eius in conspectu Domini, et peccatum matris eius non deleatur*]. En sentido figurado, se dice que **vuelvan a la memoria** del Señor los pecados de los mayores, de manera que el impío Judas sea atormentado con sus propios[19] delitos y con los errores paternos. En efecto y como varias veces hemos dicho, de este modo se hace uno reo de los delitos de sus antepasados, o sea: cuando es hallado como fidelísimo seguidor de los crímenes de éstos. **En la presencia del Señor**, es decir, en el examen del juicio, porque, cuando el Señor se fija en los pecados, desbarata sin remedio a sus autores. De ahí el clamor del profeta: *Aparta de mis pecados tu rostro* (Sal 50,11). Pero la expresión: **El pecado de su madre** hay que referirla a la conocida maldad de la Sinagoga, que da muerte a los profetas y no se abstiene de sacrificar a los demonios. En efecto, dice que aquélla es la comunidad que engendró a Judas, el sacrílego traidor. No la que dio a luz a hombres, llenos de santidad, sino la que derramó sangre inocente.

Verso 14.– **Estén siempre contra el Señor, y perezca de la tierra su memoria** [*Fiant contra Dominum semper, et dispereat de terra memoria eorum*]. Emplea ahora el número plural, porque lo que se va a decir quiere que se entienda con referencia a los contumaces judíos. En efecto, así como, en la persona de un solo santo, incluimos a muchos bienaventurados, como por ejemplo: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt 16,18), del mismo modo, en la persona de un solo hombre infame, se contienen muchos hombres detestables. En efecto, Pedro es figura de la Iglesia; Judas lo es de la Babilonia, digna de condena. De ahí que, después de él, con razón, hable de los malvados, porque, manchados éstos de crímenes, lo siguen con sus malas obras. Así, pues, los pecadores **están siempre contra al Señor**, porque, habiendo sido apartados de su reino, llegado el momento de hacer justicia, han de ser enviados al lugar **contrario** de la *gehenna*. En efecto, siendo el Señor la felicidad eterna, bien se dice que están contra Él los que son condenados con castigo perpetuo. Ahora bien, **perece de la tierra** de los vivos aquél que no se muestra en la patria bienaventurada. Y no vienen a la **memoria**, porque ninguna otra misericordia consiguen. En efecto, decimos que son recordados aquéllos a los que les hemos de dar una determinada cosa.

Verso 15.– **Por cuanto no se acordó de tener misericordia** [*Pro eo quod non est*

[18]TL., in textu: *quo se bono* [*mss. A.,B.,* quovis bono].

[19]TL., in textu: *novis* [*mss. A.,B.,F.,* suis].

recordatus facere misericordiam]. Da a conocer la causa del justísimo castigo, o sea: que no puede hallar misericordia quien se negó a practicarla con los demás, como está escrito: *Bienaventurados los misericordiosos, porque Dios será misericordioso con ellos* (Mt 5,7). Pero, aunque haya vuelto al empleo del número singular, debemos entender, no obstante, que sigue hablando todavía del pueblo judío, que no tuvo misericordia de los apóstoles o de los discípulos de Cristo, cuando, tras la pasión del Señor, los maltrató con inicua persecución. En efecto, esto no puede entenderse ya de Judas, porque, antes de la crucifixión del Señor, pasó de la luz de esta vida y no pudo afligir a sus fieles, porque no le dio tiempo a perseguirlos.

Verso 16.– **Y persiguió al hombre pobre y al mendigo, y entregó a la muerte al afligido de corazón** [*Et persecutus est hominem pauperem*[20] *et mendicum, et compunctum corde morti tradidit*[21]]. También esto debe seguir entendiéndose como referido al pueblo judío, el cual, con audacia impía, dio muerte cruel a Cristo y también a sus discípulos. Por regla general, los hombres se entregan a la persecución, o porque los mueve la ambición de las riquezas o porque los arrastra, más bien, la odiosa presunción de la soberbia. Ahora bien, **perseguir** al **pobre** y al **mendigo** es obra propia de la más pura crueldad, pues con ello ni se obtienen honores ni se acrecienta la grandeza del poder. Pero –según su costumbre y conforme a la naturaleza de la humanidad asumida– recuerda el Señor que Él es el *pobre* y el *mendigo*. Mendigo, por nosotros; rico, por sí mismo, como dice el Apóstol: *El que por nosotros se hizo pobre, aun siendo rico, para que por su pobreza fuésemos nosotros ricos* (2Cor 8,9). No considero, sin embargo, que el calificativo de **afligido** se deba aplicar al mismo, que es la Cabeza, pues no se encuentra ningún ejemplo sobre el cual tal cosa pueda apoyarse. Me inclino, por ello, a pensar que el término *afligido* se haya de referir, más bien, al pecador [**375**], que se siente afligido por el recuerdo de sus delitos, para merecer así llegar perdón, hecho éste que las Escrituras sí atestiguan en innumerables lugares. Y así, necesariamente debe entenderse esto con referencia a los miembros, en cuanto que Cristo el Señor no cometió pecado alguno. En efecto, el pueblo judío persiguió a los **afligidos de corazón**, como consta que sucedió en los casos del bienaventurado Esteban y del apóstol Pablo.

Verso 17.– **Y amó la maldición, y le vendrá; y no quiso la bendición, y se alejará de él** [*Et dilexit maledictionem, et veniet ei; el noluit benedictionenm, et prolongabitur*[22] *ab eo*]. Habla todavía de la maldad del pueblo, porque **amó la maldición**, cuando dijo: *¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* (Mt 27,25), cosa que, ciertamente, sucedió a los que, con impía voluntad, se endurecieron contra el Señor. Pero **no quiso la bendición**, cuando el ciego, que había recobrado la vista, le preguntó: *¿Acaso también vosotros queréis haceros discípulos suyos?* (Jn 9,27). Pero ellos, como provocados por la más grave afrenta, respondieron: *Sé tú discípulo suyo; nosotros somos discípulos de Moisés* (Jn 9,29). Dicho esto, **se alejó de ellos la bendición**, pues, dejados ellos en el abandono, vino ésta a la fe de los gentiles, como dice el Apóstol: *Convenía ciertamente anunciaros a vosotros la palabra de Dios; pero, puesto que la rechazasteis y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles* (Hch 13,46).

Verso 18.– **Y se vistió de maldición como un vestido, y entró como agua en sus entrañas, y como óleo en sus huesos** [*Et induit se maledictionem sicut vestimentum, et intravit sicut aqua in*

[20]TL., *pauperem*; Vlg., *inopem.*

[21]TL., *corde morti tradidit*; Vlg., *corde moretificare.*

[22]TL., in textu: *prolongabitur* [*mss. A.,B.,F.,* elongabitur].

interiora eius, et sicut oleum in ossibus eius]. Ha de considerarse atentamente cómo la naturaleza del mismo pecado venga expresada, mediante formas diferentes de decir. En primer lugar, aquel el pueblo **se vistió de maldición como un vestido**, cuando, por instigación del diablo, consensuó la entrega del Señor a Poncio Pilato. *Se vistió*, en efecto, de cierta vestidura de honor allí donde quedó envuelto de tal voluntad. En segundo lugar, la *maldición* **entró como agua en sus entrañas**, cuando determinó llevar a cabo aquello que, por tan inicua inspiración, le había sido sugerido. En efecto, cuando en las entrañas, atiborradas de vicios, se recibe el **agua**, ésta entra siempre, para causar daño. En tercer lugar, la iniquidad penetró **como óleo en sus huesos**, cuando, con inaudita perversidad, llevó a cabo el hecho meditado. En efecto, al decir: **Como óleo**, está significando la delectación del acto criminal, porque el óleo de tal modo entra suavemente en nuestro cuerpo que nos acaricia con cierta sensación placentera. Lo cual consta que sucede a los espíritus malvados, cuando –a modo de cierto deleite– alardean de su delito.

Verso 19.– **Sea para él como vestimenta con que se cubre, y como faja con la que siempre está ceñido** [*Fiat ei sicut vestimentum quo operitur*[23]*, et sicut zona qua semper praecingitur*]. Prosigue todavía en las mismas comparaciones, de manera que el delito, en el que el pueblo quiso estar implicado, sea expresado ahora, acudiendo a la comparación de una vestidura distinta. En efecto, anteriormente dijo: *Se vistió*, o sea, un hecho relacionado con la *túnica*. Dice ahora: **Se cubre**, acción que parece referirse al *manto*, de suerte que esta doble vestidura pase a significar el gran peso de los ingentes pecados. Sigue: **Y como faja con la que siempre está ceñido**. La palabra **faja** no debe entenderse aquí en el sentido de aquella prenda, que es propia de la mujer, sino en el sentido del *cinturón* con el que nos atamos la cintura, según se dice en el Evangelio acerca de Juan el Bautista (Mt 3,4), y también, en el libro de los Reyes, con referencia al profeta Elías (2Re 1,8): *Y un cinturón de piel alrededor de su cintura*. Este vocablo admite, en efecto, uno y otro significado. Sirviéndose de tal comparación, dice que el pueblo está sujeto por pecados, pecados que de tal modo lo oprimían que nunca sería aliviado de su peso, aplastado como estaba por la maldad de su propia obcecación. Oh, pueblo infeliz, ¡qué mal decidió vestirse!. Estas vestiduras son las que hacen que los pecadores ardan, no las que los defienden de los rigores del frío.

Verso 20.– **Ésta es la obra de los que me denigran ante el Señor, y de los que hablan mal contra mi alma** [*Hoc opus eorum qui detrahunt mihi apud Dominum, et qui loquuntur mala adversus animam meam*]. Debemos entender este verso como referido, ciertamente, contra todos los malvados, tomados en general. Se tiene, sin embargo, la impresión de que quisiera arremeter particularmente contra dos clases de herejes. En efecto, los arrianos **denigran ante** Dios Padre, cuando sostienen que el Hijo es menor y afirman con impudicia que es inferior Aquél a quien comúnmente confiesan que es Creador de todas las cosas. También los apolinaristas **hablan mal contra el alma** del Señor, cuando dicen que su Divinidad asumió solamente la carne del hombre, pero no el alma. Y, muy a pesar de tantos ejemplos, no se retira –vencida– la perfidia de todos ellos. Por lo cual, bien entendemos que lo dicho anteriormente va no sólo contra estas dos clases de herejías, sino contra todos los herejes en su conjunto, los cuales no tendrán parte en el reino del Señor.

Verso 21.– **Pero tú, Señor, Señor, haz misericordia conmigo a causa de tu nombre,**

[23]TL., in textu: *operitur* [*ms. G. et ed.,* operietur].

porque suave es tu misericordia. Líbrame [*Et tu, Domine, Domine, fac mecum misericordiam propter*[24] *nomen tuum, quia suavis est misericordia tua. Libera me*]. Comienza aquí la tercera parte, en la que ruega –en cuanto que sufrió pasión– que llegue, cuanto antes, la gloria de la resurrección y que se vistan los enemigos del deshonor de la vergüenza. La expresión: **Pero tú, Señor** se une a todo lo dicho anteriormente, es decir: aunque Judas lo traicionó, aunque el pueblo judío lo crucificó, **haz misericordia**, para que contra aquellas cosas, que se hicieron, tenga lugar la resurrección gloriosa. O, tal vez, la palabras, dichas por el Hijo al Padre, tengan como fin que se haga manifiesto el poder de su cooperación. En efecto, todo lo que hace el Padre, lo realiza también el Hijo, como Él mismo dice: *Pues todo lo que hace el Padre, igualmente lo hace también el Hijo* (Jn 5,19). Y, un poco más adelante: *Así como el Padre tiene vida en sí mismo, ha dado al Hijo tener vida en sí mismo* (Jn 5,26)*, para que todos glorifiquen al Hijo como glorifican al Padre* (Jn 5,23). Pero, al repetir: **Señor, Señor**, está poniendo de relieve el afecto de una sentidísima la oración. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *epexeusis*, en cuanto que, en un solo verso, ha repetido una misma palabra, sin ninguna interposición. **A causa de tu nombre**, es decir: para que por todo el orbe se extienda su culto. Allí donde se afirma la gran clemencia de la Divinidad, porque ningún mérito humano pudo dar lugar a que la naturaleza humana fuese elevada con tan ingentes milagros. Pero habla de *misericordia*, porque se dignó asumir la carne humana, por cuyo medio el Creador piadosísimo viniera en socorro del género humano. Sigue: **Líbrame**. Líbrame, ciertamente, de la crudelísima pasión de los judíos.

Verso 22.– **Porque necesitado y pobre soy yo, y mi corazón está conturbado en mí** [*Quoniam egenus et pauper ego sum, et cor meum conturbatum est in me*[25]]. En razón de la humildad de la carne, dice que Él es **necesitado** y **pobre**, tal como anteriormente ha quedado dicho. Escuchen los pobres, escuchen los indigentes, y conozcan cuán es glorioso para ellos ser llamados con las mismas palabras con las que el mismo Cristo es llamado también. Dice, después: **Y mi corazón está conturbado en mí**. Ciertamente, llegó a *conturbarse el corazón* de Aquél, cuya carne moriría por nosotros, como Él mismo confesó, cercana ya su pasión: *Mi alma está triste hasta la muerte* (Mt 26,38). Todas estas cosas vienen narradas, con vistas a la consecución de un provechoso doble fin, es decir: que, a causa de los herejes, pueda mostrarse la perfecta naturaleza humana en Cristo el Señor, y que nosotros podamos aprender cómo debemos suplicar.

Verso 23.– **Como la sombra cuando declina fui llevado, y como langosta fui sacudido** [*Sicut umbra cum declinat, ablatus sum, et excussus sum sicut locusta*[26]]. Pone de manifiesto la prontitud de la persecución, pues con tanta celeridad fue arrebatado de en medio de los discípulos cuanto rápido es el espacio de tiempo con que la **sombra** de la noche se aleja, al llegar la luz del sol. Pero **fue sacudido como langosta**, cuando fue cambiando de lugar en lugar, debido a las frecuentes persecuciones. Cuando de Nazaret marchó a Cafarnaún; de Cafarnaún [**376**], a Betsaida; de Betsaida, a Jerusalén, lugares que recorría mirando, antes bien, por los pecadores, a fin de que el pueblo perseguidor no llevara a cabo su delito. En efecto, la **langosta**, para evitar las manos del que quiere cogerla, alza el vuelo, dando grandes saltos. Es comparado con ella, debido a su pequeñez, y la asocia con su persona, a la vista de la rapidez de su alejamiento, cosas todas éstas que no deben parecernos indecorosas, si se tiene en cuenta la humildad de Aquél que incluso llegó a compararse

[24]TL., *fac mecum misericordiam propter*; Vlg., *fac mecum propter*.

[25]TL., *in me*; Vlg., *intra me.*

[26]TL., *locusta*; Vlg., *locustae.*

con los mismos gusanos, según hemos leído en otro salmo: *Yo soy gusano, y no hombre* (Sal 21,7).

Verso 24.– **Mis rodillas se han debilitado por el ayuno, y mi carne está cambiada a causa del óleo**[27] [*Genua mea infirmata sunt prae*[28] *ieiunio, et caro mea immutata est propter oleum*]. Según atestigua el Evangelio, Cristo el Señor ayunó por espacio de cuarenta días y cuarenta noches (Mt 4,2). No leemos, sin embargo, que sus **rodillas se debilitaran**, sino sólo que sintió hambre. De ahí que, si esta hambre la referimos a las *rodillas* sobre las cuales siempre nos estamos apoyando –es decir, si la referimos a la firmeza del cuerpo–, el sentido de la frase puede resultar menos congruente que si –para obviar la dificultad– referimos las rodillas a aquellos miembros suyos, que ciertamente se debilitaron, cuando los apóstoles se dispersaron ante el hecho de la pasión. En efecto, ¿qué debilidad pudo ser mayor que las negaciones de Pedro o el abandono del restante grupo de fieles?. Sigue: **Y mi carne está cambiada a causa del óleo**. La palabra **óleo** significa aquí la *gracia divina*, como –en el salmo cuarenta y cuatro y con referencia a Él mismo– ya quedó dicho: *Por lo cual el Señor, tu Dios, te ungió con óleo de alegría por encima de tus compañeros* (Sal 44,8). Se trata, por tanto, de aquella misma gracia, que transformó la debilidad de la carne en gloria de inmortalidad. También esto parece ajustarse, no de manera inapropiada, a los miembros de Cristo.

Verso 25.– **Y yo fui hecho oprobio para ellos; me vieron, y menearon sus cabezas** [*Et ego factus sum opprobrium illis; viderunt me et moverunt capita sua*]. **Y yo fui hecho oprobio para ellos**. Se evocan aquí aquellas palabras afrentosas, que la plebe judía va a decir, una vez llegado su momento, conforme a lo que está escrito en el Evangelio: *En Belcebú, el príncipe de los demonios, expulsa los demonios* (Mt 12,24). Y en otro lugar: *¿No es éste el hijo de José, el artesano?* (Lc 4,22). Y también: *¡Ah! El que destruye el templo de Dios y lo reedifica en tres días* (Mt 27,40), y todas las demás cosas, que, dichas por aquellos espíritus insensatos, aparecían como oprobios, pero que fueron precisamente las que nos dispensaron a nosotros la saludable medicina. **Me vieron, y menearon sus cabezas**, expresión que hace referencia a la costumbre propia de los que se sienten gravemente indignados. En efecto, cuantas veces el furor nos hace arder por dentro, solemos amenazar, *meneando con agitación la cabeza*.

Verso 26.– **Ayúdame, Señor, Dios mío; sálvame por tu misericordia** [*Adiuva me, Domine Deus meus; salvum me fac propter misericordiam tuam*]. Es la debilidad de la carne asumida la que suplica **ser ayudado**. En efecto, suplica **misericordia** el mismo que presta auxilio. Ruega como hombre; ofrece como Dios. Para nadie, que saludablemente confiese que en Cristo el Señor hay dos naturalezas, puede ser esto motivo de confusión. En efecto, cosas como éstas –que otra explicación no admiten– son incontables en las sagradas Escrituras.

Verso 27.– **Para que sepan que ésta es tu mano, y que tú, Señor, la hiciste** [*Ut sciant quia manus tua haec; et tu, Domine, fecisti eam*]. Con objeto de que el pueblo judío no atribuyese a su propio poder la persecución del Señor Salvador –en cuanto que, ciertamente, padeció– dice al Padre: que sepan los hombres que este plan, Señor, fue preparado por ti, a fin de que los necios no apliquen

[27]TL., וּבְשָׂרִי כָּחַשׁ מִשָּׁמֶן [*y mi carne está flaca a causa del aceite*]. Lo que se puede explicar o bien en el sentido de faltarles las friegas de aceite, muy usadas por los antiguos, para tonificar la musculatura, o bien porque el alimento que solían recibir estaba falto de sustancia y consistencia. Los LXX: καὶ ἡ σάρξ μου ἠλλοιώθη δι' ἔλαιον [*y mi carne se ha enflaquecido a causa del aceite*].

[28]TL., in textu: *prae* [*mss. A.,B.,* a].

a sus propias fuerzas aquello que, con gran piedad, decretaste Tú que sucediera con vistas a la salvación del mundo. Dice: **Para que sepan**. Para que lo sepan los perseguidores, los cuales, ciertamente, no lo sabían. En efecto, con toda evidencia lo conocieron, una vez hubo resucitado de entre los muertos. En efecto, si el Señor no hubiese permitido que así fuera, de ningún modo, habría podido suceder. Sigue: **Que ésta es tu mano**, es decir, tu poder. Y se ha de añadir: *Que obró*.

Verso 28.– **Ellos maldecirán, pero tú bendecirás; los que se levantan contra mí queden avergonzados, pero tu siervo se alegrará** [*Maledicent illi, et tu benedices, qui insurgunt in me confundantur*[29]*, servus autem tuus laetabitur*]. Sirviéndose de la figura retórica llamada *syncrisis*, mencionada ya al comienzo de este salmo, por medio de la expresión: **Ellos maldecirán, pero tú bendecirás**, quedan significados aquellos tales sobre los que el evangelista Mateo dice: *Pero los que pasaban blasfemaban contra él, meneando sus cabezas* (Mt 27,39). El Padre **bendice** al Hijo, cuando dice: *Lo he glorificado, y de nuevo lo glorificaré* (Jn 12,28). Pero observa quiénes son los que **maldicen**: los que están rebosantes de falsedad, los que se ensañaban con gran crueldad, los que se daban prisa en devolver mal por bien. Pero *bendice* el Padre, fuente y origen de la verdad, autor de toda bondad, plenitud de todas las virtudes. Anuncio digno de admiración, en una y otra parte, es decir: que el pueblo malvado maldiga a Cristo el Señor y que la gloria del Padre lo alabe. Añade: **Los que se levantan contra mí queden avergonzados**. Son los judíos, que **se levantaron** contra el Señor Salvador, para entregar a la muerte a Aquél que, por su piedad, había venido a salvarlos. Éstos **quedaron avergonzados**, cuando tuvieron noticia del milagro de su resurrección. Sigue: **Pero tu siervo se alegrará**. Veamos qué naturaleza es la que habla, cuál es la que afirma que es **siervo**. ¿Acaso puede ser Dios *siervo* de cualquiera?. Pero en esto es siervo, como dice el Apóstol: porque *se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo* (Flp 2,7). Así también, acerca de Cristo dice el profeta Isaías: *He aquí mi siervo, lo sostendré; mi elegido, en él se ha complacido mi alma* (Is 42,1), etc. Desistan, pues, los herejes de considerar que el Hijo es menor en divinidad, cuando oyen que la humildad de la carne es expresada de tal modo que incluso le ha sido dado el nombre de *servitud*.

Verso 29.– **Que se vistan de reverencia los que me denigran, y que se cubran de su vergüenza como en doble manto**[30] [*Induantur qui detrahunt mihi reverentia*[31]*, et operiantur sicut diploide confusione sua*]. Aquí, dado que el interés está en el pueblo que ha de creer, se ha de ver más la oración que la maldición. En efecto, el que **se viste de reverencia**, está ya casi alegrándose con el don de la conversión, en modo de temer como Dios al que anteriormente creía que era sólo un hombre, merecedor de todo desprecio. El **doble manto doblado** es una especie de capa, que tiene dos forros. Pide, pues, que **se vistan** del conocimiento de una y otra ley los que ahora, debido a su maldad, están desnudos de las dos. En efecto, la **vergüenza** de los judíos consiste en no ser capaces de entender la ley, que tantas veces predijo la venida del Señor Salvador. O, tal vez, esta clase de expresión quiera referirse a aquello que, en los refranes, suele decirse, esto es: que se visten de doble manto de la vergüenza, al enrojecer ante Dios y ante los hombres.

Verso 30.– **Confesaré al Señor en gran manera en mi boca, y en medio de muchos lo**

[29]TL., in textu: *confundantur* [*ed.*, confundentur].

[30]Hebr., וְיַעֲטוּ כַמְעִיל בָּשְׁתָּם [*y sean envueltos como en un manto en su vergüenza*]. Los LXX: καὶ περιβαλέσθωσαν ὡσεὶ διπλοΐδα αἰσχύνην αὐτῶν [*y envuélvanse como en doble manto en su vergüenza*].

[31]TL., *reverentia*; Vlg., *pudore.*

alabaré [*Confitebor Domino nimis in ore meo, et in medio multorum laudabo eum*]. Esto se dice con relación a los miembros, porque, después de la manifestación de la resurrección, ruega que ésta sea extendida por el orbe entero y que, **por boca** de la Iglesia católica, se presente al Padre la **confesión** conveniente. La expresión: **En medio de muchos** designa a la Iglesia universal, la cual –estando los malvados todavía en derredor– no deja de proclamar las alabanzas del Señor. En efecto, en tanto que vive en este mundo, la Iglesia de Cristo se ve circundada por la turba de los difamadores.

Verso 31.– **Porque se puso a la derecha del pobre, para salvarme de los que persiguen mi alma** [*Quia astitit a dextris pauperis, ut salvam faceret a persequentibus animam meam*]. Expresa la causa por la que debe confesar al Padre en sus miembros: porque Él fue salvado de los perseguidores, llenos de vergüenza. Anteriormente había dicho que el diablo se puso a la derecha de Judas, porque éste estaba manchado por las heces de los delitos. Dice ahora que *el Padre* **se ha puesto a su derecha**, porque Él no cometió pecado alguno. Así, se coloca también cerca de los fieles, cuando les perdona[32] sus delitos. Sigue: **Para salvarme de los que persiguen mi alma**. Ciertamente, su **alma ha sido salvada de los perseguidores**, porque ningún modo de perversión le hizo estar de acuerdo con la maldad de los pecadores. De manera adecuada, esto se ajusta también a sus miembros, que no saben ceder [**377**] ante sus perseguidores, muy a pesar de ser afligidos por los más variados suplicios. En efecto, no **es salvada el alma**, porque es perdonada de la muerte temporal, sino porque, por felicísima separación, es liberada de la cárcel de este mundo, como dice el Apóstol: *Pero me siento apremiado por estas dos cosas: teniendo deseo de quedar separado y estar con Cristo, es con mucho lo mejor; pero permanecer en la carne es necesario por causa vuestra* (Flp 1,23). Y también, en otro lugar: *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios, por medio de Jesucristo* (Rom 7,24-25).

Conclusión del salmo

Éste es el quinto salmo de aquéllos que –conforme a las reglas anteriormente dichas– hablan con más detenimiento acerca de la pasión del Señor, a saber: los salmos veintiuno, treinta y cuatro, cincuenta y cuatro, sesenta y ocho, y el presente ciento ocho. Y éstas son las notas que los unen. Primera, todos han comenzado, a partir de la persona de Cristo el Señor; segunda, la forma de expresión de todos ellos ha sido la oración; tercera, todos han hablado de los acontecimientos de la pasión del Señor; cuarta, todos están en absoluta conformidad con los hechos narrados en el Evangelio; quinta, todos han concluido, con gran exultación, en la esperanza de los fieles, y todo esto de tal modo que a este número místico –que es concedido a las cinco vírgenes, que es asignado a los cinco libros de la Ley– se le uniera como compañera la dignidad propia del presente salmo. Pero, aun cuando también aquellas cosas signifiquen los grandes milagros de nuestra salvación, sin embargo, nada hay más manifiesto, nada mejor venido que tomar sobre sí la pasión del Señor, hecho carne, pasión digna de toda adoración. Todas las cosas concuerdan, todas las cosas se corresponden entre sí con brillante paridad. La Virgen concibió; llegó el Mesías; el Cordero sin mancha fue inmolado; el Redentor resucitó de entre los muertos; el orbe creyó lo escuchado, y todavía finge el pueblo judío ignorar lo que todo el mundo conoce. Concede, Señor, la conversión a los obstinados; da luz a los que viven en la oscuridad; fe a los incrédulos, para que Tú, que desde la cruz oraste por ellos, te dignes venir en ayuda de los que están en peligro. Ya que no podemos persuadirles en lo

[32]TL., in textu: *remittit* [*ed.*, remiserit].

que es justo, a Ti, Señor, te suplicamos de corazón por ellos.

SALMO CIENTO NUEVE

Salmo de David.
[*Psalmus David*].

Ciertamente, conocidas son de sobra las anteriores palabras, que –a la manera de cierto edicto regio– están como clavadas en las puertas, invitando a la lectura. Pero este título no dice: *Lee y márchate*; sino: *Lee y entra*. Accedamos, por ello, respetuosamente a las maravillas del Señor, porque todo este salmo –de manera completa y breve– va a hablar de su santa encarnación y de su Divinidad todopoderosa, de suerte que –en todo lugar y con igual profundidad y belleza– aparezca que es eructado[1] por el comienzo de aquel Evangelio, que dice: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios* (Jn 1,1). Por lo cual –así lo diría yo–, es como el sol de nuestra fe, espejo del arcano celestial, depósito de las santas Escrituras, donde sumariamente se contiene todo lo que anuncian los dos Testamentos. Por todas estas razones, ha de ser tenido con gran amor este salmo, cuya dulzura crece en merecimiento, al tiempo que se resume igualmente en una provechosa brevedad. Oigamos ahora, sin tardanza, su división, ya que en él se aprecia cierta diversidad de personas.

División del salmo

Llevado al secreto de la más profunda contemplación, refiere el santísimo profeta, en el primer verso, las inestimables palabras que el Padre omnipotente dijera al Hijo –omnipotente y coeterno con Él–, poniendo de manifiesto simultáneamente la naturaleza de la Divinidad y de la humanidad. En efecto, cuando afirma: *Dijo el Señor a mi Señor*, muestra la condición divina del Hijo. Y cuando añade: *Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies*; y también: *Desde Sion enviará el Señor la vara de tu poder, y dominarás en medio de tus enemigos*, está manifestando su condición humana, condición que sí pudo recibir aquello que no tenía. Ahora bien, en la segunda parte, comienza el Padre a revelar –en la medida en que nuestra capacidad puede entender– la naturaleza divina del Hijo. Dice, en efecto: *Contigo el principio en el día de tu poder entre esplendores santos: del útero antes de la aurora te he engendrado*. En tercer lugar, habla el profeta hasta el final, mostrando nuevamente la condición humana del Hijo, allí donde dice: *Ha jurado el Señor, y no se arrepentirá*, etc., de manera que, en estos puntos capitales, el Verbo hecho carne –Cristo el Señor– pudiese ser conocido, conforme a una triple iluminación.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Dijo el Señor a mi Señor[2]: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus**

[1] TL., *initio illius Evangelii eructatus esse videatur*. Aunque, en verdad, se considere una decisión poco elegante, respeto aquí el verbo *eructar*, en cuanto que, en otro lugar, Casiodoro se detendrá en explicar su significado e importancia. Véase, en efecto, la explicación de esta palabra en Sal 118,171.

[2] Hebr., נְאֻם יְהוָה לַאדֹנִי [*Oráculo de Jahweh a mi señor*]. Los LXX: εἶπεν ὁ κύριος τῷ κυρίῳ μου [*Dijo el Señor a mi Señor*].

enemigos como escabel de tus pies [*Dixit Dominus Domino meo: Sede a dextris meis, donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum*]. En primer lugar, es conveniente considerar la figura literaria, por la cual podamos entender a fondo el comienzo de este salmo. Dicha figura es la *idea*, que los latinos llaman *species*. Por medio de ella, se representan las cosas invisibles, que se han de comprender por los sentidos. Dice, en efecto: **Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha**. Una sola deidad, una sola potestad, una sola eternidad. El Padre dice al Hijo lo que ni el Padre ha pronunciado con la boca, ni el Hijo ha escuchado, atentos[3] sus oídos. En efecto, lo que quiere el Padre, lo conoce el Hijo. Lo que quiere el Hijo, lo conoce el Padre. Pero ni esa voluntad nos es comprensible a nosotros ni tampoco esa manera de conocer puede manifestarse en nuestros sentidos humanos. Con razón, pues, se ha bajado a nuestro modo común de entender las cosas, a fin de instruir nuestra débil humanidad, dado que el conocimiento humano se mostraba incapaz de elevarse hasta aquella oculta integridad. **El Señor al Señor**. Con estos nombres se manifiesta la igualdad de naturaleza y de poder, pues la repetición de un mismo nombre ha expresado adecuadamente la diversidad de personas y mostrado, con toda claridad, la naturaleza única de la Divinidad. Y no cause extrañeza que, unas veces, Jesucristo sea llamado Hijo de David y, otras, Señor de David. En efecto, si buscas las causas, hallarás que las dos formas son del todo legítimas. *Hijo*, según el origen de la carne, conforme está escrito en el comienzo del Evangelio de Mateo: *Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David* (Mt 1,1). Y, en otro lugar, gritaban los dos ciegos: *Hijo de David, apiádate de nosotros* (Mt 20,30). Pero es llamado también **Señor** de David, según la Divinidad, en cuanto que es su Creador. También sucede esto mismo en nuestra vida ordinaria. Por ejemplo, cuando un hijo llega a ser obispo, se hace padre de su mismo padre, no en cuanto al nacimiento, sino en cuanto al honor. En efecto, lo que ha nacido de la semilla de David es de tal modo honrado, de tal modo engrandecido que la misma persona es, al mismo tiempo, Señor de David e Hijo suyo. Sigue: **Siéntate a mi derecha**. Después de la gloria de la resurrección, al Hijo vencedor y –por la santa encarnación– triunfador de todo el mundo, le ha sido otorgado el honorable consenso [**378**] de que, por medio de este lugar –esto es, el hecho de estar sentado a la derecha–, sea proclamada la gloria de la humanidad asumida. Esta expresión indica, en efecto, el reconocimiento de que Aquél, que es nuestra Cabeza, está establecido a la derecha del Padre, lugar en el que han de ser colocados aquéllos que, por favor divino, sean separados de los malvados, conforme a lo que está escrito: *Padre, quiero que donde yo estoy, allí estén también éstos conmigo* (Jn 17,24). En efecto, si reflexionas sobre la naturaleza de la Divinidad, ¿qué lugar puede tener –sea a la izquierda o a la derecha– Aquél que, por su plenísima Majestad, todo lo abarca por todas partes?. Así, pues, el hecho de que se diga que al Hijo le ha sido dada la parte derecha no es para que alguien pueda creer que el Hijo es mayor, sino para que los arrianos no mientan impíamente, diciendo –como efectivamente dicen– que es menor. Sigue: **Hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies**. Al **escabel** se le llama así, porque se *escala*[4], o sea, porque se sube a él. Pero considera que la preposición propia **hasta** viene tomada aquí en el sentido de *lo finito por lo infinito*, como si verdaderamente dejara de estar sentado a la derecha del Padre, después de que sus **enemigos** hayan sido puestos como *escabel* de sus pies. En efecto, acostumbra la sagrada Escritura a emplear esta preposición, tanto para indicar un breve espacio de tiempo como para referirse a la eternidad. En sentido temporal, mira, por ejemplo, la siguiente cita de Isaías: *Cierra tu puerta un instante hasta que pase la ira del Señor* (Is 26,20). Pero también, en otros lugares –como es este caso presente– la preposición *hasta* significa el tiempo eterno. En efecto, dirá también el salmo ciento veintidós:

[3] TL., in textu: *intentis* [*ms. G. et ed.*, intentus].

[4] *Scabellum* > *scandere*.

Así nuestros ojos hacia el Señor, Dios nuestro, hasta que se apiade de nosotros (Sal 122,3). Y, de manera semejante, en el Evangelio, acerca de José se lee: *No la conoció, hasta que dio a luz a su hijo primogénito* (Mt 1,25), como si, verdaderamente, después del parto, hubiera conocido a la que fue siempre virgen. También esto lo volveremos a tratar cuidadosamente, en el lugar oportuno. En cuanto al idiotismo –es decir, en cuanto a la expresión peculiar–, podemos decir que se trata de algo propio de la divina Escritura. Por su parte, mediante la palabra **pies**, se significa la firmeza eterna de Dios, en la que –como sentadas sus plantas– está Él establecido, en virtud de su omnipotencia. Sabido es que bajo estos *pies* han de ser puestos aquéllos que, una vez depuesta la resistencia del pecado, diariamente se vuelven al Señor y –a modo de *escabel para los pies*– así se inclinan ellos, debido a lo que se predica de Él. ¡Oh feliz escabel, dispuesto para los santos pies, que se eleva sobre todos los reinos y al que tanta sumisión se le otorga! En efecto, cuando se dice que el *escabel* se pone bajo Aquél que está sentado a la derecha, se hace referencia, sin duda, de aquellos enemigos, que son colocados a la derecha, una vez su conversión ha tenido lugar.

Verso 2.– **Desde Sion enviará el Señor la vara de tu poder, y dominarás en medio de tus enemigos** [*Virgam virtutis tuae emittet Dominus ex Sion, et dominaberis*[5] *in medio inimicorum tuorum*]. También en este verso habla el profeta en persona, ofreciendo la alabanza a Cristo el Señor. **La vara del poder** es el *cetro* de la potestad regia, por la que se sostienen los fieles, se afligen los incrédulos, se aterrorizan los ingratos. Y, para mostrar que el Hijo no tiene necesidad de cosa alguna, dice: **De tu poder**, porque tal poder es propio y eterno de la Divinidad. Pero, para que puedas entender esto aún con mayor más claridad, añade: **Enviará el Señor la vara desde Sion**, que es, ciertamente, el Padre omnipotente. Ahora bien, la expresión: **Desde Sion** es aplicada igualmente al Hijo, como dice Isaías: *De Sion saldrá la ley; y la palabra del Señor, de Jerusalén* (Is 2,3). Escuche el hereje que el Padre habla del poder y de la Majestad del Hijo. Ya al decir esto, ¿puede ser instruido, si ni siquiera cree en el mismo Autor? Añade: **Y dominarás en medio de tus enemigos**. Expresa con esto qué hará la *vara del poder*, que ha sido enviada, esto es: **Dominarás en medio de tus enemigos**. Observa cómo la expresión está colmada de clemencia. Dice, en efecto, que aquí Cristo **domina a los enemigos**, no que toma venganza de ellos, pues los *domina*, cuando la turba de los que delinquen se convierte a Él. En efecto, de un modo *domina* a los fieles; de otro reina sobre los ingratos: a aquéllos los educa, beneficiándolos y corrigiéndolos; a éstos los golpea con la severidad del castigo. Pero ha dicho: **En medio**, o sea, en el alma, en las entrañas, donde descansa el Señor, ciertamente, una vez barridas las sordideces del pecado. O dice, tal vez, que Cristo *domina* en la Iglesia, que está establecida en este mundo, en medio de la rabia de los herejes y del furor de las supersticiones. Hasta aquí ha hablado el profeta sobre la naturaleza de la Divinidad y de la humanidad del Señor. Pasemos ahora a examinar el comienzo de la segunda parte.

Verso 3.– **Contigo el principio en el día de tu poder entre los esplendores de los santos**[6] [*Tecum principium in die virtutis tuae in splendoribus sanctorum*]. Llega a la segunda parte, donde, por espacio de dos versos, han de ser recibidas las palabras del Padre, conforme a lo que –por voluntad divina– le fue permitido al profeta hablar sobre la santa generación del Hijo. En efecto, para mostrar claramente la coeternidad, dice el Padre omnipotente acerca de su Hijo omnipotente:

[5]TL., *dominaberis*; Vlg., *dominare.*

[6]Hebr., עַמְּךָ נְדָבֹת בְּיוֹם חֵילֶךָ בְּהַדְרֵי־קֹדֶשׁ [*Tu pueblo de voluntades en el día de tu ejército, en la hermosura de la santidad*]. Los LXX: μετὰ σοῦ ἡ ἀρχὴ ἐν ἡμέρᾳ τῆς δυνάμεώς σου ἐν ταῖς λαμπρότησιν τῶν ἁγίων [*Contigo el principio en el día de tu poder en los esplendores de los santos*].

Contigo el principio. También el Padre es **principio**, como está escrito: *En el principio estaba el Verbo* (Jn 1,1). Esta expresión indica, ciertamente, que el Padre es el *principio*, donde estaba el Verbo. De igual modo, en el Evangelio se da a conocer que también el Hijo es *principio*, cuando dice: *Yo soy el principio, por lo que os estoy diciendo* (Jn 8,26). Pero no se trata de dos principios diferentes, sino que, así como se sabe que hay un solo Dios, así consta también que hay un solo *principio*. Y, sin duda, lo mismo puede decirse sobre el Espíritu Santo. En efecto, al hablar el libro del Génesis acerca del *principio*, añade: *Y el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas* (Gén 1,2). Con todo, los santos no pueden llegar a entender aquí en qué modo el *principio* esté en el *principio*. Así, al ver Felipe al Hijo, dice: *Muéstranos al Padre* (Jn 14,8). Y Aquél que es el Todo responde: *El que me ve a mí, ve también al Padre* (Jn 14,9). En efecto, cuando –por la gracia de Dios– comienzan a ser iluminados con plenísimo esplendor, ven que el *principio*, que es Cristo, está en el *principio*, que es el Padre, junto con el Espíritu Santo. Por lo cual, deje ya de acrecerse la perfidia arriana. Tal es la razón, ciertamente, por la que se dice que el Padre y el Hijo son el *principio*: para poner de manifiesto su coeternidad. En efecto, de haber existido un tiempo sin que existiera el Hijo, sólo el Padre pudo ser llamado *principio*. Sigue: **En el día de tu poder entre los esplendores de los santos**. Observa de qué virtud, de qué honor estén dotadas todas y cada una de estas palabras. **En el día** significa la *eternidad*, en la que uno solo es el día, donde los bienaventurados contemplan ya la claridad y el poder divinos, según está escrito: *Bienaventurados los limpios de corazón, por ellos verán a Dios* (Mt 5,8). Pero sobre los impíos se lee: *Quítese el impío, para que no vea la gloria de Dios* (Is 26,10[7]). En efecto, todos verán al Hijo del hombre, juzgando a vivos y muertos, pero sólo los bienaventurados podrán contemplar su Divinidad. ¿Dónde están aquéllos que, también ahora, en modo alguno confiesan que en Cristo el Señor hay dos naturalezas?[8]. El pecador ve la humanidad; el bienaventurado contempla, al mismo tiempo, la Divinidad. Porque, si–como éstos fantasean– una sola fuese la naturaleza de Cristo, llegado el día de la resurrección, los pecadores no verían sólo la carne, que hirieron mortalmente, sin ver del mismo modo su Divinidad. Por su parte, la expresión: **Los esplendores de los santos** significa el estado en que –en la resurrección– los bienaventurados resplandecerán como los ángeles de Dios, y de tal modo serán puros y transparentes que podrán contemplar con los ojos del corazón la Majestad divina. En efecto, no pueden ver aquella luz, sino los que han sido transformados para un estado mejor, como dice el Apóstol: *Todos resurgiremos, pero no todos seremos transformados* (1Cor 15,51).

Verso 4.– **Desde el útero, antes del lucero, te engendré**[9] [*Ex utero ante luciferum genui te*]. Después de haber dicho que Hijo fue engendrado *entre los esplendores de los santos*, va a hablar ahora de su santa generación, la cual –aun cuando de por sí sea inenarrable– siquiera en algunos rasgos se podría, no obstante, rozar. Narración inefable, intelección inaprensible [**379**], pensamiento por encima de las fuerzas de todas las criaturas, superior incluso al conocimiento de los ángeles, pero indulgente con nosotros, sin embargo, en la medida en que nos fuese posible entender. En efecto, Dios, que –en su naturaleza– permanece eterno e inmutable, se ha dignado asumir nuestra humanidad, para hacer nuevo al hombre viejo, de modo que de mortal pasara a ser inmortal y de pecador se convirtiera en justo; para ordenar que de su situación de destierro llegase a tomar parte

[7]TL., *Tollatur impius, ne videat gloriam Dei.* Aunque el texto de Isaías dice: *misereamur impio... et non videbit gloriam Domini.*

[8]Nueva arremetida contra el monofisismo, herejía considerada pésima entre las peores. Véase la nota correspondiente al Sal 107,13.

[9]Hebr., מֵרֶחֶם מִשְׁחָר לְךָ טַל יַלְדֻתֶיךָ [*desde el útero de la aurora, para tí rocío de tu nacimiento*]. Los LXX: ἐκ γαστρὸς πρὸ ἑωσφόρου ἐξεγέννησά σε [*de un vientre, antes que el lucero de la mañana, te hice nacer*].

de su reino; para impedir –piadoso– que pereciera en los que confiesan su propia imagen[10], que la crueldad del enemigo quiso aniquilar. Pasemos ahora a explicar las palabras de este verso. Dice el Padre al Hijo: **Desde el útero te engendré**, es decir, del arcano de mi sustancia, de la misma Divinidad, todo del todo, omnipotente del omnipotente, luz de luz, sumo del sumo, lo que ninguna indagación, ningún sentido puede alcanzar. En efecto, ¿cómo puede ser comprendida aquella generación, acerca de la cual está escrito: *Pero mi generación, ¿quién la narrará*? (Is 53,8). Admirable parquedad, pero medida suficiente, a causa de nuestra poquedad, porque no podemos abarcar más y, ciertamente, es ya con mucho suficiente haber creído esto. Cuando dice: **Antes del lucero**, está refiriéndose a la inmensidad de la eternidad. En efecto, la palabra **lucero** se emplea en lugar de todas las estrellas, como la parte por el todo. Significa el día que ha de venir. Y, para mostrar no sé qué de incomprensible, dice que Él ha sido **engendrado**, primero, antes de que existiera aquel lucero, que anuncia en el tiempo la llegada de un nuevo día. En efecto, no puede ser comprendido el *principio* de Aquél, por cuyo medio han sido creadas todas las cosas [Jn 1,3]. Vayamos ahora al comienzo de la tercera parte, en la que, de nuevo, vuelve a hablar el profeta.

Verso 5.– **Ha jurado el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres Sacerdote en eterno, según el orden de Melquisedec** [*Iuravit Dominus, et non poenitebit eum: Tu es Sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedec*]. Como se ha dicho, el profeta rememora aquí nuevamente la promesa del Padre. En efecto, **juró** al Hijo, pero se trata ya de Cristo, que nació de María Virgen. Pero, ¿qué pudo prometer al Verbo único, que todo lo posee siempre junto con Él?. En efecto, *jurar* es prometer algo, firmemente, bajo palabra. Y, ¿a quién podía convenir mejor, sino a Aquél que, con poder divino, llevó a término el efecto de su palabra?. Al respecto, así dice el Apóstol en la epístola a los Hebreos: *Queriendo mostrar Dios más plenamente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su designio, interpuso el juramento, para que, por medio de dos cosas inmutables, por las cuales es imposible que Dios mienta, obtengamos ayuda firmísima los que acudimos a obtener la esperanza propuesta, que tenemos como ancla segura y firme del alma* (Heb 6,17-19). Se desprende de aquí –como ya se ha dicho– que justamente esté prohibido a los hombres *jurar*, en cuanto que no pueden llevar a cumplimiento lo que temerariamente prometen a Dios, bajo palabra. Mas Dios *jura* por sí mismo, como prometió a Abrahán: *Vivo yo, dice el Señor: porque has escuchado mi voz y no has ahorrado a tu único hijo por mi causa, sino que bendiciendo te bendeciré* (Gén 22,16-17), etc. **Y no se arrepentirá**. Ciertamente, porque de dispensación tal y tan grande todas las cosas se alegrarán. Lees también: *Me arrepiento de haber hecho al hombre* (Gén 6,7), cuando, antes de la venida del diluvio, los corazones de los mortales se habían sumergido en el torbellino de los pecados. Pero esto se dice –según el modo de hablar propio del hombre–, cuando las cosas no le vienen tal como cabía esperar. Sigue: **Tú eres Sacerdote en eterno**. También esto recuerda el profeta que el Padre había prometido al Hijo. En efecto, ¿a quién puede adecuarse con más verdad y evidencia, sino a Cristo Salvador, que consagró saludablemente su cuerpo y su sangre en la ofrenda del pan y del vino?. Como Él mismo dice en el Evangelio: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida eterna* (Jn 6,54). Ahora bien, no conciba la mente humana en esta carne y en esta sangre nada cruento, nada corruptible. En efecto, a fin de que no le suceda a nadie lo que advierte el Apóstol: *El que come indignamente* el cuerpo del Señor *come su propia condena* (1Cor 11,29), sino para que coma la sustancia vivificadora y saludable, sustancia que es el mismo Verbo, por la cual se conceden la remisión de los pecados y los dones de la vida eterna. **Según el orden de Melquisedec**. Ciertamente, el **orden**, que instituyó –por mística

[10]Jesucristo, *imagen de Dios invisible* (Col 1,15).

semejanza– el justísimo rey **Melquisedec**, cuando ofreció el Señor los frutos del pan y del vino [Gén 14,18]. Sabido es, en efecto, que las ofrendas de animales, propias del *orden* de Aarón, conocieron su final y que permaneció, por el contrario, el *orden instituido por Melquisedec*, que en todo el orbe se celebra en la ofrenda de los sacramentos, cosa que todavía no entienden los judíos obstinados, aun cuando tanto el sacerdote como las ofrendas fueran tomados de ellos. Ahora bien, principalmente, es llamado **sacerdote** Cristo, que se ofreció, inmolándose por nosotros, una sola vez y para siempre. De ello dice el Apóstol: *Pues tal convenía que fuera nuestro pontífice: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y hecho más excelso que los cielos* (Heb 7,26). Sentido que sigue de manera admirable y evidente. Por su parte, las palabras **en eterno** significan aquí al mismo Cristo Señor, que permanece en la gloria por los siglos de los siglos.

Verso 6.– **El Señor**[11] **a tu derecha: en el día de su ira quebrantó a los reyes**[12] [*Dominus a dextris tuis: confregit in die irae suae reges*]. En cuanto a lo que se dice acerca de la obra del Padre, consta, sin duda alguna, que lo mismo ha realizado también el Hijo y también el Espíritu Santo. Pero puede causar extrañeza el hecho de que, habiendo dicho el Padre al Hijo, al comienzo del salmo: *Siéntate a mi derecha*, diga el profeta de nuevo que el poder del Padre ha obrado **a la derecha** del Hijo. El motivo por el que se dice esto es el siguiente: que, en virtud de esta igual alternancia en el obrar, no se considere aquí, en modo alguno, nada mayor o menor. **Quebrantó a los reyes**. Con esta expresión se hace referencia a aquéllos sobre los que, en el salmo segundo, se dice: *Asistieron los reyes de la tierra y se mancomunaron los príncipes contra el Señor y contra su Cristo* (Sal 2,2). Los **quebrantó**, cuando prosternó su soberbia con su fuerza todopoderosa, porque, si no hubiesen sido quebrantados, ciertamente, se habrían quedado establecidos en el funesto rigor de su maldad.

Verso 7.– **Juzgará entre las naciones, llenará las ruinas, quebrantará muchas cabezas en tierra copiosa**[13] [*Iudicabit in nationibus, implebit ruinas, conquassabit capita multa in terra copiosa*[14]]. Presta atención al carácter específico de estas palabras. En efecto, acaba de decir, en el verso anterior, que, debido a su tiránica soberbia, los reyes serán quebrantados, pero ahora afirma que, a causa de pecados comunes, los pueblos **serán juzgados**. Sin embargo, unos y otros decaen felizmente de sus intenciones, cuando, mediante el buen propósito de la conversión, se alejan de su anterior maldad. Y considera el sentido que tiene aquí la expresión: **Llenará las ruinas**. En efecto, *llena las ruinas*, cuando hace que de los corazones de los hombres se derrumben los pecados y que los criminales delitos desaparezcan, gracias a un saludable arrepentimiento. Esto puede entenderse bien con el apoyo del siguiente ejemplo: *Los destruirás, y no los edificarás* (Sal 27,7), cosa que, ciertamente, no habría dicho, si algunos no hubiesen sido destruidos, para ser renovados más favorablemente. Sigue: **Quebrantará muchas cabezas en tierra copiosa**. *Quebrantará*, es decir, las **cabezas** de aquéllos que no tienen a Cristo por *Cabeza*, pues quienes siguen al diablo, dejándose

[11]Hebr., אֲדֹנָי [*el señor*] . Dice, de nuevo, *Adonay*, no *Jahweh*, como en el verso 1. Los LXX: κύριος [*Señor*], obsérvese la ausencia del artículo.

[12]Hebr., מָחַץ בְּיוֹם־אַפּוֹ מְלָכִים [*herirá en el día de su furor a los reyes*]. Los LXX: συνέθλασεν ἐν ἡμέρᾳ ὀργῆς αὐτοῦ βασιλεῖς [*ha aplastado en el día de su ira a reyes*].

[13]Hebr., יָדִין בַּגּוֹיִם מָלֵא גְוִיּוֹת מָחַץ רֹאשׁ עַל־אֶרֶץ רַבָּה [*juzgará entre las naciones, amontonará cadáveres, quebrantará cabezas sobre la ancha tierra*]. Los LXX: κρινεῖ ἐν τοῖς ἔθνεσιν πληρώσει πτώματα συνθλάσει κεφαλὰς ἐπὶ γῆς πολλῶν [*juzgará en las naciones, llenará de cadáveres, aplastará cabezas en tierra de muchos*].

[14]TL., *in terra copiosa*; Vlg., *in terra multorum.*

llevar por diferentes errores –al ser corregidos– sienten indiscutiblemente algo así como si se les golpeara en la cabeza. Pero a la *cabeza* se la llama así por ser el culmen sublime y honorable de nuestro cuerpo. La palabra viene del latín *capere*, porque *capta* todos nuestros sentidos, es decir, la vista, el oído, el gusto [**380**], el olfato, el tacto, cosa que, ciertamente, no hacen nuestros demás miembros, a excepción del tacto. Y, de este modo, con toda conveniencia podemos llamar nuestra *cabeza* a aquél a quien nos determinamos a seguir. Ahora bien, llama **tierra copiosa** a la tierra que cría abundantes pecadores, como mies y germen de los vicios.

Verso 8.– **Del torrente beberá en el camino; por ello exaltará la cabeza** [*De torrente in via bibet*[15]*; propterea exaltabit caput*]. **Torrente** fue la turbulenta persecución de los judíos, de la que el Señor **bebió en el camino** –es decir, en esta vida–, cuando padeció en su cuerpo. Pero, al decir: **En el camino**, se manifiesta la fuerza empleada y se insinúa el tránsito rapidísimo, por el cual los caminantes suelen ser trasladados a otro lugar de morada. Mas es el mismo que escuchó: *Siéntate a mi derecha*. El mismo a quien se dice: *Tú eres Sacerdote en eterno, según el orden de Melquisedec*. El mismo que quebranta las *cabezas* de los pecadores. El mismo a quien, por los méritos de su gloriosa pasión, *le ha sido dado el nombre que está sobre todo nombre, de manera que en su nombre toda rodilla se doble, de los cielos, de la tierra y de los infiernos* (Flp 2,9-10). Escuchas – pagano o judío– que el que ha padecido, según la ley, ha de ser también el Juez futuro, para que te estremezcas ante el Dios omnipotente, que tú juzgas sólo como un hombre,merecedor de todo desprecio.

Conclusión del salmo

Son ya siete –contando éste– los salmos, que tratan sobre las dos naturalezas Cristo el Señor. Pero, pues, en su carta a Timoteo, dice el Apóstol: *Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina* (2Tim 4,2), quisiera yo dialogar con vosotros, que seguís considerando que en Cristo el Señor hay una sola naturaleza. Con nosotros, ciertamente, creéis que, en el seno de la Virgen María, *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,15). Y creéis que padeció en la humanidad asumida; que murió y fue sepultado; que, al tercer día, resucitó de entre los muertos; que se apareció, después, a los apóstoles y a los que creyeron en Él; que también subió a los cielos con la carne con que resucitó de entre los muertos. Hasta aquí rectamente predicáis. Pero, ¿cómo entendéis las realidades terrenas en el tiempo final, vosotros que habéis llegado hasta las celestiales?. ¿Dónde está, pues, aquella naturaleza con la que el Señor subió a los cielos?. Ya no pudo perecer con la muerte, como el Apóstol atestigua: *Sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, la muerte ya no tiene dominio sobre Él. Porque, en efecto, murió al pecado; murió una vez y para siempre; pero en cuanto a que vive, vive para Dios* (Rom 6,9-10). ¿Por qué dice que *vive para Dios*, y no que vive Dios, si es una sola naturaleza la que vive?. Pero se trata de algo distinto, es decir: lo que *vive para Dios*, es realmente lo que, una vez y para siempre, ha muerto al pecado. ¿Oyes, finalmente, que Él *está sentado a la derecha del Padre*, y dudas que retiene lo que sólo puede convenir a su humanidad?. Admitid –os rogamos– que la esperanza de nuestra salvación es llamada siempre Cristo el Señor, el cual, con toda justicia, puede recibir tal nombre, en cuanto que permanece en dos naturalezas –unidas y perfectas– en la gloria del Padre, por los siglos de los siglos. Pues si, con reflexión diligente, sopesáis vuestras palabras, cuantas veces decís que, en Jesucristo, hay una sola

[15]TL., in textu: *bibet* [*mss. A.,B.,F., bibit*].

naturaleza, tantas veces negáis que Él es hijo de la santa Virgen. Y ved de dónde os venga ya la salvación, si la perversidad de la confesión separa de vosotros al Señor Salvador.

SALMO CIENTO DIEZ

Aleluya.
[*Alleluia*].

Aunque parezca que se trata de un nombre general, propio de la alabanza, sin embargo, viene éste colocado –sobre todo– allí donde la alegría es muy grande. En efecto, alaba al Señor el pueblo suyo, que, liberado de las calamidades del mundo, no puede soportar la servidumbre del pecado. Esta alabanza es figura de la alegría futura, donde los fieles contemplan incesantemente a su Señor y lo alaban sin fin, como en otro salmo se lee: *Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán* (Sal 83,5). Este salmo aparece también adornado con la sucesión de las letras del alfabeto hebreo, siendo el primero que –por sus pausas o divisiones– es señalado con la totalidad de dichas letras y nos da a conocer así a aquellos justos que, por don de la gracia divina, resplandecen con todas las virtudes. En efecto, así como los anteriores salmos alfabéticos que, al carecer de algunas letras, designan a aquéllos que no han sido colmados hasta tal grado por la totalidad de los méritos, pero que, no obstante, habitan en la asamblea santa, así también éstos, empleada la totalidad de las letras, parecen indicar los méritos de los justos más excelsos. Pero –como dice el Padre Hilario (*Prolog. in Psal.*)– existe también otra razón, por la que podría explicar la presencia de este alfabeto. Sabemos que los párvulos y los hombres incultos son instruidos por medio de las letras, a fin de conseguir las reglas del saber. Así, a los niños y a los que están empezando se les ofrecen salmos de esta clase, para que sus comienzos se hallen provistos como de cierta suerte de principios docentes. En efecto, aunque podamos leer que algunos han aprendido las Escrituras divinas sin necesidad de las letras, sin embargo, cosa más fácil es –por gracia de Dios– aprender la prudencia para nuestra flaqueza, sirviéndonos de las letras, que no esperar a que suceda tal milagro. Así, pues, por esta profunda razón, se nos recomienda que, con toda buena disposición, acudamos presurosos al deseo de saber, pues, para estudiar y aprender las nociones elementales, está colocada la relación ordenada de las letras.

División del salmo

En la primera parte del salmo, el pueblo de los bienaventurados, reunido de las diversas partes del mundo, proclama que confiesa al Señor en la asamblea de los justos, donde la acción de gracias es eterna y la alabanza no tiene fin. Esta primera parte contiene las primeras seis letras del alfabeto antes dicho. Dice, en la segunda parte, que los fieles están saciados por tan generoso don, remitiéndose a la venida del Señor, para que, con avidísima voluntad busquen, la heredad ofrecida. En esta segunda parte, están repartidas otras diez letras. Afirma, en la tercera, que los cristianos han sido redimidos y que el Nuevo Testamento ha sido consagrado por la gracia eterna. Al contener esta tercera parte las seis restantes letras, queda bellamente concluida la totalidad del alfabeto.

Exposición del salmo

Verso 1.– ÁLEF, BET. **Te confesaré, Señor, con todo mi corazón, en el consejo**[1] **de los justos y en la congregación** [*Confitebor tibi, Domine, in toto corde meo, in consilio iustorum et congregatione*]. Como ya hemos dicho más de una vez, el verbo **confesar** admite un significado de doble sentido [**381**] y será el contexto el que determine cuál de los dos convenga en cada caso. En efecto, *confiesan* los que lloran sus pecados, y *confiesan* también los que dan gracias al Señor. Los primeros confiesan con lágrimas; los segundos, con gozo. Aquéllos, en la aflicción; éstos, en la santa alegría del espíritu. De ahí que exulta aquí el pueblo fiel con profusa alegría, expresando como cierta imagen del tiempo futuro, donde estas voces no callan y las alabanzas del Señor se celebran a una con espíritu devoto. En efecto, a fin de mostrar la sinceridad de su intención, dice que él lo alabará **con todo** el afecto **del corazón**, para que nada se lleve a escondidas el pensamiento contrario, ni los engaños diabólicos ofusquen el esplendor y la lucidez de la mente. Sigue: **En el consejo de los justos y en la congregación**. Si se quisiera buscar aquí abajo **el consejo de los justos y la congregación**, resultaría harto difícil hallar a todos los elegidos en este tiempo presente, donde la Iglesia está formada por la mezcla de buenos y malos. Sin embargo, los que aquí *confiesan con todo el corazón*, parecería como si salmodiaran ya en aquella *asamblea de los justos*, que el Señor congregará de entre todas las gentes en el tiempo futuro. Pero veamos qué nos revelan estas palabras. El **consejo de los justos** se refiere al hecho en que, llegado el tiempo de la resurrección, los justos juzgarán junto con el Señor, como en el salmo primero se dice: *Por eso no se levantan los impíos en el juicio ni los pecadores en el consejo de los justos* (Sal 1,7). En efecto, esto es lo que prometió el Señor, de manera particular, a sus apóstoles y santos, según está escrito en el Evangelio: *Os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel* (Mt 19,28). Por su parte, la **congregación** significa la bienaventurada corona de toda la Iglesia, reunida de las diversas partes del mundo.

Verso 2.– GUÍMEL, DALET. **Grandes son las obras del Señor; escogidas para todas sus voluntades**[2] [*Magna opera Domini; exquisita in omnes voluntates eius*]. A partir de aquí entra ya en las enumeraciones de la sincerísima confesión y muestra la gran inmensidad de la bondad. En efecto, ¿existe algo mayor en generosidad que hacer del hombre impío un hombre justo; del enemigo, un hijo; del cautivo, un hombre libre?. Para que en ellos se cumpla lo que dice el Apóstol: *Pero donde abundó el pecado, sobreabundó también la gracia* (Rom 5,20). **Escogida**, es decir, singular, exacta, nada semejante a la cual puede encontrarse. El Señor permite, en efecto, que el diablo se enfurezca, para encontrar –precisamente por la iniquidad de éste– a aquéllos que son más fieles a Él. Y, así, de un modo nuevo, de la aflicción nace la alegría; de la persecución temporal, la seguridad eterna. Y, para que no consideres que es alabado sólo en parte, añade: **Para todas sus voluntades**. En efecto, todo lo que Él hace lo hace de manera eximia e incomprehensible, como en el libro del Génesis está escrito: *Hizo Dios todas las cosas y estaban muy bien* (Gén 1,31). Así, aquella alabanza –indescriptible e inestimable– con brevedad ha quedado concluida.

---

[1]Hebr., בְּסוֹד יְשָׁרִים וְעֵדָה [*en el consejo de los justos y en la congregación*]. Los LXX: ἐν βουλῇ εὐθείων καὶ συναγωγῇ [*en el senado y en la sinagoga*].

[2]Hebr., דְּרוּשִׁים לְכָל־חֶפְצֵיהֶם [*buscadas de todos los que se complacen en ellas*]. Los LXX: ἐξεζητημένα εἰς πάντα τὰ θελήματα αὐτοῦ [*inquiridas para todas sus voluntades*]. Otras variantes griegas son: ἠκριθωμένα y παρεσκευασμένα [*esmeradas, aparejadas*].

3.– HE, VAU. **Confesión y magnificencia su obra**[3]**, y su justicia permanece por el siglo del siglo** [*Confessio et magnificentia opus eius, et iustitia eius manet in saeculum saeculi*]. Explica ahora, una vez más, cómo son comprendidas aquellas obras del Señor, de las que antes ha hablado. *Gloria* y *belleza* –como tradujo el Padre Jerónimo– es **su obra**, porque laudables y extremadamente bellas son las cosas que hizo. En efecto, debemos entender aquí la palabra **confesión** en el sentido de palabras de alabanzas, según ya dijimos. Sigue diciendo: **Y su justicia permanece por el siglo del siglo**. Por **justicia del Señor** hemos de entender, en este caso, la *sentencia del juicio futuro*, que es sentencia absolutamente definitiva. En efecto, **su justicia permanece por el siglo del siglo**, una vez que haya dicho a los pecadores: *Id al fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles* (Mt 25,4). Y, a la inversa, *su justicia permanece por el siglo del siglo*, cuando llame a sus fieles y les diga: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino que ha sido preparado para vosotros desde el comienzo del mundo* (Mt 25,34). De este modo, en ambos casos, la justicia del Señor se manifiesta perpetua e inmutable.

Verso 4.– ZAIN, JET. **Hizo memoria de sus maravillas, el Señor misericordioso y compasivo** [*Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus*]. Llega a la segunda parte, en la que, mediante el alimento celestial –es decir, por medio de la venida del Señor y Salvador– muestra los pastizales merecedores de total seguridad. Así, pues, **hizo memoria de sus maravillas**, cuando mostró multitud de cosas nuevas e inusitadas. En efecto, fue entonces, cuando con absoluta claridad pudo entenderse que el Señor gobierna todas las cosas: cuando se vio que, por los mandatos divinos, era mudado el orden natural de las cosas. Ciertamente, porque nadie puede cambiar realmente el orden de las cosas, sino Aquél que las hizo y las gobierna. Y, para mostrar que *hizo memoria de sus maravillas*, continúa diciendo: **El Señor misericordioso y compasivo**. El adjetivo **misericordioso** pone de manifiesto la naturaleza de su piedad. **Compasivo** hace referencia al tiempo en que, al venir, hizo misericordia y, por su inmensa piedad, vino en socorro del género humano.

Verso 5.– TET, YOD. **Dio alimento a los que le temen; se acordará de su testamento por el siglo** [*Escam dedit timentibus se; memor erit in saeculum testamenti sui*]. Mediante la expresión: **Dio alimento a los que le temen**, hace referencia, ciertamente, al alimento espiritual. En efecto, ¿quién puede considerar que, como premio, es dado a los fieles el alimento ordinario, que por todas partes se les da también a los pecadores?. Pero, para que comprendas, aún mejor, que esto se refiere a la venida del Señor, añade: **Se acordará de su testamento por el siglo**. Dice: **Se acordará**. Dicha expresión responde al modo humano de hablar, en cuanto que se considera que alguien ha retenido algo en su mente, cuando ha llevado a cumplimiento aquello que había prometido. Por su parte, las palabras **por el siglo** significan la *eternidad*, porque el Señor guarda las palabras de su Alianza,en virtud de una solidísima verdad. En efecto, así como en el Antiguo Testamento fue prometida la venida del Señor Salvador, así se dignó venir en el Nuevo, donde *fue dado alimento a los que le temen*, esto es, la comunión de su sagrado cuerpo y sangre, que es salvación de las gentes y perdón de los pecados.

Verso 6.– KAF, LÁMED. **Anunció a su pueblo el poder de sus obras, para darles la**

[3]Hebr., פָּעֳלוֹ [*su obra*]. Los LXX: τὸ ἔργον αὐτοῦ [*su obra*], en singular. Lo que parece referirse a un hecho singular y especial. Muchos Padres verán aquí la gran obra de redención de su pueblo.

heredad de las gentes [*Virtutem operum suorum annuntiavit*[4] *populo suo, ut det illis haereditatem gentium*]. Se ha completado aquí la sentencia, que está contenida en tres versos. **Poder de** las **obras**, esto es, cuando dice en el Evangelio: *Los ciegos ven, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan, y dichoso aquél que no se escandalizare en mí* (Mt 11,5). **Anunció**, es decir, hizo manifiesto su poder al pueblo cristiano, al que redimió, por medio de su preciosa sangre. Pero dicen esto, movidos por el espíritu de profecía, aquéllos que, antes de la venida del Señor, ya habían creído en Él con una santa fe. **Les dio la heredad de las gentes**, cuando construyó la Iglesia católica con piedras vivas, procedentes de todas las naciones. Ella es la **heredad**, que prometió a Abrahán: *Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que hay a la orilla del mar* (Gén 22,17). Ha dado a conocer, pues, por qué razón *anunciará a su pueblo el poder de sus obras*, esto es: *Para darles la heredad de las gentes*. En efecto, ésta fue la finalidad de los milagros: que creyeran y que, creyendo, recibieran los premios prometidos.

Verso 7.– MEM, NUN. **La obra de sus manos, verdad y juicio; fieles son todos sus mandatos** [*Opera manuum eius veritas et iudicium; fidelia omnia mandata eius*]. Mediante bellas y variadas sentencias, vienen descritas –en este verso y en el siguiente– las alabanzas del Señor. Ésta es la duodécima forma de definición, que los griegos llaman κατ' ἔπαινον, y los latinos, *per laudem* [por medio de la alabanza]. Ciertamente, es **obra** de su poder, cuando perdona a quienes confiesan sus pecados; cuando a los impíos los hace dichosos; cuando, finalmente, lleva a cumplimiento en los obstinados las penas que merecen. Por lo cual, justamente ha sido dicho [**382**] que su obra es **verdad y juicio**. Es **verdad**, porque concede a los fieles los bienes prometidos; **juicio**, porque amenaza a los impíos, en cuanto que los que aquí se niegan a cumplir sus mandatos, habrán de sufrir allí el castigo eterno. Continúa diciendo: **Fieles son todos sus mandatos**. Está escrito: *Guarda los mandamientos y ellos te guardarán* (Sir 15,16). Pero tales mandatos son **fieles**, porque por ninguna mentira varían, sino que nos guardan con total seguridad, cuando –con el favor del Señor– también nosotros diligentemente los guardamos.

Verso 8.– SÁMEK, AIN. **Confirmados por el siglo del siglo; hechos en verdad y equidad** [*Confirmata in saeculum saeculi, facta in veritate et aequitate*]. Las palabras que pronuncian los hombres se disuelven inútilmente, mas la palabra del Señor permanece **confirmada por el siglo del siglo**, esto es, eternamente. En efecto, no puede conocer titubeos aquello que procede de la Verdad. Sigue: **Hechos en verdad y equidad**. Para que creas que aquellos *mandatos*, de los que más arriba ha hablado, están llenos por completo de efectos certísimos, afirma que más que[5] dichos son **hechos**. Y, para que la dignidad de tales mandatos apareciera aún más ampliamente manifiesta, añade: **En verdad y equidad**. **Verdad**, porque –una vez dichos– se cumplen; **equidad**, porque son manifestados por el peso de la justicia. Es cosa evidente, en efecto, que sus mandatos contienen estas virtudes.

Verso 9.– PE, SADE, QOF. **Envió la redención a su pueblo; mandó su testamento en eterno. Santo y terrible es su nombre** [*Redemptionem misit populo suo; mandavit in aeternum testamentum suum. Sanctum et terribile nomen eius*]. Aparece aquí el silogismo entimemático, ya conocido por nosotros. Su premisa es: Envió la redención a su pueblo; mandó su testamento en

[4]TL., *annuntiavit*; Vlg., *annuntiabit.*

[5]Nota del editor: *Hic aliqua videtur coniunctio*. En efecto, TL. dice: *facta dixit quam dicta.* Prop., *facta dixit potius quam dicta.*

eterno. Sigue la conclusión esperada: Santo y terrible es su nombre. Pero veamos las demás cosas siguientes. Se ha llegado a la tercera parte, en la que se anuncia que ha de venir el Señor Salvador, el cual es digno ser temido, digno de ser amado y digno de ser alabado con júbilo perpetuo. Mas adecuadamente dice: **Envió la redención**, porque esto necesitaban los cautivos. Ahora bien, se trató de un precio no pagado al tirano, sino recibido por el mismo que había sido liberado. Lucró el cautivo su redención y obtuvo de ello más ganancia el mismo que había estado bajo servitud. Sigue: **Mandó su testamento en eterno**. Llamamos **mandar** al hecho de hacer llegar una noticia a alguien que está ausente, sirviéndonos para ello de personas intermedias. Consta así que esto sucedió, cuando transmitió a los gentiles el Nuevo **Testamento**, por medio de sus apóstoles y evangelistas. Pero muy bien se dice: **En eterno**, porque se significa, de este modo, que no habrá ningún otro que venga a sustituirlo, como sí sucedió con el Antiguo Testamento. En efecto, este Testamento es el que da fin a las cosas, pues en él halla pleno cumplimiento todo aquello que anteriormente había sido prometido. Justamente, pues, se dice que es *eterno*, en cuanto que no tiene necesidad de ningún otro. Añade: **Santo y terrible es su nombre**. **Santo**, virtud que hace referencia a la encarnación, como Él mismo dice: *Guarda mi alma, porque yo soy santo* (Sal 85,2). **Terrible**, atributo relativo a la omnipotencia de la excelsa Divinidad, como en otro salmo se dice: *Tú eres terrible, y ¿quién te resistirá?* (Sal 75,8). Estos dos adjetivos quieren decir lo siguiente: que amemos al Abogado y temamos al Juez. En efecto, ambas cosas están convenientemente unidas, de manera que ni el solo amor nos vuelva negligentes ni el temor nos lleve sólo a la desesperación.

Verso 10.– REŠ, ŠIN, TAU. **Comienzo de la sabiduría es el temor del Señor. Bueno es el entendimiento en todos los que la practican**[6]**. Su alabanza permanece por el siglo del siglo** [*Initium sapientiae timor Domini. Intellectus bonus omnibus facientibus eam*[7]*. Laudatio eius manet in saeculum saeculi*]. Perfectamente se ha definido qué es el **temor del Señor**, es decir: **Comienzo de la sabiduría**. Ciertamente, mediante este *temor*, se entra –como si de ciertas puertas se tratara– en la presencia del Señor. En efecto, si el miedo al Juez es desconocido, se desprecia la medicina de la conversión. Temamos al Juez, para merecer hallar la gracia del Redentor[8]. Sigue: **Bueno es el entendimiento en todos los que la practican**. Para que no consideres que se trata de la sabiduría humana, la cual vacila y fluctúa en casos inciertos, sobre esta sabiduría celeste dice así: **Bueno es el entendimiento –e**s decir, verdadero y saludable– e inexistente en la otra sabiduría, acerca de la cual está escrito: *La sabiduría de este mundo es necedad en la presencia de Dios* (1Cor 3,19). Así, pues, este **entendimiento**, que está fijo en el temor de Dios, es útil y fructuoso, porque de él nace todo aquello que conduce a la gloria eterna. Sigue: **Su alabanza permanece por el siglo del siglo**. He aquí declarada la intención toda del salmo. Aquel pueblo fiel, liberado de la maldad diabólica, en su acción de gracias al Señor, ha expresado el sentimiento de su espíritu religioso, cosa que también aquí deben hacer los hombres piadosos y que, en aquella Jerusalén celestial, los bienaventurados habrán de realizar por los siglos de los siglos. En efecto, **su alabanza** no está cerrada por límite alguno, porque el beneficio no puede tener fin. Aquí es alabado, porque libera a los pecadores; allí es celebrado, porque corona a los bienaventurados. Así, pues, con razón, este salmo, que comienza con la alabanza del Señor y termina también con ella, acogió ya en el

[6]Hebr., שֵׂכֶל טוֹב לְכָל-עֹשֵׂיהֶם [*Buen entendimiento tienen aquéllos que **los** practican*]. Los LXX: σύνεσις ἀγαθὴ πᾶσι τοῖς ποιοῦσιν αὐτήν [*Buen entendimiento tienen aquéllos que **la** practican*].

[7]TL., in textu: *eam* [*mss. A.,B.,F., eum*]; Vlg., *eum.*

[8]TL., in textu: *Redemptoris* [*ed.*, redemptionis].

titulo la exclamación del *Aleluya*.

Conclusión del salmo

¡Qué bien se ha alegrado este pueblo fidelísimo!. Ha sido también gozo para nosotros escuchar al que se goza. En efecto, la alegría del espíritu se acrece, cuando van apurándose suavemente las palabras, que salen de la boca de alguien que se alegra. Pero que no se considere también como algo ocioso el hecho de que, después del salmo ciento nueve, venga colocada con tal número[9] esta exultación de los fieles. En efecto, fíjate en la dulzura y seguridad de los que cantan, y hallarás aquí incorporada la forma de aquella recompensa, que el Señor promete en el Evangelio a los obreros enviados a trabajar en la viña, por el favor de su propia llamada. Es, en efecto, el mismo denario que va a dar a los que llegan de mañana o por la tarde. Denario, porque tiene forma de corona; uno, porque no tendrá enteramente fin. Se ha añadido también a este salmo la hermosa integridad del alfabeto, de manera que a la gracia de tan gran exultación le sea unida también la instrucción, que dan las letras.

SALMO CIENTO ONCE

Aleluya, del regreso de Ageo y Zacarías[1].
[*Alleluia, conversionis Aggaei et Zachariae*].

Puesto que frecuentemente hemos hallado que la palabra **Aleluya** aparece sola, veamos ahora qué quiera significar el añadido de estos dos nombres. **Ageo** y **Zacarías** fueron dos profetas, que –tras el destierro de Babilonia y reinando el rey Darío– profetizaron mucho tiempo después de que estas cosas fuesen cantadas. En efecto, vueltos a Jerusalén, su patria, al ver que el templo es restaurado, prodigaron con gran exultación las alabanzas del Señor. De manera parecida, también este salmo está entretejido –como si de reglas áureas se tratara– con todas las letras del alfabeto hebreo. Es éste un salmo que, tras la absolución de los pecados, debe cantar el cristiano, lleno de total alegría. Y fija en tu memoria que éste es el cuarto salmo, preceptor de los fieles. Muestra, en efecto, tras liberación [**383**] de los delitos, cuántos sean los bienes del Señor y cuál la retribución de los malvados.

División del salmo

Durante todo el salmo, habla el profeta. Da a conocer, en la primera parte, cuáles son las obras del hombre bienaventurado y de cuántos bienes, por la gracia del Señor, sea merecedor. En esta parte se contienen las seis primeras letras. En la segunda parte, manifiesta la venida del Señor Salvador. Por medio de ella, de su condición de pecadores e impíos pasan los hombres a ser hechos merecedores de alcanzar la bienaventuranza eterna. Se contienen, en esta segunda parte, otras trece letras hebreas. En la tercera parte, donde se incluyen las tres letras restantes, se atestigua que a los impíos les sobrevienen cosas totalmente contrarias.

[9]Es decir, con el número ciento diez.

[1]En los títulos hebreo y griego sólo aparece la exclamación *Aleluya,*

Exposición del salmo

Verso 1.– ÁLEF, BET. **Bienaventurado el hombre, que teme al Señor. En sus mandatos se complacerá grandemente** [*Beatus vir qui timet Dominum; in mandatis eius cupiet*[2] *nimis*]. De modos diversos, **el hombre bienaventurado** viene llamado a comparecer, a fin de que sus deseos no sean descuidados por negligencia alguna. Conviene, en efecto, que frecuentemente nos examinemos en el espíritu, que es donde sabemos que el gozo es eterno. Ahora bien, como ninguna felicidad exista, estando sometidos al temor mundano –temor que, sin duda, nos hace desgraciados–, viene a resultar evidente, sin embargo, que no hay gozos hallados perpetuos, a no ser los que tengan su origen en el **temor del Señor**. En efecto, por impulso suyo, deseamos todo aquello que nos pueda hacer ser felices. A continuación, dice: **En sus mandatos se complacerá grandemente**, hecho éste que, por medio del *temor del Señor*, es cierto que puede suceder, cuando tememos al Señor, amándolo, a fin de que no nos haga ajenos a su reino. Por consiguiente, la expresión: *Bienaventurado el hombre que teme al Señor*, etc., corresponde a la duodécima forma de definición, que los griegos llaman κατ' ἔπαινον, y los latinos, *per laudem* [por medio de la alabanza].

Verso 2.– GUÍMEL, DÁLET. **Poderosa en la tierra será su semilla; la generación de los rectos será bendita** [*Potens in terra erit semen eius; generatio rectorum benedicetur*]. Vienen descritos ya los premios del bienaventurado, del que anteriormente hizo mención. Pero, puesto que como él mismo proclama que los humildes son gratísimos al Señor, en modo de dar a los justos el nombre de pobres [Mt 5,3; Lc 6,20], preguntémonos en qué **tierra** se dice que han llegado a ser **poderosos** los que aquí –como bien se sabe– son motivo de desprecio. Ciertamente, en aquella tierra en que los santos habrán de reinar con el Señor, donde ni las riquezas humanas ni los honores temporales hacen a los hombres *poderosos*, sino la contemplación del Señor y su alabanza sin fin. Ella es, en verdad, aquel poder al que no le sucede la debilidad, sino que guarda con felicidad eterna aquello que ha merecido ser. La **semilla** significa las obras de cosas buenas que –como las semillas– mueren en este mundo, a fin de que crezca el fruto de la mies futura. Pero muy bien dice: **Generación de los rectos**, no esta generación carnal, sino aquella otra que –por el ejemplo de los justos– es propagada, mediante la imitación de sus obras. De ahí que se recuerde que también el diablo tiene a los pecadores por hijos suyos. Son aquéllos, a los que se les dijo: *Vosotros sois de vuestro padre, el diablo* (Jn 8,44).

Verso 3.– HE, VAU. **Gloria y riquezas en su casa, y su justicia permanece por el siglo del siglo** [*Gloria et divitiae in domo eius, et iustitia eius manet in saeculum saeculi*]. Sigue describiendo todavía los bienes del hombre bienaventurado. **Su casa** es lo secreto del espíritu, donde guarda las riquezas santas y la gloria perpetua todo aquél que hubiere dado cumplimiento a los preceptos del Señor. Pero aquella **gloria** no tiene fin; aquellas **riquezas** no desaparecen, a causa de ningún robo maligno, sino que proceden de los mandatos del Señor. De aquí que todo cuanto es adquirido se conserva con total integridad. Sigue diciendo: **Y su justicia permanece por el siglo del siglo**. Se trata, ciertamente, de la **justicia** del hombre, pero de aquella justicia que es otorgada por la generosidad de Dios. En efecto, aun empleándose un nombre de carácter general, se advierte, sin embargo, que se trata de una justicia particular, en cuanto que, por dispensación

[2]TL., in textu: *cupiet* [*mss. A.,B.,F.,* cupit]*;* Vlg., *volet*.

divina, el hecho concedido llega a cada hombre en concreto. Y, para que nadie pueda creer que una dicha tal es sólo temporal, añade: **Permanece por el siglo del siglo**. Hasta aquí la narración de los bienes del hombre bienaventurado. Se da ahora a conocer cómo se llega a ser bienaventurado, a fin de que no parezca que sólo se ha provocado el deseo, sino que se enseña también la causa.

Verso 4.– ZAIN, JET. **Ha surgido en las tinieblas la luz para los rectos de corazón; misericordioso, compasivo y justo es el Señor** [*Exortum est in tenebris lumen rectis corde; misericors, et miserator, et iustus Dominus*[3]]. Llega a la segunda parte, en la que se significa la primera venida del Señor, que hizo felices a los creyentes y, por su iniquidad, declaró culpables a los soberbios. Pero esta venida del Señor es descrita con admirable propiedad. En efecto, vino **la luz**, que supera a toda otra luz. Y, para que todavía más grato fuera, añade: **En las tinieblas**, no las tinieblas producidas por la ausencia del sol, sino las tinieblas, más bien, que se oscurecen, a causa de la presencia de los pecados. Estas *tinieblas* están dentro, en el corazón, allí donde el sol del mundo no pueda entrar. *Tinieblas*, a las que aquella *luz* expulsa, porque venció a la muerte e hizo polvo los delitos. Pero, al decir: **Para los rectos de corazón**, los perversos quedan apartados de esta *luz*. Sigue: **Misericordioso, compasivo y justo es el Señor**. Pocas son, ciertamente, las palabras, pero abarcan los actos de todas las criaturas, que están dotadas de razón. En efecto, los que confiesan tienen al que es misericordioso[4]; mas los que desprecian al justo, ciertamente, sufrirán el juicio[5].

Verso 5.– TET, YOD. **Dichoso el hombre que se apiada y da prestado; dispondrá sus palabras en el juicio** [*Iucundus homo qui miseretur et commodat; disponet sermones suos in iudicio*]. Llama **dichoso** no tanto a aquél que es acepto a los hombres, sino al que es grato a Dios. **El que se apiada**, es decir, el que da a los que están necesitados. Ahora bien, **da prestado** aquél que, para recibir algo en este mundo, brinda su ayuda a los que en la necesidad están esperando, como dice el Evangelio: *Al que te pide dale, y al que quiere le prestes no lo rehuyas* (Mt 5,42), pues no es ya una despreciable recompensa liberar[6] a alguien que, en el presente, se halla en apuros y recobrar honradamente sólo la cantidad del dinero prestado. Pero puede entenderse que *apiadarse* –es decir, dar a los pobres– es *dar prestado*, cuando el hombre da cosas temporales, para recibir las eternas. Sin embargo, aunque ambas cosas parezcan referirse a las obras materiales, no habla sólo de apiadarse del pobre en lo referente al dinero o de dar prestado a los que esperan en la necesidad, sino de todo bien del que carece el que está abandonado. De ahí que debemos ser solícitos en hacer todo lo posible por acudir en ayuda del otro. Sigue: **Dispondrá sus palabras en el juicio**. La **disposición** de las palabras significa un orden sosegado, apacible y expuesto con un razonamiento tal que sea merecedor de aprobación. Por ejemplo: al volver el dueño de la casa, ha de decírsele: *Señor, cinco talentos me diste, he aquí que he ganado otros cinco* (Mt 25,20). Por tanto, **dispone sus palabras en el juicio** el que prueba haber duplicado los bienes del Señor. No como el que, con cautela inútil y perjudicial moderación, guardó el talento, haciendo un hoyo en la tierra [Mt 25,25]. Esto puede referirse igualmente a aquél que, escudriñando –con el favor del Señor– las divinas Escrituras, o bien retiene con estéril silencio lo que en ellas encuentra o lo esparce, por el contrario, con piadosa voluntad.

[3]TL., *misericors, et misereator, et iustus Dominus*; Vlg., *misericors, et misereator, et iustus*.

[4]TL., in textu: *misericordem* [*mss. A.,B.,F.,* misericordiam]*;* Vlg., *volet*.

[5]TL., in textu: *sustinebunt* [*lidem*, sustinebunt iudicium].

[6]TL., in textu: *eruere* [*ed.*, servare].

Verso 6.– KAF, LÁMED. **Porque no será conmovido por el siglo; en memoria eterna estará el justo** [*Quia in saeculum*[7] *non commovebitur; in memoria aeterna erit iustus*]. Da a conocer la causa por la que el hombre justo dispone sus palabras en el juicio: porque **no será conmovido en los siglos**, es decir, de ninguna manera será separado de la gloria del Señor. Sigue: **En memoria eterna estará el justo**. Ciertamente, porque es llamado a recibir el premio. Pero a los impíos se les dice: *No os conozco* (Lc 13,25). Por lo cual [**384**], así como los enviados al castigo están condenados al olvido, así éstos, por la bienaventuranza que han de recibir, están llamados a permanecer en la **memoria** del Señor.

Verso 7.– MEM, NUN. **Del mal escuchado no temerá**[8]**; preparado ha sido su corazón para esperar en el Señor** [*Ab auditu malo*[9] *non timebit; paratum est cor eius sperare in Domino*]. Llama **mal escuchado** a aquello que habrán de oír los impíos: *Id al fuego eterno* (Mt 25,41), y todo lo que sigue. En efecto, es *malo* para los que han de ser castigados con justa severidad, pues no está permitido decir otra cosa, excepto que el juicio del Señor es siempre justo. Y para que no consideres solamente que los bienaventurados no temen las injurias nocivas, continúa diciendo: **Preparado ha sido su corazón para esperar en el Señor**, es decir: están preparados para recibir sus promesas aquéllos que, con su ayuda, pisotearon las lisonjas del mundo. A éstos les dirá el Señor: *Venid, benditos de mi Padre, tomad el reino que ha sido preparado para vosotros desde el origen del mundo* (Mt 25,34). La palabra **corazón** viene empleada aquí en lugar del amor de un espíritu recto, porque sin vacilación alguna sabe esperar los dones prometidos.

Verso 8.– SÁMEK, AIN. **Fortalecido está su corazón; no será conmovido hasta ver a sus enemigos**[10] [*Confirmatum est cor eius; non commovebitur donec videat*[11] *inimicos suos*]. Puesto que *el corazón del bienaventurado había sido preparado para esperar en el Señor*, consecuentemente se añade ahora: **Fortalecido está su corazón**. En efecto, desprecia todo lo que es caduco el que estuviere colmado de aquella delectación. Por lo cual, el **corazón** del justo **está fortalecido**, cuando ningún placer de este mundo lo reblandece. Y, al contemplar aquí el poderío de los pecadores, aguarda, más bien, su ruina. En efecto, tiene que sufrir **ver** en este mundo el poder de **sus enemigos**, para poder contemplar allí su humillación. Pero, comoquiera que aquí veamos que nuestros enemigos, que luchan con nosotros por alguna adversidad, son carnales, quiere que se entiendan las maldades espirituales, que aquí no vemos enteramente, pero que, con toda certeza, en aquel juicio sí las conoceremos. Y cuando dice: **Hasta ver a sus enemigos**, se ha de sobreentender: humillados y postrados. ¡Oh santa disposición[12] del Creador, que nos los hace ver debilitados, al punto de ser motivo de irrisión, que no de temor!.

---

[7]TL., *in saeculum*; Vlg., *in aeternum.*

[8]Hebr., מִשְּׁמוּעָה רָעָה לֹא יִירָא [*De la noticia mala no temerá*]. Los LXX: ἀπὸ ἀκοῆς πονηρᾶς οὐ φοβηθήσεται [*De la mala fama no tendrá miedo*].

[9]TL., *ab auditu malo*; Vlg., *ab auditione mala.*

[10]Hebr., עַד אֲשֶׁר־יִרְאֶה בְצָרָיו [*hasta ver en sus enemigos*]. Los LXX: ἕως οὗ ἐπίδῃ ἐπὶ τοὺς ἐχθροὺς αὐτοῦ [*hasta que ponga la mirada en sus enemigos*].

[11]TL., *donec videat*; Vlg., *donect dispiciat.*

[12]TL., in textu: *dispositio* [*ed.*, dispensatio].

Verso 9.– PE, SADE, KOF. **Repartió, dio a los pobres; su justicia**[13] **permanece por el siglo del siglo**, **su cuerno será exaltado en gloria** [*Dispersit, dedit pauperibus; iustitia eius manet in saeculum saeculi, cornu eius exaltabitur in gloria*]. Está relacionado este versículo con aquel consejo del Señor, que dice: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo tuyo y dalo a los pobres; y ven, sígueme* (Mt 19,21). Es el reparto que felizmente congrega; la distribución, que merece el reino de los cielos. El que hiciere estas cosas obra la **justicia**, porque ha llevado a cumplimiento los preceptos del Señor. Y en esto **permanece** siempre, porque recibe los dones eternos de aquel Autor que fundó los siglos. Sigue: **Su cuerno será exaltado en gloria**. Ya se ha dicho varias veces que la palabra **cuerno** se emplea en lugar de *poder*, como atestigua el profeta Daniel, cuando dice: *Pero los cuatro cuernos son los cuatro reinos* (Dan 7,17). ¡Cuán necesario es que se les den allí a los que estaban postrados aquí con piadosa humildad!. Hasta este punto ha venido hablando de los bienes de los bienaventurados. Concluye ahora el salmo, refiriendo la aflicción de los impíos.

Verso 10.– REŠ, ŠIN, TAU. **El pecador verá, y se llenará de ira; rugirá con sus dientes y se consumirá; el deseo de los pecadores perecerá** [*Peccator videbit, et irascetur; dentibus suis fremet et tabescet; desiderium peccatorum peribit*]. Tras haber hablado del hombre bienaventurado y de los premios que le tocan en suerte, en la tercera parte, ha puesto de manifiesto la envidia de los pecadores. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *paradigma*, esto es, cuantas veces somos estimulados por los bienes de los bienaventurados, pero desviados, a causa del ejemplo de los impíos. Dicha figura se encuentra, en efecto, en todos estos salmos que hablan de la sociedad de los bienaventurados, aunque, a veces, se encuentra adaptada también en otro lugar, como consta que es el caso del salmo primero[14]. Dice: **Se llenará de ira**, o sea, se encolerizarán consigo mismos los que no quisieron ser curados de su maldad. Veían[15], en efecto, que ellos presumían de cierta gloria caduca, de un poder pasajero, mas que los otros recibían la felicidad que nunca puede faltar. Ira justa, indignación verdadera, pero no provechosa para los tiempos del castigo. En efecto, no se habrían indignado allí, si se hubiesen irritado aquí, a causa de sus propios pecados. Sigue: **Rechinará sus dientes y se consumirá**. Queda descrito el hombre pecador y envidioso, que se revuelve en su propia maldad, reprimiendo sí el mal de su ira, pero incapaz ya de dañar a nadie. En efecto, con impiedad se agitaba aquí, para herir al otro; con justicia, descargará allí su ira contra sí mismo, al verse castigado, a causa de su maldad. Así dice también Isaías: *No hay paz para el impío, dice el Señor* (Is 57,21). En verdad, su **rugido** tiene como efecto **consumirse**; y su ímpetu, desfallecer. Se muerde ya con sus dientes; se castiga con su propio dolor, rechazando de sí los suplicios, que él obligaba a soportar aquí a quienes tenía sometidos. Añade: **El deseo de los pecadores perecerá**. Ciertamente, pues así como allí –plantados en el reino del Señor– florecerán los deseos de los bienaventurados, así también –una vez segados– los *deseos* de los pecadores acabarán por marchitarse.

Conclusión del salmo

¡Con qué belleza, al ir descendiendo poco a poco las letras del alfabeto, ha sido descrito este hombre bienaventurado, en modo de narrar, a un mismo tiempo, sus obras y sus premios!.

---

[13]Hebr., צִדְקָתוֹ [*su justicia*]. Por *justicia* puede entenderse muy bien aquí no sólo la virtud, en general, si la limosna, en particular. Los LXX: ἡ δικαιοσύνη αὐτοῦ [*su justicia*].

[14]Véase Sal 1,6.

[15]TL., in textu: *videbant* [*ed*., vident].

¿Quién no cree ver las cosas, que la santa Verdad promete?. Sin embargo, Él mismo hace que recibamos todo cuanto ya nos ha concedido escuchar. En efecto, este alfabeto, con el que este canto ha sido completado, no hay duda de que hace referencia a la perfección de la sabiduría. Por medio de él, se conoce el sentido de las cosas divinas y es alejada la culpa de la ignorancia. Consta así que estos salmos están pintados con colores de atractivo diverso, de modo que la humana poquedad de entendimiento no sienta hastío en aprender.

SALMO CIENTO DOCE

Aleluya.
[*Alleluia*].

He aquí que las palabras del título del presente salmo son las mismas que las del siguiente. En efecto, puesto que la exclamación **Aleluya** significa *Alabad al Señor*, así también comenzó el mismo verdadero maestro, doctor egregio, cuya palabra no puede engañar, porque consta que brota de la fuente de la Verdad. Ciertamente, pues ¿qué puede decirse que es más cierto que aquello donde se halla el preceptor, el comentador propio de todas las cosas?

División del salmo

En la primera parte, el profeta David, que es el que habla a lo largo de este breve salmo, exhorta a los fieles devotos a que alaben incesantemente al Señor y no dejen de anunciarlo en todo el orbe. En la segunda, él mismo pone en práctica lo que aconseja, de manera que se vea que el verdadero maestro enseña no tanto con la palabra cuanto con el ejemplo.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Alabad, niños**[1]**, al Señor; alabad el nombre del Señor** [*Laudate, pueri, Dominum; laudate nomen Domini*]. Sabido es que este nombre –**niño**– se aplica a los más simples y puros, pues también el mismo Señor es llamado así, como está escrito en Isaías: *Os ha nacido un niño* (Is 9,6). Sabido es también que, debido a su inocencia, ésta es la edad predilecta del Señor. Dice, en efecto, a sus discípulos: *Dejad que los niños vengan a mí, porque de los que son como ellos es el reino de los cielos* (Mt 19,14). Con razón, pues, anima el profeta a cantar la alabanzas del Señor a aquéllos que, con corazón puro, tienen acceso a ellas. Observa también que, en esta repetición, existe cierta diferencia. **Alaba al Señor** el que se entrega con una acción digna de alabanza. **Alaba** el mismo **nombre del Señor** el que, mediante la santa predicación, proclama sus virtudes.

Verso 2.– **Sea bendito el nombre del Señor, desde ahora y hasta por el siglo**[2] [*Sit nomen Domini benedictum, ex hoc nunc et usque in saeculum*]. Para que los niños no crean que les es

[1]Hebr., יָהּ הַלְלוּ עַבְדֵי יְהוָה [*Alabad, siervos del Señor*]. Los LXX: αἰνεῖτε παῖδες κύριον [*Alabad, siervos, al Señor*]. La palabra griega παῖδες es ambigua y admite los significados de *niños, jóvenes* y *siervos.*

[2]Hebr., מֵעַתָּה וְעַד־עוֹלָם [*desde ahora y para siempre*]. Los LXX: ἀπὸ τοῦ νῦν καὶ ἕως τοῦ αἰῶνος [*desde ahora y para siempre*].

ordenada una alabanza sólo pasajera, dice que debe ser anunciado ahora –en este tiempo– y en aquella eternidad, también.

Verso 3.– **Desde la salida del sol hasta el ocaso, alabad el nombre del Señor** [*A solis ortu usque ad occasum, laudate nomen Domini*]. Designa aquí a la Iglesia universal, de suerte que, por todo el mundo, cuyo creador es Cristo, no callen sus alabanzas. Justa es la exhortación[3] del Señor, saludable la encomienda del tal encargo, esto es: que la criatura conozca a su Creador, que lo magnifique, que lo engrandezca siempre con sus alabanzas. Esta figura retórica se la conoce con el nombre de *periphrasis*. Los latinos la llaman *circuitum* [circunlocución]. En algunos casos, se emplean las palabras *por el orbe*; en otros, *desde los cuatro puntos cardinales*. Aquí, sin embargo, como si de cierta línea se tratara, el mundo ha sido significado, según el recorrido del sol.

Verso 4.– **Excelso sobre todas las gentes, el Señor; y sobre los cielos, su gloria** [*Excelsus super omnes gentes Dominus, et super caelos gloria eius*]. Con las dos partes de este versículo, quiere dar a entender todas las criaturas en general. Así, por la palabra **gentes** entendamos todas las realidades terrenas. Por **cielos**, todos los seres celestiales, porque es **excelso** sobre todo cuanto existe Aquél a quien también los cielos le están sometidos, como en otro salmo se lee: *Exalta sobre los cielos, oh Dios; y sobre toda la tierra tu gloria* (Sal 107,5). O, quizá, por *gentes* debamos entender los hombres carnales, y por *cielos*, los espirituales, para que sea comprendido como Altísimo sobre todas las criaturas Aquél que es Creador de todo cuanto existe.

Verso 5.– **¿Quién como el Señor, Dios nuestro, que habita en las alturas?** [*Quis sicut Dominus Deus noster, qui in altis habitat?*]. Llega a la segunda parte, en la que ya el profeta, a través de las obras, proclama con alegría las alabanzas del Señor. Al decir: **¿Quién?** no está significando a otro, sino al Único que es glorificado, a causa de la Majestad de su propio poder. **El que habita en las alturas**, esto es, el que habita en sus excelsas criaturas, a las que Él hace grandes, cuando se digna **habitar** en ellas. Estas criaturas son los ángeles buenos, sus santos, y todas las demás potestades que, por medio de la dignidad de su presencia, son engrandecidos. Pero, para que no consideres que esta inmensísima grandeza pretenda despreciar las cosas humildes, fíjate en lo que sigue.

Verso 5.– **Y mira las cosas humildes en el cielo y en la tierra** [*Et humilia respicit in caelo et in terra*]. Viene explicado aquí el significado de lo expresado más arriba: *El que habita en las alturas*. Ciertamente, el mismo que habita en lo alto **mira las cosas humildes**, para que, en virtud de su don, se hagan siempre altísimas. Tiene, en efecto, su sede sobre la piadosa humildad. Visita la humildad, que nada espera en sí misma, sino que se gloría únicamente de la magnificencia del Señor. Pero has de entender esta humildad en el sentido de la disposición del espíritu, no en el sentido del estado en que se hallan las cosas terrenales. Sigue diciendo, en efecto: **En el cielo y en la tierra**. ¿Qué **humildad** existe **en el cielo**, sino aquélla en la que, por su humillación[4], se complacieron los santos ángeles?. Todas las virtudes del cielo, en razón de la misma alabanza, son excelsas y, en todo lo que fielmente[5] fuere humilde, allí se encuentra la sede de Dios y su poder eterno. **En la tierra**, expresión que se refiere aquí a los santos varones, de quienes está escrito:

[3]TL., in textu: *commonitio* [*ed*., communitio].

[4]La humillación de la encarnación.

[5]No fueron fielmente humildes los ángeles rebeldes.

¿Sobre quién descansará[6] *mi espíritu, sino sobre el humilde, el pacífico y sobre el que teme mis palabras?* (Is 66,2). Así, *en el cielo* y *en la tierra*, se encuentra la humildad, que agrada a Dios, del mismo modo que se halla la soberbia odiosa, por la que cayó el diablo y por la que los hombres se hunden en las profundidades del Tártaro. Avergüéncense los soberbios y, aceptada la razón, se convenzan a sí mismos. ¿Dónde creen que tiene un lugar la soberbia, al ver que tanto el cielo como la tierra están ocupados por la humildad?.

Verso 7.– **El que levanta de la tierra al desvalido y alza del estiércol al pobre** [*Suscitans a terra inopem, et de stercore erigens pauperem*]. Este beneficio no lo reivindiquen para sí sólo los desvalidos y necesitados, pues del estiércol y de la pobreza es alzado todo aquél que, por la gracia de Dios, es levantado de esta caída del cuerpo. En una palabra, incluso el mismo rey de este mundo está necesitado de los beneficios de Dios y se revuelve en el estiércol todo aquel que está dominado por los vicios de la carne. Así, pues, a todas las clases sociales, a todas las edades de los hombres las alza el Señor de estos vicios, cuando prodiga los dones de su misericordia.

Verso 8.– **Para colocarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo** [*Ut collocet eum cum principibus, cum principibus populi sui*]. Manifiesta hasta qué grado de elevación pueden llegar el pobre y el desvalido: hasta **ser colocados con los príncipes de su pueblo**. En efecto, los **príncipes del pueblo** son los patriarcas, los profetas, los apóstoles y todos los que, en virtud de una vida santa, fueron del agrado de Dios. Pero no hay que entender aquí el *principado* en el sentido del honor, que se adquiere por la aprobación de los hombres, sino el principado que es concedido por la generosidad del Señor, principado que es alto por la humildad, firme por la fe, sólido por la fortaleza de espíritu. En efecto, las palabras finales: **De su pueblo** denotan a la Iglesia católica, que está extendida por el orbe entero.

Verso 9.– **El que hace habitar a la estéril en la casa, madre que se alegra de los hijos**[7] [*Qui habitare facit sterilem in domo, matrem filiorum laetantem*]. He aquí la conclusión de lo expresado anteriormente y la belleza de las palabras que han ido descendiendo. En efecto, con respecto a lo dicho más arriba –*El que levanta de la tierra al desvalido y alza del estiércol al pobre, para colocarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo*– ha dado a conocer dónde pueden realizarse tales cosas. Ciertamente, en la Iglesia, que había sido **estéril**, antes de la venida de su Esposo, pero que llegó a ser **madre que se alegra de los hijos**, cuando, a través del anuncio de los apóstoles, por el agua y del Espíritu Santo, engendró hijos numerosos, esparcidos por el mundo entero. Sombría en otro tiempo, hermosa aparece ahora. Es la que, por medio del agua fecundísima, da a luz y, con gloriosa integridad, conserva intacta su virginidad. Y así, a aquella misma que fue **estéril**, hace el Señor que *habite –alegre– en su casa*, alegre, ciertamente, por el parto y por el incontable número de los santos.

Conclusión del salmo

Vivamente me maravillo, cuantas veces encuentro este número, colmado del honor de misterios ingentes. En efecto, cifra que abarca el número de los apóstoles y que dividió en tribus al pueblo de Israel, significando –como el Padre Jerónimo dice (*In cap. XXXI Ezech*)– que aquella

[6]TL., in textu: *requiescet* [*ed.*, requiescit].

[7]Hebr. añade al final *Aleluya.*

belleza era realzada por la unidad, distribuida en doce partes. *Verbi gratia*: que el primer lugar lo ocupen los apóstoles; el segundo, los profetas; el tercero, los mártires; el cuarto, los infantes arrebatados después del bautismo; el quinto, las vírgenes; el sexto, los que hacen rectamente penitencia, en modo de ir avanzado así, gradualmente, según las varias diferencias de los méritos, hasta llegar al número doce. El Apóstol parece referirse a esto, cuando dice: *Una es la claridad del sol; otra, la claridad de la luna; otra, la claridad de las estrellas* (1Cor 15,41). Y en otro lugar: *Un estrella de otra estrella se diferencia en claridad. Así será la resurrección de los muertos* [1Cor 15,41]. Por lo cual [**386**], este salmo –instituido después del cien con el número doce– nos remite a la imagen de la futura felicidad, cuando, a semejanza de aquella felicidad eterna, manda que los niños alaben incesantemente al Señor.

SALMO CIENTO TRECE

Aleluya[1].
[*Alleluia*].

Al ser ya muchos los salmos, anteriores a éste y otros que vendrán después, en cuyo título se lee la palabra *Aleluya*, parecería que no inútilmente un grupo tan numeroso de estos salmos mereciera la distinción de tal encabezamiento. En efecto, así como –en la melodía– este nombre compuesto[2] recibe tonos diversos, así también asume múltiples causas, según sea la naturaleza de aquello que anuncia. Ciertamente, pues no de una única forma se dice: *Alabad al Señor*, sino que, así como la alabanza es el resultado de hechos diferentes, así también el *Aleluya* se acomoda a circunstancias diversas y a relatos que le son apropiados. Es, en efecto, finalidad de este salmo proclamar al mundo la plenitud de la ley –que es Cristo el Señor–, manifestada desde el comienzo del pueblo hebreo, por medio de grandes milagros, a través de comparaciones de cosas, que hacen libres –también hoy– a cada uno de los cristianos.

División del salmo

A lo largo de todo el salmo, habla el profeta. En la primera parte, recuerda los milagros que el Señor concedió a los hebreos y al pueblo cristiano. Explica, en la segunda parte, expresándose en forma de preguntas, por qué huyó el mar, por qué detuvo[3] su curso el Jordán, recibiendo la gratísima respuesta de que, ante la presencia del Señor, se conmovió la tierra. En la tercera parte, muestra a sus adoradores la inutilidad de los simulacros de los gentiles y, consiguientemente, expone cuán provechosa y saludable sea la religión del Señor para aquéllos que la practican.

[1]Este *Aleluya* no aparece aquí en el texto hebreo, sino al final del salmo anterior.

[2]Recuérdese que *Aleluya* es una palabra compuesta y que significa *alabad al Señor*.

[3]TL., in textu: *abstinuit* [*ed*., retinuit].

Exposición del salmo

Verso 1.– **En la salida de Israel de Egipto, la casa de Jacob de un pueblo bárbaro**[4] [*In exitu Israel de*[5] *Aegypto, domus Iacob de populo barbaro*]. Por **salida** debemos entender aquí el hecho de quedar libres de las cadenas del pecado. En efecto, somos liberados de **Egipto** –es decir, de la turba de los demonios–, cuando dejamos de sufrir las leyes de su bárbaro rigor. Y volvemos, en verdad, a la ley de **Israel**, cuando las pompas de este mundo comenzaren a abandonar nuestro espíritu. Por su parte, el adjetivo **bárbaro** viene del latín *barba* y *rus* [barba y campo], porque el hombre bárbaro nunca ha tenido su morada en la ciudad, sino que –como las fieras– siempre ha vivido en el campo. Pero nos convertimos verdaderamente en **casa de Jacob**, cuando guardamos los preceptos cristianos.

Verso 2.– **Judea fue hecha su santificación**[6]**; Israel, su potestad. Israel reinará en ella** [*Facta est Iudaea sanctificatio eius, Israel potestas eius; Israel regnabit in ea*[7]]. Veamos cada una de las tres partes, en las que está dividido este verso. Ya hemos dicho que el vocablo **Judea**[8] hace referencia no sólo a la nación hebrea, sino que puede referirse también a todos los fieles, en general. En efecto, el verdadero *Judas* Salvador es el Señor, en el que sabemos que el reino y la potestad de los israelitas –es decir, de los que ven a Dios– son perpetuos. De este modo, aquéllos que lo siguen, con corazón circunciso, reciben verdaderamente el nombre de *judíos*. Por su parte, **Israel** es llamado **su potestad**, porque en él manifestó los grandes milagros de su poder. En efecto, ¿dónde no tiene *potestad* Aquél que –en el cielo y en la tierra– hace todo cuanto quiere?. Sigue: **Israel reinará en ella**. Ciertamente, porque *el hombre que ve a Dios* **reinará** en aquella feliz asamblea, donde realmente han de ser congregados los santos.

Verso 3.– **El mar vio, y huyó; el Jordán se echó atrás** [*Mare vidit, et fugit; Iordanis conversus est retrorsum*]. Viendo el profeta que él era superado por la mole de tan grandes milagros, resumió con total brevedad las causas de todos los delitos, sirviéndose sólo de dos indicaciones. **Mar**. Ya hemos dicho que, por la palabra *mar*, debemos entender los pecadores de este mundo, los cuales se levantan –a la manera de las olas– con hinchados pensamientos. Pero, por **Jordán**, hemos de entender cualquier río, es decir, aquéllos que, a causa de diversos afanes, arrastran consigo a los hombres y, con rapidez impía, los hacen bajar hasta aquel mar inmenso. En efecto, éstas son las dos cosas que, por medio de encantos diversos, arrastraban consigo al género humano y que, una vez vuelta la mirada a la venida del Señor, precipitadamente **se echaron atrás**

---

[4]Hebr., מֵעַם לֹעֵז [*de un pueblo bárbaro*]. Los LXX: ἐκ λαοῦ βαρβάρου [*de un pueblo bárbaro*]. Este vocablo, tanto en hebreo como en griego, parece significar a alguien que habla una lengua desconocida, extranjera. También se les daba el nombre de *bárbaros*, en sentido general, al los que hablaban algo, que no se entendía, como se lee en 1Cor 14,11: ἐὰν οὖν μὴ εἰδῶ τὴν δύναμιν τῆς φωνῆς, ἔσομαι τῷ λαλοῦντι βάρβαρος καὶ ὁ λαλῶν ἐν ἐμοὶ βάρβαρος [*Pues si yo no sé el significado de las palabras, seré para el que habla un bárbaro, y el que habla será un bárbaro para mí*]. Pero la diferencia de lenguaje pasó también a significar la diferencia de costumbres y de religión.

[5]TL., in textu: *de* [*ms. G. et ed*., ex]. Vlg., *de*.

[6]Hebr., לְקָדְשׁוֹ [*para su santuario*]. Los LXX: ἁγίασμα αὐτοῦ [*su santuario*]. Tanto el sufijo hebreo como los genitivos del griego y del latín –los tres en singular masculino– se refieren al nombre de Dios, contenido en el *Aleluya* del título.

[7]Vlg. omite la expresión: *Israel regnabit in ea*.

[8]TL., in textu: *Iudaeam* [*ms. G. et ed*., Iudam].

de sus anteriores costumbres. Y, aunque la narración de esta historia la encontremos en el Antiguo Testamento [Jos 3,14], sin embargo, viene referida aquí con otras palabras y comparaciones, a fin de que, con toda claridad, entendamos que aquellos sucesos antiguos anunciaban espiritualmente los comienzos de nuestra salvación.

Verso 4.– **Los montes saltaron como carneros, y las colinas como corderos de ovejas** [*Montes exsultaverunt ut arietes, et colles velut agni ovium*]. Poco a poco, va acercándose cada vez con mayor claridad a los tiempos cristianos. Es manifiesto que por **montes** pueden entenderse los apóstoles, los evangelistas o todos los predicadores de la palabra, que también de las demás tierras recibieron, al principio, la luz superna. Y, con razón, fueron llamados *montes*, a causa de su muy alto grado de santidad y solidísima firmeza de fe. En efecto, por sus obras, **saltaron como carneros** aquéllos que, con el favor divino, condujeron el rebaño fiel a los apriscos del Señor. Pero las **colinas** significan –a gran distancia de ellos– la pequeñez de los creyentes, cuyos corazones recibieron eficazmente la semilla de la fe. De hecho, el término latino *collis* viene del verbo *colo* [cultivar]. En efecto, el mismo sentido común nos empuja a comprender estas cosas de manera espiritual, pues querer entenderlas literalmente sería sencillamente absurdo. Y observa, por ello, con qué suavidad las anteriores comparaciones han venido siendo llevadas a este modo espiritual de entendimiento, de tal suerte que todas las cosas se correspondan entre sí, en virtud de una oportunísima asociación.

Verso 5.– **¿Qué te pasa, mar, que has huido? Y tú, Jordán, ¿por qué te has echado atrás?** [*Quid est tibi, mare, quod fugisti; et tu, Iordanis, quare*[9] *conversus es retrorsum*]. Entra en la segunda parte, en la que envía por delante una apropiada pregunta, a fin de que llegue tras ella la respuesta más conveniente. Esta figura retórica recibe el nombre de *peusis* y *apocrisis*. Los latinos la llaman *percunctatio* y *responsio* [pregunta y respuesta]. En efecto, se le pregunta al *mar*; es interrogado el *río*: ¿por qué han perdido su comportamiento ordinario, hasta el punto de que todas aquellas cosas, que antes arrastraban consigo, detuvieran ahora sus pasos?. Y bien ha añadido: **Atrás**, porque todas las correcciones nos llegan, cuando nuestras reglas de conducta, por gracia del Señor, **se echan atrás**. En efecto, el hecho de repetir, en modo casi literal, cosas ya dichas con anterioridad, en este caso: *¿Qué te pasa, mar, que has huido? Y tú, Jordán, ¿por qué te has echado atrás?*[10], responde a otra figura retórica, cuyo nombre es *epanodos*, o sea la repetición de cosas que han sido dichas consecutivamente.

Verso 6.– **¿Por qué, montes, exultáis como carneros, y colinas, como corderos de ovejas?** [*Montes, quare exsultastis*[11] *ut arietes; et colles, velut agni ovium?*]. Ha conservado el orden de los versículos anteriores, pues, aunque presentados de forma distinta, la disposición de los hechos es aquí la misma que la del relato de la primera parte. En efecto, por medio del mar y del río, pregunta al tiempo de este mundo qué había sucedido, hasta el punto de haber quedado sueltas sus ligaduras. Y, puesto que una sola respuesta había de seguir, pregunta también a los que parecían **haber exultado** de manera particular. En efecto, un único Autor hizo que aquellas cosas se llenasen de estupor y concedió que éstas se alegrasen con segura felicidad.

[9]TL., *quare*; Vlg., *quia.*

[10]Que es repetición prácticamente literal del anterior verso 3: *El mar vio, y huyó; el Jordán se echó atrás.* Lo mismo sucede con el verso 6, respecto del verso 4.

[11]TL., *Montes, quare exsultastis*; Vlg., *Montes, exsultastis* .

[**387**] Verso 7.– **Al rostro del Señor fue movida la tierra, al rostro del Dios de Jacob** [*A facie Domini commota commota est terra, a facie Dei Iacob*]. He aquí la respuesta, que convenía a las dos preguntas del versículo anterior. Escuchad los convertidos; escuchad, fieles cristianos, esta conmoción –es decir, este cambio–, que no ha tenido lugar, porque los montes hubieran temblado, sino por virtud de la conversión de los pueblos. En efecto, si te preguntas quién es este Señor, he aquí la respuesta: es el **Dios de Jacob**. Ciertamente, pues, al aparecer misericordiosamente su **rostro** –es decir, ante su presencia–, saludablemente **fue movida la tierra**, que estaba endurecida e inactiva, a causa del estupor de la muerte, pero que de tal manera *fue movida* de sus supersticiones que permanece fija, con solidez eterna, en el culto del Señor.

Verso 8.– **El que convirtió la piedra en estanques de aguas, y la roca en fuentes de aguas** [*Qui convertit petram in stagna aquarum, et rupes in fontes aquarum*]. Por **piedra** debemos entender –según pienso– la dureza de los judíos, dureza que **convirtió en estanques** del santo bautismo, cuando hizo que éstos llegaran a la religión de la paz. En el Evangelio, el Señor hace referencia a esta comparación, allí donde dice: *Poderoso es el Señor, para suscitar de estas piedras hijos de Abrahán* (Mt 3,9). Lo mismo puede decirse de las **rocas**, o sea, de los áridos y duros corazones de los gentiles. De ellos hizo brotar las fuentes irrigadoras de la palabra divina, de manera que los que antes estaban secos, a causa de sus estériles supersticiones, después de haber escuchado[12], hicieron brotar abundantes pregones de la palabra celestial. Hasta aquí han venido discurriendo los versículos anteriores, expresados mediante la figura retórica de la *parábola.*

Verso 9.– **No a nosotros**[13]**, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria. Por tu misericordia y tu verdad** [*Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam. Super misericordiam tuam*[14] *et veritatem tuam*[15]]. Habiendo hablado de los numerosos y provechosos beneficios que Cristo el Señor nos ha concedido, sigue una petición sumamente sincera y afectuosa, es decir: que Aquél que, de ningún modo, había podido encontrar en los pecadores merecimientos, dignos de alabanza, **por el honor de su nombre**, se digne otorgar al género humano cosas que le sean de provecho. En efecto, al dar en abundancia cosas buenas a los que no las merecen, queda probado que aquello que concede es propio de su gloria. Continúa diciendo: **Por tu misericordia y tu verdad**. Ruega que, mediante estas dos virtudes, sea concedida la **gloria** del Señor. En efecto, el Señor hace manifiesta su **misericordia**, cuando perdona los pecados a los que delinquen. Muestra su **verdad**, cuando reitera las promesas de la felicidad futura. O bien –como otros prefieren– manifiesta su *misericordia* y su *verdad*, cuando haya de juzgar a los impíos[16]. Sea como fuere, queda del todo claro que ambos hechos –ya sea perdonar, ya sea juzgar– pertenecen a la *gloria* del Señor.

---

[12]TL., in textu: *auditi fuerint* [*mss. A.,B.,F.,* avidi fuerint].

[13]Hebr., לֹא לָנוּ [*No a nosotros*]. Los LXX: μὴ ἡμῖν [*No a nosotros*]. En el texto hebreo, se da comienzo aquí a otro salmo. Pero, en las versiones de los LXX, en la Siríaca, Arábiga, Etiópica y en todas las copias de la Vlg., antes y después de su corrección, sólo reconoce un único salmo, hecho que el mismo contexto confirma, si bien, en los LXX, comienza una nueva numeración de los versículos, a partir del número uno, como también sucedía en el salmo nueve. El TL. no recoge este particular, sino que continúa con el verso 11 hasta el verso 27.

[14]TL., in textu: *misericordiam tuam* [*ed.*, misericordia tua]; Vlg., *misericordia tua*.

[15]TL., in textu: *veritatem tuam* [*ed.*, veritate tua]; Vlg., *veritate tua*.

[16]Dice, por ejemplo, S. Agustín: *Al fin del mundo, aparecerán su misericordia y su verdad, cuando se deje ver en el cielo el signo del Hijo del hombre* (S. AGUSTÍN, *o.c.*, vol. 3, pág. 993).

Verso 10.– **Por temor a que digan las gentes: ¿Dónde está su Dios?** [*Nequando dicant gentes: Ubi est Deus eorum?*]. He aquí la causa por la que el Señor se digna dar a los fieles los dones de su misericordia. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *aetiologia*, es decir, explicación de la causa. Pide que sea alejada la impía inculpación que, en este mundo, con mucha frecuencia pesa sobre los cristianos. Pues, cuantas veces los cuerpos de los mártires son afligidos con diversos suplicios, una sola es la voz de los tiranos, una sola es la voz de los gentiles, es decir: **¿Dónde está su Dios?**. Como si Dios no pudiera liberar, para darles la corona, a aquéllos que sí sufren los tormentos, pero no sin su consentimiento.

Verso 11.– **Pero nuestro Dios está en el cielo arriba; en el cielo y en la tierra, todo cuanto quiso, lo hizo** [*Deus autem noster in caelo sursum; in caelo et in terra omnia quaecunque voluit, fecit*[17]]. Contra las palabras de los dementes gentiles, que dicen: *¿Dónde está su Dios?*, se pronuncia la certísima y absoluta sentencia: **Nuestro Dios hace todo cuanto quiere en el cielo y en la tierra**. En efecto, al decir: **En el cielo arriba**, muestra que es poderoso por encima de todas las criaturas. Prosigue diciendo que *hace todo cuanto quisiere hacer*, ya en sus criaturas más pequeñas, ya en aquellas otras más grandes, para que conozcas que Él es todopoderoso, al mostrar por doquier el efecto de su voluntad.

Verso 12.– **Los simulacros de las gentes son plata y oro, obra de manos de hombres** [*Simulacra gentium argentum et aurum, opera manuum hominum*]. Llega a la tercera parte, en la que el profeta se burla de los **simulacros de las gentes** y alaba al Señor, como conviene. Este modo de argumentación recibe el nombre de *demostrativo*, en cuanto que en él se contiene tanto vituperio como alabanza. En efecto, dedica cinco versos a reprobar a los dioses paganos, y emplea otros diez, para alabar al Dios excelso, de manera que –incluso por la cantidad de las palabras– quede mostrada la diferencia entre una realidad y otra. Pero, pues anteriormente había dicho que Dios es invisible y que hace todo cuanto quiere, con razón, dice aquí que los ídolos –que están formados, conforme al modelo humano, pero carentes de los sentidos corporales– son merecedores de burla. En efecto, aunque se puedan hallar también ídolos, fabricados de bronce o de madera, el profeta elige, no obstante, aquellos materiales más preciosos, que la gentilidad estimaba de mayor merecimiento, para ser adorados. Y ello con el fin de que el hecho de dar culto a ídolos, fabricados con materiales de calidad mucho menos noble, fuera causa de mayor vergüenza todavía, al verse cómo incluso los más preciados eran igualmente motivo de escarnio. Pero, para que no creas que estos simulacros tienen sustancia viva de naturaleza alguna, con objeto de poner de manifiesto –aún en mayor grado– su vileza, afirma que aquellos dioses de los gentiles están *fabricados* **por manos de hombres**. Llena de vergüenza decir que el *simulacro* es adorado por aquel mismo que lo ha hecho. ¿Qué puede dar al mortal aquello que, si el hombre no hubiese querido, el ídolo no habría podido existir?. Así, también Jeremías dio por terminados tales delirios, diciendo con bellas palabras: *Ninguna otra cosa será, sino lo que quieren los orfebres* (Jer 10,9). Con relación a estas cosas, habrían de repetirse también aquellos versos de Sedulio, el poeta de la verdad[18], como lo habría llamado yo. Dice: *Oh leño, ruegas a los leños; a los sordos pareces gritar; de los mudos pides respuesta*[19]. En efecto, si quieres saber cómo verdaderamente es Dios, escucha al profeta

[17] TL., *in caelo sursum; in caelo et in terra omnia quaecunque voluit, fecit*; Vlg., *in caelo omnia quaecunque voluit, fecit*.

[18] *Sedulus-a-um* significa *verdadero, franco, sincero, diligente,* etc.

[19] *Lignee, ligna rogas / Surdis clamare videris / A mutis responsa petis* (SEDULIUS, Carmen Paschale, Liber I, 268-269).

Isaías, que dice: *Yo, el Señor, éste es mi nombre para siempre; mi gloria a otro no daré ni mis poderes a los ídolos. Las cosas, que desde el principio son, he aquí que se cumplen, como las nuevas que anunciaré, y antes de que las haga manifiestas, haré que vosotros las escuchéis* (Is 42,8-9). Y también: *Porque Yo soy. Pues antes que Yo no ha existido otro Dios, y no lo habrá después de mí* (Is 53,10).

Verso 13.– **Tienen boca, y no hablarán; tienen ojos, y no verán** [*Os habent, et non loquentur; oculos habent, et non videbunt*].

Verso 14.– **Tienen oídos, y no oirán; tienen narices, y no olerán** [*Aures habent, et non audient; nares habent, et non odorabunt*].

Verso 15.– **Tienen manos, y no palparán; tienen pies, y no caminarán; no gritarán en su garganta, pues no hay espíritu en su boca** [*Manus habent, et non palpabunt; pedes habent, et non ambulabunt; non clamabunt in gutture suo; neque enim est spiritus in ore ipsorum*[20]]. En estos tres versos, son caracterizados, con acertadísima descripción, aquéllos que quisieron atribuir a los falsos dioses los miembros del cuerpo humano. En efecto, ¿para qué necesitaba la **boca** –pregunto– el que no podía hablar?. ¿O los **ojos**, el que no podía ver?. ¿O los **oídos** el que no habría de oír?. ¿Qué necesidad tenía de la **nariz** el que, de ninguna manera, podía percibir la fragancia?. En efecto, la palabra *narices* viene del latín *gnaritas* [conocimiento de algo], en cuanto que nos permite conocer los olores. ¿Para qué necesitaba las **manos** el que desconocía las cosas palpables?. ¿Para qué los **pies** el que, en absoluto, podía moverse?. Y, para que, en tales cosas, aumentara la irrisión, añade que ni siquiera podían ser comparados con los animales privados de razón, en cuanto que, **en su garganta**, no tienen ese rumor confuso que todo animal acostumbra a emitir, a modo de ciertas voces que le son propias. Sigue la sentencia, que pone fin a todas estas cosas, y que es ésta: no pueden ser comparados ni con los hombres ni con los animales, porque **no hay espíritu en su boca**. En efecto, no pueden devolver las voces, o sea, no pueden responder. No cabe duda [**388**] de que se trata de las voces articuladas en palabras o de los confusos rumores propios de los animales, cosas éstas de las que ha sido hecha una adecuada y larga enumeración, a fin de que los oprobios de los paganos no acabaran tan prontamente.

Verso 16.– **Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos** [*Similes illis fiant qui faciunt ea, et omnes qui confidunt in eis*]. Escucha, quizá, el pagano y se alegra de ser comparado con sus dioses. Pero entienda cuánta utilidad pudo sacar de tal patrocinio pasar de ser un hombre dotado de razón, para alcanzar el mérito de los metales insensibles. Entienda que su culto se convirtió en su propia condena y aléjese de aquella adoración, que ha recibido –como bien es sabido– un juicio merecedor de castigo. Sí, **sean semejantes a ellos** los que decidieron seguir cosas semejantes. Y no se debe pasar por alto el hecho de que los fabricantes y adoradores de tales objetos han de sufrir también el golpe de la única sentencia. En efecto, muy parecidas son la iniquidad de engañar a otros con las obras salidas de sus manos y la iniquidad de obligarse a sí mismos con la perversidad de su culto. Sobre éstos dice asimismo el Apóstol: *Los que convirtieron la verdad de Dios en mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura más bien que al Creador* (Rom 1,25). Aparece también aquí aquella figura retórica conocida con el nombre de *sarcasmos*, es decir, la irrisión enérgica del adversario penetra igualmente en las mismas culpas.

[20]TL.,*non clamabunt in gutture suo; neque enim est spiritus in ore sua*; Vlg., *non clamabunt in gutture suo*. Aquí termina el verso. Vlg.,omite, pues: *neque enim est spiritus in ore sua.*

Verso 17.– **La casa de Israel esperó en el Señor. Él es su ayudador y protector** [*Domus Israel speravit in Domino; adiutor eorum et protector eorum est*]. Una vez condenadas las iniquidades de los malvados, pasa a celebrar con alegría las alabanzas del Señor. Sabido es que la **casa de Israel** significa a la Iglesia de los pueblos fieles. En efecto, **espera en el Señor** aquélla que –rechazando, en todo momento, los deseos mundanos– sólo se goza, deleitándose en Él. Y qué resultado le provenga a ella, a continuación lo dice, esto es: que se hace **su ayudador y protector** Aquél, a cuyo servicio están todas las cosas. **Ayudador**, porque –en cuanto que sabe lo que conviene– da su ayuda a los que se fatigan en este mundo, a consecuencia de su condición carnal; **protector**, porque no permite que las almas santas sean arruinadas por ningún engaño del diablo.

Verso 18.– **La casa de Aarón esperó en el Señor. Él es su ayudador y protector** [*Domus Israel speravit in Domino; adiutor eorum et protector eorum est*]. Lo que antes ha dicho, de manera general, vuelve a decirlo ahora con oportuna reiteración, de manera que el alto ministerio de los pontífices no sea alabado con una mención general, sino mediante un elogio especial. En efecto, **Aarón** fue el primer sacerdote, elegido en el pueblo judío. Con razón, pues, el mismo orden del sacerdocio es llamado con su nombre.

Verso 19.– **Los que temen al Señor esperen en el Señor**. **Él es su ayudador y protector** [*Qui timent Dominum sperent*[21] *in Domino; adiutor eorum et protector eorum est*]. Expresa lo que más arriba ha dicho: *La casa de Israel y la casa de Aarón*. Ellos son **los que temen al Señor** y **esperan en el Señor**. En efecto, estas dos cosas hacen dichosos y felices a aquéllos a los que alcanza lo dicho anteriormente, es decir: que *el Señor es su ayudador y su protector*.

Verso 20.– **El Señor se acordó de nosotros y nos bendijo** [*Dominus memor fuit nostri, et benedixit nos*[22]].

Verso 21.– **Bendijo a la casa de Israel; bendijo a la casa de Aarón** [*Benedixit domum*[23] *Israel, benedixit domum Aaron*]. Con elegante variedad, repite estas mismas cosas, de suerte que, apoyados en una doble razón, creamos que el Señor da su bendición a los que pertenecen a tales casas. En efecto, cuando dice: **El Señor se acordó de nosotros**, está mostrando la gracia de la piedad divina. Pues, ¿a qué méritos puede deberse el hecho de que Cristo el Señor viniera; que instruyera a los pueblos, que andaban en el error, y que salvara con su bendición a los que se convirtieron?. En efecto, **bendijo a la casa de Israel**, al nacer de la virginidad de santa María. También **bendijo a la casa de Aarón**, al estar ceñido del honor sacerdotal, como acerca de Él, en otro salmo, se dice: *Tú eres Sacerdote en eterno, según el orden de Melquisedec* (Sal 109,5).

Verso 22.– **Bendijo a todos los que temen al Señor, a los pequeños junto con los grandes** [*Benedixit omnes timentes Dominum, pusillos*[24] *cum maioribus*]. Tras las menciones especiales, sube a la bendición general, en la que, a un mismo tiempo, son bendecidos cuantos, con corazón puro, decidieron servir al Señor. En efecto, esto hizo con los pescadores, esto hizo con los reyes. Y sabido es que, habiendo creído en Él, no hizo excepción de clase alguna de hombres,

[21]TL., in textu: *sperent* [*ed.*, speraverunt]; Vlg., *speraverunt*.

[22]TL., *nos*; Vlg., *nobis.*

[23]TL., *domum*; Vlg., bis *domui.*

[24]TL., *omnes timentes Dominum, pusillos cum maioribus*; Vlg., *omnibus qui timent Dominum, pusillis cum maioribus.*

excluyéndola de sus dones. Esta figura retórica recibe el nombre de *anacephalosis*, en latín, *recapitulatio*, consistente en que los hechos que anteriormente se han relatado con mayores detalles, vienen traídos, después, a la memoria de forma resumida.

Verso 23.– **Añada el Señor sobre vosotros, sobre vosotros y sobre vuestros hijos** [*Adiiciat Dominus super vos, super vos et super filios vestros*]. **Añada**. Este verbo parecería poder entenderse de dos maneras. O bien, en el sentido de que, en este mundo, el Señor concede, en parte, la bendición a sus santos, o bien en el sentido de que *añade* a vuestro número nuevos pueblos fieles. Esto hace también, en nuestro tiempo, y no dejará de hacerlo hasta el final del mundo, de manera que la Iglesia, predestinada de entre las naciones, se alegre reunida en un solo rebaño y disfrute del cuidado de un solo pastor [Jn 10,16].

Verso 24.– **Benditos vosotros para el Señor, que hizo el cielo y la tierra** [*Benedicti vos Domino*[25]*, qui fecit caelum et terram*]. Habiendo deseado el profeta anteriormente que los fieles fuesen bendecidos, confiando ya en aquella misma predestinación, dice que los más justos son benditos. Y mira la clase de bendición. Ha dicho: **Para el Señor**, porque se trata de la felicidad perfecta, es decir: no de aquella otra felicidad, que alguien prepara para sí mismo, sino *para el Señor*. En efecto, con esta palabra se robustecen los corazones de los fieles y se muestra de dónde procede la felicidad futura. **Que hizo el cielo y la tierra**. Esta expresión o bien significa la palabra, por cuya acción toda criatura ha sido plenamente realizada, o bien se refiere a los *pequeños* y a los *grandes*, de los que anteriormente ha hecho mención, aquéllos que, por su gran misericordia, merecieron alcanzar los gozos de la religión católica.

Verso 25.– **El cielo del cielo, para el Señor; pero la tierra la ha dado a los hijos de los hombres** [*Caelum caeli Domino; terram autem dedit filiis hominum*]. Al recibir los justos el nombre de *cielo*, con toda conveniencia, Cristo el Señor es entendido como **Cielo de los cielos**, igual que Santo de los santos, Dios de los dioses, y todas las demás cosas que, en este modo, son elevadas en grado sumo. Ahora bien, la palabra latina *caelum* viene del verbo *celare* [ocultar], porque oculta dentro de sí todas las cosas. En efecto, *al haber sido dado al Señor el cielo del cielo* –como, en el salmo sesenta y siete, se lee: *Que asciende sobre los cielos de los cielos desde Oriente* [Sal 67,38]–, **la tierra ha sido dada a los hijos de los hombres**, lugar donde, por la gracia de Dios, se purifiquen, sufriendo múltiples pruebas y, por el combate de este mundo, merezcan llegar a la vida eterna. Por su parte, la expresión: **La ha dado**, se refiere a la humanidad de la encarnación, pues ¿qué ha podido ser dado al Verbo, que, junto con el Padre y el Espíritu Santo, posee todas las cosas y las poseerá eternamente?.

Verso 26.– **No te alabarán los muertos, Señor, ni todos los que bajan al infierno**[26] [*Non mortui laudabunt te, Domine, neque omnes qui descendunt in infernum*]. Llama aquí **muertos** a los que han de ser afligidos con los tormentos perpetuos. El Señor no recibe sus voces, porque sólo son bienaventurados los que harán resonar sus alabanzas, como dice Salomón: *Perece la alabanza procedente de muerto, como la de aquél que no existe* (Sir 17,28). Y un poco después: *Pero*

[25]TL., lee: *a Domino*. Pienso que se trata de un error de imprenta. En efecto, Vlg., lee: *Domino*, en dativo; y, sin la preposición *a*, en la explicación del versículo se encuentra también *Domino*.

[26]Hebr., וְלֹא כָל־יֹרְדֵי דוּמָה [*ni cuantos bajan al silencio*], es decir, al sepulcro. Los LXX: οὐδὲ πάντες οἱ καταβαίνοντες εἰς ᾅδου [*ni todos los que descienden al Hades*].

nosotros los vivos y los sanos alabamos tu nombre [Sir 17,28]. Mas, al decir: **Ni todos los que bajan al infierno**, hace saber que también los santos, ciertamente, bajan a los infiernos, pero que gozan en la exultación del Señor. En efecto, es cosa sabida que el hecho de morir es común a justos y pecadores, pero es sabido también que éstos están lejos los unos de los otros, separados por una distancia inconmensurable, como en el salmo ochenta y cinco se dice: *Libraste mi alma del infierno inferior* (Sal 85,13).

[**389**] Verso 27.– **Pero nosotros, los que vivimos, bendecimos al Señor, desde este ahora y hasta el siglo**[27] [*Sed nos qui vivimus, benedicimus Dominum, ex hoc nunc et usque in saeculum*]. Expuesta que ha sido la suerte de los condenados, era del todo conveniente que los bienes de los bienaventurados culminasen la hermosura de este salmo. En efecto, es el Señor de los vivos, no de los muertos, como en el Evangelio se lee: *Pues no es Dios de muertos, sino de vivos* (Mt 22,32). Pero ha de entenderse por *vivos* no los que viven en esta vida –vida que es común a los santos y a los impíos–, sino aquella vida de la que en otro salmo se lee: *Agradaré al Señor en el país de los vivos* (Sal 114,9). Y, para que la mente humana no baje a los bienes terrenales, sube adecuadamente a los bienes celestiales, los cuales ni pueden tener fin en las alabanzas ni conocer ocaso en las aclamaciones.

Conclusión del salmo

Han brillado para nosotros –por decirlo de algún modo– como los preciosísimos pequeños granos de una granada, que –despojados de la piel de la historia– transpiraron mieles dulcísimas. Tantos han sido, en verdad, los versos cuantas han sido las gracias; tantas las palabras cuantos los frutos para el alma. En efecto, por medio de comparaciones del antiguo pueblo, se nos ha exhortado a abandonar el dominio de este mundo –como si de la dominación egipcia se tratara–, para que pudiéramos llegar así, siguiendo el camino del bautismo, a la tierra de promisión. Así, pues, démonos prisa sin miedo alguno, pues, por la venida del Señor, nuestras adversidades se han desvanecido. El mar huyó; lleno de el temor, el Jordán se echó atrás; los simulacros de las gentes han sido despreciados como viles metales. Pero a la gloria de nuestro Dios, por doquier, se le da culto; por todas partes, se pregona. Y, por ello –así Dios nos ayude–, busquemos con el mayor esmero las virtudes, que se contienen en los salmos, porque siempre se abren a aquéllos que son fieles, pero siempre también se ocultan a los incrédulos.

SALMO CIENTO CATORCE

Aleluya.
[*Alleluia*].

Un habitual y verdadero aviso –como si de cierto gallo espiritual se tratara– nos despierta del sueño de este tiempo, forzándonos a emprender el trabajo propio de los fieles. Escuchemos la

[27] El texto hebreo concluye este salmo con el *Aleluya*.

santa voz, sigamos el mandato[1] piadoso y abandonemos el impío[2]. En efecto, la alabanza del Señor es la dignidad de las obras y el precio de los trabajos, porque nada más dulce puede decirse ni nada más provechoso practicarse.

División del salmo

En la primera parte del salmo, liberado el profeta de la profunda fosa de los pecados y establecido en aquella roca de la misericordia, da gracias al Señor, porque ha sido escuchado y afirma haberlo invocado eficazmente contra todos los peligros de muerte. En la segunda parte, clama de nuevo al Señor, para que, ya que ha sido liberado, pueda llegar a aquel reposo sempiterno, que, por su favor, promete el Señor que se ha de conceder a los fieles.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Amé, porque el Señor escuchó la voz de mi oración** [*Dilexi, quoniam exaudivit*[3] *Dominus vocem orationis meae*]. Sabido es que los hombres muestran el amor de Dios en dos situaciones importantes. Es la primera, cuando es amado y alabado incluso por los infieles, en razón de los beneficios recibidos, como con referencia al pecador, en otro salmo, está escrito: *Te alabará, cuando lo beneficies* (Sal 48,19). La segunda es certísima y perfecta: cuando el espíritu del hombre fiel no se siente frustrado por ninguna adversidad de males sobrevenidos, sino que, en medio de sus desgracias, la esperanza de los bienes futuros lo mantiene siempre encendido en el amor del Señor, como dice el Apóstol: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?*, *¿el hambre?, ¿la desnudez?*, etc. (Rom 8,35). El profeta se expresa, por tanto, bajo esta segunda forma, pues **amó** en sus tribulaciones y angustias, en cuanto que las tribulaciones y los dolores le dieron merecer invocar al Señor. Por tal razón, no salta David exultante, a causa de la grandeza de su reino, ni se regocija por la felicidad de este mundo, cuya transitoriedad bien conocía, sino que su gozo se debe a que, en sus angustias, el Señor clementísimo había acogido su oración, algo que él experimentaba como perpetuamente provechoso. Y observa con cuánta concisión ha expuesto la causa y con qué inmediatez ha añadido su explicación. Esta figura retórica recibe el nombre de *epitrocasmos*, en latín, *rotatio dicti*, es decir, la acción de resumir breve y sucintamente todo cuanto se ha de decir.

Verso 2.– **Porque inclinó su oreja a mí; y en mis días lo invocaré** [*Quia inclinavit aurem suam mihi, et in diebus meis invocabo eum*[4]]. **Oreja**, palabra que –como ya se ha dicho– viene de *oído*. Y, con razón, dice que Dios la **inclina** a nosotros, pues, para que se digne escucharnos, ningún mérito humano puede llegar a Él. La autoridad misma de la Verdad transmite este hecho en la venida del Señor, cuando, apiadándose de los pecados del mundo, proporcionó la medicina de la feliz encarnación. Y, puesto que había comenzado a experimentar sobre sí mismo su piedad abundantísima, profesa que, cuando se sentía angustiado por muchas tribulaciones –como más abajo dice– **en** sus **días invocó** al Señor. En efecto, llamamos *nuestros* a aquellos días, en los que, por nuestra propia maldad, caemos en el pecado y, a causa de nefastos pensamientos, soportamos

[1]TL., in textu: *sequamur imperium* [*In mss. A.,B.,F.,* imperium *deest*].

[2]TL., in textu: *et relinquamus impium* [*Ab ed. et ms. G.,* et relinquamus impium *aberat*].

[3]TL., *exaudivit*; Vlg., *exaudiet.*

[4]TL., *invocabo eum*; Vlg., *invocabo te*.

crueles dolores. Admirable juicio, correspondencia feliz: que el hombre fiel busque siempre los beneficios y que la clemencia del Señor se los conceda con continua generosidad.

Verso 3.– **Me rodearon dolores de muerte, y los peligros del infierno me encontraron** [*Circumdederunt me dolores mortis, et pericula inferni invenerunt me*]. Continúa explicando las solidísimas razones por las que el hombre santo ha amado al Señor. No se trata de aquéllas por las que la humanidad –ya arrastrada por vanidosos honores, ya engrandecida por riquezas abundantes– considera ser amada, sino que tal es el motivo por el que dice que la gracia del Señor lo ha visitado: porque el amor se manifestaba en los dolores y en los peligros. Con razón, pues esto último conduce a la vida eterna; aquello otro precipita a la perdición. Y observa cómo estas simples palabras rebosen de profundos sentidos. Dice que está **rodeado de dolores**. Y, para que no creas que se trata de dolores de poca importancia, añade: **De muerte**. Y añade también: **Los peligros del infierno**, peligros que –sabido es– son los más graves de todos los tormentos. Continúa diciendo: **Vinieron a mí**, como algo inesperado, como algo seguro, como algo separado de la defensa del Señor, de manera que más fácilmente pudiera ser apresado aquél al que le tocase ser apartado de tan gran protección.

Verso 4.– **Encontré tribulación y dolor, e invoqué el nombre del Señor** [*Tribulationem et dolorem inveni, et nomen Domini invocavi*]. Escuchas **tribulación y dolor** y, tal vez, te sientas disgustado; pero date cuenta de qué riquezas lleva dentro este tesoro. Éstas son las **tribulaciones**, que hicieron que la voz se alzara al Señor; éstos, los **dolores**, que punzaron curativamente los corazones, a fin de que el enfermo clamase al médico verdadero, de donde bien se sabe que procede el socorro seguro. Y observa qué resultados producen estas palabras, dispuestas en un orden distinto. En efecto, más arriba, allí donde fue apresado, dice que los dolores [**390**] lo encontraron a él; aquí, donde halló el remedio, afirma que fue él el que **encontró** sus dolores. Conoce, en verdad, las causas de su desgracia aquél que toma conciencia de que la aflicción le llega con miras a su conversión. En efecto, también es buscado el médico, cuando se siente que una determinada enfermedad pone en peligro la salud corporal del hombre. Sigue: **E invoqué el nombre del Señor**, con cuya ayuda, tanto el dolor como la tribulación son vencidos rápidamente.

Verso 5.– **¡Oh Señor, libra mi alma! Misericordioso y justo es el Señor, y nuestro Dios se apiadará** [*O Domine, libera animam meam! Misericors Dominus, et iustus, et Deus noster miserebitur*[5]]. Una vez enumerados sus sufrimientos, llega el profeta a la segunda parte, en la que clama al Señor, a fin de que su **alma sea liberada** de la profundidad de los pecados, como dice el Apóstol: *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios por medio de Jesucristo Señor nuestro* (Rom 7,24-25). Esta figura retórica es conocida con el nombre de *proanaphonesis*, en latín, *exclamatio*, es decir, cuantas veces, interrumpiendo el hilo de nuestro discurso, nos volvemos repentinamente a Dios. Por tal razón, examinemos diligentemente, con el favor divino, nuestras tribulaciones y dolores, pues están ocultas más profundamente y yacen, a menudo, adormecidas por la velada delectación del mundo aquellas cosas que –a no ser que las busquemos con el auxilio divino– hace que no podamos eructar[6] interiormente esta saludable voz. En efecto, al decir: **Libra mi alma**, confiesa que –estando sin Dios– ésta se halla siempre cautiva. Continúa diciendo: **Misericordioso y justo es el Señor, y nuestro Dios se apiada**. En la primera mitad del

[5]TL., in textu: *miserebitur* [*mss. A.B.F.,* miseretur]; Vlg., *miseretur*.

[6]TL., *eructare*. De nuevo este verbo. Véase su explicación en Sal 118,171.

presente verso suplica el profeta que *su alma sea liberada*; pero ahora afirma que **el Señor es misericordioso y justo**, a fin de que no pareciera haber él alimentado alguna duda, a propósito de aquella petición[7], ni haber hecho que otros vacilaran con incierta voluntad. Es *misericordioso*, porque *inclinó su oreja* a él. Es *justo*, porque toma al pecador, para concederle el perdón. **Se apiada**, cuando acoge al hijo, al que también azota. Pero cae tú en la cuenta de que estas tres cosas están puestas aquí con el fin de fortalecer la flaqueza del género humano, el cual, deseando con avidez los placeres de este mundo, considera severos los dolores, que le son dados de cara a la salvación del alma.

Verso 6.– **Es el Señor el que guarda a los pequeños; fui humillado y me libró** [*Custodiens parvulos Dominus; humiliatus sum, et liberavit me*]. Con vistas a un signo de gran alcance, ha invertido el orden arriba establecido. En efecto, había pedido, primero, la liberación de su alma y, de una manera general, había declarado, después, que el Señor es misericordioso. Pero ahora, de manera general, dice que el Señor **es guardián de los pequeños** y proclama, después, que él ha sido **humillado y liberado**, para poner de manifiesto, por este orden de cosas, aquello que se lee en el Evangelio, es decir: que, aunque el resultado sea debido a la afluencia de muchas gentes, uno solo es el rebaño del Señor y uno solo es su pastor. Los **pequeños** son, ciertamente, aquéllos que, en sí mismos, parecen de poca importancia, pero que, por la sola misericordia del Señor, se engrandecen. Y observa qué expresión se ha empleado aquí: **El que guarda**, es decir, el que, como hace buen pastor, defiende a su rebaño de la rapaz incursión del lobo [Jn 10,11-12]. Pero observa también que, conservando el orden adecuado, dice, primero, que ha sido *humillado* y, después, que ha sido *liberado*, de manera que no puedan causar dolor[8] las heridas que, por favor del Médico celestial, tienen como fin la salvación del mundo.

Verso 7.– **Vuélvete, alma mía, a tu descanso, porque te ha hecho bien el Señor** [*Convertere, anima mea, in requiem tuam; quia Dominus beneficit tibi*[9]]. En compañía del profeta, cante también esto el alma, que peregrina por el Señor. Cante esto aquella oveja, que se había perdido y que, vuelta a traer a hombros del guardián, mereció volver a los apriscos del Pastor [Lc 15,5]. Cante esto el hijo aquel, que había muerto y volvió a la vida, que se había perdido y fue hallado [Lc 15,32]. Cante esto el pueblo fiel, que, redimido por la sangre preciosa, se hizo digno, por la generosidad del Señor, de llegar al ansiado descanso. Por tal razón, el profeta exhorta a su alma a que **se vuelva** al Señor, de quien le viene el tranquilo **descanso** y la remisión de los pecados. Dice, pues, que su *descanso* le es concedido por pura gracia, es decir, que no le es dado a título de recompensa de mérito alguno. Al final, concluye así: **Porque te ha hecho bien el Señor**.

Verso 8.– **Porque arrebató mi alma de la muerte; mis ojos, de las lágrimas; mis pies, de la caída** [*Quia eripuit animam meam de morte, oculos meos a lacrymis, pedes meos a lapsu*]. He aquí las causas que explican lo que, un poco más arriba, acaba de decir, o sea: *Porque te ha hecho bien el Señor*. Pero entendamos que, en virtud del don de la presciencia, el profeta dice estas cosas con relación al tiempo futuro y que, por consiguiente, no pueden convenir a los que aún viven en este tiempo. Dice, en efecto: **Arrebató mi alma de la muerte**. Son, ciertamente, las almas de los justos, las cuales, cuando pasan de este mundo, son liberadas de aquella muerte, a cuyo respecto

[7]TL., in textu: *petitione* [*mss. A.B.F.,* liberatione].

[8]TL., in textu: *dolere* [*mss. A.B.F.,* dolores esse].

[9]TL., in textu: *tibi* [*ms. G. et ed.,* mihi].

dice el Evangelio: *Deja que los muertos entierren a sus muertos* (Lv 9,60). Y cuando dice: **Arrebató**, está indicando el don del poder divino, porque, sin la acción de su poder, no habría podido liberar su alma de la muerte perpetua. Sigue: **Mis ojos, de las lágrimas**. Cesan, en verdad, las **lágrimas** de los santos, cuando la muerte del alma ya no es motivo de desconfianza. En efecto, en la seguridad ya no se llora, pues el llanto es propio del combate de este mundo, donde aún se teme la desgracia venidera. Añade: **Mis pies, de la caída**. Al decir: **De la caída**, muestra que el pecado es resbaladizo e inclinado hacia la tierra. Pero bien dice que, allí donde la felicidad es eterna, ya no se teme la *caída* . Como ya se ha dicho, mientras están establecidos en este mundo, también los justos temen la muerte del alma y derraman lágrimas frecuentemente, no creyendo, en modo alguno, que sus pies estén exentos de la caída. En efecto, aquí existe la lucha y, por ello, todas las cosas están sometidas al temor. Entendemos, por lo cual, que a merced de estos tres peligros se halla el género humano, que vive todavía en medio del combate de esta vida. Mira, pues, lo que sigue.

Verso 9.– **Agradaré**[10] **al Señor en el país de los vivos** [*Placebo Domino in regione vivorum*]. Se ha de averiguar por qué, para expresar este pensamiento, se ha empleado aquí el tiempo futuro, como si aquí – en el país de los muertos– no fueran también los santos del agrado del Señor, los cuales de la boca del mismo Juez reciben alabanza, como en el libro del Génesis puede leerse: *Agradó Henoc a Dios, y Dios se lo llevó* (Gén 5,24). También Job fue elogiado por la voz del Señor (Job 1,8). Y, en el Evangelio, el mismo Señor dice acerca de Natanael: *He aquí un israelita de verdad, en quien no hay engaño* (Jn 1,47). Sin embargo, **agradaré** significa aquí una seguridad total, en el sentido de que ya no es posible desagradar ni abrigar duda alguna, cuando –como dice el Apóstol– *la muerte ha sido absorbida en la victoria, y esto corruptible se ha revestido de incorrupción, y esto mortal se ha revestido de inmoralidad* (1Cor 15,54). Entonces, pues, de tal modo los justos *agradarán* al Señor que nada podrán temer ya de la hostilidad de los pecadores. **En el país de los vivos**, es decir, en la asamblea de los santos, donde realmente todo viviente es reunido y separado también de la suerte de los que están muertos, como también dice el Señor en el Evangelio: *El que cree en mí pasará de la muerte a la vida* (Jn 5,24).

Conclusión del salmo

Una vez ha sido expuesta la finalidad de este saludable salmo, contra los dolores del mundo debemos oponer la fortaleza del espíritu. Digamos, pues, nosotros lo mismo que dice el salmo en su comienzo : *Amé, porque el Señor escuchó la voz de mi oración*. En efecto, no es pena aquello que hace avanzar y no es dolor lo que conduce al descanso, ni tampoco se ha de considerar que es duro el llanto, que procura los gozos eternos. Estemos, pues, atentos no a lo que padecemos, sino a lo que esperamos, y [**391**], sin duda, se hacen más ligeros los males temporales, cuyo felicísimo final se pretende. Roguemos, por tanto, a la omnipotencia de Cristo, el único que, con virtud inestimable, puede superar estas cosas, de manera que, roto el aguijón de la iniquidad, en modo alguno se nos hagan duras aquellas cosas, que ahora nos parecen tan severas. En efecto, así agradaremos al Señor en el país de los vivos: si nos apresuramos a mortificar nuestros cuerpos, en este mundo, por el nombre de su gloria.

[10]Hebr., אֶתְהַלֵּךְ [*Caminaré*]. Los LXX: εὐαρεστήσω [*Seré grato*].

SALMO CIENTO QUINCE

Aleluya[1].
[*Alleluia*].

Hasta tal punto debe crecer en nosotros la alabanza del Señor que nunca podamos sentir hastío de los gozos, propios del *Aleluya*. La voz de los fieles, la palabra de los bienaventurados, la santa modulación de los que cantan, de donde también el oído corporal es dulcemente seducido y el alma cansada se recrea con celestial delectación. Han de introducirse, en efecto, las palabras de los mártires, quienes florecieron por virtud de una gloriosa confesión y obtuvieron los premios del Señor, consecuencia de una pasión admirable.

División del salmo

Vienen referidas, a lo largo de todo el salmo, las palabras de los invictos mártires. En la primera parte, se conmemoran los beneficios del Señor, por los cuales, teniendo incierto qué se les podría dar, que fuese digno de ellos, les sale al encuentro aquel glorioso cáliz del martirio que, sin embargo, es concedido sólo en virtud de la generosidad del Señor. En la segunda, el mismo coro se profesa a sí mismo como siervo del Señor e hijo de la Iglesia católica, a fin de que nadie pudiese considerar que, además del martirio de los fidelísimos varones, gratos a Dios, también pudiera existir el martirio de los herejes.

Exposición del salmo

Verso 1.– **He creído, por lo cual he hablado; mas yo he sido humillado en extremo** [*Credidi, propter quod locutus sum; ego autem humiliatus sum nimis*]. Aquel pueblo de mártires, digno de reverencia, guardando el orden del verdadero precepto, dice, en primer lugar, que **ha creído** y añade, después, que **ha hablado** en voz alta. Ha hablado, ciertamente, a causa de aquéllos que, sin creer verdaderamente, ansian predicar algunas cosas acerca de las maravillas del Señor, por lo cual han de ser refutados. Cierto es que, tras la verdadera fe, debe venir una santa confesión, a fin de no tener que escuchar desfavorablemente aquello que está escrito: *Pero Dios dijo al pecador: ¿Por qué narras mis justicias?* (Sal 49,16). Sigue: **Mas yo he sido humillado en extremo**. Para que no entiendas que el objeto de humillación son las predicaciones verdaderas –las cuales tanto más resplandecen cuanto más fuertemente se esfuerzan los perseguidores en reprimirla– afirma que es él quien **es humillado**, porque, al crecer la santa religión, se veían ellos sometidos a las penas temporales.

Verso 2.– **Yo dije en el exceso de mi espíritu**[2]**: todo hombre es mentiroso** [*Ego dixi in*

[1]En el texto hebreo no aparece el *Aleluya*, pues allí este salmo es continuación del precedente y los dos forman un solo.

[2]Hebr., בְּחָפְזִי [*en mi apresuramiento*]. Los LXX: ἐν τῇ ἐκστάσει μου [*en mi estar fuera de lugar*].

excessu[3] *mentis meae*[4]*: Omnis homo mendax*]. Para que nadie considerase que aquella veracísima confesión, hecha con la ayuda del Señor, había de ser atribuida a las fuerzas humanas, él mismo pone de relieve aquello que es propio de la humanidad, esto es: que **todo hombre es mentiroso**. Pero date cuenta de que no pudo hallar fácilmente dicha conclusión, sin ser llevado a la más alta contemplación por **exceso del espíritu**, es decir, cuando el alma, purificada de las suciedades corpóreas, considera las causas de las cosas, por medio de especulaciones manifiestas. Actúese con gran prudencia ante el hecho de que alguien, imprudentemente, considere tal cosa como algo que le es propio. En efecto, así como los hombres frívolos y fatuos fingen ser muy veraces, así aquéllos otros que se sienten iluminados saben que son **mentirosos**. Atengámonos, por lo tanto, a esta regla segura: cuando, por debilidad de la carne, mentimos, confesemos que ello se debe a nosotros mismos; cuando somos veraces, atribuyámoslo al favor divino. Pero esta sentencia pertenece a la figura retórica conocida con el nombre de *paroemia*, porque muy frecuentemente dicho aforismo es usado también por el lenguaje humano. Tal es lo que, en los Hechos de los Apóstoles, le fue dicho a Saulo: *Te es duro dar coces contra el aguijón* (Hch 16,14). Duro es, en verdad, porque resulta golpeado por sus propios esfuerzos el que muestra haber dado coces contra algo puntiagudo. Se ha de señalar, ahora bien, que la expresión: **Exceso de espíritu** es empleada también en sentido negativo, como en el libro de las Crónicas: *Y los dio en éxtasis* –es decir, en exceso de espíritu– *y en conmoción y en muerte* (2Cró 29,8).

Verso 3.– **¿Qué retribuiré al Señor por todas las cosas que me retribuyó?**[5] [*Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?*]. Bien ha expresado dudas sobre qué podía **retribuir** aquél que ningún bien propio tenía. En efecto, cuando dice: **¿Qué?**], está dando a entender una duda grande[6]. Pues, ¿qué puede devolver el hombre al Señor, sabiendo que nosotros siempre estamos sostenidos por su favor?. Así, con razón, dudaba aquél que nada suyo tenía por cosa digna. Pero, para no hacerse del todo infructuoso y puesta su confianza en la misericordia del Señor, expresa seguidamente **cuál es su retribución**. Antes, sin embargo, hemos de examinar con detenimiento esto que aquí se dice, o sea: que Dios nos retribuyó aquello que acumuló, como si, primero, nosotros le hubiésemos dado algún bien y así Él nos devolviera lo que de nuestra parte había recibido. Por ello, tal es el clamor del Apóstol: *Pues, ¿qué tienes tú que no haya sido dado? Y, si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?* (1Cor 4,7). En efecto, el Señor nos *retribuye* bien por mal, para mostrar, mediante el ejemplo, aquello que predicó con la palabra. Él –abofeteado, entregado al juez, golpeado con azotes inmerecidos– nos ha ofrecido la esperanza de la resurrección y prometido el reino de los cielos.

Verso 4.– **Tomaré el cáliz saludable, e invocaré el nombre del Señor** [*Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo*]. Digna promesa, ciertamente; pero, si está fundada en las fuerzas humanas, peligrosa presunción. En efecto, ¿quién puede dar a los confesores la paciencia de los tormentos, sino sólo Aquél que, por nosotros, se dignó a **tomar el cáliz** de la pasión?.

---

[3]TL., in textu: *excessu* [*mss. A.B.,* excessu meo].

[4]TL., *in excessu mentis meae*; Vlg., tantum *in excessu*.

[5]Hebr., מָה־אָשִׁיב לַיהוָה כָּל־תַּגְמוּלוֹהִי עָלָי [*¿Qué pagaré al Señor por todos sus beneficios hechos para conmigo?*]. Véase que los dos verbos hebreos son distintos. No sucede así en los LXX, que traducen: τί ἀνταποδώσω τῷ κυρίῳ περὶ πάντων ὧν ἀνταπέδωκέν μοι [*¿Cómo daré al Señor por todo lo que me ha dado?*]. Y de ahí la Vlg.

[6]TL., in textu: *magna* [*ed.,* nostra].

Efectivamente, a fin de mostrar que tal cosa es absolutamente imposible para las fuerzas del hombre, sigue diciendo: **E invocaré el nombre del Señor**. Contando con su auxilio, creía llevar a cumplimiento aquello, cuya realización consideraba que estaba fuera del alcance de la fragilidad de la carne. Pero, de forma bellísima y breve, ha sido definida la muerte de los mártires: **Cáliz saludable**. *Cáliz*, porque se bebe con medida; *saludable*, porque se ofrece, con la ayuda de Dios, para la salvación eterna. Acerca de este cáliz habló también el Señor, en el Evangelio, diciendo: *¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?* (Mt 20,22).

Verso 5.– **Preciosa es en la presencia del Señor la muerte de sus santos** [*Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius*]. Muy adecuadamente se dice que **es preciosa la muerte**, cuyo parangón es la sangre del Señor, pues fue glorificada por su pasión, en modo de que fuera excelsa **en su presencia**. En efecto, sabemos que, por la gran abundancia de su gracia, el Señor concede a sus servidores la muerte, que Él mismo se digno aceptar. ¡Oh muerte que da la vida, oh destrucción ambicionada, oh tránsito glorioso, que haces a los miembros de Cristo imitadores de su Cabeza y, a fin de que sea *preciosa*, no se obtiene a cambio del ofrecimiento de riquezas, sino que se compra con el derramamiento de la sangre!.

Verso 6.– **¡Oh Señor, porque yo soy tu siervo; yo soy tu siervo e hijo de tu esclava! Rompiste mis cadenas** [*O Domine, quia ego servus tuus; ego servus tuus et filius ancillae tuae! Dirupisti vincula mea*]. Se admira, por tanto, de haber recibido idénticos beneficios a los que Él mismo se dignó recibir con vistas a la redención del mundo. En efecto, ¿cómo el **siervo** –envuelto también en la condición del primer hombre– no se va a admirar de llegar a aquellas cosas que tan gran Majestad tuvo a bien elegir?. Inspira temor decir qué beneficios recibe aquél que, por sus acciones, merecería la enemistad. Y así, para expresar el incremento de esta admiración, repite: **Yo soy tu siervo**. Y añade también: **E hijo de tu esclava**, con objeto de reforzar su humildad, sirviéndose de esta triple confesión. Con todo, la expresión: *Hijo de tu esclava*, parecería haber sido añadida, para indicar a la Iglesia católica, que es **esclava**, ciertamente, en cuanto que es servidora; y es *esposa*, porque está unida al Esposo [Ef 5,32]. Y, por ello, convenientemente entendemos que no hay otro martirio, sino aquél del que se hace merecedor el siervo del Señor e hijo de la Iglesia católica. Sigue: **Rompiste mis cadenas**. Consideramos que viene expuesto aquí el poder del martirio, por cuyo ímpetu triunfal **son rotas las cadenas** todas del pecado. En efecto, ninguna mancha puede permanecer en aquel hombre, al que la piadosa sangre haya lavado. Pero se ha de subrayar que este verso goza de una consideración tan grande que –según creencia muy extendida– algunos hombres pueden obtener el perdón de sus pecados, si al final de su vida, lo repiten, confesándolo tres veces.

Verso 7.– **Sacrificaré para ti víctima de alabanza** [*Tibi sacrificabo hostiam laudis*[7]]. Puesto que habían sido rotas las cadenas del pecado, dice que **sacrifica víctima de alabanza**, que es –con mucho– el sacrificio más agradable al Señor, pues, en el Evangelio, Él mismo enseña, diciendo: *¿Diez han sido curados, y no ha sido hallado quien diere gloria a Dios, sino este samaritano?* (Lc 17,18). En efecto, no fue éste uno de aquéllos que, con ingrato silencio, ocultaron el beneficio del Señor. Éste, por el contrario, asume el compromiso de dar gracias a Dios como reconocimiento de bien recibido.

[7]TL., *hostiam laudis*; Vlg., *hostiam laudis, et nomen Domini invocabo*.

Verso 8.– **Cumpliré al Señor mis votos en los atrios de la casa del Señor** [*Vota mea Domino reddam in atriis domus Domini*[8]]. Tras haber dicho que habría de ofrecer una *víctima de alabanza*, con objeto de que nadie creyese que tal ofrecimiento había de realizarse en un lugar cualquiera, precisa: **En los atrios de la casa del Señor**, es decir, en la Iglesia católica, extendida por el orbe entero, en la cual están contenidos todos los auténticos cristianos, no los herejes. Éstos, a consecuencia de sus vacíos razonamientos, fueron apartados de ella. En cuanto a la expresión: **Cumpliré al Señor mis votos**, hay que decir que en ella se promete, ciertamente, el ofrecimiento de sí mismo. En efecto, el deseo de todos los fieles es ofrecerse a Cristo y permanecer en su Iglesia con una recta fe. Pero, para que sepas qué es esta **casa del Señor**, mira lo que sigue.

Verso 9.– **En presencia de todo su pueblo, en medio de ti, Jerusalén**[9] [*In conspectu omnis populi eius; in medio tui, Ierusalem*[10]]. He aquí mostrada la *casa del Señor*, de la que había hecho mención en el versículo inmediatamente anterior: **En presencia de todo su pueblo**. Digno es, en verdad, que sea alabado públicamente Aquél que se dignó padecer por la salvación de todos. En efecto, el Señor todo lo conoce de manera perfecta, aunque se realice en lo secreto del corazón. Pero esto se dice en orden a la edificación del pueblo, de manera que la recta confesión sea recibida por los oídos de todos, en general, como está escrito en el Evangelio: *A quien me confesare delante de los hombres, también yo lo confesaré en presencia de mi Padre que está en los cielos* (Mt 10,32). Añade: **En medio de ti, Jerusalén**, allí donde descansa la paz del Señor y la totalidad del pueblo santo se alegra en su contemplación.

Conclusión del salmo

Este salmo está consagrado por la honorificencia grandiosa de los mártires, que nos ha sido dada para ejemplo nuestro y concedida también para muy abundantes patrocinios. Veneremos sus dolores y, por el deseo de la caridad, imploremos para nosotros sus mismos sufrimientos, de manera que, si no mereciéramos ser coronados con tal acabamiento, pudiéramos –al menos– ser hallados en deseos semejantes a los de ellos. En efecto, ¿por qué quiere el cristiano eludir tales dolores, si sabe que, a través de ellos, se llega a los gozos de los cielos?.

SALMO CIENTO DIECISÉIS

Aleluya.
[*Alleluia*].

Consta este salmo de dos versos solamente, pero lo abre el completo honor del título, a fin de que entendamos que, a pesar de que pocas sean las palabras, tratándose de las alabanzas del Señor están presentes siempre aquéllas que son menester. En efecto, ¿quién pone en duda que no debe decirse que es pequeño aquello por lo cual la magnificencia superna puede ser alabada?. A

[8]TL., *in atriis domus Domini*; Vlg., *reddam in conspectu omnis populi eius*.

[9]Al final del texto hebreo, se lee el *Aleluya*. Los LXX y Vlg. lo ponen al comienzo del salmo siguiente.

[10]TL., *In conspectu omnis populi eius; in medio tui, Ierusalem*; Vlg., *In atriis domus Domini; in medio tui, Ierusalem*.

este salmo se aplica, de manera adecuada, la figura retórica que los griegos llaman *hyrmos*, porque, observando hasta el final el encadenamiento de la oración, se ve que ni la persona ni la causa han cambiado, sino que, con el mismo sentido con que comenzó, así sigue hasta que termina.

Contenido del salmo

Aunque, por su brevedad, no admita este salmo la división de sus versos, sobrepasa, sin embargo, a todos los demás por el compendio de lo que en él se dice. En efecto, es ciertamente el primer salmo indiviso, prefiriendo la belleza del punto, a partir del cual nace la línea y se van formando, con sapientísima variedad, las diversas clases de figuras.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Alabad al Señor todas las gentes, y alabadlo a una todos los pueblos** [*Laudate Dominum, omnes gentes, et collaudate*[1] *eum, omnes populi*]. También este salmo lo debemos referir a la persona de los mártires. En efecto, como si hubiesen sufrido ya una gloriosa pasión, dicen los santos varones que todas las gentes deben ser exhortadas a alabar al Señor, que dio tales cosas a sus siervos, a fin de que, de la mejor manera, fuesen imbuidos de sus ejemplos. ¿Dónde están los donatistas, que mienten, al decir que la fe es dada sólo a su comunidad?. Aquel coro de los santos grita que **todas las gentes** deben **alabar al Señor**, y ¡ojalá que hicieran, junto con nosotros, aquello que dicen con mentira, al afirmar que, particularmente, lo hacen ellos!. Sigue: **Y alabadlo a una todos los pueblos**. En latín, *collaudatio* significa la alabanza de todos los fieles, reunidos juntos. Esto se adapta, ciertamente, a la Iglesia católica, que es congregada de las diferentes partes del mundo. En efecto, se exhorta, en modo general, a *todas las gentes* en sus propios pueblos, a fin de que nadie diga que él es pasado por alto en el juicio del Señor.

Verso 2.– **Porque ha sido confirmada sobre nosotros su misericordia, y la verdad del Señor permanece en eterno**[2] [*Quoniam confirmata est super nos misericordia eius, et veritas Domini manet in aeternum*]. Revela la causa por la que el Señor debe ser alabado en el orbe entero, esto es: porque, mediante la visita de su venida, llevó a cumplimiento sus promesas, las promesas que había hecho, por medio de sus santos profetas. En efecto, **su misericordia ha sido confirmada** y no será conmovida **en eterno**, porque la concedió el mismo que –como digno es de ser creído– nos guarda compasivamente también a nosotros . Añade: **Y la verdad del Señor permanece en eterno**. Es significado [**393**] aquí el Hijo, que es **la verdad del Señor**, como Él mismo dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). En efecto, si –como considera el dementísimo arriano, cosa que es blasfemo decir– hubo un tiempo en que no existía el Hijo, consecuentemente, hubo un tiempo también en el que el Padre existía *sin la verdad, sin el camino, sin la vida*. Pero, puesto que nunca se ha de creer que el Padre existió sin estos atributos, conviene a nuestra salvación y a la verdad misma confesar que el Hijo es –en todo– consustancial al Padre. Está escrito, además: *Todas las cosas fueron hechas por medio de él, y sin él nada fue hecho* (Jn 1,3). Entonces, si el tiempo fue hecho, por medio del Hijo, ¿cómo pudo existir el tiempo, cuando no existía su Autor?. De este modo, lo absurdo va siempre en persecución de la insensatez de los errores. Añaden también los

[1]TL., *collaudate*; Vlg., *laudate*.

[2]También aquí, al final del texto hebreo, se lee el *Aleluya*. Los LXX y Vlg. lo ponen al comienzo del salmo siguiente.

arrianos una tercera falsedad, pues dicen que el Padre es nombrado siempre antes que el Hijo. Si ello es así, ¿qué hay de lo siguiente?: *En el principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios* (Jn 1,1). Ves que nada ha sido colocado antes. Pero también –en otros muchos lugares– el Hijo viene nombrado, en primer lugar. Véase –si no– el siguiente ejemplo, tomado de la carta del Apóstol a los Efesios: *¿Acaso no sabéis que todo fornicario e impuro no tiene heredad en el reino de Cristo y de Dios?* (Ef 5,5). Y a los Gálatas: *Pablo, apóstol, no de parte de los hombres ni por mediación de los hombres, sino por Jesucristo y Dios Padre* (Gál 1,1). Y a los Tesalonicenses: *Pero el mismo Señor Jesucristo y Dios Padre nuestro, que nos ha amado* (2Tes 2,16). Y la segunda carta a los Corintios: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios* (2Cor 13,3). Y, para que entiendas que esta igualdad concierne a toda la Trinidad, sigue diciendo el Apóstol: *Y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos vosotros* (2Cor 13,3). Se lee también que el Espíritu Santo y Señor ha sido nombrado igualmente, en primer lugar, allí donde dice el apóstol Pablo a los Tesalonicenses: *Que el Señor dirija vuestros corazones en el amor de Dios y la paciencia de Cristo* (2Tes 3,5). Se ora, en efecto, al Espíritu Santo, para que dirija los corazones de los fieles en la caridad de Dios y la paciencia de Cristo. Por lo cual, el hecho de que una de las personas de la Trinidad venga nombrada, antes o después, no debería ser para el oyente motivo de prejuicio alguno, pues el lenguaje no puede explicarse de otra manera. Así, pues, ninguna disparidad o diversidad ha de considerarse en Dios, porque donde se cree rectamente que Dios es uno, allí no puede hallarse nada mayor ni menor. En efecto, la unidad no conoce el número, ni la igualdad admite grado, como está escrito: *No subirás por gradas a mi altar* (Éx 20,26).

Conclusión del salmo

Este salmo –pequeño ciertamente– ha concluido con brevedad absoluta. Pues, ¿qué necesidad hay de usar más palabras, para decir que el Creador debe ser alabado en el orbe entero?. Fecunda brevedad, apretada abundancia, estrechez amplísima, angostura sin final. ¡Oh dulce y admirable diversidad!: decir cosas saludables con pocas palabras, narrar maravillas con profusa oración, a fin de que la tediosa mortalidad no sufra, en la cura misma, el hastío al que la agradable variedad[3] da apetencia. Cabría preguntarse, tal vez, por qué este salmo consta sólo de dos versos, mientras que, en el salmo ciento dieciocho, se contienen ciento setenta y seis, y muchos otros están formados de modo diferente, según la propiedad de las cosas. Pero, tal vez, este hecho pudiera admitir la explicación que sigue: así como la armonía –es decir, el pulcro equilibrio, que debe existir en una buena ejecución musical– llega a componer una melodía perfecta, a partir de sonidos y acentos diversos, así también estos salmos –ora breves, ora de mediano tamaño, ora muy largos– se someten todos a un único concento. O, tal vez, con ello –considerémoslo sólo como algo merecedor sólo de tenerse en cuenta– se quiera significar el futuro reino de los cielos, donde los diversos méritos de los santos refulgirán, según la cualidad de los actos, aun cuando a todos les sean otorgadas idénticas felicidad y dulzura eternas.

[3]TL., in textu: *varietas* [*mss. A.,B.,F.,* veritas].

SALMO CIENTO DIECISIETE

Aleluya.
[*Alleluia*].

Leemos en el Apocalipsis del apóstol Juan que una ingente multitud cantaba en el cielo el *Aleluya*, cantado también por los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos, que adoran al Señor. Leemos asimismo que todo aquel ejército celestial, a la voz de la trompeta altisonante, aclamaba a una con hímnica exultación (Apc 19,1-4). Por lo cual, participemos con alegría también nosotros en este homenaje de alabanza. Si lo cantamos con corazón puro, nos unimos con piadosa adhesión a las virtudes santas y llega a ser honor y gracia de las realidades terrenas, que son la felicidad de las realidades del cielo. Por todo lo cual, contemplemos este salmo, que reluce con tan hermoso frontispicio, haciendo también que los cuatro primeros versos del comienzo terminen todos con idéntico final, a fin de recordar con cuádruple exhortación, conforme al número de los evangelios, que el mundo entero debe alabar al único Señor. No podemos dar a estos versos el calificativo de *intercalares*, porque no tienen la función de ser unión con otros versos. Pero, quizá, acertemos dándoles el nombre de *unifines*, en cuanto que los cuatro terminan con una idéntica consonancia de palabras. También, en el salmo ciento treinta y cinco, hallaremos en todos y cada uno de sus versos esto mismo, que ahora estamos diciendo. Cómo se obtenga esto, tendremos ocasión de verlo con más detenimiento, una vez llegado su momento.

División del salmo

En la primera parte del salmo, el pueblo fiel, liberado de los vínculos del pecado, exhorta a todos y a cada uno, de manera general, a que confiesen al Señor, porque el que fue escuchado en las tribulaciones, ha profesado que, de ningún modo, el hombre ha de sentir temor alguno. Afirma, en la segunda parte, que sólo se ha de confiar en el Señor, por cuyo medio escapó de la hostilidad de las gentes y pudo llegar a los remedios de la vida verdadera. Llegado a tercera parte, dice que se han de abrir para él las puertas de la justicia. En esta parte tercera, habla también de la piedra angular, es decir, del Señor Salvador. En la cuarta, persuade a los demás cristianos a frecuentar los atrios del Señor, alegrándose conjuntamente, con dulce delectación, por la venida de la santa encarnación.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Confesad al Señor porque es bueno, porque por el siglo es su misericordia** [*Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia eius*]. Aquel pueblo de bienaventurados, que había sido liberado de la propia desgracia, exhorta a los demás pueblos a que velen constantemente, alabando al Señor. En efecto, esta **confesión** hace referencia, sin lugar a duda, al acto de alabanza, bien porque le antecede inmediatamente la palabra *Aleluya*, bien porque el pueblo se alegra de haber sido liberado de diversas angustias, en virtud de la misericordia del Señor. Añade también la causa de dicha alabanza: **Porque es bueno**, afirmación ésta que conviene propiamente al Señor. En efecto, cuando los incrédulos judíos llaman Cristo, según su condición carnal, *Maestro bueno*, Él les responde: *¿Por qué me preguntáis acerca de lo bueno* (Mt 19,17; Mc 10,17), vosotros, que no creéis que yo soy el Señor de los cielos?. Y añade: *Nadie es bueno, sino*

sólo Dios [Mc 10,18]. Y, sin embargo, cuando leemos: *El hombre bueno, de su buen tesoro saca cosas buenas* (Mt 12,35) [**394**], parecería como si se dijera lo contrario. Ahora bien, decimos que el hombre ha sido hecho bueno por la gracia del Señor. En efecto, de manera propia, bueno por sí mismo es únicamente Aquél que hace que los hombres participen de su bondad. Sigue: **Porque en eterno es su misericordia**. Es clarificada también la afirmación de aquella bondad mencionada. Es **bueno**, porque no sólo da los dones de su misericordia a los que no los merecen, sino porque **por el siglo** los concede. En efecto, las palabras *por el siglo* significan la perpetuidad futura, donde uno solo es el siglo, uno solo es el día y ninguna variación tiene lugar.

Verso 2.– **Diga ahora Israel que es bueno: porque por el siglo es su misericordia** [*Dicat nunc Israel quoniam bonus: quoniam in saeculum misericordia eius*].

Verso 3.– **Diga ahora la casa de Aarón que es bueno: porque por el siglo es su misericordia** [*Dicat nunc domus Aaron quoniam bonus: quoniam in saeculum*[1] *misericordia eius*].

Verso 3.– **Digan ahora todos los que temen al Señor que es bueno: porque por el siglo es su misericordia** [*Dicant nunc omnes qui timent Dominum quoniam bonus: quoniam in saeculum*[2] *misericordia eius*]. Puesto que la parte final de estos tres versos vemos que es siempre la misma, sea suficiente la explicación que al respecto se ha ofrecido anteriormente. Detengámonos, sin embargo, en averiguar por qué, en el comienzo de dichos versos, aparezcan nombres distintos. En efecto, en el primero de estos tres versos, se dice: **Diga ahora Israel**, expresión que incluye al entero pueblo de los bienaventurados. En el segundo verso, se lee: **Diga ahora la casa de Aarón**, palabras que hacen referencia a los sacerdotes, a quienes, por la veneración de su dignidad, estimó conveniente mencionarlos aparte. También el tercer verso dice: **Digan ahora todos los que temen al Señor**, para referirse a aquéllos de los que, en el salmo ciento trece, ya hizo mención, allí donde se dice: *Los pequeños junto con los grandes* (Sal 113,22), que se han consagrado a Cristo el Señor, con pureza de corazón, en el seno de una única comunidad. De este modo, dicha diversidad de nombres abarca íntegramente a todos y a cada uno de los fieles.

Verso 5.– **En la tribulación invoqué al Señor, y me escuchó en anchura** [*In tribulatione*[3] *invocavi Dominum, et exaudivit in latitudine*[4]]. A fin de reavivar el ánimo de los oyentes, ofrece un ejemplo a propósito, porque gran estímulo es para la fe el hecho de que el mismo que sufrió hasta el final **escuche** a aquél que da gracias. Pero considera lo siguiente, pues dice: **En anchura**. Ciertamente, porque no sólo nos libera de las angustias del mundo, sino que nos acoge también compasivamente en la gran *anchura* de sus premios. Libra de los males temporales, pero poderoso es para colmarnos de los bienes eternos. Así, pues, muéstrense crueles, tanto como quieran, los peligros transitorios y envalentónense las hostilidades pasajeras, pues es restituido amplísimamente cuanto, en la brevedad de este mundo, abruma al pueblo fiel.

Verso 6.– **El Señor es mi ayudador, no temeré qué me haga el hombre** [*Dominus mihi adiutor, non timebo quid faciat mihi homo*].

Verso 7.– **El Señor es mi ayudador, y yo veré a mis enemigos** [*Dominus mihi adiutor,*

[1]TL., *domus Aaron quoniam bonus: quoniam in saeculum*; Vlg., *domus Aaron: quoniam in saeculum.*

[2]TL., *Dominum quoniam bonus: quoniam in saeculum*; Vlg., *Dominum: quoniam in saeculum.*

[3]TL., *In tribulatione*; Vlg., *de tribulatione.*

[4]TL., *in latitudine*; Vlg., *in latitudinem.*

et ego videbo[5] *inimicos meos*]. Aunque estos versos parezcan ser casi iguales, sin embargo, se diferencian del todo en determinadas palabras. En efecto, cuando dice que, fiándose del auxilio del Señor, él **no teme al hombre**, está refiriéndose a los enemigos carnales, que persiguen visiblemente el propósito de los hombres piadosos. Ahora bien, cuando dice: **Veré a mis enemigos**, quiere dar a entender las maldades espirituales, que se habrán de ver en el juicio aquel, donde el diablo –junto con sus servidores– aparecerá ya destruido y condenado a la vista de los hombres. En efecto, dado que la mayor parte de los hombres puede ver ahora a sus enemigos corporales, con mayor razón se ha de creer que él deseara aquello que aquí no podía ver. O, tal vez, ruega poder intuir al enemigo oculto, de manera que, volviéndose más circunspecto, llegase a ser ajeno a sus insidias. Pero fíjate en que, al comienzo de estos dos versos, ha repetido las mismas palabras. Esta figura retórica recibe el nombre de *anaphora*, la misma figura que también, en los siguientes versos, se va a encontrar.

Verso 8.– **Mejor es confiar**[6] **en el Señor que confiar en el hombre** [*Bonum est confidere in Domino quam confidere in homine*]. Aquel pueblo de bienaventurados, liberado por el favor divino, enseñando fiel y piadosamente, llega a la tercera parte, diciendo: En el único Dios, **no en el hombre**, **se ha de confiar**. Sí, se ha de confiar en Aquél, cuya promesa es veraz, no en éste que se engaña con falaz presunción. En efecto, cuántos son los necios que dicen: *Hago lo que quiero y no tengo señor de mi voluntad*, considerando que es, por medio del libre albedrío, como se ha de realizar el interés de los mortales. Contra éstos arguye el apóstol Santiago, diciendo: *No es a causa de vuestras concupiscencias que decís: Mañana iremos a aquella ciudad, y negociaremos y obtendremos ganancias..., en lugar de decir: Si el Señor quiere y estamos vivos, haremos esto o aquello* (Sant 4,13.15), y todo lo demás. Ciertamente, la libertad de arbitrio –en sentido negativo– es merecedora de rechazo, en cuanto que el prevaricador abandona al Creador y se vuelve a la abominación de los vicios. En sentido positivo, sin embargo, a causa del pecado de Adán, perdimos el libre arbitrio, al que no podemos volver, si no es por medio de la gracia de Cristo, según palabras del Apóstol: *Pues Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar, según su buena voluntad* (Flp 2,13). De aquí que se deba rogar con asidua oración, a fin de que ninguna perversa voluntad pueda arrastrarnos consigo, sino que sea la inspiración divina la que se adueñe de nosotros, porque todo lo que llegamos a saber por nuestra propia cuenta, con mortífera audacia lo volvemos contra nosotros mismos. Con razón, pues, ordenó *no confiar en el hombre*, el cual ni a otro ni a sí mismo puede proporcionar remedio alguno, como dice también Jeremías: *Maldito el hombre que confía en el hombre, y pone la esperanza en la carne de su brazo, y aparta su corazón del Señor* (Jer 17,5). Por lo cual, dejen los soberbios de atribuirse aquellos oficios, por los que mayor justicia aún puede condenarlos la sentencia divina. De aquí que, a través de numerosos libros, también el Padre Agustín disputara, de manera admirable, contra los herejes Pelagio, Celestio y Juliano[7], logrando

[5]TL., *videbo*; Vlg., *despiciam.*

[6]Hebr., טוֹב לַחֲסוֹת [*Bueno refugiarse*]. Idiotismo hebreo, que equivale a *mejor es, más vale*. Los LXX traducen: ἀγαθὸν πεποιθέναι [*Bueno es confiar*].

[7]De Pelagio ya se ha hablado anteriormente. Celestio, jurista romano y discípulo de Pelagio, fue uno de los difusores principales de la herejía de su maestro. Su teología, sin embargo, parece ser aún más extrema que la de Pelagio, aunque las fuentes no permiten obtener conclusiones definitivas al respecto. Juliano o Julián de Eclana, teólogo y escritor esclesiástico, fue obispo de Eclana (Apulia), de donde fue removido y exiliado en el 419 por no oponerse oficialmente al pelagianismo. En el exilio fue recibido por Teodoro de Mopsuestia, a quien siguió en su exilio exegético. A pesar de que nunca recobró su posición eclesiástica, Juliano enseñó en Sicilia hasta su muerte. Sus obras incluyen Comentarios acerca del Libro de Job y de tres profetas menores, una traducción del Comentario a los Salmos de Teodoro de Mopsuestia y varias cartas. Al simpatizar con Pelagio, Juliano aplicó su agudeza intelectual y formación retórica en razonar sobre la naturaleza del libre albedrío, la concupiscencia y el mal.

destruir las armas de sus venenosas doctrinas.

Verso 9.– **Mejor es confiar en el Señor que esperar en los príncipes** [*Bonum est sperare in Domino quam sperare in principe*]. Dos palabras cambiadas hacen que la sentencia se transforme de manera completa. En efecto, anteriormente habla de *confiar*; habla ahora de **esperar**. Allí dice: *En el hombre*; aquí: **En los príncipes**, para dar a entender de este modo que, en primer lugar, se había referido a las realidades carnales y, después, a las espirituales. Ciertamente, también el diablo recibe el nombre de *príncipe*, como se lee en el Evangelio: *He aquí que viene el príncipe de este mundo, y nada encontrará contra mí* (Jn 14,30). Del mismo modo, también el ángel bueno es llamado *príncipe*, como dice el libro de Daniel: *Miguel, vuestro príncipe*[8] (Dan 12,1). Dice, por lo cual, que ni en los ángeles buenos ni en los malos, sino sólo en Dios debe poner el hombre su esperanza. En efecto, aun cuando amamos a los ángeles buenos, por su piedad extraordinaria para con nosotros, alabamos los dones divinos, que actúan en ellos, no las facultades de su propio poder.

Verso 10.– **Todas las gentes me rodearon, pero en el nombre del Señor tomé venganza de ellos**[9] [*Omnes gentes circumdederunt*[10] *me, et in nomine Domini ultus sum*[11] *eos*]. Con razón, decía esto aquel pueblo, que había puesto su esperanza en la protección del Señor, significando las penalidades de la Iglesia, que antes había padecido en su Cabeza –esto es, en Cristo el Señor– y soportaba, después, sus propios sufrimientos. En efecto, en un primer momento, cuando la religión cristiana se dio a conocer, **todas las gentes**, levantándose en su persecución, debilitaron con diversos padecimientos a los hombres más fieles, que –no obstante y con la ayuda del Señor– **tomaron venganza** de sus perseguidores, cuando, en virtud de una admirable conversión, llegaron a someterlos, en modo de exigirles las penas de la penitencia, penas que aquéllos anteriormente habían impuesto a los hombres inocentes. En efecto, el sustantivo de género femenino *gentes* lo pone en relación con el pronombre, en género masculino, *ellos*, para expresar, o bien, el sentido general de la frase, en cuanto que por *gentes* se significan los pueblos, o bien, en razón de la figura retórica llamada *exallage* [**395**], en latín, *immutatio* [cambio], debido a que aquí ha cambiado el género del nombre.

Verso 11.– **Rodeando me rodearon, pero en el nombre del Señor tomé venganza de ellos** [*Circumdantes circumdederunt me, et in nomine Domini ultus sum*[12] *eos*]. Se han de averiguar los pormenores de las palabras, pues, cuando se los examina con detenimiento, vienen a revelarnos –como frecuentemente hemos dicho– cosas ocultas de importancia no desdeñable. Primero dijo: *Las gentes*, término éste con el que se refería a la Iglesia, que sufría martirio por parte de los pueblos, los cuales, deseando los cultos de los demonios, atormentaban por doquier a los pueblos fieles. Pero ahora, empleando las mismas palabras, no quiso repetir otra vez *las gentes*, con objeto de indicar –más bien y de manera sutil– la pasión del Señor, que particularmente fue consumada sólo por obra de los judíos. Sin embargo, también de éstos *fue tomada venganza en el nombre del Señor*, cuando muchos de ellos, arrepentidos de las maldades cometidas, merecieron recibir el

[8]TL., in textu: *princeps vester* [*ed.,* princeps magnus]; Vlg., princeps magnus.

[9]Hebr., אֲמִילֵם [*los circuncidé* o *los hice circuncidar*]. Véase RAVASI, *o.c.*, vol. 3, págs. 425-426. Los LXX traducen: ἠμυνάμην αὐτούς [*me defendí de ellos*].

[10]TL., *circumdederunt*; Vlg., *circumierunt.*

[11]TL., *Domini ultus*; Vlg., *Domini quia ultus*.

[12]TL., *Domini ultus*; Vlg., *Domini quia ultus*.

nombre de cristianos. También estos versos han de ser llamados *unifines*, o sea, versos que terminan con las mismas palabras, conforme apuntábamos al comienzo de este salmo. Obsérvese también que así como, por lo general, es la Cabeza la que habla acerca de sus miembros son los miembros los que hablan ahora sobre Aquél que es su Cabeza.

Verso 12.– **Me rodearon como las abejas al panal, ardieron**[13] **como fuego en las espinas; pero en el nombre del Señor me vengué en ellos** [*Cirdumdederunt me sicut apes favum*[14]*, et exarserunt sicut ignis in spinis; et in nomine Domini vindicavi in eis*[15]]. También estos versos hacen todavía referencia al Señor. Rodeado por los crueles judíos, por el mundo entero derramó, ciertamente, las mieles de su pasión. En efecto, las **abejas** rodean el panal, cuando en sus celdas de cera ocultan[16] los néctares dulcísimos; y, creyendo guardar víveres para sí, hacen que de ello puedan los hombres saciar sus deseos. Manifiesto es que esto lo llevaron a cabo los judíos, cuando, con amargas arremetidas, pusieron manos a la obra contra el más dulce suceso jamás acontecido en el mundo entero. La palabra latina *apes* vendría a ser algo así como *sin pies*, porque, en efecto, nacen sin ellos[17]. Las **espinas** significan los pecados del mundo, por cuya causa el pueblo judío –fieramente enardecido y crepitando como abejas– terminó por abrasarse en sus propios delitos. Pero, por la gracia del Señor, dice que también **en ellos fue vengado**, cuando, convertidos dulcemente al Señor, se saciaron de aquella miel, que ellos mismos –sin saberlo– habían elaborado.

Verso 13.– **Empujado**[18]**, fui hostigado para caer, pero el Señor me sostuvo** [*Impulsus versatus sum ut caderem, et Dominus suscepit me*]. Es ya el entero cuerpo de los fieles el que, con veracísima voz, atestigua esto acerca de sí mismo. En efecto, cae **empujado** aquél a quien se le sustrae la fortaleza del Señor. Y fíjate en la fuerza expresiva de las palabras. Dice que, **empujado, fue hostigado para caer**, pero que fue afianzado, porque *lo sostuvo el Señor*. En efecto, sólo los **hostigados**, que son sostenidos por el poder de Cristo, no terminan cayendo, cosa que suele suceder, cuando los hombres beneméritos son entregados al castigo. Ciertamente, para esto parecen ser entregados: para que caigan, es decir, para ser apartados de la fe verdadera. Pero, fortalecidos por la diestra del Señor, no llegan a caer, porque están afianzados en la santidad de su credo. Por el contrario, los infieles caen, incluso cuando consideran estar firmes en la obstinación de su pertinacia.

Verso 14.– **Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y se hizo para mí en salvación** [*Fortitudo mea et laudatio*[19] *mea Dominus, et factus est mihi in salutem*]. Empujado, no puede caer el que cuenta con el auxilio de la **fortaleza** del Señor. Pero, para que no se considere que aquél que era preservado por los dones del Señor, eludía únicamente los peligros, añade: **Y se hizo para mí**

---

[13]Hebr., דֹּעֲכוּ [*fueron apagados*]. Ésta es la traducción común. Pero no está mal traducir igualmente por *ardieron* o *se enardecieron*, porque también este significado es admitido por el verbo hebreo. Los LXX vierten ἐξεκαύθησαν [*se inflamaron*].

[14]TL., *apes, et*; Vlg., *apes favum, et.*

[15]TL., *Domini vindicavi in eis*; Vlg., *Domini quia ultus sum in eos.*

[16]TL., *rocondunt*; entiéndase *recondunt.*

[17]Entiende aquí el alfa privativa.

[18]Hebr., דַּחֹה דְּחִיתַנִי [*Empujar me empujaste*]. Veáse la nota al verso 18 de este mismo salmo. Los LXX traducen: ὠσθεὶς [*Empujado*].

[19]TL., in textu: *laudatio* [*mss. A.,B.,* laus].

salvación, en cuanto que por Él recibe la vida eterna; por Él, se le promete también evitar los males de este tiempo presente. En efecto, Él es la **fortaleza y alabanza** eterna de los bienaventurados.

Verso 15.– **La voz de la alegría y de la salvación en los tabernáculos de los justos; la diestra del Señor hizo poder**[20] [*Vox laetitiae*[21] *et salutis in tabernaculis iustorum; dextera Domini fecit virtutem*]. Alegre, exulta aquel coro de bienaventurados, pues, mientras que los perseguidores consideran que están abatidos por la tristeza y consumidos por la tribulación, gozosos ellos, a causa de la contemplación divina, se alegran de sus sufrimientos, que saben que les han de aprovechar para los gozos eternos. En efecto, **los tabernáculos de los justos** significan aquí lo más íntimo del corazón humano, allí donde siempre están alegres, aun cuando por fuera parezcan estar afligidos. Y, para que conozcas de dónde viene esta alegría, añade: **La diestra del Señor hizo poder**, es decir, Cristo, por cuyo medio el Padre obró poder en la exaltación de los santos. Esto es lo que, a continuación, va a decir.

Verso 16.– **La diestra del Señor me exaltó**[22] [*Dextera Domini exaltavit me*]. La **diestra del Señor exalta** [*dextera Domini exaltat*], cuando concede a los hombres el reino de los cielos. Pues, ¿de qué cosa más poderosa que la inmortalidad pueden revestirse los mortales: los corruptibles, de incorrupción; los pecadores, de felicidad; del enemigo fortísimo obtener la victoria los débiles?

Verso 17.– **No moriré, sino viviré; y narraré las obras del Señor** [*Non moriar, sed vivam; et narrabo opera Domini*]. Contra aquellas cosas se dicen estas otras, que la insana audacia de los perseguidores suele argüir contra la Iglesia de Cristo, audacia que, creyendo destruir el nombre cristiano, más bien parece aportarle crecimiento. Con razón, le responde el hombre fiel: **No moriré**, como tu crees, sino que **viviré** una vida, que tú no conoces y a la que los que están hinchados en su espíritu les es imposible llegar. Promete también que **ha de narrar las obras del Señor**, para que, por medio de la divulgación de tal anuncio, crezca la Iglesia. ¿Qué beneficios pueden alcanzar los hombres crueles, al ver cómo los perseguidos crecen sin cesar, gracias precisamente a las persecuciones? ¡Cuánto mejor vivirían también ellos, si, convertidos, deploraran sus propias acciones!

Verso 18.– **Castigando me castigó**[23] **el Señor, pero no me entregó a la muerte** [*Castigans castigavit me Dominus, et morti non tradidi me*]. A fin de que la soberbia de los perseguidores no llegase a reclamar algo para sí, afirma que los tormentos y la ferocísima crueldad de éstos son

---

[20]Hebr., יְמִין יְהוָה עֹשָׂה חָיִל [*la diestra del Señor, haciendo poder*]. Los LXX: δεξιὰ κυρίου ἐποίησεν δύναμιν [*la diestra del Señor hizo poder*].

[21]TL., *Vox laetitiae*; Vlg., *Vox exultationis.*

[22]Hebr., רוֹמֵמָה [*es excelsa*]. Los LXX: ὕψωσέν με [*me exaltó*].

[23]Hebr., יַסֹּר יִסְּרַנִּי [*castigar me castigó*]. Ya se ha dicho que, a menudo, en la lengua hebrea, el infinitivo absoluto acompañado –antes o después– de una forma verbal de la misma raíz, sirve para reforzar la acción de que se trate y, como traducción, puede recurrirse a expresiones del tipo: *ciertamente, de hecho, en verdad, por supuesto que*. Esta forma de locución parece haber pasado a la lengua española y es de uso bastante corriente. Cuando, en español, alguien dice: *comer comeremos, reír nos reímos, hacer frío lo hizo...*, está diciendo que *ciertamente comerán*, que *se rieron mucho*, que *hizo bastante frío*. Según esto, en el caso presente, la traducción podría ser: *Ciertamente me castigó el Señor.* Por su parte, los LXX traducen: παιδεύων ἐπαίδευσέν με [*reprendiendo me ha reprendido*], es decir, *me ha reprendido severamente*.

castigo del Señor, de manera que quede claro que todo aquel inicuo poder es consentido con vistas a la corrección de los fieles. ¿Por qué se jactan de poderío aquéllos a los que nada se les concede por su propio provecho?. Su crueldad es nuestra corrección; la llama de su furor, nuestra prueba. No estimen que son mejores, porque delinquen. No hay indulgencia para el hijo, a fin de que pueda instruirse. Pero bien dice estas cosas, sintiéndose castigado. En efecto, sólo **no es entregado a la muerte** aquél, cuyos pecados son purgados aquí. Y fíjate en que dice: **Castigando me castigó**. En efecto, este tipo de locuciones se encuentra con mucha frecuencia en las divinas Escrituras. Por ejemplo: *Bendiciendo te bendeciré* [Sal 131,15; Heb 6,14]*; multiplicando multiplicaré tu descendencia* [Gén 6,10], y otros casos parecidos. Esta figura retórica – como ya se ha dicho varias veces– recibe, en latín, el nombre de *a coniugatis.*

Verso 19.– **Abridme las puertas de la justicia y, entrando por ellas, confesaré al Señor** [*Aperite mihi portas iustitiae, et ingressus in eas confitebor Domino*]. Aquel pueblo de fieles[24] llega a la tercera parte. Deseando entrar en Jerusalén, pide con fervor espiritual que le sean abiertas sus **puertas**. En efecto, ¿a quiénes dice: **Abrid**, sino a los profetas y a los apóstoles, los cuales, a través de místicos poderes, recibieron las llaves del reino de los cielos?. Ciertamente, pues, una vez introducidos por estas puertas doctrinales y establecidos ya dentro, en verdad, **confesaremos al Señor**. Por lo demás, todo lo que se realiza fuera de la Iglesia católica, en ningún modo se aplica a las alabanzas del Señor. Bien son llamados *puertas* –en sentido alegórico– los profetas y los apóstoles. Las *puertas* reciben este nombre, porque así como, por ellas, se *porta* el avituallamiento a las ciudades, así también, por medio de ellos, se les lleva alimento a las almas.

Verso 20.– **Ésta es la puerta del Señor; los justos entrarán por ella** [*Haec porta Domini, iusti intrabunt per eam*[25]]. Habiendo hablado anteriormente de *puertas*, en plural, se ha de averiguar por qué ha querido poner aquí *puerta*, en singular. Sin duda, para indicar que los profetas y los apóstoles son, ciertamente, como puertas de los cielos, pero que todas estas puertas pueden conducir a una sola, porque todas ellas fueron medios idóneos, para llegar al Señor Salvador, que también puede ser llamado *puerta*, como Él mismo dice en el Evangelio: *Yo soy la puerta de las ovejas* (Jn 10,7), etc. Sigue: **Los justos entrarán por ella**. Examinemos también con cuidado esta última expresión. En efecto, habiendo hablado anteriormente de las *puertas de la justicia*, ¿por qué ha escrito aquí que *los justos entrarán* **por ella**?. Según mi parecer, es para significar no ya las divinas Escrituras –por las que entran también los que son injustos–, sino aquella Jerusalén, que tiene como puerta al Señor Salvador, puerta por la cual sólo entrarán los hombres justos. Bien ha abarcado uno y otro sentido, en modo de significar así tanto el presente siglo como el siglo futuro.

Verso 21.– **Te confesaré, Señor, porque me has escuchado, y tes has hecho para mí en salvación** [*Confitebor tibi, Domini, quoniam exaudisti me, et factus es mihi in salutem*]. No debemos entender esta **confesión** como propia de un pueblo afligido, sino de un pueblo alegre. En efecto, da gracias, porque el Señor de la salvación brilló para él y el Redentor de las gentes apareció a los ojos de los hombres. De donde, en verdad, entendemos que también los primeros justos, de continuo, desearon con ansia la venida del Señor, como Él mismo dice en el Evangelio: *Muchos profetas y justos ansiaron ver lo que vosotros estáis viendo, y escuchar lo que estáis escuchando* (Mt 13,17), etc.

[24]TL., in textu: *fidelium* [*ed.,* fidelis].

[25]TL., *per eam*; Vlg., *in eam.*

Verso 22.– **La piedra que desecharon los albañiles, ha sido hecha aquí en cabeza de ángulo** [*Lapidem quem reprobaverunt aedificantes, hic factus est in caput anguli*]. Mediante la alusión a los *albañiles*, se expresa aquí la baldía obra de los judíos. En verdad, sólo ellos –entre los hombres existentes entonces en el mundo– parecían edificar, dando culto al único Dios, mientras que las demás naciones se destruían a sí mismas, entregándose a la adoración de los ídolos. En efecto, los **albañiles** están siempre pendientes del ángulo, con objeto de que las paredes, que se están levantando juntas, lleguen a tener la solidez debida. Pero los judíos, en modo alguno, llevaron a término la edificación de su propia fe, pues a Aquél que era la **piedra** fortísima, la piedra angular, demencialmente lo consideraron como merecedor de todo desprecio. Pero –como en innumerables lugares consta– tal es la razón por la que Cristo recibe, en sentido tropológico, el nombre de *piedra angular*: porque a los dos pueblos –judíos y gentiles–, que de diversa procedencia venían a Él, los unió[26], como a dos paredes iguales, en una misma gracia de solidez. Acerca de esta *piedra* los profetas, los apóstoles y otros más muchísimas cosas dijeron. En efecto, **ángulo** es un vocablo tomado del griego, γόνυ, en latín, *genu* [rodilla], porque, cuando se dobla, reproduce la figura de un ángulo de lados iguales. Entre los griegos, la raíz de este nombre se conserva en todos sus derivados: tetrágono, pentágono, y otros semejantes.

Verso 23.– **Por el Señor ésta ha sido hecha**[27]**, y es admirable a nuestros ojos** [*A Domino factus est hic, et est mirabilis*[28] *in oculis nostris*]. Para que no consideres que se trata de una piedra cortada de las rocas de los montes, dice que **ha sido hecha por el Señor** para salvación del mundo. Pero, cuando recuerda que *ha sido hecha*, se está refiriendo a la naturaleza de su humanidad, que también ha sido creada. Así dice también el Apóstol: *A semejanza de los hombres ha sido hecho, y como hombre fue hallado en el aspecto* (Flp 2,7). Y en otro lugar: *Que fue hecho de la semilla de David según la carne* (Rom 1,3). Ciertamente, esta piedra –que es la unión precisa de toda la estructura, la conjunción de las paredes, la consistencia perenne en los cimientos– es **admirable a los ojos** de los fieles, que no sólo la ven materialmente, sino que la contemplan asimismo, mediante la iluminación del espíritu. La vieron también los judíos, pero no la apreciaron como algo *admirable*, porque fijaban su mirada solamente en la carne, que la veían como carne común a la de todos. Mas, para los sentidos de los fieles, que profesaron que era el Hijo de Dios, aparecía como *admirable* y *terrible*, como fue el caso del apóstol Pedro, que exclamó: *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo* (Mt 16,16).

Verso 24.– **Éste es el día que hizo el Señor: exultemos y alegrémonos en él** [*Haec dies quam fecit Dominus: exsultemus et laetemur in ea*]. ¡Oh, cuán dulces palabras exhala para nosotros la santa credulidad!. En efecto, aunque todos los días los haya creado Dios, sin embargo, de manera singular, dice que **hizo el día**, que fue consagrado por el nacimiento de Cristo el Señor. Con razón, es conveniente **exultar** y **alegrarse**, porque, en tal día, el diablo perdió el poder y el mundo recibió la salvación.

[26]TL., in textu: *colligavit* [*ed.,* collocavit].

[27]Este participio femenino en español se refiere a *piedra*, ya que, en latín [*lapis*], es de género masculino.

[28]TL., in textu: *factus est hic, et est mirabilis* [*mss. A.,B.,F., factum est hoc mirabile*]; Vlg., *factum est istud, hoc est mirabile*.

Verso 25.– **¡Oh Señor, sálvame!**[29] **¡Oh Señor, sé bien propicio!** [*O Domine, salvum me fac! O Domine, bene prosperare!*]. Estas exclamaciones ponen de manifiesto el deseo de una gran petición: ser librado aquí de las desgracias de este mundo y ser colocado allí a la derecha en felicísimo destino. En efecto, éstas son las dos cosas que el fiel cristiano ardientemente desea: ser arrancado aquí de la muerte del pecado y ser colocado allí en el descanso sempiterno. Ciertamente, pues estas aflicciones, que aquí padecen, y estos dolores, que aquí soportan por amor del Señor, no cabe duda de que allí **se hacen propicios**, una vez que han llegado a los gozos eternos. En efecto, **ser propicio** es hacer que algo desapacible se trueque en algo tranquilo, de manera que nos sean gratos los males pasados, los cuales creemos que han de ser cambiados en gozos eternos.

Verso 26.– **Bendito el que viene en el nombre del Señor; os bendecimos desde la casa del Señor** [*Benedictus qui venit in nomine Domini; benediximus vos*[30] *de domo Domini*]. Se llega a la cuarta y última parte, en la que, a causa de la venida del Señor, se ofrece el dulce ministerio de la alabanza y se condena ingeniosamente la inicua arrogancia del *Anticristo*. Esta figura retórica se llama *emphasis* y, por ella, se significa también aquello que no se dice. En efecto, al decir: **Bendito el que viene en el nombre del Señor**, da a entender que es maldito aquél acerca del cual se cree que vendrá en su propio nombre. Y, para que sepas que Cristo es Señor todopoderoso, dice que *ha venido en el nombre del Señor*, de manera que la mente humana nada juzgue sobre Él en sentido corporal. También el mismo Evangelio pone esto de manifiesto, allí donde dice: *Yo he venido en el nombre de mi Padre y no me habéis recibido. Si otro viene en su nombre, sí lo recibiréis* (Jn 5,43). Sigue: **Os bendecimos**. Aquel pueblo fiel, al que nos hemos referido antes, dice esto a los demás cristianos. Dicho pueblo –como investido de la dignidad sacerdotal– habla a la plebe, manifestándole que la bendición del Señor es impartida saludablemente a la gente devota, por medio de los sacerdotes. Y, con objeto de que tal cosa no llegue a suscitar en ti ningún tipo de duda, añade: **Desde la casa del Señor**, es decir, desde la Iglesia católica, donde nace el bautismo de salvación, de donde procede la santa comunión, donde somos purificados por la unción del óleo santo, donde toda verdadera bendición, en fin, es concedida.

Verso 27.– **Dios el Señor, y ha brillado para nosotros; instituid un día solemne con grandes concentraciones**[31] **hasta el cuerno del altar** [*Deus Dominus, et illuxit nobis; constituite diem solemnem in confrequentationibus*[32]*, usque ad cornu altaris*]. La expresión: **Dios el Señor** corresponde a lo dicho más arriba, de manera que aquello que anteriormente decía: *Os bendecimos desde la casa del Señor*, lo entiendas de este modo: no nosotros, sino *Dios el Señor*. En efecto, es Él quien bendice por boca de los santos, **y brilla para nosotros**, cuando nos aparta de las tinieblas

---

[29]Hebr., אָנָּא יְהוָה הוֹשִׁיעָה נָּא [*¡Ah, Señor, salva ahora!*]. Los LXX: ὦ κύριε σῶσον δή [*¡Oh. Señor, salva!*]. Obsérvese como ni en hebreo ni en griego aparece el pronombre *me* del texto latino.

[30]TL., in textu: *vos* [*mss. A.,B.,F., vobis*]; Vlg., *vobis.*

[31]Hebr., אִסְרוּ־חַג בַּעֲבֹתִים עַד־קַרְנוֹת הַמִּזְבֵּחַ. La frase es, ciertamente, oscura: *Atad el sacrificio de la fiesta con cuerdas hasta los cuernos del altar.* O bien:: *Atad víctimas con cuerdas hasta los cuernos del altar.* Véanse comentarios, particularmente, RAVASI, *o.c.*, vol. 3, págs. 430-431. Los LXX traducen: συστήσασθε ἑορτὴν ἐν τοῖς πυκάζουσιν ἕως τῶν κεράτων τοῦ θυσιαστηρίου [*organizad fiesta con las espesuras hasta los cuernos del santuario*]. S. Agustín lee también: *in confrequentationibus.* Vlg., *in condensis,* esto es, con espesuras, con ramos frondosos en las manos. S. Jerónimo traduce: *frequentate solemnitatem in frondosis.* Muchos piensan que aquí se hace especial alusión a la fiesta de los Tabernáculos, durante la cual se cantaba este salmo, yendo en procesión solemne, llevando en las manos ramas, cortadas de los árboles, aun cuando estas mismas enramadas se suelan hacer también en las demás fiestas.

[32]TL., *in confrequentationibus*; Vlg., *in condensis*.

del pecado. Sigue: **Instituid un día solemne con grandes concentraciones hasta el cuerno del altar**. Esto se dice ya a los bendecidos, los cuales podían celebrar solemnemente días de fiesta. Dice: **Instituid –**es decir, guardad todos juntos– **un día solemne**, santificado por el honor del Señor y la aclamación de los santos. **Con grandes concentraciones**, es decir, con procesiones numerosas, apretadas por la muchedumbre del pueblo y muy concurridas, a causa del fervor de la fiesta. Pero, mediante las palabras siguientes: **Hasta el cuerno del altar**, tal vez se quiera reconvenir la fea costumbre de no pocos fieles, que [**397**], una vez escuchada la lectura del Evangelio, dan por concluida su presencia en la asamblea litúrgica. No acceden, en efecto, *hasta el cuerno del altar* aquéllos que no se llenan de la gracia de la comunión. Esto lo entendemos de manera adecuada –tal es mi parecer– de este altar visible, que en la celebración habitual nos da en abundancia el cuerpo y la sangre del Señor. Pero aquel otro altar está ante la presencia del Señor, adonde, purificados ya en el espíritu, se nos manda acceder, a través de la santa contemplación, a fin de que, en esta activa solemnidad, podamos contemplarlo permanentemente, como ya en el salmo cuarenta y dos quedó expuesto: *Y entraré al altar de Dios, a Dios que alegra mi juventud* (Sal 42,5). Por su parte, la palabra **cuerno** significa el *poder*, poder que manifiestamente posee la santidad del altar.

Verso 28.– **Tú eres mi Dios, y yo te confesaré. Tú eres mi Dios, y yo te exaltaré** [*Deus meus es tu, et confitebor tibi; Deus meus es tu, et exaltabo te*]. ¡Cuán felizmente se repite esta verdad, propia de la profesión de fe, en modo de decir que es nuestro Señor Aquél que, con espíritu puro, no dejamos de adorar!. En la primera parte de versículo, dice: **Yo te confesaré**, hecho éste que pertenece a la acción de gracias. En la segunda, añade: **Yo te exaltaré**, porque, mediante las predicaciones de los bienaventurados, Cristo el Señor es exaltado en medio de todas las gentes. Cristo el Señor, que devuelve bien por mal y que, aun pudiendo aniquilar a sus enemigos, espera pacientemente y concede a cuantos se convierten las mismas cosas que, por gratuita misericordia, prometió a sus santos.

Verso 29.– **Te confesaré, Señor, porque me has escuchado, y tes has hecho para mí en salvación** [*Confitebor tibi, Domini, quoniam exaudisti me, et factus es mihi in salutem*]. Puesto que este verso viene aquí repetido, valga la explicación dada de él anteriormente, en la tercera parte de este salmo. Pero, señalamos esto brevemente, a fin de que podamos entender que esta amplísima alabanza ha sido derramada, después de los beneficios recibidos, como también nos lo previno ya el título del *Aleluya*.

Verso 30.– **Confesad al Señor porque es bueno, porque por el siglo es su misericordia** [*Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia eius*]. Aparece aquí, de nuevo, el mismo verso de apertura del presente salmo, y ello, para significar lo siguiente: que así como tuvo su comienzo en Cristo, así su fin concuerde también con Él. En efecto, Él mismo dice en el libro del Apocalipsis: *Yo soy el Alfa y la Omega* (Apc 1,8). Por consiguiente, con razón, la *confesión* ha sido puesta en el comienzo y repetida igualmente al final, porque conviene que la llevemos con nosotros, a lo largo de toda nuestra vida, y que terminemos en su misma delectación.

Conclusión del salmo

Traigamos a la memoria que no en vano este salmo ha sido entretejido –por así decirlo– como con ciertos fúlgidos colores. En efecto, se hallan –en su comienzo– cuatro versos terminados de la misma manera. Nuevamente, con elegante reiteración, se repite, al final, el verso primero del

salmo; y, en el penúltimo versículo, aparece otra vez repetido el versículo veintiuno. Y todo ello, a fin de que el entero salmo refulgiera, cual si de aquella vestidura pontificia se tratara: vestidura, tejida toda ella como con ciertos hilos de oro y de vermiculada hermosura. En efecto, así como aquella vestidura portaba campanillas en las orlas, estos versos retintinean, al final, lo mismo que resonaban, al principio. Así, cuando el pontífice entraba en el *Santa Sanctorum*, llevaba esta vestidura, a fin de que, en modo alguno, pasase desapercibida la llegada del sacerdote –digno como era de toda reverencia–, aun cuando, durante su solemne entrada, no llegase a pronunciar palabra alguna[33]. Este salmo fue compuesto así –o sea, con tan hermosa diversidad–, a fin de que, a través de determinados hermosísimos detalles, pudiéramos saborear las alabanzas de la santa encarnación. Que nos cubra, oh piadoso Rey, esta vestidura de tu palabra y, con tu ayuda, estas obras nuestras hagan resonar[34] lo que tus preceptos han ordenado. Pero recordemos que este salmo es el quinto de los que, con narración admirable, han hablado de la primera venida del Señor. Cinco salmos que, tal vez, se podrían comparar con aquellos cinco panes, por cuyo medio las riquezas del cielo saciaron el hambre de los pueblos, que aguardaban, estando fija su mirada [Mt 13,17; Mc 6,38].

SALMO CIENTO DIECIOCHO

Aleluya.
[*Alleluia*].

A este salmo festivo y colmado de la virtud de las realidades divinas le precede también el deseable *Aleluya*, para que, por la dignidad del título, se pueda conocer el mérito del cántico divino. Es altísimo, en efecto, por la profundidad de los sentidos y está como entretejido por la repetición de palabras similares, ora proclamando lo que ha recibido, ora esperando nuevamente lo que ha merecido. Se observa que su curso –a la manera de los nobles ríos– baja en descenso apacible, aun cuando bien se sepa que su profundidad es extremadamente grande. Es éste un salmo, sin embargo, que –con la ayuda de Dios– conviene recorrerlo, conforme a nuestro habitual modo de proceder, de manera que los que, hasta aquí, hemos sabido moderarnos, no nos veamos arrollados por una subitánea inundación. Ha sido también adornado con la lista de los caracteres hebreos, a fin de que –siguiendo su orden– los pueblos incultos y bien dispuestos a aprender, pudieran ser instruidos en la escuela de Cristo, de manera que al versículo al que la primera letra cayera en suerte, esa misma letra quedase afijada también a los siete versículos sucesivos, indicando así, tal vez, aquel misterio en la circuncisión del corazón. De este modo, el presente salmo, leído en su propia lengua, se ve que está todo él distribuido en veintidós grupos –según son las letras del alfabeto hebreo– de ocho versos cada uno, cuya primera letra es, en cada grupo, siempre la misma[1]. Por nuestra parte, decimos que esto está dispuesto así, en razón de la división del salmo y para poder indicar el número perfecto de los justos. Mediante estas letras, se aprende efectivamente la sabiduría hebrea y se contiene el número secreto de los libros divinos. Sabemos, en efecto –según testimonio del bienaventurado Jerónimo– que estas letras poseen significaciones propias, hecho éste que ahora

[33]TL., in textu: *tacitus vocalis* [*mss. A.,B.,* tacitus vocabulis].

[34]TL., in textu: *hoc resonent te praestante actus* [*mss. A.,B.,* hac remanente praesentiant actus].

[1]Me he permitido aquí cierta libertad en la traducción, debido a que el texto latino resultaba un tanto enredoso. Dicho texto dice así: *Sic iste psalmus in sua lingua per singulas litteras octonis versibus gregatim decurriens, sibi undique collatus partium aequalite finitus est.*

parece superfluo repetir, al haber sido ya recogido por el trabajo de otro autor[2]. Pero refiere Flavio Josefo que este salmo, el salmo ciento cuarenta y cuatro y el cántico del Deuteronomio están compuestos en metro elegíaco[3].

División del salmo

Decimos, pues, que a este salmo, de finalidad didáctica, el número[4] de las letras hebreas le ha sido de gran utilidad, pues le facilita la posibilidad de establecer divisiones visiblemente claras. Al asignarse, en efecto, a cada una de las letras del alfabeto hebreo –como más arriba se ha dicho– un grupo siempre igual de ochos versos, comenzando todos ellos por la misma letra, viene a resultar que la totalidad del canto queda representada con hermosísima paridad. Nada se halla confundido en él, por mezcolanza alguna, sino que todo asunto nuevo viene explicado, según van cambiándose las letras. Y así, a lo largo de todo el salmo, habla el coro universal de los santos: santos, que fueron desde el comienzo del mundo; los que ahora son, y los que después serán. Entre ellos se encuentran los apóstoles, los profetas, los mártires, los confesores, las órdenes eclesiásticas, y todos los que, con santa dedicación, sirven al Señor: *Linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido* (1Pe 2,9), linaje que ha de ser reunido, desde el origen del género humano hasta el final de los tiempos. Ahora bien, aunque la multitud de todos ellos sea incontable, a uno solo, sin embargo, le viene dado el encargo de hablar, de manera que se pueda reconocer la virtud de la unidad en una Iglesia que vive de común acuerdo[5]. Veamos ahora qué frutos espirituales nacen en este celestial paraíso.

[**398**] *Exposición del salmo*

1. ÁLEF[6].

Verso 1.– **Dichosos los que están sin mancha en el camino, los que caminan en la ley del Señor** [*Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini*]. Siendo arrebatados los deseos de todos por el fuego de este nombre y no pudiéndose encontrar a nadie no deseoso de alcanzar los premios de la felicidad, fue conveniente que los santos varones, mediante promesas loables, mostraran el recorrido, a fin de que –por ser desconocido el camino– la mente desordenada de los mortales no anduviese errante, pues se consideran también **dichosos** aquéllos que son engañados por las apetencias del mundo. Sin embargo, con objeto de que nada semejante a esto se tuviese por digno de ser elegido, he aquí a quienes nombra en primer lugar: **Los que están sin mancha**, en número plural, de manera que tal cosa se entendiese como referida a los fieles, no a Cristo. En

[2]Tal como quedó anunciado en el salmo 9, siguiendo las explicaciones de S. Jerónimo (PL 22,443) y de S. Ambrosio (PL 15,1262-1603), se irá dando cuenta, en el presente salmo, del significado de cada una de las letras del alefato. Sobre este asunto debe leerse el excelente trabajo de ROSA M.ª HERRERA GARCÍA, *Descripción del alfabeto hebreo a partir del* Liber interpretationis hebraicorum nominum de san Jerónimo. Helmantica: Revista de filología clásica y hebrea, Tomo 49, Nº 148-149, 1998, págs. 11-29.

[3]No he podido dar con la cita de Flavio Josefo.

[4]TL., in textu: *ad suum numerum* [*ed.,* sui numeri].

[5]TL., in textu: *concordi* [*mss. A.,B.,F.,* concordatim].

[6] א]. Esta letra significa *doctrina:* S. Jerónimo: Aleph *interpretatur* doctrina. S. Ambrosio: *Prima littera* Aleph *dicitur, cuius interpretatio* doctrina *est.*

efecto, sólo es –por naturaleza– *inmaculado* Aquél que no conoció el pecado. Pero los santos llegan a ser *inmaculados*, cuando alcanzan los dones de la indulgencia, como en el salmo cincuenta dice el profeta: *Me lavarás y blanquearé más que la nieve* (Sal 50,8). Sigue: **En el camino**, es decir, en el mismo Señor Salvador, que dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). En efecto, es propio de los justos caminar allí, no con los pies corporales, sino con los pasos de las buenas obras. Y, para que entiendas que no se ha referido a aquel camino, en el que uno se pudiera equivocar, añadió: **Los que caminan en la ley del Señor**, esto es, los que o no pecan, o los que, por la gracia celestial, miran por sí mismos, dignamente arrepentidos. Y no carece de importancia el hecho de que se precise: **En la ley del Señor**. En efecto, existe también una *ley del pecado*, como dice el Apóstol: *Veo también otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi espíritu, y que me conduce cautivo a la ley del pecado* (Rom 7,23). Y por ello la adición: **Del Señor**: para distinguirla de la ley del pecado.

Verso 2.– **Dichosos los que escudriñan sus testimonios; los que lo buscan de todo corazón** [*Beati qui scrutantur testimonia eius, in toto corde exquirunt eum*]. Esta sentencia hace referencia todavía a lo dicho anteriormente. En efecto, aunque sean *dichosos los inmaculados que andan en el camino* –es decir, en el mismo Señor– y con espíritu devoto *caminan en la ley del Señor*, a tales virtudes ha añadido, no obstante: **Los que escudriñan sus testimonios**. Y en qué consista tal *escudriñamiento*, a continuación lo dice: **Los que con todo su corazón** prefirieron **buscar** al Señor. En efecto, los tergiversadores herejes escudriñan igualmente sus **testimonios**[7], pero no buscan al Señor de todo corazón, porque, sirviéndose de humanas astucias, se afanan por hallar nuevas y engañosas interpretaciones. En efecto, con razón, se dice que no ha puesto todo su corazón en las santas Escrituras el que, con error punible, se pasa al terreno de la falsedad. De ahí que el santo Primasio de Adrumeto, obispo elocuente, escribiera un libro intitulado *Qué hace lo herético*[8]. Tampoco parece que pusieron todo su corazón en los testimonios del Señor los que, dejada a un lado la puesta en práctica de sus mandamientos, ambicionan los gozos mundanos. Pero fíjate en el orden de la santa y verdadera doctrina. Primero dice: *Dichosos los que caminan en la ley del Señor*; y después: *Los que escudriñan* los *testimonios* de las sagradas letras, porque no es digno de indagar tales testimonios, sino aquél que conduce su vida con obras merecedoras de alabanza. Ambas sentencias quedan dentro de la tercera especie de definición, que los griegos llaman *paeotes*, y los latinos, *qualitativa*. En efecto, a la pregunta de quién es un hombre dichoso, la cualidad de sus actos es la respuesta.

Verso 3.– **Pues los que obran la iniquidad no han caminado en sus caminos** [*Non enim qui operantur iniquitatem, in viis eius ambulaverunt*]. Siendo verdaderas las palabras del apóstol Juan: *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros* (1Jn 1,8), tampoco los santos –que conocemos que han pecado– *caminan en la ley del Señor*. Pero esta cuestión queda resuelta por la voz de la misma Verdad. Están, en efecto, los deseos

[7]Por *testimonios* entiéndase aquí las sagradas Escrituras.

[8]PRIMASIUS ADRUMETANUS EPISCOPUS (PL, 68, 550-550). Siglo VI. Fue obispo de Hadrumetum y primado de Byzacena, una provincia romana situada en Túnez, África, y uno de los participantes en la Controversia de los Tres Capítulos. *Quid haereticum facit*. Literamente: *Qué hace lo herético*. O bien, más libremente*: En qué consiste lo herético*; *Cuál es la noción de herejía*. En definitiva, qué provoca que un cristiano pase de la ortodoxia a la herejía, qué ha sucedido para que se convierta en hereje. Sin embargo, la obra citada por Casiodoro no la he podido localizar.

ilícitos, que nos asaltan por imperativo del pecado original, pero que en los que no nos detenemos con asentimiento de espíritu. El espíritu, que es dichoso, no camina en estos deseos, a los que, por favor del Señor, la bondad del corazón logra vencer. Por ejemplo: codiciar de pronto algo que es hermoso, desear ansiosamente la comida, ser provocado por los buenos olores, ser arrastrado de manera súbita por alguna incitación y otras cosas por el estilo, que, por la santa oración y la señal de la cruz, terminan siendo destruidas. Resulta así que, debido a la sugestión de la carne, también los santos comenten pecados. Sin embargo, puesto que, en ellos, en modo alguno disminuye la virtud, viene a considerarse que dichos deseos no obran verdaderamente. Los testimonios del apóstol Pablo son, en efecto, pruebas evidentes de todo esto. En efecto, el apóstol **caminó en los caminos** del Señor, cuando decía: *He combatido un buen combate, he corrido hasta el final, he conservado la fe* (2Tim 4,7), y todo lo demás. Pero no cometía pecado voluntario, cuando clamaba: *Pues no hago el bien que quiero, sino que obra el mal que no quiero* (Rom 7,19). Sigue su reflexión, que disipa toda sombra de duda. Dice: *Pero, si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí* (Rom 7,20). Ves que sólo son acusados los que, con impía delectación, consienten en las obras pecaminosas. Por lo cual, con razón dice el salmo que **no caminaron en los caminos** del Señor, **los que obran la iniquidad**. La *obra de la iniquidad* es, verdaderamente, el asentimiento de los malvados, asentimiento que, sin embargo, por don del Señor, es alejado de los corazones de los santos. En efecto, tal es la exhortación del mismo Apóstol: *No reine, por tanto, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus deseos, ni presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad para el pecado* (Rom 6,12). Y Salomón: *No vayas tras las concupiscencias de tu corazón* (Sir 6,12). Por tanto, prohibió la obediencia al pecado, no las sugestiones que la carne, por sus propias fuerzas, en modo alguno puede evitar. Pero detengámonos a considerar por qué habla aquí de **caminos**, en número plural, habiendo dicho anteriormente: *Dichosos los inmaculados en el camino*, en singular. El número singular –en el camino– significa al Señor Salvador, que es el *camino* seguro, que conduce al Padre, como Él mismo dice: *Nadie va al Padre, sino por mí* (Jn 14,6). En cambio, el plural –**en sus caminos**– está indicando a los profetas, a los apóstoles o a cualesquiera otros santos, que enseñaron al pueblo con doctrina verdadera.

Verso 4.– **Tú ordenaste que tus mandatos fueran guardados en extremo** [*Tu mandasti mandata tua custodiri nimis*]. Había dicho que era dichoso aquél a quien tales cosas favorecían, es decir: *Estar sin mancha*, *caminar en la ley del Señor*, *escudriñar sus testimonios* y *buscar al Señor de todo corazón*, que en eso consiste el más perfecto modo de vida. Y, para que éstas tan grandes cosas no hayan de ser descuidadas, sigue el precepto –digno de toda reverencia– dado por el Señor, es decir: *Que sus mandatos sean guardados* no sólo con cuidado, sino también **en extremo**. En efecto, *en extremo* quiere decir aquello que no admite duda alguna, algo que siempre permanece firme, atento al asunto de que se trata. De aquí el dicho popular conocido en el mundo entero: *Ne quid nimis*, o sea, nada en extremo[9]. He aquí que la Verdad nos ordena lo *extremo*. He aquí que el Moderador de todas las cosas prescribe una cosa, que debe hacerse sin mengua alguna. Pues eso significa *en extremo*, lo mucho, lo infinito, como en otro salmo se dice: *Profundos en extremo se han hecho tus pensamientos* (Sal 91,5). Y en otro lugar: *En extremo eres exaltado sobre todos los dioses* (Sal 96,9). O bien se nos ordena **guardar en extremo los mandatos** *del Señor*, en cuanto

[9]Locución latina, que puede traducirse por *nada en exceso* o *nada excesivo*, aconsejando moderación, mantenerse en el justo medio.

que considera que debemos preferirlos [**399**] por encima incluso de nuestra misma salud corporal. Por lo cual, es milicia divina exceder las fuerzas de nuestras propias posibilidades, porque todo extremo conviene allí, en cuanto que también nosotros pedimos que nos sea concedido algo que es infinito. Se ha de indagar también el diferente sentido de estas expresiones, a fin de que nadie crea que se trata de cosas confusas. Ha hablado, en el primer verso, de la *ley del Señor*. Pero –como dice el Apóstol– la ley del Señor es la *sombra de las cosas futuras* (Col 2,17), que no conviene[10] guardar a la letra, sino en el orden espiritual. Como, por ejemplo, la ley sobre los sacrificios, la observancia de la luna nueva, el rito de la circuncisión y otras cosas por el estilo, que cierto es que eran, más bien, figura que no manifestación externa de la verdad. En el segundo verso, aparece el término *testimonios*. Testimonio es el sentido evidente y fijado de antemano, que posee una cosa determinada, de manera que, advertidos por lo que en ella se significa, hace que no podamos olvidar ciertos hechos, vinculados al pasado, como en el libro del Génesis dice Jacob: *Testimonio será para vosotros*[11] *esta colina*, y, *testimonio será esta piedra* (Gén 31,52). Escrito está también en el libro de Josué: *Llevad doce piedras de en medio del Jordán, para éstas estén en testimonio para vuestros hijos* (Jos 4,5-6). Del mismo modo, los preceptos divinos son *testimonios* para nosotros, porque nos recuerdan que no debemos pecar, como dice el apóstol Pablo: *Yo doy testimonio ante Dios, y de Jesucristo y de los ángeles escogidos, para que guardes estas cosas* (1Tim 5,21). En el presente verso, ha puesto la palabra *mandatos*, que no son sombra de las cosas futuras –como la ley–, sino que tienen el efecto actual de una obra palpable, cosa que el Señor manifiesta en modo perfecto, diciendo: *Amarás al Señor con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas* (Mt 22,37), etc. En efecto, esto se dice así a uno solo, a fin de que todos lo guarden también, a lo largo de todos los tiempos. Por lo cual, guardar la ley, los testimonios o los mandatos del Señor es el modo seguro de llegar a los premios de la felicidad. Estas palabras, junto con explicaciones dadas, han de ser grabadas en la mente, pues, en los versos que siguen ahora, las hallamos empleadas con bastante frecuencia.

Verso 5.– **¡Ojalá sean enderezados**[12] **mis caminos para guardar tus justificaciones!** [*Utinam dirigantur viae meae ad custodiendas iustificationes tuas!*]. Al haber descrito claramente, más arriba, la vida del hombre bienaventurado, también ahora el pueblo fiel ha pedido para sí, mediante votos intercesores, la abundancia de los bienes. **¡Ojalá!**, es siempre exclamación propia del que desea, en modo de merecer alcanzar de la generosidad de la misericordia divina lo que no podemos obtener por nuestras propias fuerzas. Cuando dice: **Sean enderezados**, muestra que éstos –por cuanto a la debilidad humana se refiere– son caminos tortuosos. **Mis caminos** son las obras, que realizamos a lo largo de esta vida. Añade: **Para guardar tus justificaciones**. Manifiesta ya aquí aquello que anteriormente ha deseado. En efecto, nadie podría *guardar las justificaciones* del Señor, si el Señor no enderezase sus caminos. Pero detengámonos a considerar qué signifiquen estas **justificaciones**. Las justificaciones del Señor, a los ojos del pueblo de los tiempos antiguos, fueron muchas y variadas. Sean suficientes los siguientes ejemplos: que el criado hebreo sirva sólo durante seis años; que el hijo sea instruido por el afecto y la disciplina del padre; que, con sumo temor y amor, sea dado culto a Dios; que el sacerdote sea objeto de honor; el amor al prójimo como a uno mismo, y otras cosas semejantes, que la sagrada Escritura ordena. Éstas, por tanto, no pueden

[10]TL., in textu: *decet* [*mss. A.,B.,* docet].

[11]TL., in textu: *vobis* [*ed.,* nobis].

[12]Hebr., יִכֹּנוּ [*sean afirmados*]. Los LXX: κατευθυνθείησαν [*fueran rectos*].

ser guardadas, si no son concedidas por la misericordia del Señor.

Verso 6.– **No seré entonces confundido, cuando contemplo todos tus mandatos** [*Tunc non confundar, dum respicio*[13] *in omnia mandata tua*]. Explica cómo pueden guardarse siempre las justificaciones del Señor, esto es: cuando **se contemplan todos** sus **mandatos**. Ahora bien, al decir: **Todos** recuerda que en nada se ha de pecar, porque está escrito: *Si alguien no cumpliere lo más pequeño de la ley, se hace reo de toda la ley* [Sant 2,10-11]. Pero *contemplar todos los mandatos* es tener continuamente ante los ojos aquello que éstos ordenan, de manera que, si algo se hace que estuviera torcido, sea corregido inmediatamente con saludable enmienda. De lo contrario, el que *no contempla* los mandatos, de ningún modo sabrá en qué se equivoca. Es también del apóstol Santiago la siguiente comparación: *Si alguien es oyente de la Palabra, pero no cumplidor, será comparado a un hombre que contempla el rostro de su nacimiento en un espejo. En efecto, contempló, se fue y, al instante, se olvidó de cómo había sido. Por el contrario, el que hubiese puesto toda su atención en la ley perfecta y permanecido en ella, no se habría hecho oyente que se olvida, sino cumplidor de la obra, éste será feliz en lo que hace* (Sant 1,23-25). Así, pues, son alabados aquéllos, de cuya mirada no se alejan los mandatos del Señor.

Verso 7.– **Te confesaré, Señor, en rectitud de corazón, porque he aprendido los juicios de tu justicia** [*Confitebor tibi, Domine, in directione cordis, in eo quod didici iudicia iustitiae tuae*]. **Confesaré** significa aquí la alabanza, que el pueblo bienaventurado conviene que proclame. La **rectitud de corazón** es la regla santa de la fe católica, porque la retorcida astucia de los herejes no puede *confesar* al Señor. La expresión: **Porque he aprendido** hace referencia a la enseñanza recibida de los Padres, pero no hallada –como algunos hacen– para deseo de perversidad. Mas son **juicios de la justicia** de Dios, porque el Señor se digna librar a sus siervos, hostigados por la persecución del diablo.

Verso 8.– **Guardaré tus justificaciones; no me abandones para siempre** [*Iustificationes tuas custodiam; non me derelinquas usquequae*]. Ha llevado a término la bella construcción de la felicidad propuesta. Pide, pues, del Señor que, admitidas las justificaciones, se digne guardar, mediante su favor, a su pueblo devoto. En efecto, qué signifiquen las justificaciones ya lo hemos referido en el versículo quinto de este salmo. Y, puesto que conocía que las tentaciones del diablo andan rondando por todas partes, como está escrito: *Vuestro enemigo, como un león, anda dando vueltas por todas partes, buscando a quién devorar* (1Pe 5,8), ruega ser guardado, de todos lados y por todas partes, de manera que la crueldad del enemigo no pueda encontrar lugar por donde hacer daño. Veamos ahora el contenido de la segunda letra.

[13]TL., *cum respicio in omnia mandata tua*; Vlg., *cum perspexero in omnibus mandatis tuis.*

2. BET[14].

Verso 9.– **¿En qué corrige el más joven su camino?**[15] **Guardando tus palabras** [*In quo corrigit iuvenior*[16] *suam viam? In custodiendo sermones tuos*]. En la primera letra, el pueblo fiel señaló las partes de la felicidad, en las que suplicó ser guardado. Ahora, en la segunda letra, el mismo pueblo manifiesta el tiempo de la conversión, expresando también con palabras del Señor de qué placeres disfruta. Por lo cual, haciendo uso de la figura retórica llamada *erotesis*, pregunta: **¿En qué corrige el más joven su camino?**. La edad elegida es propia del Nuevo Testamento, no del Antiguo, cuando somos cambiados del hombre viejo a la edad robusta. En efecto, se dice que alguien es **más joven**, cuando se le compara con los que son viejos, porque el grado comparativo obtiene, con frecuencia, la naturaleza del grado positivo. Pero en qué modo *corrigiera su camino* éste *más joven*, con las siguientes palabras lo explica, pues dice: **Guardando tus palabras**. Ciertamente, cuando el pueblo cristiano recibió la enseñanza evangélica. En efecto, en este tiempo el hombre **fue corregido**, cuando, una vez condenada la vieja maldad, llegó a los dones de la recta fe. Ahora bien, **guarda las palabras** del Señor aquél que no las retiene sólo en la memoria, sino que las pone en práctica, por medio de las obras buenas.

Verso 10.– **Con todo mi corazón te he buscado; no me rechaces de tus mandatos** [*In toto corde meo exquisivi te; ne repellas me a mandatis tuis*]. También esto es favor del Señor [**400**], en cuanto que afirma que lo **ha buscado de todo corazón**. En efecto, no buscaría, si él no hubiese sido buscado, como se lee en Ezequiel: *Buscaré lo que estaba perdido y volveré a llamar lo que se había descarriado* (Ez 34,16). Ciertamente, pues en todo bien la gracia del Señor nos toma la delantera y, a fin de que le roguemos, Él se digna infundir en nosotros el deseo de rogarle. Sigue: **No me rechaces de tus mandatos**. No me rechaces, como a algo indigno de tus beneficios, de manera que a quien hiciste que te suplicara de todo corazón, también Tú te dignes escucharlo. En efecto, **rechaza de** sus **mandatos** a los que le ruegan artificiosamente, como en otro salmo se dice: *Al varón sanguinario y fraudulento abominará el Señor* (Sal 5,7). También dice Salomón: *Pues el Espíritu rehuirá el engaño de la enseñanza, y se sustraerá de los pensamientos que carecen de inteligencia* (Sab 1,5). Ruega, pues, no ser rechazado de la inteligencia de la ley divina, como alguien indigno, a fin de que reconozcamos que son merecedores de tal inteligencia sólo aquéllos que suplican de todo corazón.

Verso 11.– **En mi corazón he ocultado tus palabras, para no pecar contra ti** [*In corde meo abscondi eloquia tua, ut non peccem tibi*]. Comoquiera que leamos que las obras del Señor han de ser proclamadas, conforme a lo que dice el apóstol Pedro en los Hechos de los Apóstoles: *Pues no podemos dejar de anunciar lo que hemos visto y oído* (Hch 4,20), ¿cómo dice aquí que **las palabras** del Señor **están ocultas en su corazón, para no pecar**?. Las dos cosas, sin embargo, son verdaderas. En efecto, así como oportunamente conviene anunciarlas a los fieles, del mismo modo

---

[4 ב]. Significa *casa* o *confusión*. S. Jerónimo: Bett *domus*. S. Ambrosio: ...*litterae secundae, hoc est,* Beth *interpretatio consideranda est, quae in Latino conversa* confusio *declaratur*.

[15]Hebr., בַּמֶּה יְזַכֶּה־נַּעַר אֶת־אָרְחוֹ [*¿Cómo limpiará el mancebo su camino?*]. Los LXX traducen: ἐν τίνι κατορθώσει ὁ νεώτερος τὴν ὁδὸν αὐτοῦ [*¿En qué enderezará el joven su camino?*]. SÍMMACO se atiene mejor al hebreo: ἐν τίνι λαμπρυνεῖ νεώτερος τὴν ὁδὸν αὐτοῦ [*¿En qué limpiará un joven su camino?*].

[16]TL., *iuvenior*; Vlg., *adulescentior.*

conviene también ocultarlas a los no creyentes, como en el Evangelio está escrito: *No daréis lo santo a los perros, ni echaréis vuestras perlas delante de los puercos* (Mt 7,6). Dice también otro salmo: *Puse custodia a mi boca, cuando el pecador se opuso contra mí. Enmudecí y me humillé, y callé acerca de cosas buenas* (Sal 38,2-3), para que entendamos que es también una suerte de pecado predicar a los obstinados la palabra del Señor. De ahí las siguientes palabras del apóstol Pablo: *Al hereje, después de la primera y segunda amonestación, rehúyelo* (Tit 3,10).

Verso 12.– **Bendito eres, Señor; enséñame tus justificaciones** [*Benedic es, Domine; doce me iustificationes tuas*]. A fin de que nadie atribuyese la santa enseñanza a sus propias cualidades, se anticipa a decir: **Bendito eres, Señor**, esto es, bendito eres Tú, que das de balde, porque en el hombre no puedes encontrar nada que elegir. Ahora bien, la palabra **bendición** hay que entenderla aquí con el significado de alabanza del Señor. En efecto, cuando nosotros *bendecimos* al Señor, alabamos sus acciones y, cuando es Él el que *bendice*, se digna santificarnos a nosotros. Sigue diciendo: **Enséñame tus justificaciones**. Habiendo dicho antes: *En mi corazón he ocultado tus palabras*, dice ahora: *enséñame tus justificaciones*, como si anteriormente no hubiera aprendido nada. Pero a la santa congregación –hambrienta y sedienta de justicia– no le es suficiente haber aprendido los mandatos del Señor sólo de palabra, sino que pedía poderlos mostrar con los hechos, donde sabía que podía encontrar la plenitud de la gracia. Dice, pues: *Enséñame tus justificaciones*, es decir, concédeme conocer de dónde has solido justificar a tus elegidos.

Verso 13.– **Con mis labios proclamé todos los juicios de tu boca** [*In labiis meis pronuntiavi omnia iudicia oris tui*]. Aquel coro de los santos dice que **proclamó los juicios de la boca** del Señor, juicios que dio a conocer, por medio de sus profetas y apóstoles, cuando los narró **con sus labios** y los predicó al pueblo. La expresión: **Todos los juicios** significa las cosas que han sido dichas o escritas. Más allá de esto, es imposible proclamar en su totalidad aquello que supera las capacidades de cualquier entendimiento humano, como en otro salmo se dice: *Tus juicios, un abismo profundo* (Sal 35,6). Atestigua asimismo el Apóstol: *¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!.¡Cuán inescrutables son sus juicios e investigables sus caminos!* (Rom 11,33). Y Él mismo, cercana ya su pasión, dice a los apóstoles: *No os he dicho todas las cosas* [Jn 16,12]. Por lo cual, en sentido figurado, se dice el todo por la parte, cosa que en las divinas Escrituras sucede con mucha frecuencia.

Verso 14.– **En el camino de tus testimonios me he deleitado, como en todas las riquezas** [*In via testimoniorum tuorum delectatus sum, sicut in omnibus divitiis*]. **El camino de los testimonios** es Cristo el Señor, porque Él mismo es origen de las palabras, que conducen a Él: vía segura, camino que no cansa, esfuerzo lucrativo, donde todo el que llegare es halagado por el placer de riquezas inestimables. Pero se ha de considerar la expresión siguiente: **Como en todas las riquezas**. Por **riquezas** debemos entender aquí los bienes espirituales, de los que dice el Apóstol: *Pues en todas las cosas habéis sido ricos en Él, en toda palabra y en toda ciencia, como ha sido confirmado en vosotros el testimonio de Cristo* (1Cor 1,5-6). Por lo demás, la santa congregación no podía establecer comparación alguna entre los testimonios de Cristo y las riquezas del mundo, riquezas que había rechazado, como si de basura se tratara.

Verso 15.– **Me ejercitaré en tus mandatos, y consideraré tus caminos** [*In mandatis tuis exercebor, et considerabo vias tuas*]. Se ha conservado el orden de la enseñanza eclesiástica. En

efecto, lo primero fue ejercitarse en los mandatos divinos, es decir: poner frecuentemente en práctica aquellas cosas, que necesitan un esfuerzo continuo, y penetrar así en lo más profundo de su entendimiento. Ciertamente, pues nadie es merecedor de contemplar tan gran secreto, sino aquél al que le fuere dado aproximarse a los bienes celestiales, gracias a una vida llevada adelante con toda rectitud. Y nota que el ejercicio en las Escrituras divinas es entendido, por lo general, en sentido positivo.

Verso 16.– **En tus justificaciones meditaré, no olvidaré tus palabras** [*In tuis iustificationibus meditabor, non obliviscar sermones tuos*]. El *olvido* no nos viene por naturaleza, sino que proviene de la debilidad del pecado original. Es opuesto a él el remedio de la *meditación*, a fin de que el indeseable *olvido* no llegue a destruir el acervo de la memoria. Dice, por tanto, que **medita las justificaciones** del Señor, para no **olvidar** aquello que desea retener. Sabía, en efecto, por qué falta es oprimido el espíritu humano y, contra ello, encuentra auxilio allí donde el impetuoso *olvido* tuviera cerrada la entrada. Observa cómo las propias palabras vienen unidas, conforme a diferentes causas. En efecto, dijo en el verso anterior: *Me ejercitaré en tus mandatos*, expresión ésta que está necesitada de concreción, pues mandatos del Señor son: *No cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio* (Éx 20,14-16), etc. Ciertamente, todas cosas no son sólo para oírlas, sino para ponerlas en práctica, y ésta es la razón por la que entonces dijo: *Me ejercitaré*. Sin embargo, dice aquí: **En tus justificaciones meditaré**. Como anteriormente ya quedó dicho, *justificaciones* del Señor son, por ejemplo, que el servicio del criado hebreo no se prolongue más allá de seis años, significando con ello al pueblo bienaventurado, que sirve en este mundo, de manera que, en aquella resurrección, sea liberado de toda sumisión. Así, pues, dado que esto fue expresado en enigma, dijo: **Meditaré**, para que la frecuente repetición abriera más claramente el entendimiento de la realidad futura.

3. GUÍMEL[17].

Verso 17.– **Retribuye a tu siervo, viviré y guardaré tus palabras** [*Retribue servo tuo, vivam*[18] *et custodiam sermones tuos*]. Llega a la tercera letra, en la que confiesa la indigencia humana y exhorta a dar gracias al Señor por todas las cosas. Declara que son increpados los soberbios, que persiguen a los fieles del Señor, llevados de inicuos motivos. Dice: **Retribuye**, no des por pagados los méritos, sino da de nuevo, para que aquél, a quien has dado el afecto de la súplica, le concedas también el efecto de la petición. Las palabras que siguen ponen de manifiesto, finalmente, este sentido, cuando dice: **A tu siervo**. En efecto, no puede ser llamado *siervo* de Cristo, sino aquél que –no por sus propios méritos, sino por mérito de la gracia divina– considera haber realizado algo bueno. Ahora bien, **guardar las palabras** del Señor es propio de quien, en verdad, está vivo [**401**]. Por el contrario, con razón se dice que está muerto el que se muestra desobediente, como se lee en el Evangelio acerca de los infieles: *Deja que los muertos entierren a sus muertos* (Lc 9,60). En efecto, dar sepultura a los muertos es menester propio de los que están vivos; pero, puesto que aparecían como infieles, con razón, se les nombra como si estuvieran *muertos*. Pero presta atención a la santa confesión: Consideró así que **viviría**, si guardaba las

[7 ג]. Significa *retribución* o *plenitud*. S. Jerónimo: Gemel *plenitudo*. S. Ambrosio: *Tertia littera secundum Haebreos* Guimel, quae *Latine* retributio *dicitur.*

[18] TL., *vivam*; Vlg., *vivifica me*.

palabras del Señor. Ciertamente, porque aquél que las guarda, sin duda, se guarda a sí mismo, y no domina en él la muerte, que se abre paso en la devastación de los impíos.

Verso 18.– **Revela mi ojos, y consideraré las maravillas acerca de tu ley** [*Revela oculos meos, et considerabo mirabilia de lege tua*]. Se expresa en este verso la debilidad de la condición humana y el beneficio de la Majestad superna. **Revelar** significa quitar el velo. En efecto, la mirada interior es oscurecida por cierto cubrimiento propio de la ignorancia y, si este velo no hubiese sido descorrido por su misericordia, no habríamos podido considerar las santas Escrituras con la luz del corazón. Pide, por tanto, que le sea quitada la ceguera de la impericia, para que, iluminado por la gracia divina, pudiese **considerar las maravillas** del Señor. Pero qué sean estas maravillas él mismo lo muestra, diciendo: **Acerca de tu ley**. Anteriormente dijimos que la **ley**, que contenía el significado de la plenitud venidera, era como la sombra de las cosas futuras. En la fiesta de Pascua, era inmolado el cordero sin mancha, que significaba la muerte de Cristo el Señor. El sacerdote se cubría con una vestidura muy hermosa y brillante, para dar a conocer los signos del Pontífice futuro y Rey celestial. Estaban también las promesas del Señor, de suerte que el pueblo de Israel llegara a la tierra, que manaba leche y miel, hecho éste que, sin lugar a duda, hacía referencia a aquel tiempo futuro, donde se endulzan los abundantes gozos de la felicidad suma. Ruega, pues, aquel pueblo de los santos que, descorrido el velo del corazón, pudiese considerar estas cosas, que con el velo corrido no podía contemplar.

Verso 19.– **Peregrino soy yo ante ti en la tierra; no escondas de mí tus mandamientos** [*Incola ego sum apud te in terra*[19]*; non abscondas a me mandata tua*]. En esta tierra, los justos son **peregrinos**. Éstos no tienen morada en el mundo, pues, con el cuerpo, viven en la tierra; pero, por su vida de santidad, están establecidos en los cielos, como dice el Apóstol: *Pero nuestra morada está en los cielos* (Flp 3,20). Y, con razón, son llamados aquí *peregrinos* aquéllos que no sienten afecto alguno por una patria ajena, sino que habitan temporalmente la tierra de su propio cuerpo. No era, en efecto, *peregrino* aquel rico, que construía graneros, y había dedicado sus muchos años de vida a amontonar gran cantidad de cosas [Lc 12,13-21], sino que éstos son verdaderamente los *peregrinos*: los que ponen en el cielos su tesoro, de manera que su corazón aspire siempre a la patria futura. Pide, pues, el pueblo fiel ser conocedor de los mandatos del Señor, en cuanto que no se detiene en habitar[20] en tierra de Babilonia. En efecto, cada cual puede conocer el deseo de aquél a quien asimismo quiere servir. Ciertamente, pues hemos dicho que los **mandamientos** del Señor son: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma*, etc. (Dt 6,5). Pide que estas cosas **no le sean escondidas**, es decir, que no le sean sustraídos, que no le sean denegados tales mandatos, de donde tenía la certeza de que habría de venir la salvación de su alma. Ruega, pues, que en manera alguna le sean veladas aquellas cosas, que están ocultas a los pecadores, aun cuando hayan sido proclamadas para todos en general.

Verso 20.– **Mi alma ha codiciado desear**[21] **tus justificaciones, en todo tiempo** [*Concupivit anima mea desiderare iustificationes tuas, in omni tempore*]. El verbo **codiciar** admite

[19]TL., *ego sum apud te in terra*; Vlg., *ego sum in terra*.

[20]TL., in textu: *versari* [*ed.,* conversari].

[21]Hebr., גָּרְסָה נַפְשִׁי לְתַאֲבָה [*Quebrantada está mi alma de desear*]. Los LXX: ἐπεπόθησεν ἡ ψυχή μου τοῦ ἐπιθυμῆσαι [*Ha suspirado mi alma por suspirar*].

un significado tanto negativo como positivo. Negativo, por ejemplo: *No codiciarás la casa de tu prójimo* (Éx 20,17). Positivo: *Codiciar la sabiduría conduce al reino* (Sab 6,21). En este segundo sentido, hay que entender aquí la expresión: **Mi alma ha codiciado desear tus justificaciones**. Sin embargo, en uno y otro sentido, este verbo hace siempre referencia a un sentimiento muy violento y fuerte. En efecto, no languidece con facilidad aquello que está ligado a las raíces de la codicia. Así, con objeto de remarcar la fuerza misma de la frase, añade: **En todo tiempo**, dando a entender así que ninguna interrupción o tiempo pudieran oponerse a dicho deseo. Y es que también el infiel puede codiciar temporalmente un cosa buena, pero el pueblo santo asigna a los deseos perfectos esto que *en todo tiempo ha codiciado*. Por consiguiente, este **codiciar** es lo mismo que **desear**, pues no desea, sino aquél que codicia; y, al contrario, no codicia, sino aquél que desea. Por lo cual, la expresión repetida indica una determinación completa y total.

Verso 21.– **Increpaste a los soberbios; malditos los que se apartan de tus mandatos** [*Increpasti superbos; maledicti qui declinant a mandata tuis*]. Siendo innumerables los delitos de los hombres, afirma aquí que **son increpados los soberbios**. A éstos los aborrece siempre el Señor. Se trata, ciertamente, de la soberbia, por la que cayó el ángel; la soberbia, por la que Adán fue precipitado de la dignidad de su naturaleza. En efecto, así como la humildad es la paz de todas las virtudes, la soberbia es la madre de todos los vicios. De estos **soberbios** está escrito: *El Señor resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes* (Sant 4,6). Decimos, en efecto, **increpar**, como si se dijera estallar desde el silencio[22] y saltar a palabras mordientes, algo que, con frecuencia, vemos en las Escrituras divinas que hace Dios, cuando manifiesta a los soberbios el terror de su indignación. Sigue ahora una sentencia general y absoluta: **Malditos los que se apartan de** sus **mandatos**. En efecto, el hecho de que la fragilidad humana no cumpla los mandatos del Señor es, sin duda, un mal, pero un mal más leve. Abominable es, sin embargo, *apartarse* de donde se puede liberar el alma de las ataduras del pecado, y ello, a causa de la soberbia. Consta así que fue maldito aquel Adán, que **se apartó de los mandatos** del Señor [Gén 3,17]. Y también hoy son malditos aquéllos que se manchan con delito semejante. Cuáles sean estos *mandatos* ya ha quedado dicho anteriormente.

Verso 22.– **Aleja de mí el oprobio y el desprecio, porque he buscado tus testimonios** [*Aufer a me opprobrium et contemptum, quia testimonia tua exquisivi*]. He aquí que resonaron las palabras desde aquel coro de los santos y de los mártires que, sujetos[23] a penas diversas, eran merecedores de **oprobio y desprecio**, a los ojos de los soberbios e impíos. Ruegan ahora que, por la manifestación de la misericordia del Señor, sean alejados de la irrisión y de la vileza, como también en otro salmo se lee: *Porque muy llenos estamos de desprecio*[24]*, y muy llena está nuestra alma de los que abundan en el oprobio*[25]*, y desprecio para los soberbios* (Sal 122,4). Y, sin embargo, **buscaron los testimonios** divinos, para hacerlos manifiestos, pues así consta que está mandado: *Dichosos los que sufren persecución a causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,10). Pero hemos de considerar con más cuidado por qué piden aquí los mártires que les sea alejado el *oprobio*, que es precisamente el motivo por el que bien saben que, en virtud

[22]TL., *crepare de taciturnitate.*

[23]TL., *subiecti* [*ed.,* subacti].

[24]TL., *contemptione*; Vlg., *despectione.*

[25]TL., in textu: *abundantibus* [*ed., abundantium*]; Vlg., *abundantibus.*

del don del Señor, les viene la corona. Sin embargo, es ésta un oración en la que se pide por los perseguidores, de suerte que –una vez se hayan convertido al Señor y hayan abrazado también ellos la religión, que en otro tiempo consideraron merecedora de ser perseguida– queden los mártires finalmente liberados del *oprobio*. Sabemos que esto, con la ayuda del Señor, ha tenido lugar con mucha frecuencia.

Verso 23.– **Porque se sentaron los príncipes y hablaban contra mí; pero tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones** [*Etenim sederunt principes, et adversum me loquebantur, servus autem tuus exercebatur in tuis iustificationibus*[26]]. El coro de los mártires expresa que ha sido oído por los príncipes, los cuales –sentados [**402**], según acostumbran los jueces– deliberaban sobre la perdición de los inocentes. Y, para[27] infundir aún mayor terror, en la persona de dichos príncipes concurría, a la vez, el título de acusadores y de jueces. Pero, con razón, dice que él es **siervo** del Señor y que, en medio de los peligros de esta vida, meditaba acerca de su justificación. Meditaba, es decir, sobre qué habría de recibir en aquella otra vida aquél que temporalmente padecía en ésta cosas de tanta gravedad. **Se ejercitaba**, en efecto, para provecho suyo; no se atormentaba, a causa de la pena. Vencieron al mundo tales almas, que aliviaban el sentimiento de su dolor, mediante las consideraciones del premio eterno.

Verso 24.– **Pues es mi meditación tus testimonios, y tus justificaciones son mi consuelo**[28] [*Nam et testimonia tua meditatio mea est, et consolatio*[29] *mea iustificationes tuae sunt*]. Ha hallado consejo contra la asamblea de los que obran la maldad, de tal modo que la meditación de los **testimonios** del Señor pudiera bastar contra los más impíos furores. Ciertamente, la reflexión sobre estos testimonios mitiga toda clase de sufrimientos y no deja lugar al temor quien está permanentemente ocupado en las promesas del Señor, como dice el Apóstol: *No hay temor en la caridad, sino que el amor perfecto envía fuera el temor* (1Jn 4,18). Verdaderamente ha puesto de manifiesto que son su **consuelo** las **justificaciones**, que el Señor promete a sus mártires. En efecto, *son consolados* en la aflicción de las cosas presentes por la esperanza de los premios futuros.

4. DÁLET[30].

Verso 25.– **Mi alma se pegó al pavimento; vivifícame, según tu palabra** [*Adhaesit pavimento anima mea; vivifica me secundum verbum tuum*]. Llega la asamblea fiel a la cuarta letra, en la que dice que la necesidad corporal, ciertamente, lo oprime; pero que, por la sola piedad del Señor, ha de ser salvado, rogando que aparte de él los caminos de la iniquidad, pues él había elegido el camino de la verdad. Mediante muy bellas alusiones, viene expuesta aquí la condición humana. El **pavimento** es la superficie sólida de un suelo cualquiera, trabajada con extremada

---

[26]TL., *in tuis iustificationibus*; Vlg., *in iustificationibus tuis.*

[27]TL., in textu: *Et ut* [*ed., Et quod*].

[28]Hebr., גַּם־עֵדֹתֶיךָ שַׁעֲשָׁעָי אַנְשֵׁי עֲצָתִי [*También tus testimonios son mi delicia, los hombres de mi consejo*]. Los LXX: καὶ γὰρ τὰ μαρτύριά σου μελέτη μού ἐστιν καὶ αἱ συμβουλίαι μου τὰ δικαιώματά σου [*Y pues tus testimonios preocupación mía son y mis consejos, tus preceptos*].

[29]TL., *consolatio mea*; Vlg., *consilium meum.*

[30] ד]. S. Jerónimo: Deleth *tabularum*. S. Ambrosio: *Quarta littera secundum Hebraeos daleth significat latine* timorem.

finura. Con razón, se lo compara con nuestro cuerpo, porque también éste es suavizado con finura similar. Dice, por tanto, que su **alma se pegó** a su carne, algo que es indudablemente perverso. En efecto, si el *alma se pega* al cuerpo, favorece a los delitos; pero, si está separada por la voluntad, favorece a las virtudes. Justamente pedía, por ello, ser **vivificado, por medio de la palabra** –es decir, por Cristo el Señor–, porque sabía que, si era vivificado, conforme al consenso de la carne, ello mismo sería su perdición. Hemos de averiguar, ahora bien, por qué razón aquella asamblea bienaventurada, que anteriormente había dicho: *Pero tu siervo se ejercitaba en tus justificaciones*, confiesa ahora aquí que *su alma se ha pegado al pavimento*. Y tal es la razón: para que, en verdad, entendamos que, aunque los santos disfruten de la gracia del Señor y resplandezcan por gran variedad de virtudes, sin embargo, mientras están en esta carne mortal, viven en aquel estado del que suplican ser liberados, como el óptimo Maestro dice en el Evangelio: *Después de haber hecho todas estas cosas, decid: Siervos inútiles somos, hemos hecho lo que teníamos que hacer* (Lc 17,10). Y, en otro lugar, dice la Escritura: *El justo en el principio de la palabra, es acusador de sí mismo* (Prov 18,17).

Verso 26.– **Expuse mis caminos, y tú me escuchaste; enséñame tus justificaciones** [*Vias meas enuntiavi, et exaudisti me; doce me iustificationes tuas*]. Justamente, los que declararon *estar pegados al pavimento*, dieron a conocer consecuentemente sus **caminos** –es decir, sus propios pecados–, razón por la cual continúa diciendo: **Y tú me escuchaste**. Admirable recompensa, maravillosa reciprocidad: confesar a su Señor las propias obras malas y recibir de Él mismo los premios de la salvación. A la vista de tales bienes y para obtener el premio, ¿quién no se siente movido a confesar a Aquél, ante el cual no puedes negar nada de lo que has hecho?. Se ha examinar también lo siguiente: **Enséñame tus justificaciones**. Enséñame, no sólo para escucharlas, sino para ponerlas en práctica. En efecto, se manifiesta como experto conocedor de las cosas divinas aquél que muestra haber contraído deudas para consigo mismo. O, tal vez, pide entender aquellas *justificaciones*, que aparecían estar preceptuadas figuradamente.

Verso 27.– **Instrúyeme en el camino de tus justificaciones, y me ejercitaré en tus maravillas** [*Viam iustificationum tuarum instrue me, et exercebor in mirabilibus tuis*]. Con razón, la santa congregación, que había dado a conocer sus *caminos* –esto es, sus pecados–, buscaba comprender **el camino** de las justificaciones, porque, si no rechazamos aquellos caminos, no podemos llegar a éste. **Instrúyeme**, expresión que pertenece al intelecto, a fin de conocer –como varias veces se ha dicho– en razón de qué misterio el siervo hebreo era dejado en libertad, después de cumplidos seis años de servicio [Éx 21,2]; por qué el séptimo fruto de la tierra era dado al ganado y a los necesitados [Lev 25,4-7]; por qué, una vez transcurridos cincuenta años, ordenaba el Señor devolver toda propiedad a su anterior dueño [Lev 25,10-13], y cosas semejantes a éstas, que se muestran conformes con las justificaciones del Señor. En efecto, con razón, deseaba conocer estas cosas, que manifiestan contener los misterios de nuestra esperanza futura. Sigue: **Y me ejercitaré en tus maravillas**. Ciertamente, **se ejercitará** en el sentido y la prudencia singular aquél que traslada las palabras del Señor al sentido espiritual. Pero llama ahora **maravillas** a las mismas cosas que antes llamó *justificaciones*. En efecto, las cosas –una vez entendidas– ofrecen el milagro, cuando en el presente vienen dispuestas de tal modo que significan, a lo lejos, las cosas futuras.

Verso 28.– **Se adormeció mi alma por el hastío**[31]**; confírmame en tus palabras** [*Dormitavit anima mea prae taedio; confirma me in verbis tuis*]. Se nos da ahora a conocer que, tras aquella santa súplica, hubo aún de esperar, pues dice que su **alma se adormeció por el hastío**, cosa que suele suceder a los que se les obliga a esperar por espacio de largo tiempo, pero ello, a fin de que entendamos que, a través de la virtud de la paciencia, nos llega el auxilio divino. Así, pues, **el alma se adormece**, cuando empieza a flaquear su voluntad y se entrega –cansada– al ocio, como si quisiera dar a entender que ya no muestra interés por alcanzar aquello a lo que con tanta ansia tendía. Fíjate, no obstante, en que ha dicho: **Se adormeció**, no que *se durmió*. En efecto, dormirse es propio del que es olvidadizo e indolente; *adormecerse* lo es del que está cansado y del que espera. Emplea esta palabra también en otro salmo: *Si diere sueño a mis ojos y adormecimiento a mis párpados* (Sal 131,4). Y en otro lugar: *He aquí que no se adormecerá ni se dormirá el que custodia a Israel* (Sal 120,4). Pero, para alejar también del alma fatigada dicho decaimiento, sigue diciendo: **Confírmame en tus palabras**, de manera que, si todavía se ha de prolongar la espera, el alma permanezca fija e inmutable en las palabras del Señor. Sabemos, en efecto, que con tal remedio cualquier tardanza, cualquier cansancio, cualquier fatiga hallan consuelo, si meditamos con gran insistencia en la ley del Señor. Casiano, óptimo maestro de los siervos de Dios, a este adormecimiento del alma le da el nombre de *acedia* (*Lib. X Inst., cap. 4*[32]), estado del alma contra el cual exhorta a los monjes a que combatan afanosamente.

Verso 29.– **Apártame del camino de la iniquidad, y en tu ley apiádate de mí**[33] [*Viam iniquitatis amove a me, et in lege*[34] *tua miserere mei*]. Elevado a aquella contemplación de la verdad, pide lo que le era necesario en este tiempo presente: **Ser apartado del camino de la iniquidad**, es decir, de los ataques del diablo, y encontrar la deseada **misericordia en la ley** del Señor. En efecto, por medio de la ley, nadie será justificado, como dice el Apóstol: *Sabedores de que nadie será justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo* (Rom 3,20). Y también: *Pues, por la ley viene el conocimiento del pecado* (Rom 3,20). Por tanto, con razón, pide la *misericordia* allí donde no creía ser liberado, mediante los vínculos de la ley.

[**403**] Verso 30.– **He elegido el camino de la verdad; no he olvidado tus juicios** [*Viam veritatis elegi; iudicia tua non sum oblitus*]. Cristo el Señor es el **camino de la verdad**, como Él mismo dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). El coro santísimo decía que, entre las diversas supersticiones del mundo, a las que insensatamente servían los pueblos paganos, él **había elegido** el culto del Señor Salvador. En efecto, *elegir* no es sino leer uno de entre muchos. Pero veamos por qué dice que *él ha elegido*, siendo así que, en el Evangelio, está escrito: *No sois vosotros los que me habéis elegido, sino que soy yo el que os ha elegido a vosotros* (Jn 15,16). Con derecho, pues, decía estas cosas el pueblo bienaventurado, que ya había sido elegido, esto es: que también él había podido elegir, como en otro lugar se dice: *He elegido ser abyecto en la casa de Dios* (Sal 83,11). Con razón, por tanto, decía que aquél que se alegraba de tal elección **no se había**

[31]Hebr., דָּלְפָה נַפְשִׁי מִתּוּגָה [*goteó mi alma a causa de la ansiedad*]. Los LXX: ἔσταξεν ἡ ψυχή μου ἀπὸ ἀκηδίας [*goteó mi alma a causa de la acedia*].

[32]CASSIANUS, *De Coenobiorum institututis libri duodecim* (PL 49, 369A).

[33]Hebr., וְתוֹרָתְךָ חָנֵּנִי [*y de tu ley muéstrame el favor*]. Los LXX: καὶ τῷ νόμῳ σου ἐλέησόν με [*Y en tu ley apíadate de mí*].

[34]TL., *et in lege*; Vlg., *et lege.*

olvidado de los juicios del Señor.

Verso 31.– **Me he pegado a tus testimonios; Señor, no me quieras avergonzar** [*Adhaesi testimoniis tuis, Domine, noli me confundere*]. Aquél que antes había dicho que se había pegado al pavimento, dice ahora **que se ha pegado a los testimonios** del Señor, para mostrar que, por favor divino, ha recibido provecho para su vida. Pero, comoquiera que todo se mantiene, gracias a la protección divina, ruega no caer en desgracia respecto de los favores recibidos, a fin de no llegar a la confusión propia de la vergüenza. En efecto, la santa conciencia no se había calmado a resultas de una descuidada seguridad, sino que, más bien, había recibido –humilde– aquello que temía perder. En efecto, así es como podía ser avergonzada: en caso de que llegara a perder lo que tenía.

Verso 32.– **He corrido el camino de tus mandatos, al ensanchar tú mi corazón** [*Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatares*[35] *cor meum*] ¡De cuántas maneras se nombra este *camino*!. ¡Con qué diversa propiedad se habla de él!. En efecto, anteriormente dijo: *Expuse mis caminos*. Después: *Instrúyeme en el camino de tus justificaciones*. De nuevo: *Apártame del camino de la iniquidad*. Otra vez: *He elegido el camino de la verdad*. Finalmente: **He corrido el camino de tus mandatos**. Y todo ello para enseñarnos que, dicha palabra –*camino* – se emplea de muchos modos, ya sea con referencia tanto a una vida buena como a una vida mala. Guardando el orden de la verdad, dice que ha **corrido el camino de los mandatos**, porque el Señor ha ensanchado su corazón. Ciertamente, no habría podido caminar o correr, si su *corazón* no hubiese sido extendido **en la anchura** del conocimiento. En efecto, siendo así que leemos que el *camino de sus mandatos es angosto* [Mt 7,14], dicho camino no puede ser recorrido, a no ser que el corazón sea ensanchado. Y es que, al recibir el alma la luz de la verdad, se abre a muchas formas de conocimiento y, por las virtudes conocidas, se torna más ancha la que antes había estado angostada, a causa de los pecados. Y bien ha dicho: **He corrido**, para mostrar que, por favor del Señor, ha llegado prontamente a la rectitud de la fe. En efecto –como dice el Apóstol–, el justo *corre el camino, hasta que llega a alcanzar la palma de la convocación eterna* (Flp 3,14[36]).

5. HE[37].

Verso 33.– **Ponme como ley, Señor, el camino**[38] **de tus justificaciones, y la buscaré siempre** [*Legem pone mihi, Domine, viam iustificationum tuarum, et exquiram eam semper*]. Entra en la quinta letra el pueblo bienaventurado, pidiendo al Señor de muchos modos que, por favor suyo, sea guardado en su ley. Se ha de buscar exactamente en qué **ley** propia para él pide ser constituido este pueblo, que antes había dicho: *Y en tu ley apiádate de mí.* Aquello se había dicho acerca del Antiguo Testamento; pero ahora –es decir, con la venida de Cristo el Señor– pide ser establecido en una nueva ley, de manera que, una vez llevado a efecto[39] el hecho de la santa

[35]TL., *cum dilatares*; Vlg., *cum dilatasti.*

[36]No es cita literal.

[37] ה]. S. Jerónimo: He *ista*. S.Ambrosio: *Sequitur quinta littera* He*, quae significat Latine* est *vel, ut alibi invenimus,* vivo.

[38]Hebr., הוֹרֵנִי יְהוָה דֶּרֶךְ חֻקֶּיךָ [*Muéstrame, Señor, el camino de tus justificaciones*]. Los LXX: νομοθέτησόν με κύριε τὴν ὁδὸν τῶν δικαιωμάτων σου [*Ponme por ley, Señor, el camino de tus preceptos*].

[39]TL, in textu: *expleto* [*ms. G., et ed.,* expletus].

encarnación, sea afianzado por la fuerza perfecta de la fe cristiana, como está escrito: *De Sion saldrá la ley; y de Jerusalén, la palabra del Señor* (Is 2,3). Dice, finalmente, que él **la busca** sin descanso. En efecto, con ansia se *busca* siempre aquello, cuya pronta venida con grandes súplicas se pide.

Verso 34.– **Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley; y la guardaré con todo mi corazón** [*Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam; et custodiam illam in toto corde meo*]. Se ha de considerar qué signifique el hecho de pedir nuevamente algo que con anterioridad dijo haber recibido, esto es: *He corrido el camino de tus mandatos*. Ciertamente, pues los dones del Señor se han de pedir de manera incesante. En efecto, siempre se mantiene firme aquél que conserva las cosas dadas, y pedimos continuamente, con loable deseo, aquello que queremos que permanezca siempre en nosotros. Dice: **Dame entendimiento, escudriñaré tu ley**. En verdad, **escudriña esta ley** aquél a quien Dios le da **entendimiento**. Y, con objeto de hacer patente la constancia de tal piadosa conclusión, dice que, con el favor de la Divinidad, **la guarda con todo su corazón**, manifestando, por medio muchos y sutiles detalles, que todo bien lo recibe del Señor, que es quien lo guarda y el que, por su gracia, siempre lo hace crecer. Y observa con qué elegante orden van sucediéndose todas las cosas. Pide, primero, que le sea dada la ley, ciertamente, la ley del Nuevo Testamento, porque la del Antiguo ya la tenía. Pide, después, ser merecedor de conocer el espíritu de esa misma ley, a fin de guardarla con entero corazón.

Verso 35.– **Condúceme a la senda de tus mandatos, porque la he querido** [*Deduc me in semitam mandatorum tuorum, quia ipsam volui*]. Habiendo dicho en la cuarta letra que *ha corrido el camino de los mandatos*, de nuevo, pide ahora **ser conducido** a ese mismo camino. Pero debemos entender aquí los **mandatos** del Nuevo Testamento, a través de los cuales rogaba con insistencia ser conducido, en cuanto que los del Antiguo Testamento ya los había recorrido. Viene a resultar así que, por una parte, queda completada la deseada perfección de la fe y que, por la otra, la santa Escritura nada ha dicho que sea contrario a sí misma. En efecto, cuando dice: **Porque la he querido**, está pidiendo la gracia espiritual del Nuevo Testamento, por medio de la cual tenía la seguridad de llegar al reino de los cielos.

Verso 36.– **Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia** [*Inclina cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam*]. Diligentemente han de ser tratadas estas palabras. Pide **inclinar** su **corazón a los testimonios** del Señor, a donde se llega, siempre contando con la ayuda del Señor, no por la voracidad de la avaricia, sino por la laudable humildad. En efecto, en posición de **inclinados**, podemos ver mejor las cosas que se muestran ante nuestros ojos, pues los que están erguidos y –a causa de la vanidad– vueltos hacia arriba, de ningún modo pueden contemplar las cosas que tienen bajo sus ojos. Añade: **Y no a la avaricia**. Consciente aquella santa asamblea de que la *avaricia* es capaz de todos los vicios, pide que ésta sea alejada de ella, en modo de poder *inclinarse* saludablemente, de todo corazón, ante las santísimas Escrituras. En efecto, la *avaricia* es el deseo ardentísimo de las cosas temporales. Por ella, pecó el primer hombre y legó a la posteridad el atractivo de sus vicios. De ahí que el diablo acusara a Job, alegando que era bueno y amado del Señor, no por haberlo contemplado, sino a causa de las riquezas con las que Él lo había bendecido (Job 1,10). El relato que sigue refutó tal acusación, en cuanto que aquel santo varón, en todas las adversidades, supo dar gracias al Señor [Job,1,21-22; 2,10]. Pide, pues, el pueblo bienaventurado que aleje de su corazón esta *avaricia* y que sea conducido a los testimonios del Señor, movido

únicamente por el afecto de la bondad.

Verso 37.– **Aparta mis ojos, para que no vean la vanidad; vivifícame en tu camino** [*Averte oculos meos ne videant vanitatem; in via tua vivifica me*]. Muchos hombres prudentes de este tiempo se condujeron, moderados por la ley de la continencia, para agradar más al juicio [**404**] de los hombres que al de Dios. Pero éstos desperdiciaron su obra, esforzándose baldíamente, porque está escrito: *No realicéis vuestra justicia delante de los hombres* (Mt 6,1). De aquí que aquella multitud bienaventurada ruegue ahora al Señor que se digne hacer que **aparten los ojos** de su corazón de tal propósito, a fin de que no se dejen envolver, con perversa asiduidad, por los placeres mundanos, porque no cabe duda de que los ojos nos hacen pecar, cuando nos dejamos llevar por la codicia de las cosas que contemplamos. Suplica, pues, *ser alejado de esta* **vanidad**, porque bien sabía de dónde procede el mayor de los pecados. Señálense aquí los que se entregan a determinados espectáculos; los que se dejan arrastrar por el impúdico amor de las mujeres; los que, de manera bochornosa, ambicionan poseer los bienes de los demás. Pero a esta súplica se añade también aquella otra petición, esto es: que el Señor se digne **vivificarlo en su camino**, es decir, en Cristo el Señor, en el cual verdaderamente se es vivificado, ya que la muerte es vencida por su poder.

Verso 38.– **Establece tu palabra para tu siervo en tu temor**[40] [*Statue servo tuo eloquium tuum in timore tuo*]. Dice: **Establece**, es decir, haz que esté firme, grábala, consolídala y confírmala, para que la palabra santa, que debe permanecer siempre establemente en nuestros sentidos, no se deshaga en el olvido. Bien añade a este ruego las palabras **en el temor**, de forma que nuestra oración sea continua, a fin de no dejar escapar los dones recibidos y tener por aprendido que –más que el temor– es de mucha mayor gravedad la dulzura perecedera. Añade el adjetivo posesivo **tuyo**, que se diferencia, en gran manera, del *temor* humano. Éste, en efecto, del mismo modo que teme, ama; del mismo modo que busca, nunca deja de amar al que teme. Y, puesto que muchos reciben con negligencia las palabras del Señor y , como si de fábulas sin provecho se tratara, acaban por dejarlas de escuchar, con razón, ha añadido: **En tu temor**, donde ni es buscada la culpa ni se llega tampoco al peligro de la desidia.

Verso 39.– **Quítame el oprobio que me ha hecho desconfiar, porque tus juicios son placenteros**[41] [*Amputa opprobrium meum quod suspicatus sum, quia iudicia tua iucunda*]. En esta sentencia se expresa el mayor vicio de la humanidad. En efecto, muchos caen en el **oprobio, al desconfiar** qué otra forma tenga la verdad; qué culpa desea que le sea quitada. En efecto, en favor de muchas cosas malas, expresamos a menudo un testimonio positivo; y, al revés, llevados por la ignorancia, decimos cosas malas con referencia a cosas buenas. E inevitable es que incurra en vergüenza aquél que, desconociendo un determinado asunto, tiene el atrevimiento de dar fe acerca de él. Queda probado así que muchísimas veces la sospecha es incierta, cosa que no conviene al cristiano. Esta desconfianza, por tanto, conduce al oprobio, que nace del pecado. Y así, con razón, pedía que **le fuese quitado** aquello por lo cual podía ser hallado como reo. Confesó, primero, su

[40]Hebr., הָקֵם לְעַבְדְּךָ אִמְרָתֶךָ אֲשֶׁר לְיִרְאָתֶךָ [*Confirma a tu siervo tu palabra, que te teme*]. Los LXX: στῆσον τῷ δούλῳ σου τὸ λόγιόν σου εἰς τὸν φόβον σου [*Confirma a tu siervo tu palabra, para tu temor*].

[41]Hebr., כִּי מִשְׁפָּטֶיךָ טוֹבִים [*porque tus juicios son buenos*]. Los LXX: τὰ γὰρ κρίματά σου χρηστά [*porque tus juicios son útiles*].

debilidad; reconoce ahora alabar los **juicios** del Señor, cuya palabra es verdadera y firme es su sentencia. Por lo cual, el amante de la verdad decía, con razón, que el decreto del Señor le era **placentero**, pues, por él, tenía la certeza de poder encontrar el descanso y conseguir la corona, como dice el Apóstol: *He combatido un buen combate, he corrido hasta el final, he conservado la fe. Por lo demás, dispuesta está para mí la corona de la justicia* (2Tim 4,7).

Verso 40.– **He aquí que he codiciado tus mandatos; en tu equidad, vivifícame** [*Ecce concupivi mandata tua; in aequitate tua vivifica me*]. Ha pedido, más arriba, la congregación santa que le fuesen concedidos diversos beneficios; pero afirma, en este verso, haber conseguido la plenitud de las gracias, porque **había codiciado los mandatos** del Señor, mandatos que confieren la prudencia y la salud verdaderas. Pero, aun estando todavía vivo, pide **ser vivificado en la equidad** del Señor y ello, a fin de que entendamos que no hay vida completamente verdadera, sino la que Cristo el Señor se dignare dar. Ahora bien, la *equidad* del Padre es el Verbo hecho carne, a quien lo constituyó Juez sobre todas las cosas, de manera que el orbe entero de la tierra comparezca en su presencia, para ser juzgado, como dice el Apóstol: *El que por Dios fue hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención* (1Cor 1,30).

6. VAU[42].

Verso 41.– **Y venga sobre mí tu misericordia, Señor; tu salvación, según tu palabra** [*Et veniat super me misericordia tua, Domine; salutare tuum secundum eloquium tuum*]. Llega la congregación santa a la sexta letra, en la que pide se le conceda que, a la vista de recompensa tan grande, queden confundidos sus enemigos y, gracias a una asidua meditación, pueda avanzar en la ley del Señor. Ruega, por tanto, que **venga sobre** ella el Señor Salvador, que es la **misericordia** de los pecadores y la vida de los fieles. Y, para que entiendas que Él mismo es esta *misericordia*, añade: **Tu salvación**. Verdaderamente, por medio de Él, que da la medicina de su piedad al mundo enfermo, viene la *salvación* a las gentes. Dice: **Según tu palabra**, esto es, según tu promesa, la promesa ofrecida, a través de los apóstoles.

Verso 42.– **Y responderé a los que me reprueban la palabra, porque he esperado en tus palabras** [*Et respondebo exprobrantibus mihi verbum, quia speravi in sermonibus tuis*]. Esta sentencia nos indica que, en principio[43], caso de que llegare a presentarse la malicia de los adversarios –con quienes, a pesar de todo, sí se puede razonar– no hemos de callar, sino responder valientemente, de manera que la arrogancia de quienes hablan maliciosamente no parezca poder superarnos. En efecto, **reprueban la palabra** los que afirman que el Hijo es menor o los que sostienen que, de ninguna manera, sufrió pasión en su carne, conforme a lo que dice el Apóstol: *Pues si hubiesen conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria* (1Cor 2,8). A éstos, que escuchan la doctrina saludable, no para acogerla con respeto, sino para llevarla –antes al contrario– a la afrenta de la reprobación, se les ha de responder con la entereza propia del Señor. Sigue: **Porque he esperado en tus palabras**. Y[44], por ello, dice que se ha de responder: **Porque**

[2 ו] S. Jerónimo: Vau *et.* S. Ambrosio: *Sexta littera* Vau*, cuius interpretatio sonat* vel sic non ille; *alius interpres* et non est *ait.*

[43]TL., in textu: *absoluta* [*ms. G. et ed.,* absolute].

[44]TL., in textu: *Atque* [*ed.,* Utique].

ha **esperado en las palabras** del Señor, que dice: *Cuando llegareis ante los príncipes y poderosos, no penséis cómo o qué tenéis que hablar; pues, se os dará en aquella hora lo que habéis que decir. En efecto, no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará por vosotros* (Mt 10,19-20).

Verso 43.– **Y no quites de mi boca la palabra de la verdad en toda ocasión, porque he esperado en tus juicios** [*Et ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque, quia in iudiciis tuis speravit*[45]]. Ruega que ninguna pena, ningún miedo arranque de su boca la confesión de la verdad, sino que, sin importar cuáles fuesen los tormentos infligidos, persevere en la sola voz de constancia, porque no ha esperado en las fuerzas humanas, sino que ha **esperado en** los **juicios** del Señor. Pero, al decir: **En toda ocasión**, está dando a entender que la **palabra de la verdad** ha sido quitada a algunos, de manera temporal, como sucedió a Pedro que, antes del canto del gallo, negó tres veces al Señor (Lc 22,37). Mas *no fue arrebatada de* su *boca la palabra de la verdad en toda ocasión*, puesto que diluyó su culpa con lágrimas y la purificó con el derramamiento de su sangre. Sigue ahora por qué razón *no debe ser quitada de su boca la verdad de la confesión*: **Porque ha esperado en** los **juicios** del Señor. Eran **juicios** del Señor el hecho de que las multitudes de los mártires fuesen perseguidas con muy diversos sufrimientos. Pero afirma que estos tormentos eran, más bien, fuente de esperanza, pues así [**405**] está escrito: *Flagela a todo hijo, que recibe* (Heb 12,6). En efecto, cuando los malvados son importunados, se desesperan; los hombres santos, si son afligidos, reciben aún más fuertemente la esperanza de su propia dilección. Hasta aquí las letras de este verso han tenido como contenido la oración, pero las siguientes, hasta el final, están en función del asunto de que se trate.

Verso 44.– **Y guardaré tu ley siempre, por el siglo y por el siglo del siglo** [*Et custodiam legem tuam semper, in saeculum et in saeculum saeculi*]. Este verso y los siguientes, hasta el final de la presente letra, no tienen como contenido la súplica, sino la narración. En efecto, anteriormente ha pedido, a fin de poder recibir; ahora da ya las gracias, por los beneficios recibidos. Manifiesta que **guarda siempre la ley** del Señor, porque es impío variar[46] con relación a ella. De este modo, en efecto –como más arriba dijo–, *no quita de* su *boca la palabra de la verdad*. El adverbio **siempre** se emplea, a veces, con el sentido de *hasta el final de este tiempo presente*. Pero aquí, al decir: **Por el siglo del siglo**, está significando aquella perennidad que no tiene fin. Ahora bien, dado que anteriormente hemos dicho que la ley es sombra de las cosas futuras –por ejemplo: inmolar el cordero sin mancha; ser presentado[47], a los ocho días, para el rito de la circuncisión, o cosas semejantes a éstas–, ¿cómo es que dice que **guarda la ley** eternamente, siendo así que, no sólo después de la resurrección futura ya no será necesaria , sino que incluso ya aquí parece haber sido abolida?. Sin embargo, otra será allí la *ley* del Señor, que el pueblo santísimo promete *guardar*. Sabe, en efecto, que, a través de esta sombra de la ley, se asciende al misterio de la ley eterna; sabe también que la misión de los ángeles y de las potestades es alabar, sin fin, al Señor; sabe que el culmen de la más alta felicidad es contemplar continuamente al Señor; sabe, en fin, que allí están las leyes de los fieles, leyes que, sin conocer final alguno, él profesó guardar .

[45]TL., in textu: *speravi* [*mss. A.,B.,F.,* supesperavi]; Vlg.,*supersperavi*.

[46]TL., in textu: *variari* [*ed.,* variare].

[47]TL., in textu: *adhibere* [*ed.,*adhiberi].

Verso 45.– **Y caminaba yo en anchura, porque he buscado tus mandatos** [*Et ambulabam in latitudine, quia mandata tua exquisivi*]. Se trata de la misma **anchura**, acerca de la cual, en la cuarta letra, dijo: *He corrido el camino de tus mandatos, al ensanchar tú mi corazón*, o sea, la múltiple y saludable ciencia, de la que, por el siguiente motivo, fue merecedor: porque buscó el entendimiento de los mandatos del Señor, entendimiento que justamente decimos que es el amor, del que así está escrito: *El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado* (Rom 5,5). Por el contrario, los corazones de los pecadores están angostados, hecho éste al que se refiere el Apóstol, cuando dice: *No estáis angostados en nosotros; mas vosotros sí estáis angostados en vuestras entrañas* (2Cor 6,12), porque un espíritu angostado –o sea, mancillado– no recibe al Señor. Pero sí es recibido **en la anchura** del espíritu Aquél del que están llenos el cielo y la tierra. En efecto, abierta debe estar la casa, para merecer recibir a tan grande Majestad.

Verso 46.– **Y en presencia de los reyes hablaba yo de tus testimonios, y no era confundido** [*Et loquebar de testimoniis tuis*[48] *in conspectu regum, et non confundebar*]. **Hablaba de los testimonios** del Señor, porque había pedido y había recibido poder responder a los que reprobaban su palabra. Robustecido con tal firmeza ante los reyes del mundo, que podían infundir gran miedo por la arrogancia de su poder, dice que **no fue confundido**, sino que, con audaces palabras, daba testimonio de la verdad, que había concebido en el espíritu. Por el contrario, sí *resulta confundido* aquél, cuyas palabras son vencidas por la fuerza del raciocinio. Ciertamente, no puede ser confundido el que es fortalecido por el testimonio de la verdad del Señor. En efecto, no ha de ser negado, por sometimiento a poder alguno, Aquél que dice: *Al que me negare ante los hombres, también lo negaré yo ante mi Padre, que está en los cielos* (Mt 10,33).

Verso 47.– **Y meditaba yo**[49] **en tus mandatos, a los que he amado vehementemente** [*Et meditabar in mandatis tuis, quae dilexi vehementer*[50]]. Muestra aquí el ardor propio de una meditación constante. En efecto, no puede **meditar los mandatos**, sino aquél que, con lectura asidua, los recorriera. Y, para poner de manifiesto esta frecuencia, con mayor claridad todavía, añade: **A los que he amado**, pues nunca puede el hombre descuidar las cosas que ama. Pero, para que tampoco creas que quizá se trate de cierto amor tibio, añade: **Vehementemente**, es decir, un amor, por encima del cual, ningún otro amor se puede hallar. En efecto, el amor de los mandatos del Señor no puede ser mediocre, como otro amor cualquiera, sino un amor *vehemente*. Por lo cual, con razón, amó vehementemente los mandatos del Señor, por cuyo medio caminaba confiadamente en la anchura del corazón.

Verso 48.– **Y elevé mis manos a tus mandatos, a los que he amado en extremo, y me ejercitaba en tus justificaciones** [*Et levavi manus meas ad mandata tuae quae dilexi nimis, et*[51] *exercebar in iustificationibus tuis*]. La expresión anterior: *Meditaba yo en tus mandatos*, concierne

[48]TL., *de testimoniis tuis*; Vlg., *in testimoniis tuis*.

[49]Hebr., וְאָשִׁיחָה [*Y me deleitaré*], donde los verbos de los dos versos anteriores se leen también futuro. Los LXX: καὶ ἐμελέτων [*Y meditaba*].

[50]TL., *dilexi vehementer*; Vlg., *dilexi*.

[51]TL., *quae dilexi nimis, et*; Vlg., *quae dilexi, et*.

a la facultad especulativa. Pero ahora dice: **Elevé**[52] **mis manos**, expresión ésta que hace referencia a un hecho práctico. En efecto, **elevar las manos** significa ocuparse en las obras buenas. Por el contrario, el que se detiene en malas acciones *no eleva sus manos*, sino que las baja. Y fíjate que, en uno y otro caso, dice: **A los que he amado**. Allí, *vehementemente*; aquí, **en extremo**, porque ambas obras han de hacerse con un deseo fuera de lo común, a fin de que, con la ayuda de Dios, puedan producir el fruto que las realiza completamente. Continúa diciendo: **Y me ejercitaba en tus justificaciones**. *Meditaba* allí, a donde fue llevado por la aplicación del espíritu; se **ejercitaba** aquí, donde se esforzaba por avanzar, mediante el frecuente ejercicio de las buenas obras. Y observa que, en las Escrituras divinas, la palabra *ejercicio* se emplea, por lo general, en sentido positivo. Sin embargo, en los escritos seculares o en el uso corriente, nunca –o raramente– se le atribuye dicho sentido positivo. Decimos, pues, que esta locución es propia de las Escrituras santas. La expresión: **En tus justificaciones** concierne a ambas cosas: tanto a los mandatos del Señor, cuando sobre ellos se medita con delectación, como a las obras de las manos, cuando las hacemos por impulso de un verdadero amor. En efecto –como con frecuencia decimos– estas dos son las cosas, que ciertamente hacen perfectos a los cristianos. Ha concluido –junto con la letra– la narración, que tuvo comienzo, a partir de su verso cuarto.

7. ZAIN[53].

Verso 49.– **Acuérdate de tu palabra a tu siervo, en la que me diste esperanza** [*Memento*[54] *verbi tui servo tuo, in quo mihi spem dedisti*]. Llega aquel coro de los santos a la séptima letra, en la que recomienda enteramente a nuestros sentidos la esperanza de las promesas del Señor, a fin de que permanezca firme en nuestro espíritu aquello que promete la gloriosa verdad, asegurando que, por medio de ella, soportan los fieles –pacientemente y de buen grado– las adversidades de este mundo. En efecto, ¿quién puede temer la muerte temporal, si se le promete la vida eterna?. ¿Quién piensa en la pérdida de seguridades, sabiendo que va a ser agregado a los coros de los ángeles?. ¿Quién teme las fatigas de la carne, si sabe que ha de ser establecido en el reposo eterno?. Ahora bien, haciendo uso del modo humano de hablar, se dirige a Dios, que en modo alguno nada puede olvidar, diciéndole: **Acuérdate**. Acuérdate, no el sentido de afrentar a aquella Majestad con la suposición del olvido, sino con el ruego de que cuanto antes conceda a su **siervo** el efecto de tan clemente promesa. En efecto, en las sagradas Escrituras, encontrarás frecuentemente expresiones tropológicas de este tipo, como, por ejemplo: *Me acodaré de mi alianza* (Gén 9,15). Y también: *Y se acordó el Señor de lo que había pactado*[55] *con Abrahán, Isaac y Jacob* (Éx 2,24). La expresión: **De tu palabra** significa, quizá, la promesa de la que habla el Evangelio: *Dichosos lo que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que sufren persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,5). Y en otro [**406**] lugar: *No os dejaré huérfanos* (Jn 14,18), y otras cosas semejantes. **A tu siervo**, expresión que debe ser completada con las palabras *cúmplele lo prometido*, pues, si quisieras adaptar a lo anterior lo que se ha dicho, pero sin ninguna añadidura, las palabras no pueden estar de acuerdo

[52]TL., por quizá inadvertido error, *lavabo.* Véase que inmediatamente emplea el verbo *levare*

[53] ז]. S. Jerónimo: Zai *haec*. S. Ambrosio: *Littera secundum Hebraeos* Zain *significat Latine* duc te; *alibi significat* huc.

[54]TL., *memento*; Vlg., *memor esto.*

[55]TL., in textu: *Dominus quod* [*ed., Dominus foederis quod*]; Vlg., *Dominus foederis quod* .

entre sí[56]. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *elipsis*; en latín, *defectus,* esto es, cuantas veces una palabra es dejada en suspenso, para que se la busque aún con mayor interés. Sigue: **En la que me diste esperanza**. Ciertamente, esperanza en aquella promesa de tu palabra que, con razón, el pueblo fiel esperaba[57] que el Señor llevaría a cumplimiento.

Verso 50.– **Ésta**[58] **me ha consolado en mi humildad, porque tu palabra me ha vivificado** [*Haec me consolata est in humilitate mea, quia eloquium tuum vivificavit me*]. Dice que la misma esperanza, que acerca de las promesas del Señor se le ha mostrado, atestigua **haberlo consolado** en las situaciones difíciles de este mundo, porque el ánimo de los fieles se reconforta en medio de toda clase de calamidades, cuando se fija el pensamiento en tal retribución. Ciertamente, ¿quién teme las asechanzas temporales, cuando vuelve su mirada a las promesas eternas del Señor?. En efecto, al decir: **Me ha consolado**, pone de manifiesto que, en medio de los pesares del mundo, éste fue su consuelo, es decir: ser afligido en la vida presente y alegrarse por la promesa futura propia de la esperanza. Esto mismo significa también la expresión: **En mi humildad**, porque, en verdad, la santa humildad todo lo soporta con paciencia, todo junto con la acción de gracias. También concede esta *esperanza* Aquél que, en el Evangelio, dice a los apóstoles: *En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas* (Lc 21,19). Sigue: **Porque tu palabra me ha vivificado**. Da a conocer la causa del consuelo de su humildad. En efecto, la promesa de tan gran Juez robusteció el ánimo del que sufría con paciencia. Y, a fin de que no temiera la muerte temporal, la esperanza de la consolación **vivificó** a aquél que se hallaba en la aflicción.

Verso 51.– **Los soberbios obraban inicuamente por doquier; pero no me he apartado de tu ley** [*Superbi inique agebant usquequaque, a lege autem tua non declinavi*]. Se significa aquí el tiempo en que la humilde Iglesia era sacudida enérgicamente por los soberbios perseguidores. Pero dice que todas estas cosas quedaron frustradas, cuando la crueldad de los malvados no pudo hacerle daño. Y fíjate en que el pueblo fiel dice que su humildad ha sido vivificada, pero recuerda que los **soberbios** –es decir, los malvados y los tiranos, que **han obrado cruelmente**–no serán vivificados, sino que, antes al contrario, serán mortificados. En efecto, mediante estos dos adjetivos –humildes y soberbios–, representa al género humano. Ciertamente, se han de llamar *humildes* aquéllos que se esfuerzan por obedecer los mandatos del Señor; *soberbios*, los que se hinchan por las sugestiones diabólicas. Sigue diciendo: **Pero no me he apartado de tu ley**, como, ciertamente, consideraban los que perseguían a los inocentes. La expresión: **No me he apartado** significa que ha permanecido constantemente en la doctrina de la verdad.

Verso 52.– **Me he acordado de tus juicios desde el siglo, Señor; y me he consolado** [*Memor fui iudiciorum tuorum a saeculo, Domine; et consolatus sum*]. La expresión: **Me he acordado de tus juicios** no presupone nada merecedor de castigo, porque es retirado del miedo de

[56]Por tanto, según esto, el versículo debería quedar así: Acuérdate de tu palabra; cumple lo prometido a tu siervo, en lo que me diste esperanza [*Memento verbi tui; imple promissum servo tuo, in quo mihi spem dedisti*].

[57]TL., in textu: *expectebat* [*ed., expectabat*].

[58]Hebr., זֹאת נֶחָמָתִי בְעָנְיִי [*Ésta me ha consolado en mi aflicción*]. Dado que la lengua hebrea carece del género neutro, se utiliza aquí el femenino זֹאת, [so't], pero con el sentido de *esto*, es decir: *Esto me ha consolado en mi aflicción: que tu palabra me ha vivificado*. Lo mismo se ha de entender en el siguiente verso 56. Los LXX traducen por αὕτη με παρεκάλεσεν ἐν τῇ ταπεινώσει μου [*Esta me ha consolado en mi humillación*].

las penas aquél que se siente abrasado por la maldad incitadora. Cuando dice: **Desde el siglo**, está refiriéndose al tiempo en que el mundo empezó a ser gobernado. En efecto, tal cosa pudo decirla aquella congregación que –generaciones tras generaciones– había existido durante largas edades. En efecto, si hubiese querido referirse al tiempo eterno, habría dicho *por el siglo del siglo*, como frecuentemente acostumbra hacer. Por este pensamiento dice que **ha sido consolado**, ya que el poder divino nunca abandona a los que le sirven, como en otro lugar también está escrito: *Fui joven*[59] *y envejecí, y no vi al justo abandonado* [Sal 36,25].

Verso 53.– **El agotamiento del ánimo**[60] **se apoderó de mí, por causa de los pecadores que abandonan tu ley** [*Defectio animi tenuit*[61] *me, pro*[62] *peccatoribus derelinquentibus legem tuam*]. Se expresa aquí la piedad de un modo de vida santo. Dice que desfallece de dolor, porque los pecadores determinaban abandonar al Señor. Natural es, en efecto, que el hombre santo sienta tristeza, a causa de la culpa ajena, en cuanto que un espíritu piadoso quiere que todos se salven y, conociendo las penas que le son inminentes, no quiere abandonar[63] a aquél que está afligido. Sabe, en efecto, que el mal, ocasionado sin motivo, gravita sobre su autor, aún con mayor peso. Por lo cual, la muchedumbre santa no se atormentaba tanto por sus propias penas cuanto por los excesos de los tiranos.

Verso 54.– **Dignas de canto eran para mí tus justificaciones, en el lugar de mi residencia** [*Cantabiles mihi erant iustificationes tuae, in loco incolatus mei*[64]]. Al decir: **Dignas de canto**, está dando a entender que la salmodia se ha de recitar con gran deleite, como dice el Apóstol: *Cantando y salmodiando a Dios con vuestros corazones* (Ef 5,19). En efecto, el **canto** alivia siempre las fatigas y no deja que el hastío se apodere del ánimo, el cual llega a calmarse por la gran dulzura de la contemplación. En efecto, lo que añade: **En el lugar de mi residencia** significa –como muchas veces hemos dicho– este mundo, por donde peregrina todo aquél que es dado a Cristo. Expulsados –en Adán– del paraíso, tenemos la **residencia** en esta tierra, porque no poseemos la felicidad de aquella patria. Viene a resultar así que somos como peregrinos en este mundo, como dice el Apóstol: *Mientras vivimos en este cuerpo, estamos en país extranjero, lejos del Señor* (2Cor 5,6).

Verso 55.– **En la noche me he acordado de tu nombre, Señor, y he guardado tu ley** [*Memor fui in nocte nominis tui, Domine, et custodivi legem tuam*]. Sin lugar a duda alguna, por la palabra **noche** podemos entender este mundo presente, en el que reina la oscuridad de los pecados. Pero, ¡ojalá cerrara los ojos del cuerpo y no cegara más peligrosamente las luces del corazón!. El Señor alejará esta *noche*, cuando, al venir en el tiempo del juicio, *ilumine los secretos de las tinieblas y haga manifiestos los consejos del corazón* (1Cor 4,5), que ahora se alimentan de ilícitos excesos. Pero dice que **en** esta **noche se ha acordado del nombre del Señor**, atribuyendo todos sus beneficios no a sus propios méritos, sino a los favores divinos, como también en otro

[59]TL., in textu: *iuvenior* [*mss. A.,B.,* iunior]; Vlg., *iunior*.

[60]Hebr., זַלְעָפָה [*una profunda indignación*]. Los LXX: ἀθυμία [*desaliento*].

[61]TL., *Defectio animi tenuit*; Vlg., *Defectio tenuit*.

[62]TL., in textu: *pro* [*mss. G.,F.,* prae]; Vlg., *prae*.

[63]TL., in textu: *excedere* [*ms. G.,* excidere].

[64]TL., *incolatus mei*; Vlg., *peregrinationis meae*.

salmo se lee: *Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra* (Sal 123,8). También el Apóstol recuerda: *El que se gloríe, gloríese en el Señor* (2Cor 10,17). De este modo, en efecto, el hombre fiel no se ve envuelto por las tinieblas de esta *noche*, en cuanto que es iluminado por la luz del corazón. Viene, después, una digna profesión. En efecto, tal es la razón por la que **guardó la ley** del Señor: porque *se acordó en la noche de su nombre*. Ciertamente, no habría podido guardar la ley del Señor, si alguna cosa la hubiese atribuido a sus méritos propios.

Verso 56.– **Ésta me ha sido dada, porque he buscado tus justificaciones** [*Haec facta est mihi, quia iustificationes tuas exquisivi*]. **Ésta me ha sido dada**. Se ha de sobreentender aquí la palabra *consolación*. Hecho éste que preferiblemente debe entenderse como referido a la noche y no a la ley, en modo que aparezca que la que es ceguera para los pecadores, esa misma es iluminación para los hombres santos. De este modo, en efecto, los creyentes no sufren las tinieblas, aunque vivan en la ceguera de este mundo. Sigue la explicación de por qué la noche se le ha vuelto consolación. Dice: **Porque he buscado tus justificaciones**. En efecto, si hubiese dicho: *Mis justificaciones*, habría seguido soportando una ceguera cerradísima; pero, puesto que ha dicho: *Tus justificaciones*, las tinieblas del mundo no han podido cegarlo.

8. JET[65].

Verso 57.– **Mi porción, Señor, dije es guardar tu ley**[66] [*Portio mea, Domine, dixi custodire legem tuam*]. Llega el grupo bienaventurado a la octava letra, en la que desea ver el rostro del Señor, porque sabe que ha prestado obediencia a sus mandatos. **Porción** viene de *parte*. En efecto, nosotros somos de la parte de Aquél, cuyas voluntades obedecemos. Este vocablo –porción– lo encuentras escrito con frecuencia. Por ejemplo: *No habrá porción, ni suerte* [**407**] *para los hijos de Leví en medio de sus hermanos, porque la parte de ellos es el Señor Dios* (Dt 10,9). De donde, con razón, Dios es llamado la *porción* de los hombres piadosos, porque están llamados a vivir en la felicidad de su reino. Sigue: **Dije es guardar tu ley**. **Dije**, esto es: establecí, determiné y prometí **guardar** los preceptos del Señor. Por tal razón, había sido establecido en la *porción* del Señor, no en la parte confusa de Babilonia.

Verso 58.– **He rogado tu rostro con todo mi corazón**[67]**; apiádate de mí, Señor, según tu palabra** [*Deprecatus sum faciem tuam in toto corde meo; miserere mei secundum eloquium tuum*]. De una doble manera muestra que es comprendido este **rostro** del Señor. Deseando a Cristo –que, con total convencimiento, creía que había de venir– procuraba contemplar su encarnación, que podía mostrarse como salvación para el mundo, como también en otro salmo está escrito: *Señor de los poderes, conviértenos, y muestra tu rostro, y seremos salvos* (Sal 79,7). Añade: **Con todo**

---

[65] ח]. Significa *vida, pavor* o *solicitud*. S. Jerónimo*: Heth* vita. S. Ambrosio: *Octava littera* Heth*, quae interpretatione latina dicitur* pavor.

[66] Hebr., חֶלְקִי יְהוָה אָמַרְתִּי לִשְׁמֹר דְּבָרֶיךָ [*Mi porción, el Señor, he dicho para guardar tus palabras*]. Este verso admitiría diversas interpretaciones. *Mi porción es el Señor. Por eso he dicho: Guardaré tus palabras.* O bien: *Mi porción es, Señor, haber dicho: Guardaré tus palabras*. O también: *Mi porción eres tú, Señor, por eso he hicho: Guardaré tus palabras*. Los LXX vierten: μερίς μου κύριε εἶπα φυλάξασθαι τὸν νόμον σου [*Mi lote eres tú, Señor. He dicho guardar tu ley*].

[67] Hebr., חִלִּיתִי פָנֶיךָ [*He suplicado tu presencia*]. Es decir, tu favor. Los LXX traducen: ἐδεήθην τοῦ προσώπου σου [*He suplicado ante ti, en tu presencia*].

mi corazón, es decir, sin vacilación alguna, en modo de no mostrarse como[68] inseguro acerca del futuro, sino rogando certísimo como al que está presente. Pide también que se lleve a cumplimiento la misericordia de la venida de Aquél que fue prometido con innumerables anuncios, a través de los profetas. O, tal vez, **ruega**, más bien, para que, en su futura resurrección, pueda contemplar su *rostro*, como está escrito: *Dichosos los de corazón puro, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). Y también el Apóstol: *Ahora vemos por medio de un espejo, en enigma; pero entonces, cara a cara* (1Cor 13,12). Pero, pues se sabía pecador, pide que **se apiade de él**, de manera que, liberado por la gracia, pudiera ver aquello que no podía contemplar por sus propios méritos. **Según tu palabra**, es decir, aquella por la cual promete a sus santos la visión de su Divinidad, extraordinariamente feliz e incomparable en todo.

Verso 59.– **Porque he meditado mis caminos**[69]**, y he vuelto mis pies a tus testimonios** [*Quia cogitavi*[70] *vias meas, et converti pedes meos in testimonia tua*]. Expone el orden de la conversión[71]. En efecto, lo primero es inculparnos con rigor a nosotros mismos y encaminarnos así hacia los mandatos del Señor. Por lo cual, **había meditado sus caminos** sobre aquel examen glorioso, es decir, el examen sobre las obras realizadas [Mt 25,35-45]. Pero, puesto que, en modo alguno, el resultado era de su agrado, **vuelve sus pies**, para acercarse **a los testimonios del Señor**, en los cuales, si por ellos alguien camina, puede pisar con firmeza. Veía, ciertamente, que en los hechos humanos estaban los pecados; pero que, en los mandatos divinos, florecía la justicia. Y sabiamente había abandonado aquello que, por experiencia, sabía que estaba expuesto a toda clase de peligros. En efecto, al decir: **He vuelto mis pies**, da a conocer que anteriormente sus pasos habían seguido caminos perversos.

Verso 60.– **Preparado estoy, y no estoy turbado, para guardar tus mandatos** [*Paratus sum, et non sum turbatus, ut custodiam mandata tua*]. Cuando dice: **Preparado estoy**, muestra estar decidido a soportar toda suerte de peligros en favor de los mandatos del Señor. En efecto, atestigua estar *preparado, para guardar los mandatos del Señor* aquél que no siente temor de los perseguidores y ahuyenta de sus sentidos los halagos de este mundo, como dice el apóstol Pablo: *Pues por el nombre de Jesús yo estoy preparado no sólo a ser atado, sino también a morir* (Hch 21,13). De aquí que, de manera parecida, también en otro salmo se diga: *Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado está mi corazón* (Sal 56,11). Sigue: **Y no estoy turbado**. Las cosas inesperadas, tal vez, pueden perturbar. En efecto, una idea reflexionada maduramente no llega a infundir en el ánimo temor alguno. De ahí que, advirtiendo anticipadamente a sus discípulos, diga también el Señor: *Que no se turbe vuestro corazón* (Jn 14,1), porque no puede decir que está *preparado* el que se siente confundido por alguna consideración, hecha con desasosiego. Hace saber también para qué decía estar preparado, es decir: para **guardar los mandatos** del Señor, mandatos que se guardan recta e íntegramente, cuando ninguna adversidad es temida.

---

[68]TL., in textu: *ut non tanquam* [*ed.,* ut nunquam].

[69]Hebr., חִשַּׁבְתִּי דְרָכָי [*He considerado mis caminos*]. Los LXX traducen: διελογισάμην τὰς ὁδούς σου [*He considerado tus pasos*].

[70]TL., *Quia cogitavi*; Vlg., *Cogitavi.*

[71]TL., in textu: *conversionis* [*mss. A.,B.,F.,* conversationis].

Verso 61.– **Las cuerdas de los pecados**[72] **me abrazaron en derredor, pero no olvidé tu ley** [*Funes peccatorum circumplexi sunt me; et legem tuam non sum oblitus*]. Cuando dice: **Las cuerdas de los pecados** pone de manifiesto que existen tantos lazos cuantos pecados cometemos. En efecto, las **cuerdas** son las ataduras, enrolladas y tortuosas, con que siempre son amarrados los delincuentes, como dice Isaías *¡Ay, los que arrastran los pecados como cuerda larga!* (Is 5,18).Y en otro lugar: *Con las cuerdas de sus pecados cada cual será sujetado* (Prov 5,22). Pero esto se ha de referir a la depravación propia del cuerpo. Dice, en efecto: **No olvidé tu ley**. Pero, si asegura no haber olvidado su ley, cosa que es propia de los bienaventurados, ¿por qué dice que está abrazado por las ligaduras de los pecados?. Esto pudo deberse al hecho de que la carne –abrazada por las cuerdas de los delitos– efectivamente estuviese atada, pero que el propósito santo, luchando contra la incitación del pecado, **nunca se hubiera olvidado de la ley** del Señor, como dice el Apóstol: *Yo mismo sirvo con el espíritu a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado* (Rom 7,25).

Verso 62.– **A media noche me levantaba para confesarte, por los juicios de tu justicia** [*Media nocte surgebam ad confitendum tibi, super iudicia iustitiae tuae*[73]]. No deja de tener importancia la expresión: **A media noche me levantaba**. Sabe, en efecto, que, a esta hora, fueron heridos de muerte los primogénitos de los egipcios (Éx 11,4-5); sabe también que ésta fue la hora en que se soltaron las cadenas de Pedro (Hch 12,6), de Pablo y Silas [Hch 16,25-26], que estaban en la cárcel; sabe igualmente que, a media noche, habrá de venir el esposo (Mt 25,5). Y por tal razón, a esta misma hora, **se levanta** para la alabanza, a fin de no permanecer, una vez se cierre la puerta, entre las vírgenes necias [Mt 25,6.10]. Y tampoco carece de importancia el hecho de que diga: **Me levantaba**, porque siempre se alza, al darse prisa para las alabanzas del Señor. La expresión: **Para confesarte** significa aquí *para alabarte*, en cuanto que sigue: **Por los juicios de tu justicia**. En efecto, si se hubiese querido dar entender una confesión de penitencia, habría dicho: *A causa de tu misericordia*, y no: *Por los juicios de tu justicia*.

Verso 63.– **Partícipe soy yo de todos los que te temen y guardan tus mandatos** [*Particeps ego sum omnium timentium te et custodientium mandata tua*]. Dice ahora, de manera más clara, lo que ya dijo al comienzo de la presente letra: *Mi porción, Señor*. En efecto, de tal modo era porción del Señor, que era también **partícipe** de sus servidores. Y observa en qué modo manifiesta la virtud de la unidad de la Iglesia, pues dice que él es partícipe de todos los fieles, no sólo de los que forman parte de una iglesia local, sino de los pertenecientes a la Iglesia, que está extendida por el mundo entero. Y, con razón, dice que él tiene partes en todo lugar, sin excepción, pues era la comunidad universal la que decía tales cosas. En efecto, era parte de él todo lo que en el orbe de la tierra podía agradar a Dios. Observa también cuán humildemente dice que es **partícipe de los que temen al Señor**, como se lee en el Apóstol: *Pues hemos venido a ser partícipes de Cristo* (Heb 3,14). También, en el salmo cuarenta y cuatro, hemos recordado que algunos han sido designados *partícipes* de Cristo, allí donde está escrito: *Por eso te ha ungido Dios, Dios tuyo, con óleo de alegría por encima de tus compañeros* (Sal 44,8). En efecto, todo el que caminare en una vida nueva, será partícipe de Cristo. Por una parte, así ha hablado humildemente; por la otra, sin

[72]Hebr., חֲבְלֵי רְשָׁעִים [*cuerdas de los impíos*]. Los LXX: σχοινία ἁμαρτωλῶν [*cuerdas de pecadores*]. También S. Agustín habla *de los pecadores*, pero Casiodoro da a entender, más bien, que se trata de *los pecados*. El genitivo plural *peccatorum* admite, ciertamente, las dos traducciones.

[73]TL., *iustitiae tuae*; Vlg., *iustificationis tuae.*

embargo, a la misma formulación –es decir, qué signifique ser partícipe de Cristo– le atribuye, por extensión, el espíritu de quien entiende rectamente. Y, puesto que dijo: **De todos los que te temen** –a fin de que no creas que se refiere aquí a aquéllos que, con temor servil, tienen miedo de los juicios del Señor– añade: **Y guardan tus mandatos**, es decir, los que son reconocidos por un temor purísimo y un amor digno de reverencia.

Verso 64.– **De tu misericordia, Señor, está llena la tierra; enséñame tus justificaciones** [*Misericordia tua, Domine, plena est terra; iustificationes tuas doce me*]. La expresión: **De tu misericordia, Señor, está llena la tierra** muestra, ciertamente, la expansión de la fe cristiana por toda la tierra, a la que misericordiosamente llenó de tal modo que debilitó, por todas partes, el nombre de todas las vacías supersticiones. Y observa cuán diligentemente pide **aprender las justificaciones** del Señor, aun habiendo [**408**] manifestado, con frecuencia, haberlas ya guardado. En efecto, para mostrar que los mandatos del Señor han de ser buscados infatigablemente, de manera que, movidos por tal deseo, nuestra ganancia pueda ir aumentando siempre, como en el verso primero, correspondiente a la quinta letra, ya fue dicho: *Ponme como ley, Señor, el camino de tus justificaciones, y la buscaré siempre*.

9. TET[74].

Verso 65.– **Hiciste bondad con tu siervo, Señor, según tu palabra** [*Bonitatem fecisti cum servo tuo, Domine, secundum verbum tuum*]. Entra el pueblo bienaventurado, para cantar la novena letra, en la que da gracias por haber sido humillado, a fin de poder llegar con toda devoción a las justificaciones del Señor, manifestando que sus testimonios están para él por encima de todas las riquezas. Cuando dice: **Hiciste bondad con tu siervo, Señor**, reconoce abiertamente los beneficios que ha recibido. Ciertamente, el buen Señor concede la **bondad** a sus siervos. Pero en qué consista dicha *bondad*, más abajo, lo explica, diciendo: *Bueno ha sido para mí que me haya humillado, para que aprendiera yo tus justificaciones*. No da gracias –bien se ve– por la felicidad que proporciona el mundo, sino por la aflicción saludable. Recuerda, en efecto, que son benignas las drásticas medidas que, a veces, deben tomarse en evitación de un mal mayor. Entendía, en verdad, que aquélla debía ser considerada como *bondad* por la que se avanza, no por la que se goza con vacía exultación. Así el médico hace también *bondad*, cuando tiene que abrir las heridas; lo mismo sucede también con el padre, cuando se ve en el deber de castigar al hijo con azotes. Éstos, aunque momentáneamente ocasionen disgusto, a causa de la aflicción proporcionan, sin embargo, remedios saludables. Sabía, por tanto, que había de ser honrado con piadosas súplicas el Señor, por cuya clemencia nuestras tribulaciones son cambiadas en gozo, a pesar de que temporalmente puedan resultar gravosas. Sigue: **Según tu palabra**, la cual dice: *El que se humilla será ensalzado, y el que se ensalza será humillado* (Mt 23,12).

Verso 66.– **Enséñame bondad, disciplina y ciencia**[75]**, porque he creído en tus mandatos** [*Bonitatem et disciplina et scientiam doce me, quia mandatis tuis credidi*]. Se ha de averiguar por

---

[4] ט]. Significa *exclusión* o *bueno*. S. Jerónimo: Tet *bonum*. S. Ambrosio: Teth*, cuius interpretatio est* exclusio.

[75]Hebr., טוּב טַעַם וָדַעַת לַמְּדֵנִי [*Buen juicio y ciencia enséñame*]. Los LXX: χρηστότητα καὶ παιδείαν καὶ γνῶσιν δίδαξόν με [*Bondad, instrucción y sabiduría enséñame*].

qué pide que se le siga enseñando todavía aquello que antes ha manifestado haber recibido ya. Ciertamente, porque ninguna hartura hay de las cosas buenas. Es como si se tratase de un incendio de gran virulencia que, cuanto más ampliamente se extiende por entre los árboles secos tanto más copiosamente eleva sus llamas. En efecto, también los apóstoles, enfervorecidos por el ardor de la fe, decían: *Auméntanos la fe* (Lc 17,5). Así, pues, Dios **enseña bondad**, inspirando el deseo de la caridad; **enseña disciplina**, cuando da paciencia en las tribulaciones; **enseña ciencia**, cuando es reconocido como Dador de todas las cosas saludables. Ahora bien, de una manera *enseña* Dios, y de otra distinta *enseña* el maestro humano. Este último da a conocer las palabras, pero no puede dar el conocimiento de las cosas, que prescribe. Pero Dios ilumina, primero, el corazón, para que las palabras desciendan, después, a los sentidos de sus elegidos. Sigue: **Porque he creído en tus mandatos**. Comoquiera que los mandatos son proclamados, para que efectivamente se cumplan, se ha de averiguar por qué ha dicho: **He creído en tus mandatos**. Por aquella promesa del Señor, que dice: *El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, se parece a aquel hombre que edificó su casa pobre roca* (Mt 7,24), etc. Justamente ha añadido la expresión: **He creído**, porque ha prometido los mayores premios a aquéllos que le obedecen.

Verso 67.– **Antes de ser yo humillado, he delinquido; por ello**[76] **he guardado tu palabra** [*Priusquam humiliarer, ego deliqui; propterea eloquium tuum custodivi*]. Consideremos cómo en este verso venga descrito el curso de la vida humana. En efecto, ha dicho, primero: **He delinquido**, al ser tenido preso por el pecado original; ha declarado, después: **He sido humillado**, para quedar libre de la culpa, que había contraído en su raíz; finalmente: **He guardado la palabra** del Señor, porque mereció *ser humillado*, como dice el Apóstol Santiago: *Pero a los humildes da la gracia* (Sant 4,6). Y, para contener el libertinaje de los que abandonan, dice que, tras su humillación, ha guardado la palabra del Señor –es decir, las santas Escrituras– con todo afán de espíritu y merced a su favor.

Verso 63.– **Bueno eres tú, Señor, y en tu bondad enséñame tus justificaciones** [*Bonus es tu, Domine, et in bonitate tua doce me iustificationes tuas*]. Pide al buen Maestro que se digne, en su bondad, enseñar al discípulo. Esta figura retórica recibe el nombre de *paranomasia*, en latín, *denominatio*, la cual, por el uso de palabras similares, atrae hacia sí el afecto de los oyentes.

Verso 69.– **Se ha multiplicado sobre mí la iniquidad de los soberbios**[77]**; pero yo escudriñaré con todo mi corazón tus mandatos** [*Multiplicata est super me iniquitas superborum; ego autem in toto corde meo scrutabor mandata tua*]. Convenientemente, pide el auxilio de la bondad[78] el que había de afrontar la incertidumbre de la lucha, en modo de mostrar, en su combate, las justificaciones del Señor, cuyo aprendizaje había tenido, a través de la lectura. Es entonces, ciertamente, cuando se aprenden de manera perfecta los mandatos del Señor: cuando éstos se ponen en práctica. Dice, en efecto, que **se ha multiplicado sobre** él **la iniquidad** de sus perseguidores.

---

[76]Hebr., טֶרֶם אֶעֱנֶה אֲנִי שֹׁגֵג וְעַתָּה [*Antes de ser humillado, andaba yo descarriado, pero ahora...*]. Los LXX traducen: πρὸ τοῦ με ταπεινωθῆναι ἐγὼ ἐπλημμέλησα διὰ τοῦτο... [*Antes de que fuera yo humillado, cometí faltas, por esto...*].

[77]Hebr., טָפְלוּ עָלַי שֶׁקֶר זֵדִים [*Forjaron contra mí mentira los soberbios*]. Los LXX dicen: ἐπληθύνθη ἐπ' ἐμὲ ἀδικία ὑπερηφάνων [*Ha crecido contra mí la injusticia de los soberbios*].

[78]TL., *bonitas auxilium*; prop., *bonitatis auxilium*

Y ruega, por ello, que no se mancille su sincera humildad, a consecuencia de las graves culpas de los hombres soberbios. Pero, contra tal crudelísima facción, observa bien lo que sigue: **Pero yo escudriñaré con todo mi corazón tus mandatos**, de manera que cuanto más se afanaban aquéllos en arrastralo consigo tanto más se apegaba él a los mandatos del Señor. Así resultan gloriosamente vencidos los que intentaron vencer a los santos, infligiéndoles, pues cuanto más empeño pusieron en apartarlos de la ley del Señor con tanta más intensidad se dedicaron a **escudriñar** sus **mandatos**.

Verso 70.– **Como la leche se ha cuajado su corazón**[79]**; pero yo he meditado tu ley**[80] [*Coagulatum est sicut lac cor eorum; ego vero legem tuam meditatus sum*]. Este participio, **cuajado**, puede admitir un sentido tanto positivo como negativo. En sentido positivo, recuérdese, por ejemplo, el salmo sesenta y siete, donde está escrito: *Monte cuajado, monte craso* (Sal 67,17). Sin embargo, en el presente verso, debemos entenderlo en sentido negativo, pues *la iniquidad de los soberbios*, que anteriormente ha atestiguado *haberse multiplicado sobre él*, reclama la nota del endurecimiento, es decir, se trata de una maldad que, a causa de una impía determinación, había terminado por **cuajarse** –como sucede con **la leche**– hasta llegar a convertirse en una sustancia de materia grasa. La palabra latina *lac* viene del vocablo –también latino– *liquor* [estado líquido, fluidez], aunque de la sustancia interna natural descienda, más bien, como del estado líquido. En efecto, la letra *a* –de *lac*– se convierte en *i*, como *a*micus / in*i*micus, y otros casos semejantes. Pero cuanto más se endurecían ellos en lo malo tanto más era éste incapaz de separarse de la ley del Señor, de tal suerte que la cruel obstinación de aquéllos fuese vencida por su piadosa perseverancia.

Verso 71.– **Bueno para mí ha sido el haberme tú humillado, para que aprendiera yo tus justificaciones** [*Bonum mihi quod humiliasti me, ut discerem*[81] *iustificationes tuas*]. **Bueno** decía que era para él estar sometido a crueles penas, pensando no en las cosas presentes, sino deseando las realidades futuras. En efecto, había comenzado a gustar ya aquella dulzura, que a todas las demás dulzuras con mucho supera. Esta *humildad*, en verdad, toca los gloriosos techos de Jerusalén. En efecto, así como la soberbia se hunde en el Tártaro, la *humildad* se alza hasta el cielo. Cuál sea el combate de esta **humillación**, a continuación lo da a conocer. Pues dice: **Para que aprendiera yo tus justificaciones**, es decir, con objeto de que llevase yo a la práctica lo que me enseñaste. En efecto, es entonces cuando se aprende de manera perfecta: cuando se enseñan los preceptos del Señor, mediante la fidelidad de las obras.

Verso 72.– **Bueno es para mí la ley de tu boca, más que millares de oro y de plata** [*Bonum mihi lex oris tui super milia auri et argenti*]. **Bueno es para mí la ley de tu boca**. ¡Cuántas veces, en esta letra, aquel pueblo santo menciona la **bondad**!. Bondad, que tal es la razón por la que con tanta insistencia la pide, es decir: porque para él más y más crecía su dulzura. Pero consideremos el valor expresivo de esta expresión: **De tu boca**. No de la boca de los profetas ni de los apóstoles, sino que –según atestigua– preciocísimos son para ella los preceptos dados a conocer por la boca de Cristo el Señor. Sigue [**409**]: **Más que millares de oro y de plata**. El **oro** y la **plata**

---

[79]Hebr., טָפַשׁ כַּחֵלֶב לִבָּם [*Se engrosó como sebo el corazón de ellos*]. Los LXX: ἐτυρώθη ὡς γάλα ἡ καρδία αὐτῶν [*Se ha cuajado como leche el corazón de ellos*].

[80]Hebr., אֲנִי תּוֹרָתְךָ שִׁעֲשָׁעְתִּי [*Yo en tu ley me he deleitado*]. Los LXX: ἐγὼ δὲ τὸν νόμον σου ἐμελέτησα [*pero yo en tu ley me he ocupado*].

[81]TL., *ut discerem*; Vlg., *ut discam.*

son los metales más codiciados por los hombres. Pero, puesto que aquella *bondad* nada podía hallar que se le pudiera comparar, escribe –antes de nombrarlos– las siguientes palabras: **Más que de millares de**, palabras éstas que quieren significar lo infinito e incomprensible, de manera que, con la adición del **oro** y de la **plata**, pierda la comparación todo su valor. En efecto, cualquier cosa que pudieras decir que está *por encima de* algo, ese algo es siempre sobrepasado. Se ha hecho, por tanto, una comparación que no tiene semejanza, se ha hablado de un precio que no tiene medida, de un amor que no tiene fin. En efecto, dilección tan grande ha merecido ser indicada[82] de este modo, para expresar que ninguna otra cosa existe que se la pudiese igualar.

10. YOD[83].

Verso 73.– **Tus manos me hicieron y me plasmaron; dame conocimiento para aprender tus mandatos** [*Manus tuae fecerunt me et plasmaverunt; da mihi intellectum ut*[84] *discam mandata tua*]. Llega la gloriosa muchedumbre a la décima letra, en la que pide que le sea concedido el **conocimiento** de los mandatos del Señor, para gozar del don de la vida verdadera, deseando ardientemente que la misericordia del Señor sea hecha inmaculada, a fin de no ser confundido en el juicio aquel. Ahora bien, si pretendiéramos recoger las opiniones que se han dado sobre este verso, dedicaríamos nuestro tiempo a exponer, más bien, el abultado número de libros, que tratan sobre este asunto, que a dar cuenta de dicho verso con la brevedad prometida[85]. Sea, pues, suficiente para nosotros –contando con la ayuda del Señor– abrir sucintamente a nuestros sentidos el alcance de lo que en él se dice. Se lee, en efecto: *Y obra de tus manos son los cielos* (Sal 101,27). Se lee igualmente: *Y lo árido lo fundaron sus manos* (Sal 94,5). Y lo mismo se lee también aquí: **Tus manos me hicieron y me plasmaron**. Ahora bien, todas estas cosas se dicen en sentido figurado. En efecto, tener manos es un hecho corpóreo. Pero, si quieres entender el carácter propio del modo de obrar divino, escucha: *Dijo, y fueron hechas; ordenó, y fueron creadas* (Sal 148,5). Por lo cual, a su facultad de obrar –según el modo humano de hablar– se le llama **manos**, por medio de las cuales hacemos nosotros las cosas. Sin embargo, en este caso, algunos quieren referir la expresión: **Hicieron** al alma. Por el contrario, aquella otra expresión: **Plasmaron** la quieren referir al cuerpo, que fue formando –como es sabido– del limo de la tierra. Con justa voz clama la hechura a su Hacedor: **Dame conocimiento**, por el que sé que he sido plasmada. Pero se podrá preguntar qué clase de *conocimiento* buscaba y que, dada su condición humana, no podía encontrar. Sin duda aquel conocimiento puro, contemplativo[86] y piadoso, que la simplicidad –todavía intacta– de Adán poseía antes del pecado, y no este otro conocimiento, por el que los hombres creen ser sabios y superiores en todo con relación a las bestias. Pide, pues, entendimiento para conocer los **mandatos** del Señor, de manera que el pueblo santo fuese merecedor –por la obediencia de su piedad– de aquel conocimiento, que Adán –por su desobediencia– había perdido.

---

[82]TL., in textu: *indicari* [*mss. A.,B.,F.,* indagari].

[83]]. *Yod.* Significa *principio*. S. Jerónimo: Iod *principium*. S. Ambrosio: *Incipit ittera apud Hebraeos decima* Iod, *quae latina significatione* confessio *dicitur vel certe* desolatio.

[84]TL., *ut*; Vlg., *et.*

[85]Se trata de un verso de gran importancia. En efecto, S. Agustín dedica a este versículo un espacio notablemente extenso (S. AGUSTÍN, o.c., vol. 4, págs. 112-118). Del mismo modo, amplísimo espacio le concede también S. HILARIO DE POITIERES, *Tratado sobre los salmos* (118), Ciudad Nueva, Madrid [1]2019, págs. 108-115).

[86]TL., *contemplabilem*.

Verso 74.– **Los que te temen me verán y se alegrarán, porque mucho he esperado en tu palabra** [*Qui timent te videbunt me, et laetabuntur, quia in verbo tuo*[87] *supersperavi*]. Una hermosísima causa de piedad ha sido presentada al piadoso Señor, pues, si a uno cualquiera de entre la santa congregación le es concedida, llenará de gran alegría los ánimos de todos. Sabía, en efecto, que su clemencia quería realizar aquello que fuese causa de fortalecimiento para los corazones de los fieles. Y pide así que tales cosas se realizaran en él, en modo de poder acrecentar la piedad de todos. En efecto, al ver los premios recibidos por otro, experimenta progreso la conciencia santa, pues los ejemplos propuestos para imitación de cosas dignas de alabanza son siempre provechosos. Añade también por qué debe obtenerlo realmente, porque **mucho ha esperado en la palabra**, es decir, en Cristo el Señor, donde la esperanza nunca queda defraudada ni puede ser engañado –como lo es en el caso de los caducos deseos– el espíritu que en tan gran verdad mereciera ser establecido.

Verso 75.– **He conocido, Señor, que tus juicios son equidad y en tu verdad me has humillado** [*Cognovi, Domine, quia aequitas iudicia tua, et in veritate tua humiliasti me*]. Dado que, en otro lugar, se lee: *Tus juicios, abismos profundos* (Sal 35,7), y también: *Los juicios de Dios son inescrutables* (Rom 11,33), hemos de preguntarnos por qué se dice aquí: **He conocido, Señor, que tus juicios son equidad**. Ahora bien, cuantas veces se lee que es inmenso e inasible, debemos entender que es eterno aquel juicio que aquí no podemos comprender totalmente. Pero es propio del presente mundo dar testimonio de lo que él **ha conocido**, es decir: que la misericordia divina corrige al hombre pecador, humillado por la arrogancia de su espíritu, y que acoge al que le suplica. En efecto, ¿quién pone en duda que es un **juicio de equidad** suma, el hecho de que aquéllos que delinquen, arrastrados por la soberbia, sean purificados por una piadosa humildad? Y fíjate bien en que aquí no dice: *He creído*; sino que dice: *He conocido*, es decir, he aprendido por experiencia. Y ello, para manifestar que, en sus sufrimientos y beneficios, él *ha conocido la equidad* del Señor.

Verso 76.– **Hágase ahora tu misericordia para consolarme, según tu palabra a tu siervo** [*Fiat nunc misericordia tua ut consoletur me, secundum eloquium tuum servo tuo*]. Con razón, ha pedido **misericordia** el que antes, en su humillación, había confesado que los juicios del Señor eran justos. En efecto, entre las muchas tristezas y crueles luchas propias de los tormentos, pide la *misericordia* consoladora de estas cosas, en modo de poder sobrellevar las adversidades de este mundo, adversidades que era consciente de que habían sido distribuidas provechosamente para purificación de los pecados. No pidió, ciertamente, que tales cosas le fueran arrancadas, sino que suplicó **ser consolado** en medio de ellas. En efecto, hay *consolación*, cuando concede paciencia en las desgracias, cuando alivia la crueldad de los tormentos, cuando conforta con la promesa de la felicidad las tristezas del espíritu afligido. Sigue: **Según tu palabra a tu siervo**. Añade tú aquí: **Hágase**, o sea: *Hágase* **según aquella palabra**, por la que, en el Evangelio, solemnemente promete que jamás habrá Él de abandonar a los atribulados en sus sufrimientos.

Verso 77.– **Vengan a mí tus compasiones, y viviré; porque tu ley es mi meditación**[88] [*Veniant mihi miserationes tuae, et vivam; quia lex tua meditatio mea est*]. Dice: **Vengan a mí tus compasiones, y viviré**. Ha quedado expresado suficientemente qué nos consiga a nosotros la

[87]TL., *in verbo tuo*; Vlg., *in verba tua.*

[88]Hebr., כִּי־תוֹרָתְךָ שַׁעֲשֻׁעָי [*porque tu ley, mis delicias*]. Los LXX: ὅτι ὁ νόμος σου μελέτη μού ἐστιν [*porque tu ley es mi meditación*].

misericordia del Señor, esto es: la vida eterna. En efecto, al decir que esto le ha de ser concedido, ha pedido merecer **vivir** verdaderamente, porque sólo aquella vida merece, en verdad, ser llamada *vida.* Vida, a la que ningún pesar perturba, ni la odiosa muerte entristece, como sobre ella dice el Evangelio: *Si quieres llegar a la vida, guarda los mandamientos* (Mt 19,17). Y no debe causar extrañeza el hecho de que no se añada aquí el adjetivo *eterna*, pues tal es la fuerza de este nombre que con sólo decir *vida*, ya se tiene la certeza de que se está hablando de la vida eterna. Pide, pues, ser merecedor de esta vida, porque su **meditación** estaba absorta por las buenas obras. Por *meditación* no debes entender aquí sólo la lectura, sino –antes bien– las obras de la ley. En efecto, no sólo, por medio de esa *meditación* –cuyo cultivo consiste en la repetición de la lectura– llegamos a la felicidad, pues la meditación que nos hace bienaventurados es aquélla que, mediante las buenas obras, busca el reino de los cielos, como dice el Apóstol: *Pues no son justos delante de Dios los que escuchan la ley, sino que serán justificados los que la cumplen* (Rom 2,13).

Verso 78.– **Sean confundidos los soberbios, porque injustamente hicieron iniquidad contra mí**[89]**; pero yo me ejercitaré en tus mandatos** [*Confundantur superbi, quia iniuste*[90] *iniquitatem fecerunt in me; ego autem exercebor in mandatis tuis*]. No concuerda bien con el pueblo santo el hecho de abalanzarse contra sus adversarios con el deseo[91] de maldición, pues dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os calumnian* (Mt 5,44). Y se dice también al final de verso: *Pero yo me ejercitaré en tus mandatos*, a fin de que conozcas que en nada contraviene al precepto. Así, la expresión: **Sean confundidos** se ha de entender, más bien, como referida a la enmienda y no al castigo. En efecto, es entonces cuando felizmente **es confundida** la conciencia del pecador: cuando es su propia voluntad la que condena sus antiguas malas acciones y comienza a odiar aquello que antes amaba. Esto [**410**] es, efecto, lo que pide que acontezca en los soberbios: que no se entreguen, por más tiempo, al delirio de audacias[92] ilícitas. Sigue la causa razonable, según la cual los **soberbios** han de ser confundidos: **Porque injustamente hicieron iniquidad contra mí**. En efecto, ¿qué puede haber más injusto que el hecho de querer perseguir a los que están entregados a los más sagrados mandamientos?. Sigue: **Pero yo me ejercitaré en tus mandatos**. Contra las insidias de los enemigos y la soberbia, que se jacta con hinchada iniquidad, ofrece el remedio saludable, es decir: la puesta en práctica de los mandamientos. En efecto, no opuso resistencia contra los hombres malvados y crueles, mediante lucha de ninguna clase, ni tampoco se enredó en litigiosas contiendas verbales, sino que, al recibir los golpes de palabras vacías – como si de un viento refrescante se tratara–, persistía en su propósito con espíritu sereno, en modo de que así cayesen más prontamente sus adversarios, esto es: al ver que se les oponía resistencia, sin necesidad de recurrir a ninguna fuerza humana. Este modo de paciencia enaltece, ciertamente, a los cristianos.

Verso 79.– **Vuélvanse a mí los que te temen, y los que han conocido tus testimonios** [*Convertantur ad me qui timent te, et qui noverunt testimonia tua*]. Para distinguir a las personas, han sido empleadas palabras particulares. En efecto, con referencia a los soberbios, se dijo un poco

[89]Hebr., כִּי־שֶׁקֶר עִוְּתוּנִי [*porque sin causa me han calumniado*]. Los LXX vierten: ὅτι ἀδίκως ἠνόμησαν εἰς ἐμέ [*porque injustamente han cometido infamia contra mí*].

[90]TL., *iniuste* [*ms. G. et ed.,* iniusti]; Vlg., *iniuste.*

[91]TL., *voto* [*mss. A.,B.,F.,* motu].

[92]TL., *ausibus* [*mss. A.,B.,F.,* usibus].

más arriba: *Sean confundidos*. Pero aquí, con respecto a los que se están iniciando, se dice: **Vuélvanse a mí**, es decir, a Ti. En efecto, bien se entiende que **se vuelve** al Señor el que comienza a entrar en contacto con la comunidad eclesial, es decir, los que ya habían comenzado a temer, pero que aún no habían sido convertidos con toda intencionalidad de espíritu. Añade: **Y los que han conocido tus testimonios**. Ciertamente, aquéllos que ya habían recibido el rocío de la lectura divina, pero que todavía la obra saludable no había acabado de instruirlos. En efecto, no podía decirse *vuélvanse*, con referencia a los perfectos, que brillaban ya tanto por la lectura sagrada como por las obras piadosas.

Verso 80.– **Hágase mi corazón sin mancha en tus justificaciones, para no ser yo confundido** [*Fiat cor meum immaculatum in tuis iustificationibus, ut non confundar*]. Pide que su **corazón se haga sin mancha**, en virtud de la remisión de los pecados, no por la cualidad de sus méritos. En efecto, como al comienzo del salmo se ha dicho, el que ha sido perdonado de sus pecados, ha sido verdaderamente purificado, y no puede revestirse con aquella vestidura nupcial, sino quien ha merecido recibir la pureza, mediante la gracia divina del perdón. En efecto, sólo el que ha recibido el perdón de sus pecados **no es confundido** allí. Y fíjate bien en que, después de tan eminentes virtudes, aquel coro de los santos ruega que *su corazón se haga sin mancha*, a fin de que ningún hombre llegue al engreimiento, en cuanto que lo cierto es que la única santidad es propia de Cristo el Señor. En efecto, el que había confesado haber sido hecho y plasmado por las manos del Señor; el que había dicho que justamente había sido humillado, para poder hacer frente a tan abundantes sufrimientos; el que se ejercitó en los mandatos del Señor y meditó también en sus leyes, no se atreve, sin embargo, a decir que tiene su corazón sin mancha, sino que pide que aquello que todavía no había recibido se haga realidad en la resurrección aquella, donde algunos habrán de escuchar: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que ha sido preparado para vosotros desde el comienzo del mundo* (Mt 25,34), etc. Y observa cómo una sola palabra ha sido aplicada a causas diferentes. Pidió anteriormente que los impíos fuesen confundidos para su enmienda; pero ruega ahora no ser confundido él, a fin de poder escapar de la ruina de la condenación.

11. KAF[93].

Verso 81.– **Mi alma desfalleció en tu salvación, y he esperado en tu palabra** [*Defecit in salutare tuum anima mea, et in verbum tuum speravi*[94]]. Canta el pueblo peregrino en la undécima letra, en la cual confiesa felizmente su extraordinario deseo en la venida del Señor. Enumera también cuántas persecuciones por parte de los soberbios había soportado. Pide, por último, perseverar en los mandatos del Señor, contando siempre con su favor. La palabra *desfallecimiento* se usa también con el sentido de final de una determinada cosa, como por ejemplo: *Las frámeas del enemigo desfallecieron para el final* (Sal 9,7), es decir, para siempre. A veces, se emplea también, para poner de relieve la superabundancia de un deseo, como en el siguiente caso: *Ardientemente anhela y desfallece mi alma por los atrios del Señor* (Sal 83,3). Igualmente, la santa congregación dice aquí que **ha desfallecido** su **alma** en la ardentísima caridad del Señor Salvador.

---

[93] כ]. *Kaf*. Significa *cosa encorvada*. S. Jerónimo: Caph *manus*. S. Ambrosio: *Incipit littera undecima* Caph, *quae Latina interpretatione significat* curvati sunt.

[94] TL., *speravi* [*mss. A.,B.,F.,* supersperavi]; Vlg., *supersperavi*.

En efecto, ésta es costumbre propia de la condición humana: fatigarse y *desfallecer* en aquello que deseamos ardientemente, cuando –al estar en vilo, a causa de la tardanza– no podemos cumplir nuestros deseos. Tal es el caso del padre clementísimo que –llena su alma de ansiedad, por el largo tiempo de incerteza– aguarda a su hijo tan querido, que tarda en llegar; o de la virtuosísima mujer que espera a su amadísimo esposo. ¿Acaso no *desfallecen* con amor ansioso?. ¿Acaso no desean ardientemente poder ya verlos?. Por lo cual, la expresión: *Desfalleció mi alma* significa que el alma está cansada y fatigada, cosa que suele ocurrir como consecuencia de algo que se ansía con extraordinaria intensidad. Consideremos, pues, que este santísimo deseo llegó a fatigarlo por una contención espiritual, grande hasta tal punto de hacer que se derrumbara en un *desfallecimiento* felicísimo. Pero, para que, en modo alguno, se pudiese pensar que tal desfallecimiento es el ocaso de la fe, dice que *desfalleció* **en** la **salvación**, palabra ésta que –en la lengua hebrea– se dice *Jesús*. Y, con el fin de que nadie llegara a poner en duda que esto se ha de entender así, añade: **Y he esperado en tu palabra**, es decir, en el Hijo unigénito, que es *la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios* (1Cor 1,24), de quien en otro lugar también se dice: *La palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros* (Jn 1,14).

Verso 82.– **Desfallecieron mis ojos en tu palabra, diciendo: ¿Cuándo me consolarás?** [*Defecerunt oculi mei in eloquium tuum, dicentes: Quando consolaberis me?*]. Viene repetido el el saludable y positivo desfallecimiento, que no es consecuencia de la flaqueza del espíritu, sino que procede –antes bien– de la gloriosa fortaleza del ánimo. En efecto, anteriormente había dicho que, por el inconmensurable deseo del Señor Salvador, había desfallecido su alma. Dice ahora que, a causa de tal ambición, **han desfallecido los ojos** del corazón. Ciertamente, son ellos –los ojos del corazón– los que pueden hablar interiormente, como está escrito: *He clamado con todo mi corazón; escúchame, Señor* [Sal 118,145]. En efecto, siendo lo común hablar con la lengua, se lee aquí, sin embargo, que son los ojos los que han desfallecido, **diciendo**: **¿Cuándo me consolarás?**. Pero éstos son los ojos del entendimiento, o sea, las luces interiores del corazón[95], que eficazmente suplican al Señor y, con cierta silenciosa palabra, aclaman. Bien es cierto que el hecho de que los *ojos digan* algo no es expresión empleada comúnmente. Convengamos, pues, en que esta clase de locuciones es necesariamente propia de las sagradas Escrituras. Y fíjate también en la fuerza significativa de esta otra expresión, pues ha dicho: **En** la **palabra**, y no: *A causa de la palabra*. *Desfallecer*, a causa de la palabra del Señor, consiste realmente en la privación de todo bien; pero *desfallecer en su palabra* significa aumentar continuamente[96]. Dice, en efecto, que ha soportado por tan largo tiempo este fortísimo desfallecimiento, hasta llegar a aparecer, ante los ojos del corazón, la tan anhelada encarnación del Señor. De donde conocemos claramente que los hombres justos, aunque no hayan visto con los ojos de la carne la venida del Señor, la contemplaron siempre con la luz de la fe, como asimismo, en el Evangelio, dice el Señor a sus discípulos: *Abrahán deseó ardientemente ver mi día; lo vio y se alegró* (Jn 8,56).

Verso 83.– **Porque he sido hecho como odre en la escarcha**[97]**; no he olvidado tus justificaciones** [*Quia factus sum sicut uter in pruina; iustificationes tuas non sum oblitus*]. Puesto

[95]TL., in textu: *lumina cordis* [*mss. A.,B.,* luminaria].

[96]Porque el alma santa nunca se sacia de alimentarse con la palabra de Dios.

[97]Hebr., כִּי־הָיִיתִי כְּנֹאד בְּקִיטוֹר [*porque he llegado a ser como un odre en el humo*]. Los LXX traducen: ὅτι ἐγενήθην ὡς ἀσκὸς ἐν πάχνῃ [*porque he llegado a ser como odre en la escarcha*].

que más arriba había pedido ser consolado, da ahora a conocer la causa de por qué el Señor los[98] debiera socorrer. En efecto, así como **el odre en la escarcha**, privado de su calor natural y expuesto a los rigores del frío, termina por arrugarse, así también el cuerpo de los santos, vaciado del incentivo de los vicios, se siente atraído por el beneficio de la conversión; y, al haberse ablandado de este modo, por suerte tan feliz, acontece lo siguiente: Que **en manera alguna puede olvidar las justificaciones** del Señor. En efecto, el **odre** significa el cuerpo mortal; la **escarcha**, el beneficio [**411**] de la conversión[99], gracias a la cual viene a suceder que nuestra carne –que alegremente saltaba, dando brincos–, en virtud de la aflicción de la penitencia, llega a contraerse. Y en tanto más crece el calor de la fe cuanto más haya sido retirado el odre de la llama corporal. Pero este *odre* –que hace que el alma penitente vaya progresando, a causa de su propia contrición– son los mismos los bienaventurados. Y no consideres como algo indecoroso el hecho de comparar con los *odres* a hombres que están vivos, pues el mismo Señor –que se dispone a hablar sobre la predicación de la fe– dice en el Evangelio: *Nadie echa vino nuevo en odres viejos, pues revientan los odres, se derrama el vino, y los odres se echarán a perder; sino que el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así los dos se conservarán* (Mt 9,17).

Verso 84.– **¿Cuántos son los días de tu siervo, cuándo harás juicio sobre los que me persiguen?** [*Quot sunt dies servi tui*[100]*; quando facies de persequentibus me iudicium?*]. Sabiendo la santa asamblea que los miembros están sujetos a las tentaciones diabólicas hasta el final de los tiempos, pregunta cuándo acabará este mundo, de manera que llegue a hacerse finalmente realidad la venganza preparada para el diablo junto con los que le sirven[101]. Preguntaba esto, no porque quería conocer el tiempo de su vida, sino porque pedía que, cuanto antes, tuviera lugar el juicio futuro, en el que habrá ya descanso para los bienaventurados y la alegría permanecerá sin fin. Pero puede causar extrañeza el hecho de haber deseado conocer el fin de los tiempos, habida cuenta de que, en los Hechos de los Apóstoles, se lee como sigue: *No os toca a vosotros los tiempos o los momentos que el Padre ha dispuesto en su poder* (Hch 1,7). Lo deseó, en primer lugar, porque también los discípulos preguntaron a Cristo el Señor sobre este punto, y fue conveniente que –en la figura de los apóstoles– la santa asamblea preguntara lo que habían de decir. En segundo lugar, se ha de entender así, porque el pueblo bienaventurado deseaba ardientemente el final de los sufrimientos, final que no podía ver, sino después del término de este mundo.

Verso 85.– **Los inicuos me contaron fábulas**[102]**, pero no como tu ley, Señor** [*Narraverunt mihi iniqui fabulationes, sed non ut lex tua, Domine*[103]]. Los **inicuos** son evidentemente los herejes o los judíos, cuya perversa palabrería no sé qué necedades les podía contar, pues, dejado a un lado el orden de la verdad, ponían todo su esfuerzo en propagar las más falsas invenciones. Éstas son

---

[98]TL., *cur illis Dominus debeat subvenire*. Puede extrañar aquí la aparición repentina del dativo plural *illis*. Pero no se debe olvidar que es el pueblo el que, con súplicas, está hablando. O bien habría de suponer que ha querido decir *illi*, en dativo singular.

[99]TL., *conversionis* [*mss. A.,B.,F.,* conversationis].

[100]TL., *servi tui* [*ed.,* servo tuo]; Vlg., *servo tuo*.

[101]TL., *diabolo cum ministris* [*mss. A.,B.,F.,* diabolicis ministris].

[102]Hebr., כָּרוּ־לִי זֵדִים שִׂיחוֹת [*Cavaron para mí los soberbios hoyos*]. Los LXX: διηγήσαντό μοι παράνομοι ἀδολεσχίας [*Los transgresores me han contado habladurías*].

[103]TL., in textu: *lex tua, Domine* [*Domine* abest a mss. A.,B.,F.].

las cosas que discrepan completamente de la ley del Señor, pues la ley enseña[104] la verdad, mientras que éstos se esfuerzan en persuadir con engaños. Vosotros –insensatos, que os separáis de la verdad católica– ved que vuestras enseñanzas son comparadas con insulsas fábulas. ¿A quién creéis vosotros complacer[105], sabiendo que, a causa de tal nombre, sois reprobados por el Espíritu Santo?.

Verso 86.– **Todos tus mandatos son verdad; los inicuos me han perseguido, ayúdame** [*Omnia mandata tua veritas; iniqui*[106] *persecuti sunt, adiuva me*]. Contra aquello que dijo sobre los herejes: *Los inicuos me contaron fábulas*, declara aquí que **todos los mandatos** del Señor **son verdad**. En efecto, la **verdad** dice lo que es verdadero; pero los pérfidos –como con ciertas nubes– luchan por oscurecerla. De hecho, sigue diciendo: **Los inicuos me han perseguido**, esto es, ordenando cosas perversas, aconsejando falsedades y haciendo uso de cualquier otra cosa, por cuyo medio la iniquidad de los perseguidores suele abrirse paso. Añade: **Ayúdame**. Ayúdame, como contra una bestia monstruosa, como contra el enemigo más cruel, como contra un león enfurecido, como contra todas las demás cosas, que la temerosa sospecha nos empuja a evitar.

Verso 87.– **Poco menos que me consumieron en la tierra; pero yo no he abandonado tus mandatos** [*Paulo minus consummaverunt me in terra; ego autem non dereliqui mandata tua*]. Al decir: **Poco menos que me acabaron**, pone de manifiesto la enormidad de la persecución; pero asegura, no obstante, que no le ha faltado el favor del Señor. Por su parte, la expresión: **Me acabaron** indica –a la vez– perfección y defecto, de manera que, si diligentemente entiendes el sentido del asunto, podrás conocer que los mártires fueron hechos más perfectos, como dice el Evangelio: *Ha sido consumado* –es decir, realizado completamente–, *y, diciendo esto, entregó el espíritu* (Jn 19,39). Pero, si te paras a pensar en el gran número de los que mueren, juzgarás que han sido como **consumidos** sin ninguna piedad. **En la tierra**, es decir, en este tiempo, donde los mártires padecieron. Añade: **Pero yo no he abandonado tus mandatos**, es decir, la constancia me ha hecho llegar hasta el final, como se lee en el Evangelio: *El que perseverare hasta el final, ése será salvo* (Mt 10,22).

Verso 88.– **Según tu misericordia, vivifícame, y guardaré los testimonios de tu boca** [*Secundum misericordiam tuam vivifica me, et custodiam testimonia oris tui*]. Después del deseo singular del Señor Salvador; después de la aflicción del cuerpo, expresada mediante la comparación con los odres; después de las gloriosas ofrendas de los sufrimientos, pide ahora ser vivificado, como si aún no hubiera llegado a vivir, prometiendo, al mismo tiempo, guardar los testimonios de la boca del Señor, como si todavía no los guardara. Dice: **Vivifícame**, es decir, estableceme en aquella vida eterna, donde tienen vida los santos, porque allí por ninguna adversidad son perturbados. Por su parte, la expresión: **Y guardaré los testimonios de tu boca** no debe entenderse en el sentido de que, en el presente, no guardara ya dichos testimonios, sino en el sentido de que –con la ayuda del Señor– prometía guardarlos hasta el final de su vida. O bien –como a algunos les gusta– se trata quizá de la voz de los santos, que deseaban el martirio y que, poco antes, habían dicho: *Los inicuos me han perseguido, ayúdame*; y unos instantes después: *Poco menos que me consumieron en la tierra*. Y ésta es la razón por la que consideran que dicha expresión debe ser

[104]TL., *docent*; prop.,*docet.*

[105]TL., *placere* [*ed.,* complacere].

[106]TL., *iniqui*; Vlg., *inique.*

referida al deseo del martirio. En efecto, pedían *ser vivificados*, mediante una muerte gloriosa, de manera que –desechando, por la fe, esta vida presente– llegaran a hacerse merecedores del descanso que no tiene fin, y entonces recibir, más bien, los honores eternos, mientras que los pérfidos creían que habían sido consumidos. Considerando, sin embargo, las flaquezas humanas, dice que ha de serle concedido **según la misericordia** del Señor, que da vida a los muertos y fortaleza en la debilidad.

12. LÁMED[107].

Verso 89.– **En eterno, Señor, permanece tu palabra en el cielo** [*In aeternum, Domine, verbum tuum permanet in caelo*]. Llega el pueblo celestial a la duodécima letra, en la que, narrando el poder y los hechos del Señor, dice que todas las cosas temporales tienen un final, mas sus mandatos nunca hallan un término. Pero, puesto que, más arriba, había dicho: *Poco menos que me consumieron en la tierra*, admirándose del poder del Señor –que no abandona a su Iglesia, aunque pueda ser consumida por atroces persecuciones–, prorrumpe en piadosa exclamación, diciendo que **la palabra** del Señor **permanece en el cielo**, es decir, en cada uno de los santos, a los que de la muerte les da vida y hace que, gracias a la tribulación, se alegren todos aquéllos que, con piadosa humildad, están al servicio de sus mandatos. En efecto, el **cielo** está en aquéllos que viven una vida celestial: en los ángeles, arcángeles y poderes celestiales, en los que, por la pureza de su voluntad, habita la Majestad divina. Ciertamente, en ellos permanece siempre la **Palabra**, porque también ellos, con firmísima deliberación, están continuamente establecidos en el ministerio del Señor. Pero algunos presentan, en este punto, la siguiente cuestión: ¿En qué manera *la palabra permanece en el cielo en eterno*, habida cuenta de que Él mismo dice: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Lc 21,33)?. Pero, aunque estas palabras sean cambiadas, *la Palabra permanece en el cielo*, porque ella habita en todas las realidades celestes, por medio de la dignidad de su Majestad.

Verso 90.– **Por el siglo del siglo tu verdad; tú fundaste la tierra y permanece** [*In saeculum saeculi*[108] *veritas tua; fundasti terram, et permanet*]. La expresión: **Por el siglo del siglo tu verdad** significa los tiempos, en que –con la ayuda de Dios– los dos pueblos creyeron. El primero de ellos es el pueblo de la ley y de los profetas; el segundo, el pueblo de los evangelistas y de los apóstoles, en los cuales está la **Verdad**, es decir, el mismo Cristo el Señor, que les dio el don de creer y de permanecer en el fundamento [**412**] de la fe. Pero por qué no ha de faltar la *verdad* en estos siglos, a continuación lo explica, diciendo: **Tú fundaste la tierra y permanece**. Esto se presta a que se entienda mejor con referencia a los hombres santos, que de tal modo **están fundados** que permanecen en la fe de Cristo el Señor. En efecto, si Él no los hubiese fundado, no habrían podido creer o **permanecer** ni el primer tiempo –es decir, en el de los patriarcas– ni en el segundo, que es el de los apóstoles. Pues, si refieres esto a la tierra, en sentido general, que se lee que está construida en forma de una mole admirable, ¿en qué modo decimos que *permanece* esta tierra, que la enseñanza divina afirma que ha de ser transformada lo mismo que ha de serlo el cielo?.

[107 ל]. *Lámed*. Significa *de la enseñanza*. S. Jerónimo: *Lamed*, disciplinae *sive* cordis. S. Ambrosio: Lamed *littera duodecima incipit*, *cuius interpretatio* cor *vel ut alia interpretatio habet* servo.

[108] TL., *In saeculum saeculi*; Vlg., *In generationem et generationem*.

Verso 91.– **Por tu ordenanza no se acaba el día, porque todas las cosas te sirven** [*Ordinatione tua perseverat dies, quoniam omnia serviunt tibi*]. Cuantas veces la palabra **día** se emplea en número singular, se significa aquel *día* que ha de venir, que es uno y eterno y no tiene noche, acerca del cual está escrito: *Y será para ellos el Señor la luz eterna* (Is 60,19). Y, para que nadie crea que cabe discutir sobre tan gran milagro, añade[109]: **Porque todas las cosas sirven** al Creador, que dispone las cosas temporales y eternas, según su voluntad. Pero puede surgir aquí cierta cuestión acerca de los infieles, que no sirven al Señor, en cuanto que están separados de su adoración. Sin embargo, también éstos le **sirven**, cuando les llega el momento del juicio. En efecto, no es dejado en libertad aquél que –sabido es– que va a ser castigado. O, tal vez, por la expresión: **Todas las cosas**, debemos entender aquellas cosas, con referencia a las cuales se afirmaba que su día será perpetuo, porque en ningún tiempo sufren las tinieblas de la infidelidad.

Verso 92.– **Si no hubiera sido porque tu ley es mi meditación, entonces de cierto habría perecido en mi humildad**[110] [*Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc forte periissem in humilitate mea*]. **Si no** hubiese tenido los beneficios de la meditación de la ley, para no ceder en las adversidades y mantener la constancia de la fe, despreciando los peligros, en medio de las calamidades, a las que estuvo expuesto, si no hubiese sido así, afirma que habría podido perecer. Todo esto, a fin de que entendamos cuánto nos regala **la meditación de la ley**, que lo pudo liberar de tan ingentes peligros. Ciertamente la *meditación de la ley* es la que lo instruyó, para pensar o hacer, de manera que –como informado por un consejero[111] interior– pudiera superar, cual vencedor intrépido, tan crueles tormentos. Pero dice: **En** su **humildad**, o sea, en las aflicciones que soportó, con piadosa voluntad y de las cuales se alegra haber sido liberado, cuando mereció llegar al martirio de los santos. En efecto, la *humildad* se sufre, obligados por la necesidad, y se la asume por la voluntad. Aquélla la padecen los reos de crímenes; ésta la practican los más santos en pureza.

Verso 93.– **En eterno, no me olvidaré de tus justificaciones, porque en ellas me has vivificado** [*In aeternum non obliviscar iustificationes tuas, quia in ipsis vivificasti me*]. Después de los dones que –por la clemencia del Señor– mereció obtener, promete una absoluta entrega. Otras cosas, tal vez, pueden caer de la memoria, pero ninguno de los fieles olvida el beneficio, por el que se da la vida. Forzoso era, por ello, que *se acordara siempre* de aquellas **justificaciones**, por las que sabía haber recibido el regalo de la vida. Pero –como ya se ha dicho más arriba– las *justificaciones* son el entendimiento de realidades futuras, por medio de causas temporales. Por ejemplo, el cordero sin mancha, que se inmolaba en la fiesta de Pascua; el mar Rojo, que dejó expedito el camino hacia la salvación; el pueblo, que recibió la tierra prometida, bajo la guía de Josué. Sabido es, en efecto, que todas estas cosas han ofrecido sólo los indicios para un perfecto cumplimiento futuro. Por consiguiente, de ningún modo debemos **olvidar** estas justificaciones, que nos dieron los comienzos de la fe. En efecto, nadie puede reconocer de manera perfecta la gracia del don, si no recuerda también por qué tuvieron origen los inicios de las cosas.

---

[109]TL., in textu: *addidit* [*ed.,* adiecit].

[110]Hebr., לוּלֵי תוֹרָתְךָ שַׁעֲשֻׁעָי אָז אָבַדְתִּי בְעָנְיִי [*Si tu ley no hubiese sido mi delicia, ya habría perecido yo en mi aflicción*]. Los LXX: εἰ μὴ ὅτι ὁ νόμος σου μελέτη μού ἐστιν τότε ἂν ἀπωλόμην ἐν τῇ ταπεινώσει μου [*Si no fuera porque tu ley es mi meditación, entonces habría perecido en mi humillación*]. En la traducción latina, el adverbio *forte* no se debe entender en sentido dubitativo, sino afirmativo.

[111]TL., in textu: *consiliario* [*mss. A.,B.,F.,* consolatorio].

Verso 94.– **Yo soy tuyo, sálvame, porque he escudriñado tus justificaciones** [*Tuus sum ego, salvum me fac, quoniam iustificationes tuas exquisivi*]. Comoquiera que, en el salmo veintitrés, se lea : *Del Señor es la tierra y su plenitud, el orbe de las tierras y todos los que habitan en ella* (Sal 23,1), este coro, confiando en no sé qué recompensa de gracia especial del Señor, dice: **Yo soy tuyo**. Las palabras *yo soy tuyo* no puede decirlas, en verdad, aquél que se conduce con una vida deshonesta. Ciertamente, el que es esclavo de los vicios no merece tener como suyo al Señor de los santos. Así, el apóstol Pablo, que clamaba: *Para mí vivir es Cristo, y una ganancia morir* (Flp 1,23), pudo usar, sin avergonzarse[112], esta expresión. Y también: *Ya no vivo yo, sino Cristo vive en mí* (Gál 2,20), y otros lugares semejantes. También se ha de tomar en consideración el hecho de que, aun habiendo declarado que él es ya del Señor, pide todavía **ser salvado**. Ser salvado, ciertamente, en aquel juicio futuro, tiempo en que los bienaventurados son admitidos en el descanso sempiterno. Pero por qué, de manera constante, se pida esta salvación, a continuación lo dice: **Porque he escudriñado tus justificaciones**. Otros, en efecto, ambicionan los honores, buscan las uniones carnales ilícitas, codician los placeres del mundo. Pero éste consideraba –como riquezas de inestimable valor para sí– **escudriñar las justificaciones** del Señor con deseo inagotable. Se ha de averiguar también por qué hace referencia, tantas veces, a estas *justificaciones.* Ciertamente, para que nadie considere que se han de descuidar tales hechos del Antiguo Testamento, llenos de tan gran valor significativo.

Verso 95.– **Me observaron con cuidado los pecadores para perderme; tus testimonios he entendido** [*Me exspectaverunt peccatores ut perderent me; testimonia tua intellexi*]. La expresión: **Observaron atentamente para perder** se refiere al hecho de que los consejeros del mal actuaban con lisonjas, para dañar su alma con la herida de la perversidad. Pues, de haberse tratado de causar un daño inmediato, no habría dicho: **Observaron con cuidado**, sino: *Se dieron prisa*. En efecto, más grave es esta persecución, que deja en suspenso la corona del martirio y no cesa de aconsejar la muerte del alma. Pero da a conocer el remedio, mediante el cual la podría evitar. En efecto, **al entender los testimonios** del Señor, no podía ser arrastrado a los vicios abominables. De lo cual aparece claro que sólo son arrebatados los que, por la iluminación del Señor, hubieren sido liberados de tal peligro[113]. Pero demos a la expresión: **He entendido** el sentido de *he puesto en práctica*, como en otro salmo se dice: *Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre* (Sal 40,1). En efecto, ¿qué podía aprovechar al pobre, ser entendido sólo como necesitado, si con ningún bien se lo socorría?. Por tal razón, el entendimiento de los santos mandatos consiste en el ejercicio de las buenas obras.

Verso 96.– **He visto el final de toda consumación**[114]**; tu mandato es espacioso en extremo** [*Omnis consummationis vidi finem; latum mandatum tuum nimis*]. Había entrado en las riquezas de la profundidad de Dios; había visto aquello que, por partes, no se podía explicar. Ha concluido, finalmente, con una breve sentencia cuantas cosas se habían de decir. Declara, en efecto, **haber visto el final de toda consumación**. La **consumación** es, sin duda alguna, la perfección

[112]TL., in textu: *impudenter* [*ms. F.,* prudenter].

[113]TL., in textu: *periculo* [*mss. A.,B.,* martyrio].

[114]Hebr., לְכָל תִּכְלָה רָאִיתִי קֵץ [*A todo lo perfecto le he visto un límite*]. Los LXX: πάσης συντελείας εἶδον πέρας [*De toda perfección e visto un límite*]. El sentido es: todo lo que aquí se considera perfectamente acabado tiene, sin embargo, un límite, pero el mandamiento del Señor no tiene fin.

absoluta de todas las virtudes. Para él **el final de la consumación** es Cristo, a quien rectamente dice **haber visto**, porque –un vez iluminado su espíritu– ha creído que Él había de venir. Pero, si quisieras entender esto en sentido literal, cabría otra interpretación de la siguiente manera: Pues, para las cosas materiales parece estar impuesto siempre un límite, los mandatos del Señor no tienen, sin embargo, final alguno, porque se extienden con inabarcable poder. Por tal motivo, esto está expresado así, para que nadie desee ansiosamente las ostentaciones de este mundo y busque con afán extraordinario los **mandatos** del Señor, los cuales –como bien es sabido– son *extremadamente espaciosos*. Y no carece de importancia el hecho de que haya dicho: **Tu mandato es espacioso en extremo**, significando, ciertamente, el amor que se nos manda tener a Dios y al prójimo. Pues, ¿qué puede decirse que es más espacioso que aquello que encierra toda la ley y las palabras de todos los profetas? [Mt 22,40]. De este amor [**413**] dice el Apóstol: *El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado* (Rom 5,5).

13. MEM[115].

Verso 97.– **¡Cómo he amado tu ley, Señor! Todo el día ella es mi meditación** [*Quomodo dilexi legem tuam, Domine! Tota die meditatio mea est*]. El pueblo bienaventurado, que había avanzado gracias a la asidua meditación de los profetas y del Evangelio, viene introducido en esta letra para tomar la palabra, afirmando que él ha entendido los mandamientos divinos por encima de los maestros y ancianos, y da testimonio –por ello– de que más que un panal de miel ha llegado a ser para su boca la dulzura de las Escrituras divinas. Al decir: **¡Cómo!**, anticipa que va a hablar sobre en qué modo **ha amado la ley** del Señor con voluntad particular. Dice, por tanto, que *ha amado la ley*, no que la ha temido, pues conviene que los hombres santos pongan en práctica los preceptos del Señor por amor, no por temor mundano. En efecto, más grato es que el que ama algo lo realice, que el que sólo teme de mala fe. Pero *cómo ha amado*, de inmediato lo expresa, diciendo: **Todo el día ella es mi meditación**. Por la expresión: **Todo el día** debemos entender un tiempo continuado, como en otro lugar se lee: *Bendeciré al Señor en todo tiempo, siempre su alabanza en mi boca* (Sal 33,1). En efecto, el santo conocimiento poseyó siempre el día, el cual –una vez iluminado el corazón– no conoció las tinieblas de la incredulidad. ¡Oh indeficiente meditación, a la que no le basta el día de este tiempo!. Y, a fin de que creamos que la debilidad humana pudo ser capaz de estar en meditación continua, la siguiente consideración –según pienso– será suficiente, esto es: si alguien, en atención al Señor, se propone realizar una cosa cualquiera con la debida moderación –por ejemplo, si come con sobriedad, si duerme durante el tiempo adecuado– está meditando la ley del Señor en todas las cosas, porque se avalora a sí mismo, en virtud una acción honesta y digna de aprobación, como dice el Apóstol: *Por tanto, ya comáis, ya bebáis o cualquier otra cosa que hagáis, hacedlas todas para gloria de Dios* (1Cor 10,31).

Verso 98.– **Por encima de mis enemigos me hiciste prudente a causa de tu mandato; porque en eterno es para mí** [*Super inimicos meos prudentem me fecisti mandato tuo; quia in aeternum mihi est*]. Dice: **Por encima de mis enemigos**. En la palabra **enemigos**, hemos de ver aquí a los obstinados judíos, herejes o paganos, que o bien no entendieron en modo alguno los preceptos del Señor, o nunca quisieron, con perversa voluntad, ponerlos en práctica. Sigue: **Me**

[15 מ]. *Mem*. Significa *de ellos mismos*. S. Jerónimo: Mem *ex ipsis*. S. Ambrosio: *Incipit littera tertia decima, quae dicitur* Mem*, quod sonat in latino* ex intimis*, et, ut alii,* ignis ex ultimis*, et utrumque non discordat a textu.*

hiciste prudente. Ciertamente, porque acogió devotamente los mandatos del Señor y los guardó con verdadera integridad[116]. Añade la causa por la que *había sido hecho prudente por encima de sus enemigos*: **A causa de tu mandato**. En efecto, obedeciéndolo fielmente, sobrepasó, sin duda alguna, a todos los que andaban equivocados. He aquí verdaderamente el feliz honor, he aquí que el reino de los buenos pasa por encima de los soberbios, sobrepuja a las potestades del mundo y persiste –afianzado el espíritu– en la santidad de la humildad. Añade: **Porque en eterno es para mí**, es decir, tu mandato. Pero preguntémonos cuál es el mandato que permanece, una vez que este mundo acaba. Se trata, ciertamente, del mandato del amor a Dios y al prójimo. En efecto, allí amamos al Señor, por encima de todas las cosas, y amamos también al prójimo perfectísimamente, como nos amamos a nosotros mismos. Con razón, pues, decía que había de ser guardado **en eterno** este mandato, por el cual los bienaventurados gozan sin cesar con conocimiento santo.

Verso 99.– **Más que todos los que me enseñaban he entendido, porque tus testimonios son mi meditación** [*Super omnes docentes me intellexi, quia testimonia tua meditatio mea est*]. Si se quisiera entender este verso en el sentido de estar por encima de Moisés, de los profetas o de los apóstoles, que instruyeron a la Iglesia del Señor en la integridad de la fe, parecería discrepar de la santísima humildad de los bienaventurados. Pero comprendamos bien el verso anterior y se podrá ver cómo toda artificiosa objeción desaparece. En efecto, anteriormente no dijo estar por encima de los padres, sino *por encima de los enemigos*, los cuales enseñaron la ley del Señor, llevados de una voluntad perversa. De hecho, aquí arguye –reprobándolos[117]– contra los maestros, con referencia, sin duda, a los fariseos, los cuales, ateniéndose sólo a la letra de la ley, dejaban a un lado su sentido espiritual. También el Señor, en el Evangelio, polemiza frecuentemente contra éstos. Pero su corazón de piedra no mereció gustar la razón de la verdad. Con toda razón, pues, dice la multitud evangélica que **había entendido más que todos** estos doctores, porque, rechazadas sus perversidades, recibió la auténtica enseñanza del Señor Salvador. Ahora bien, por qué *había entendido más*, seguidamente lo dice: **Porque tus testimonios son mi meditación**. En efecto, para aquéllos que, con falsísimo convencimiento, pensaban algo muy alejado de lo que había sido dicho, *los testimonios del Señor no eran su meditación*.

Verso 100.– **Mejor que los ancianos he entendido, porque he escudriñado tus mandatos** [*Super omnes seniores*[118] *intellexi, quia mandata tua exquisivi*]. No hay aquí altiva jactancia, sino verdad. Llamamos **ancianos** a los hombres preclaros, por la madurez de su sabiduría, y a los que nos llevan larga delantera en edad. Sobre ellos está escrito: *Pregunta a tu padre y te lo hará saber, a tus ancianos y te lo dirán* (Dt 32,7). Llamamos también *ancianos* a los que, aun siendo maduros en cuanto a la edad, sin embargo, son muy poco juiciosos, a causa de su predisposición al pecado, tales como aquéllos, a cuyo respecto dice el Evangelio: *Formaron consejo los sacerdotes, junto con los ancianos, para entregarlo a la muerte* (Mt 26,3.4). Llama ahora *ancianos* no a los canos de espíritu, sino de cuerpo. Con razón, dice que **había entendido mejor**, porque aquéllos despreciaron al Señor con espíritu sacrílego, mas éste lo veneraba como a su Creador. Efectivamente, con frecuencia, los jóvenes entienden mejor las divinas Escrituras que los mismos ancianos. Como entendió Jacob, que se presentó, para ser bendecido, y recibió el fruto

[116]TL., in textu: *veram illis integritatem servavit* [*mss. G. et ed.,* vera illis integritate servivit].

[117]TL., in textu: *reprobat* [*ed.,* probat]. Se prefiere la segunda.

[118]TL., *seniores*; Vlg., *senes.*

de la primera bendición, que correspondía a su hermano Esaú. Como entendió Samuel, mejor que el sacerdote Elí. O Daniel, mejor que los mentirosos ancianos, a los que él mismo –lleno del Espíritu de Dios– condenó a muerte. Mejor, ciertamente, que aquel antiguo pueblo judío *entendió* el nuevo pueblo, que felizmente[119] recibió a Cristo el Señor; mejor entendió éste que aquel otro, que creyó que el Señor merecía ser despreciado hasta la muerte. Y, para justificar estas cosas, mediante el testimonio de la verdad, declara, a continuación, por qué motivo *había entendido mejor que los ancianos*. Dice: **Porque he escudriñado tus mandatos**. En efecto, si los ancianos *hubiesen escudriñado los mandatos* del Señor, jamás habrían podido los jóvenes tomarles la delantera en la prudencia. Y observa cómo guarda el orden de la verdad, pues dice: **Tus mandatos**. Ciertamente, no los mandatos de los hombres perversos, acerca de los cuales está escrito: *Pues, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya, no se sometieron a la justicia de Dios* (Rom 10,3).

Verso 101.– **He alejado mis pies de todo mal camino, para guardar tu palabra** [*Ab omni via mala prohibui pedes meos, ut custodiam verbum tuum*[120]]. De este verso aparece, con toda evidencia, que aquéllos antes referidos –los enemigos, desconocedores de la ley del Señor; los maestros, impedidos por la ceguera de la impericia, y los ancianos– no estuvieron en posesión de la firmeza profunda de la fe, porque dice que él *alejó sus pies de todos sus malos caminos*, a fin de no ser trastornado por su perversidad. En efecto, aquella explicación es la explicación más cierta, en cuanto que la misma autoridad declara ser semejante a un relámpago. Pero veamos qué nos aportan a nosotros las palabras de este verso. La expresión: **De todo mal camino** significa las perversas y pésimas creencias de los herejes, por medio de las cuales halagan con encanto funesto. Dice también: **He alejado mis pies**, como si éstos desearan ir allí donde se pudieran precipitar en lo hondo de una oscura fosa. Ciertamente, la culpa del pecado original nos arrastra siempre, inclinados al pecado. Y, si la gracia del Señor no nos protegiera [**414**], seríamos facilísimamente engañados, por medio de sugestiones perversas. Efectivamente, aquel alejamiento es saludable, al no permitir, con la ayuda del Señor, que se lleve a efecto aquello que se halla lleno de peligros. Por su parte, las palabras **mis pies** significan el asentimiento del espíritu, que –a modo de la huella, que deja el pie– nos conduce a la culpa y nos empuja a pisar malos caminos, a no ser que la piedad de Dios nos alejare de ellos. Sigue: **Para guardar tu palabra**. Ciertamente, pues, la palabra del Señor de otro modo no podía ser guardada, sino tras el decidido rechazo de aquella pestilente creencia, como dice el Apóstol: *No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios; no podéis ser partícipes de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios* (1Cor 10,20-21).

Verso 102.– **De tus juicios no me he apartado, porque tú has puesto la ley para mí**[121] [*A iudiciis tuis non declinavi, quia tu legem posuisti mihi*]. Explica con esto lo que anteriormente dijo: *He alejado mis pies de todo camino malo*, es decir, para **no apartarse**, en modo alguno, de sus juicios. En efecto, entonces es como se guarda la integridad de la perfecta felicidad: cuando se rechaza la perversa iniquidad de los herejes. Dice, pues: **De tus juicios**, esto es, de los juicios que estableció tu santa voluntad, dándonos así la regla de nuestras vidas. *No apartarse* de ellos, o lo que es lo mismo: permanecer en el camino recto, llegar al reino de los cielos. Sigue la razón

[119]TL., in textu: *feliciter* [*mss. A.,B.,* fideliter].

[120]TL., in textu: *verbum tuum* [*mss. A.,B.,F.,* verba tua].

[121]Hebr., כִּי־אַתָּה הוֹרֵתָנִי [*porque tú me has enseñado*]. Los LXX: ὅτι σὺ ἐνομοθέτησάς μοι [*porque tú me has dado leyes*].

digna de alabanza: **Porque tú has puesto la ley para mí**. Habiendo dado la ley, por medio de Moisés, y habiendo ordenado guardarla de manera inalterable y no inadecuadamente, podemos entender que, cuando dice aquí: *Porque tú has puesto la ley para mí*, se está refiriendo al Evangelio. En efecto, aquella ley, que Dios dio al pueblo, a través de Moisés, hizo las veces del pedagogo; pero esta otra –el Evangelio– ofreció el efecto de toda plenitud. Con razón, pues, el pueblo santo se alegraba de la misma ley, que –al creer– ya había recibido. Mira, después, lo que sigue.

Verso 103.– **¡Cuán dulces a mis fauces tus palabras, más que la miel y el panal para mi boca!** [*Quam dulcia faucibus meis eloquia tua, super mel et favum ori meo*[122]*!*]. Estas comparaciones, aunque parezcan contener algo muy importante, no pueden igualarse, con todo, a las realidades espirituales, si no se ponen siempre por delante las palabras **más que**, como ya, en la novena letra, quedó dicho: *Bueno es para mí la ley de tu boca, más que millares de oro y de plata*, de manera que conozcas que aquellas cosas que, ciertamente, son muy importantes para los hombres están, sin embargo, muy por debajo de la felicidad divina. De este modo, no cabiendo en sí de gozo por la gran abundancia de riquezas espirituales, el pueblo bienaventurado exclama: **¡Cuán dulces a mis fauces tus palabras!**. Al decir: **¡Cuán!**, ha profesado que la dulzura es para él verdaderamente grande, pero no cuán hubiese podido expresar con la lengua. Ahora bien, si toda clase de gusto se percibe por el paladar, ¿cómo entender que se diga aquí: **A mis fauces**. En efecto, las **fauces** son el conducto de nuestra garganta, donde, una vez tragada la comida, ya no se siente ningún sabor placentero. Sin embargo, quien se disponía a hablar cumplidamente de la palabra del Señor empleó, de manera admirable, dicha parte de la boca, para llegar prontamente a las interioridades de nuestro corazón. En efecto, las **palabras** del Señor no se saborean en el paladar, sino que se hacen dulces una vez hayan sido deglutidas. Sigue: **Más que la miel y el panal para mi boca**. La **miel** hace referencia al Antiguo Testamento; el **panal**, sin duda, al Nuevo. En efecto, aunque ambas cosas sean dulces, sin embargo, la dulzura del *panal* es mayor, porque está colmado de una mayor gracia de novedad. También puede entenderse la *miel* en el sentido de la doctrina evidente de la sabiduría. Pero el *panal* significa las cosas que están escondidas en ciertas pequeñas y profundas celdas. Ambas cosas pueden encontrarse, sin duda, en las sagradas Escrituras. Añade: **Para mi boca**, puesto que, verdaderamente, proclamaba con la boca aquella misma sabiduría que había deglutido con las *fauces*. Así dice también el profeta Ezequiel, refiriéndose al Señor: *Y me dijo: Hijo de hombre, lo que has encontrado cómelo, y devora este volumen, y ve a hablar a la casa de Israel. Y lo comí, y se hizo en mi boca como dulce miel* (Ez 3,1-3).

Verso 104.– **A causa de tus mandatos he entendido; por eso he odiado todo camino de iniquidad** [*A mandatis tuis intellexi; propterea odivi omnem viam iniquitatis*]. Perfectamente instruido, había recibido la ley del Señor: *Hijo,no te pongas en camino con los impíos; desvía tu pie de sus sendas, porque sus pies corren hacia el mal, y son veloces para derramar sangre* (Prov 1,15-16). También había escuchado: *Porque he aquí que los que se alejan de ti perecerán; hiciste que se perdieran todos los que fornican de ti* (Sal 72,27). Y en otro lugar: *Vosotros que amáis al Señor, odiad el mal* (Sal 96,10). Y todo lo demás que, en este sentido, ofrece la lectura divina. En efecto, habiendo escuchado tales cosas en los mandatos del Señor, **entendió** que el **camino de la iniquidad** –que en ningún modo podía agradar al justo Señor– había de ser **odiado**. En efecto,

[122]TL., *super mel et favum ori meo*; Vlg., super *mel ori meo.*

deben ser odiadas las realidades mundanas, de suerte que todo el afecto quede consagrado a las realidades del cielo. Conviene, efectivamente, que aborrezcamos las cosas que son malas, porque, a veces, la necesidad impide que nos apartemos de las perversidades, porque el espíritu que, con cierta delectación, las hubiere consentido, se hace cómplice de ellas. Pero la voluntad de los fieles se aleja de aquellas cosas, que con odio había condenado, de manera que –ni por el deseo ni por las obras– llegue a ensuciarse aquél que, con tal execración, purifica su espíritu.

14. NUN[123].

Verso 105.– **Lámpara para mis pies es tu palabra, Señor, y luz para mis senderos** [*Lucerna pedibus meis verbum tuum, Domine, et lumen semitis meis*]. Después de la decimotercera letra, la muchedumbre bienaventurada llega a la decimocuarta, en la que se alegra de que la **luz** de la palabra del Señor brille **para sus pies**, encomendando su alma con humildísima contrición y pidiendo las retribuciones del Señor con el deseo de los premios, no con el terror de la venganza. Sabiendo, por tanto, que la noche de este mundo está enredada en diferentes circunstancias adversas –tales como trampas, rocas, desolaciones profundas– atestigua que la *palabra del Señor brilla para sus pies*, de tal suerte que la ausencia de la verdadera luz no lo haga caer en la desgracia, desgracia que –contando sólo con sus propios medios– le sería imposible evitar. Pero por **palabra** debe entenderse aquí aquello que, mediante las santas Escrituras, fue sembrado por la boca de los profetas. Bien denotó este hecho, acudiendo al nombre de **lámpara**, esto es, lumbre de la que los hombres se sirven, para combatir la oscuridad cerradísima de la noche, como dice el apóstol Pedro: *Tenemos la palabra más segura de los profetas, a la cual hacéis bien en prestar atención, como a lámpara que luce en lugar oscuro* (2Pe 1,19). Del mismo modo, también el Señor dice a los apóstoles: *Estén vuestros lomos ceñidos y vuestras lámparas ardiendo* (Lc 12,35). *Ardiendo*, bien ha dicho aquí el evangelista, con referencia a las doncellas necias que, al faltarles el aceite, no pudieron estar listas, para esperar al Esposo [Mt 25,1-13]. Pero, aquella *Palabra* –consustancial al Padre en su naturaleza divina– no puede ser llamada *lámpara*, en cuanto que ella es la **luz** *que ilumina a todo hombre, viniendo a este mundo* (Jn 1,9), como también Él dice, refiriéndose a sí mismo: *Yo soy la luz del mundo* (Jn 8,12). De hecho, esta diferenciación aparece también, en el Evangelio, donde, acerca de Juan, Él mismo dice: *Él era la lámpara, que arde y que alumbra* (Jn 5,33). Y también: *No era él la luz, sino que ciertamente fue enviado, para dar testimonio de la luz* (Jn 1,8). Sigue: **Y luz para mis senderos**. Ha mantenido la misma metáfora, diciendo que *la palabra del Señor* –esto es, los dichos de los profetas– han dado **luz a** sus **senderos**. Iluminados en el corazón, mientras se nos instruye, para hacer el recorrido de una vida honrada, por estos *senderos* caminamos con pasos verdaderamente rectos[124].

Verso 106.– **He jurado y determinado**[125] **guardar los juicios de tu justicia** [*Iuravi et statui custodire iudicia iustitiae tuae*]. Después de aquella iluminación de la palabra, que declaró que brillaban para sus pies, veamos, ahora, si –contra lo preceptuado– al pueblo bienaventurado le estuviese permitido **jurar**. En efecto, está escrito en el Evangelio: *No jurarás* [**415**] *ni por el cielo,*

[23 נ]. *Nun*, que significa *único, sus pastos, sempiterno.* S. Jerónimo: Nun, *sempiternum*. S. Ambrosio: Num *littera hebraea est quarta decima, cuius interpretatio est* unicus *vel in alia interpretatione* pascua eorum.

[124]TL., in textu: *rectis* [*ed.,* directis].

[125]Hebr., נִשְׁבַּעְתִּי וָאֲקַיֵּמָה [*Juré y ratifiqué*]. Los LXX: ὀμώμοκα καὶ ἔστησα [*He jurado y he determinado*].

ni por la tierra, ni por Jerusalén, ni por tu cabeza (Mt 5,34), etc. Pero *jurar* no siempre significa prestar juramento, mediante el cual –invocando a la Divinidad– nos comprometemos solemnemente a no abandonar, a voluntad propia, aquello que hemos prometido. Así también, aquel pueblo santo había decretado y determinado para sí mismo **guardar los juicios** del Señor, en medio de cualquier clase de peligros. De hecho, incluso el mismo nombre indica la causa. En efecto, el verbo latino *iurare* viene de *iure orare* [orar justamente], es decir, hablar con equidad, de manera que nadie –engañado– pueda desviar a otra parte aquello que ha prometido. Así, en efecto, *juran* –o sea, están establecidos firmemente– los santos, que ya han sido fortalecidos por el favor divino. En el Evangelio, el Señor –que había venido a salvar a los pequeños y heridos– ordena justamente a los débiles que se guarden con temor de prometer algo que, contando sólo con sus propias fuerzas, nunca podrán cumplir. Por su parte, los **juicios de la justicia** consisten en exaltar a los humildes, humillar a los soberbios y, por el don de su misericordia, levantar a los que están postrados, merced a un humilde arrepentimiento. El siguiente verso habla de esto.

Verso 107.– **He sido humillado en gran manera, Señor; vivifícame, según tu palabra** [*Humiliatus sum usquequaque, Domine; vivifica me secundum verbum tuum*]. Al decir los miembros de Cristo que han sido **humillados en gran manera**, manifiestan haber sufrido los peligros de numerosas persecuciones. Por ello piden **ser vivificados,** según las promesas del Señor, porque estaban establecidos en la muerte, a causa de su naturaleza carnal[126]. **Según tu palabra**, esto, según aquella promesa, que dice: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os restableceré* (Mt 11,28), y otras cosas semejantes. Saben también que, por medio de esta humildad, Cristo el Señor venció la soberbia del diablo; saben que, mediante el sufrimiento, fue derrotado el poder de la muerte; saben que el Señor ha sopesado todas las cosas, que ordenó que soportaran sus santos. Y, con razón, piden –en su humildad– los remedios, a través de los cuales tenían la certeza de que habrían de ser salvados. Por esta humildad, los fieles avanzan sobre los reinos; por esta humildad es vencida la tiránica soberbia; por esta humildad, los mártires viven eternamente. Y no puede decirse que es perfecto aquél que está privado de tal virtud.

Verso 108.– **Haz agradables lo voluntario de mi boca**[127]**, Señor, y enséñame tus juicios** [*Voluntaria oris mei beneplacita fac, Domine, et iudicia tua doce me*]. Comoquiera que antes había dicho *haber sido humillado por todas partes*, con objeto de que no entiendas que tal hecho fue consecuencia, acaso, de circunstancias fatales, añade que **lo voluntario de su boca** pudieran ser como gratísimos sacrificios delante del justo Señor, ofrendas que el espíritu piadoso presentaba en medio de crueles angustias. Muy agradable es, en efecto, alabar al Señor en la calma, pero es mucho más excelente hacerlo en la tribulación, cuando la fragilidad del cuerpo –muy a pesar de la opresión del dolor– no queda en absoluto vencida, antes al contrario, el alma se eleva feliz en las alabanzas del Señor. Así, pues, *lo voluntario de la boca* son los sacrificios, el ofrecimiento de votos de alabanza, no en consideración de cosa mundana alguna, sino como muestra de la propia entrega sin reservas, es decir: amar al Señor por ser quien es y honrar al Creador, *que deja caer la lluvia sobre justos e injustos* (Mt 5,45), porque su bondad no tiene medida. Pide, por tanto, que la religiosa entrega de sí mismo sea grata al Señor, de manera que –bien dispuesto por la ofrenda– **le enseñe**

[126]TL., in textu: *carnali* [*mss. A.,B.,F.,* carnales].

[127]Hebr., נִדְבוֹת פִּי רְצֵה־נָא יְהוָה [*Las ofrendas de mi boca te sean agradables, Señor*]. Los LXX: τὰ ἑκούσια τοῦ στόματός μου εὐδόκησον δή κύριε [*Las cosas voluntarias de mi boca apruébalas, por favor, Señor*].

sus **juicios**, aquellos juicios que se digna revelar a las almas fieles. Pero consideremos el glorioso ardor del corazón, en cuanto que siempre sigue pidiendo con ansia lo que afirma haber recibido ya muchas veces, como en la novena letra dice: *Hiciste bondad con tu siervo, Señor, según tu palabra*. Y también: *Enséñame bondad, disciplina y ciencia*. Pues ambas cosas se entienden, conforme a esta misma manera. En efecto, siempre se ha de esperar allí de donde –pidiendo– siempre se obtiene.

Verso 109.– **Mi alma siempre en tus manos; y no he olvidado tu ley** [*Anima mea in manibus tuis*[128] *semper; et legem tuam non sum oblitus*]. Pues la iniquidad de los latrocinadores persiguiera el **alma** del justo y, mediante trampas diversas, quisieran éstos atraparla, muy sabiamente dice que ella –su alma– está puesta **en las manos** del Señor, donde fuerza ninguna de malhechor alguno nunca podrá alcanzarla, como está escrito: *Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no los alcanzará el tormento de la muerte* (Sab 3,1). Y también: *Mis ovejas escuchan mi voz* (Jn 10,27). Y un poco más abajo: *Y nadie las arrebatará de mi mano* (Jn 10,28). Añade el adverbio **siempre**, para poner de manifiesto que nunca las deja –ni siquiera por un instante– a merced de engañosas y ocultas acciones. Por su parte, la expresión: **En las manos** significa *en el poder de*, porque el Señor gobierna saludablemente a cuantos acogieron su sentencia. Sigue por qué razón cree que su alma está puesta en las manos del Señor: ciertamente, porque **no ha olvidado** su **ley**. En efecto, de este modo nos hallamos bajo su protección: si en nada nos desviamos de sus saludables mandamientos. En todas partes y en todo tiempo, esto es lo que se nos ordena y particularmente se nos recuerda: que de tal modo vivamos en la ley del Señor que nunca nos separemos de ella.

Verso 110.– **Me pusieron un lazo los pecadores; y no me desvié de tus mandatos** [*Posuerunt peccatores laqueum*[129] *mihi; et a mandatis tuis non erravit*]. **Pusieron** significa aquí *tendieron* y *pertrecharon*. En efecto, *ser puesto*, sin más, es algo propio de quien se despreocupa de una cosa. Y tampoco caza pájaros el **lazo**, al que no se le pone un cebo, sino que con más eficacia engaña aquello que más suavemente acaricia. En efecto, estuvo pertrechado de treinta monedas de plata el *lazo del* diablo, cuando capturó a Judas y lo apretó hasta ahogarlo (Mt 27,3). Es el mismo lazo, que rodeó a Saúl con el celo de la soberbia (1Sam 15,20). El mismo, que atenazó a Caín por la envidia de su hermano (Gén 4,8), y cosas semejantes a éstas, con que la insania diabólica arremete continuamente contra la prolongadísima vida de este mundo. En efecto, en esta selva del mundo, tantos lazos encuentras cuantos vicios puedas observar. Pero nada terrenal pudo prevalecer sobre esta santa comunidad, que[130] se condujo con comportamiento propio del cielo, como en otro salmo se dice: *Nuestra alma, como pájaro, escapó del lazo de los cazadores. El lazo fue roto y nosotros fuimos liberados* (Sal 123,7). Sigue el antídoto celestial, que lucha contra los venenos de este mundo, y que es éste: que, en modo alguno, se apartó de **los mandatos del Señor**. En efecto, quien no se aparta de ellos, no es apresado por ningún engaño, porque las trampas están junto a ellos, no en ellos.

Verso 111.– **He adquirido como heredad tus testimonios en eterno, porque ellos son la alegría de mi corazón** [*Haereditate acquisivi testimonia tua in aeternum, quia exsultatio cordis*

[128]TL., *tuis*; Vlg., *meis.*

[129]TL., in textu; *laqueum* [*ms. G. et ed.,* laqueos]; Vlg., *laqueum.*

[130]TL., *qui*; prop., *quod*, al ser el antecedente *collegium*.

mei sunt]. De muchos modos, ciertamente, se dice que una lucrativa propiedad es **adquirida**. Pero es considerado honorable el hijo que se siente orgulloso de la herencia paterna. En verdad, es éste un renombre legítimo, un signo de extraordinario amor: recibir los juicios de los mayores y gozar de una segurísima propiedad. Efectivamente, los **testimonios** son los santísimos mandamientos del Señor, que Moisés –en calidad de testigo– conmemora, en el libro del Deuteronomio, diciendo: *Pongo hoy como testigo contra vosotros al cielo y a la tierra* (Dt 30,19). Y en otro lugar: *Sed testigos para mí, y yo testigo para vosotros, dice el Señor* (Is 43,10). Del mismo modo, dice también el Apóstol: *Yo testifico delante de Dios, de Cristo Jesús y de sus ángeles* (1Tim 5,21). Por ello, éstos son los *testimonios*, que el pueblo bienaventurado se alegraba de **haber adquirido como heredad en eterno**. Ciertamente, porque tal heredad se recibe para siempre, no está sujeta a la brevedad del tiempo. Sigue: **Porque ellos son la alegría de mi corazón**. Con razón, llamaba **alegría de su corazón** a la heredad del reino celestial, adquirida para los tiempos eternos. En efecto, merece llegar a ella aquél que verdaderamente se alegra de tal adquisición.

[**416**] 112.– **He inclinado mi corazón, para hacer tus justificaciones en eterno**[131]**, a causa de la retribución**[132] [*Inclinavi cor meum ad faciendas iustificationes tuas in aeternum propter retributionem*]. Esta multitud santísima, a la que la meditación frecuente continuamente instruía, había escuchado: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,29). Y necesario fue que, en todos los modos, **inclinara** su **corazón, para hacer las justificaciones** del Señor aquella multitud, que –instruida por tal magisterio– rechazaba, con todas sus energías, las grandezas de este mundo. *Hacer las justificaciones* es, ciertamente, poner en práctica humildemente los mandamientos del Señor, tales como: partir el pan con el hambriento, vestir al desnudo, condolerse con las desgracias ajenas y todas aquellas otras cosas que la piedad del Creador se ha dignado recomendar a género humano[133]. Ahora bien, dado que todas estas cosas apenas dichas sólo pueden suceder durante el tiempo en que las desgracias y necesidades de este mundo nos atormentan, se ha de tomar en consideración la expresión: **En eterno**. ¿Quién, en efecto, se compadece afligidamente en el tiempo futuro, cuando bien sabido es que en aquel reino ninguna miseria existe?. Sin embargo, quien hace aquí tales cosas, a impulsos de la caridad, sí las hace *en eterno*, en cuanto que recibirá por la eternidad[134] el fruto, que de ellas procede. Añade: **A causa de la retribución**, es decir, por aquella recompensa, que habrán de escuchar los santos: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que ha sido preparado para vosotros desde el comienzo del mundo* (Mt 25,34). Gran *retribución* –que, sin embargo, proviene de la generosidad del Señor– es ser hecho ciudadano del reino eterno, compañero de los ángeles buenos; recibir la patria, que siempre llena de alegría y que ningún exilio obliga a que sea abandonada. Y en ella estarán establecidos en la contemplación, deseando ininterrumpidamente a Aquél, en quien, por los siglos de los siglos, se complacen.

---

[131]Hebr., נָטִיתִי לִבִּי לַעֲשׂוֹת חֻקֶּיךָ לְעוֹלָם [*Incliné mi corazón a cumplir tus estatutos, por siempre es la recompensa*]. Los LXX: ἔκλινα τὴν καρδίαν μου τοῦ ποιῆσαι τὰ δικαιώματά σου εἰς τὸν αἰῶνα δι᾽ἀντάμειψιν [*He inclinado mi corazón para practicar tus preceptos para siempre, a causa de la recompensa*]. Como se lee en el texto hebreo, S. Jerónimo une la expresión *in aeternum* con *retributionem*, del modo siguiente: *a causa de la retribución en eterno*, o bien, *a causa de la retribución eterna.* Así vierten también Ravasi y Kraus: *La recompensa es para siempre*. Sin embargo, Schökel-Carnitti prefieren traducir por *siempre y cabalmente.*

[132]Hebr., עֵקֶב [*recompensa*]. Los LXX:[*a causa de la retribución*].

[133]TL., in textu: *humanum genus commonere* [*ed.,* humano generi commendare].

[134]TL., in textu: *sub aeternitate* [*ed.,* pro aeternitate].

15. SÁMEK[135].

Verso 113.– **He odiado a los inicuos**[136]**, y he amado tu ley** [*Iniquos odio habui, et legem tuam dilexi*]. Llega el católico enjambre a la decimoquinta letra, en la que dice que *ha odiado a los inicuos*, es decir, a los adversarios de la ley, pero recuerda que ha amado la ley del Señor y ruega que, sostenido por su piedad, pueda escapar de los males del mundo, pidiendo también que su carne sea sometida al temor del Señor, de manera que, a causa de su prevaricación, no sea condenado en el juicio divino. Surge aquí asimismo un nuevo asunto, que hemos de considerar. Es el siguiente: ¿Por qué el pueblo fiel parece haber afirmado algo que contraviene los mandatos evangélicos?. Dice, en efecto: **He odiado a los inicuos**, mientras que en el Evangelio se lee: *Orad por vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian* (Mt 5,44). Sin embargo, si tomas en consideración los respectivos tiempos, podrás apreciar que todas las cosas concuerdan entre sí. En efecto, cuando el Señor nos manda amar a nuestros enemigos, nos enseña a moderar el ímpetu de la adversidad y el calor de la injuria, de manera que, de ningún modo, devolvamos mal por mal, sino que afrontemos con paciencia toda clase de afrentas, como también Él soportó los salivazos y sufrió los azotes. Pero, cuando llega el tiempo del martirio, se nos ordena **odiar a los inicuos** consejeros, al tiempo que –aun a pesar nuestro– debemos menospreciar incluso a los mismos y hijos y padres, caso de que éstos se muestren contrarios. En efecto, en no pocas ocasiones, aquéllos que no sintieron terror en presencia de las llamas y que tampoco la espada pudo doblegarlos, sí fueron rendidos, en cambio, por las caricias de sus familiares más cercanos. Y por eso está escrito: *Si alguien viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer, hijos, hermanos, hermanas, incluso a su propia alma, no puede ser discípulo mío* (Lc 14,26). Ciertamente, frente a Dios ninguna persona debe ser preferida, sino que –prevaleciendo siempre su amor por encima de todo– bueno es amar a los familiares, cuando en lo concerniente a la fe no manifiestan hostilidad alguna. Por ello, una vez tenidos en cuenta los respectivos contextos, las dos cosas han podido resultarnos completamente ciertas, pues también está escrito: *Tiempo de abrazarse y tiempo de estar lejos sin abrazo* (Qo 3,5). Y, después de otras muchas, dice: *Hay un tiempo para cada cosa* [Qo 3,17]. De todos modos, debemos saber que, en este verso, se contiene aquel argumento que en –los Tópicos– recibe el nombre de *ex contrario*, es decir, cuando, a partir de cosas opuestas, llegamos a aquello que queremos mostrar, mediante una única proposición.

Verso 114.– **Ayudador mío y defensor mío eres tú**[137]**, y en tu palabra he esperado** [*Adiutor meus et susceptor meus es tu, et in verbum tuum speravi*[138]]. La palabra **ayudador** hace referencia al cumplimiento de los mandatos del Señor, porque, sin su ayuda, ni podemos emprender nada bueno ni, menos aún, llevarlo a término. Pero fue hecho nuestro[139] **defensor**, en virtud del misterio de su santa encarnación, por la que hizo suya la condición humana, a fin de que el hombre,

---

[35] ס]. *Sámek.* Su significado es *oye* o *socorro*. S. Jerónimo: Samech *auditorium*. S. Ambrosio: Samech *incipit liitera quinta decima, quae interpretationem habet* audi.

[136]Hebr., סֵעֲפִים שָׂנֵאתִי [*A los indecisos los aborrezco*]. Los que obran con doblez, los hipócritas, los de pensamientos veleidosos... Los LXX traducen: παρανόμους ἐμίσησα [*A los transgresores de la ley he odiado*].

[137]Hebr., סִתְרִי וּמָגִנִּי [*mi escondite y mi escudo*]. Los LXX: βοηθός μου καὶ ἀντιλήμπτωρ μου [*auxilio mío y protector mío*].

[138]TL., *speravi*; Vlg., *supersperavi.*

[139]TL., in textu: *noster* [*mss. A.,B.,F.,* animae nostrae].

a consecuencia de la ley del pecado, no muriera para siempre. Mira, finalmente, qué viene después de tal amparo: **Y en tu palabra he esperado**, es decir, en la protección de tu Divinidad he puesto mi más alto deseo, allí donde verdaderamente se puede **esperar** y donde la esperanza, establecida firmemente, no defrauda nunca, como está escrito: *¿Quién ha esperado en el Señor y ha quedado confundido?* (Sir 2,10). Y también: *Pero a los que esperan en el Señor los rodeará la misericordia* (Sal 31,15). Espera, por tanto, la venida del Redentor del mundo, que puede limpiar las manchas de las gentes, dar vida a los muertos, curar a los enfermos y –dando muerte a la muerte misma– desatar todo aquello que estaba atado por la ley del pecado. De este modo, en un solo versículo, ha encerrado la totalidad del contenido de nuestra religión.

Verso 115.– **Apartaos de mí, malvados; y escudriñaré los mandatos de mi Dios** [*Declinate a me, maligni; et servabo mandata Dei mei*]. Así como los herejes –cuando sinceramente desean conocer la verdad– hacen que, a menudo, nos ejercitemos nosotros provechosamente en el estudio de los mandatos del Señor, así también, a causa de su empecinamiento por escudriñar las sagradas páginas, sabido es que arman mucho alboroto y que son causa de muchos enredos. Afirma, por tanto, que se han de dejar a un lado a los que, mediante disputas sin sentido, se esfuerzan por querer destrozar las Escrituras del Señor. En efecto, ¿qué utilidad tiene la palabra humana, allí donde tales deseos son para no creer?. En otro lugar a éstos se les dice: *Apartaos de mí todos los que obráis iniquidad* (Sal 6,9). El remedio está, ciertamente, en que no te empeñes en convertir a aquél que –si te es posible– haces bien en evitar. Dado que siempre andan metidos en disputas con terca mala fe y excogitan falsas interpretaciones con rebuscada vaciedad, estando ellos presentes, nos resulta imposible a nosotros hallar el lugar idóneo, que nos permita escudriñar los mandatos del Señor, que es precisamente a lo que nos debemos entregar con todas las fuerzas del alma[140].

Verso 116.– **Sosténme según tu palabra y viviré, y no me dejes confundido por mi expectación** [*Suscipe me secundum eloquium tuum et vivam, et non confundas me ab expectatione mea*]. Una vez ahuyentados los pérfidos y purificado él del comportamiento propio de los hombres malvados, pide ser sostenido por el Señor, a fin de poder salvarse, en virtud de la promesa de su palabra. En verdad, quizá fuera temerario decir al Señor: **Sosténme**, si no se añadiera el hecho de la promesa, que nunca defrauda. Pero, al decir: **Y viviré**, pone de manifiesto el tiempo futuro. En efecto, no es vida verdadera ésta de aquí, donde, a causa de la fragilidad de la carne, se peca continuamente. Era también su **expectación** hallar, en actitud de total sumisión, la misericordia de Cristo. Pide alcanzar esta esperanza en el juicio venidero, a fin de que –desolado por la confusión– no se sienta defraudado, después de haber esperado. Pero, al decir: *Por su expectación*, no establece ningún espacio de tiempo, en que no se deba esperar. En efecto, este hecho no tiene fin en los corazones santos, sino cuando llegare a su cumplimiento la promesa suprema. De hecho, así dice también otro salmo: *Expectante esperé al Señor, y se volvió a mirarme* (Sal 39,1). Y así, feliz es la espera, allí donde la promesa es segura. En efecto, ¿cómo puede experimentar desfallecimiento la esperanza fiel, si Aquél que promete no puede sufrir cambio alguno?. Por ello, la *expectación* de los santos es alcanzar el reino [**417**] de los cielos, hacerse merecedores de la compañía de los ángeles y –lo que está por encima de todo– poder contemplar a Aquél[141] que siempre es dulce en el corazón de los bienaventurados.

[140]L., in textu: *animae* [*ed.,* animi].

[141]TL., in textu: *ipsum* [*mss. A.,B.,* totum].

Verso 117.– **Ayúdame, y seré salvo; y meditaré siempre en tus justificaciones** [*Adiuva me, et salvus ero; et meditabor in iustificationibus tuis semper*]. **Ayúdame, y seré salvo**. Aunque estas palabras parezcan repetirse con mucha frecuencia, tal repetición nos revela, sin embargo, grandes misterios. En efecto, este hecho debe aplicarse al inagotable deseo del espíritu, que por el siguiente motivo nunca puede permanecer quieto: porque, aunque todo lo recibimos del Señor, siempre le hemos de rogar que siga dando sin cesar, de manera que los beneficios recibidos nunca se aparten de nosotros, mientras dure el tiempo de creer [1Cor 13,13]. En efecto, no debemos acoger con indiferencia la repetición de estas palabras, so pena de omitir imprudentemente aquello que nos conviene conocer. Añade: **Y meditaré siempre en tus justificaciones**. Da a conocer la causa de tal cuidado y que es ésta: No mostrar, tras obtener la salvación pedida, ingratitud alguna ante el bien recibido. Pero, cuando promete **meditar siempre las justificaciones**, desea que su salvación sea mantenida continuamente, pues –haciendo así– le viene arrebatado todo lugar al diablo. En efecto, las *justificaciones* podemos entenderlas de una doble manera. Están aquéllas que realizamos aquí –todos los días– en la confesión de nuestros pecados, como aquel ejemplo del Evangelio, donde se dice que el publicano, que reconoció sus pecados, salió justificado del templo (Lc 17,13-14). En efecto, mientras permanecemos en este mundo –donde, a causa de nuestros pecados, no podemos ser libres– conviene que nos prosternemos por tierra, meditando tales justificaciones. Pero, por la siguiente razón, el adverbio **siempre** –es decir, aquello que está por encima de todo tiempo– ha sido añadido inmediatamente después, esto es: para que te des cuenta de que se trata de algo que no se ajusta a este tiempo presente, sino de algo que te complace concebir en aquella eternidad. Los santos *meditarán siempre las justificaciones* del Señor, cuando sus deseos sean asociados a los coros de los ángeles; cuando canten las alabanzas del Señor con exultación perenne; cuando –con palabras del Apóstol– *esto corruptible se revista de incorrupción, y esto mortal se revista de inmortalidad* (1Cor 15,54).

Verso 118.– **Has despreciado**[142] **a todos los que se separan de tus justificaciones, porque injusto es su pensamiento** [*Sprevisti omnes discedentes a iustificationibus tuis*[143]*, quia iniusta cogitatio eorum*]. Se ha puesto de manifiesto la causa por la que era asumida la repetida y constante meditación de las *justificaciones* del Señor. En efecto, con razón, la ejecución de tal sentencia movía al temor, en cuanto que son despreciados por el Señor aquéllos que se apartan de sus justificaciones. En efecto, siendo la justificación de los pecados la sincera confesión del espíritu, con razón, el Señor desprecia a los soberbios, que desdeñan hallar su curación, recurriendo a tal remedio. Ciertamente, el **pensamiento injusto** de éstos consiste en querer pecar y en negarse a dar satisfacción a tan justo Juez. Con razón, pues, son alejados de la gracia de la absolución éstos que –tantas veces advertidos– menospreciaron suplicar al piadoso Señor.

Verso 119.– **He tenido por prevaricadores a todos los pecadores de la tierra**[144]**. Por esto he amado tus testimonios** [*Praevaricantes reputavi omnes peccatores terrae. Ideo dilexi testimonia tua*]. Esta sentencia, si no se la examina con cuidado, parecería entrar en desacuerdo con el apóstol

---

[142]Hebr., סָלִיתָ [*Pisaste*]. Los LXX: ἐξουδένωσας [*Menospreciaste*].

[143]Vlg., *a iustificationibus tuis*; Vlg., *a iustiis tuis*.

[144]Hebr., סִגִּים הִשְׁבַּתָּ כָל־רִשְׁעֵי־אָרֶץ [*Como escorias a nada reduces a todos los impíos de la tierra*]. Los LXX: παραβαίνοντας ἐλογισάμην πάντας τοὺς ἁμαρτωλοὺς τῆς γῆς [*Por transgresores he tenido a todos los pecadores de la tierra*].

Pablo, allí donde éste dice: *Quienes sin ley pecaron, sin ley perecerán* (Rom 2,11). Sin embargo, aquí se afirma que **todos los pecadores de la tierra** son **prevaricadores**. Ahora bien, ¿cómo puede alguien estar sin la ley, si se ha de creer que todos son *prevaricadores*?. En efecto, **prevaricar** no consiste en otra cosa, sino en transgredir la ley establecida. No obstante todo, ambas cosas son verdaderas, porque descienden de una única fuente de verdad. *Perecerán sin la ley*. Dice esto el apóstol, refiriéndose sólo a aquel estatuto, que grabó el dedo del Señor en el monte Sinaí sobre las tablas de piedra [Éx 3,18]. En efecto, hay también otras leyes, según las cuales los pueblos estarán subordinados al juicio divino, como aquella prevaricación de Adán, a causa de la cual –de no haber sido liberado por el don de Cristo– el género humano habría de ser sometido a juicio. Los hombres son gobernados también por la ley natural, a fin de que no hagan a los demás lo que no quieren que los demás les hagan a ellos. Dice, por ello, el Apóstol: *Las gentes, que no tienen la ley, cumplen de manera natural las cosas que son propias de la ley* (Rom 2,14). Ves, por tanto, cómo –con razón– se ha dicho aquí que son prevaricadores todos los que, a causa de algún error, pudieron delinquir. En efecto, todo hombre se hace *prevaricador*, ya sea de la ley transgredida al principio, ya de la que fue dada por medio de Moisés, pues ningún mortal queda excluido de esto. De ello se seguía lógicamente que, con mayor empeño, debía **amar los testimonios** del Señor aquél que con el nombre de *prevaricadores* quiso designar a todos los pecadores. Efectivamente, de aquellos mismos *testimonios* –a través de los cuales, tendía presuroso a la gracia de Cristo– obtenía él la certeza de que le podía llegar el remedio. Efectivamente, cuando la ley nos amarra, la sola gracia es la que nos libera de manera absoluta, la misma gracia, que rompe las cadenas; la misma, que de siervos hace hijos.

Verso 120.– **Clava por tu temor mis carnes**[145]**, pues a causa de tus juicios he temido** [*Confige*[146] *timore tuo carnes meas; a iudiciis enim tuis timui*]. Sabiendo la congregación de hombres espirituales de dónde proviniese al género humano la prevaricación de la ley antes referida –como si de un crudelísimo ladrón o de una indomable fiera se tratara–, con súplica nueva e inusitada ruega que su carne no sólo sea amarrada, sino que sea incluso **clavada**. En efecto, los vicios de la **carne** son los pecados terrenos, que nos hacen transgredir la ley de los mandamientos, separándonos del propósito de la verdad. ¡Cómo suplica, con razón, **ser clavado por temor** del Señor, para no ser separado de Él, a causa de la libertad nociva !. Así, con una sola palabra, se ha significado en qué modo deba ser tratada la *carne* del cristiano, y con qué piedad ha expresado que debe rogar[147] contra el propio cuerpo, con total abundancia y rigor –es decir, con **temor** del juicio futuro–, de suerte que, mortificado aquí, pueda allí hacerse eterno; y, afligido por un tiempo también aquí, consiga gozar allí de la alegría perpetua. Y fíjate bien en lo que dice: **Por tu temor**. Ciertamente, por el temor puro y perfecto, que no tiene ante sus ojos sólo el miedo al castigo, sino que teme poderosamente la pérdida de la gracia, en la que vive el hombre fiel y por la que se restablece todo cristiano. Pero veamos qué *clavos* son los que nos atraviesan como en aquella crucifixión del Señor. Ciertamente, el amor, que hace que despreciemos nuestros sufrimientos y prefiramos amar incluso los peligros de la muerte misma. Feliz aquél que es atravesado por este clavo, que es mortificado por tal herida. Traspasado por este clavo fue aquél, que decía: *Para mí*

---

[145]Hebr., סָמַר מִפַּחְדְּךָ בְשָׂרִי [*Se horrorizó de tu temor mi carne*]. Los LXX traducen: καθήλωσον ἐκ τοῦ φόβου σου τὰς σάρκας μου [*Clava por tu temor mis carnes*].

[146]TL., in textu: *confige* [*mss. G.,F.,* infige]; Vlg., *confige*.

[147]TL., *oraret*; prop., *orare.*

vivir es Cristo y una ganancia morir (Flp 1,21). Abrasado por este mismo punzante dolor estuvo aquel otro, que así oraba: *Ahora despide a tu siervo en paz, porque mis ojos han visto tu salvación* (Lc 2,29). Asimismo, en el Cantar de los cantares, profesa la Iglesia: *Herida estoy yo por el amor* (Ct 2,5). Por consiguiente, el pueblo santo suplica *ser clavado por temor del Señor*, a fin de vivir, muriendo, el que antes moría, viviendo.

16. AIN[148].

[**418**] Verso 121.– **He hecho juicio y justicia; no me entregues a los que me persiguen**[149] [*Feci iudicium et iustitiam; ne tradas me persequentibus*[150] *me*]. Los miembros vivientes del Señor han llegado a la decimosexta letra, donde, con una sola voz, piden la venida de la santa encarnación, diciendo que ya es tiempo de que el poder divino se dé a conocer, para destruir a los soberbios. Entendamos estas palabras, que acaban de decirse, de manera tal que ninguna mente perversa pueda suponer alguna odiosa arrogancia en la persona de los santos. **Hace juicio** todo el que juzga contra sí mismo y, con justa execración, condena sus propias maldades ante el tribunal del Señor. Pero, a fin de que no creas que este *juicio* es más adulatorio que verdadero, añade: **Y justicia**, porque por la *justicia* nos juzgamos, cuando nos hacemos vindicadores de nuestros particulares. Así, pues, la equidad. que nos absuelve de la pena, es la misma que nos libera del reato, si nos reconocemos a nosotros mismos envueltos en los delitos. Y, puesto que había cumplido en su totalidad la piadosa satisfacción, ruega ahora que quien condenó sus pecados **no sea entregado a los pecadores**. Esto es, en efecto, lo que anteriormente había pedido, es decir: *Clava por tu temor mis carnes*, de manera que la culpabilidad del hecho fuera sometida al juicio del alma y sirviera mejor, estando clavada, que holgándose en el desenfreno. Ahora bien, los **perseguidores** son el diablo y sus ministros, los cuales nos persiguen con invariable maldad y desgarran con laceración cruel a todos los que les son entregados. Recordemos, en efecto, cuántas cosas hubo de sufrir aquel santísimo Job; a cuántas desgracias estuvo sometido, porque supo que fue entregado a ellos. Sabemos también cuántos males sufrieron José o Susana, cuando fueron puestos en manos de los impíos. De aquí que se nos aconseje rezar todos los días, diciendo: *No nos induzcas a la tentación* (Mt 6,13). También los pecadores son entregados, para sufrir los azotes merecidos, a causa de los hechos cometidos. Así, refiriéndose a los impíos, dice el Apóstol: *Los entregó Dios a su mente insensata, para que hacieran lo que no conviene* (Rom 1,28). Y, en otro lugar, dice sobre los pecadores: *Los entregó a Satanás, para que aprendieran a no blasfemar* (1Tim 1,20). Pide, pues, el pueblo santo **no ser entregado a los que** lo **persiguen**. Contra éstos, por tal razón se enfurecían los espíritus inmundos: porque veían que sus inspiraciones e instigaciones eran condenadas por ellos. De este odio, pues, se trata: del odio que consigue en recompensa el amor de Cristo. En efecto, a nadie puede amar Él, sino al que siente horror de sus más grandes enemigos.

Verso 122.– **Sostén a tu siervo para el bien**[151]**; no me acusen en falso los soberbios**

[48 ע]. *Ain*. Significa *ojo* o *fuente*. S. Jerónimo: *Fons sive oculus.* S. Ambrosio: *Incipit littera sexta decima* Ain*, cuius interpretatio est* oculus *sive* fons.

149Hebr., לְעֹשְׁקָי [*a mis opresores*]. Los LXX: τοῖς ἀδικοῦσίν με [*a los que me tratan injustamente*].

150TL., *persequentibus*; Vlg., *calumniantibus*.

151Hebr., עֲרֹב עַבְדְּךָ לְטוֹב [*Sé fiador de tu siervo para bien*]. Los LXX: ἔκδεξαι τὸν δοῦλόν σου εἰς ἀγαθόν [*recibe a tu siervo para bien*].

[*Suscipe servum tuum in bonum; non calumnientur me superbi*]. **Sostén a tu siervo**. Parece haber dicho esto con el fin de no caer, impulsado por el brazo diabólico. En efecto, la misericordia del Señor nos **sostiene**, cuando somos golpeados por el apremio de nuestros pecados. Adecuadamente ha dicho, por tanto: Señor, sosténme **para el bien**, porque bien sabía que, para el mal, lo había empujado la parte enemiga. Ahora bien, la palabra **siervo** es ya indicio de liberación. En efecto, el vocablo latino *servus* viene de *servare*[152], en cuanto que la mano compasiva de su señor preservó de la muerte inminente a quien había sido apresado. Y así, con razón, dice que es *siervo* el que había sido liberado del engaño del alma. Por tal razón, la palabra *siervo* es aquí expresión de liberación y de honor. En efecto, no es siervo suyo, sino aquél que hubiese sido agregado a las asambleas de los santos. Pero **acusan en falso los soberbios**, cuando, empleando la fuerza violenta de la falsedad, son origen de heréticas disputas, de tal modo que, con razón, ruega ser sostenido por el Señor, a fin de no ser derribado por sus contiendas. O, quizá, esto pudiera adecuarse mejor a los espíritus inmundos, que nos *acusan en falso* inicuamente y que, siendo ellos principalmente los responsables de nuestros delitos, no quieren que seamos liberados, una vez hayamos obtenido el perdón. Ahora bien, ¿qué tendría de extraordinario el hecho de que acusara en falso a los pecadores aquél que tentó a Cristo el Señor, diciendo: *Todo esto te daré, si, arrodillándote, me adoras* (Mt 4,9)? Y también: *Pondré mi sede al Aquilón, y seré semejante al Altísimo* (Mt 14,13). Con razón, pues, es llamado *falso acusador* el que, al mismo tiempo que comete crueldades, está siempre acusando a los hombres piadosos. De él, en otro lugar, dice también la Escritura: *Y humillará al falso acusador. Y permanecerá con el sol* (Sal 71,4-5). Y así, con razón, pide que el humilde no sea entregado al soberbio; ni el sencillo, al que calumnia; ni el que es piadoso, al ingrato, porque mucho mayor es la saña que éstos muestran contra aquéllos que de ningún modo consiguieron seducir.

Verso 123.– **Mis ojos desfallecieron por tu salvación, y por la palabra de tu justicia** [*Oculi mei defecerunt in saltare tuum, et in eloquium iustitiae tuae*]. Suele extrañar a algunos el hecho de que haya empleado aquí la palabra **ojos**, en plural, siendo así que es sólo una la mirada del corazón. Y no puede referirse esto a los ojos carnales, que en aquel alejamiento nada tal pudieron contemplar. Pero, comoquiera que es la multitud santa –o sea, la santa Iglesia– la que está hablando, ha considerado oportuno hacer uso del plural: **Mis ojos**. Como también en otro lugar se dice: *Tus ojos, como palomas, sobre las aguas abundantes* (Ct 5,12). Y también: *Tus ojos, como palomas, fuera de tu silencio* (Ct 4,1). Dice, por tanto, que estos **ojos desfallecieron por la salvación del** Señor, es decir, por la santa venida de la encarnación, que aguardaba con deseo tan grande que no había lugar para descanso alguno. De aquí que, con razón, dijera: **Desfalleció**, porque ningún reposo quiso concederse. En efecto, la palabra **salvación** significa al Señor Salvador, de quien está escrito: *Salva a tu pueblo, Señor, y bendice tu heredad* (Sal 27,12). Sigue: **Y por la palabra de tu justicia**, es decir, la palabra del Evangelio, que habrá de decir al futuro pueblo creyente.

Verso 124.– **Haz con tu siervo según tu misericordia, y enséñame tus justificaciones** [*Fac cum servo tuo secundum misericordiam tuam, et iustificationes tuas doce me*]. Insiste en la asiduidad de la oración, porque no debe haber hartura en pedir, allí donde la generosidad del donante no tiene medida. Cosas infinitas ha pedido el que ha suplicado que los bienes sean para él, **según** la **misericordia** del Señor. En efecto, así como su *misericordia* es eterna, así también sus

[152] Aunque en desuso, también en español existe el verbo *servar*, con el significado de *preservar*, *guardar, proteger...*

beneficios no tienen fin. Muy bien añade las palabras **con tu siervo**, porque caerá, al instante, aquél que quisiera pertenecer a otro. Pero –según acostumbra– pide siempre las mismas **justificaciones**, que devotamente ya recibió. En efecto, en la oración, que nos enseñó el Señor, se contiene esta misma insistencia, allí donde dice: *Danos hoy nuestro pan de cada día* (Lc 11,3). Es bueno, pues, rogar constantemente a Aquél que, si no se le pide, se ofende. Y observa con qué propiedad de palabras se han diferenciado estas dos cosas: ha pedido que sea sobre él la misericordia del Señor; pero ha rogado humildemente que le enseñe sus justificaciones.

Verso 125.– **Siervo tuyo soy yo; dame** [**419**] **entendimiento para conocer tus testimonios** [*Servus tuus sum ego; da mihi intellectum ut sciam testimonia tua*]. Aunque todas las cosas que son de provecho hayan de pedirse al Señor con súplicas constantes, sin embargo, se ha de pedir –sobre todo y constantemente– el entendimiento de las sagradas Escrituras, que cuanto más se percibe tanto más dulce es para los corazones santos. Y así, pues sabe que la generosidad del Señor todopoderoso para con sus siervos no tiene medida, dice: **Siervo tuyo soy yo; dame entendimiento**, Tú, que acostumbras a dar todo aquello que, con justicia y lealtad, se te pide. En efecto, aun sabiéndose que todas las cosas le están sometidas, es de gran valor ser llamado **siervo** suyo. Ciertamente, pues no puede ser llamado verdaderamente siervo suyo, sino aquél que se pone al servicio de su voluntad.

Verso 126.– **Es tiempo de hacer, Señor**[153]**; los inicuos han disipado tu ley** [*Tempus faciendi, Domine; dissipaverunt iniqui legem tuam*[154]]. Previendo el pueblo devoto que, en tiempos del rey Antíoco, la plebe judía había de profanar la ley del Señor, yendo tras el culto de los demonios, grita –como el enfermo clama al médico– que es tiempo de venir en socorro, a fin de que la salud del pueblo no acabase por ser destruida, a causa de las enfermedades, que iban haciéndose cada vez más graves. Dice, pues: **Es tiempo de hacer**, no de aplazar lo que es urgente. En efecto, por medio de la ley y los profetas, había ordenado dar culto con reverendísima piedad al verdadero Señor. Pero, pues la obstinación de los judíos despreció –para su propia ruina– dicho mandamiento, el pueblo fiel eleva su clamor, diciendo: *Es tiempo de hacer*, esto es, tiempo de que te muestres como salvación para el mundo; tiempo de que perdones los pecados; tiempo de que venzas a la muerte y de que doblegues al diablo, junto con todos los que le sirven. Éste es, en efecto, el **hacer** del Señor: hacerse presente en los momentos antes mencionados. De ahí también lo dicho, por medio del profeta: *En tiempo saludable te escuché, y en el día de la salvación te ayudé* (Is 49,8). Y el Apóstol: *He aquí que ahora es tiempo saludable, he aquí que ahora es tiempo de salvación* (2Cor 6,2). En efecto, todas las cosas que hizo el Señor son realizadas con el orden más conveniente, de manera que no sean antes, sino cuando a Él misericordiosamente le complaciera. Se desprende de aquí que siempre nos es conveniente tener paciencia, mirar atentamente las cosas que son mandadas, pedir las que son provechosas[155]. Pero, **el tiempo de hacer** lo conoce Aquél, que es el que gobierna. Añade la razón por la que debe hacer lo que se le pide: porque los judíos **han disipado** la **ley**, que Él les había mandado custodiar de manera inviolable. En efecto, *disipar la ley* es vivir de una manera distinta a como dispusieron sus mandatos, lo cual supone, por el contrario, realizar aquello que tales mandatos habían condenado con toda execración. Los rétores situaron este

[153]Hebr., עֵת לַעֲשׂוֹת לַיהוָה [*Tiempo es de hacer para el Señor*]. Los LXX: καιρὸς τοῦ ποιῆσαι τῷ κυρίῳ [*Tiempo es de actuar para el Señor*]. El vocativo *Señor* aparece también en S. Jerónimo, pero no en S. Agustín.

[154]TL., *dissipaverunt iniqui legem tuam*; Vlg., *dissipaverunt legem tuam*.

[155]TL., in textu: *quae prosunt* [*mss. A.,B.,F.,* quae promissa sunt].

modo argumentativo entre las normas retóricas de mayor viveza, pues mucho juega a favor la elección del momento más oportuno, si es que se quiere lograr que convenientemente las súplicas sean tenidas en cuenta.

Verso 127.– **Por eso he amado tus mandatos por encima del oro y del topacio**[156] [*Ideo dilexi mandata tua, super aurum et topazion*]. En la misma medida en que la abominable presunción había disipado la ley del Señor se apresuraba el espíritu piadoso a poner en práctica sus mandatos. En efecto, el deseo interior propio del sentimiento religioso tanto más se acrece cuanto mayor es la audacia con que los impíos se esfuerzan por combatirlo. Ciertamente, y ésta es la razón por la que al principio del verso aparece la locución causativa **por eso**, porque para aquel coro santísimo custodiar la veneración de los mandatos del Señor estaba **por encima del oro** y de las gemas, cosas éstas que para los hombres tienen un altísimo valor. En efecto, el **oro** halaga temporalmente las miradas humanas, pero amar más lo otro lleva al espíritu bienaventurado al gozo del reposo eterno. El **topacio** –como algunos quisieron escribir– es una clase de piedra preciosa, tanto más rara de encontrar cuanto más preciada es por su valor en dinero. Se dice que está formado de dos colores: uno, de oro purísimo; y otro, que reluce con etérea claridad; grosura rosácea y pureza pudorosa; parecido –por su tamaño o color– a la piedra llamada crisopacio, porque centellea en gran manera, cuando es tocado por los rayos del sol, superando el destello más esplendoroso de cuantas gemas existen y provocando a su vista, de manera singular, el más codicioso placer de los ojos. Si quieres pulirlo, lo oscureces; si lo dejas en su estado natural, resplandece. Se dice que esta piedra era muy ambicionada por los reyes y ello de tal modo que, entre sus riquezas, nada semejante a él reconocían poseer. Parece ser que tiene su origen en la isla de Topazos, que pertenece a la provincia de Tebaida, de donde recibe también su nombre. Sobre él no hay muchas más cosas que se deban decir, no sea que, por la excesiva alabanza, hagamos nosotros deseable lo que la Escritura dice que es merecedor de desprecio.

Verso 128.– **Por lo cual caminaba yo derecho a todos tus mandatos**[157]**; he odiado todo camino inicuo** [*Propterea ad omnia mandata tua dirigebar; omnem viam iniquam odio habui*]. Aquél que, más que el oro y las gemas, amaba la ley del Señor, necesariamente había de mostrar una total rectitud con relación a todos sus mandatos. En efecto, no puede despreciar tales cosas, sino sólo aquél que ha sido **enderezado** por inspiración divina, hasta el punto de considerar el oro como inmundicias terrenas y las gemas como piedras vulgares. Sin duda, es muy corriente en el hombre necio amar las cosas que no aportan provecho alguno. En cambio, es propio de los hombres de gran santidad codiciar todo aquello que pueda dispensar los premios imperecederos. Lógico fue, por tanto, que odiara el camino perverso el que mereció amar el camino de la completa rectitud. En efecto, el **camino inicuo** es el que nos conduce a los vicios; pero recto es el camino de las virtudes, que nos concede indulgencia y salvación. Mas, ¡con cuánto celo, con cuánta frecuencia viene inculcado todo esto!.Y ello, a fin de que entendamos las cosas que, con gran deleite, sirven de alimento a los hombres santos, los cuales –muy por encima de todo lo demás– consideran dulce en muchísima mayor medida aquello que consideran que merece ser repetido muchas veces.

---

[156]Hebr., וּמִפָּז [*y el oro fino*]. Los LXX traducen por καὶ τοπάζιον [*y el topacio*].

[157]Hebr., עַל־כֵּן כָּל־פִּקּוּדֵי כֹל יִשָּׁרְתִּי [*Por eso todos tus preceptos, todos los estimé recto*]. Los LXX: διὰ τοῦτο πρὸς πάσας τὰς ἐντολάς σου κατωρθούμην [*Por eso, según todos tus mandatos me he guiado*].

17. PE[158].

Verso 129.– **Admirables son tus testimonios, Señor; por eso los ha escudriñado mi alma** [*Mirabilia testimonia tua, Domine; ideo scrutata est ea anima mea*]. Entra en la decimoséptima letra la oración del pueblo santo, afirmando que ha abierto su boca y aspirado el aire, para que su plegaria sea escuchada, y que –como corrientes de agua– han fluido piadosas lágrimas, porque los judíos no han guardado la ley del Señor. Y observa cómo en una sola frase ha resumido todo el asunto, diciendo: **Admirables son tus testimonios, Señor**. Ciertamente **admirables**, porque, por medio de ellos, el poder celestial se ha manifestado a los hombres terrenos, y se ha a dado a conocer también a los pequeños de dónde se colma con felicísima delectación la sublime naturaleza de los ángeles. Siempre está permitido **escudriñar** estas cosas y, con reflexión constante, indagar en ellas. En cuanto aquello que está escrito: *No busques las cosas más altas que tú, ni las que son más fuertes que tú trates de escrutar* (Sir 3,21), no es el caso temerlo, pues precisamente por esto nos han sido proclamados, esto es: para que piadosa y diligentemente nuestro espíritu escudriñe siempre en ellos. En efecto, no pueden llamarse más altas y más fuertes las cosas, que han sido dadas a conocer con el fin de que fueran escudriñadas. Ésta es la quinta especie de definición, que los griegos llaman κατὰ τὴν λέξιν y los latinos, *ad verbum*. Ha sido puesto de manifiesto, por tanto, qué son los **testimonios** del Señor, es decir: sus hechos admirables.

Verso 130.– **La proclamación de tus palabras me ilumina;** [**420**] **y da entendimiento a los niños**[159] [*Declaratio sermonum tuorum illuminat me*[160]*; et intellectum dat parvulis*]. **Palabras** del Señor son aquéllas que la autoridad de los justos profetizó, pues así está escrito: *He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz a un hijo, y su nombre será llamado Enmanuel* (Is 7,14). Y, en otro lugar: *Toda carne verá la salvación de Dios* (Is 52,10). Pero la iluminación de la venida del Señor hizo públicas estas palabras, que una larga oscuridad había mantenido ocultas, porque –por Él– fue hecho manifiesto todo aquello que las sagradas letras ocultaban en su interior. Ciertamente, pues entonces el Verbo se hizo carne; parió la Virgen; los mudos hablaron; los sordos oyeron; los cojos caminaron con paso firme, y todos los demás milagros, que se pusieron al servicio del Señor de los poderes. Esta **proclamación** se dignó **iluminar**, mediante la fuerza de su poder, la oscuridad de nuestra naturaleza, que yacía en las tinieblas, y **dio entendimiento a los niños**, esto es, a todos aquéllos que se reconocieron humildes y faltos de fuerzas propias. Ahora bien, a éstos no se les debe considerar **niños**, debido a la edad que puedan tener, sino a causa de su sencillez de espíritu. Sobre ellos está escrito: *Dejad que los niños vengan a mí, pues de los que son como ellos es el reino de los cielos* (Mc 10,14).

Verso 131.– **He abierto mi boca y aspirado el aire, porque deseaba tus mandatos** [*Os meum aperui et attraxi spiritum, quia mandata tua desiderabam*]. En este versículo –si lo que quieres es entenderlo en sentido literal– se describe el sencillo acto de hablar. En efecto, se abre primero la boca; se aspira el aire, y se mueve, finalmente, la lengua para emitir el sonido de la palabra. Pero, si –como es lo conveniente– deseas entenderlo en sentido espiritual, se llama aquí

[58 פ]. *Pe.* Significa *boca*. S. Jerónimo: *Phe* os, *ab ore, non ab osse dictum intellige, ne litterarum ambiguitate fallaris*. S. Ambrosio: Phe*, littera septima decima, quae Latine significat* errravi *sive* os aperui.

159 Hebr., פְּתָיִים [*a los sencillos*]. Los LXX: νηπίους [*a los que no hablan, a los niños*].

160 TL., *illuminat me*; Vlg., *illuminat.*

boca a la entrada del espíritu, que es entonces cuando se abre: cuando somos solícitos en aprender una cosa determinada. Por su parte, la expresión: **Aspira el aire** se refiere al tiempo en que –en virtud del don divino– la boca ya está llena del amor de un deseo saludable y comienza a querer, con espíritu firme, lo que ya antes había apetecido por impulso, no obstante, de la gracia del Señor. Así, pues, el que era débil y niño **abrió la boca** de su corazón y **aspiró el aire**, es decir, aspiró el poder de realizar todo aquello que no podía alcanzar por sí mismo. Pero, para que entiendas que esto está dispuesto para provecho –antes bien– del entendimiento y no en función del mero hecho de hablar, continúa diciendo: **Porque deseaba tus mandatos**. Observa que se ha puesto –antes que nada– el ardor de la voluntad, para expresar seguidamente el deseo de los mandamientos. En efecto, habría sido lo lógico decir, primero, que iba a hablar y desear, después, las cosas que son de provecho.

Verso 132.– **Mírame y apiádate de mí, según el juicio de los que aman tu nombre** [*Aspice in me, et miserere mei, secundum iudicium diligentium nomen tuum*]. Con frecuencia, el Señor **mira** airado. Lo hace, a menudo, con intención de destruir, como miró a Sodoma y Gomorra, o como miró los campamentos de los egipcios. *Mira* también propicio, como miró las ofrendas de Abel, o como dice aquel salmo: *Miró sobre los hijos de los pobres, y no despreció sus súplicas* (Sal 101,18). Y, con el fin de que esta mirada no se entendiera aquí en sentido negativo, inmediatamente añade: **Y apiádate de mí**, hecho éste que justamente –como muchas veces recordamos– es llamado *misericordia*, porque es dada a los míseros con muy abundante piedad. Pero no ha sido expresada aquí sólo una plegaria indeterminada, sino que ha añadido: **Según el juicio de los que aman tu nombre**. Ciertamente, **el juicio** del Señor es socorrer copiosamente a los aman su nombre, de modo que la expectación de los fieles –que, en virtud de su consideración, siempre es recibida– nunca quede defraudada.

Verso 133.– **Endereza mis pasos, según tu palabra; y no se adueñe de mí toda injusticia** [*Gressus meos dirige secundum eloquium tuum; et non dominetur mei omnis iniustitia*]. **Mis pasos** significan aquí el movimiento del alma. En efecto, así como, por medio de nuestros pasos naturales, nos trasladamos de un lugar a otro, así también, por medio de aquellos otros pasos, avanzamos hacia cosas mejores o peores. Pedía la santa multitud que estos pasos fuesen **enderezados, según la palabra** del Señor, a fin de no resbalar hacia mortíferos errores, seducida por las perversidades de los vicios. **Según tu palabra**, o sea, según las órdenes, que prescribes, con objeto de hacer recta la vida del género humano. Continúa diciendo: **Y no se adueñe de mí toda injusticia**. Forzoso era, en efecto, que **ninguna injusticia** pudiera prevalecer sobre él, si el Señor se dignaba enderezar sus pasos, conforme a su palabra. Y observa cuán prudentemente pide que **no se adueñe de él** aquella injusticia, que no era posible alejarla, en modo de que ya no pudiese seguir asestando sus golpes, pero que, cuando *no se hace dueña*, escapamos, pues tal servitud nos precipita a la destrucción. Y no deja de tener importancia el hecho de que diga: **Toda injusticia**, porque bien sabe aquella santa asamblea que, si la injusticia logra agarrarla sólo un poco, se apodera de sus pasos y nada aprovecha guardar la ley en muchas cosas, si la ofendemos, sea siquiera en una pequeña parte, pues así está escrito: *Si alguien guardare toda la ley, pero faltare en un solo precepto, se ha hecho reo de todos ellos* (Sant 2,10).

Verso 134.– **Redímeme de las calumnias de los hombres, y guardaré tus mandatos** [*Redime me a calumniis hominum, et custodiam mandata tua*]. Por antífrasis –es decir, por locución contraria–, la palabra *calumnia* viene *de alumna de la cabeza*, en tanto que, deseando la cabeza

ajena, es, sin embargo, contraria a ella. Como la guerra, que no es buena; o el bosque, que no tiene luz[161]. En efecto, la **calumnia** es cierta acusación, objeto de una peligrosa falsedad, que se deja caer –siempre con perversa intención– sobre los hombres buenos, intentando corromper aquello que, con conciencia recta, se había realizado. Eran víctimas, ciertamente, de tal cosa los hombres justos, con el objetivo de desviarlos de la senda de la equidad, haciendo todo lo posible por difamarlos[162]. En efecto, ¿cuántas cosas –por no mencionar a los más antiguos– padeció David, aún respetando a Saúl y pasando él mismo como reo en presencia del injusto rey Saúl, porque no le era propicio?. ¿Qué calumnia –pregunto– fue levantada, cuando aquellas doncellas cantaron: *Saúl mató a mil, y David a diez mil*? (1Sam 18,7). Por lo cual, las **calumnias de los hombres** son las controversias, buscadas contra el honor de la verdad. Con razón, la multitud santa suplicaba que las alejaran de ella, a fin de poder indagar los mandamientos del Señor, una vez desterradas todas las adversidades.

Verso 135.– **Ilumina tu faz sobre tu siervo, y enséñame tus justificaciones** [*Faciem tuam illumina super servum tuum, et docet me iustificationes tuas*]. Leemos que el Señor iluminó el rostro del santo Moisés de tal modo que los israelitas no podían mirarlo de frente, y por ello tenía que hablarles, cubriendo su cara con un velo: porque no podían contemplar su claridad (Éx 34,31-35). En efecto, el rostro de Moisés era el fulgor de la ley, que aquéllos no podían soportar, porque la escuchaban con sus corazones velados. Así, pues, el pueblo santo pide poder contemplar la **faz del Señor iluminada**, no velada, en modo de merecer ser inspirado por la gracia de la luz pura[163] y no tener que sufrir ya obstáculo alguno quien deseaba ver el aspecto de su Verdad. O puede, más bien, desear la multitud santa la venida del Señor Salvador, con cuya *faz* son iluminadas las tinieblas del pecado, dando vida a los muertos y remedios segurísimos a los desesperados.

Verso 136.– **Mis ojos traspasaron las salidas de las aguas**[164]**, porque no guardaron tu ley** [*Exitus aquarum transierunt*[165] *oculi mei, quia non custodierunt legem tuam*]. **Las salidas de las aguas** significan las lágrimas, lágrimas que –dice– fueron tantas que incluso traspasaron [**421**] las corrientes de los manantiales. **Traspasan** de manera total, porque aquéllas corren sin cauce, pero éstas son derramadas por la aflicción del corazón. En efecto, aquello que no podían vencer, dada la cantidad, lo superaban por la calidad de una felicísima compunción. Derramamos estas lágrimas, cuando el recuerdo de nuestros pecados no hace sentir remordimientos. En efecto, si guardáramos los mandamientos del Señor, tendríamos alegría, ciertamente, y no el fuego del llanto. Pero, puesto que, a causa de la nuestra naturaleza carnal, no podemos evitar tales cosas, pidamos que el Señor nos dé lágrimas suficientes, por las que podamos quedar limpios de las sordideces de los pecados. Y otra cosa juzgo también digna de ser considerada, en cuanto que dice que la justificación le ha

---

[161]Estas cosas sólo pueden entenderse, teniendo delante los vocablos latinos y observando que, no obstante, la semejanza de las letras, el sentido de la palabra es contrario: *calumnia* > *capitis alumna; bellum* > *bonum; lucus* > *lux*.

[162]TL., in textu; *infestationis* [*ms. G. et ed.,* inficiationis].

[163]TL., in textu; *puri* [*ed.,* pura].

[164]Hebr., פַּלְגֵי־מַיִם יָרְדוּ עֵינָי [*Ríos de aguas descienden de mis ojos*]. Los LXX: διεξόδους ὑδάτων κατέβησαν οἱ ὀφθαλμοί μου [*Fuentes de aguas han hecho bajar mis ojos*]. En cuanto al *transierunt* del texto latino, S. Agustín –que lee descenderunt– dice así: *Hay algunos códices que no escriben* descenderunt*, sino* transierunt, *pasaron más allá, como si se hubiera dicho, exagerando, que sus lágrimas fueron más abundantes que las mismas corrientes de agua, para que así entendamos* exitus aquarum (S. AGUSTÍN, *o.c.,* vol. 4, pág. 177).

[165]TL., *transierunt*; Vlg., *deduxerunt*; S. Agustín, *descenderunt*.

venido por los **ojos**, que son órganos de nuestro cuerpo, por cuyo medio nos llegan, por lo general, los encantos de este mundo, de manera que justamente por medio de ellos sea limpiada la culpa y reconocido también el exceso. Este modo de argumentar se encuentra con bastante frecuencia en las Escrituras divinas. Sirvan los siguientes ejemplos. El salmo sexto, allí donde dice: *Lavaré cada noche mi lecho; con lágrimas regaré mi cobertor* (Sal 6,7). Y también el salmo cuarenta y uno, donde está escrito: *Fueron para mí mis lágrimas los panes día y noche* (Sal 41,3). Esta figura retórica recibe el nombre de *hyperbole*, esto es, cuantas veces la cualidad de la relación se expresa aumentada con un peso mayor. En efecto, el llanto de aquel pueblo santo había de ser de tal modo abundante que sólo por una copiosa lluvia de lágrimas pudiera lavar todos sus pecados.

18. SADE[166].

Verso 137.– **Justo eres, Señor, y recto es tu juicio** [*Iustus es, Domine, et rectum iudicium tuum*]. Triunfadora de su carne, la muchedumbre cristiana llega a la decimoctava letra, en la que confiesa la justicia del Señor y afirma que va a venerar con amor incesante sus ardientes palabras, pidiendo finalmente el entendimiento de los testimonios, de donde poder ser vivificado por siempre. Pero, tras haber dicho antes que sus pecados habían sido expiados por abundantes lágrimas, celebra ahora con espíritu fiel los juicios del Señor, diciendo: **Justo eres, Señor, y recto es tu juicio**. Tú, que siempre mandas que los pecadores se aflijan, para salvarlos con tu medicina, ya que nunca es la alegría su cauce de corrección ni de otra forma pueden conocer los beneficios divinos. En efecto, si el pecador floreciera siempre sin daño alguno, consideraría tal hecho como fruto de sus propios méritos. Sin embargo, ambas cosas son justas y muy dignas son las dos, porque el que delinque es corregido, a través de la penitencia, y los juicios del Señor se manifiestan, mediante una humilde confesión. En efecto, por este hecho, Daniel fue salvado de la boca de los ferocísimos leones; por estas palabras, los tres jóvenes salieron vencedores de las llamas. En su libro de las Lamentaciones, con frecuencia, repitió Jeremías este pensamiento. Así, pues, recitemos también nosotros este verso en toda clase de peligros. Recitémoslo también en los gozos, porque tal confesión nos libra de la tristeza y nos guarda en la prosperidad.

Verso 138.– **Mandaste como testimonios tuyos la justicia y la verdad sobremanera** [*Mandasti iustitiam testimonia tua, et veritatem tuam nimis*]. **Mandaste** significa *diste orden*. Pero los **testimonios** son –como ya se ha dicho– aquellas cosas, que han sido reveladas bajo declaración de testigo. Estos *testimonios* contienen *justicia* y *verdad*. **Justicia**, porque equitativamente todo lo disciernen; **verdad**, porque dan, ciertamente, todo cuanto prometen. Ésta es, pues, la razón por la que tanto amaba, tanto repetía estos testimonios: porque, por medio de ellos, le era concedido conocer el poder del Señor, incomprensible y digno de toda reverencia. El adverbio **sobremanera** puede referirse razonablemente a una y otra cosa, es decir, tanto a la justicia como a la verdad, porque es rigor provechoso que el Señor mande la justicia *sobremanera*; pero es prudencia inculcar a los espíritus –también sobremanera– la verdad.

Verso 139.– **El celo de tu casa ha hecho que me consuma, porque tus enemigos han**

[66 צ]. *Sade*. S. Jerónimo: Sade *iustitia*. S. Ambrosio: Sade *littera octaca decima, quae latina interpretatione dicitur* consolatio.

olvidado tus palabras [*Tabescere me fecit zelus domus tuae, quia*[167] *obliti sunt verba tua inimici tui*]. **Consunción** es aquella situación crítica, que –como consecuencia de alguna enfermedad– nos va debilitando poco a poco, al tiempo que la aflicción, debida a la misma pena, va desgastando la solidez del cuerpo. Y esto es lo que atestigua haberle sucedido, a consecuencia del **celo de la casa del Señor**, que no podía sufrir que fuese violada por el destrozo de los malvados. En efecto, la palabra **celo** puede emplearse tanto en sentido negativo como positivo. En sentido negativo, valga lo siguiente: *El celo y la envidia devoraron la casa de Jacob*[168]. Y, en los Hechos de los Apóstoles, se lee: *Pero viéndolo los judíos, se llenaron de celo y echaron mano a los apóstoles* (Hch 5,17). En efecto, este *celo* conduce siempre a la culpa, anuda los lazos, corta el camino de la salvación. Pero, en sentido positivo, está escrito: *El celo de tu casa me devora* (Sal 68,10). También Elías dice: *Ardo en celo por el Señor, Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza* (1Re 19,10). Del mismo modo, el sacerdote Pinjás, al ver que un hebreo se había unido a una mujer moabita, celoso por el precepto del Señor, atravesó a los dos con la espada (Núm 25,8). Bastó sólo su celo, para alejar él la ira del Señor. Este celo, ciertamente, otorga la salvación, mantiene la fe, conserva el pudor y guarda a la Iglesia de Dios con gloriosa vitalidad.

Verso 140.– **Ardiente es tu palabra**[169] **vehementemente, y tu siervo la ha amado** [*Ignitum eloquium tuum vehementer, et servus tuus dilexi illud*]. **Ardiente** es **la palabra** del Señor, porque purifica de la sordidez mundana los corazones de los mortales y, así como el abrasador fuego del horno derrite los metales y, purificándolos debidamente, elimina sus defectos, así también la palabra del Señor, lavadas las manchas de los pecados, limpia los sentidos de los humildes. Con este fuego, ciertamente, ardía el corazón de Cleofás, cuando decía: *¿No estaba ardiendo en nosotros nuestro corazón, cuando nos abría las Escrituras?* (Lc 24,32). Encendido por este fuego, también Jeremías exclama: *Pero había como un fuego llameante en mis huesos* (Jer 20,9). Asimismo, por este fuego fueron inflamados todos los demás, que florecieron en triunfante caridad. Este fuego es, por tanto, la palabra de Cristo, como Él mismo nos dice en el Evangelio: *He venido a enviar fuego a la tierra, ¡y cómo quiero que esté ya ardiendo!* (Lc 12,49). Añade: **Vehementemente**, para que creas que esto viene acrecentado no con relación a la muerte, sino a la salvación. Añade también: **Y tu siervo la ha amado**. Amaba, ciertamente, aquello que sabía que conducía a la vida, y rendía honor a lo que también sabía que era dado para remedio del género humano.

Verso 141.– **Adolescente soy yo y despreciado; no he olvidado tus justificaciones** [*Adolescentior*[170] *sum ego et contemptus; iustificationes tuas non sum oblitus*]. A muchos santos podría convenir este verso. En efecto, bien podemos referirlo a la persona de José, que, **despreciado** por sus hermanos mayores, fue vendido a los traficantes de esclavos, como se vende a cualquier hombre vil y sin libertad. Éste, no obstante, **no olvidó las justificaciones** del Señor, realizadas en sí mismo, pues en todo supo conducirse con piadosa voluntad. En efecto, el que ajusta la obediencia a sus preceptos, se acuerda siempre de su liberador. Puede decirse también esto acerca de la persona de David, que, a causa de su poca edad, nadie esperaba que, en comparación con sus hermanos,

[167]TL., *zelus domus tuae, quia*; Vlg., *zelus meus, quia*.

[168]TL., *Zelus et invidia comedit domum Iacob*, expresión que no se encuentra en la Vlg.

[169]Hebr., צְרוּפָה אִמְרָתְךָ [*Refinada es tu palabra*], pura de toda escoria. Los LXX: πεπυρωμένον τὸ λόγιόν σου [*Ardiente es tu dicho*].

[170]TL., *adolescentior*; Vlg., *adolescentulus.*

pudiera reunir los requisitos necesarios como para alcanzar la cima del reino. Éste, sin embargo, guardó de tal modo en su memoria las **justificaciones** del Señor que el mismo Señor dijo de él: *He encontrado a David, hijo de Jesé, que ha hecho todas mis voluntades, según mi corazón* (Hch 13,22). Lo cual consta, finalmente, que es fundamento de toda la Iglesia. Esto puede decirlo también el pueblo adoptivo, el pueblo nuevo, que viene detrás en cuanto a la edad, pero que va por delante en cuanto a la dignidad de la fe. De donde bien es reconocida, hablando a lo largo de todo el salmo, la feliz multitud de los santos, que [**422**] abraza a todos los fieles, a todos los bienaventurados.

Verso 142.– **Tu justicia, justicia en eterno; y tu ley, la verdad** [*Iustitia tua, iustitia in aeternum; et lex tua, veritas*]. Este verso discierne, con la propiedad debida, la justicia y la ley del Señor . Ciertamente, la *justicia* de los hombres –por grande que ésta sea– es sólo temporal, como lo es la justicia de los filósofos, que parecen conducirse con toda probidad, pero una probidad que, carente del culto de Dios, más parecido tiene con la vanagloria. En efecto, la **justicia** del Señor permanece **en eterno**, porque todo el que la guardare, podrá gozar de la felicidad eterna. Y parecía también que hombres justos del pueblo judío, al centrar su atención preferentemente en la letra del texto, tampoco se llegaron a percatarse de que en ella se hallasen contenidos los misterios de los tiempos futuros. Pero el pueblo cristiano –que sí entendió la *justicia* del Señor– la guarda **en eterno**, porque ella es sempiterna. Lo mismo considero que se haya de entender con relación también a la **ley**, en cuanto que todos los que merecieron entenderla se llenaron de la verdad celestial. En efecto, la **verdad** de la ley es Cristo el Señor, que acerca de sí mismo dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). Por ello, justamente se ha dicho: **Y tu ley, la verdad**, verdad, que es Cristo el Señor.

Verso 143.– **La tribulación y la angustia me encontraron; pero tus mandatos son mi meditación** [*Tribulatio et angustia invenerunt me; mandata autem tua*[171] *meditatio mea est*]. La **tribulación** y la **angustia** son dos grandes regalos para los hombres santos, porque, oprimidos por el peso de tales perjuicios, aprendieron a purificarse de los pecados y tender a aquellos gozos, que no tienen fin, como dice el Apóstol: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, el peligro, el hambre*, etc.*?* (Rom 8,35). En efecto, estas cosas son como cierto antídoto para los hombres bienaventurados; medicina que, al beberse resulta amarga, pero produce, después, el alivio[172] de la salud. Sigue: **Me encontraron**, como al que está esperando, afianzado, preparado para la lucha contra tales cosas. Añade también el auxilio, por el que tenía la seguridad de ser curado en sus diversos sufrimientos: **Pero tus mandatos son mi meditación**. En efecto, ¿qué tribulaciones, qué angustias podían oprimir a aquél que gozaba con tal *meditación*?. Ciertamente, pues sabía que, aunque el cuerpo sin fuerzas fuera afligido y la carne pasible mortificada, el espíritu del que se había consagrado a las Escrituras divinas, sería conducido al descanso.

Verso 144.– **La equidad, tus testimonios en eterno; dame entendimiento y viviré** [*Aequitas testimonia tua in aeternum; intellectum da mihi, et vivam*]. Nuevamente, a modo de definición, muestra la naturaleza de los **testimonios**. En efecto, si preguntas qué son los *testimonios* del Señor, ésta será la respuesta: **La equidad en eterno**. Contra la *tribulación* y la *angustia* –cosas, sin duda, temporales– con toda conveniencia ha dicho: *La equidad en eterno*, de manera que, con

[171]TL., *mandata autem tua*; Vlg., *mandata tua*.

[172]TL., in textu: *fomenta* [*ms. G.,* momenta; *ed.,* monimenta].

tal esperanza, despreciara cada cual todo aquello que considerase que es temporal. En efecto, así los definió también en la letra anterior: *Admirables son tus testimonios, Señor.* Pero continúa diciendo: **Dame entendimiento, y viviré**. El que anteriormente había dicho que era un adolescente despreciado, pide ahora –en medio de las adversidades– un **entendimiento** más maduro que el de los mayores, para así poder comprender que los peligros de este mundo han de ser tenidos como por vientos pasajeros. En efecto, sólo si consideraba que tales cosas no deben ser motivo de cuidado, podía decir **y viviré**, esto es: vivir por la muerte del martirio y poder gozar con alegría perpetua. ¡Oh aquella muerte que da la vida, oh sangre más preciosa que todas las púrpuras, que tienes el merecimiento de poner fin a las tribulaciones y angustias, y que esperas recibir, después, el reino de los cielos!.

19. QOF[173].

Verso 145.– **He clamado con todo mi corazón, escúchame, Señor; buscaré tus justificaciones** [*Clamavi in toto corde meo, exaudi me, Domine; iustificationes tuas requiram*]. Entra el coro reverendísimo en la décimo novena letra, en la que promete buscar las justificaciones del Señor y, mediante confesión anticipada, gozar en su palabra, añadiendo que ha conocido que los testimonios del Señor han sido fundados para siempre. Volvamos ahora al verso. Así, el clamor de los fieles es el afecto del espíritu piadoso, que no sólo se expresa por la palabra, sino que se hace manifiesto, a través de una gran rendición del corazón. En efecto, el pueblo judío **clamaba** en la murmuración y el Señor no lo escuchaba. Moisés callaba, y el Señor le decía: *¿Por qué clamas a mí?* (Éx 14,15). Ciertamente, porque el Altísimo escucha aquellos pensamientos que se expresan con piadosa intención. Y, para que no consideres que, cuando se clama al Señor, se ha de estar pensando en algo, añade: **Con todo mi corazón**. En efecto, en la sola meditación religiosa debe ocuparse todo el espíritu, de manera que, al no estar dividida la mente, pueda obtener el resultado que suplica. Y fíjate bien en qué pedía con todo su corazón y con todas sus fuerzas: no las riquezas del mundo, no la unión matrimonial con nobles mujeres, tampoco los honores pasajeros, sino las **justificaciones** del Señor, justificaciones que un corazón santo desea siempre y constantemente busca, muy por encima del oro y del topacio. Pues dice: **Buscaré**. Ciertamente, las justificaciones, que se deben poner en práctica, no las que se deben conocer sólo por medio de la lectura. En efecto, no **busca** verdaderamente las justificaciones del Señor, sino aquél que, con espíritu religioso, las lleva a cumplimiento.

Verso 146.– **He clamado a ti, sálvame; y guardaré tus mandatos** [*Clamavi ad te, salvum me fac; et custodiam mandata tua*]. Expresa aquel *clamor* al que, un poco más arriba, se acababa de referir, al decir: *He clamado con todo mi corazón*. Dice aquí: **He clamado a ti**. En efecto, no *clama* al Señor, sino el que se dirige a Él con todo el afecto de su corazón. Pero, cuando dice: **Sálvame**, quiere dar a entender que es en el alma –no en el cuerpo– donde realmente debía guardar los mandatos del Señor. En efecto, no podía pedir la salud de la carne el que, de buen grado, se sometía a los sufrimientos del cuerpo.

[73 ק]. *Qof*. Significa *conclusión* o *vocación.* S. Jerónimo: Coph, *vocatio*. S. Ambrosio: *Incipit littera decima nona* Koph*, cuius interpretatio est* conclusio *et sicut alibi invenimus* aspice.

Verso 147.– **Me he adelantado en la madurez**[174]**, y he clamado; y en tu palabra he esperado** [*Praeveni in maturitate, et clamavi; et in verbo tuo speravi*[175]]. **Se adelanta en la madurez** todo aquél que, en sus años tempranos, anticipa el comedimiento propio de la vejez y medita pensamientos muy profundos, antes de que su cabeza, por el número de años, empiece ya a blanquear. En efecto, ¿qué honor tienen los ancianos, si, una vez que llegado a su fin un largo tiempo de esplendor, descansan ya fatigados? Por el contrario, ¿qué gloria tienen los jóvenes, si, en el hervor mismo de la edad, son templados por la ley de las costumbres?, como dice el profeta Jeremías: *Bueno es para el hombre, que llevó un pesado yugo desde su juventud. Se sentará a solas y callará, porque soportó un yugo pesado* (Lam 3,27-28). Sigue: **Y en tu palabra he esperado**. Esto es, ciertamente, aquello que, **en la madurez había adelantado y clamado** al Señor: que **en** su **palabra** –es decir, en la venida del Señor Salvador– no dejó de **esperar** con total firmeza de espíritu. En efecto, los hombres santos, aunque un gran deseo los abrase, añaden siempre ardor a su espera, pues tanto más se pide la felicidad futura cuanto con más amplitud se retrasa la espera.

Verso 148.– **Se adelantaron mis ojos a ti al amanecer, para meditar tus palabras** [*Praevenerunt oculi mei ad te diluculo, ut meditarer eloquia tua*]. En el versículo anterior dijo que *se había adelantado en la madurez*, significando el tiempo de la edad juvenil, pero ahora habla de la hora del día. **Se adelantaron mis ojos a ti al amanecer**, significando, sin duda, que los ojos de su corazón habían creído [**423**] en el futuro Señor Salvador, antes de que irradiara la luz de su venida. En efecto, la expresión: **Al amanecer** significa el comienzo de la luz, es decir, la llegada manifiesta del día, cuando, después de las tinieblas de los pecados, por los que este mundo se hallaba preso, brilló la presencia del Señor, que da la vida. O puede significar, tal vez, que en ese momento del día *–al amanecer–* en que tuvo lugar la resurrección del Señor, como dice el Evangelio: *Y estando aún amaneciendo, llegó María al sepulcro*, etc. (Lc 24,1). Sigue: **Para meditar tus palabras**. Explica por qué razón el espíritu devoto se ha levantado, antes del amanecer: no para cultivar el campo; no para adelantarse a los saludos de los poderosos, sino **para meditar las palabras** del Señor, que nunca pueden rehuir los deseos piadosos, en cuanto que su dulzura siempre se acrece, como en la décimo tercera letra quedó dicho: *¡Cuán dulces a mis fauces tus palabras!*.

Verso 149.– **Escucha mi voz, Señor, según tu misericordia; y según tu juicio, vivifícame** [*Vocem tuam exaudi, Domine, secundum misericordiam tuam; et secundum iudicium tuum vivifica me*]. Consideremos con qué admirable modestia los verdaderos servidores del Señor le dirigen sus suplicas. Y entendamos que en nada se ha de presumir, si, por la gracia de Dios, algún poco de dicha nos sonriera. En efecto, aquél que, adelantándose a la edad, clamó al Señor en los años juveniles, aquél que se levantó al amanecer, pide siempre la **misericordia** en sus alabanzas, y ruega **ser vivificado**, porque en ninguna otra clase de obra –sino únicamente en la piedad del Señor– ha de hallar motivo de gloria. Ciertamente, pues al decir: **Escucha mi voz, Señor, según tu misericordia**, ninguna excusa alega con confianza respecto de sus pecados, sino que pide sólo aquella misericordia

---

[174]Hebr., קִדַּמְתִּי בַנֶּשֶׁף [*Me anticipo al alba*]. Los LXX: προέφθασα ἐν ἀωρίᾳ [*Me he adelantado fuera de tiempo*]. S. Agustín, que lee *preveni intempesta nocte*, diserta ampliamente sobre este punto. Dice: *Lo que sigue es oscuro y requiere un estudio más detenido.* Me adelanté en la medianoche. *Muchos códices no dicen* en la media noche*, sino* en la madrugada (*in maturitate*). *Apenas encontré uno que tuviera duplicada la preposición, es decir,* in inmaturitate, *etc.* (S. AGUSTÍN, *o.c.,* vol. 4, págs. 184-186).

[175]TL., *et in verbo tuo speravi*; Vlg., *et in verba tua supersperavi*.

que de la miseria lleva a los hombres a la felicidad; del cauterio, a la libertad; de la muerte, a la vida; del tiempo, a la eternidad. Continúa diciendo: **Y según tu juicio**. En efecto, según aquel juicio en que perdonas a los que suplican; en el que absuelves –clemente– a los que se condenan a sí mismos. Y, cuando añade: **Vivifícame**, da a entender que está muerto, según la ley del pecado, pues no puede *ser vivificado*, sino aquél que no tiene vida propia en sí mismo.

Verso 150.– **Se han aproximado los que me persiguen injustamente; pero se han alejado de tu ley** [*Appropinquaverunt*[176] *persequentes me iniuste*[177]*; a lege autem tua longe facti sunt*]. Conocía el espíritu profético de los bienaventurados qué peligros los amenazaban gravemente, y pidió antes la misericordia, a fin de que ninguna hecho atroz pudiera prevalecer sobre ellos. En efecto, **se aproximan los perseguidores**, cuando –tras haber hecho todo tipo de cosas– llegan incluso a lacerar la carne, como acerca de la pasión del Señor, en el salmo veintiuno, ya se dijo: *No estés lejos de mí, porque la tribulación está próxima* (Sal 21,11). Y en Evangelio: *¡Levantaos, vayámonos!, pues el que me va a entregar se ha acercado*[178] (Mt 26,46). Pero, en razón de la diferencia, bien ha añadido el adverbio **injustamente**, porque pueden sufrir también persecución aquéllos que, al haber delinquido, reciben justo castigo por los delitos cometidos, como se dice en el Evangelio: *Dichosos los que padecen persecución* (Mt 5,10), pero inmediatamente añade: *Por causa de la justicia*. Pero bien ha dicho aquí *injustamente*, porque sufrían mal por bien, hasta el punto de llegarse a considerar que los anunciadores de la salvación se habían hecho merecedores de ser entregados a la muerte. Sigue: **Pero se han alejado de tu ley**. Es decir, estos *perseguidores*, cuanto más se *aproximaban* a los sufrimientos de los santos tanto más se alejaban de la ley del Señor. En efecto, necesariamente abandonan la justicia quienes se apresuran a transitar por senderos de perversión y a practicar la maldad, pues no pueden acercarse al Señor, sino sólo aquéllos que obedecen sus mandamientos. Esta figura retórica recibe el nombre de *syncrisis* [antítesis], cuantas veces demostramos que nuestra causa es mejor que la de nuestros adversarios. Dice, en efecto, que él ha sufrido persecución injustamente, pero que sus adversarios se han alejado de la ley del Señor.

Verso 151.– **Tú estás cerca, Señor, y todos tus mandatos son verdad** [*Prope es tu, Domine; et omnia mandata tua*[179] *veritas*]. Contra aquella proximidad de violentísima persecución, dice que es para él remedio la cercanía del Señor, de donde sabía que habría de venirle el auxilio de la salvación. Dice, en efecto: **Tú estás cerca, Señor**, porque, por todas partes, eres pleno; por todas partes, eres todo. No te contienen a Ti los espacios, sino que eres Tú el que a todos ellos los llenas y los abarcas. En efecto, queriendo el profeta mostrar que el Señor se halla presente en todas partes, en otro lugar, dice: *Si subiere al cielo, allí estás tú; si descendiere al infierno, estás presente; si tomare mis alas antes de la luz y habitare en las extremidades del mar, aún allí me guiará tu mano* (Sal 138,8-10). Pero, al afirmar: *Tú estás cerca, Señor*, declara que Él no ignora cuándo obramos perversamente y que no se aleja, cuando nosotros huimos. Por consiguiente, la única salvación es darse prisa en ir a donde está Él. Añade también: **Y todos tus mandatos son verdad**. Esto puede decirlo aquél que ha creído en la **verdad** –es decir, en Cristo el Señor– y cumple provechosamente sus **mandatos** en su totalidad. Pero no pudo decir tales cosas el pueblo judío, que

[176]TL., in textu: *appropinquaverunt* [*ms. G. et ed.,* appropriaverunt]; Vlg., *Appropinquaverunt.*

[177]TL., *iniuste*; Vlg., *iniquitate.*

[178]TL., in textu: *appropinquavit* [*ms. G..,* appropriavit]

[179]TL., *omnia mandata tua*; Vlg., *omnes viae tuae*.

no quiso creer en la *Verdad*.

Verso 152.– **Desde el comienzo he conocido acerca de tus testimonios, porque los has fundado en eterno** [*Ab initio*[180] *cognovi de testimoniis tuis, quia in aeternum fundasti ea*]. La expresión: **Desde el comienzo** significa aquí desde los *rudimentos* del tiempo, cuando, a partir del justo Abel (Gén 4,8), comenzó a existir el nombre de los santos, pues éste –aun siendo inocente, a ejemplo del Señor Salvador– encontró la muerte a manos de su criminal hermano. También **supo desde el comienzo**, cuando fueron aceptados los dones que ofreció el sacerdote Melquisedec, prefigurando la ofrenda del cuerpo del Señor [Gén 14,18]. Igualmente *conoció desde el comienzo*, cuando Abrahán ofreció en inmolación a su hijo (Gén 22,10), anticipando el misterio del Señor Salvador, y cosas semejantes a éstas, que se contienen en las páginas de las sagradas Letras. Éstas cosas, sin duda, **fueron fundadas en eterno**, porque eran reconocidas como *testimonio* de la misma Verdad. Y bien dijo: *Fueron fundadas*, puesto que hacían referencia al *fundamento*, que es Cristo el Señor. Él es, en efecto, el fundamento singular y sólido, como dice el Apóstol: *Pues nadie puede poner otro fundamento, sino el que ha sido puesto, que es Cristo Jesús* (1Cor 3,11). De donde, con evidencia, vuelve a aparecer aquello que ya se ha dicho muchas veces, esto es: que los hombres fieles han contemplado –en espíritu– a Cristo el Señor y que su santa venida fue conocida ya, mediante las prefiguraciones, contenidas en el Antiguo Testamento.

20. REŠ[181].

Verso 153.– **Mira mi humildad y líbrame, porque no he olvidado tu ley** [*Vide humilitatem meam et eripe me, quia legem tuam non sum oblitus*]. He aquí que el pueblo, vencedor de los pecados, entra ya en la vigésima letra, en la que pide ser vivificado, porque ha buscado con sumo afán los mandatos del Señor. Dice, sin embargo, que los pecadores están lejos de la salvación, porque no hicieron lo mismo. Da testimonio también de que el principio de las palabras del Señor es la verdad. Pero vayamos al comienzo de esta letra. Dice: **Mira mi humildad**. Parece ser que esto hace referencia a los mártires, cuyo cuerpo es hasta tal punto afligido por tan atroces tormentos que no se estima que exista en ellos una naturaleza humana, sino la vileza misma, propia de las bestias. Sobre esta humildad va a tratar uno de los salmos siguientes, allí donde se dice: *Porque muy colmados estamos de desprecio* (Sal 122,3). Y también: *Muy repleta está nuestra alma: oprobio para los que viven en la abundancia, y desprecio* [**425**] *para los soberbios* [Sal 122,4]. Escucha asimismo al Apóstol: *Pero yo soy el más pequeño de los apóstoles* (1Cor 15,9). Pero, para revestir esta humildad con cierto manto purpúreo, dice también el Señor: *Pero yo soy un gusano, y no un hombre; oprobio de los hombres y abyección de la plebe* (Sal 21,7). Por esta humildad fue vencida la soberbia del diablo, en modo de que cayera de la parte contraria y no se alegrara de arrogarse algo provechoso. Sigue: **Y líbrame**. ¿De qué, sino del difícil trance de las penas inminentes, del peligro de la muerte y de todo lo que los bienaventurados mártires pueden padecer en aquella lucha?. En efecto, el santo pueblo, cuya petición era recta y devota, no podía pedir ser liberado de una humildad que no diese fruto. Pero llama aquí **ley** a aquella máxima evangélica, que dice: *Todo el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado* (Lc 14,11). Por lo cual, con razón,

[180]TL., *Ab initio*; Vlg., *Initio.*

[81 ¬]. *Reš.* S. Jerónimo: Res *capitis*. S. Ambrosio: *Incipit littera* Res*, quae Latina intertretatione* caput *dicitur vel* primatus.

decía que **no** la **había olvidado** aquél que, hasta el final de la vida, había perseverado en ella.

Verso 154.– **Juzga mi juicio**[182]**, y redímeme; por tu palabra, vivifícame** [*Iudica iudicium meum, et redime me; propter eloquium tuum, vivifica me*]. Este verso se ha de examinar con solícita piedad, a fin de que no parezca –cosa que está del todo excluida– que el pueblo santo ha requerido ser juzgado, a causa de su arrogancia. Sobre esto está escrito: *El justo en el comienzo de la palabra es acusador de sí mismo* (Prov 18,17). Pero llama **su juicio** al juicio por el que ha creído en la palabra, juicio por el cual ha recibido con pureza de espíritu la encarnación del Señor. En verdad, juicio seguro, por el que nadie pueda temer el juicio del Señor. En efecto, en estas cosas, en que –por la gracia de Dios– juzgan los santos, creyendo rectamente, siempre se hacen seguros. Y, con razón, reclaman para ellos el examen divino, pues saben que, por su medio, ellos mismos han de ser glorificados. Y observa con cuán pulcramente se ha hecho la designación. Este argumento recibe el nombre de *a coniugatis* [a partir de cosas emparentadas], cuando un nombre se forma a partir de otro nombre por asonancia concorde[183]. Sigue: **Y redímeme**. ¿A quién podía **redimir**, sino al creyente?. O, lo que es más, ¿por quién habría derramado la sangre de la redención, si el servidor no hubiese sido fiel?. Añade: **Por tu palabra, vivifícame**. Ciertamente, allí donde promete: *El que cree en mí no morirá, sino que tendrá la vida eterna* (Jn 11,26).

Verso 155.– **Lejos está la salvación de los pecadores, porque no han buscado tus justificaciones** [*Longe est a peccatoribus salus, quia iustificationes tuas non exquisierunt*]. En el primer verso de esta letra, había dicho que sería ser liberado de los pecadores, porque no había olvidado la ley del Señor. Ahora, haciendo uso de muy adecuada oposición y a fin de levantar los ánimos de los hombres devotos con la esperanza de una vida feliz e infundir temor a los malvados a la vista de la condena, asegura que **la salvación está lejos** de los soberbios perseguidores, **porque no han buscado las justificaciones** del Señor. Considero que esto se ha de entender, de modo particular, con relación a los judíos, los cuales alejaron de ellos en gran manera la **salvación** –esto es, a Cristo Salvador–, al no haber creído en Él. En efecto, para así poder creer, en modo alguno quisieron indagar en las justificaciones del Antiguo Testamento, donde se encuentra prefigurada –como muchas veces se ha dicho– la venida del Señor Salvador. Con razón, pues, se alejaron de la salvación los que rechazaron a Aquél de quien ésta procedía. En efecto, cuando Pilato les presentó a Cristo el Señor, ellos –endurecidos sus corazones– prefirieron que se les soltara a Barrabás, que era un ladrón, tal cual ellos lo fueron (Mt 27,17).

Verso 156.– **Muchas son tus conmiseraciones, Señor; según tu juicio, vivifícame** [*Miserationes tuae multae, Domine; secundum iudicium tuum, vivifica me*]. Las **conmiseraciones** del Señor son aquellas acciones, por las que, de diversos modos, se digna venir en auxilio de los que están afligidos y se hallan maltrechos. Como auxilió a José, retenido preso con grilletes carcelarios; como auxilió a Jonás, tragado por el cetáceo; como auxilió a Susana, la cual –siendo atormentada, a causa de un falso crimen– pudo quedar libre, gracias a la intervención de Daniel; como auxilió también al ladrón, al que concedió el perdón en premio de su espontánea confesión, y todas las

[182]Hebr., רִיבָה רִיבִי [*Pleitea mi pleito*]. Los LXX: κρῖνον τὴν κρίσιν μου [*Juzga mi juicio*]. Es decir, aboga tú por mi causa, sal fiador por mí.

[183]Se trata del llamado *acusativo interno* o *acusativo complemento directo*, que tiene una relación directa con el verbo: *cantar un canto, comer una comida*...

demás *conmiseraciones*, que conocimiento alguno nunca podría referir. Continúa diciendo: **Según tu juicio, vivifícame**. Siempre debemos considerar, con gran prudencia, qué clase de juicio se pide, porque no es propio de la confianza humana pedir aquello sobre lo que está escrito: *No entres en juicio con tu siervo* (Sal 142,2). **Juicio** es, ciertamente, lo que debemos pedir, cuando con humilde deseo de reparación nos arrodillamos, cuando –dejado a un lado todo tipo de pretexto– confesamos nuestros pecados. Entonces, el juicio del Señor es, en efecto, apiadarse de quienes así piden, porque pide rectamente aquél que –humillado y suplicante– ruega **ser vivificado**, según el juicio del Señor. Ciertamente, pues el Señor, cuando juzga, se apiada; cuando se apiada, también juzga, porque no juzga sin misericordia. A Él se dirige el salmista, diciendo: *Cantaré la misericordia y el juicio; para ti salmodiaré, Señor* (Sal 100,1). En efecto, manifiesto es que todas las virtudes están ínsitas en Él, y no se unen o se apartan de Aquél, en el que habitan sustancialmente.

Verso 157.– **Muchos son los que me persiguen y atribulan; de tus testimonios no me he desviado** [*Multi qui persequuntur me et tribulant me; a testimoniis tuis non declinavi*]. Viene aumentada en extremo la afrenta de la cruel persecución, ya que uno solo dice haber padecido lo que muchos hombres detestables produjeron. De ahí vino para la Iglesia una palma numerosa; de ahí la sangre de los mártires fue dada en ofrenda al orbe entero, pues el furor de los crueles perseguidores no encontró alegría en la persecución de los inocentes. En efecto, tanto más creció el número de los elegidos creció cuanto más se encendió la ira de los tiranos. Pero, en medio de todas estas cosas, da testimonio de que **no se desvió**, en modo alguno, **de los testimonios** del Señor. En verdad, más gratamente es recibida la piedad, que es guardada en medio de los peligros de la vida.

Verso 158.– **He visto a los que no guardan el pacto, y me consumía, porque no han guardado tus palabras** [*Vidi non servantes pactum*[184]*, et tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt*]. **Pacto** es un acuerdo establecido, con disposición de amistad, entre partes desunidas. La palabra viene de *paz*, como si se dijera: *acto de paz* [pacis actum]. De ahí que, con razón, el estatuto de una y otra ley sea llamado *pacto*. Pacto que volvió a llamar al género humano, separado de la gracia divina, a la paz del Señor y a la concordia. Por lo cual, es *pacto del Señor* el hecho de que todo aquél que saliere vencedor de las persecuciones fuese coronado con la elección gloriosa. De ningún modo observaron esto aquéllos que –convertidos con arrepentimiento débil– corrieron tras los gozos de sus propios perseguidores. Al ver tal cosa, el pueblo santo se afligía por haber perdido compañeros en la fe. Y, para expresar su abundante dolor, dice: **Me consumía**, cosa que suele sobrevenir a los cuerpos fatigados por una larga enfermedad. Pero dice por qué *se consumía*: porque el prevaricador **no guardó**, en modo alguno, **las palabras** del Señor. Ahora bien, éstas son las *palabras del Señor*: *El que perseverare hasta el final, éste sera salvo* (Mt 10,22). O se refiere, tal vez, a aquel *pacto* del Antiguo Testamento, cuando el pueblo hebreo, al escuchar las palabras del Señor, dijo: *Todo lo que ha dicho el Señor lo escucharemos y lo haremos* (Éx 19,8). Sin embargo, allí donde el pueblo adoró a dioses extraños y se ensució, a causa del abominable culto de los demonios, abandonó con olvido detestable aquel pacto de la primera promesa. Un dolor, que llegaba hasta la consunción del cuerpo, supuso necesariamente este hecho para aquellos hombres santos, que veían claramente cómo sus amigos y parientes despreciaban las *palabras* del Señor y, movidos por un piadosísimo dolor, deploraron la conducta de los que se habían entregado a tan perversos sentimientos.

[184]TL., *Vidi non servantes pactum, et*; Vlg., *Vidi praevaricantes, te.*

[**425**] Verso 159.– **Mira que yo he amado tus mandatos, Señor; en tu misericordia vivifícame** [*Vide quia*[185] *mandata tua dilexi, Domine; in tua misericordia vivifica me*]. Observa cómo la semejanza de las palabras ha proporcionado belleza a una y otra causa. En el verso anterior, dijo: *He visto a los que no guardan el pacto, y me consumía*. Ahora dice: **Mira que yo he amado tus mandatos**. Por lo siguiente merece ser mirado por el Señor: porque está atento a los enemigos, en virtud del celo de su piedad. Ahora bien, tras haber recordado la crueldad de los perseguidores y las súplicas presentadas, llega al amor, que es el don más alto de todos los dones. En efecto, el que no ama los mandatos del Señor, aunque sufriera toda clase de males, su corona no sería corona de felicidad, sino de perversa vanagloria, como dice el Apóstol: *Aunque entregare mi cuerpo para que ardiera, pero no tuviere amor, nada me aprovecha* (1Cor 13,3). No agrada, ciertamente, a la ley del Señor que se sufran los tormentos del martirio en medio de murmuraciones, sino que realmente se ame aquello, por cuyo medio se tiene la seguridad de alcanzar los gozos eternos. En efecto, más placenteramente se fija el Señor en la disposición del espíritu que en los sufrimientos de la carne, del mismo modo que más gratas le son las limosnas, cuando se dan con un corazón lleno de alegría. Con razón, pues, pedía que fuese **vivificado** por el Señor aquél que, por la verdadera religión, había despreciado la vida de este mundo.

Verso 160.– **El principio de tus palabras es la verdad**[186]**; en eterno son todos los juicios de tu justicia** [*Principium verborum tuorum veritas; in aeternum omnia iudicia iustitiae tuae*]. Dice: **El principio de tus palabras**. Soy de la opinión de que estas palabras significan el comienzo de las Escrituras divinas. Y, ¿qué otra cosa significan –si no– las palabras iniciales del libro del Génesis, que dice: *En el principio hizo Dios el cielo y la tierra* (Gén 1,1), en las que, sin embargo, están significadas e incluidas todas las cosas?. En efecto, las celestes están contenidas en el *cielo*; pero, mediante el significado de *tierra*, debemos entender todas las cosas terrenas, que han sido creadas. **Es la verdad**. En efecto, desde el principio la Verdad habla lo que es verdadero y guía sus palabras hasta el final de la Verdad. Sobre esto está escrito: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt 24,35). Ciertamente, pues todo cuanto procede de aquella fuente, que es la Verdad, se conserva con consistencia invariable. En efecto, así como se ha dicho: *El comienzo de la sabiduria es el temor de Dios* (Sir 1,16), así también ha sido acomodado aquí el orden de la locución, diciendo: **El principio de tus palabras es la verdad**. Y, puesto que había mencionado lo que fue hecho en el principio, sigue también lo que, después del fin de este mundo, se habrá de hacer, en cuanto que los juicios del Señor permanecerán en el siglo eterno. Dice, en efecto, a los justos: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino, que ha sido preparado para vosotros desde el comienzo del mundo* (Mt 25,34). Pero a los impíos les dirá: *Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles* (Mt 25,34). Estos **juicios de** su **justicia** serán, sin duda, perpetuos, porque ni tiempo alguno mudará su sentencia ni hecho alguno tampoco la subvertirá. Así, en un solo verso, ha incluido los comienzos de nuestra fe y aún aquellas cosas que han de venir.

---

[185]TL., *quia*; Vlg., *quoniam.*

[186]Hebr., רֹאשׁ־דְּבָרְךָ אֱמֶת [*El principio de tu palabra, verdad*]. Los LXX: ἀρχὴ τῶν λόγων σου ἀλήθεια [*El principio de tus palabras, verdad*]. El vocablo hebreo רֹאשׁ [*ro'š*] y el griego ἀρχὴ significan también *suma*, por lo que, en este sentido, se podría traducir: *La suma de tus palabras, todas tus palabras son verdad*. Valga como ejemplo Núm 1,2: שְׂאוּ אֶת־רֹאשׁ כָּל־עֲדַת בְּנֵי־יִשְׂרָאֵל [*Haced un censo de toda la congregación de los hijos de Israel*], que los LXX y Vlg. respectivamente traducen por: λάβετε ἀρχὴν πάσης συναγωγῆς υἱῶν Ισραηλ y *Tollite summam universae congregationis filiorum Israel*, con idéntica traducción. S. Agustín dice: *Todas tus palabras proceden de la verdad y, por tanto, son veraces y a nadie engañan* (S. AGUSTÍN, *o.c.,* vol. 4, pág. 192).

21. ŠIN[187].

Verso 161.– **Los príncipes me han perseguido sin motivo; y a causa de tus palabras ha temido mi corazón** [*Principes persecuti sunt me gratis; et a verbis tuis formidavit cor meum*]. Entra la asamblea de los santos en la vigésimo primera letra, en la que dice que las persecuciones de los hombres crueles –por el amor del Señor– le son gratísimas. Manifiesta asimismo que, siete veces al día, ha proclamado las alabanzas del Señor, cuyos caminos dice conocer también. También aquí, por la palabra **príncipes** debemos entender a los perseguidores, los cuales, por la autoridad propia de los que reinan, promovieron violentas persecuciones contra los cristianos, según está escrito: *Os entregarán a sus sinagogas, y os flagelarán, y compareceréis ante reyes y gobernadores por mi causa, como testimonio para ellos y para las gentes* (Mt 10,17-18). En efecto, así llamamos también **príncipe** al diablo, que reclamó para sí el primado en los crímenes. **Sin motivo**, porque a nadie hace daño la religión cristiana, antes al contrario y conforme al mandamiento del Señor, ora por todos aquéllos que *sin motivo* la aflige, como está escrito: *Orad por vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian* (Mt 5,44). *Sin motivo*, ciertamente, sufrían persecución de parte de los príncipes, pues ni habían sido éstos objeto de desprecio ni el pago de sus tributos se les había negado. Dice, en efecto, el Apóstol: *Estad sometidos a todos los poderes más altos, pues no existe poder, sino de Dios* (Rom 13,1). También, en el Evangelio, a uno que le pregunta sobre si se ha de pagar el tributo al César, el Señor le responde: *Devolved al César las cosas que son del César; y a Dios, las que son de Dios* (Mt 22,21). Él mismo pagó también tributo, por sí mismo y por Pedro, con la moneda sacada de la boca del pez (Mt 17,26), de manera que inequívocamente apareciera a la vista de todos que, *sin motivo*, habían desatado una infame persecución contra aquéllos que habían optado por conducirse en la vida, sin hacer daño a nadie. Ahora bien, aun no temiendo tales cosas, añade que **ha temido** los mandatos del Señor. En efecto, aquéllos amenazaban con una muerte temporal, pero Éste se hacía temer ante la posibilidad de la perdición eterna, de modo que no viniera a suceder que, quedando absuelto de la sentencia humana, atrajese sobre sí el juicio eterno. Sentía temor, en efecto, de aquello que el Señor dijo en el Evangelio: *No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed, más bien, al que tiene poder para perder en la gehenna alma y cuerpo* (Mt 10,28).

Verso 162.– **Yo me alegraré por tus palabras, como el que encuentra muchos despojos** [*Laetabor ego super eloquia tua, sicut qui invenit spolia multa*]. La comparación está tomada de los guerreros, que se gozan de haber vencido al enemigo y se congratulan de haberse apoderado de un botín abundante. Pero consideremos por qué razón aquel espíritu piadoso pueda compararse a hombres tan fieros. En efecto, los mártires, aun cuando muriesen de muerte humilde, **encontraban muchos despojos**, porque recibían los premios divinos y se alegraban de que, por la misericordia del Señor, también sus propios perseguidores llegaran a la conversión, de manera que pasaran a ser, más bien, **despojos** los mismos que anteriormente arrebataron las vidas de los inocentes. Y por eso dice que **se alegra** en las **palabras** del Señor –es decir, en las advertencias hechas– como se alegra el vencedor, que con extremada codicia, corre a hacerse con el botín de los enemigos muertos. En efecto, esta similitud es traída para alegría de los triunfadores, no para ser comparada con el deseo ardiente del derramamiento de sangre. De hecho, se la encuentra con frecuencia en las sagradas

[87 שׁ/שׂ]. *Šin.* Significa *sobre la llaga* o *sobre los dientes.* S. Jerónimo: Sen *dentium.* S. Ambrosio: *Incipit littera...* Sin*, quae Latine dicitur* super vulnus.

páginas, para expresión de determinados hechos de fuerte valor significativo. Por ejemplo, el pueblo hebreo expolió a los egipcios, cuando, con la ayuda del Señor, fue liberado de una larga servitud [Éx 12,36]. David tomó[188] los *despojos*, arrodillando la soberbia y la maldad de Goliat [1Sam 17,54]. El mismo Señor triunfó sobre el diablo, cuando, amarrada su fortaleza, rescató los vasos de la muerte, que hizo pasar a la salvación. En fin, el mismo pueblo cristiano **se alegró por las palabras** del Señor, **como el que encuentra muchos despojos**, palabras que arrebató a los judíos, que no quisieron creerlas para provecho de su propia fe.

Verso 163.– **He odiado y he abominado la iniquidad; pero he amado tu ley** [*Iniquitatem odio habui, et abominatus sum; legem autem tuam dilexi*]. Se ha de tener bien en cuenta el hecho de que confirmó el amor de las cosas buenas [**426**] por el odio de las cosas malas, en cuanto que nuestro espíritu –caso de que quisiera tener que ver con la iniquidad– de ningún modo se uniría por completo a la ley del Señor, como está escrito en el Evangelio: *Nadie puede servir a dos señores* (Mt 6,21). En efecto, el verdadero amor es aquél que, con inflexible determinación, guarda de tal modo el deseo de la verdad que abomina radicalmente todo lo que le pueda ser contrario. No dice, por ello, que ha odiado al hombre inicuo, sino que **ha odiado la iniquidad**, cosa ésta que no contraviene el derecho divino. Y de tal manera dice que **ha abominado de ella** que la ha mantenido muy alejada de él, para poder así **amar la ley** del Señor con voluntad perfecta. Este modo de argumentar se infiere de la diversidad de cosas contrarias. Pero es la **ley** del Señor, la cual –como muchas veces se ha dicho– se realizaba de manera prefigurada. Por ejemplo: liberar después de seis años a esclavo hebreo, sacrificar un cordero de un año, y otras cosas semejantes, que hallan su pleno significado en el Nuevo Testamento. Con razón, recuerda que **las ha amado**, a fin de que nadie crea que tales cosas han de ser oídas con cierta actitud indiferente.

Verso 164.– **Siete veces al día te he dicho la alabanza, por los juicios de tu justicia** [*Septies in die laudem dixi tibi, super iudicia iustitiae tuae*]. Si queremos entender esto en su sentido literal, este número significa aquellas **siete veces** en las que la piadosa devoción de los monjes se reconforta diariamente, esto es: maitines, hora tercia, sexta, nona, vísperas, completas y nocturnas. También un himno de san Ambrosio atestigua esto en el canto de la hora tercia[189]. Pero, si le das un sentido espiritual, apreciarás más juiciosamente la continuación de las horas antes referida, como en otro lugar se dice: *Bendeciré al Señor en todo tiempo, siempre su alabanza en mi boca* (Sal 33,1). Del mismo modo, la semana, que está compuesta siempre de este mismo número de días, despliega ante nosotros la inmensa sucesión del tiempo, encerrando con este número todo lo que se contiene en la duración de este mundo. Se emplea, en efecto, también en lugar de lo infinito, allí donde dice: *Siete veces cae el justo, y se levanta* (Prov 24,16). No se determina aquí el número de las caídas del justo, sino que con ello se le da a entender que, tantas veces como caiga, otras tantas necesariamente tiene que levantarse. Véase este otro ejemplo: *Devuelve a nuestros vecinos el séptuplo en su seno* (Sal 78,15), es decir, de múltiples maneras. Y también en la ley de Moisés: *Quienquiera que matare a Caín, será castigado siete veces* (Gén 4,15), es decir, de múltiples maneras. Y, así, otros muchos ejemplos parecidos a éstos. Pero, con el fin de que entiendas que estas alabanzas son continuas, añade seguidamente: **Por los juicios de tu justicia**, porque, realmente perdona al que le suplica y de tal modo es piadoso para con los humildes que no sólo los absuelve de sus culpas, sino que les

[188]TL., *tuli*; prop., *tulit*.

[189]AMBROSIUS, *Hymni*, Hymnus III (PL 16,1410).

concede también, con largueza, los premios eternos.

Verso 165.– **Mucha es la paz para los que aman tu ley; y no hay escándalo para ellos** [*Pax multa diligentibus legem tuam; et non est illis scandalum*]. Siendo Dios apacible con pureza imperturbable, necesario es que sean otorgados los **gozos de la paz a los que aman** su **ley**. Pero la expresión: **Mucha es la paz** debe entenderse en el sentido de la pureza del espíritu y abundancia de la fe, que convenientemente oponemos contra los vicios. Por lo demás, bien es sabido que, en este mundo, también está sometido a las tribulaciones y peligros aquél que profesa ser servidor del Señor. De hecho, a los mismos apóstoles –que habían de experimentar también el tormento de diversas persecuciones– les dice el Señor: *Mi paz os doy, mi paz os dejo* (Jn 14,27), de modo que aparezca inequívocamente que los servidores del Señor gozan siempre en el espíritu, aunque sus cuerpos sean castigados por diferentes aflicciones. Continúa diciendo: **Y no hay escándalo para ellos**. En efecto, porque quien verdaderamente **ama la ley** del Señor, no sufre en ella *escándalo* –es decir, nada que sea siniestro– como sí lo sufren los judíos, sobre los cuales está escrito: *Escándalo, ciertamente, para los judíos, pero para los gentiles, necedad* (1Cor 1,23). En efecto, **escándalo** es el espíritu ofendido, al entender algo distinto a lo que está mandado, algo que se sabe que está lejos de los que aman la ley[190] del Señor. En efecto, en la ley, todo lo debemos amar; todo lo que en ella se contiene. Por el contrario, no ama la ley el que halla ofensa en ella, ya sea en una mínima parte. Se ha de rogar, sin embargo, para que –por la misericordia del Señor– nos sea posible entender cuanto nuestra debilidad no nos permite contemplar. En efecto, sufrir *escándalo* en tal circunstancia es ser segregado de los elegidos del Señor, como sucede a todos los herejes, quienes, por su perversa actitud, se separan de la unidad de la Iglesia.

Verso 166.– **Yo esperaba tu salvación, Señor; y he amado tus mandatos** [*Exspectabam salutare tuum, Domine, et mandta tua dilexti*]. Este verso, expresado en tal orden, si queremos entenderlo con relación a las dos venidas del Señor, puede convenir tanto a los hombres antiguos como a los hombres de hoy. En efecto, concierne a los fieles antiguos, si entiendes que aquellos hombres esperaron la venida de la encarnación del Señor. Pero conviene a los santos de hoy en cuanto que –tras el mandato evangélico– comenzaron a creer, aguardando la venida del juicio aún futuro. Porque ni los primeros pudieron **amar los mandatos** del Señor, sin desear la plenitud de su cumplimiento, ni tampoco los segundos habrían podido amar dichos mandatos, si no hubiesen esperado, con temor purísimo, la venida del Señor Salvador. Ciertamente, la **salvación** del Señor es la salvación concedida a los gentiles, salvación que, por el ángel, fue anunciada previamente a José [Mt 1,21] y que Simeón conoció, para poder irse en paz [Lc 2,29-30].

Verso 167.– **Mi alma ha guardado tus testimonios, y los ha amado vehementemente** [*Custodivit anima mea testimonia tua, et dilexit ea vehementer*]. La expresión: **Ha guardado** hace referencia a la constancia en soportar el martirio, en modo de que se vea que no abandona nada de lo que su religión contenía. Pero la expresión siguiente: **Ha amado** se refiere a la caridad, virtud más fuerte que todos los tormentos, virtud que vence las llamas, supera las espadas y todo lo sobrepasa, gracias al poder celestial. Ahora bien, dicha caridad no se ha de hacer de un modo cualquiera, sino **vehementemente**, en cuanto que se despliega con todas las fuerzas del espíritu, de modo que en ninguna circunstancia se venga abajo ni se ablande tampoco por indolencia del

[190]TL., in textu: *legem* [*ed.,* Deum].

espíritu, conforme a las palabras del Apóstol: *He combatido un buen combate, he corrido hasta el final, he conservado la fe. Por lo demás, dispuesta está para mí la corona de la justicia que me entregará el Señor en aquel día, justo Juez* (2Tim 4,7-8).

Verso 168.– **He guardado tus mandatos y tus testimonios, porque todos mis caminos están en tu presencia, Señor** [*Servavi mandata tua et testimonia tua, quia omnes viae meae in conspectu tuo, Domine*[191]]. En los versos anteriores, ha venido hablando –pero por separado– sobre los mandatos y los testimonios. Pero ahora, al concluir la presente letra, ves que los ha unido, a fin de que conozcas que ha guardado los dos, a un mismo tiempo. Dice, pues, que verdaderamente **ha guardado los mandatos y los testimonios**. Pero, cuál es la razón por la que los ha podido guardar, inmediatamente la da a conocer: porque el Señor se dignó prestar atención a **todos** sus **caminos**, de manera que su poder no lo atribuyera a sus propias fuerzas, sino sólo a la fuerza de Dios. Habrían sido caminos confusos en la noche oscura, si la luz verdadera no se hubiese dignado a mirarlos. Pero éste es realmente el clamor de los bienaventurados: proclamar que sus caminos están ante el Sol perpetuo y la luz eterna. Niega, pues, que el error haya podido prevalecer en aquél que profesa que el Autor de la luz lo ha mirado. En efecto, una vez cometido el pecado, Adán ocultaba su camino; también lo ocultaba Eva. Ocultaba Caín el asesinato del hermano. Y no podía decir: **Todos mis caminos están en tu presencia, Señor**, ninguno de los que eran conscientes de haber dado muerte a uno de los suyos.

22. TAU[192].

[**427**] Verso 169.– **Que se acerque mi oración en tu presencia, Señor; según tu palabra, dame entendimiento** [*Appropiet*[193] *oratio mea*[194] *in conspectu tuo, Domine; secundum eloquium tuum da mihi intelectum*]. Se ha llegado, con la ayuda del Señor, a la vigésimo segunda letra, en la que el coro de los santos, cuanto más cerca está del final del salmo tanto más desea acercarse a Cristo. En efecto, todo está referido a la venida del Señor Salvador, por quien, con deseo inefable, la devoción de los fieles suspiraba, a fin de que, por el don de su piedad, tuviera a bien volver a llamar a la oveja, que se había perdido. En efecto, al decir: **Que se acerque mi oración en tu presencia, Señor**, ha puesto de manifiesto que la presencia de los pecadores estaba muy lejos de Él, porque nada puede estarle cerca, sino aquello que hubiese sido purificado con la más pura santidad. Sigue diciendo: **Según tu palabra, dame entendimiento**. Y pide así conocer, **según la palabra del Señor**, de manera que –dejándose llevar por el conocimiento humana– no sea engullido

[191]TL., *in conspectu tuo, Domine*; Vlg., *in conspectu tuo*.

[[92] ת]. *Tau*. S. Jerónmo: Thau, *signa*. S. Ambrosio: *Incipit* Tau *littera, quae Latina interpretatione significat* erravit; *alia interpretatio habet* consummavit. Terminan así las explicaciones de las letras hebreas, según los santos Jerónimo y Ambrosio, pero la estudiosa anteriormente citada añade en su trabajo, en nota a pie de página, lo siguiente: *Más tarde, aparecerá también una descripción bastante similar en una obra del siglo XVI, que se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca*: Alepf, *doctrina.* Beth, *domus.* Ghimel, *retributio.* Dhalet, *paupertas.* He, *en.* Vau, *clavus.* Zaiin, *arma.* Hheth,*vita.* Tet, *duae*. Iod, *confessio.* Chaf, *manus.* Lamed, *doce.* Mem, *ex illis.* Nun, *prolem.* Samech, *applica.* Aiin, *oculus.* Phe, *os-oris.* Tsade, *venare.* Cuph, *circumcurre.* Refeh, *primum.* Schin, *disce.* Tau, *scriptum.* Anónimo [1569]. Cf. S. García-Jalón [1996] (ROSA M.ª HERRERA GARCÍA, *Descripción del alfabeto hebreo a partir del* Liber interpretationis hebraicorum nominum de san Jerónimo. Helmantica: Revista de filología clásica y hebrea, *a. c*., pág. 15, nota 4).

[193]TL., in textu: *Appropiet* [*mss. A.,B.,* Appropinquet].

[194]TL., *Appropiet oratio mea*; Vlg., *Appropinquet deprecatio mea.*

por la vanidad, purificándose con tanto más empeño de los vicios cuanto más disfrutaba ya de la cercanía de la virtud. No pide, en efecto, el entendimiento humano, sino el **entendimiento según la palabra** de Dios, porque[195] siempre hace avanzar hacia la vida Aquél, cuyo conocimiento es verdadero y eterna su sabiduría. Pero existe también el entendimiento de este mundo, como labor infructuosa y disputa estéril de algunos. Investigan, en efecto, el curso de los astros, poniendo las vidas de los hombres en el poder de las estrellas. Esto –aun cuando sea lícito admitirlo o enseñarlo– no será camino para llegar al poder del Creador, en quien todo entendimiento que busca refugio sabido es que es perfecto.

Verso 170.– **Que entre mi súplica en tu presencia, Señor; según tu palabra, líbrame** [*Intret postulatio mea in conspectu tuo, Domine; secundum eloquium tuum eripe me*]. Poco a poco, va ascendiendo la santa petición. En efecto, que antes había dicho: *Que se acerque*, dice ahora: **Que entre**. Ciertamente, el propósito había sido, en un primer momento, acercarse; después, poder *entrar en la presencia del Señor*, a fin de que de que no atribuyamos nada al poder humano, sino que sepamos que todas las cosas hallan su cumplimiento, en virtud de su gracia. Pero, mediante esta presencia, viene a mostrarse cuán grande sea el poder de una piadosa oración, puesto que, por medio de ella, nos presentamos a nosotros mismos, pues bien es sabido que ella puede presentarse ante los ojos del Señor, como también en otro lugar se dice: *Suba recta mi oración como incienso en tu presencia* (Sal 140,2). Y, habiendo dicho anteriormente: *Según tu palabra, dame entendimiento*, dice ahora aquí: **Según tu palabra, líbrame**, en modo de poder ver allí las deseadas realidades supernas y ser purificado aquí de la mancha de la concupiscencia terrena. En verdad, la **palabra** del Señor concede ambas cosas, porque múltiple es su poder de salvación, como está escrito: *¿Quién esperó en el Señor y quedó confundido?* (Sir 2,10).

Verso 171.– **Eructarán mis labios un himno, cuando me enseñares tus justificaciones** [*Eructabunt*[196] *labia mea hymnum, cum docueris me iustificationes tuas*]. El verbo latino *ructare* [eructar] tiene que ver con *rumpere* [romper], porque, al romperse en nuestro estómago –durante el proceso digestivo– algo así como ciertas barreras, se hace sentir fuera, por conducto de la boca, el ruido –más o menos fuerte– que tal hecho produce. Pero, ¿cuál no habría sido, ciertamente, la cantidad enorme de delicias proféticas, por las que hasta la hartura había llegado aquél que, con placentera exultación, **eructaba un himno** del Señor?. Este *eructo* procede de las profundidades del espíritu. En efecto, al saciar el Señor interiormente el sentido empobrecido, viene a resultar de ello que se rompa a cantar **su himno**, como excitados por una saludable embriaguez. Y se ha de señalar que, con bastante frecuencia, la palabra profética es expresada, mediante el empleo de este verbo. Véanse algunos ejemplos: *Eructó mi corazón una palabra buena* (Sal 44,1); *Eructaré cosas ocultas desde la creación del mundo* (Mt 13,35); *El día al día eructa la palabra* (Sal 18,2). Así, pues, se *eructa el himno*, cuando la lengua, llena[197] del Espíritu del Señor, se pone al servicio no de las palabras humanas –como suele suceder en el hablar corriente–, sino al servicio del superior

[195]TL., *qui*; prop., *quia.*

[196]**Nota del editor**.– Aquí y en otros muchos lugares de las obras de Casiodoro, hemos encontrado escrito este verbo de manera constante, según la forma ***eructuare***. Sin embargo, por nuestra parte, siguiendo el modo de decir de la inmesa mayoría de los autores y de la misma Biblia Vulgata, escribimos siempre, ***eructare*** [*Hic et alibi passim illud verbum apud Cassiodorum constanter sic scriptum invenimus,* eructuare*. Nos vero, iuxta usitatissimum apud auctores loquendi modum et ipsam Vulgatam editionis lectionem, rescripsimus ubique, eructare. EDIT*].

[197]TL., in textu: *repleta* [*ed.,* repleti].

entendimiento del sentido divino. Sigue: **Cuando me enseñares tus justificaciones**. El orden de las palabras debe ser el siguiente: *Cuando me enseñares tus justificaciones, eructarán mis labios un himno*. En efecto, ofrece la promesa de una entrega incondicional, una vez haya recibido los dones del Señor. Este género de argumentación es altamente considerado entre los oradores.

Verso 172.– **Mi lengua ha proclamado tu palabra, porque todos tus mandatos son equidad** [*Pronuntiavit*[198] *lingua mea eloquium meum, quia omnia mandata tua aequitas*]. Sabiendo la muchedumbre santa que había de rendir cuentas de la palabra ociosa, dice que proclama las palabras del Señor a aquéllos que las buscan. De ellas se obtiene la salud del alma y no son considerados los peligros de las desgracias. En efecto, culpable es sobremanera el hecho de que –aun ofreciéndosenos las Escrituras divinas, que están llenas de tantos beneficios y realizan por todas partes tan grandes milagros del Señor– vayamos nosotros tras las ineptas fábulas del mundo, abandonando la palabra, que da la vida, y siendo así agitados por cosas, que nos son perjudiciales, en la creencia de que, por medio de ellas, pudiésemos obtener algún beneficio. De aquí que la Escritura amenace, diciendo: *De la palabra ociosa habremos de rendir cuentas* (Mt 12,36). Por lo cual, el espíritu virtuoso **proclamaba las palabras** del Señor, de donde poder obtener mejor la gloria y poner al descubierto la ignominia del delito. Sigue el motivo de *por qué se deban proclamar siempre las palabras del Señor*: **Porque todos** sus **mandatos** resplandecen por el honor de la **equidad**. Y, con voz incesante, se ha de proclamar convenientemente todo aquello que sirve de ayuda al que habla y edifica los sentidos de los que escuchan.

Verso 173.– **Sea tu mano para salvarme, porque he elegido tus mandatos** [*Fiat manus tua ut salvum me facias*[199]*, quia mandata tua elegi*]. La expresión: **Sea tu mano** designa al Señor Salvador, *que fue hecho del linaje de la semilla de David, según la carne* (Rom 1,3) y por quien fueron hechas y son gobernadas todas las cosas. En efecto, por la palabra **mano** debemos entender aquí la *diestra* del Señor, porque de diversas maneras es significado su nombre, como dice el profeta Isaías: *¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor?* (Is 53,1). Y en otro lugar: *La diestra del Señor hizo poder. La diestra del Señor me exaltó* (Sal 117,15-16). Por lo cual, ya digas mano, brazo o diestra, siempre se significa a Cristo el Señor. Esta clase de locuciones se halla frecuentemente en los salmos. No, sin razón, podríamos decir que se trata de un género propio de las divinas Escrituras, como por ejemplo: *Sean atentos tus oídos a la oración de tu siervo* (Sal 129,2). Éste es el llamado modo desiderativo. Pide, pues, que venga el Señor Salvador, por el cual sabía que él, junto con los demás, serían salvados. Pero la expresión: **He elegido tus mandatos** atestigua que todos los peligros vienen pospuestos al amor del Señor. En efecto, nadie elige algo bueno, si no aprende a despreciar todo aquello que es contrario al bien.

Verso 174.– **He codiciado tu salvación, Señor, y tu ley es mi meditación**[200] [*Concupivi salutare ruum, Domine, et lex tua meditatio mea est*]. Llega hasta Cristo el Señor, de forma más clara y precisa, la súplica de los santos. Ha dado a conocer la asamblea de los bienaventurados aquello que anteriormente parecía pedir a través de enigmas. En efecto, **había codiciado** ver a

[198]TL., *Pronuntiavit*; Vlg., *Pronuntiabit*.

[199]TL., *ut salvum me facias*; Vlg., *ut salvet me*.

[200]Hebr., וְתוֹרָתְךָ שַׁעֲשֻׁעָי [*Y tu ley es mi delicia*]. Los LXX: καὶ ὁ νόμος σου μελέτη μού ἐστιν [*Y tu ley es mi meditación*].

Aquél que creía que habría de venir del seno virginal, aún en aquellos tiempos. Y, para mostrar que este conocimiento le venía de las divinas Escrituras, añade: **Y tu ley es mi meditación**. En efecto, por medio de los profetas –que de antemano habían anunciado su nacimiento– aquel pueblo santo *había codiciado* [**428**] a Cristo el Señor y forzosamente se había de desear con gran amor a Aquél que –conforme había aprendido– había sido designado, antes de todos los siglos, para salvación del género humano.

Verso 175.– **Vivirá mi alma y te alabará, y tus juicios me ayudarán** [*Vivet anima mea et laudabit te, e iudicia tua adiuvabunt me*]. Dirige sus palabras a Aquél mismo que ansiosamente deseaba ver, asegurando que su **alma** –que provechosamente había creído– **vivirá** en eterno. Sigue: **Te alabará**. Ciertamente, con un cántico, porque hombre aquel deber ser renovado saludablemente. Pero llama **juicios** a aquello que el Señor prometió que habría de cumplir en sus servidores, esto es: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que ha sido preparado para vosotros desde el comienzo del mundo* (Mt 25,34). **Me ayudarán**. En efecto, entonces es cuando cree *ser ayudado* de manera perfecta: cuando la multitud de los justos sea colocada a la derecha.

Verso 176.– **He andado errante como oveja que se había perdido; busca a tu siervo, porque no he olvidado tus mandatos** [*Erravi sicut ovis quae perierat*[201]*; require servum tuum, quia mandata tua non sum oblitus*]. Aunque este salmo contenga diversas personas que toman la palabra –unas veces, los hombres más fieles del Antiguo Testamento; otras, los elegidos de la nueva regeneración; en unas ocasiones, los que sufren martirio; en otras, los que con meditación constante permanecen en la ley del Señor–, resulta claro, sin embargo, que es la Iglesia católica la que habla en la persona de los miembros de Cristo, en cuanto que tal idea es expresada al final del salmo, cosa que se ajusta perfectamente a la esposa del Señor. En efecto, aquel hombre universal, que –en Adán– había andado errante, a causa de la ley del pecado, y que, por sus propias fuerzas no podía regresar a los apriscos del Señor, porque había perdido el don primigenio de la sabiduría, dice que **anduvo errante**, como si dijera: Me he apartado de tu camino y –ciego– he entrado en desiertos que no tienen sendas, exponiéndose fácilmente al pillaje aquél que ya no contaba con la custodia de su pastor. Y ha añadido aquellas palabras evangélicas, que dicen: **Como oveja que se había perdido** (Mt 18,12). Por esta sola oveja su pastor dejó en los montes a las otras noventa y nueve; y, mientras estaba en su busca, fue acometido por las insidias de los judíos. Acrecentando su número, sin embargo, por medio de su cruz, no dejó de buscarla ni desistió en su empeño de reunirla. La sola oveja es la santa asamblea de todos los fieles, porque *uno solo es el rebaño y un solo es el pastor* [Jn 10,16]. Y considera con qué ser tan débil ha comparado a los hombres, cuando éstos se separan de la gracia del Señor: ¡con una oveja, que vaga perdida!. Una oveja expuesta a los peligros, a merced de la rapiña de los lobos; una oveja que no halla su salvación en la huida ni su fortaleza física la defiende, sino que todo queda a capricho del que la acecha, en cuanto que ninguna fuerza corporal viene en su defensa. Y bien ha dicho: **Que se había perdido**, a fin de que conozcas que fue hallada por la misericordia del Señor, que recoge todo aquello que vaga errante y adquiere, por la bondad de su misericordia, todo lo que está perdido. Pero aquella naturaleza –débil y más frágil que todas las demás–, por la encarnación del Señor, todo lo vence, todo lo sobrepasa. Y la que, en un tiempo, era la más humilde, es hecha ahora más excelente que todas las demás, como dice el Apóstol: *Pues, ¿a qué ángel, alguna vez, dijo: Siéntate a mi derecha, hasta que yo ponga a tus*

[201] TL., *perierat*; Vlg., *periit*.

enemigos por escabel de tus pies? (Heb 1,13). Sigue: **Busca a tu siervo**. Es a Cristo a quien se le dice: **Busca**. Busca Tú, porque la debilidad humana no puede encontrarte. Y añade, finalmente, aquello que ya se ha dicho muchas veces, pero que justamente encierra la totalidad de las cosas: que el justo que es buscado es éste que **no** ha **olvidado** sus **mandatos**.

Conclusión del salmo

Con dulzura se ha de abrazar, en su totalidad, el salmo que con tal confesión ha concluido. Salmo, grande por su prolijidad; como un océano, por su admirable profundidad; como un paraíso por la amenidad de sus cosas excelentes. Salmo que, adornado por las flores de las virtudes, siguiendo las letras del alfabeto hebreo, la corona inmarcesible de todos los santos lo ha cantado. Y, por escoger también nosotros algunas similitudes, tomadas de las cosas naturales: como las *grullas* trazan sus vuelos con las letras griegas; y tanta es la fuerza expresiva de este hecho que, aunque las aves no conocen los caracteres de las escrituras, los forman, sin embargo, por instinto natural. Hemos visto, así, que sus sentencias están colocadas como estrellas clarísimas en lo más alto del cielo. Hemos visto como un mar lleno de aquellos peces que, por orden del Señor, las redes de los apóstoles arrastraron hasta la orilla [Jn 21,19]. Observemos también que el orden mismo de los salmos nos hace ver misterios no pequeños del tiempo futuro. Convenía, en efecto, que a la Iglesia, reunida del orbe entero y establecida en las alabanzas del Señor, la siguieran los cánticos graduales, para significar así aquella semejanza que ha de tener lugar al final de los tiempos. En efecto, una vez que –por don del Señor– haya sido reunido el número de todos los bienaventurados, es necesario que el feliz pueblo ascienda –elevado– a aquella Jerusalén de arriba. Y por ello debemos recordar que con éste son tres los salmos –de entre los llamados alfabéticos– que contienen la totalidad de las letras hebreas, es decir: los salmos ciento diez, ciento once y el presente ciento dieciocho, los cuales, distinguidos por el honor del número tres, nos indican la Trinidad de la fe perfecta. Y, con razón, es asignado a la Jerusalén futura este número, que es fortalecido con la robustez de la total integridad. Por su parte, los restantes cuatro salmos alfabéticos –los salmos veinticuatro, treinta y tres, treinta y seis, y ciento cuarenta y cuatro, a los que les faltan algunas letras– significan no inadecuadamente, según los cuatro puntos cardinales del mundo, a la Iglesia católica, que vive todavía en este mundo, en cuanto que es aún imperfecta, hasta tanto no llegue a reunir convenientemente el número de los predestinados. De este modo, la suma de estos dos grupos de salmos[202] indica los misterios de grandes cosas. Como en anteriores salmos ya se ha dicho, es también este salmo el quinto que hace las veces de instructor de los fieles, donde todo lo referente a la disciplina eclesiástica ha sido cantado por la feliz muchedumbre, la cual justamente ha sido dispuesta con tal número. En efecto, leemos también que la construcción del arca de Noé –la cual fue particularmente figura de la Iglesia– tuvo una duración de cien años. Por otra parte, las letras *iota* y *eta*[203], según escriben los griegos, dan la suma del número dieciocho. Se muestra, por tanto, de este modo que en este número –ciento dieciocho– se contiene tanto el premio de la corona como la hermosura del nombre santo.

[202]Tres más cuatro son siete.

[203]En efecto, en el alfabeto griego, la equivalencia numérica de letra *iota* [ι] es el diez; el de la *eta* [η], el ocho, lo que, sumado al número cien de los años de la construcción del arca, da el deseado ciento dieciocho, número de este salmo. Ciertamente, ingenioso recurso. ¡En fin!

[SALMOS DE LOS GRADOS O DE LAS SUBIDAS[1]]

[429] SALMO CIENTO DIECINUEVE

Cántico de los grados[2].
[*Canticum graduum*].

Comienzan, ciertamente, títulos nuevos y admirables, pero que fueron hallados ya en la explicación del salmo anterior, de manera que la felicidad de los pueblos fieles, que dicho salmo cantó –una vez unida la diversidad de méritos– la desarrollaran éstos[3], a través de quince ascensos, ordenados al misterio del Nuevo y Antiguo Testamento. En efecto –como muchas veces se ha dicho–, el número siete significa la semana, en razón del Antiguo Testamento. El número ocho significa el domingo, día en que –como es sabido– resucitó el Señor, hecho éste que pertenece al Nuevo Testamento. De la suma de estos dos números resulta el número quince, anuncio del tiempo que comienza, en cuanto que se horrorizó[4] del modo de vida de los hombres como también del gran peso de sus malas acciones. De aquí que, subiendo ciertos grados de méritos, llegó al perfecto y eterno amor del Señor, que está colocado en la altura suma de las virtudes, hecho éste que, en su momento, explicaremos con mayor claridad. Pero considero –contando con el favor divino– que se ha de recordar que también en estos salmos hay dispuestos como quince diferentes grados, según

[1]Estas palabras, que se leen al principio de los siguientes quince salmos, son ciertamente de significacción dudosa. Por tal razón, muchas y variadas son las interpretaciones de los estudiosos, tanto antiguos como modernos, acerca del verdadero sentido que se les debe dar. Unos creen que se llaman *graduales*, porque se iban cantando, mientras se subían las gradas del templo de Jerusalén, que eran quince, como se infiere de Ez 49,22.26.31.37.49, o porque se solía cantar en las procesiones, *dum populus gradiebatur*. Otros son del parecer que dichos salmos estaban destinados a ser cantados por el pueblo, cuando acudía de todas partes –tres veces cada año– a Jerusalén, ciudad que está situada en lo alto, de donde el sentido de *cantos de la subida*. Opinan otros que estos salmos fueron compuestos con motivo del regreso a Jerusalén, después del destierro de Babilonia. En fin –dejando aparte otras muchas interpretaciones–, algunos otros afirman que tal título no significa otra cosa, sino que, durante el canto, se debía ir elevando la voz, como si de ciertos escalones se tratase. Los que piensan así añaden que estos salmos eran como una especie de escala, cartilla o formulario, para que los que se iniciaban en el canto coral aprendiesen quince tonos musicales diferentes (véase F. SCIO DE SAN MIGUEL, *o.c.,* vol. III, pág. 210, nota 1). Entre los autores modernos, aconsejamos el estudio de G. RAVASI, *o.c.,* vol. 3, págs. 502-505.

[2]Hebr., שִׁיר הַמַּעֲלוֹת [*Cántico de las subidas*]. Los LXX traducen: ᾠδὴ τῶν ἀναβαθμῶν [*Cántico de las subidas*].

[3]Estos quince salmos siguientes.

[4]TL., *quoniam mundanas conversationes tanquam malorum suorum gravamen exhorruit.* No aparece el sujeto de este verbo ni tampoco del siguiente. Habrá que convenir que se trata del profeta, que es el que va a tomar la palabra, a lo largo del presente salmo.

el diferente significado de los méritos, lo mismo que los había en aquel templo de Jerusalén[5] que –como es sabido– fue construido hasta su terminación por Salomón, y ello de tal manera que la actual sucesión de tales salmos –prefigurada también en aquella construcción– pareciera estar predicha. Ciertamente, aquella fábrica terrena parecía representar la figura del templo celestial. Por lo cual, al escuchar los grados en estos salmos, no pensemos en algo terreno o en algo que se debe poner bajo nuestros pies corporales, sino entendámoslos en el sentido del ascenso del espíritu. En efecto, tal es la razón por la que viene puesta, en primer lugar, la palabra **cántico**: para que podamos aplicarlo mejor al provecho del alma. Ahora bien, este **grado** el *ascenso* propio de la humildad, la confesión de los pecados, como en el salmo ochenta y tres ya se dijo: *El ascenso en su corazón lo dispuso en el hondo valle de lágrimas* (Sal 83,6-7). En efecto, seremos merecedores de estos grados, si suplicamos incesantemente al Señor, de rodillas, a causa de nuestros delitos. Pero se ha de saber que estos *grados* sólo pueden subirse, nunca bajarse. En efecto, a lo que nosotros llamamos **Cántico de los grados**, los griegos le dan el nombre de ᾠδὴ τῶν ἀναβαθμῶν [canto de las subidas], significando así que estos grados tienden solamente a las realidades de arriba. Por esta razón, se ha de creer que –por don del Señor– los bienaventurados ya no pueden ser sumergidos por engaño alguno. De aquí que afirmemos nosotros –y posiblemente con razón– que estos *grados* no han de ser comparados, en parte alguna, con aquella escala de Jacob, en cuanto que por aquella escala se subía y se bajaba [Gén 28,13], pero estos grados están dispuestos, para que por ellos sólo suban los bienaventurados[6]. Existe también la opinión de algunos, según la cual aquellos quince años, que fueron añadidos a la vida del rey Ezequías [Is 38,5], pueden muy bien adecuarse a esta comparación, mostrando así que dicho número indica asimismo el entero recorrido de la vida.

División del salmo

A lo largo de todo el salmo habla el profeta. En la primera parte, suplica al Señor ser liberado de los labios inicuos y de la lengua dolosa. En la segunda, su aflicción es grande, porque, durante todo el tiempo en que permanece en esta vida, soportando los pecados ajenos, siente que una carga grande pesa sobre sí, a causa de la mezcla de los malvados.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Al señor grité, cuando era atribulado, y me escuchó** [*Ad Dominum cum tribularer clamavi, et exaudivit me*]. Comienza el primer grado de las virtudes, en el que el profeta, abandonando los vicios terrenales y mediante confesión entre lágrimas, pide ser liberado de la tribulación de este mundo. El comienzo de la subida es, ciertamente, abandonar los pecados de la carne y, de este modo, suplicar al Señor. En efecto, el que asciende al primer grado, abandona realmente la tierra y es recibido en cierto lugar –todavía humilde– al que le es concedido la categoría de la primera subida. Lejos, sin embargo, de cualquier clase de duda, obtendrá el merecimiento de bienaventurado aquél que pudiera encontrarse ya en este primer grado, como así se lee: *Dichosos aquéllos, cuyas iniquidades han sido perdonadas* (Sal 31,1). Dice, pues, que **ha sido escuchado**,

[5]Sobre los quince grados o escalones del templo de Jerusalén, véase G. RAVASI, *o.c.,* vol. 3, págs. 504-505, punto 4.

[6]Es éste otro de los puntos en que Casiodoro parece separarse de S. Agustín, que sí habla de subida y de bajada (S. AGUSTÍN, *o.c.,* vol. 4, págs. 204-209).

porque **en la tribulación había gritado**. En efecto, el Señor no sabe dar largas a aquél que, con corazón compungido, le suplica, como se lee en el profeta Isaías: *Estando tú todavía invocando, yo diré: Aquí estoy* [Is 58,9]. Y observa cuán bello sea el orden de las palabras: viene, primero, la *tribulación*; después, el *grito*; por último, la *escucha*, de manera que haya constancia de que los deseos de los fieles llegan al Señor, siguiendo determinados pasos.

Verso 2.– **Señor, libra mi alma de los labios inicuos y de la lengua dolosa** [*Domine, libera animam meam a labiis iniquis et a lingua dolosa*]. Puesto ya en aquel valle de lágrimas –que, sin embargo, es ya el primer grado de las almas fieles–, pide ser liberado de las crueles acusaciones y de los halagos, hechos con maliciosa insinuación. En efecto, el que comienza a abandonar el mundo, abominando los vicios, en el primer momento de la conversión, es víctima de los **labios inicuos**, en tanto que su propósito tiene que soportar las burlas de impíos reproches. Le dicen, en efecto, los malvados: ¿Por qué te mortificas, huyendo de los honores terrenales, abandonando los halagos humanos, desaprovechando este mundo y no llegando nunca adonde deseas llegar?. Pero todas estas cosas están puestas en labios falaces, porque, ciertamente, no están confirmadas por ninguna reflexión nacida del corazón. Tras no surtir efecto dichas desaprobaciones, se vuelven entonces los persuasores a los halagos engañosos, diciendo: No te reprimas; no te fatigues con el ayuno; pierdes el tiempo, dedicándote a todas estas cosas. Son aquéllos que –pues consideran que lo importante es el bienestar del cuerpo– perjudican decididamente las necesidades del alma. Ésos son, pues, **los labios inicuos y la lengua dolosa**, cuyas consecuencias sufre, en un primer momento, el que va siendo conducido hacia los mandatos del Señor. Pero, aun cuando lo que se acaba de decir se tuviese por cosas de poca importancia, sin embargo, de ahí procede el derrumbamiento del género humano, de ahí le vino la condición de criatura mortal. En efecto, cuando la serpiente se acercó a Eva, le dijo, primero, con **labios inicuos**: *¿Por qué os ha ordenado el Señor no comer de este árbol del paraíso?* (Gén 3,3). Y, al responderle ella que el Señor se lo había prohibido, por medio de la **lengua dolosa**, la serpiente dice: *Comed, y seréis como dioses* [Gén 3,3-5]. Por consiguiente, ves que, con razón, ha pedido el profeta con todas sus fuerzas ser librado de estas insinuaciones, por las que –bien él lo sabía– el género humano había sido engañado.

Verso 3.– **¿Qué te es dado o qué te es proporcionado contra la lengua dolosa?** [*Quid detur tibi, aut quid apponatur tibi ad linguam dolosam?*]. Tras el grito de auxilio inicial y el miedo de los peligros inminentes, el profeta se vuelve para preguntarse a sí mismo, cosa ésta que suelen hacer los que dedican mucho tiempo a pensar. Vacila, busca qué remedio pudiera ofrecérsele [**430**], para que –a modo de cierto parapeto– lograra eludir con seguridad las flechas, que contra él vienen disparadas. Y, aun habiendo hablado anteriormente de dos cosas –los labios inicuos y la lengua dolosa– aquí dice solamente: **Contra la lengua dolosa**, expresión, por otra parte, que abarca las dos cosas anteriores. En efecto, una lengua dolosa incluye siempre unos labios inicuos. Pero, a fin de no retrasar el auxilio, sigue la medicina, que se ha suplicado. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *erotesis*, es decir, interrogación, cuando para su propio ejercicio, alguien se pregunta a sí mismo cosas que él mismo responde.

Verso 4.– **Las flechas afiladas del poderoso, junto con carbones de desolación**[7] [*Sagittae potentis*[8] *acutae, cum carbonibus desolatoriis*]. He aquí que ha encontrado el remedio ansiosamente buscado. He aquí el bien adecuado, para destruir los labios inicuos y confundir, con la fuerza del Señor, la lengua dolosa. **Las flechas afiladas del poderoso** son las palabras de la ley divina con las que –a modo de ciertas saetas– vienen traspasados los corazones de los herejes o de aquéllos que ladinamente adulan, como está escrito: *Saetas de niños se hicieron sus plagas* (Sal 63,8). **Del poderoso**, porque a nadie le es posible enfrentarse con aquél al que el poder divino quisiere salvar. **Afiladas**, por el efecto rapidísimo de su acción, porque ninguna tardanza puede entorpecer el efecto de la medicina dada. Ahora bien, por **carbones de desolación** algunos han querido entender a los pecadores más repugnantes y extinguidos por sus malas acciones, cuyo terror y recuerdo destruyen nuestros vicios, ante el temor de cometer nosotros cosas como las que cometieron ellos. Pero puede entenderse también que dichos *carbones de desolación* sean las oraciones, encendidas por el fuego de la caridad, que de tal modo nos limpian y purifican de nuestros pecados que aquello que el diablo había construido en nosotros, lo sintamos –por beneficio divino– como completamente arrasado y destruido. O, más bien, lo que dice Isaías: *Y voló hacia mí uno de los serafines, llevando en su mano un carbón ardiendo, que con unas tenazas había cogido del altar, y, tocando mi boca, dijo: He aquí que esto ha tocado tus labios. Y añadió: He aquí que he destruido tus iniquidades y te he purificado de tus pecados* (Is 6,6-7). Esto se realiza ahora, por virtud de la santa cruz, cuando signamos nuestros labios en recuerdo del Señor. Y tal vez, con razón, decimos que la señal de la cruz es el *carbón de desolación*, puesto que ahuyenta los pecados de los creyentes, aun cuando parezca estar apagado para los malvados.

Verso 5.– **¡Ay de mí!, que mi morada en tierra ajena se ha prolongado. He habitado con los habitantes de Quedar**[9] [*Heu me! quod*[10] *incolatus meus prolongatus est; habitavi cum habitantibus Cedar*]. Llega a la segunda parte, en la que, condenando los vicios de este mundo, se lamenta de tener una vida larga. **¡Ay de mí!**, expresión propia del que se duele, porque se siente fatigado por la larga duración de este mundo. No hay duda de que ésta ha sido también la queja de muchos santos, como dice el libro del Qohélet: *Y alabé a todos los que han muerto más que a los que viven hasta hoy* (Qo 4,2). También el apóstol Pablo exclama: *Deseo ser disuelto y estar con Cristo* (Flp 1,23). Con razón, pues, también en esta parte se ha lamentado el profeta, consumido por un amor semejante. Ahora bien, la expresión: **Morada en tierra ajena** significa *peregrinación*. En efecto, llamamos *íncolas* a los que habitan, durante un tiempo, en tierras, que no son las suyas, sino que viven separados, lejos de su patria. Con razón, se dice esto con referencia a aquéllos que su vida está siempre en el cielo, pero que se encuentran todavía retenidos aquí, debido a la realidad de su

[7]Hebr., עִם גַּחֲלֵי רְתָמִים [*con brasas de retama*]. Algunos traducen *con brasas de enebros*. Pero, en español, mejor es traducir רְתָמִים [*rᵉtāmîm*] por *retamas*, palabra nuestra, que –como muchas otras– proviene del hebreo. Además, como bien se sabe, las ascuas de la retama son de calor muy activo y duradero. Los LXX traducen por σὺν τοῖς ἄνθραξιν τοῖς ἐρημικοῖς [*con los carbones desérticos*].

[8]TL., in textu: *potentis* [*ms. G. et ed.,* potentes]; Vlg., *potentis*.

[9]Hebr., אוֹיָה־לִּי כִּי־גַרְתִּי מֶשֶׁךְ שָׁכַנְתִּי עִם־אָהֳלֵי קֵדָר [*¡Ay de mí, que soy peregrino en Mések, y habito en las tiendas de Quedar!*]. En Mések, es decir, entre los moscos, pueblo del Cáucaso (Gén 10,2; Ez 27,13), donde reinará Gog (Ez 38,2), y en Quedar, entre los árabes. Ambos términos, sin embargo, parecen ser sinónimos de gente extraña, bárbara. Los LXX vierten: οἴμμοι ὅτι ἡ παροικία μου ἐμακρύνθη κατεσκήνωσα μετὰ τῶν σκηνωμάτων Κηδαρ [*¡Ay de mí, que mi exilio se ha prolongado, he acampado con las tiendas de Quedar!*].

[10]TL., *quod*; Vlg., *quia.*

cuerpo. Pero, al decir: **Se ha prolongado**, ha expresado el extraordinario afecto del que suplica. Ciertamente, para quien con ansia desea ver la patria feliz, el tiempo que pasa aquí –por muy breve que éste sea– se le hace, sin duda, larguísimo. Sigue: **He habitado con los habitantes de Quedar**. **Quedar** es un nombre hebreo que en nuestra lengua se traduce por *tinieblas*[11]. Se ajusta muy bien esto a los amantes de este mundo, que, sumidos en acciones tenebrosas, prefieren amar aquellas cosas que los conducen a la perdición. Pero, por tener unas breves noticias sobre el origen de esta palabra, *Quedar* fue hijo de Ismael [Gén 25,13], que dio nombre a su pueblo. Sus tierras se extendieron hasta los confines de medos y persas. Esta gente recibe hoy el nombre de *sarracenos*. Mediante este vocablo, son significados adecuadamente los pecadores, en medio de los cuales lamenta el profeta habitar todavía. Inevitable es, en efecto, que se aflija el espíritu bueno, cuantas veces se siente rodeado de la mescolanza de los impíos. Pero bien dice esto aquél que, establecido ya en el primer *grado*, despreció la tierra y se separó de ella con cambio tan feliz.

Verso 6.– **Mucho tiempo habitó mi alma en tierra ajena, con aquéllos que odiaron la paz** [*Multum incola fuit anima mea, cum his qui oderunt pacem*]. Repite, con dolor, lo que antes había llamado *morada en tierra ajena*, de manera que se vea que no sólo está lejos, sino también debilitado. Y, para que no creas que se ha tratado sólo de una peregrinación del cuerpo, añade: **Mi alma**, porque para el espíritu de los santos supone gran sufrimiento vivir *en tierra ajena*, aquí donde ningún atractivo placentero le invita a permanecer. Sigue la causa gravísima por la que esta permanencia en tierra extraña es tan dura, es decir: que el que es paciente y benigno vive, en este mundo, en medio de hombres pendencieros y retorcidos por la perversidad de la herejía. En efecto, **odia la paz** el que no ama a Cristo, que es nuestra paz, como dice el Apóstol: *Pues él es nuestra paz: el que de los dos hizo uno solo* (Ef 2,14). Y ¿qué es –si no– escuchar que se blasfema contra Aquél, ante el cual debemos arrodillarnos siempre en actitud de humilde oración?.

Verso 7.– **Yo era pacífico; cuando les hablaba, ellos me impugnaban sin causa**[12] [*Eram pacificus; cum loquebar illis, impugnabant gratis*]. Para que no se tenga la impresión de que era un hombre airado o turbulento, a causa de pendencias cualesquiera, aquél que antes había dicho: *Mucho tiempo habitó mi alma en tierra ajena, con aquéllos que odiaron la paz*, dice ahora: **Yo era pacífico**, es decir, hombre de paz para con los enemigos, para con los adversarios, para con los que lo odiaban, cumpliendo así con aquello que dijo el Apóstol: *En lo posible, en cuanto de vosotros dependa, teniendo paz con todos los hombres* (Rom 12,18). Además, el mismo Señor dice también, en el Evangelio: *Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian* (Mt 5,44). Ésta es, ciertamente, la virtud suma del cristiano: en medio de las turbulencias de este tiempo presente, ser hallado siempre en actitud aplacible. Pero, para que esta misma *paz* no parezca ser perjudicial para los que yerran, en modo de no ser rechazada por los malvados, añade: **Cuando les hablaba, ellos me impugnaban sin causa**. En efecto, **hablaba el pacífico**, el que no persigue, el que no injuria, sino el que, ciertamente, honra con palabras llenas de afecto y comparables a una copa dulcísima. Pero aquéllos que, con espíritu obstinado, se habían endurecido lo **impugnaban sin causa**, como adversario, como enemigo, como el que aconseja el mal. **Impugnar** viene de *pugna*, algo que

[11]HIER., *Liber de nominibus hebraicis,* (PL 23,820).

[12]Hebr., אֲנִי־שָׁלוֹם וְכִי אֲדַבֵּר הֵמָּה לַמִּלְחָמָה [*Yo, paz; y, cuando hablo, ellos: a la guerra*]. Los LXX no son tan concisos y enérgicos, pues traducen: μετὰ τῶν μισούντων τὴν εἰρήνην ἤμην εἰρηνικός ὅταν ἐλάλουν αὐτοῖς ἐπολέμουν με δωρεάν [*Con los que odian la paz era yo pacífico; cuando les hablaba, me atacaban sin motivo*].

verdaderamente se adapta bien a los hombres furiosos y soberbios. *Era impugnado sin causa*, al tener que soportar muy falsas confrontaciones hechas con exacerbada maldad. En efecto, decimos que es **sin causa** aquello que padecemos, sin que exista ninguna ofensa anterior que lo justifique, sino alimentado únicamente por una impía voluntad contra nosotros. Éstos son, efectivamente, aquéllos de los que pide ser liberado, aquéllos de los que antes había dicho: *Libra mi alma de los labios inicuos y de la lengua dolosa*.

Conclusión del salmo

Ves que el profeta, al abandonar las realidades terrenales, posee ya el ascenso de la virtud gloriosa. Sin embargo, se lamenta todavía, porque sabe que tiene su morada junto con los impíos. Veamos, por tanto, qué progreso suponga el segundo grado, pues, por el favor del Señor, ya nos ha sido mostrado el primero.

[431] SALMO CIENTO VEINTE

Cántico de los grados.
[*Canticum graduum*].

Así como nada nuevo hay que podamos decir acerca de estos títulos, tampoco nada nuevo hay que añadir sobre los salmos graduales. En efecto, en el primero de ellos el profeta, puesto en la tribulación –a ejemplo de aquel publicano, que, golpeándose el pecho, no se atrevía a alzar los ojos al cielo [Lc 18,13]–, pide ser liberado de los labios inicuos y de la lengua dolosa. Pero ahora –como habiendo tomado, fuerzas para emprender el segundo grado de la subida– ha elevado sus ojos a los montes, ciertamente, a sus santos intercesores, con cuya ayuda pudiera merecer los dones supernos. En efecto, habla el profeta en persona, el cual era asimismo monte y patriarca admirable. Pero, tal es la razón por la que dice haber ascendido convenientemente, por medio de estos grados: para mostrarnos, con distinta[1] narración, los géneros de las virtudes celestiales, pues nosotros los ignoramos.

División del salmo

Como hemos dicho, el profeta –ascendiendo, por generosidad divina, a la Jerusalén celeste– dice en la primera parte del salmo que ha elevado sus ojos a los méritos de los santos, para merecer también él, mediante sus preces, los auxilios que él suplica, a fin de que su espíritu no sucumbiera, a causa de los ataques del enemigo. En segundo lugar, se promete a sí mismo sin vacilación alguna aquello que sabía haber pedido con total rectitud, enseñando así que –cuantas veces pedimos cosas buenas con corazón firme– tengamos la absoluta certeza de que nos será concedido.

Exposición del salmo

[1]TL., in textu: *distincta* [*ed.,* districta].

Verso 1.– **He alzado mis ojos a los montes, de donde me vendrá el auxilio** [*Levavi oculos meos ad montes, unde veniet*[2] *auxilium mihi*].

Verso 2.– **Mi auxilio del Señor, que ha hecho el cielo y la tierra** [*Auxilium meum a Domino, qui fecit caelum et terram*]. Al modo de como las aves empollan sus huevos, se infiere de aquí el silogismo categórico de la siguiente manera: Mi auxilio es del Señor, que hizo el cielo y la tierra. De todo aquél, cuyo auxilio es del Señor, que hizo el cielo y la tierra, su auxilio es del verdadero Dios. Luego, mi auxilio es auxilio del Dios verdadero. Analicemos ahora las palabras del salmo. Aun cuando estuviese ya situado en el segundo grado, dice el profeta –como si tuviera prisa por subir a lugares más altos– que **ha alzado sus ojos a los montes**, con objeto de mostrar así que tanto más son deseados los premios del Señor cuanto, con mayor generosidad, vienen concedidos, como en el salmo ciento dieciocho –entre otras cosas– se ha dicho: *Mi alma ha codiciado desear tus justificaciones* (Sal 118,20). Y, en el salmo ochenta y tres, también está escrito: *Ardientemente anhela y desfallece mi alma por los atrios del Señor* (Sal 83,2). Al decir: **He alzado**, da a entender que ha sido trasladado a algún otro estado de contemplación, pues *alzar* es llevar algo hacia lugares más altos. Las palabras **mis ojos** hacen referencia, ciertamente, a la mirada del corazón, sobre lo cual está escrito: *Revela mi ojos, y consideraré las maravillas acerca de tu ley* (Sal 118,18). Y también: *El precepto del Señor es lúcido, el que ilumina los ojos* (Sal 18,9). Pero, suponiendo que entiendes estos ojos en el sentido de los ojos de la cara, ¿qué se podría concluir?. ¿Se concluiría, tal vez, que los ha alzado **a los montes**, llenos de bosques y de abruptas rocas?. Ahora bien, si los entiendes en sentido espiritual, resulta del todo provechoso considerar que ha alzado los ojos de su corazón, bien hacia los hombres santos, bien hacia los libros divinos, bien hacia los ángeles de las alturas, que en tamaño y firmeza son realmente como montes, de donde se pide también el auxilio conveniente. **Mi auxilio del Señor**. Pero, para que –tal vez– no debiéramos poner nuestra esperanza en dichos montes, el segundo verso muestra de dónde nos puede venir verdaderamente el **auxilio**, disponiendo en orden saludable todas las cosas, de modo tal que esperemos, ciertamente, en tales montes, pero sabiendo –no obstante– que **es el Señor** el que, por medio de ellos, nos da el auxilio y el amparo saludables, la felicidad inquebrantable, como dice el Apóstol: *Ni el que planta ni el que riega, sino el que da el crecimiento, Dios* (1Cor 3,7). Y, para que no consideres que hay otro Señor, ya que este nombre puede tomarse en más de un sentido, añade: **Que ha hecho el cielo y la tierra**, significando el Verbo, por medio del cual todo ha sido hecho [Jn 1,3].

Verso 3.– **No dé tu pie al resbalón**[3]**, ni se adormezca el que te guarda** [*Non det in commotionem pedem tuum, neque dormitet qui custodit te*]. Habiendo pedido anteriormente que el auxilio le viniera del Señor, volviéndose repentinamente, comienza a hablar a su alma, para que con firmeza constante persevere en la saludable petición. En efecto, la parte extrema de nuestro cuerpo es el **pie**, que nos traslada de un lugar a otro, obediente a las órdenes de la mente. A semejanza de éste, damos también el nombre de *pies* a nuestros pensamientos, por cuyo medio nos adherimos a causas tanto buenas como malas. Así, pues, hablando a su propia alma, desea el profeta que estos pies –pies de donde resbaló el diablo, de donde el primer hombre se derrumbó– no sean cambiados por los resbalones del pecado y que –aun estando firme el cuerpo– no sufran la ruina en el corazón. Pero este **resbalón** es la arrogancia, vicio que a los servidores de Dios –ya avanzados en el camino–

[2]TL., in textu: *veniet* [*ed.,* veniat]; Vlg., *veniet.*

[3]Hebr., אַל־יִתֵּן לַמּוֹט רַגְלֶךָ [*No dará a resbaladero tu pie*]. Los LXX: μὴ δῷς εἰς σάλον τὸν πόδα σου [*No des a inseguridad tu pie*].

los empuja con frecuencia a la culpa y –creyendo tener algo– el fatal error los hace resbalar. Sigue: **Ni se adormezca el que te guarda**. Se dice esto de manera figurada, según el modo humano de obrar. En efecto, los **guardas** que, debido al cansancio, terminan siendo vencidos por un sueño profundo, suelen ser víctimas de robos y, por estar apagadas las luces, no pueden ver cuándo el rebaño resulta dañado. Así, con delicadeza desea a su alma que, por descuido del Señor, el saqueo del enemigo no consiga asolarla. Ahora bien, decimos que el Señor **se adormece**, cuando nosotros nos enfriamos en la fe. En efecto, en aquél que la fe no duerme, vigila Cristo. Por el contrario, si nos separamos de su contemplación, Él se desentiende también de nuestra defensa, como sucedió en aquella barca, cuando el Señor dormía, descuidándose de los discípulos (Mt 8,24). Sin embargo, cuando la fe de éstos volvió a despertrase, también el Señor se levantó de su sueño y, al instante, alejó de ellos los peligros del mar. Ruega, pues, el profeta al Señor que esté siempre vigilante, en modo de merecer que las luces de su Pastor estén siempre encendidas sobre él.

Verso 4.– **He aquí que no se adormecerá ni dormirá profundamente**[4] **el que guarda a Israel** [*Ecce non dormitabit neque obdormiet*[5] *qui custodit Isarel*]. Lo expresado en este verso es muy parecido a lo dicho en el verso precedente. En efecto, anteriormente ha deseado para su alma lo que aquí proclama que se ha de guardar para con el pueblo fiel. En efecto –como muchas veces hemos dicho– el nombre de **Israel** se traduce por el *hombre que ve a Dios*. Se di**c**e, por tanto, que el Señor **no se adormece** sobre aquéllos que ven a Dios, porque tal es, en verdad, su mirada en nosotros cual la atención de nuestro espíritu esté fija en Él. Pero ven realmente a Dios los que no sólo prestan atención a su humanidad, sino los que contemplan asimismo el poder de su divinidad. Como escrito está en el Evangelio, la encarnación es, ciertamente, que *el Verbo se hizo carne y habitó* [**432**] *entre nosotros* (Jn 1,14). Pero su Divinidad –como dice el mismo evangelista– es que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios* (Jn 1,1). Quien así creyere estas cosas, será el verdadero *Israel.* Y **no se adormecerá ni dormirá profundamente** el Señor, **que** lo **guarda**.

Verso 5.– **El Señor te guarda, el Señor es tu protección**[6]**, sobre la mano de tu derecha** [*Dominus custodit te, Dominus protectio tua, super manum dexterae tuae*[7]]. Llega a la segunda parte, donde resueltamente se promete ya a sí mismo aquello que, con confianza, había pedido. Se ha de observar también que así como hemos dicho que estas palabras iban dirigidas al alma, decimos que de igual modo se refieren también adecuadamente a los miembros de la Iglesia. Dice, en efecto: **El Señor te guarda**. Te guarda, esto es, Aquél que hizo el cielo y la tierra. Y, a fin de que esta custodia no pudiera entrañar duda alguna, añade: **El Señor es tu protección**. En efecto, allí donde está la **protección** divina, ¿quién puede dudar de tener allí una custodia segura?. Ciertamente, la expresión: *El Señor te guarda, el Señor es tu protección* conforma la figura literaria conocida con el nombre de *epembasis*, que los latinos llaman *iteratio* [repetición]. Pero da a conocer claramente dónde pueda estar la protección mencionada, esto es: **Sobre la mano de tu derecha**. La **mano** es

---

[4]Hebr., לֹא־יָנוּם וְלֹא יִישָׁן [*no duerme ni dormita*]. Los LXX: οὐ νυστάξει οὐδὲ ὑπνώσει [*no dormitará ni dormirá*].

[5]TL., in textu: *obdormiet* [*ed.,* dormiet]; Vlg., *dormiet*.

[6]Hebr., יְהוָה שֹׁמְרֶךָ יְהוָה צִלְּךָ [*El Señor, tu guardián; el Señor, tu sombra*]. Los LXX: κύριος φυλάξει σε κύριος σκέπη σου [*El Señor te guardará, el Señor es tu escudo*].

[7]TL., *super manum dexterae tuae*; Vlg., *super manum dexteram tuam*.

un sustantivo común. Se habla, así, tanto de la mano derecha como de la mano izquierda. Pero, con razón, aquí se especifica aquí la **derecha**, lugar donde el Señor ha prometido toda clase de cosas prósperas, pues así está escrito en el libro de los Proverbios: *La duración de los días y años de vida en su derecha* (Prov 3,16), hecho éste que significa la felicidad. *Pero, en su izquierda, las riquezas y la gloria* (Prov 3,16), es decir, los bienes de este mundo, bienes que, sin lugar a duda, son dados por Él mismo. Su *derecha* hace referencia también al tiempo aquel en que los santos –separados en aquella parte– hayan de recibir los premios. La *izquierda*, por el contrario, al tiempo en que los pecadores –puestos en esta otra– hayan de ser enviados a las penas eternas [Mt 25,34.41]. Aquéllos serán premiados, porque desearon las cosas del cielo; éstos serán castigados, porque anduvieron detrás de los bienes de este mundo. Leemos también que los pecadores han hecho de su derecha la que es, sin embargo, la izquierda. De éstos el mismo profeta, en el salmo ciento cuarenta y tres, dirá lo siguiente: *La lengua de ellos y la diestra de ellos, la diestra de la iniquidad* (Sal 143,8). Pero se ha de decir que, en verdad, es la derecha aquélla donde se sabe que ha sido dada la gracia del Señor.

Verso 6.– **Durante el día el sol no te quemará**[8]**, ni la luna durante la noche**[9] [*Per diem sol, non uret te, neque luna per noctem*]. Estos elementos causan, ciertamente, tales efectos: queman nuestros cuerpos, sobre todo en verano, cuando más calor hace. Pero, dado que reflexionar sobre la naturaleza del cuerpo no es el propósito del profeta, que quiere velar siempre por el interés de la almas, entendamos aquí por las palabras **sol** y **luna** aquellas situaciones –tanto adversas como prósperas– en las que, de diversos modos, se contiene la vida del género humano, como también en otro lugar se dice: *De día clamé, y de noche en tu presencia* (Sal 87,1), expresión que, en efecto, significa la duración de toda la vida, en cuanto que siempre se ha de clamar al Señor. No permite, por tanto, el Señor que tales cosas sean conducidas a la culpa o que –sobrevenido algún tropiezo– terminen siendo abrasadas, pues Él les da el auxilio de su custodia. En efecto, de este modo custodió al pueblo de Israel con el favor de sus beneficios, protegiéndolo con una nube, **durante el día**, y alumbrándolo con una columna de fuego, **durante la noche** [Éx 13,21], cosa que realiza también ahora en sus siervos, cuando –tanto en la prosperidad como en la tribulación– los defiende de la crueldad del enemigo.

Verso 7.– **El señor te guarda de todo mal; guarde tu alma el Señor** [*Dominus custodit te ab omni malo; custodiat animam tuam Dominus*]. De modos diversos, es prometida la **custodia** divina, que no sólo defiende de las cosas adversas, sino que hace también dichosos a los hombres y los conduce al reino de los cielos. Añade: **De todo mal**. Pero este **mal** no ha de ser entendido en el mismo sentido en que lo entienden los hombres, por ejemplo: sufrir la pérdida de los hijos; experimentar sobre sí la sobrecarga de daños muy copiosos; sentirse oprimidos por la pobreza, y todas las demás cosas que los amadores de este mundo juzgan de gravedad extraordinaria. En efecto, da aquí el nombre de *mal* a aquello que arrebata la gracia divina, arruina el alma y vacía de contenido todas las promesas del Señor. Y, puesto que sabía que los hombres santos habían sido

[8]Hebr., יוֹמָם הַשֶּׁמֶשׁ לֹא־יַכֶּכָּה [*De día el sol no te herirá*]. Los LXX: ἡμέρας ὁ ἥλιος οὐ συγκαύσει σε [*De día el sol no te quemará*].

[9]Hebr., וְיָרֵחַ בַּלָּיְלָה [*ni la luna en la noche*]. Los LXX: οὐδὲ ἡ σελήνη τὴν νύκτα [*ni la luna por la noche*]. Que el sol pueda dañar, quemando, nadie lo duda. Pero, ¿la luna?. Aquí debe entenderse que ni el calor ni el frío podrán hacer daño. Y aún del frío –representado aquí por la luna, que luce en la noche– puede decir que quema, según se lee en Gén 31,40: *Me quemaba el calor y la helada*. Y también el poeta dice: *Nec nova per gelidas herba sit usta nives* (OVIDIUS, *Fasti*, I,680).

atormentados aquí con ingentes dolores y que llegaron a los premios del martirio con gran daño de su cuerpo, añade: **Guarde el Señor tu alma**, alma que sólo guarda en los santos, que alcanzan los dones de la luz eterna, bien a costa del desgaste de su cuerpo.

Verso 8.– **El Señor guarde tu entrada y tu salida**[10]**, desde ahora y hasta el siglo** [*Dominus custodiat introitum tuum et exitum tuum, ex hoc nunc et usque in saeculum*]. Después de haber pedido, variadamente y en diversos sentidos, que la misericordia del Señor lo custodiara, llega al final del salmo y todo lo da por concluido, diciendo: **El Señor guarde tu entrada**. Entendemos esto, de manera conveniente, con referencia a los mártires, cuya **entrada** ha de ser guardada por el Señor, a fin de que la violencia de los tormentos no haga que se desanimen ni se dejen tampoco seducir por el atractivo de los halagos. Por lo cual, con razón, pide el profeta que **sea guardada entrada** de aquéllos que –sin el Señor– en modo alguno pueden hallarse completamente seguros, como también, en el Evangelio, se dice: *Cuando llegareis a la presencia de príncipes y poderosos, no penséis cómo o qué vais a decir, pues se os dará en aquella hora cómo o que debéis hablar* (Mt 10,19). Añade asimismo: **Y tu salida**, donde está la perfección toda, porque, hasta el final de la vida, permanece en ellos la verdadera e irreprensible confesión, como en el Evangelio está escrito: *El que perseverare hasta el final, ése será salvo* (Mt 10,22). Así, pues, Él mismo *defiende la entrada y guarda la salida*, de manera que ningún tormento –por grande que éste sea– consiga la victoria sobre ellos. Pero fíjate en qué añade a este final: **Desde ahora y hasta el siglo**, porque todo el que perseverare, poseerá los bienes eternos y no puede haber final, allí donde el gozo no tendrá fin.

Conclusión del salmo

¡Qué bien y con qué segura firmeza los pies proféticos han seguido avanzando en este segundo grado!. ¡Cuán grande ha sido el avance del que va ascendiendo a merecimientos más sólidos!. Veamos qué nos diga en el tercer grado aquél que, en el segundo, ha pedido deseosamente la custodia del Señor.

SALMO CIENTO VEINTIUNO

Cántico de los grados[1].
[*Canticum graduum*].

Hemos escuchado la palabra *grado*. Entendamos, por ella, el *subida* a las alturas. Pero segura es esta subida y está bien guardada, si es el Señor quien la custodia. Grado que, cuanto más avanza en los méritos tanto más se prosterna con humildad de espíritu. He aquí que el profeta es elevado

[10]Hebr., יְהוָה יִשְׁמָר־צֵאתְךָ וּבוֹאֶךָ [*El Señor guardará tu salida y tu entrada*]. Los LXX: κύριος φυλάξει τὴν εἴσοδόν σου καὶ τὴν ἔξοδόν σου [*El Señor guardará tu entrada y tu salida*]. El sol y la luna, tu salida y tu entrada. Tenemos aquí la figura retórica, muy frecuente en la Biblia, llamada *merismo*, consistente mencionar la totalidad de una determinada cosa, a partir de los dos extremos. Curiosamente, Casiodoro no hace mención a ella.

[1]En este caso, el texto hebreo al habitual *Cántico de las subida*s añade לְדָוִד [*de David*]. No así en los LXX ni el la Vlg.

ya al tercer grado, más alto que el segundo y que pone de manifiesto que también este salmo ha tomando como punto de partida la misma alegría que los salmos anteriores[2].

[**433**] *División del salmo*

En la primera parte, se alegra el profeta de haber recibido el aviso de que ha de llegar a la Jerusalén de arriba, donde los santos ya están establecidos con segura felicidad y donde, por la gran misericordia divina, juzgarán en compañía del Señor. En la segunda parte, habla a los ciudadanos de Jerusalén, deseándoles la abundancia de la paz, paz que dice haber anunciado él, por medio de la caridad de los hermanos y del amor del Señor.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Me he alegrado en estas cosas que me han sido dichas[3]: iremos a la casa del Señor** [*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus*]. Muy bella y saludable es la causa de la alegría con que se abre el salmo y que tiene como objeto suscitar también la alegría y atención de los oyentes. Pero, para que no consideres que –según el modo humano de sentir– se trata de un gozo de escasa importancia, da a conocer de qué bien perfecto profesa **haberse alegrado**, en cuanto que proclama que *irá a la casa del Señor*. ¡Oh digno alborozo es disponerse a marchar hacia aquel lugar, de donde jamás nadie quiere salir!. Pero se ha de ver quién es el que dice tales cosas al profeta. Ciertamente, el Espíritu Santo, que hablaba a su corazón con silenciosa voz. Por consiguiente, el profeta no había escuchado con los oídos, sino con el espíritu; no por medio de la palabra, sino por inspiración divina. En efecto, avisado previamente en su interior, prorrumpió con tales palabras de júbilo. Sigue: **Iremos a la casa del Señor**. **Casa**, que recibe solamente a los justos, que es morada de los ángeles y merecedora de contemplar al Hacedor mismo de todas las criaturas. Casa deseable, casa fabricada con piedras vivas, de la que en otro salmo ya se ha dicho: *Una sola cosa he pedido del Señor, ésta buscaré: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida* (Sal 26,6-7).

Verso 2.– **Estaban firmes nuestros pies en tus atrios[4], Jerusalén** [*Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Ierusalem*]. **Estaban**. Pues había dicho el profeta que se le había prometido aquella casa eterna, por la misma prefiguración de las cosas futuras, dice que **está** en aquella casa, a la que con ansia indecible deseaba llegar, a fin de hacernos saber que los hombres santos, que permanecen en los preceptos del Señor, están ya establecidos en espíritu –aun estando aquí– en aquella Jerusalén futura. En efecto, dice que está verdaderamente en aquella ciudad, en la que nadie puede caer. Mira lo que dice después: **Firmes nuestros pies**. Ciertamente, **firmes** allí donde se está establecido con decidida voluntad. Pero esta *firmeza* no tiene defecto, no está debilitada por afán

[2]Me he permitido cierta libertad en la traducción del texto latino, que dice así: *Audivimus gradum, intelligamos l altiora conscensum; sed iste ascensus firmus est, qui Domino custodiente servatur; qui quanto meritis proficit, tanto se mentis subiectione prosternit. Ecce iam sublevatur propheta tertio gradu, secundis altior factus, et de ipsa laetitia principium psalmi sumpsisse declaratur.*

[3]Hebr., שָׂמַחְתִּי בְּאֹמְרִים לִי [*Me he alegrado con los que me decían*]. Los LXX: εὐφράνθην ἐπὶ τοῖς εἰρηκόσιν μοι [*Me he alegrado con los que me decían*].

[4]Hebr., עֹמְדוֹת הָיוּ רַגְלֵינוּ בִּשְׁעָרַיִךְ [*Plantados estuvieron nuestros pies en tus puertas*]. Los LXX: ἑστῶτες ἦσαν οἱ πόδες ἡμῶν ἐν ταῖς αὐλαῖς σου [*Firmes estaban nuestros pies en tus atrios*].

alguno, sino que, perseverando en su fortaleza, por ningún cansancio se fatiga. Sigue: **En tus atrios, Jerusalén**. Se emplea aquí la palabra **atrios** en el sentido de los lugares más apartados. El *atrio* es, en efecto, el lugar de entrada de la casa, donde no pueden vivir sus moradores. Ahora bien, esto se dice de manera figurada, en el sentido de tomar el todo por la parte.

Verso 3.– **Jerusalén, que está edificada como ciudad, cuya participación de él en sí mismo**[5] [*Ierusalem, quae aedificatur ut civitas, cuius participatio eius in idipsum*]. Para que no creas que se trata de la *Jerusalén* terrena, separándola con admirable sutileza, muestra aquella **ciudad** del cielo. Dice, en efecto, en primer lugar: **Jerusalén, que está edificada como ciudad**. **Está edificada** perfectamente aquella ciudad, que todos los días, hasta la consumación del mundo, se construye con piedras vivas, mediante la acción espiritual, es decir: por medio de los confesores, de los mártires y de todos aquéllos que, con espíritu puro, sirven devotamente al Señor. Añade: **Como ciudad**, para mostrar que la semejanza de la ciudad está en ella. En efecto, aunque toda ciudad recibe tal nombre, debido a los ciudadanos, sin embargo, es llamada *ciudad* de manera aún más veraz aquélla que muestra estar habitada por ciudadanos, dotados todos de iguales sentimientos. Ahora bien, debemos saber que esta ciudad, habitada en el presente, contiene pueblos diferentes y mezclados entre sí. Pero aquella, que es futura, recibe sólo a los que inequívocamente son perfectos. Ésta está sacudida por enfrentamientos hostiles; aquélla goza de una constante seguridad; ésta rebosa de penitentes; aquélla desconoce las lágrimas; ésta cree por la esperanza; aquélla ve a Dios cara a cara. Y viene a resultar así que –aun siendo dos ciudades– uno solo es, sin embargo, el pueblo futuro de los fieles. Sigue ahora una oportunísima, pero oscura sentencia: **Cuya participación de él en sí mismo**, o sea: la participación de esta ciudad está en el Señor Salvador, que es propiamente **en sí mismo**. *En sí mismo* significa, ciertamente, la *eternidad*, que nunca deja de ser lo que es, sino que siempre es, en uno y otro modo: virtud indeficiente, poder invariable, sustancia, que permanece por sí misma, que puede realizar eficazmente todo cuanto quiere. Como acerca de sí mismo dice el Señor a Moisés: *Yo soy el que soy* (Éx 3,14). Y, un poco después: *El que es me ha enviado a vosotros* [Éx 3,14]. Y también, en otro salmo: *Todas las cosas como un vestido envejecerán y como un cobertor las cambiarás, y quedarán cambiadas; pero tú eres el mismo, y tus años no cesarán* (Sal 101,28-29). Por lo cual, esta expresión: *En sí mismo*, se acomoda únicamente al Creador. En efecto, el ángel que consideró ser tal cosa, se derrumbó al instante, pues él por sí mismo no era lo que era, y por ello no podía ser *en sí mismo*. También, en el salmo cuatro, quedó dicho: *En paz dormiré en sí mismo* (Sal 4,9). Sabemos que este modo de decir es propio de las divinas Escrituras. Por consiguiente, la **participación** de esta ciudad es –como dijimos– la sociedad y comunión con el Señor Salvador, como también Él mismo atestigua en el Evangelio: *Padre, quiero que donde estoy yo, también ellos estén allí conmigo* (Jn 17,24). En efecto, en aquella ciudad estará el Señor, de quien –según Él lo consintiera– los santos serán, sin duda, partícipes. Con admirable alabanza,

[5]Hebr., יְרוּשָׁלַ֗͏ִם הַבְּנוּיָה֮ כְּעִ֪יר שֶׁחֻבְּרָה־לָּ֫הּ יַחְדָּו [*Jerusalén edificada, como una ciudad, que está unida consigo a una*]. Los LXX: Ιερουσαλημ οἰκοδομουμένη ὡς πόλις ἧς ἡ μετοχὴ αὐτῆς ἐπὶ τὸ αὐτό [*Jerusalén, construida como ciudad, cuya comunidad está a una*]. El texto resulta ciertamente fatigoso. Si se quisiera entender en sentido literal, físico, habría que pensar que se trata de una ciudad, cuyas partes –que son las casas– se van edificando juntas, contiguas unas a otras, formando calles, y no aisladas y dispersas, de trecho en trecho, como estaban antes, cuando sus habitantes eran los jebuseos. De ahí que nos suene, por el canto, que se trata de una ciudad bien compacta, bien unida. Léanse las siempre interesantes apreciaciones de G. RAVASI, *o.c.*, vol. 3, págs. 543-544. Pero los Padres, por lo general, entendieron que tal unión es la existente entre sus ciudadanos, que son las partes de la ciudad, todos unidos en un mismo sentir y en un mismo querer. S. Agustín dedica un amplio espacio a la explicación de este versículo (S. AGUSTÍN, *o.c.,* vol. 4, págs. 249-256).

el profeta Isaías describe esta ciudad, diciendo: *Tus murallas serán llamadas salvación y tus puertas,* alegría. *No será para ti el sol como luz del día, ni la salida de la luna brillará para ti por la noche; sino que el Señor será para ti luz eterna, y tu Dios será tu gloria. Pues no morirá para ti tu sol, y la luna no menguará para ti; pues será para ti el Señor Dios luz eterna, y serán completados los días de tu luto, y todo tu pueblo será justo, y en eterno poseerán la tierra en heredad* (Is 60,18-21). También el apóstol Juan, en su Apocalipsis, va diferenciando con narración admirable los asombrosos misterios de esta ciudad [Apc 21], de manera que tengas la sensación de estar allí presente, como en medio de ella, aun sabiendo que te encuentras, sin embargo, en otro lugar distinto. Pero observa que, en el verso anterior, la palabra **Jerusalén** está colocada al final y que aquí, por el contrario, aparece repetida nuevamente, pero colocada al principio. Esta figura retórica recibe el nombre de *anadiplosis*, es decir, duplicación de un término. Se trata de una figura diferente de aquella otra llamada *epembasis*, mencionada en el salmo anterior. En esta última una palabra puede ser repetida, mediando algunas otras palabras, pero aquí dicha palabra se repite, sin ninguna otra palabra interpuesta.

Verso 4.– **Pues allá subieron las tribus, las tribus del Señor; testimonio de Israel para confesar tu nombre, Señor** [*Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini; testimonium Israel ad confitendum nomini tuo, Domine*]. Al decir: **Allá**, está indicando la ciudad de Jerusalén, de la que anteriormente había dicho: *Cuya participación de él en sí mismo*. Y, para que no dudes de que se está refiriendo a la Jerusalén celestial, añade: **Subieron**. A ella suben siempre los bienaventurados, porque están continuamente avanzando, mediante ejercitación constante. Continúa diciendo: **Las tribus**, es decir, las tribus en que estaba distribuido el pueblo israelita. En efecto, del mismo modo que aquel pueblo fue dividido en doce tribus, según el número de los hijos de Jacob, el pueblo romano fue repartido en treinta y cinco curias. Por medio de estas tribus, se significan los santos, que confesaron que el Señor Salvador es Dios. Y, con el fin de que estas tribus de fieles [**434**] quedasen separadas de los infieles, añade: **Del Señor**. En efecto, las tribus no podían ser suyas, si con corazón puro no hubiesen creído en Él. Consta, en efecto, en otra parte, que fueron propiedad del diablo las tribus que, con impía voluntad, tomaron la determinación de separarse de Cristo. A ellas, en el Evangelio, Él mimo les dice: *Vosotros sois de vuestro padre, el diablo* (Jn 8,44). Pero cuáles fueran estas *tribus del Señor*, brevemente nos lo dice: **Testimonio de Israel**, es decir, aquéllos que diesen testimonio de santidad y fueran signo creíble propio de los que ven al Señor. En efecto, el *testimonio* ofrece confirmación a los ignorantes, de manera que, viendo a los hombres dichosos y distinguidos por la bondad de sus obras, se sientan impulsados a creer que son verdaderamente servidores de Dios. Y, para que no consideres esto como algo con sentido ambiguo, añade: **Para confesar tu nombre**. Dice: **Para confesar**, o sea, para alabar, porque todos los santos celebrarán, en compañía de los ángeles, las alabanzas del Señor. Es, en verdad, el mismo verdadero *testimonio de Israel*, cuando con amor devotísimo se cantan las alabanzas del Señor. Y de este modo –por medio de una felicidad, que aún no resplandece del todo, y de una dignidad, que se anuncia anticipadamente–, aquella ciudad futura ha quedado así descrita.

Verso 5.– **Porque allí se sentaron las sedes en el juicio, las sedes sobre la casa de David** [*Quia illic sederunt sedes in iudicio, sedes super domum David*]. Para que no creas que aquéllos de los que anteriormente dijo: *Allá subieron*, sean dignos de ser honrados en menor medida, tal vez, dice así: **Porque allí se sentaron**. **Allí**, esto es, en el lugar adonde subieron y donde juzgarán en compañía del Señor. En efecto, tan grande es el honor, prometido a los santos, que son hechos

merecedores de juzgar junto a Él en aquel juicio celestial, como también en el Evangelio se dice: *Os sentaréis sobre doce sedes, para juzgar a las doce tribus de Israel* (Mt 19,28). ¡Asiento honorable, dignidad acreedora de toda admiración es el hecho de que quienes, debido a sus pecados, habían sido reos, por la gracia de Dios, sean convertidos en jueces!. Pero, al decir el Señor a una y otra parte, según se lee: *Id al fuego eterno*, y: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino* (Mt 25,41.34), etc., ¿en qué modo juzgarán los santos, junto con el Señor?. Juzgarán verdaderamente junto a Él, cuando –una vez purificados en el espíritu y constituidos ya en la contemplación más perfecta– juzguen que se ha de llevar a cumplimiento lo que está establecido por el Señor. En efecto, al ser unánime la voluntad de los que escuchan, viene a resultar que el juicio es uno, aunque todos los demás permanezcan en silencio. En cuanto a la expresión: **Se sentaron**, debe observarse que se emplea el tiempo pasado por el futuro, y la razón está en que todas las palabras del Señor son de tal modo firmes que –aunque se crea que aún han de suceder– consideres tú que, por su firmeza, ya han sucedido. Pero, detengámonos unos instantes a examinar qué signifique aquello de **estar sentadas las sedes**. Con razón, dice así, porque las **sedes** son los hombres santos. En efecto, estando Él sentado en ellos, los ilumina por la gracia de su Majestad, conforme a lo que está escrito: *La sede de la sabiduría es el alma del justo* (Is 66,12[6]). Y en otro lugar: *¿Sobre quién descansa mi espíritu, sino sobre el humilde, el manso y el que teme mis palabras?* [Is 66,2]. Continúa: **En el juicio**. ¿En cuál, ciertamente, sino en aquel juicio futuro, del que leemos: *El Padre a nadie juzga, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo* (Jn 5,22)?. Pero, aunque no haya dicho qué juicio quisiera dar entender, sabemos, sin embargo, con absoluta certeza que se trata del juicio aquel, donde se sentarán los santos y juzgarán, junto con el Señor. Hallarás que, en las divinas Escrituras, se dice esto bastante a menudo, con objeto de que no sea expresada la cosa que en sí se dice, sino para dar a entender a los hombres aquello que razonablemente se ha de comprender, como también ya quedó dicho en otro salmo: *¿Quién es el hombre que quiere la vida?* (Sal 33,12). Y, en el Evangelio, dice el Señor: *Si quieres llegar a la vida, guarda las mandamientos* (Mt 19,17). Omite, en efecto, el adjetivo *eterna*, que es lo que, en cualquier modo, se debe entender. A esta figura retórica los griegos le dan el nombre de *elipsis* y, puesto que falta en ella la palabra necesaria, en latín se la llama también *defectus* [defecto, carencia]. Pero qué son estas *sedes*, con palabras laudatorias, seguidamente lo hace saber, diciendo: **Las sedes sobre la casa de David**. Dice: **Sobre la casa**, esto es, sobre la familia de Cristo, porque allí algunos santos brillarán con más luz que el resto de los fieles, como dice el Apóstol: *Como una estrella difiere de otra estrella en resplandor, así será en la resurrección de los muertos* (1Cor 15,41-42). En efecto, si ya aquí, para un determinado siervo, es motivo de orgullo tener acerca de su señor un conocimiento mayor que el de sus compañeros, servidores igual que él, cuanto más admirable puede ser tener en aquella casa de Cristo una mayor contemplación del Señor, de manera que tanto más distara de otro cuanto más cerca estuviere él, contemplando su Divinidad. Ahora bien, **David**, nombre tomado del parentesco carnal, significa aquí a *Cristo*. Y considera atentamente cómo ha sido descrita esta ciudad, a saber: ¿Qué se ha de hacer allí; de qué manera está construida; quiénes suben allá; qué habrán de hacer allí?. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *characterismos*. Los latinos, por su parte, la denominan *informatio* o *descriptio* [información o descripción].

Verso 6.– **Pedid las cosas que son para la paz de Jerusalén, y sean abundantes para**

[6] *Sedes sapientiae anima iusti.* Así en TL., pero la cita no corresponde a este profeta ni se encuentra en ningún otro lugar de la Vlg.

los que te aman [*Rogate quae ad pacem sunt Ierusalem, et abundantia diligentibus te*]. Llega el profeta a la segunda parte del salmo, donde habla a aquéllos que, con la ayuda del Señor, habrán de ser juzgados. **Pedid**. Este verbo es de sentido ambiguo. De hecho, *pedid* significa, en el presente caso, *preguntad*, no suplicad. Es conveniente, en efecto, que el que juzga esté bien informado de todo y examine todas las cosas con la debida atención. Pero esto no se hace allí con palabras o preguntas verbales, sino mediante la consideración silenciosa del espíritu. Como se ha dicho, todos habrán de juzgar, en compañía del Señor, cuando –una vez iluminados y santificados– conozcan realmente que es aquélla la verdad, que el Señor habrá de pronunciar con sus propios labios. En efecto, el Señor busca a los pacíficos. La multitud toda de los santos busca también a los pacíficos, que rebosan de caridad, que ejercen el poder con modestia, que son elevados con piadosa humildad. El profeta quiere, en verdad, que también lo santos busquen estas cosas, que bien sabe él que el Señor puede amar. Pero, ¿de quién dice que es esta **paz**? Ciertamente, de **Jerusalén**, o sea, del pueblo fiel, que, en el tiempo del juicio, es recibido en la eternidad de la paz. Recuerda el profeta, por tanto, lo que sabe que está por venir, de manera que los que han de juzgar, en compañía del Señor, se alegren en aquella patria con aquellos hombres, que aman aquí la paz y alcanzan allí los premios de la paz eterna. Y, pues al final de la frase ha puesto la palabra *Jerusalén*, dirigiéndose a ella, todo lo ha resumido, mediante una muy breve y precisa expresión: **Y sean abundantes para los que te aman**. Es manifiesto, en verdad, que todos los bienes *abundan* para los que aman a Jerusalén. En efecto, habiendo sido pobres aquí, gozarán allí de toda clase de bienes; habiendo sido débiles aquí, serán allí indeficientes; habiendo estado aquí sujetos al tiempo, vivirán allí en la eternidad. Y cualquier otro bien, que pudiese existir, está incluido en esta **abundancia** del cielo.

Verso 7.– **Sea la paz en tu poder**[7]**, y la abundancia en tus torres** [*Fiat pax in virtute tua, et abundantia in turribus tuis*]. Habla el profeta todavía a Jerusalén, a la que le desea las mismas cosas, que sabe que han de venir. Ciertamente, su **poder** es, sin duda, la **paz** propia de los santos, que se llama *amor*, amor del que está escrito: *Dios es amor* (1Jn 4,16). Por este amor todos vienen a ser uno; por él se hacen merecedores de ser templo del Creador; y todo cuanto les es prometido, gracias a su cuidado, lo reciben. Ésta es la *paz*, que ninguna guerra estremece, que ninguna sedición perturba, sino que será poseída sin fin, porque es otorgada allí, en virtud de la misericordia de Cristo. En efecto, la palabra latina *pax* viene del verbo *parco* [conservar intacto, respetar] o de *pascor* [pacer en, alimentarse de]. Sigue: **Y la abundancia en tus torres**. Ésta es la **abundancia**, de la que anteriormente dijo: *Y sean abundantes para los que te aman*. Pero, por la palabra **torres**, parecería que se quiere expresar aquí algo de mayor importancia significativa, de tal suerte que entiendas que dicha *abundancia* no es igual que todas las demás abundancias, sino que se trata de [**435**] una abundancia mejor. En efecto, las *torres* son aquellos edificios, que –por su constitución y altura– defienden las ciudades y reciben, en primera línea, las embestidas del enemigo. De ahí que no nos parezca inadecuado que, a través de ellas, se quisiera hacer referencia a los mártires, los cuales, por la oposición de su propio cuerpo, defienden con piadosa confesión la ciudad de Dios y, como edificios eminentes, oponen resistencia, de este modo, a los enemigos de la fe.

Verso 8.– **Por mis hermanos y mis más próximos, anunciaba yo la paz acerca de ti** [*Propter fratres meos et proximos meos, loquebar pacem de te*]. El que anuncia la paz a la manera

[7]Hebr., שַׁלְוָה בְּחֵילֵךְ [*paz en tu antemuro*] o *en tu ejército*, que las dos cosas puede significar el hebreo חַיִל [jayîl]. Los LXX: εἰρήνη ἐν τῇ δυνάμει σου [*paz en tu poder*].

de los hombres perfectos, muestra los signos de su paz. En efecto, tal es la razón por la que dice que ha anunciado esta **paz** de la Iglesia **por** sus **hermanos y** sus **más próximos**: para que, instruidos por esta virtud de la concordia, amen y busquen la unidad. Pone en práctica, pues, aquello que ha enseñado, es decir: Anunciar, por medio del amor de los hermanos, lo que bien sabía[8] que era provechoso para todos. Exhorta, pues, a que no enseñe cada cual, sirviéndose de alabanzas o en razón de sus propias conveniencias, sino que, con espíritu misericordioso, trabaje cada uno *en favor de sus hermanos y amigos*, conforme a las palabras del Apóstol: *No buscando lo que es útil para mí, sino lo que es útil para todos* (1Cor 10,33). Dice, por tanto, que no ha anunciado aquella paz del tiempo futuro, mirando por su utilidad temporal, sino mirando, antes bien, por sus hermanos y compañeros, a fin de que –deseándola saludablemente– estén ceñidos[9] por el vínculo de unidad.

Verso 9.– **Por la casa del Señor mi Dios, te he deseado todo bien** [*Propter domum Domini Dei mei*[10] *quaesivi bona ti*]. Para que nadie considere que de tal manera se debe tener afecto por una determinada cosa que pueda parecer que se descuida el amor de Dios, añade la causa de **haber deseado todo bien** a Jerusalén, esto es: porque es la **casa del Señor**, a la cual es bien referida toda dilección a ella consagrada.

Conclusión del salmo

Contemplemos cuáles palabras de amor ha derramado el profeta, en este tercer grado, y alegrémonos –así nos lo conceda el Señor– viendo cómo progresa. En efecto, cuanto más avanza en la subida uno cualquiera de los santos tanto más elevadas y dulces son las palabras que salen de su boca.

SALMO CIENTO VEINTIDÓS

Cántico de los grados.
[*Canticum graduum*].

Complace mirar cómo progresa este ascenso del profeta y cómo, deseando poco a poco lugares más altos, nos vaya mostrando las señales de su perfección. En efecto, el que primero alzó sus ojos a los montes, al mismo Señor ha elevado ahora las luces de su corazón, de manera que el que con pasos espirituales se esforzaba por elevarse a las alturas se aproximara felizmente a la misericordia divina. ¡Hermoso espectáculo es que el hombre suba a Dios y eleve esta perezosa mole a los premios de la gracia superna!. Esto, sin embargo, sólo puede llevarlo a efecto el que ordenó a Lázaro salir del sepulcro (Jn 11,43); el que, tendida su mano derecha, libró a Pedro, que se hundía (Mt 14,31); el que arrebató hacia lo alto –estando aún en esta vida– a Elías (2Re 2,11) y a Henoc (Gén 5,24), y hechos semejantes a éstos, que el poder divino obra cada día. Pero suben estos *grados* sólo los que aquí son uno por la caridad. En efecto, no pueden correr por llegar a la cima, sino

[8]TL., in textu: *suadebat* [*ms. G. et ed.,* sciebat].

[9]TL., in textu: *colligarent* [*ed.,* colligerent].

[10]TL., in textu: *Dei mei* [*mss. A.,B.,* Dei nostri]; Vlg., *Dei nostri*.

aquéllos que merecieron ser miembros de Cristo. Por lo cual, así como hemos contemplado con el corazón este ascenso admirable, consideremos también ahora con espíritu solícito la hondura de este salmo.

División del salmo

En la primera parte, temiendo perder el profeta lo que ya poseía y cuidando de la porción en la que había crecido, persevera piadosamente en las preces, para retener, por favor divino, los dones recibidos. Suplica al Señor, en la segunda, que le dé su misericordia, pues – por instigación del diablo– padecía muchas adversidades de parte de los que lo ultrajaban, de manera que a quien no podían ensuciar con su compañía, al menos pudieran dañarlo con sus arrogantes desprecios.

Exposición del salmo

Verso 1.– **A ti he alzado mis ojos, a ti que habitas en el cielo** [*Ad te levavi oculos meos, qui habitas in caelo*[1]]. Saludablemente es exhortada la humanidad a pedir auxilio allí de donde sabe que ha de venir la protección inexpugnable. En efecto, en caso de sentirse provocados por un daño cualquiera, los soberbios de corazón y los que se jactan del poder mundano recurren a las riquezas, acuden a protecciones perecederas, exigiendo el castigo del enemigo, que osó causarles la afrenta. Pero los servidores de Dios, moderándose con actitud de suma paciencia, en cualquier tropiezo, en cualquier tribulación que padecieran, **alzan los ojos** al Señor y miran a Aquél por quien realmente confían ser salvados. Sigue: **A ti que, habitas en el cielo**. De diversos modos leemos que **habita** el Señor, como en el Evangelio, por ejemplo: *Yo en el Padre y el Padre en mí* (Jn 14,10). Escrito está que *habita* también en los santos, según se lee en el libro del Levítico: *Yo habitaré en medio de ellos, y caminaré en medio de ellos, y ellos serán mi pueblo y Yo seré su Dios* (Lev 26,11). Acerca de estos santos dice también el Apóstol: *Vosotros sois templo de Dios, y el Espíritu de Dios habita en vosotros* (1Cor 3,16). Sobre una y otra cosa atestigua el Evangelio: *Para que todos sean uno, yo en ellos, y Tú en mí* (Jn 17,21). Se lee también que el Señor está sentado en el cielo. Por ejemplo: *El cielo es mi sede; pero la tierra escabel de mis pies* (Is 66,1). Y en otro lugar: *El cielo del cielo, para el Señor; pero la tierra la ha dado a los hijos de los hombres* (Sal 113,25).

Verso 2.– **He aquí que como los ojos de los siervos en las manos**[2] **de sus señores** [*Ecce sicut oculi servorum in manibus dominorum suorum*]. Miremos por dentro qué signifiquen para nosotros estas comparaciones. Los siervos están atentos a las manos de sus señores, bien porque desean ser mantenidos por ellos, eludiendo así las necesidades de toda indigencia, bien porque se da la orden de que sean azotados por sus faltas, hasta el momento en que escuchen: ¡Basta ya!. En efecto, una y otra cosa están en poder de los señores: tanto la confianza del sustento cuanto la señal, a veces, de que finalice el castigo. Estas dos cosas conviene que hagamos también nosotros, es decir: que alcemos siempre nuestros ojos al Señor, ya cuando suframos alguna necesidad, ya cuando seamos azotados, a causa de determinados excesos. Pero en este verso y el siguiente está presente la figura retórica llamada *homoeosis* [asimilación], en virtud de la cual la demostración de una cosa

[1]TL., in textu: *in caelo* [*mss. A.,B.,F.,* in caelis]; Vlg., *in caelo*.

[2]Hebr., אֶל־יַד [*a la mano*], es decir, pendientes de sus más pequeñas insinuaciones. Los LXX: εἰς χεῖρας [*en las manos*].

menos conocida se pone de manifiesto por la semejanza de otra, que sí es más conocida.

Verso 3.– **Y como los ojos de la esclava en las manos de su señora, así nuestros ojos hacia el Señor, Dios nuestro, hasta que se apiade de nosotros** [*Et sicut oculi ancillae in manibus dominae suae, ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nobis*[3]]. Algunos quieren adecuar también este verso al Señor, de manera que al mismo Dios lo llaman Señor, según el siguiente ejemplo: [**436**] *Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios* (1Cor 1,24). Pero, para que la diferencia de sexo a nadie cause aversión, puede quizá entenderse de la siguiente manera. La comparación anterior tomaba en consideración a los siervos y a los señores. Ahora, con objeto de que el sexo femenino no quedase excluido, a ésta anterior añade también otras comparaciones: así *como los siervos están atentos a las manos de sus señores*, así también está atenta la **esclava a las manos de su señora**. Pero sigue la conclusión, que incluye uno y otro sexo: **Así nuestros ojos hacia el Señor, Dios nuestro, hasta que se apiade de nosotros**. Al decir: **Así**, manifiesta la comparación antes dicha, esto es: ya sea que pidamos al Señor prosperidad, ya que soportemos tormentos espirituales o corporales, debemos alzar siempre los ojos al Señor. Añade también el adjetivo posesivo **nuestros**, con objeto de que lo dicho acerca de sí mismo incluya a uno y otro sexo. Sigue diciendo: **Hasta que se apiade de nosotros**, a fin de poner de manifiesto que tanto las mujeres como los hombres deben buscar pacientemente[4] los beneficios del Señor y suplicarle sin descanso. Sin embargo, en las Escrituras divinas, la locución: **Hasta que** es homónima. En efecto, significa, unas veces, algo que se realiza de manera temporal; otras veces, significa *siempre*. Tiene un sentido temporal, por ejemplo, en el salmo ciento nueve: *Hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies* (Sal 109,1). Pero significa *siempre*, como el presente salmo pone en evidencia: *Hasta que se apiade de nosotros.* Por decirlo de algún modo: ¿es que nuestros ojos ya no deberán estar atentos a sus manos, también después de que el Señor se haya haberse apiadado de nosotros?. Tal es el significado de aquel versículo del Evangelio: *Y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito* (Mt 1,25), esto es, no conoció a la que consta que no conoció en ningún otro momento. Por ello, con razón, esta locución debe entenderse aquí en el sentido de *siempre*, aun cuando parezca que se hace referencia a algo que se realiza en el tiempo. Este género de expresión ha de enumerarse entre los géneros propios de la divina Escritura.

Verso 4.– **Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros, porque muy llenos estamos de desprecio** [*Miserere nobis, Domine, miserere nobis, quia multum repleti sumus contemptione*[5]]. Llega a la segunda parte, donde suplica al Señor que –en consideración de su persona– se apiade de los que sufren desprecio y oprobio. En efecto, aquel servidor que era golpeado por el constante castigo de los malvados y que había puesto sus ojos en la compasión del Señor, prorrumpe como en un grito inevitable e implora –por dos veces– que tenga misericordia de él, porque los sufrimientos atormentan su cuerpo, y su alma padece también, a causa de los oprobios. Se refiere esto realmente a los mártires, quienes –con la ayuda de Dios– vencen con valentía de espíritu la afrenta de los sufrimientos. Se añade a esto, por consiguiente, la causa de la misericordia, dos veces implorada, y que es ésta: **Porque muy llenos estamos de desprecio**. En

[3]TL., in textu: *nobis* [*mss. A.,B.,F.,* nostri]; Vlg., *nostri*.

[4]TL., in textu: *sub patientia* [*mss. A.,B.,F.,* sub poenitentia].

[5]TL., in textu: *contemptione* [*mss. A.,B.,F.,* despectione]; Vlg., *despectione*.

efecto, los servidores de Dios **se llenan de desprecio**, cuando son desgarrados por los azotes; cuando mueren abrasados en medio de llamas implacables; cuando perecen tragados por torbellinos profundísimos. Lógico resulta concluir que no podrían sufrir cosas de tanta gravedad, si el desprecio contra ellos no fuera verdaderamente extraordinario. La expresión: **Muy llenos** significa, en efecto, la enorme abundancia de los sufrimientos, sufrimientos, sin embargo, que atestiguan haber soportado solícita y apaciblemente.

Verso 5.– **Y muy llena está nuestra alma: oprobio para los que tienen en abundancia**[6] **y desprecio para los soberbios**[7] [*Et multum repleta est anima nostra: opprobrium abundantibus, et despectio superbis*]. Habiendo dicho anteriormente que estaba lleno del desprecio de los que eran felices y habiendo afirmado que este cuerpo suyo había sido desgarrado por el castigo de los azotes, dice ahora también que su **alma está muy llena de oprobios y de desprecios**, a fin de que nada quedara que no estuviese sometido a la gravísima injuria del sufrimiento. Pero por tal motivo ha escrito: **Oprobio para los que tienen en abundancia**, porque los perseguidores –al verse a sí mismos ricos y rebosantes de gozo– pensaban con inicua reflexión que los hombres santos eran merecedores, ciertamente, de su pobreza y humillación. Y les decían: ¿De qué os aprovecha no tener las riquezas del mundo y buscar no sé qué cosas futuras, despreciar los placeres de este mundo y amar, por el contrario, la tristeza?. Miradme a mí, pues las cosas que veo, al instante las obtengo. ¡Sigue esperando tú las que inútilmente, más bien, sospechas!. Continúa diciendo: **Y desprecio para los soberbios**. Los soberbios desprecian a los humildes, cuando no sólo no escuchan lo que éstos dicen, sino que –antes al contrario– sienten por ello nada más repulsa. En efecto, como los soberbios sólo aman las cosas presentes, no se ocupan de las futuras y, llevados por la iniquidad de su perversidad, se levantan con mayor ira todavía contra aquéllos que ponen todo su esfuerzo en estar a servicio de los mandatos del Señor. Pero, en el juicio futuro, se les vuelven a aquéllos las tornas: los que nadan en la abundancia y los soberbios también bajan al desprecio, como dice Salomón: *¿De qué nos aprovechó la soberbia, o qué nos trajo la jactancia de las riquezas*, etc.*?* (Sab 5,8). Pero, en otro orden de cosas, hemos de decir que –en aras de una correcta expresión sintáctica– el orden de las palabras habría debido ser el siguiente: *Muy llena está muestra alma del oprobio de los que tienen en abundancia y del desprecio de los soberbios*. Pero, comoquiera que dice: *Muy llena está nuestra alma: oprobio para los que tienen en abundancia y desprecio para los soberbios*, creemos que –también en este caso, estamos en presencia de un modo de expresarse, propio de las divinas Escrituras, algo que, no obstante, no se debe imputar al defecto, sino que se trata de algo que no se halla sujeto a las reglas humanas[8].

---

[6]Hebr., רַבַּת שָׂבְעָה־לָּהּ נַפְשֵׁנוּ הַלַּעַג הַשַּׁאֲנַנִּים [*Muy harta está nuestra alma del escarnio de los satisfechos*]. Los LXX: ἐπὶ πλεῖον ἐπλήσθη ἡ ψυχὴ ἡμῶν τὸ ὄνειδος τοῖς εὐθηνοῦσιν [*Por más largo tiempo se ha llenado nuestra alma. El oprobio, para los que prosperan*].

[7]Hebr., הַבּוּז לִגְאֵיוֹנִים [*Desprecio para los soberbios*]. Sobre esta segunda parte del verso, siendo el texto oscuro, véanse algunos comentarios. Los LXX vierten: καὶ ἡ ἐξουδένωσις τοῖς ὑπερηφάνοις [*y el desprecio, para los soberbios*].

[8]Dado que este tipo de observaciones ha venido siendo muy frecuente, a lo largo de todo este tratado, me permito hacer mención de cierta obra del gran humanista español B. Arias Montano, ya citado anteriormente, cuyo título es *Communes et familiares hebraicae linguae idiotismi*, Antuerpiae, Anno MDLXXII, obra que figura entre los escritos de erudición del *Apparatus sacer*, que prologa la monumental Biblia Políglota de Amberes. Se hallan, en esta obra, más de mil idiotismos hebreos, con sus respectivas explicaciones, que pueden ser de no pequeña utilidad para una mejor comprensión de estas cosas, que Casidoro continuamente viene recordando. Del referido

Conclusión del salmo

Con razón, soportaba la envidia de los insensatos éste, que ascendía ya el cuarto grado, en cuanto que toda circunstancia propicia recome por dentro a los adversarios, que con estériles acusaciones creen poder detener a quien da clara muestra de sus esfuerzos para progreso del alma. Contemplemos al hombre, admirable por la perseverancia en los ruegos y en modo alguno cohibido por las burlas, hombre que –antes al contrario– sabe poner remedio a los diversos obstáculos y las diferentes acometidas, sirviéndose de una sola medicina: Alzar siempre sus ojos al Señor.

SALMO CIENTO VEINTITRÉS

Cántico de los grados[1].
[*Canticum fraduum*].

Es sobremanera saludable considerar que cosas tan grandes suceden[2], merced a la autoridad del Señor. En efecto, siendo tal el origen de su salvación, con razón, los demás bienaventurados son exhortados a que también ellos eleven su acción de gracias. Ésta es, ciertamente, la virtud de la caridad y de la unidad, es decir: Si algún bien le es concedido sólo a uno, que todos se alegren de que así le haya tocado en suerte; y, al contrario: si algo adverso le ocurre a cualquiera de ellos, que todos los demás se conduelan de que tal cosa le haya podido suceder . Por lo cual, qué *diga ahora Israel*, a continuación lo explica. Y así, quien que deseara ser Israel, que no se abstenga de decir esas mismas cosas.

Verso 2.– **Si no hubiese sido porque el Señor estaba con nosotros, cuando se levantaban los hombres contra nosotros** [*Nisi quia Dominus erat in nobis, cum insurgerent homines in nos*]. Los piadosos confesores, que en el comienzo del salmo comenzaron a hablar, exhortan a Israel a que *digan* también este verso y los tres siguientes, porque –aunque cada uno es librado en particular de los peligros personales– la liberación le viene del Señor todopoderoso. Ahora bien, aun cuando todos estos versos sean dependientes de una sola sentencia, nosotros –fieles a nuestra costumbre– los colocamos por separado, de manera que en su explicación advirtamos aquello que, según el sentido de que se trate, debe ser sobreentendido con relación a otro. Y así –teniendo pendiente su sentido, como ya se hizo en el primero– comienza este segundo verso, diciendo que, cuando hombres criminales cruelmente los perseguían, ellos fueron liberados por la gracia del Señor. Ciertamente, pues ¿cómo la fragilidad de la carne habría podido bastar o cómo la inconsistencia del ánimo humano habría podido mantenerse firme, **si no hubiese sido porque el Señor estaba con ellos**?. En efecto, cuando Él está con nosotros y, a causa de nuestra maldad,

tratado de Arias Montano existe una traducción en lengua española, que hace ya tiempo tuve yo ocasión de redactar, en la que se pueden encontrar el idiotismo en su expresión hebrea, su traducción –palabra por palabra– al latín, la correspondiente explicación latina del autor y la traducción de todo ello al idioma español.

[1]También aquí al título habitual se le añade לְדָוִד [*de, para David*].

[2]TL., in textu: *fiant* [*ms. F. et ed.,* fiat].

no llega a retirarse, permanecemos siempre a salvo, sin sufrir daño alguno, porque la iniquidad de los perseguidores no puede prevalecer sobre aquél, en cuyo favor sale al frente la gracia del poder divino. Por ello, en estos dos versos ya explicados –y en los otros tres, que siguen– se ha considerar presente la figura retórica llamada *anaphora*, en cuanto que, al comienzo de cada verso, vienen repetidas las mismas palabras. Dicha figura literaria surte un efecto fortísimo, cuando se trata de conmover los ánimos.

Verso 3.– **Quizá**[3] **nos habrían tragado vivos, cuando su ánimo ardía de ira contra nosotros** [*Forsitan*[4] *vivos deglutissent nos, cum irasceretur animus*[5] *eorum adversum nos*]. La mitad de este verso tiene su correspondencia en el anterior. Por tanto, ha de ser completado de la manera siguiente: *Si no hubiese sido porque el Señor estaba con nosotros, cuando se levantaban los hombres contra nosotros, quizá nos habrían tragado vivos*. En efecto, aquí debemos colocar un punto final, de manera que las restantes cosas las veamos concatenadas de nuevo, siguiendo un orden perfecto. Por lo que respecta a la expresión: **Quizá nos habrían tragado vivos**, hay que decir que no es costumbre humana *tragar vivos* a los adversarios. Sin embargo, sí somos tragados vivos, cuando, a causa de la impía maldad, nos vemos sumergidos en la perversidad de la herejía o en la profunda caída de las culpas. Esto habría podido acaecer a los hombres santos, si el poder de arriba no los hubiera liberado. Sigue la segunda mitad de este verso, que ha de ser unida, sin embargo, a la idea, que se expresa a continuación. Dice, en efecto: **Cuando su ánimo ardía de ira contra nosotros**. Dice que **su ánimo ardía de ira contra nosotros**, porque no tenían causas justas. En efecto, la *ira* y la *envidia* carecen de juicio, en cuanto que siguen sus propias voluntades con alocado espíritu, como también dice Job: *La ira mata al necio y la envida hace morir al pequeño* (Job 5,2). Ciertamente, pues ¿qué causa justa podían tener contra los servidores del Señor quienes se gloriaban de haber menospreciado, en medio de ellos, al Autor de todas las cosas?. El vocablo **ánimo** viene del griego ἄνεμος, es decir, aquello que, por su movilidad, es comparado a los vientos más veloces. O, tal vez, provenga de ἄναιμος, es decir, que no tiene sangre, o sea, que no es corporal, como puede leerse en el libro intitulado *De anima*[6], libro que –favoreciéndonos el Señor– tuvimos ocasión de redactar.

Verso 4.– **Quizá nos habrían absorbido como agua; nuestra alma atravesó el torrente**[7] [*Forsitan velut aqua*[8] *absorbuissent nos; torrentem pertransivit anima nostra*]. De modo parecido, vienen redactados asimismo estos versículos. En efecto, esta idea resulta completa e inequívoca, si es leída del siguiente modo: *Cuando su ánimo ardía de ira contra nosotros,* **quizá nos habrían absorbido como agua**. Quiere que por **agua** se entiendan aquí los pueblos *paganos*, los cuales, por el culto de los ídolos –como si de cierta extraordinaria inundación se tratara– parecían haberse

---

[3]Hebr., אֲזַי חַיִּים בְּלָעוּנוּ [*Entonces vivos nos habrían tragado*]. Los LXX: ἄρα ζῶντας ἂν κατέπιον ἡμᾶς [*De cierto vivos nos habrían tragado*]. La partícula de ἄρα de los LXX significa *de cierto*, y así se deberá entender el *forsitan* latino, como en otros muchos casos sucede. Pero véase, al respecto, la explicación de Casiodoro en el verso 5 de este salmo.

[4]TL., *Forsitan*; Vlg., *Forte.*

[5]TL., *animus*; Vlg., *furor.*

[6]CASSIODORUS, *De anima* (PL 70, 490-583).

[7]Hebr., אֲזַי ... נַחְלָה עָבַר עַל־נַפְשֵׁנוּ [*si no...un torrente habría pasado sobre nosotros*]. Los LXX: ἄρα... χείμαρρον διῆλθεν ἡ ψυχὴ ἡμῶν [*ciertamente... un torrente habría traspasado nuestra alma*].

[8]TL., *Forsitan velut aqua absorbuissent*; Vlg., *Forsitan aqua absorbuisset.*

apoderado de los corazones terrenales. Deseaban éstos absorber a los siervos de Dios, esforzándose por arrastrar a los cristianos a sus propios cultos. Pero los liberó el poder divino, que –como en el caso del apóstol Pedro [Mt 14,31]– les tendió la mano, para que no se hundieran. Ahora bien, los antiguos llamaron *agua* a la sustancia a partir de la cual[9] son todas las cosas, creyendo que de ella fue creado todo cuanto existe. Sigue: **Nuestra alma atravesó el torrente**. Como ya hemos dicho, el **torrente** es un río, que se forma de manera subitánea, a causa de las lluvias invernales, que corre rápido y cenagoso, porque no brota de una fuente pura, sino que se ensucia con las inmundicias de la tierra, que a su paso va arrastrando. Con razón, se compara con dicho *torrente* el turbio curso de este mundo, que no fluye de ninguna fuente de la verdad, sino que su crecimiento se debe a la tempestad de todos los males. Este *torrente* es de donde bebe también el Señor, del cual ya se ha dicho: *Del torrente beberá en el camino; por ello exaltará la cabeza* (Sal 109,8). Justamente se dice, pues, que también Israel atravesó el mismo torrente del que bebió el que era su Cabeza. Pero, en todas estas cosas, una única y verdadera cosa se debe profesar: que de tan grandes peligros somos liberados por la sola misericordia del Señor.

Verso 5.– **Quizá habría atravesado nuestra alma el agua insuperable**[10] [*Forsitan pertransiisset anima nostra aquam intolerabilem*]. Dado que no convenga a los fieles poner en duda que, por nosotros mismos, no habríamos podido atravesar los peligros de este mundo, *si no hubiese sido porque el Señor estaba con nosotros*, debemos preocuparnos en tratar de averiguar por qué el adverbio **quizá**, viene repetido tantas veces. En efecto, confiesa esto la verdadera Iglesia, la Iglesia católica. Pero es necesidad propia de un gran peligro que, cuantas veces nos vemos librados de una desgracia fuera de lo común, digamos en forma de pregunta: ¿Crees que habríamos escapado?, expresando así la certeza de que, de ningún modo, habríamos podido escapar. En efecto, también en otro lugar, tratándose de un hecho cierto, se dice así: *Si no hubiera sido porque tu ley es mi meditación, entonces quizá habría perecido en mi humildad* (Sal 118,92). Tobías, también profeta, dice como sigue: *¡Convertíos, pecadores, y* [**438**] *practicad la justicia delante del Señor! ¿Quién sabe si os quiere y hará misericordia con vosotros?* (Tob 13,6). Y en otro lugar está escrito: *Y elevad con llanto vuestros ojos al cielo, quizá nuestro Señor se apiade de nosotros y os salvará* (Jdt 7,18.24[11]). ¿Ves cómo en tantos lugares, donde nada equívoco se encuentra, viene empleado el adverbio *quizá*?. De aquí que, con razón, digamos que el uso de dicha palabra no es manifestación de vacilación alguna, sino expresión de una firmeza grande y absoluta de la fe, como algo propio de las divinas Escrituras. Cierto es que el uso corriente ha solido usar este adverbio sólo en casos de hechos dudosos e inciertos. Por consiguiente, algo dicho de este modo no indica la falta de una fe suficientemente robusta, sino que significa la amplificación de un peligro grande. En efecto, ¿por qué iban a poner en duda que sus **almas** habían escapado del agua insuperable, si ya antes ellos mismos habían dicho: *Nuestra alma atravesó el torrente*? Añade: **El agua insuperable**. Del mismo modo, llama **agua insuperable** a aquella agua que manifestó haber superado. En efecto, de otra forma no habría podido escapar, salvo que –fortalecido por la gracia de Dios– hubiese logrado superar todas las cosas. Se dice, por tanto, que el agua es insuperable, cuando se piensa en serio sobre nuestra propia debilidad. El torbellino de los pecados y la tempestad de los crímenes no pueden ser superados, cuando nos encontramos separados de la protección del Señor. Por el

[9] *Aqua > a qua.*

[10] Hebr., הַמַּיִם הַזֵּידוֹנִים [*las aguas impetuosas*]. Los LXX: τὸ ὕδωρ τὸ ἀνυπόστατον [*el agua en que no se puede hacer pie*]. S.Agustín lee: *aqua sin substantia*, es decir, sin consistencia o sin fondo.

[11] Así en el TL., pero la cita no se encuentra en la Vlg.

contrario, todo se vuelve superable, cuando Dios habita en sus santos. Entonces es, ciertamente, cuando ni el error engaña ni la lujuria arrastra; cuando ni la vacía soberbia prevalece ni la maligna sugestión del antiguo enemigo progresa.

Verso 6.– **Bendito el Señor que no nos entregó en presa para sus dientes** [*Benedictus Dominus, qui non dedit nos in captionem dentibus eorum*]. Han llegado los piadosos confesores a la segunda parte, en la que dan gracias al Señor, porque en modo alguno cayeron, conforme a los planes de los enemigos, sino que fueron aniquilados –antes al contrario– aquéllos que habían tomado la determinación de destruirlos. Y observa en qué modo viene descrita la cruel voluntad del enemigo: a la manera de las fieras, apeteciendo para sus dientes la inocencia humana, algo que acerca del diablo está asimismo escrito: *Vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente anda rondando, buscando a quién devorar* (1Pe 5,8).

Verso 7.– **Nuestra alma, como un pájaro, ha sido arrebatada del lazo de los cazadores** [*Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium*].

Verso 8.– **El lazo ha sido quebrado, y nosotros hemos sido liberados** [*Laqueus contritus est, et nos liberati sumus*]. Bien dicen esto los santos, los cuales, aunque afligidos en su cuerpo, su alma, sin embargo, ha sido guardada por la protección del Señor. En efecto, el **pájaro** –como ya hemos dicho– es un ave absolutamente cautelosa, que habita en las paredes, que elude hábilmente las trampas que le tienden, que es de muy difícil captura y que acude siempre solícita en busca de su alimento. Pero **lazo de los cazadores** es cualquier placer de este mundo, en el que somos cazados, considerando que se trata de algo dulce, como sobre las mujeres está escrito: *El ojo de la meretriz es el lazo del pecador* (Prov 7[12]). Así se ha de considerar también sobre la avaricia, sobre la soberbia y sobre todos los vicios, en general. Pero fíjate bien en lo que se añade: **El lazo ha sido quebrado, y nosotros hemos sido liberados**. Verdaderamente, porque se grava a sí mismo aquél que corre aprisa, buscando gravar a otro. Y así, conforme a lo que está escrito: *Cae en la fosa el que se esfuerza en prepararla para otro* (Sir 27,29). Observa, por lo cual, que no dice que el lazo se ha roto, sino que **ha sido quebrado**. En efecto, no decimos que ha sido quebrado algo que es de cuero o de estopa, sino algo que muestra tener la dureza del metal. Y, por ello, dice que ha sido quebrado: para poner de manifiesto la fuerza de la persecución y el poder del liberador. Por lo cual, una vez quebrado el lazo, con razón, dicen que **han sido liberados**, porque los insidiadores son reducidos a la nada, al no poder adueñarse de aquéllos que intentaron engañar.

Verso 9.– **Nuestro auxilio en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra** [*Adiutorium nostrum in nomine Domini, qui fecit caelum et terram*]. Dan a conocer la causa de por qué aquel *lazo ha sido quebrado*: porque nada puede prevalecer contra aquél al que el poder divino le concede su auxilio. ¿Por qué buscáis, insensatos, tender trampas a los siervos de Aquél que –como bien habéis oído– creó el cielo y la tierra, con sólo decir que existieran?. Fácil le es destruir vuestras insidias a quien acostumbra a desbaratar –en el instante en que lo viera oportuno– todo cuanto es inicuo.

[12]No se trata de un cita literal, sino de lo que se lee en Prov 7,6-23, sobre el acecho de la meretriz.

Conclusión del salmo

¡Qué bien asciende, en el quinto grado de los confesores, el bienaventurado propósito, de manera que los que, con la ayuda del Señor, pudieron vencer los sentidos corporales, se alegraran por el progreso de este quinto lugar!. Pero, a fin de que éstos no cayeran ni, a causa de la flaqueza corporal, llegasen siquiera a titubear, la humildad saludable propia del género humano les otorga poner toda su esperanza en el Señor y no atribuir ningún bien a presunciones ruinosas.

SALMO CIENTO VEINTICUATRO

Cántico de los grados.
[*Canticum graduum*].

Conociendo el Señor el resbaladizo paso de la debilidad humana, fabricó este camino de las virtudes, aplicándole ciertos grados, con objeto de que, al posar nuestro pie sobre un espacio plano, nuestro deseo tendiera a las alturas con mayor seguridad. De este modo, en efecto, pisamos la superficie de los grados sin tener que sufrir la dificultad de un ascenso desigual. Pero, aunque esta escalera saludable pareciera haber sido construida como remedio adecuadísimo, con ninguna firmeza nos mantenemos, no obstante, si no somos protegidos[1] allí por el gobierno del Señor. Esta subida, sin embargo, viene hecha con el espíritu, no con el cuerpo. En efecto, sentados mejor en un lugar solitario y aislados en el interior de una pequeña celda, subimos más eficazmente estos grados que si estuviéramos corriendo de boca en boca de los hombres. Y por tal razón nos grita el profeta que se ha de confiar en el Señor: para que no trabajemos en vano.

División del salmo

Subiendo el profeta el sexto grado –número que es tenido como perfecto en la enseñanza de la aritmética– fortalece al pueblo fiel con un primera exhortación, diciendo que, en modo alguno, pueden ser perturbados los que depositaron su confianza en el poder del Señor, y haciéndoles saber por qué no permite que la suerte de los pecadores crezca por encima de la suerte de los justos. Ruega, en segundo lugar, que la prosperidad les llegue a los rectos y a los malvados, el castigo.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Los que confían en el Señor son como el monte Sion; no será conmovido en eterno el que habita en Jerusalén** [*Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion; non commovebitur in aeternum, qui habitat in Ierusalem*]. La palabra profética se dirige a todos, en general, porque quienes aquí fueren constantes en la verdadera religión y pusieren su esperanza en la protección

[1]TL., in textu: *teneamur* [*mss. A.,B.,F.,* tueamur].

del Señor, **como el monte Sion** –monte de Jerusalén– con solidez firmísima también ellos estarán establecidos. Pero se ha de averiguar por qué se hace referencia aquí a dicho monte. En efecto, *Sion* significa *vigilancia*[2] [**439**], característica que se adapta muy bien al Pastor, Jesucristo el Señor. Ciertamente, pues no podía ser comparado a tan alta Majestad algo que sonara a necedad, sino a algo que contuviera en sí un significado digno de pláceme, cosa que en las divinas Escrituras encontrarás con mucha frecuencia. En efecto, también en otro lugar está escrito: *Los montes saltaron como carneros, y las colinas como corderos de ovejas* (Sal 113,4), y otras cosas semejantes a éstas. Dice, por tanto, con referencia al hombre: *El que confía en el Señor no será conmovido en eterno, como el monte Sion*. Creemos, sin embargo, que, cuando llegue el final del mundo, también este monte terrenal será cambiado junto con todo cuanto existe. Pero aquel monte *Sion* –Cristo el Señor, que con este sentido es significado aquí– cierto que **no será conmovido**. Y considera que, primero, ha dicho: **Los que confían**, en plural. Pero, después, dice: *No será conmovido*, en singular, a fin de poner de manifiesto, ciertamente, la multiforme unidad del pueblo cristiano. Sigue diciendo: **El que habita en Jerusalén**. Pero, sabiendo nosotros que Jerusalén fue destruida, hasta los mismísimos cimientos, a manos de diferentes pueblos y que, con frecuencia, sus habitantes fueron deportados al cautiverio, ¿cómo es que dice que los que habitan en ella no serán conmovidos?. Sin embargo, también aquí por *Jerusalén* –o sea, *visión de la paz*– debemos entender la patria celestial, de la que, en modo alguno, puede ser conmovido nadie que fuere digno de ser establecido en su firmeza. En efecto, obrando de este modo, llega a abrirse ante nosotros el sentido de la verdad y podemos tener constancia de la razón absoluta de las cosas, es decir: si cuidamos de trasladar determinados nombres de esta clase a su significado conveniente.

Verso 2.– **Los montes en su derredor; y el Señor en derredor de su pueblo**[3]**, desde este ahora y hasta el siglo** [*Montes in circuitu eius; et Dominus in circuitu populi sui, ex hoc nunc et usque in saeculum*]. En el presente verso, se nos describe así la forma de la Jerusalén terrestre, para mostrarnos, antes bien, aquella patria celestial. En efecto, esta Jerusalén celeste –bien que aquella terrestre esté asimismo situada en un monte y rodeada de otros montes– está establecida en el centro, circundada de cumbres elevadas, como si de cierta corona se tratara[4]. Esta forma de locución recibe en griego el nombre de *topothesia*. Los latinos la llaman *loci positio* [descripción de un lugar]. En efecto, la palabra **montes** puede emplearse en sentido positivo o negativo, porque en ambos casos, debido a su gran altura, sobresalen por encima de la naturaleza común. En sentido negativo, véase el siguiente ejemplo: *En el Señor confío. ¿Por qué decís a mi alma: emigra al monte como un pájaro?* (Sal 10,1). En sentido positivo: *Reciban los montes la paz para tu pueblo; y los collados, la justicia* (Sal 71,3). De este modo, también aquí los *montes* designan a los santos hombres, que de todos los lados habitan aquella Jerusalén celestial. En efecto, para que puedas entender que se refiere a los fieles bienaventurados, sigue diciendo: **Y el Señor en derredor de su pueblo**, pues el Señor no está en derredor, sino de quien le es fiel, en cuanto que lo rodea, para

[2]HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23,863).

[3]En el texto hebreo, las palabras de estos dos versos están dispuestas de manera diferente: *Los que confían en el Señor, serán como el monte Sion, que no será movido: para siempre durará. Jerusalén, montes alrededor de ella, y el Señor alrededor de su pueblo...*

[4]TL., *Etenim Ierusalem ista, quamvis et ipsa in monte sit, circumiectis montibus, in medio constituta, quae celsis cacuminibus velut quaedam area circuitur*. La redacción me ha parecido un poco confusa y, por ello, me he permitido la presente traducción. Mejor habría sido entender la conjunción *quamvis* en el sentido de *así como*. En efecto, un poco después, el autor va a explicar que las dos ciudades –terrestre y celeste– están constituidas en el centro: la primera, rodeada de montes físicos; la segunda, del altas cumbres, cuales son los santos que habitan en ella.

otorgarle el auxilio de la protección eterna y la cima de todo honor. Por su naturaleza inefable, el Señor está todo en todas partes, penetrándolo todo, conteniéndolo todo; y, para estar en un lugar determinado, no tiene necesidad –a diferencia de las criaturas– de retirarse de otro. Sin embargo, aun llenando todas las cosas, está presente en las buenas, pero ausente en las malas. Esto debemos entenderlo y creerlo, sin lugar a duda alguna, acerca de toda la santa Trinidad. En efecto, la expresión: **Desde este ahora** significa este tiempo presente, con respecto al cual dice el Señor: *Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo* (Mt 28,20). Y añade: **Hasta el siglo**, es decir, hasta llegado el tiempo aquel, en que se habrá de manifestar a los santos en la Majestad todopoderosa de su luz. Pero la razón de este ofrecimiento de protección, a continuación la explica.

Verso 3.– **Porque no abandonará el Señor la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos**[5]**, para que los justos no extiendan sus manos a la iniquidad** [*Quia non derelinquet*[6] *Dominus virgam peccatorum super sortem iustorum, ut non extendant iusti ad iniquitatem manus suas*]. Mediante la palabra **vara**, se significa el poder de lo bueno y de lo malo. En efecto, en sentido positivo, acerca del mismo Señor Salvador está escrito: *Desde Sion enviará el Señor la vara de tu poder, y dominarás en medio de tus enemigos* (Sal 109,2). También Moisés recibió una vara, por cuyo medio realizaba numerosos milagros (Éx 7). Pero es dada, en sentido negativo, a aquéllos que constantemente afligen a los fieles con afán de maldad. En efecto, también los perseguidores son como una *vara* para los mártires. E igualmente lo son los amos iracundos en el trato de sus servidores, como así lo fueron el Faraón, Nabucodonosor y todos aquellos otros, que reinaron con crudelísimo imperio. Pero no permite el Señor que este poder inicuo siga avanzando con duradera libertad, de manera que entiendan los fieles que, para prueba de su propia paciencia, tal privilegio les ha sido concedido a los soberbios, sea siquiera por poco tiempo. En efecto, cabría la posibilidad de que también los siervos de Dios **extendieran sus manos a la iniquidad**, caso de que vieran que la persecución se prolongaba por demasiado espacio de tiempo. Pero **la suerte de los justos** es la heredad del Señor, esto es, la religión cristiana, por encima de la cual no permite que los crueles tiranos se yergan largo tiempo, impidiéndoles hacer daño a la Iglesia del Señor, mediante una persecución excesivamente prolongada. En efecto, la expresión: **No abandonará** significa que, aun cuando la tentación sea permitida, durante un determinado tiempo, sin embargo, no es dejado libre en su propia potestad aquél para quien están, antes bien, preparados un final funesto y una muerte lamentable.

Verso 4.– **Beneficia, Señor, a los buenos y a los rectos de corazón** [*Benefac, Domine, bonis et rectis corde*]. Robustecido el pueblo y consolidado con la firmeza de la fe, llega a la segunda parte, en la que, con brevedad, ruega insistentemente al Señor que haga aquello que ha de hacer, esto es: Dar bienes a los buenos y dar a los malos aquello que merecen. Pero **buenos** son los hombres, cuando –por la gracia divina, que les precede– comenzaren a desear y a poner en práctica las cosas que les han sido mandadas. De hecho, así leemos: *Nadie es bueno, sino el único Dios* (Mc 10,18). Pero ambas cosas son verdad, las dos son perfectas. En efecto, si somos dejados a merced de nuestras propias fuerzas, queda probada indudablemente nuestra maldad. Pero si

[5]Hebr., כִּי לֹא יָנוּחַ שֵׁבֶט הָרֶשַׁע [*Porque no reposará la vara de la impiedad sobre la suerte de los justos*]. Los LXX: ὅτι οὐκ ἀφήσει τὴν ῥάβδον τῶν ἁμαρτωλῶν ἐπὶ τὸν κλῆρον τῶν δικαίων [*Porque no dejará caer la vara de los pecadores sobre la herencia de los justos*].

[6]TL., in textu: *derelinquet* [*mss. A.,B.,* relinquet]; Vlg., *relinquet*.

somos mirados por la misericordia divina –que nos presta su auxilio, siempre que le prestemos obediencia– verdaderamente somos hallados como hombres buenos. Sigue diciendo: **Y a los rectos de corazón**. Son **rectos de corazón** los que siguen al Señor y no ponen su empeño en marchar por delante, como le fue dicho al apóstol Pedro, sabio en cosas humanas: *Vuelve atrás, Satanás* (Mc 8,33). En efecto, los que se empeñan en ir por delante, no dejan de equivocarse; los que desean caminar detrás son, sin duda alguna, los *rectos de corazón*. El profeta, pues, desea que se les haga el bien a éstos que, llevados de una perversa voluntad, no quieren separarse del Señor.

Verso 5.– **Pero a los que se desvían hacia el enredo**[7]**, los llevará el Señor junto con los que obran la iniquidad. Paz sobre Israel** [*Declinantes autem ad obligationem*[8]*, adducet Dominus cum operantibus iniquitatem. Pax super Israel*]. Así como para los buenos y rectos de corazón pidió que se les hiciera el bien, del mismo modo, dice ahora que sean llevados **los que se desvían hacia el enredo**. Muy adecuadamente es definida la *obra de la iniquidad* como **enredo**, esto es, todo aquello que nos amarra con las ligaduras de la iniquidad, impidiéndonos ser libres, al estar sujetos con tales y tan numerosos lazos. Y fíjate en que dice: **Los que se desvían**, o sea, los que no siguen los mandatos del Señor. En efecto, con igual sentencia perecen los que rechazan las órdenes de un príncipe y se esfuerzan por querer obrar la maldad. Viene añadida una promesa cierta: **Paz sobre Israel**. Pero, por medio de esta **paz**, se promete toda clase de cosas excelentes, que sobrepasan cualquier entendimiento, que trascienden todo deseo. Y, para decirlo todo de la manera más breve posible, esta *paz* es el mismo Señor Salvador. Ahora bien, en modo alguno poseerán esta *paz* los que combaten contra la unidad y muestran ser contrarios al pueblo católico.

Conclusión del salmo

Consideremos qué bien consolidado ha sido este salmo, en modo de que –por una parte– el profeta trajese a la memoria las cosas malas pasadas, y dijera –por la otra– que en todas ellas lo ha sostenido el Señor. Prepara, ciertamente, la subida hacia cosas mejores aquél que reconoce que el auxilio del Señor le ha sido propicio en el pasado. En efecto, no habría podido subir más allá, si [**440**] hubiese querido presumir algo acerca de sí mismo. Abracemos, por lo cual, la regla saludable con todo afecto de espíritu, a fin de que nos conceda subir estos grados Aquél que nos hizo escuchar sus grandes obras.

SALMO CIENTO VEINTICINCO

Cántico de los grados.
[*Canticum graduum*].

Tras la cautividad de todos los pecados, ¡cuán dulcemente se ofrecen las voces de los bienaventurados, que ascienden a la Jerusalén de arriba, de suerte que, puestos en el arduo camino,

[7]Hebr., וְהַמַּטִּים עֲקַלְקַלּוֹתָם יוֹלִיכֵם [*Pero los que se desvían por sus caminos torcidos*]. Los LXX: τοὺς δὲ ἐκκλίνοντας εἰς τὰς στραγγαλιὰς [*Pero los que se desvían hacia los recovecos*]. Símmaco dice εἰς τὰς σκολιοτήτας y Teodición, εἰς τὰ διεστραμμένα. Todas estas versiones, no obstante, vienen a indicar una cosa torcida o enredada.

[8]TL., *ad obligationem*; Vlg., *in obligationes.*

se sientan consolados, gracias a una santa melodía!. Camino felicísimo, esfuerzo fructuoso y que nunca engaña, si se tiene siempre en el corazón a Aquél, al que se tiende. Apliquemos, por lo cual. el oído del alma, dispongamos convenientemente el espíritu más puro. En efecto, tomamos algo de aquella felicidad, si vaciamos este santo cántico en lo más profundo del corazón.

División del salmo

Liberados por la misericordia divina, en la primera parte del salmo, dan gracias los santísimos varones, porque para gracia tan grande han sido liberados de la crudelísima sumisión de los pecados, hasta el punto de llegar a ser –en medio de las gentes– merecedores de alabanza. Ruegan, en la segunda, que su cautividad sea cambiada en gozo, añadiendo una admirable y verdadera certeza: *Los que siembran con lágrimas, siegan con alegría.*

Exposición del salmo

Verso 1.– **Al cambiar el Señor la cautividad de Sion, hemos sido hechos como consolados**[1] [*In convertendo Dominus captivitatem Sion, facti sumus sicut consolati*]. En este caso, se impone necesariamente una interpretación espiritual. En efecto, al no haber sufrido Sion ninguna devastación en tiempos del rey David, queda por averiguar a qué cautividad pueda hacer referencia el presente verso. Se refiere, ciertamente, a aquel cautiverio del diablo, por el que hallaba oprimido el mundo. En verdad, **estuvo Sion cautiva**, cuando la iniquidad de los ídolos oprimía a la Iglesia católica, estando aún en sus comienzos. Pero, fue devuelta a la libertad, cuando, por la venida del Señor, fueron rotas las cadenas del infierno. Sigue: **Hemos sido hechos como consolados**. Ciertamente, porque aquella cautividad que existió –aun habiendo sido arrojada de nosotros por el auxilio de la Divinidad– nos hizo **como consolados**, pero no del todo seguros. En efecto, la *consolación* segura está allí, donde también la promesa ya será realizada plenamente. En medio de estas oscuridades del mundo, encontramos, sin embargo, el mayor de los consuelos, cuando creemos que Aquél, cuyo perdón gratuito experimentamos, sigue dando sus dones.

Verso 2.– **Entonces se llenó nuestra boca de gozo**[2] **y nuestra lengua de exultación** [*Tunc repletum est gaudio os nostrum, et lingua nostra exsultatione*]. **Entonces**. Ciertamente, cuando la venida del Señor Salvador –como ya se ha dicho– cambió nuestra cautividad en gozo; los vicios, en virtudes; la ignorancia, en conocimiento de las realidades divinas; la muerte, en vida eterna[3], de manera que verdaderamente **la boca se llenara de gozo y la lengua de exultación**, la boca y la lengua de aquéllos, a los que el Señor había concedido tales cosas. Ahora bien, la palabra **boca** significa aquí lo más profundo del corazón, allí donde los gozos anteriormente sembrados, crecen después juntos y, por conducto de la lengua, prorrumpen en el fruto de la voz. De esta misma *boca* está escrito: *Gustad y ved que el Señor es dulce* (Sal 33,9). Con los labios cerrados también él clama al Señor y, sin necesidad de mover la boca, la voz de un corazón compungido es escuchada eficazmente.

---

[1]Hebr., הָיִינוּ כְּחֹלְמִים [*hemos llegado a ser como los que están soñando*]. Se pone aquí el pretérito por el futuro. Los LXX: ἐγενήθημεν ὡς παρακεκλημένοι [*hemos llegado a ser como consolados*].

[2]Hebr., אָז יִמָּלֵא שְׂחוֹק פִּינוּ [*Entonces se llenará de risa nuestra boca*]. Los LXX: τότε ἐπλήσθη χαρᾶς τὸ στόμα ἡμῶν [*Entonces se llenó de alegría nuestra boca*].

[3]TL., in textu: *in vitam sempiternam* [*ed.,* in vivere sempiternum].

Verso 3.– **Entonces dirán entre las gentes: Grandes cosas estimó el Señor hacer con ellos** [*Tunc dicent inter gentes: Magnificavit Dominus facere cum illis*]. Toda credibilidad merece aquella alabanza que procede del adversario, y gran dosis de verdad se contiene en el hecho de que quien antes había nutrido hostiles pensamientos venga a manifestar, más tarde, un testimonio decididamente favorable. Pero fíjate bien en que no habla de *las gentes*, sino que dice: **Entre las gentes**. Cierto es que las *gentes*, entendidas de modo general, no creyeron en la venida del Señor, pero estaban **entre las gentes** quienes –una vez convertidos– habrían podido dar testimonio de tales cosas. Por consiguiente, viendo que la religión florecía en el pueblo cristiano y entendiendo ya rectamente, reconocieron que realmente el Señor estaba con aquéllos que, deseosos de un recto conocimiento, no querían verse ensuciados por superstición alguna. Y pues veían que obraban también milagros, decían: **Grandes cosas estimó el Señor hacer con ellos**. Ciertamente, con aquéllos, por cuyas oraciones bien reconocían que podía hacerse realidad cuanto con confianza se pedía.

Verso 4.– **Grandes cosas estimó el Señor hacer con nosotros. Hemos sido hechos alegres** [*Magnificavit Dominus facere cum nobis; facti sumus laetantes*]. Con el fin de que las anteriores palabras de los gentiles no fuesen puestas en duda, trayéndolas ahora a su propia persona, confirman todo cuanto aquéllos dijeron. En efecto, el Señor hacía obras grandes con ellos, cuando propiciamente se dignaba escucharlos. Pero fíjate bien en la expresión siguiente: **Grandes cosas estimó el Señor hacer con nosotros**, es decir, determinó el Señor mostrarnos poderosos a los ojos de las gentes, al concedernos obrar prodigios. Entendemos que también este género de locución ha de ser convenientemente considerado entre las características propias de las sagradas Escrituras. Sigue: **Hemos sido hechos alegres**. Ciertamente, a consecuencia de gracia tan grande. En efecto, la alegría era abundante, al ver que eran particularmente amados los que habían sido liberados de la peor de las cautividades. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *diatyposis*, esto es, la descripción de un hábito. Pero llamamos a este hábito la perfección constante y absoluta en alguna cosa del espíritu o del cuerpo.

Verso 5.– **Convierte**[4]**, Señor, nuestra cautividad como el torrente en el austro**[5] [*Converte, Domine, captivitatem nostram, sicut torrens in austro*]. Anunciada la redención de la venida del Señor, llegan los pueblos fieles a la segunda parte, suplicando nuevamente que sus pecados sean perdonados. Pues está escrito: *El justo en el principio de la palabra, es acusador de sí mismo* (Prov 18,17). Y también: *Di tú primero tus iniquidades, para ser justificado* (Is 43,26). Con razón, pues, se alegraron en la remisión general y ruegan les sea concedido el perdón. Sigue: **Como torrente en el austro**. El **austro** es un viento cálido, que derrite, por su calidez, las aguas congeladas por el frío y las hace correr, a modo de un torrente, a causa del ímpetu de su soplo. Así también los delitos, constreñidos por el hielo de la muerte, que[6] no tienen vida en sí mismos, son disueltos por el calor de la misericordia celestial y –a modo de un tumultuoso torrente– descienden impetuosamente. Ahora bien, para que este verso adquiera para nosotros su pleno sentido, debemos leerlo como sigue: *Vuelve, Señor, nuestra cautividad como el torrente en*

[4]Hebr., שׁוּבָה [*Haz volver*]. Los LXX: ἐπίστρεψον [*Convierte*].

[5]Hebr., כַּאֲפִיקִים בַּנֶּגֶב [*como torrentes en el Négueb*]. La palabra נֶגֶב [*nēgēb*] no significa aquí *viento*, sino la tierra que está al Mediodía, casi siempre seca, pero que se inunda bruscamente en invierno, fertilizando los campos. Los LXX traducen: ἐν τῷ νότῳ [*en el sur*].

[6]TL., in textu: *quia* [*ed.,* quae].

el austro se convierte en líquido.

Verso 6.– **Los que siembran con lágrimas, con gozo cosecharán** [*Qui seminant in lacrymis, in gaudio metent*]. Según nos lo enseña el Apóstol, dos clases de siembras existen en este mundo. Dice: *El que siembra en la carne, de la carne segará la corrupción; pero el que siembra en el espíritu, del espíritu cosechará la vida eterna* (Gál 6,8). Así, pues, la siembra espiritual es siempre una siembra con lágrimas, porque, aunque los fieles –por don del Señor– obren prodigios, o bien deploran los pecados pasados, o bien tienen miedo de verse enredados en culpas futuras. En efecto, sobre ellos así está escrito: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* (Mt 5,5). Por tanto, éstos **que siembran con lágrimas** consiguen los gozos de la promesa futura. A éstos les dice también el profeta Oseas: *Sembrad para vosotros*[**441**] *semillas de justicia, y cosechad misericordia* (Os 10,12). Pero la siembra de éstos es buscar la paz; sufrirlo todo con el deseo de caridad; dominar el cuerpo con el ayuno; fortalecerse, mediante las limosnas y la piedad, y todo aquello que tiene que ver con la disciplina de los fieles. Por el contrario, los que ansían las cosas temporales y van en pos de las vanidades de este mundo, siembran con alegría, cuando cometen adulterio, aman la avaricia, buscan la exquisitez de los banquetes, dan culto a los ídolos y todos los demás pecados, que se comenten por instigación del diablo. Pero, en aquel día del juicio, con tristeza y llanto cosecharán sus obras. Sobre ello está escrito: *Allí será el llanto y el rechinar de dientes* (Mt 8,12). De este modo, en un solo versículo, han quedado expresadas tanto la recompensa, que recibirán las obras buenas, como la retribución también de las obras malas. Esta figura retórica recibe el nombre de *antistathmisis*, en latín, *recompensatio* [compensación], esto es, cuando, por sus hechos, cada cual recibe lo que –según justicia– merece, según se haya conducido rectamente en esta vida o de manera perversa, o por el contrario...

Verso 7.– **Al ir, iban y lloraban, arrojando sus semillas**[7] [*Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua*].

Verso 8.– **Pero, al venir, vendrán con alegría, portando sus gavillas** [*Venientes autem venient in exsultatione*[8]*, portantes manipulos suos*]. Aunque también este verso parezca referirse a las buenas obras, en general, sin embargo –como también en otros casos hemos visto–, hace pensar muy particularmente en las limosnas, de lo cual está escrito: *Así como el agua extingue el fuego, así la limosna extingue el pecado* (Sir 3,30). En efecto, mediante la expresión: **Al ir**, se significa el progreso de una vida santísima, en la que, caminado rectamente, se avanza siempre. **Lloraban**, por consiguiente, cuando los pobres veían que estaban desnudos, ateridos por el frío, debilitados por la terrible escasez, de manera que inspiraban piedad de corazón, antes de que la mano generosa pudiera ofrecerles. Sigue diciendo: **Arrojando sus semillas**. **Arrojando**, esto es, enviándolas anticipadamente a aquel mundo, en que nuestros hechos llegan antes de que podamos llegar nosotros, como está escrito: *Mas atesorad para vosotros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre corroen, ni los ladrones socavan y roban* (Mt 6,20). Y no carece de importancia el hecho de que haya añadido el adjetivo posesivo **sus**, con el fin de darnos a entender que las limosnas debemos darlas del fruto de nuestro trabajo, no del fruto de la rapiña. En efecto, ésa es la misericordia, gracias a la cual el otro no gime y nadie se aleja triste, porque se ha de ofrecer a la Majestad cuanto puede reunirse de un sitio y de otro, llevados siempre por la piedad. En efecto,

[7]Hebr., מֶשֶׁךְ־הַזָּרַע [*la preciosa semilla*]. Otros traducen la *semilla comprada*, porque, al no tener la propia, hubo de adquirirse, para poderla sembrar, lo cual aumenta la tristeza. Los LXX: τὰ σπέρματα αὐτῶν [*sus semillas*].

[8]TL., in textu: *in* [*mss. A.,B.,* cum]; Vlg., *in*.

al decir el Señor que a Él mismo le ha sido dado [Mt 25,40], párate a pensar si algo ha podido ofrecérsele, procedente de la maldad. Añade: **Pero, al venir, vendrán en exultación, portando sus gavillas**. Dice: **Al venir, vendrán en exultación**. Ciertamente, **vendrán** llenos de alegría aquéllos para los que la misericordia divina ya está dispuesta, es decir: los que se condujeron aquí con un modo de vida en conformidad con lo que los mandatos divinos demandan. Pero, en modo alguno, vendrán a la alegría los que se mancharon aquí con la perversidad de sus obras. En efecto, el hecho de *venir* es común; pero *venir con alegría* corresponde sólo a los bienaventurados. Estos nombres, que se forman de palabras de este tipo, se dice que son análogos. Y, pues antes habían dicho que cada uno cosecha su propia obra, prosiguen con veraz sentencia en la misma metáfora. Añaden también: **Portando sus gavillas**. En efecto, una vez terminada la tarea, los segadores llevan a la era los haces[9] que del montón de espigas habían venido atando en el campo. Del mismo modo, los bienaventurados llevan a la era del Señor sus fructuosas acciones. Pero feliz aquella gavilla, cuyo peso es más grande por los abundantes granos de trigo, de modo que el poco peso de las pajas no frustre los deseos del segador y le haga ver la inutilidad de su esfuerzo, una vez ya no sea posible seguir trabajando.

Conclusión del salmo

Qué bien este séptimo grado –como figura del Antiguo Testamento– nos ha profetizado la primera venida del Señor y ha predicho que, con largueza, se ha de dispensar a los pueblos una saludable alegría, de manera que, en los demás, estuviera el número ocho, número que –como anteriormente hemos dicho– se refiere a la resurrección del Señor. En efecto, el siguiente título pone de manifiesto esta distinción, pues en él está escrito: *Cántico de los grados de Salomón*. El nombre de Salomón significa *pacífico*, hecho que se adapta perfectamente a Cristo el Señor, que reconcilió el mundo con Dios, y dijo: *Mi paz os doy, mi paz os dejo* (Jn 14,27). El mismo salmo, además, no muestra ya la profecía futura, sino el fruto mismo del vientre, a fin de que aparezca inequívocamente a todos que si, en el salmo setenta y uno se contienen –mediante el número diez– los indicios de toda la obra del Nuevo y de Antiguo Testamento, aquí esas mismas cosas han sido puestas de manifiesto, por medio de un solo número[10].

[9]TL., in textu: *gremio* [*mss.,* gremia].

[10]El número siete.